

UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 01471157 6

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE
COMO



JOYA
PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



LS
C419d
1608

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUI- XOTE DE LA MANCHA.

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

DIRIGIDO AL DVQUE DE BEJAR,
Marques de Gibraleon, Conde de Benalcazar, y Bañares,
Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de
las villas de Capilla, Curiel, y
Burgillos.



Con privilegio de Castilla, Aragon, y Portugal.
EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

45990-47
3.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

T A S S A.

YO Juan Gallo de Andrada, escriuano de Camara del Rey nuestro señor, de los que residen en su Consejo, certifico, y doy fê, que auiendo visto por los señores del vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, compuesto por Miguel de Çeruantes Saauëdra: tassaró cada pliego del dicho libro a tres marauedis y medio: el qual tiene setenta y tres pliegos, que al dicho precio monta el dicho libro, dozientos y cinquenta y cinco marauedis y medio, en que se ha de vender en papel, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender. Y mãdaron que esta tassa se ponga al principio del libro, y no se pueda vender sin ella. Y para que dello conste di la presente en Valladolid, a veynte dias del mes de Diziembre, de mil y feyscientos y quatro años.

Juan Gallo de Andrada.

Vi este libro, intitulado don Quixote de la Mancha, y en el no ay cosa digna de notar que no corresponda a su original. Dada en Madrid en veynte y cinco de Iunio de. 1608. años:

*El Licenciado Francisco Murcia
de la Llana.*

Y 2 *Y O*

EL REY.



Or quanto por parte de vos Miguel de Cervantes, nos fue fecha relacion, q̄ auia des com puesto vn libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, el qual os auia costado mucho trabajo, y era muy vtil y prouechoso, nos pedistes, y suplicastes, os mandassemos dar licēcia y facultad, para le poder imprimir: y priuilegio por el tiempo q̄ fuessemos seruidos, o como la nuestra merced fuesse. Lo qual visto por los del nuestro Consejo, por quāto en el dicho libro se hizieron las diligencias que la prematica vltimamente por nos fecha, sobre la impresion de los libros dispone, fue acordado, que deuiamos mandar dar esta nuestra cedula para vos en la dicha razon, y nos tuuimoslo por bien. Por la qual, por os hazer bien y merced, os damos licencia y facultad, para q̄ vos, ò la persona que vuestro poder huuiere, y no otra alguna, podays imprimir el dicho libro, intitulado, *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*, q̄ de suto se haze menciō, en todos estos nuestros Reynos de Castilla, por tiempo y espacio de diez años, que corran, y se cuentē, desde el dicho dia dela data desta nuestra cedula. So pena, que la persona, o personas, que sin tener vuestro poder lo imprimiere, o vendiere, o hiziere imprimir, o vender, por el mesmo caso piorda la impresion que hiziere, con los moldes, y aparejos della: y mas incurra en pena de cincuenta mil marauedis, cada vez q̄ lo cōtrario hiziere. La qual dicha pena, sea la tercia parte para la persona que lo acusare: y la otra tercia parte, para nuestra camara: y la otra tercia parte, para el juez que lo sentenciare. Contanto, que todas las vezes que huuieredes de hazer imprimir el dicho libro, durante el tiempo de los dichos diez años, le traygays al nuestro Consejo, juntamente con el original que en el fue visto, que

que va rubricado cada plana, y firmado al fin del, de Iuñ Gallo de Andrada; nuestro escriuano de camara, de los que en el residen, para saber si la dicha impresion está conforme el original: o traygaysfé en publica forma, de como por Corretor nombrado por nuestro mandado, se vio, y corrigio la dicha impresion por el original, y se imprio conforme a el, y quedan impressas las erratas por el apuntadas, para cada vn libro de los que así fueren impressos, para que se tasse el precio que por cada volumen huuieredes de auer. Y mandamos al Impresor que así imprimiere el dicho libro, no imprima el principio, ni el primer pliego del, ni entregue mas de vn solo libro, con el original al Autor, o persona a cuya costa lo imprimiere, ni otro alguno, para efeto de la dicha corrección, y tassa, hasta q̄ antes, y primero el dicho libro esté corregido, y tassado por los del nuestro Consejo: y estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio, y primer pliego: y sucesiuamente ponga esta nuestra cedula, y la aprouación, tassa, y erratas, so pena de caer, e incurrir en las penas contenidas en las leyes, y prematicas destos nuestros Reynos. Y mandamos a los del nuestro Consejo, y a otras qualesquier justicias dellos, guarden, y cumplan esta nuestra cedula, y lo en ella contenido. Fecha en Valladolid, a veynte y seys dias del mes de Setiembre, de mil y seyscientos y quatro años.

YO EL REY.

Por mandado del Rey nuestro señor.

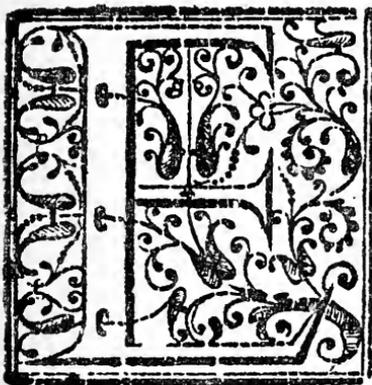
Iuan de Amezqueta.

E V EL Rey , Fazo saber a os que este aluara vieren, que eu hei por ben de fazer merced a Miguel de Ceruantes de Saauedra, de le dar licença para que possa imprimir nos meus Reynos de Portugal, o liuro intitulado, *Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha*. E isto por tẽ po de dez anos, que començaraõ da feytura deste em diante. Dentro do qual tempo hei por ben, e mando, que nehũ Impressor, nem liureiro, nem outra alguã pessoa de qualquier calidad, e condiçãõ que seia non possaõ imprimir nem vender o dito liuro, nos ditos meus Reynos, e senhorios, nem traçellos de fora delles, saluo aquellos libeiros, ou pessoas q̃ para isso tiurem poder, e licẽça do dito Miguel de Ceruantes. E qualquier outra pessoa que sin sua licença imprimir, vender, ou traxer de fora o dito liuro, durante os ditos dez anos, perdera pera elle todos os bolumes q̃ lle foren achados: e alẽ disso encorrera en pena de cinquenta cruzados: a metade para minha Camara, e outra metade para quen o acusar. E mando a todas minhas justiças, officiaes, e pessoas dos destes meus Reynos, e senhorios a q̃ este aluara for mostrado, eo conhecimento delle pertener, que o cumpraõ, e guarden, e façãõ inteiramente cumprir e guardar, como nelle se cõthem. O qual quero que vala, tenha força, e vigor, como se fosse carta per mi asinada, e passada pe la Cancellaria, sen embargo da ordenaçãõ do segundo liuro, titul. 40. que diz, que as cosas cuyo effeito ouer de durar maes de hũ anno, passe per cartas: e passando por aluargas naõ va Kaõ: e valla outrosi, posto que naõ seia passado pi lla Chanzilleria, sin embargo da ordenaçãõ en contrario. Antonio Campello o fez, en Valladolid, noue de Febreiro, de mil sey scientos e sinco anos.

R E Y.

AL

A L D V Q V E D E
B E I A R, M A R Q V E S D E
Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y
Bañares, Vizconde de la Puebla de
Alcozer, Señor de las villas
de Capilla, Curiel, y
Burguillos.



N F E Del buen acogimiento, y honra, que haze vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tan inclinado a favorecer las buenas artes, mayormente, las que por su nobleza no se abate al servicio y grangerias del vulgo, he determinado de sacar a luz al ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha, al abrigo del clarissimo nombre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que deuo a tanta grandeza, suplico, le reciba agradablemente en su proteccion, para que a su sombra,
aunque

aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que sabon, o se parecer seguramente en el juyzio de algunos, que no contentose en los limites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor, y menos justicia los trabajos agenos, que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñarà la cortedad de tan humilde servicio.

Miguel de Ceruantes
Saauedra.

DESOCV.

Prologo.



DESOCVPADO Lector, sin juramento me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contrauenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y assi, que podia engendrar el esteril, y mal cuitiuado ingenio mio, sino la historia de vn hijo seco, auellanado, antojadizo, y lleno de pensam entos varios, y nunca imaginados de oro alguno: bien como quien se engendrô en vna carcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y dôde todo triste ruydo haze su habitacion? El fofsiego, el lugar apazible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para q̄ las musas mas esteriles, se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de marauilla, y de contento. Acontece tener vn padre vn hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone vna venda en los ojos; para que no vea sus faltas: antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuenta à sus amigos por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padraastro de don Quixote; no quiero yrme con la corriente del vso, ni suplicarte, casi con las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector carissimo, que perdones, o dissimules las faltas q̄ en este mi hijo vieres: y pues ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio como el mas pintado, y estas en tu casa, donde eres seño de la, como el Rey de sus alcaualas, y sabes lo que comunmente se dize, que debaxo de mi manto; al Rey ma-

PROLOGO.

ro. Todo lo qual te essenta, y haze libre de todo respeto, y obligacion: assi puedes dezir de la historia, todo aquello que te pareciere, sin temor que te calunié por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el ornato de Prologo, ni de la innumerabilidad, y catalogo de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y elogios q̄ al principio de los libros suelen ponerse. Porque te se dezir, q̄ aunque me costó algun trabajo componerla, ninguno tuue por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyendo. Muchas vezes tomé la pluma para escriuilla, y muchas la dexé, por no saber lo que escriuiria: y estando vna suspenso con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete, y la mano en la mexilla, pensando lo que diria, entró à deshora vn amigo mio, gracioso, y bien entendido. El qual viendome tan imaginatiuo, me preguntô la causa: y no encubriendosela yo, le dixé, que pensaua en el Prologo que auia de hazer à la historia de don Quixote, y que me tenia de suerte, que ni queria hazerle, ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble caballero. Porque como quereys vos que no me tenga confuso, el que dirà el antiguo legislador, que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha q̄ durmo, en el silencio del oluido, salgo aora con todos mis años acuestras, con vna leyenda seca como vn esparto, agena de inuencion, menguada de estilo, pobre de concetos, y falta de toda erudicion, y dotrina: sin acotaciones en las margenes, y sin anotaciones en el fin del libro, como veo que estan otros libros, aunque sean fabulosos, y profanos, tan llenos de sentencias de Aristoteles, de Platon, y de toda la caterua de Filosofos, que admiran à los leyentes, y tienen à sus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquentes? Pues que quando citan la diuina Escritura, no diran sino que son vnos santos Tomases, y
otros

PROLOGO.

otros Doctores de la Iglesia, guardando en esto vn decoro tan ingenioso, que en vn renglon han pintado vn enamorado distraido, y en otro hazen vn sermoncico Christiano, que es vn contento, y vn regalo, oyrle, o lee lle. De todo esto ha de carecer mi libro, porque ni régo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos se que autores figo en el, para ponerlos al principio, como hazen todos, por las letras del A. B. C. Començando en Aristoteles, y acabando en Xenofonte, y en Zoyto, o Zeuxis, aunque fue maldiciente el vno, y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores sean Duques, Marqueses, Condes, Obispos, Dámas, o Poetas celeberrimos. Aunque si yo los pidiese à dos, o tres oficiales amigos, yo se que me los darian, y tales, que no les y gualassen los de aquellos que tienē mas nombre en nuestra España.

En fin señor, y amigo mio (proseguí) yo determino, que el señor don Quixote se quede sepultado en sus archiuos en la Mancha, hasta que el cielo depare quien le adorne de tantas cosas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi insuficiencia, y pocas letras: y porque naturalmente soy poltron, y perezoso, de andarme buscando autores, que digan lo que yo me se dezir sin ellos. De aqui nace la suspension, y eleuamiēto en que me hallastes, bastante causa para ponerme en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo lo qual mi amigo, dandose vna palmada en la frente, y disparando en vna larga rifa, me dixo: Por Dios hermano, que aora me acabo de defengañar, de vn engaño en que he estado, todo el mucho tiepo que ha que os conozco, en el qual siempre os he tenido por discreto, y prudente, en todas vuestras acciones. Pero aora veo, que estays tan lejos de serlo, como lo està el cielo de la tierra.

PROLOGO.

Como, que es posible, que cosas de tan poco momento, y tan faciles de remediar, puedan tener fuerças de suspender, y absortar vn ingenio tan maduro como el vuestro, y tan hecho à romper, y atropellar por otras dificultades mayores? Alafe, esto no nace de falta de abilidad, sino de sobra de pereza, y penuria de discurso. Quereys ver si es verdad lo que digo? Pues estadme ai è to, y vereys como en vn abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vuestra dificultades, y remedio todas las faltas que dezis que os suspenden, y acobardan, para dexar de sacar à la luz del mundo, la historia de vuestro famoso dō Quixote, luz, y espejo de toda la caualleria andante. Dezid, le repliquê yo, oyendo lo que me dezia: De que modo pensays llenar el vazio de mi temor, y reduzir à claridad, el caos de mi confussion? A lo qual el dixo: Lo primero en que reparays de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os faltan para el principio, y que sean de personajes graues, y de titulo, se puede remediar, en que vos mismo tomeys algun trabajo en hazerlos, y despues los podeys bantizar, y poner el nombre que quisieredes, ahijandolos al Preste Iuan de las Indias, o al Emperador de Trapifonda: de quien yo se que ay noticia, que fuerō famosos Poetas: y quando no lo ayan sido, y huuiere algunos pedantes, y bachilleres, que por detras os muerdan, y murmuren desta verdad, no se os de dos marauedis, porque ya que os aueriguen la mentira, no os han de cortar la mano con que lo escriuistes.

En lo de citar en las margenes los libros, y autores de donde sacaredes las sentencias, y dichos que pusieredes en vuestra historia, no ay mas, sino hazer de manera que vengã a pelo algunas sentencias, o latines, que vos sepays de memoria: o al menos q̄ os cuesten poco trabajo el buscarlo. Como serã poner, tratando de libertad, y cautiuerio. *Non bene pro toto libertas venditur auro.*

Y lue-

P R O L O G O .

Y luego en el margé citar à Horacio, o a quien lo dixo . Si trataredes del poder de la muerte, acudir luego con , *Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas , Rogũque iures* . Si de la amistad , y amor que Dios manda que se tenga à el enemigo, entraros luego al punto por le Escritura diuina, que lo podeys hazer con tantico de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios . *Ego autem dico vobis , diligite inimicos vestros* . Si trataredes de malos pensamientos , acudid con el Euangelio . *De corde exeunt cogitationes male* . Si de la inestabilidad de los amigos, ai està Caton que os darà su dístico . *Donec eris felix , multas numerabis amicos , tempora si fuerint nubila solus eris* . Y con estos latinicos, y otros tales os tendran si quiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra, y prouecho el dia de oy . En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro , seguramente lo podeys hazer desta manera . Si nombrays algun Gigante en vuestro libro, hazelde que sea el Gigante Goliath, y con solo esto (que os costarà casi nada) teneys vna grande anotaciõ , pues podeys poner : El Gigante Goliath, o Goliath, fue vn Filisteo , a quien el pastor Dauid matò vna gran pedrada, en el valle de Terebinto , segun se cuenta en el libro de los Reyes , en el capitulo que vos hallaredes que se escriue .

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereysos luego con otra famosa anotacion, poniendo : El rio Tajo , fue asì dicho por vn Rey de las Españas: tiene su nacimiento en tal lugar, y muere en el mar Oceano, besando los muros de la famosa Ciudad de Lisboa : y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si trataredes de ladrones, yo os dare la historia de Caco, que la se de coro . Si de mugeres rameras, ai està el Obispo de Mondoñedo, q̄ os pres-

PROLOGO.

tará a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os darà grã credito . Si de crueles, Ouidio os entregará a Medea . Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe . Si de Capitanes valerosos, el mismo Iulio Cessar os prestara à si mismo en sus Comentarios, y Plutarco os darà mil Alexandros. Si trataredes de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana, topareys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys à Fonséca del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos, y el mas ingenioso acertare à desfiar en tal materia . En resolución, no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme à mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os voto à tal de llenaros los margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos aora à la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro os faltan. El remedio que esto tiene es muy facil, porque no aueys de hazer otra cosa, que buscar vn libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo abecedario pondreys vos en vuestro libro. Que puesto que à la clara se vea la mentira, por la poca necesidad que vos teniades de aprouecharos dellos, no importa nada: y quiça alguno aurà tan simple, que crea que de todos os aueys aprouechado, en la simple, y sencilla historia vuestra. Y quando no sirua de otra cosa, por lo menos seruirà aquel largo Catalogo de autores à dar de improuiso autoridad al libro. Y mas, que no aurà quien se ponga à averiguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien caygo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necesidad de ninguna cosa de aquellas que vos dezis que
le

PROLOGO.

le falta, porque todo el es vna inuestiua contra los libros de cauallerias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni dixo nada san Basilio, ni alcançò Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates las puntualidades de la verdad, ni las obseruaciones de la Astrologia: ni le son de importancia las medidas Geometricas; ni la confutación de los argumentos de quien se sirue la Retorica: ni tiene para que predicar â ninguno, mezclando lo humano con lo diuino, que es vn genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiento. Solo tiene q̄ aprouecharse de la imitacion, en lo que fuere escriuiendo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor serà lo que se escriuiere. Y pues esta vuestra escritura no mira â mas, q̄e â deshazer la autoridad, y cabida, que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de cauallerias, no ay para que andeys mendigando sentencias de filosofos, consejos de la diuina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retóricos, milagros de santos: sino procurar que à la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas salga vuestra oracion, y periodo, sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere posible vuestra intencion, dando â entender vuestros conceptos, sin intrincarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el malencolico se mueua â risa, el risueño la acreciente, el simple no se enfade, el discreto se admire de la inuencion, el graue no la desprecie, ni el prudente dexede alabarla. En efecto, lleuad la mira puesta à derribar la maquina mal fundada destes cauallerescos libros, aborrecidos de tãtos, y alabados ð muchos mas: q̄ si esto alcançassedes, no auríades alcançado poco. Cõ silécio grãde estuue escuchando, lo q̄ mi amigo me dezia, y de tal manera se imprimietó en mî sus razones, que sin disputa, las aprouê por buenas, y de

PROLOGO.

ellas mismas quise hazer este Prologo . En el qual veras, Lector suaué, la discrecion de mi amigo, la buena ventura mia, en hallár en tiempo tan necesitado tal cófegero, y el aliuio tuyo, en hallar tan sincera, y tan sin rebueltas, la historia del famoso don Quixote de la Mancha : de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente cauallero, q̄ de muchos años a esta parte se vio en aquellos contornos . Yo no quiero encarecerte el seruicio que te hago, en darte a conocer tan notable, y tan honrado cauallero : pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendras, del famoso Sancho Pança su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escudesciles, que en la ceterua de los libros vanos de cauallerias, estan esparzidas . Y con esto, Dios te dé salud, y à mi no oluide .

(?)

V A L E .

AL LIBRO DE DON QUI-
xote de la Mancha , Vrganda
la desconocida.

Si delligarte a los bue
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no pones bien los de.
Mas si el pan no se cue
Por yr a manos de idiõ
Veras de manos a bo
Aun no dar vna en el cle
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio
Y pues la experiencia ense
Que el que a buen arbol se arriõ
Buena sombra le cobri
En Bexar tu buena estre.
Vn arbol real se ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florece vn Du
Que es nuevo Alexandro Ma
Llega a su sombra que a osa
Fauorece la fortu
De vn noble hidalgo Mancha
Cantaràs las auentu
A quien ociosa letu
Trastornaron la cabe.
Damas, armas, cana!le
Le provocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado a lo enamore

Alcançò a fuerça de bra
 A Dulcinea del Tobo .
 No indiscretos hierogli
 Estampes en el escu
 Que quando es todo figu
 Con ruynes puntos se embi .
 Si en la direccion te humi
 No dirà mofante algu
 que don Alvaro de Lu
 Que Anibal el de Carta
 Que Rey Francisco en Espa
 Se quexa de la fortu
 Pues al cielo no le plu
 Que salieffes tan ladi
 Como el negro Iuan Lati
 Flahlar latines rehu .
 No me despuntes de agu
 Ni me alegues con filo
 Porque torziendo la bo
 Dirà el que entiendo la le
 No vn palmo de la ore
 Para que conmigo flo ?
 No te metas en dibu
 Ni en saber vidas age
 Que en lo que no và ni vie
 Passar de largo es cordu .
 Que suelen en caperu
 Darles a los que grace
 Mas tu quemate las ce
 Solo en cobrar buena fa
 Que el que imprime neceda
 Dalas à censoperpea
 Aduierte que es desati
 Siendo de vidrio el teja

*Tomar piedra en la ma
Para tirar al vaxi.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca a luz pape
Para entretener donxe
Escrive à sontas, y alo.*

AMADIS DE GAVLA, A DON QUI-
xote de la Mancha.

S O N E T O .

TV que imitaste la llorosa vida,
Que ruue ausente, y desdeñado, sobre
El gran ribaço de la peña pobre,
De alegre à penitencia reduzida.
Tu, a quien los ojos dieron la beuida,
De abundante licor, aunque salobre,
Y alçandore la plata, estaño, y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Vive seguro, de que eternamente,
En tanto almenos que en la quarta esfera,
Sus cauallos agurje el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria ferà en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico, y solo.

DON

DON BELIANIS DE GRECIA A DON
Quixote de la Mancha.

S O N E T O.

R Ompì, cortè, abollè, y dixè, y hizè,
Mas que en el orbe cavallero andante,
Fuy diestro, fuy valiente, y fuy arrogante,
Mil agravios venguè, cien mil deshizè.
Hazañas di à la fama que eternizè,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfizè.
Tuve a mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocasion al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la luna,
Siempre se vio encumbrada mi ventura,
Tus proezas embidio, ò gran Quixote.

LA SEÑORA ORIANA, A DULCINEA
del Toboso.

S O N E T O.

O Quien tuuiera hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Alaea,
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cavallero, que heziste venturoso,
Mirara alguna desigual pelea,
O quien tan castamente se escapara,
Del señor Amadis, como tu heziste,
Del comedido hidalgo don Quixote.

Que

Que así embidiada fuera, y no embidiara ,
Y fuera alegre el tiempo que fue triste ,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCUDERO DE AMADIS.
de Gaula, â Sancho Pança, escudero de
Don Quixote.

S O N E T O.

Salve, varon famoso, a quien fortuna,
Quando en el trato esouderil te puso
Tan blanda, y cuerda mente lo dispuso,
que o passaste sin desgracia alguna.
Ya la açada, o la box poco repugna
Al andante exercicio ; ya està en vso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberuio que intenta hollar la Luna.
Embidio o tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas y gualmente embidio,
Que mostraron tu cuerda prouidencia.
Salve otra vez, o Sancho, tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Ouidio
Con bux coronate haze reuerencia.

DEL DONOSO POETA ENTREVERADO,
A Sancho Pança, y Roxinante.

SOy Sancho Pança escude
Del Manchego don Quixo
Puse pies en poluoro
Por viuir â lo discre.

Que

Que el tacito Villadie
Toda su razon de esta
Cifró en vna retina
Segun siente Celesti
Libro en mi opinion diui
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE.

SOy Rozinante el famo
Bisnieto del gran Babie
Por pecados de fiaque
Fuy à poder de vn don Quixo.
Parejas corri á lo flo
Mas por vña de caua
No se me escapò ceua
Que esto saqué a Lazari
Quando para hurtar el vi
Alciego le di la pa.

ORLANDO FVRIOSO, A DON Quixote de la Mancha.

S O N E T O.

Sino eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te ballares,
Inuieto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy Quixote, que perdido
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo à la fama en sus altares,
Aquel valor, que respetò el oluido.

No puedo ser tu yqual; que este decoro
Se deve à tus proezas, y à tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al sobernio Mirro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Y guales en amor con mal suceso.

EL CAVALLERO DEL FEBO, A DON
Quixote de la Mancha.

S O N E T O.

A Vuestra espada no yqualò la mia;
Febo Español, curioso cortesano,
Ni à la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia:
Imperios desprecié, y la Monarquia
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano,
Dexè por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Amela por milagro vnico, y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temio mi braço, que domò su rabia.
Mas vos Godo Quixote, illustre, y claro,
Por Dulcinea soys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN, A DON QUIXOTE
de la Mancha.

S O N E T O.

M Aguer señor Quixote, que sandezes
Vos tengan el cerbelo derrumbado,

Nun

*Nunca fereys de alguno reprochado ,
 Por hombre de obras viles, y joexes .
 Seran vueffas fazañas los joexes ,
 Pues tuertos desfazjendo aueys. andado ,
 Siendo vegadas mil apaleado ,
 Por follones cautiups , y rahezex .
 Y si la vueffa linda Dulcinea ,
 Desaguisado contra vos comete ,
 Ni à vueffas cuytas muestra buen talante .
 Ental desman vueffo conorre sea ,
 Que Sancho Pança fue mal alcahuete
 Necio el, dura ella, y vos no amante .*

**DIALOGO ENTRE BABIECA,
 y Rozinante .**

S O N E T O .

- B.** **C**omo estays Rozinante tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues que es de la ceuada, y de la paja?
R. No me dexa ni amo, ni vn bocado.
B. Anda señor, que estays muy mal criado ,
 Pues vuestra lengua de asno al amo vltraja :
R. Asno se es de la cuna à la mortaja ,
 Quereyslo ver ? miraldo enamorado .
B. Es necesidad amar ? **R.** No es gran prudencia .
B. Metafisico estays . **R.** Es que no como ,
B. Quexaos del escudero . **R.** No es bastante .
 Como me he de quexar en mi dolencia ,
 Si el amo, y escudero, o mayordomo ,
 Sontan Rozines como Rozinante ,



PRIMERA PARTE
DEL INGENIOSO
Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Capitulo primero. Que trata de la condicion,
y exercicio del famoso hidalgo don Quixote
de la Mancha.*



N Vn lugar de la Máncha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rozin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duélos, y quebrantos los Sabados, lantejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluían, sayo de velarte, calças de velludo para las fiestas, con sus pantuflos de lo mismo, y los dias de entre semana se honraua con su vellori de lo mas fino. Tenia en su casa

A vna

Primera parte de don

Vna ama que passaua de los quarenta : y vna sobrina que no llegaua a los veynte , y vn moço de campo, y plaça, q̄ assi enfillaua el rozin, como tomaua la podadera. Frisaua la edad de nuestro hidalgo con los cincuenta años. Era de complexion rezia, seco de carnes , enjuto de rostro, gran madrugador, y amigo de la caça, Quieren dezir, que tenia el sobre nombre de Quixada, ò Quesada (que en esto ay alguna diferencia en los autores que deste caso escriuen) aunque por conjeturas verisimiles se dexa entender, que se llamaua Quixana . Pero esto importa poco a nuestro cuento, basta que en la narracion del no se salga vn punto de la verdad. Es pues de saber, que este sobredicho hidalgo, los ratos que estaua ocioso (que eran los mas del año) se daua à leer libros de cauallerias con tanta aficion, y gusto, que olvidò casi de todo punto el exercicio de la caça, y aun la administracion de su hazienda : y llegó a tanto su curiosidad, y desatino en esto, que vèdio muchas hanegas de tierra de sembradura, para comprar libros de cauallerias que leer, y assi lleuò a su casa todos quantos pudo auer dellos: y de todos, ningunos le parecian tã bien, como los que compuso el famoso Feliciano de Silua, porque la claridad de su prosa , y aquellas enricadas razones suyas, le parecian de perlas: y mas quando llegaua à leer aquellos requiebros, y cartas de desafios , donde en muchas partès hallaua escrito. *La razon de la sin razon que a mi razõ se haze, de tal manera mi razon enflaqueze, que con razon me quezo de la vuestra fermosura.* Y tambien quando leia. *Los altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Con estas razones perdia el pobre cauallero el juyzio, y desuelauãse por entēderlas, y desentrañarles el sentido, que no se lo sacara, ni las entendiera el mismó Aristotelis, si resucitara para solo ello. No estaua muy bien con las heridas que dó Belianis daua, y recebia,

por.

porque se imaginava , que por grandes maestros que le huuiessen curado, no dexaria de tener el rostro, y todo el cuerpo lleno de cicatrices, y señales. Pero con todo alabaua en su autor, aquel acabar su libro con la promessa de aquella inacabable aventura, y muchas vezes le vino desseo de tomar la pluma, y dalle fin al pie de la letra, como alli se promete: y sin duda alguna lo hiziera, y aun falliera con ello, si otros mayores, y continuos pensamientos no se lo estoruaran. Tuuo muchas vezes competència có el Cura de su lugar (que era hombre docto, graduado en Ciguença) sobre qual auia sido mejor cauallero, Palmerin de Inglaterra, ò Amadis de Gaula: mas Maese Nicolas, barbero del mismo pueblo dezia, que ninguno llegaua al Cauallero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era don Galaor, hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada condiciòn para todo, que no era cauallero melindroso, ni tãlloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en çaga. En resoluciõ, el se enfrascò tanto en su lectura, que se le passauan las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio: y asì del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el cerebro de manera, que vino a perder el juyzio. Llenòse le la fantasia de todo aquello q̄ leia en los libros, asì de encantamientos, como de pedencias, batallas, desafios,, heridas requiebros, amores, tormentas, y disparates impossibles. Y assentosele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella maquina de aquellas soñadas inuenciones que leia, que para el no auia otra historia mas cierta en el mundo. Dezia el, q̄ el Cid Ruydiaz auia sido muy buen cauallero, pero q̄ no tenia q̄ ver con el cauallero de la Ardiète espada, q̄ de solo vn reues auia partido por medio dos fieros, y descomunales gigantes. Mejor estaua có Bernardo del Carpio, porq̄ en Rôcesualles auia muerto a Roldã el encãtado, valiéndose de la industria de Hercules,

Primera parte de don

quando ahogó á Anteon el hijo de la tierra entre los brazos. Dezia mucho bien del gigante Morgante, porque con ser de aquella generaciõ gigantea, que todos son soberuios, y descomedidos, el solo era afable, y bien criado. Pero sobre todos estaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le veía salir de su castillo, y robar cuántos topaua: y quando en allende robò aquel idolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su historia. Diera el por dar vna mano de coces al traydor de Galalò, al ama que tenia, y aun a su sobrina de añadidura. En efecto, rematado ya su juyzio, vino a dar en el mas estraño pensamiento que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le parecio conuenible, y necessario, asì para el aumento de su honra, como para el seruicio de su republica, hazer-se cauallero andante, y yrse por todo el mundo con sus armas, y cauallo, a buscar las auenturas, y a exercitarse en todo aquello que el auia leydo, que los caualleros andantes se exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauio, y poniendose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrase eterno nõbre, y fama. Imaginauase el pobre, ya coronado por el valor de su brazo, por lo menos del Imperio de Trapisonda: y asì con estos tan agradables pensamientos, lleuado del estraño gusto q̄ en ellos sentia, se dio priessa á poner en efeto lo que desseaua. Y lo primero que hizo, fue limpiar vnas armas que auian sido de sus visaguelos, que tomadas de orin, llenas de moño, luengos figlos auia que estauan puestas, y olvidadas en vn rincón. Limpiolas, y adereçolas lo mejor que pudo, pero vio que tenian vna gran falta, y era que no tenian zelada de encaixe, sino morrion simple: mas a esto suplio su industria, porque de cartones hizo vn modo de media zelada, que encaxada con el morrion, hazia vna apariencia de zelada entera. Es verdad que para prouar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna cuchilla da, sacò su espada, y le

dio

dio dos golpes, y con el primero, y en vn punto deshizo lo que auia hecho en vna semana: y no dexó de parecerle mal la facilidad con que la auia hecho pedaços, y por assegurarle deste peligro, la tornò a hazer de nueuo, poniendole vnas barras de hierro por de dentro, de tal manera, que el quedò satisfecho de su fortaleza, y sin querer hazer nueua experiencia della, la diputò, y tuuo por zelada finissima de encaxe. Fue luego a ver a su rozin, y aunque tenia mas quartos que vn real, y mas tachas que el cauallo de Gonela, que *tantum pellis, & ossa fuit*, le parecio q̄ ni el Buzefalo de Alexandro, ni Babieca el del Cid con el se y gualauan. Quatro dias se le passaron en imaginar que nombre le pondria, porque (segun se dezia el a si mismo) no era razon que cauallo de cauallero tan famoso, y tan bueno el por si, estuuiesse sin nombre conocido, y assi procuraua acomodarsele, de manera que declarasse quien auia sido, antes que fuesse de cauallero andante, y lo que era entonces: pues estaua muy puesto en razon, que mudando su señor estado, mudasse el tambien el nombre, y le cobrasse famoso, y de estruêdo, como conuenia à la nueua orden, y al nueuo exercicio que ya professaua: y assi despues de muchos nombres que formò, borrò, y quitò, añadiò, deshizo, y tornò à hazer en su memoria, è imaginacion: al fin le vino a llamar Rozinante, nombre a su parecer, alto, sonoro, y significatiuo de lo que auia sido, quando fue rozin antes de lo que aora era, que era antes, y primero de todos los rozines del mundo. Puesto nombre, y tan a su gusto a su cauallo, quiso ponersele a si mismo, y en este pensamiento durò otros ocho dias, y al cabo se vino a llamar dó Quixote: de donde (como queda dicho) tomaron ocasió los autores desta tan verdadera historia, que sin duda se deuia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisieron dezir: pero acordandose que el valeroso Amadis, no solo se auia contentado con llamarse

Primera parte de don

Amadis a secas, sino que añadió el nombre de su Reyno y patria, por hazerla famosa, y se llamó Amadis de Gaula: así quiso como buen cauallero, añadir al suyo el nombre de la suya, y llamarse don Quixote de la Mancha, con que a su parecer declaraua muy al viuo su linage, y patria, y la honraua con tomar el sobrenombre della. Limpias pues sus armas, hecho del morrion zelada, puesto nombre a su rozin, y confirmandose a si mismo, se dio a entender, que no le faltaua otra cosa, sino buscar vna dama de quien enamorarse, porque el cauallero andante sin amores era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuerpo sin alma. Deziase el: Si yo por malos de mis pecados, ò por mi buena fuerte, me encuentro por ai con algun gigante (como de ordinario les acontece a los caualleros andantes, y le derribo de vn encuentro, ò le parto por mitad del cuerpo, ò finalmente le venço, y le rindo, no será bien tener a quien embiarle presentado; y que entre, y se hinqué de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde, y rendida: Yo soy el gigante Caracuiambro, señor de la infula Malindrania, a quien vencio en singular batalla, el jamas como se deue alabado cauallero don Quixote de la Mancha, el qual me mandò, que me presentase ante la vuestra merced, para que la vuestra grandeza disponga de mi a su talante. O como se holgò nuestro bué cauallero, quando huuo hecho este discurso, y mas quando hallò a quien dar nombre de su dama: y fue a lo que se cree, que en vn lugar cerca del suyo, auia vna moça labradora de muy buen parecer, de quien el vn tiempo andauo enamorado, (aunque segun se entiende, ella jamas lo supo, ni se dio cata dello). Llamauase Aldonça Lorenço, y a esta le parecio ser bien darle titulo de señora de sus penfamientos: y buscandole nombre que no desdixesse mucho del suyo, y que tirasse, y se encaminasse al de Princesa, y gran señora, vino a llamarla Dulcinea del Toboso

por-

porque era natural del Toboso: nombre a su parecer mufico, y peregrino, y finificatiuo, como todos los demas q̄ a el, y a sus cosas auia puesto.

Capit. II. Que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.



Echas pues estas preuëciones, no quiso aguardar mas tiempo a poner en efeto su pensamiẽto, apretandole a ello la falta que el pensaua q̄ hazia en el mundo su tardança, segun eran los agrauios que pensaua deshazer, tuertos que endereçar, sinrazõnes que enmendar, y abusos que mejorar, y deudas que satisfazer. Y assi sin dar parte a persona alguna de su intencion, y sin que nadie le viesse, vna mañana antes del dia (q̄ era vno de los calurosos del mes de Iulio) se armò de todas sus armas, sobio sobre Rozinante, puesta su mal cõpuesta zelada, embraçò su adarga, tomò su lança, y por la puerta falsa de vn corral salio al cãpo con grandissimo cõtento, y alborço, de ver cõ quanta facilidad auia dado principio a su buen desseo: mas a penas se vio en el campo, quando le assaltò vn pẽsamiento terrible, y tal que poi poco le hiziera dexar la començada empresa, y fue, que levino a la memoria, que no era armado cauallero, y que conforme a ley de caualleria, ni podia, ni deuia tomar armas con ningun cauallero: y puesto que lo fuera auia de llevar armas blancas, como nouel cauallero, sin empresa en el escudo, hasta que por su esfuerço la ganasse. Estos pẽsamientos le hizieron titubear en su proposito, mas pudiẽdo mas su locura que otra razõ alguna, propuso de hazerse armar cauallero del primero que topasse, à imitacion de otros muchos que assi lo hizieron, segun el auia leydo en los libros que talte tenian. En lo de las armas blancas, pensaua limpiarlas de manera (en teniendo lugar)

Primera parte de don

que lo fuesen mas que vn armiño: y con esto se quietó, y prosiguió su camino, sin llevar otro que aquel que su cauallo queria, creyendo que en aquello consistia la fuerça de las auenturas. Yendo pues caminando nuestro flamãte àuenturero, yua hablando cõsigo mismo, y diziendo: Quié duda, sino que en los venideros tiempos, quando salga à luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escriuiere no ponga, quando llegue a contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? A penas auia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y a penas los pequeños, y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas auian saludado con dulce, y meliflua armonia la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas, y balcones del Manchego Orizonte, a los mortales se mostraua, quando el famoso cauallero don Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subio sobre su famoso cauallo Rozinante, y començô a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel (y era la verdad que por el caminaua) y añadió diziendo: Dichosa edad, y siglo dichoso aquel, adonde saldrán a luz las famosas hazañas mias, dignas de entallarse en bronzes, esculpirse en marmoles, y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro. O tu sabio encantador, quien quiera q̃ seas, a quien ha de tocar el ser coronista desta peregrina historia, ruegote, que no te oluides de mi buen Rozinante, compañero eterno mio en todos mis caminos, y carreras. Luego boluia diziendo) como si verdaderamente fuera enamorado). O Princesa Dulcinea, señora deste cautiuo coraçó, mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso afincamiento, de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura: Plegaos señora de membraros de este vuestro sujeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro amor

amor padece. Con estos yua ensartando otros disparates, todos al modo de los que sus libros le auian enseñado, imitando en quanto podia su lenguaje: y con esto caminaua tan de espacio, y el sol entraua tan apriessa, y con tanto ardor, que fuera bastante a derretirle los sesos (si algunos tuuiera). Casi todo aquel dia caminô sin acontecerle cosa que de contar fuesse, de lo qual se desesperaua, porq̃ quisiera topar luego, luego con quien hazer experiencia del valor de su fuerte braço. Autores ay que dizen, que la primera aventura que le auino, fue la del puerto Lapice, otros dizen, que la de los molinos de viento. Pero lo que yo he podido aueriguar en este caso, y lo que he hallado escrito en los Anales de la mancha, es, que el anduuo todo aquel dia, y al anochezer, su rozin, y el se hallarô cãfados, y muertos de hambre: y que mirando a todas partes, por ver si descubriria algun castillo, ò alguna majada de pastres donde recogerse, y adonde pudieffe remediar su mucha necesidad: vio no lexos del camino por donde yua, vna vëta, que fue como si viera vna estrella, que a los portales, sino a los alcaçares de su redencion, le encaminaua. Diose priessa â caminar, y llegò a ella â tiempo que anochecia. Estauan a caso a la puerta dos mugeres moças, destas que llaman del partido, las quales yuan a Seuilla con vnos harrieros, que en la venta aquella noche acertaron â hazer jornada: y como a nuestro auenturero, todo quanto pensaua, veia, ò imaginaua, le parecia ser hecho, y passar al modo de lo que auia leydo, luego que vio la venta, se le representò que era vn castillo con sus quatro torres, y chapiteles de luziente plata, sin faltarle su puente leuadiza, y honda caua, con todos aquellos adherentes que semejantes castillos se pintan. Fuesse llegando a la venta (que a el le parecia castillo, y a poco trecho della, detuuvo las riendas a Rozinante, esperando que algun enano se pusieffe entre las almenas, a dar señal con alguna trompeta, de que

Primera parte de don

llegaua cauallero al castillo . Pero como vio que se tardauan, y que Rozinante se daua priessa por llegar à la caualleriza , se llegó a la puerta de la venta , y vio a las dos distraydas moças que alli estauan , que a elle parecieron dos hermosas donzellas,ò dos graciosas damas , que delante de la puerta del castillo se estauan solazando. En esto sucedio a caso, que vn porquero que andaua recogiendo de vnos rastros yna manada de puercos (que sin perdon asì se llaman) tocò vn cuerno , a cuya señal ellos se recogen , y al instante se le representò a don Quixote lo que desseaua , que era que algun enano hazia señal de su venida , y asì con estraño contento llegó a la venta , y a las damas. Las quales como vieron venir vn hombre de aquella fuerte, armado, y con lança , y adarga , llenas de miedo se yuan à entrar en la venta : pero don Quixote, coligiendo por su huyda su miedo , alçandose la visera de papelon, y descubriendo su fesco, y poluoroso rostro, con gentil talante, y voz reposada les dixo : Non fuyan las vuestras mercedes , nin teman defaguisado alguno, ca à la orden de caualleria que professo, non toca , ni atañe fazerle a ninguno , quanto mas a tan altas donzellas como vuestras presencias demuestran. Mirandole las moças, y andauan con los ojos buscandole el rostro , que la mala visera le encubria . Mas como se oyeron llamar donzellas , cosa tan fuera de su profesion , no pudieron tener la risa , y fue de manera , que don Quixote vino a correrse, y a dezirles: Bien parece la mesura en las fermosas , y es mucha fañdez ademas la risa , que de leue causa procede: pero non vos lo digo porque os acuytedes , ni mostredes mal talante, que el mio non es de al, que de feruiros . El language no entendido de las señoras, y el mal talle de nuestro cauallero acrecentaua en ellas la risa, y en el el enojo , y passara muy adelante , si à aquel punto no saliera el ventero , hombre que por ser muy gordo, era

Quixote de la Mancha.

era muy pacifico , el qual viendo aquella figura contrahecha , armada de armas tan desiguales , como eran la brida , lança , adarga , y cofelete no estuu en nada en acompañar a las donzellas en las muestras de su contento . Mas en efeto , temiendo la maquina de tantos pertrechos , determinò de hablarle comedidamente , y así le dixo : Si vuestra merced , señor cauallero , busca posada , am del lecho (porque en esta venta no ay ninguno) todo lo demás se hallará en ella en mucha abundancia : Viendo don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le parecio a el el ventero , y la venta) respondió : Para mi señor Castellano , qualquiera cosa basta , porque mis arreos son las armas , mi descanso el pelear , &c. Pensò el huesped , que el auerle llamado Castellano , auia sido por auerle parecido de los sanos de Castilla , aunque el era Andaluz , y de los de la playa de Sanlucar , no menos ladron que Caco , ni menos maleante que estudiante , o page , y así le respondió : Segun esso , las camas de vuestra merced serán duras peñas , y su dormir siempre velar : y siendo así , bien se puede apear , con seguridad de hallar en esta choça ocasion , y ocasiones para no dormir en todo vn año , quanto mas en vna noche . Y diziendo esto , fue a tener del estribo a don Quixote , el qual se apeò con mucha dificultad , y trabajo (como aquel que en todo aquel dia no se auia desayunado) . Dixo luego al huesped , que le tuuiesse mucho cuydado de su cauallo , porque era la mejor pieça que comia pan en el mundo . Mirole el ventero , y no le parecio tan bueno como don Quixote dezia , ni aun la mitad : y acomodandole en la caualleriza , boluio a ver lo que su huesped mandaua , al qual estauan desarmando las donzellas (que ya se auian reconciliado con el) las quales , aunque le auian quitado el peto , y el espaldar , jamas
supie

Primera parte de don

supieron, ni pudieron defencaxarle la gola, ni quitarle la contrahecha zelada, que traía atada cōvnas cintas verdes; y era menester cortarlas por no poderse quitar los ñudos, mas el no lo quiso consentir en ninguna manera: y así se quedò toda aquella noche con la zelada puesta, que era la mas graciosa, y estraña figura que se pudiera pensar: y al defarmarle (como el se imaginaua que aquellas traydas, y lleuadas que le defarmauan, eran algunas principales señoras, y damas de aquel castillo) les dixo cō mucho donayre: Nunca fuera cauallero de damas tan biẽ seruido, como fuera don Quixote quando de su aldea vino, donzellas curauan del, Princesas de su rozino. O Rozinante, que este es el nõmbre, señoras mias, de mi cauallero, y don Quixote de la mancha el mio: que puesto que no quisiera descubrirme, fasta que las fazañas fechas en vuestro seruicio, y pro, me descubrieran, la fuerça de acomodar al proposito presente este romance viejo de Lanzarote, ha sido causa que sepays mi nombre antes de toda fazon: pero tiempo vendrà en que las vuestras señorias me manden, y yo obedezca, y el valor de mi braço descubra el desseo que tengo de seruiros. Las moças que no estauan hechas à oyr semejantes retoricadas, no respondiã palabra, solo le preguntaron, si queria comer alguna cosa. Qualquiera yantaria yo, respondió don Quixote, porque a lo q̄ entiendo, me haria mucho al caso. A dicha acertò a ser Viernes aquel dia: y no auia en toda la venta sino vnas raciones de vn pescado, que en Castilla llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao: y en otras partes curadillo, y en otras truchuela. Preguntaronle, si por ventura comeria su merced truchuela, que no auia otro pescado que darle a comer. Como aya muchas truchuelas, respondió don Quixote, podràn seruir de vna trucha, porque esso me da que me den ocho reales en senzillos, que en vna pieça de a ocho. Quanto mas que podria
fer

ser que fuesſen eſtas truchuelas como la ternera que es mejor que la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero ſea lo que fuere, venga luego, que el trabajo, y peſo de las armas, no ſe puede llevar ſin el gouierno de las tripas. Pufieronle la meſa à la puerta de la venta, por el freſco, y truxole el hueſped vna porcion del mal remojado, y peor cozido bacallao, y vn pan tan negro, y mugriento como ſus armas: pero era materia de grande riſa verle comer, porque como tenia pueſta la zelada, y alçada la viſera, no podia poner nada en la boca con ſus manos, ſi otro no ſe lo daua, y ponía, y aſi vna de aquellas ſeñoras ſeruía deſte menefter: mas al darle de beuer no fue poſible, ni lo fuera, ſi el ventero no horadara vna caña, y pueſto el vn cabo en la boca, por el otro le yua echando el vino: y todo eſto lo recebia en paciencia, a trueco de no romper las cintas de la zelada. Eſtando en eſto, llegó a caſo a la venta vn caſtrador de puercoſ, y aſi como llegó, ſonò ſu ſiluato de cañas, quatro, ò cinco vezes, con lo qual acabò de confirmar don Quixote, que eſtaua en algun famoſo caſtillo, y que le ſeruían con muſica, y que el abadexo erã truchas, el pan candial, y las rameras damas: y el ventero, Caſtellano del caſtillo, y con eſto daua por bien empleada ſu determinacion, y ſalida. Mas lo que mas le fatigaua, era el vno verſe armado cauallero, por parecerle que no ſe podria poner legitimamente en auentura alguna, ſin recebir la orden de caualleria.

Cap. III. Donde ſe cuenta la gracioſa manera que vno don Quixote en armarſe cauallero.



Aſi fatigado deſte penſamiento, abreuì ſu venteril, y limitada cena, la qual acabada llamó al ventero, y encerrandofe con el en la caualleriza, ſe hincò de rodillas ante el, diziendole: No me leuantarè jamas de donde eſtoy, valeroſo
caua-

Primera parte de don

cauallero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue vn dō que pedirle quiero, el qual redundarà en alabança vuestra, y en pro de genero humano. El ventero que vio a su huesped a sus pies, y oyō semejantes razones, estaua confuso mirandole, sin saber que hazer se, ni dezirle, y porfiava con el que se leuantasse, y jamas quiso, hasta que le huuo de dezir, que elle otorgaua el don que le pedia. No esperaua yo menos de la gran manificencia vuestra, señor mio, refpondio don Quixote, y así os digo, que el don que os he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel dia me aueys de armar cauallero: y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velarē las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto desseo, para poder, como se deue, yr por todas las quatro partes del mundo, buscando las auenturas en pro de los menesterosos, como està a cargo de la caualleria, y de los caualleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a semejātes fazañas es inclinado. El ventero (que como està dicho) era vn poco focarron, y ya tenia algunos barruntos de la falta de judio de su huesped, acabò de creerlo quando acabò de oyr semejantes razones: y por tener q̄ reyr aquella noche, determinò de seguirle el humor, y así le dixo, que andaua muy acertado en lo q̄ desseaua, y q̄ tal profupuesto era propio, y natural de los caualleros tan principales, como el parecia, y como su gallarda presencia mostraua: y que el así mismo en los años de su mocedad, se auia dado à aquel honroso exercicio, andando por diuersas partes del mundo, buscando sus auenturas, sin q̄ huuiesse dexado los perchelēs de Malaga, illas de Riaran, compas de Seuilla, açogajo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondilla de Granada, playa de Sanluncar, potro de Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otras diuersas partes, donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requesiādo mu-
chas

chas viudas, deshaziedo algunas donzellas, y engañando à algunos pupilos, y finalmente dandose a conocer por quantas audiencias, y tribunales ay casi en toda España: y que a lo vltimo se auia venido a recoger à aquel su castillo, donde viuia con su hazienda, y con las agenas, recogiendo en el a todos los caualleros andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fuesen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partieffen cõ el de sus aueres, en pago de subuen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nueuo: pero que en caso de necesidad, el sabia que se podian velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en vn patio del castillo, que a la mañana, siêdo Dios seruido, se harian las devidas ceremonias, de manera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudieffe ser mas en el mundo. Preguntole si traía dineros, respondió don Quixote, que no traía blanca, porque el nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes, que ninguno los huuieffe traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, que puesto caso que en las historias no se escriuia, por auerles parecido a los autores della, q̄ no era menester escriuir vna cosa tan clara, y tã necessaria de traerse, como eran dineros, y camisas limpias, no por esso se auia de creer, q̄ no los truxeron: y asì tuuieffe por cierto, y aueriguado, q̄ todos los caualleros andantes, de que tantos libros estan llenos, y atestados, lleuauan bien herradas las bolsas por lo q̄ pudieffe sucederles, y que asì mismo lleuauan camisas, y vna arqueta pequeña llena de vnguentos, para curar las heridas que recibian, porque no todas vezes en los campos, y desiertos donde se cõbatian, y salian heridos, auia quien los curasse, si ya no era, que tenian algũ sabio encantador por amigo, que luego los socorria, trayêdo por el ayre en alguna nube alguna dõzella,

ô Enano

Primera parte de don

ô Enano, con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustâdo alguna gota della, luego al punto quedauã sanos de sus llagas, y heridas, como si mal alguno huuiessen tenido: mas q̄ en tanto que esto no huuiesse, tuuieró los pasados caualleros por cosa acertada, que sus escuderos fuesen proueydos de dineros, y de otras cosas necessarias, como eran hilas, y vnguentos para curarse: y quando sucedia, que los tales caualleros no tenian escuderos (que eran pocas, y raras vezes) ellos mismos lo lleuauan todo en vnas alforjas muy sutiles, que casi no se parecian, a las ancas del cauallo, como que era otra cosa de mas importancia: porque no siendo por ocasion semejante, esto de llevar alforjas, no fue muy admitido entre los caualleros andantes: y por esto le daua por consejo, pues aun se lo podia mandar como a su ahijado, que tan presto lo auia de ser, que no caminasse de alli adelante sin dineros, y sin las preuenciones recibidas, y que veria quan bien se hallaua con ellas, quando menos se pensase. Prometiole dô Quixote, de hazer lo que se le aconsejaua con toda puntualidad: y assi se dio luego orden como velasse las armas, en vn corral grande que a vn lado de la venta estaua, y recogiendo las don Quixote todas, las puso sobre vna pila que juntó a vn pozó estaua: y abraçando su adarga, asio de su lança, y con gentil continente se començó a pasear delante de la pila, y quando començò el passeio, començaua a cerrar la noche, Contò el ventero a todos quantos estauan en la venta la locura de su huesped, la vela de las armas, y la armazon de caualleria que esperaua. Admirandose de tan extraño genero de locura, fueron-se lo a mirar desde lexos, y vieron que con sossegado ademán, vnas vezes se passeaua, otras arrimado a su lança, ponialos ojos en las armas, sin quitarlos por vn buen espacio de ellas. Acabò de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podia competir con el q̄ se la prestaua:

de

de manera, que quanto el nouel cauallero hazia, era bien visto de todos. Antojosele en esto a vno de los harrieros que estauan en la venta, yr a dar agua a su recua, y fue menester quitar las armas de don Quixote, que estauan sobre la pila, el qual viendole llegar, en voz alta le dixo: O tu, quien quiera que seas atreuido cauallero, que llegas a tocar las armas del mas valeroso andante, que jamas se ciñô espada, mira lo que hazes, y no las toques, sino quieres dexar la vida en pago de tu atreuimiento. No se curô el harriero destas razones, (y fuera mejor que se curara, por que fuera curarse en salud) antes trauando de las correas, las arrojò gran trecho de si. Lo qual vifto por don Quixote, alçò los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (a lo que parecio) en su señora Dulcinea, dixo: Acorredme señora mia en esta primera afrenta, que a este vuestro auassallado pecho se le ofrece, no me desfallezca en este primero trance vuestro fauor, y amparo: y diziendo estas, y otras semejantes razones, soltando la adarga, alçò la lança a dos manos, y dio con ella tan gran golpe al harriero en la cabeça, que le derribò en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuuiera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogio sus armas, y tornò à pasarse con el mismo reposo que primero. Desde alli a poco, sin saberse lo que auia passado, (porque aun estava aturdido el harriero) llegò otro con la mesma intencion, de dar agua à sus mulos, y llegando a quitar las armas para desembaraçar la pila, sin hablar don Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltò otra vez la adarga, y alçò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo harriero, porque se la abrio por quatro: al ruydo acudio toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto dô Quixote, abraçò su adarga, y puesta mano a su espada, dixo: O señora de la fermosura, esfuerço, y vigor del debilitado

Primera parte de don

coraçon mio , aora es tiempo que buelvas los ojos de tu grandeza, à este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura està atendiendo. Con esto cobrò à su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los harrieros del mundo, no boluiera el pie atras. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, començaron desde lexos à llouer piedras sobre don Quixote, el qual lo mejor que podia, se reparaua con su adarga, y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua voces que le dexassen, porque ya les auia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunque los matasse à todos. Tambien don Quixote las daua mayores, llamandolos de aleuofos, y traydores, y que el señor del castillo era vn follon, y mal nacido cauallero, pues de tal manera cõsentia, que se trataffen los andantes caualleros, y que si el huiera recibido la orden de caualleria, que el le diera à entender su aleuosia, pero de vosotros, soez y baxa canalla, no hago caso alguno. Tirad, llegad, venid, y ofendeme en quanto pudieres, que vosotros vereys el pago que lleuays de vuestra fandez, y demasia. Dezia esto con tãto brio, y denuedo, que infundio vn terrible temor en los que le acometian: y asì por esto, como por las persuasiones del ventero, le dexaron de tirar: y el dexò retirar à los heridos y tornò à la vela de sus armas, con la misma quietud y fofsiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burllas de su huesped, y determinò abreniar, y darle la negra orden de caualleria luego, antes q̃ otra desgracia sucediesse, y asì llegandose à el, se desculpò de la intolerancia que aquella gente baxa con el auia vsado, sin que el supiesse cosa alguna: pero que bien castigados quedauã de su atreuimiento. Dixole como ya le auia dicho, q̃ en aquel castillo no auia capilla, y para lo que restaua de hazer, tampoco era necessaria, q̃ todo el toque de quedar armado cauallero, consistia en la pescogada, y en el espaldarazo, segun
el

el tenía noticia del ceremonial de la orden, y q̄ aquello en mitad de vn campo se podia hazer: y q̄ ya auia cumplido con lo q̄ tocava al velar de las armas, q̄ con solas dos horas de vela se cumplia, quanto mas, q̄ el auia estado mas de quatro. Todo se lo creyò don Quixote, y dixo, q̄ el estaua alli pronto para obedecerle, y que concluyesse con la mayor breuedad q̄ pudieffe: porq̄ si fuesse otra vez acometido, y se viesse armado cauallero, no p̄saua dexar persona viua en el castillo, eceto aquellas q̄ el le mandasse, à quien por su respeto dexaria. Aduertido, y medroso desto el Castellano, truxo luego vn libro donde assentaua la paja, y ceuada que daua à los harrieros, y con vn cabo de vela que le traia vn muchacho, y con las dos ya dichas donzellas, se vino adonde don Quixote estaua, al qual mandò hincar de rodillas, y leyendo en su manual (como que dezia alguna deuota oracion) en mitad de la leyenda, alçò la mano, y diole sobre el cuello vn gran golpe, y tras el con su mesina espada vn gentil espaldarazo (siempre murmurando entre dientes, como que rezaua.) Hecho esto, mandò à vna de aquellas damas que le ciñese la espada, la qual lo hizo con mucha dessemboltura, y discrecion, porque no fue menester poca para no rebentar de risa à cada punto de las ceremonias: pero las proezas que ya auian visto del nouel cauallero, les tenia la risa à raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena señora: Dios haga à vuestra merced muy venturoso cauallero, y le dê ventura en lides. Don Quixote le preguntò como se llamaua, porq̄ el supieffe de alli adelante à quiẽ quedaua obligado, por la merced recibida, porq̄ pensaua darle alguna parte de la hõra q̄ alcãçasse por el valor de su braço. Ella respõdiò cõ mucha humildad, q̄ se llamaua la Tolosa, y q̄ era hija de vn remédõ natural de Toledo, q̄ viuia à las tédillas de Sãchobienaya, y q̄ dõde quiera q̄ ella estuuiesse le seruiria, y le tendria por señor. Don Quixote le replicò, q̄ por su amor le hizieffe

Primera parte de don

merced, que de allí adelante se pudiesse don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo prometio: y la otra le calçò la espuela, con la qual le passò casi el mismo coloquio, que con la de la espada. Preguntole su nombre, y dixo que se llamaua la Molinera, y que era hija de vn honrado molinero de Antequera: à la qual tambien rogò don Quixote, que se pudiesse don, y se llamasse doña Molinera, ofrecien dolenueuos serucios, y mercedes. Hechas pues de galope, y apriessa las hasta allí nunca vistas ceremonias, novio la hora don Quixote de verse à cauallo, y salir buscando las aventuras: y ensillando luego à Rozinante, subio en el, abraçando a su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agrade ciendole la merced de auerle armado cauallero, que no es posible acertar à referirlas. El ventero por verle ya fuera de la venta, con no menos retoricadas, aunque có mas breues palabras, respondió à las suyas, y sin pedirle la costura de la posada, le dexò yr à la buena hora.

Cap. IIII. De lo que le sucedio à nuestro cauallero quando salio de la venta.

 A Del aluaferia, quando don Quixote salio de la venta, tan contento, tan gallardo, tan alborozado, por verse ya armado cauallero, que el gozo le rebentaua por las cinchas del cauallo. Mas viniendole à la memoria los còsejos de su huesped, cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de llevar consigo, especial la de los dineros, y camisas, determinò boluer à su casa, y acomodarse de todo, y de vn escudero: haziendo cuenta de recibir a vn labrador vezino suyo, que era pobre, y con hijos, pero muy à proposito para el officio escuderil de la caualleria. Con este pensamiento guiò à Rozinante hàzia su aldea, el qual casi conociendo la querencia, con tanta gana començo à ca-

à caminar, que parecia que no ponía los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le pareció que a su diestra mano, de la espessura de vn bosque que allí estaua, salian vnas voces delicadas, como de persona que se que-xaua. Y a penas las huuo oydo, quando dixo: Gracias doy al cielo por la merced que me haze, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que deuo a mi profesion, y donde pueda coger el fruto de mis buenos desseos. Estas voces, sin duda son de algun menesterofo, ò menesterofo, que ha menester mi fauor, y ayuda, y boluendo las riendas, encaminò a Rozinante hà-zia donde le pareció que las voces salian. Y à pocos pas-sos que entrò por el bosque, vio atada vna yegua à vna enzina, y atado en otra à vn muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quinze años, que era el q̄ las voces daua: y no sin causa, porque le estaua dando con vna pretina muchos açotes vn labrador de buen talle, y cada açote le acompañaua con vna reprehension, y conse-jo: porque dezia: La lengua queda, y los ojos listos. Y el muchacho respondia: No lo haré otra vez, señor mio, por la passion de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prome-to de tener de aqui adelante mas cuydado con el haro. Y viendo don Quixote lo que passaua, con voz ayrada di-xo: Descortes cauallero, mal parece tomaros con quien defender no se puede, subid sobre vuestro cauallo, y to-mad vuestra lança (que tambien tenia vna lança arrimada à la enzina, adonde estaua arrendada la yegua) que yo os haré conocer ser de couardes lo que estays haziende. El labrador que vio sobre si aquella figura llena de armas, blandiendo la lança sobre su rostro, riuo se por muerto, y con buenas palabras respondió: Señor cauallero, este mu-chacho que estoy castigado, es vn mi criado, que me sir-ue de guardar vna manada de ouejas, que tengo en estos contornos, el qual es tan descuydado, que cada dia me

Primera parte de don

falta vna, y porque castigo su descuydo, ò vellaqueria, di-
ze que lo hago de miserable, por nõ pagalle la soldada q̃
le deuo, y en Dios, y en mi anima que miente. Miente de-
lante de mi, ruyn villano, dixo don Quixote; por el sol q̃
nos alumbra, q̃ estoy por passaros de parte a parte cõ esta
lança, pagalde luego sin mas replica, sino por el Dios que
nos rige que os concluya, y aniquile en este punto: defatal
do luego. El labrador baxò la cabeça, y sin responder pa-
labra, defatò a su criado. Al qual preguntò don Quixote, q̃
quanto le deuia su amo: el dixo que nueue meses, a siete
reales cada mes. Hizo la cuenta don Quixote, y hallò que
montauan setenta, y tres reales: y dixole el labrador, q̃ al
momento los desembolfassè, sino queria morir por ello.
Respondio el medroso villano, que para el passo en que es-
taua, y juramento q̃ auia hecho (y aũ no auia jurado nada)
que no eran tantos: porque se le auian de descontar, y re-
cebir en cuenta tres pares de çapatos que le auia dado, y
vn real de dos sangrias que le auian hecho estando enfer-
mo. Bien està todo esso, replicò dõ Quixote: pero quedense
los çapatos, y las sangrias, por los açotes que sin culpa
le aueys dado, que si el rompio el cuero de los çapatos q̃
vos pagastes, vos le aueys rompido el de su cuerpo: y si le
facò el Barbero sangre estàdo enfermo, vos en sanidad se
la aueys sacado: asì que por esta parte no os deue nada. El
daño està señor cauallero, en que no tengo aqui dineros,
vengase Andres con migo a mi casa, que yo se los pagarè
vn real sobre otro. Yrme yo con el, dixo el muchacho,
mas mal año, no señor, ni por pienso, porque en viendose
solo, me desollarà como a vn S. Bartolome. No hará tal
replicò don Quixote, basta q̃ yo se lo mande, para que me
tenga respeto: y con que el me lo jure, por la ley de cau-
alleria que ha recebido, le dexarè yr libre, y assegurarè la
paga. Mire vuestra merced señor, lo que dize, dixo el
muchacha-

muchacho, que este mi amo no es cauallero, ni ha recebido orden de caualleria alguna, que es Iuan Haldudo el rico, el vezino del Quintanar. Importa poco esso, respondió don Quixote, que Haldudos puede auer caualleros: quanto mas, que cada vno es hijo de sus obras. Assi es verdad, dixo Andres: pero este mi amo de que obras es hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y trabajo? No niego hermano Andres, respondió el labrador, y hazedme plazer de veniros conmigo, que yo juro por todas las ordenes que de cauallerias ay en el mūdo de pagaros como tengo dicho, vn real sobre otro, y aun sahumados. Del saumerio os hago gracia, dixo don Quixote, dadfe los en reales, que con esso me contento: y mirad que lo cumplays como lo aueys jurado, sino por el mismo juramento os juro, de boluer a bufcaros, y castigaros, y que os tengo de hallar, aunque os escondays mas que vna lagartija. Y si quereys saber quien os manda esto para quedar con mas veras obligado a cumplirlo: Sabed que yo soy el valeroso don Quixote de la Mancha, el desfazedor de agrauios, y sin razones, y a Dios quedad: y no se os parte de las mientes lo promerido, y jurado, so pena de la pena pronunciada. Y en diziendo esto, picò a su Rozinante, y en breue espacio se apartò dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y quando vio que auia traspuesto del bosque, y que ya no parecia, boluióse a su criado Andres, y dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pagar lo que os deuo, como aquel deshazedor de agrauios me dexò mandado. Esso juro yo, dixo Andres, y como que andará vuestra merced acerrado en cumplir el mandamiento de aquel buen cauallero, q̄ mil años viua, que segun es de valeroso, y de buen juez, viue Roque que si no me paga, que buelua, y execute lo que dixo. Tambien lo juro yo; dixo el labrador, pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, para acrecentar la paga. Y asiendole

Primera parte de don

del braço le tornò à atar à la enzina , donde le dio tantos açotes, que le dexò por muerto. Llamad señor Andrés agora, dezia el labrador, al desfazedor de agrauios, vereys como no desfaze aqueste , aunque creo que no està acabado de hazer, porque me viene gana de defollaros viuo, como vos temiades: pero al fin le defatò, y le dio licencia que fuese a buscar à su juez , para que executasse la pronunciada sentencia. Andres se partio algo mohino, jurando de yr à buscar al valeroso don Quixote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que auia passado , y que se lo auia de pagar con las setenas. Pero con todo esto el se partio llorando, y su amo se quedò riendo, y desta manera deshizo el agrauio el valeroso don Quixote , el qual contèntissimo de lo sucedido, pareciendole que auia dado felicissimo, y alto principio a sus cauallerias , con gran satisfacion de si mismo yua caminando hàzia su aldea , diciendo a media voz: Bien te puedes llamar dichosa sobre quantas oy viuen en la tierra, ò sobre las bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte, tener sujeto , y rendido à toda tu voluntad, é talante , à vn tan valiente, y tan nombrado cauallero, como lo es, y serà don Quixote de la Mancha: el qual (como todo el mundo sabe) ayer recibio la orden de caualleria , y oy ha desfecho el mayor tuerto, y agrauio, que formò la sinrazon, y cometio la crueldad. Oy quitò el laigo de la mano à aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasion vapulaua à aquel delicado infante. En esto llegò à vn camino que en quatro se diuidia, y luego se le vino à la imaginacion las encrucixadas donde los caualleros andantes se ponian à pensar qual camino de aquellos tomarian: y por imitarlos, estuuò vn rato quedo , y al cabo de auerlo muy bien pensado soltò la rienda à Rozinante , dexando à la voluntad del rozin ta fuya, el qual siguiò su primer intento , que fue el yrse camino de su caualleriza. Y auiendo andado como dos
millas,

millas, descubrió don Quixote un grande tropel de gente, que como después se supo, eran unos mercaderes Toledanos, que yvan á comprar seda á Murcia. Eran seys, y venian con sus quitasoles, con otros quatro criados á cavallo, y tres moços de mulas á pie. Apenas los diuísó don Quixote, quando se imaginó ser cosa de nueva aventura: y por imitar en todo quanto á el le parecia posible, los passos que auia leydo en sus libros, le pareció venir allí de molde vno que pensaua hazer. Y así, con gentil continēte, y denuedo, se afirmó bien e los estribos, apretó la lança, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino, estuuó esperando que aquellos caualleros andantes llegassen, que ya el por tales los tenia, y juzgaua: y quando llegaron á trecho que se pudieron ver, y oyr, leuanto don Quixote la voz, y con ademan arrogante dixo: Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesse, que no ay en el mundo toda donzella mas hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Pararonse los mercaderes al son destas razones, y á ver la estraña figura del que las dezia: y por la figura, y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño, mas quisieró ver despacio, en que paraua aquella confesion, que se les pedia, y vno dellos que era vn poco burlon, y muy mucho discreto, le dixo: Señor cauallero, nosotros no conocemos quien sea essa buena señora que dezis, mostradnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como sinificays, de buena gana, y sin apremio alguno confesaremos la verdad, que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó don Quixote, que hizierades vosotros en cōfessar vna verdad tan notoria, la importancia esta, en q̄ sin verla lo aueys de creer, cōfessar, afirmar, jurar, y defender, donde no conmigo soys en batalla, gente descomunal, y soberua: que aora vengays vno á vno (como pide la ordē de caualleria) ora todos jutos, como es costumbre, y mala

Primera parte de don

vfança de los de vuestra ralea, aqui os aguardo, y espero, confiado en la razon que de mi parte tengo. Señor cauallero, replicò el mercader, suplico a vuestra merced, en nombre de todos estos Principes, q̄ aqui estamos, que porque no encargemos nuestras conciencias, confessando vna cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas siendo tan en perjuizio de las Emperatrices, y Reynas del Alcarria, y Estremadura, que vuestra merced sea seruido de mostrarnos algun retrato de essa señora, aunque sea tamaño como vn grano de trigo, que por el hilo se sacará el ouillo, y quedaremos con esto satisfechos, y seguros, y vuestra merced quedará contento, y pagado: y aun creo q̄ estamos ya tan de su parte, que aunq̄ su retrato nos muestre, que es tuerta de vn ojo, y que del otro le mana bermeillon, y piedra açufre, con todo esso por complazer a vuestra merced, diremos en su fauor todo lo que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió don Quixote encendido en colera, no le mana digo esso que dezis, sino ambar, y algalia entre algodones: y no es tuerta, ni corcobada, sino mas derecha que vn huso de Guadarrama: pero vosotros pagareys la grande blasfemia que aueys dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diziendo esto, arremetio con la lança baxa, contra el que lo auia dicho, con tanta furia, y enojo, que si la buena suerte no hiziera, que en la mitad del camino tropezara, y cayera Rozinante, lo passara mal el atreuido mercader. Cayó Rozinante, y fue rodando su amo vna buena pieça por el campo, y queriendose leuantar, jamas pudo: tal embaraço le causauan la lança, adarga, espuelas, y zelada, con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaua por leuantarfe, y no podia, estaua diziendo: Non fuyays gente cobarde, gente cautiuá atended, que no por culpa mia, sino de mi cauallo, estoy aqui tendido. Vn moço de mulas de los que alli venian, que no deuia de ser muy bien inten-

intencionado, oyendo dezir al pobre caydo tantas arrogancias, no lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las costillas. Y llegando se a el, tomò la lança, y despues de auerla hecho pedaços, con vno dellos començò a dar a nuestro don Quixote tantos palos, que a despecho, y pesar de sus armas, le molio como cibera. Dauante vozes sus amos, que no le diesse tanto, y que le dexasse: pero estaua ya el moço picado, y no quiso dexar el juego, hasta embia dar todo el resto de su colera: y acudiendo por los demas troços de la lança, los acabò de deshazer sobre el miserable caydo, que con toda aquella tempestad de palos que sobre el via, no cerraua la boca, amenazando al cielo, y a la tierra, y a los Malandrines, que tal le parecian. Canfóse el moço, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo el del pobre apaleado: el qual despues que se vio solo, tornò a prouar si podia leuantarse: pero sino lo pudo hazer quando sano? y bueno, como lo haria molido, y casi deshecho, y aun se tenia por dichofo, pareciédole q̄ aquella era propia desgracia de caualleros andantes, y toda la atribuía à la falta de su cauallo, y no era posible leuñtarfe, segũ tenia brumado todo el cuerpo.

Cap. V. Donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.

MIendo pues que en efeto no podia menearse, acordò de acogerse a su ordinario remedio, q̄ era pensar en algun passo de sus libros, y truxole sulocura à la memoria aq̄l de Baldouinos, y del Marques de Mātua quãdo Carloto le dexò herido en la montiña, historia sabida de los niños, no ignorada de los moços, celebrada, y aun creyda de los viejos: y con todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde, para el passo en q̄ se hallaua: y asì có muestras
de

Primera parte de don

de grande sentimiento, se començò a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo mismo que dizen dezia el herido cauallero del bosque: Donde estàs señora mia, que no te duele mi mal? ò no lo sabes señora, ò eres falsa, y de sleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos que dizen: O noble Marques de Mantua, mi tío, y señor carnal. Y quiso la suerte, que quando llegò a este verso, acertò a passar por alli vn labrador de su mismo lugar, y vezino suyo, que venia de llevar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hóbre allitendido, se llegò a el, y le preguntò, que quien era, y que mal sentia; q̄ tan tristemente se quexaua? Dó Quixote creyò sin duda, que aquel era el Marques de Mantua su tío, y así no le respondió otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daua cuenta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa, todo de la misma manera que el romance lo canta. El labrador estaua admirado, oyendo aquellos disparates, y quitandole la visera, que ya estaua hecha pedaços de los palos, le limpio el rostro, q̄ lo tenia lleno de poluo. Y apenas le huuo limpiado quando le conocio, y le dixo: Señor Quixada (que así se deuia de llamar quando el tenia juyzio, y no auia passado de hidalgo fofegado, a cauallero andante) quien ha puesto á vuestra merced desta suerte: pero el seguia có su romance á quanto le preguntaua. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitó el peto, y espaldar, para ver si tenia alguna herida, pero no vio sangre, ni señal alguna. Procurò leuantarle del suelo, y no con poco trabajo le subio sobre su jumento, por parecerle caualleria mas fofegada. Recogió las armas, hasta las astiljas de la lança, y liolas sobre Rozinante, al qual tomó de la rienda, y del cabestro al asno, y se encaminò házia su pueblo, bien pensatiuo de oyr los disparates que don Quixote dezia: y no menos yua don Quixote, que de puro molido, y que-

quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quando daua vnos sospiros que los ponía en el cielo, de modo, que de nuevo obligò á que el labrador le preguntasse, le dixesse que mal sentía: y no parece sino que el diablo le traía á la memoria los cuentos acomodados á sus sucesos, porque en aquel punto, olvidandose de Baldouinos, se acordò del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez le prendió, y lleuò preso á su Alcaydia. Desuerte, que quando el labrador le boluio á preguntar que como estaua, y que sentía, le respondió las mesmas palabras, y razones, que el cautiuo Abencerraje respondía á Rodrigo de Naruaez, del mesmo modo que el auia leydo la historia en la Diana de Iorgé de Montemayor, donde se escriue: aprouechandose della tan de proposito, que el labrador se yua dando al diablo de oyr tanta maquina de necedades, por donde conocio, que su vezino estaua loco, y dauale priessa á llegar al pueblo, por escusar el enfado que don Quixote le causaua con su larga arenga. Al cabo de lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Naruaez, que esta hermosa Xarifa que he dicho, es aora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago, y haré los mas famosos hechos de cauallerias que se han visto, vean, ni veran en el mundo. A esto respondió el labrador: Mire vuestra merced señor, pecador de mi, que yo no soy don Rodrigo de Naruaez, ni el Marques de Mantua, sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra merced es Baldouinos, ni Abindarraez, sino el honrado hidalgo del señor Quixada. Yo se quien soy, respondió don Quixote, y se que puedo ser, no solo los que he dicho, sino todos los doze Pares de Francia, y aun todos los nueue de la Fama, pues á todas las hazañas que ellos todos juntos, y cada uno por si hizieron, se auentajarán las mias. En estas platicas, y en otras semejantes, llegaron al lugar, á la hora que anoche-

Primera parte de don

cia : pero el labrador aguardò â que fuesse algo mas noche, porque no viesse al molido hidalgo tan mal cauallero. Llegada pues la hora que le parecio, entrò en el pueblo, y en la casa de don Quixote, la qual hallò toda alborotada, y estauan en ella el Cura, y el barbero del lugar, que eran grandes amigos de don Quixote, que estaua diziendoles su ama â voces: Que le parece â vuestra merced, señor Licenciado Pero Perez (que asì se llamaua el Cura) de la desgracia de mi señor, feys dias ha que no parecen el ni el rozin, ni la adarga, ni la lança, ni las armas: desuenterada de mi, que me doy â entender, y asì es ello la verdad: como naci para morir, que estos malditos libros de cauallerias que el tiene, y fuele leer tan de ordinario, le han buelto el juyzio, que aora me acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes, hablando entre si, que queria hazerse cauallero andante, è yrse â buscar las auenturas por estos mundos. Encomendados sean â Satanas, y â Barrabas tales libros, que asì han echado â perder el mas delicado entendimiento que auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maesse Nicolas, (que este era el nombre del barbero,) que muchas vezes le acontecio â mi señor tio, estarfe leyendo en estos desfalmados libros de desuenteras dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y ponìa mano â la espada, y andaua â cuchilladas con las paredes, y quando estaua muy cansado, dezia que auia muerto â quatro Gigantes como quatro torres, y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las feridas que auia recebido en la batalla, y beuiase luego vn gran jarro de agua fria, y quedaua sano y sosegado, diciendo que aquella agua era vna preciosissima beuida, que le auia traydo el sabio Esquife, vn grande encantador y amigo suyo:

mas yo me tengo la culpa de todo , que no auisé à vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio, para que lo remediaran, antes de llegar á lo que ha llegado , y quemaran todos estos descomulgados libros , que tiene muchos , que bien merecen ser abrafados , eomo si fuesfen de hereges. Esto digo yo tambien , dixo el Cura , y à fe que no se passe el dia de mañana , sin que dellos no se haga acto publico, y sean condenados al fuego , porque no den ocasion à quien los leyere , de hazer lo que mi buen amigo deue de auer hecho. Todo esto estauan oyendo el labrador , y don Quixote , con que acabò de entender el labrador la enfermedad de su vezino , y asfi començò à dezir à voces : Abran vuestras mercedes al señor Baldouinos , y al señor Marques de Mantua que viene mal ferido , y al señor Moro Abindarraez, que trae cautiuo el valeroso Rodrigo de Naruaez Alcaide de Antequera. A estas voces salieron todos, y como conocieron los vnos à su amigo , las otras à su amo , y tio , que aun no se auia apeado del jumento , porque no podia , corrieron à abraçarle. El dixo : Tenganse todos , que vengo mal ferido por la culpa de mi cauallo : lleuenme à mi lecho , y llámese , si fuere posible , à la sabia Vrganda , que cure, y cate de mis feridas. Mirâ en hora maça , dixo à este punto el ama , si me dezia à mi bien mi coraçon, del pie que coxeaua mi señor : Suba vuestra merced en buen hora , que sin que venga essa vrganda le sabremos aqui curar. Malditos digo sean otra vez , y otras ciento , estos libros de cauallerias , que tal han parado à vuestra merced. Llevaronle luego à la cama , y catandole las feridas , no le hallaron ninguna : y el dixo , que todo era molimiento , por auer dado vna gran cayda

Primera parte de don

cayda con Rozinante su cauallo, combatiendose cō diez Iayanes, los mas desaforados, y atreuidos, que se pudierā fallar en gran parte de la tierra. Ta,ta, dixo el Cura, Iayanes ay en la dança, para mi santiguada, que yo los quemē mañana antes que llegue la noche. Hizieronle à dō Quixote mil preguntas, y à ninguna quiso responder otra cosa, sino que le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo q̄ mas le importaua. Hizose afsi, y el Cura se informô muy à la larga del labrador, del modo que auia hallado à don Quixote: el se lo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle auia dicho, que fue poner imas desseo en el Licenciado, de hâzer lo que otro dia hizo, que fue llamar à su amigo el Barbero Maesse Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

Cap. VI. Del donoso, y grande escrutinio que el Cura, y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

 L Qual aun toda via dormia. Pidio las llaues à la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y afsi como el ama los vio, boluiose à salir del aposento con gran priessa, y tornò luego con vna escudilla de agua bendita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced señor Licenciado, rozie este aposento, no esté aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de la que les queremos dar, echandolos del mundo. Causó rifa al Licenciado la simplicidad del alma, y mandó al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros vno à vno, para ver de que tratauan, pues podia ser hallar algunos

gunos que no mereciefsen castigo de fuego. No, dixo la sobrina, no ay para que perdonar â ninguno, porque todos han sido los dañadores, mejor será arrojarlos por las ventanas al patio, y hazer vn rimero dellos, y pegarles fuego, y sino llevarlos al corral, y alli se hara la hoguera, y nõ ofenderá el humo. Lo mismo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin primero leer siquiera los titulos. Y el primero, que Maesse Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cauallerias que se imprimio en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste, y assi me parece, que como à dogmatizador de vna seta tan mala, le deuemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el barbero, que tambien he oydo dezir, que es el mejor de todos los libros que de este genero se han compuesto, y assi como à vnico en su arte se deue perdonar. Afies verdad, dixo el Cura, y por essa razon se le otorga la vida por aora. Veamos effotro que está junto a el. Es, dixo el barbero, las Sergas de Esplandian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. Pues en verdad, dixo el Cura, que no le ha de valer al hijo la bondad del padre: Tomad señora ama, abrid essa ventana, y echalde al corral, y dê principio al monton de la hoguera que se ha de hazer. Hizolo assi el ama con mucho contento, y el bueno de Esplandian fue bolando al corral, esperando con toda paciencia el fuego que le amenazaua. Adelante, dixo el Cura. Este que viene, dixo el barbero, es Amadis de Grecia, y aun todos los deste lado, a lo que creo, son del mesmo linage de Amadis. Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, que atruenco de quemar à la Reyna Pintiquinieltra, y al Pastor Dariniel, y à sus Eglogas, y

Primera parte de don

á las endiabladas y rebueltas razones de su autor, quemara con ellos al padre que me engendrò, si anduuiera en figura de cauallero andante. De esse parecer soy yo, dixo el barbero: y aun yo, añadió la sobrina. Pues afsies, dixo el ama, vengan, y al corral con ellos. Dieronse los, que eran muchos, y ella ahorrò la escalera, y dio con ellos por la ventana á baxo. Quien es esse tonel, dixo el Cura. Este es, respondió el barbero, don Oliuante de Laura. El autor desse libro, dixo el Cura, fue el mesmo que compuso á Iardin de Flores, y en verdad que no sepa determinar, qual de los dos libros es mas verdadero, ò por dezir mejor, menos mentiroso, solo se dezir, que este yrà al corral, por disparatado, y arrogante. Este que se sigue, es Florismarte de Hircania, dixo el barbero. Ai està el señor Florismarte, replicò el Cura, pues a fe, que ha de parar presto en el corral, á pesar de su extraño nacimiento, y sonadas aventuras, que no da lugar á otra cosa la dureza, y sequedad de su estilo. Al corral có el, y con essotro, señora ama. Que me plaze señor mio, respondia ella, y con mucha alegría executaua lo que le era mandado. Este es el cauallero Platir, dixo el barbero. Antiguo libro es esse, dixo el Cura, y no hallo en el cosa que merezca venia: acompaña á los demas sin replica, y afsi fue hecho. Abriose otro libro, y vieron que tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por nombre tan tanto como este libro tiene, se podia perdonar su ignorancia, mas tambien se suele dezir, tras la Cruz està el diablo, vaya al fuego. Tomando el barbero otro libro, dixo: Este es Espejo de cauallerias. Ya conozco á su merced, dixo el Cura, ay anda el señor Reynaldos de Moltaluan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Caco, y los doze Pares con el verdadero historiador Turpin, y en verdad que estoy por condenarlos no mas que á destierro perpetuo, siquiera porque tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de donde

tambiẽ texio su tela el Christiano Poeta Ludouico Ariosto, al qual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la fuya, no le guardarẽ respeto alguno, pero si habla en su Idioma, le pondre sobre mi cabeza. Pues yo le tengo en Italiano, dixo el barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendierades, respondió el Cura, y aqui le perdonaremos al señor Capitan, que no le huuiera traydo à España, y hecho Castellano, que le quitò mucho de su natural valor, y lo mesmo haran todos aquellos que los libros de verso quisieren boluer en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad que muestren, jamas llegaràn al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren que tratan destas cosas de Francia, se echen, y depositen en vn pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea, lo que se ha de hazer dellos, escetuando à vn Bernardo del Carpio que anda por aï, y à otro llamado Roncesualles, que estos en llegando à mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego sin remision alguna. Todo lo confirmò el barbero, y lo tuuo por bien, y por cosa muy acertada, por entender que era el Cura tan buen Christiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio que era Palmerin de Oliua, y junto à el estaua otro, que se llamaua Palmerin de Inglaterra. Lo qual visto por el Licenciado, dixo: Esta Oliua se haga luego raxas, y se queme, que aun no queden della las cenizas, y essa Palma de Inglaterra se guarde, y se confèrue, como à cosa vnica, y se haga para ella otra caxa, como la que hallò Alexandro en los despojos de Dario, que la diputò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la vna, porq̃ el por si es muy bueno: y la otra, porque es fama q̃ le compuso vn discreto

Primera parte de don

Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda son bonissimas , y de grande artificio , las razones cortesanas , y claras , que guardan , y miran el decoro del que habla , con mucha propiedad y entendimiento . Digo pues , saluo vuestro buen parecer (señor Maesse Nicolas) que este , y Amadis de Gaula , queden libres del fuego , y todos los demas , sin hazer mas cala y cata , perezcan . No señor compadre , replicó el barbero , que este que aqui tengo , es el afamado don Belianis . Pues esse , replicò el Cura , con la segunda , tercera , y quarta parte tienen necesidad de vn poco de ruybarbo , para purgar la demasiada colera suya , y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama , y otras impertinencias de mas importancia , para lo qual se les da termino vltamarino , y como se enmendaren , assi se vsará con ellos de misericordia , ò de justicia , y entanto , tenedlos vos compadre en vuestra casa , mas no los dexeys leer à ninguno . Que me plaze , respondió el barbero , y sin querer cansarse mas en leer libros de cauallerias , mandò al ama , que tomasse todos los grandes , y diesse con ellos en el corral . No se dixo a tonta , ni à sorda , sino a quien tenia mas gana de quemallos , que de echar vna tela , por grande y delgada que fuera , y assiendò casi ocho de vna vez , los arrojò por la ventana . Por tomar muchos juntos , se le cayò vno a los pies del barbero , que le tomò gana de ver de quien era , y vio que dezia : Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco . Valame Dios , dixo el Cura , dando vna gran voz , que aqui estè Tirante el Blanco , dadmele aca compadre , que hago cuenta que he hallado en el vn tesoro de contento , y vna mina de passatiempos . Aqui està don Quirieleys de Montaluan , valeroso cauallero , y su hermano Tomas de Montaluan , y el cauallero Fonseca , con la batalla que el valiente Derriante hizo con el Alano , y las agudezas de la donzella

zella Plazerdemiuida, con los amores, y embustes de la viuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Ipolito su escudero. Digoos verdad, señor compadre, q̄ por su estilo es este el mejor libro del mundo: aqui comē los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazē testamento antes de su muerte, con otras cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esto os digo, que merecia el que lo compuso, pues no hizo tantas necesidades de industria, que le echaran à galeras por todos los dias de su vida. Lleualde à casa, y lealde, y ve-reys que es verdad quanto del os he dicho. Afsi serà, respòdio el barbero, pero q̄haremos destes pequeños libros que quedan. Estos dixo el Cura, no deué de ser de cauallerias, sino de Poesia, y abriendo vno, vio que era la Diana de Jorge de Montemayor, y dixo (creyendo que todos los demas eran del mesmo genero): Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haràn el daño, que los de cauallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuyzio de tercero. Ay señor, dixo la sobrina, bien los puede vuestra merced mandar quemar como à los demas, porque no seria mucho, que auendo sanado mi señor tio de la enfermedad caualleresca, leyendo estos, se le antojasse de hazer se pastor, y andar se por los bosques y prados, cantando, y tañendo: y lo que seria peor, hazer se Poeta, que segun dicen, es enfermedad incurable, y pegadiza. Verdad dize esta donzella, dixo el Cura, y serà bien quitarle à nuestro amigo este tropieço, y ocasion delante. Y pues començamos por la Diana de Montemayor, soy de parecer que no se queme, sino que se le quite todo aquello que trata de la sabia Felicia, y de la agua encantada, y casi todos los versos mayores, y que dese le en hora buena la prosa, y la honra de ser primero en semejantes libros. Este que se sigue, dixo el barbero, es la Diana llamada segunda, del Salmantino, y este otro

Primera parte de don

que tiene el mismo nombre , cuyo autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino, respondió el Cura , acompañe , y acreciente el numero de los condenados al corral , y la de Gil Polo se guarde, como si fuera del mismo Apolo , y pafse adelante señor compadre, y demonos prieffa, que se va haziendo tarde. Este libro es, dixo el barbero abriendo otro, los diez libros de fortuna de Amor, compuestos por Antonio de Lofrafo, Poeta Sardo. Por las ordenes que recibí, dixo el Cura, que desde que Apolo fue Apolo , y las Musas Musas , y los Poetas Poetas , tan gracioso , ni tan disparatado libro como esse, no se ha compuesto , y que por su camino es el mejor, y el mas vnico de quantos deste genero han salido à la luz del mundo : y el que no le ha leydo, puede hazer cuenta que no ha leydo jamas cosa de gusto. Dadmele aca compadre, que precio mas auerle hallado, que si me dieran vna sotana de raxa de Florencia. Pusole à parte con grandissimo gusto, y el barbero profinguo, diziendo: Estos que se figuen, son, el pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desengaños de zelos. Pues no ay mas que hazer, dixo el Cura, sino entregarlos al brazo seglar del ama , y no se me pregunte el porque , que seria nunca acabar. Este que viene, es el Pastor de Filida. No es esse pastor, dixo el Cura , sino muy discreto cortesano, guardese como joya preciosa. Este grande que aqui viene, se intitula, dixo el barbero , Tesoro de varias Poesias. Como ellas no fueran tantas, dixo el Cura, fueran mas estimadas: menester es, que este libro se escarde , y limpie de algunas baxezas que entre sus grandezas tiene: guardese, porque su autor es amigo mio , y por respeto de otras mas heroycas , y leuantadas obras que ha escrito. Este es, siguió el barbero , el Cancionero de Lopez Maldonado. Tambien el autor desse libro, replicó el Cura, es grande amigo mio, y sus versos en su boca admiran a quien los oye, y tal es la suauidad de la voz con que los canta , que
encan-

encanta. Algo largo es en las Eglogas , pero nunca lo bueno fue mucho; guardese con los escogidos. Pero que libro es esse que està junto à el : La Galatea de Miguel de Ceruantes, dixo el barbero. Muchos años ha, que es grande amigo mio esse Ceruantes, y se que es mas versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena inuencion, propone algo, y no concluye nada : es menester esperar la segunda parte que promete, quiza con la enmienda alcançará del todo la misericordia que aora se le niega, y entretanto que esto se vee, tenelde recluso en vuestra posada. Señor compadre, que me plaze, respondió el barbero, y aqui vienen tres todos juntos : la Araucana de don Alonso de Ercilla, la Austriada de Iuan Rufo Iurado de Cordoua , y el Monterrato de Christoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos estos tres libros, dixo el Cura, son los mejores que en verso heroyco, en lengua Castellana estan escritos, y pueden competir con los mas famosos de Italia : guardense como las mas ricas prendas de Poesia que tiene España. Canose el Cura de ver mas libros, y assi à carga cerrada , quiso que todos los demas se quemassen, pero ya tenia abierto vno el barbero , que se llamaua las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo , dixo el Cura en oyendo el nombre , si tal libro huiera mandado quemar , porque su autor fue vno de los famosos Poetas del mundo, no solo de España : y fue felicissimo en la traduccion de algunas fabulas de Ouidio.

*Cap. VII. De la segunda salida de nuestro buen cauallero,
don Quixote de la Mancha.*



Stando en esto, començó a dar voces don Quixote, diziendo : Aqui, aqui valerosos caualleros , aqui es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos braços, que los cortesanos

Primera parte de don

lleuan lo mejor del torneo. Por acudir à este ruydo, y escruendo, no se passò adelante con el escrutinio de los demas libros que quedauan, y assi se cree, que fueron al fuego, sin ser vistos ni oydos, la Carolea, y Leon de España; con los hechos del Emperador, compuestos por dō Luys de Auila, que sin duda deuián de estar entre los que quedauan, y quiza si el Cura los viera, no passaran por tan rigurosa sentencia. Quando llegaron à don Quixote, ya el estava leuantado de la cama, y proseguia en sus voces, y en sus desatinos, dando cuchilladas, y reueses à todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido. Abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues que huuo foflegado vn poco, boluiendose à hablar con el Cura, le dixo: Porcierto señor Arçobispo Turpin, que es gran mengua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas, ni mas, llevar la vitoria deste torneo à los caualleros Cortesanos, auiendo nosotros los auentureros ganado el prez en los tres dias antecedentes. Calle vuestra merced señor compadre, dixo el Cura, que Dios serà seruido, que la fuerte se mude, y que lo que oy se pierde, se gane mañana, y atienda vuestra merced à su salud por aora, que me parece, que deue de estar demasidamente cansado, si ya no es, que està mal ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado, no ay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan, me ha molido à palos con el tronco de vna enzina, y todo de embidia, porque vee, que yo solo soy el opuesto de sus valentias: mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluã, si en leuantandome deste lecho no me lo pagare, à pesar de todos sus encantamientos, y por aora traygame de yantrar, que se que es lo que mas me hará al caso, y quedese lo del vengarme à mi cargo. Hizieronlo assi, dieronle de comer, y quedose otra vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò, y abraçò el ama quantos
libros

libros auia en el corral, y en toda la casa, y tales deuieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archivos, mas no lo permitio su suerte, y la pereza del escrudinador, y assi se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el Cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo, fue, que le murassen, y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se leuantaſse no los hallaſse, quiza quitando la causa, cessaria el efeto, y que dixessen, que vn encantador se los auia lleuado, y el aposento y todo, y assi fue hecho con mucha presteza. De alli a dos dias se leuanto don Quixote, y lo primero que hizo, fue yr a ver sus libros, y como no hallaua el aposento donde le auia dexado, andaua de vna en otra parte buscandole. Llegaua adonde solia tener la puerta, y tentauala con las manos, y boluia y reboluia los ojos por todo, sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieça, preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el aposento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduertida de lo que auia de responder, le dixo: Que aposento, ó que nada busca vuestra merced, ya no ay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo lleuò el mesmo diablo. No era diablo, replicò la sobrina, sino vn encantador, que vino sobre vna nube vna noche, despues del dia que vuestra merced de aqui se partio, y apeandose de vna sierpe en què venia cauallero, entrò en el aposento, y no se lo que hizo dentro, que acabo de poca pieça salio bolando por el texado, y dexò la casa llena de humo, y quando acordamos a mirar lo que dexaua hecho, no vimos libro, ni aposento alguno, solo se nos acuerda muy bien, a mi y al ama, que al tiempo del partirse aquel mal viejo, dixo en altas voces, que por enemistad secreta que tenia al dueño de aquellos libros, y aposento, dexaua hecho el daño en aquella casa, que despues se veria: dixo tambien, que se llamaua el sabio Muñaton. Freston diria:

Primera parte de don

dixo don Quixote. No se, respondió el ama, si se llamaua Freston, ò Friton, solo se, que acabò en ton su nombre. Af si es, dixo don Quixote, que esse es vn sabio encantador, grande enemigo mio, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras, que tengo de venir andando los tiempos, à pelear en singular batalla con vn cauallero à quien el fauorece, y le tengo de vencer, sin q̄ el lo pueda estoruar, y por esto procura hazerme todos los sinfaores que puede, y mandole yo, que mal podra el contradezir, ni euitar lo que por el cielo està ordenado. Quien duda de esso, dixo la sobrina, pero quien le mete à vuestra merced señor tio, en essas pendencias, no serà mejor estar se pacifico en su casa, y no yrse por el mundo à buscar pan de trafirigo, sin considerar que muchos van por lana, y bueluen tresquilados. O sobrina mia, respondió don Quixote, y quan mal que estás en la cuenta, primero que à mi me tresquilen, tendre peladas, y quitadas las barbas à quantos imaginarentocarme en la punta de vn solo cabello. No quisieron las dos replicarle mas, porque vieron que se le encendia la colera. Es pues el caso, que el estuuo quinze dias en casa muy fofsegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros deuaneos, en los quales dias, passò graciosísimos cuentos con sus dos compadres el Cura, y el barbero, sobre que el dezia, que la cosa de que mas necesidad tenia el mundo, era de caualleros andantes, y de que en el se refucitasse la caualleria andantesca. El Cura algunas vezes le contradezia, y otras concedia, porque sino guardaua este artificio, no auia poder aueriguarse con el. En este tiempo solicitò don Quixotà vn labrador vezino suyo, hombre de bien (si es que este utulo se puede dar al que es pobre,) pero de muy poca sal en la mollera. En resolucion, tanto le dixo, tanto le persuadio, y prometio, que el pobre villano se determinò de salirse con el, y seruirle de escudero. Dezia-

le

le entre otras cosas don Quixote, que se dispusiese à yr con el de buena gana, porque tal vez le podia suceder aventura, que ganassè en quitame allà essas pajas, alguna Insula, y le dexasse à el por gouernador della. Con estas promessas, y otras tales, Sancho Pança, (que assi se llamaua el labrador,) dexò su muger, y hijos, y assentò por escudero de su vezino. Dio luego don Quixote orden en buscar dineros, y vendiendo vna casa, y empeñando otra, y malbaratandolas todas, llegó vna razonable cantidad. Acomodose assi mesmo de vna rodela que pidio prestada à vn su amigo, y pertrechando su rota zelada lo mejor que pudo, auisò à su escudero Sancho, del dia, y la hora que pensaua ponerse en camino, para que el se acomodasse de lo que viesse que mas le era menester. Sobre todo le encargò que lleuasse alforjas: è dixo, que silleuaria, y que assi mesmo pensaua llevar vn asno que tenia muy bueno, porque el no estaua duecho à andar mucho à pie. En lo del asno reparò vn poco don Quixote, imaginando, si se le acordaua, si algun cauallero andante, auia traydo escudero cauallero asnalmente, pero nunca le vino alguno à la memoria: mas con todo esto, dererminò, que le lleuasse, con presupuesto de acomodarle de mas honrada caualleria, en auiendo ocasion para ello, quitandole el cauallo al primer descortes cauallero que topasse. Proueyose de camisas, y de las demas cosas que el pudo, conforme al consejo que el ventero le auia dado. Todo lo qual hecho, y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos, y muger, ni don Quixote de su ama, y sobrina, vna noche se salieron del lugar, sin que persona los viesse, en la qual caminaron tanto, que al amanecer se tuuieron por seguros de que no los hallariã, aunq̃ los buscassen. Yua Sancho Pança sobre su jumento como vn Patriarca con sus alforjas, y su bota, y có mucho desseo de verse ya gouernador de la Insula que su amo

le

Primera parte de don

le auia prometido. Acertò don Quixote à tomar la misma derrota, y camino, que el que el auia tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el qual caminaua con menos pesadumbre que la vez passada, por que por ser la hora de la mañana, y herirles a foslayo los rayos del sol, no les fatigauan. Dixo en esto Sancho Pança a su amo: Mire vuestra merced, señor cauallero andante, que no se le oluide, lo que de la Infula me tiene prometido, que yo la sabre gouernar por grande que sea. A lo qual le respondió don Quixote: Has de saber amigo Sancho Pança, que fue costumbre muy vsada de los caualleros andantes antiguos, hazer Gouernadores a sus escuderos, de las Insulas, ò Reynos que ganauan, y yo tengo determinado, de que por mi no falte tan agradecida vsança, antes pienso auentajarme en ella, porque ellos algunas vezes, y quiza las mas, esperauan a que sus escuderos fuesen viejos, y ya despues de hartos de seruir, y de llevar malos dias, y peores noches, les dauan algun titulo de Còde, ò por lo menos de Marques de algun Valle, ò Prouincia de poco mas a menos, pero si tu viues, y yo viuo, bien podria ser, que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno, q̄ tuuiesse otros a el adherentes, que viniessen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas, y casos acontecen a los tales caualleros, por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar, aun mas de lo que te prometo. Dessa manera, respondió Sancho Pança, si yo fuesse Rey por algun milagro de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oyslo, vendria a ser Reyna, y mis hijos infantes. Pues quien lo duda, respondió don Quixote. Yo lo dudo, replicò Sancho Pança, porque tengo para mi, que aunque llouiesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor, q̄ novale dos marauedis para Reyna, Condesa
le

le caera mejor, y aun Dios, y ayuda. Encomiendolo tu a Dios Sancho, respondió don Quixote, que el te daralo q̄ mas le conuenga: pero no apoques tu animo tanto, que te vengas a contentar con menos, que con ser Adelantado. No hare señor mio, respondió Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabra dar todo aquello que me estê bien, y yo pueda llevar.

Cap.VIII. Del buen suceso que el valeroso don Quixote tuvo en la espantable y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, con otros sucesos dignos de felice recordacion.

EN Esto descubrieron treynta, ò quarenta molinos de viento que ay en aquel campo, y assi como don Quixote los vío, dixo a su escudero. La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertamos a desear. Porque ves alli amigo Sancho Pança, donde se descubren treynta, ò pocos mas defavorados Gigantes con quien pienso hazer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquezer, que esta es buena guerra, y es gran seruicio de Dios, quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra. Que Gigantes, dixo Sancho Pança. Aquellos que alli ves, respondió su amo, de los braços largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que alli se parecen no son Gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen braços, son las aspas, que bolteadas del viento, hazen andar la piedra del molino. Bien parece, respondió don Quixote, que no estâs cursado en esto de las auenturas, ellos son Gigantes, y si tienes miedo, quitate de ahi, y ponte en oracion en el espacio que yo voy a en-

Primera parte de don

trar con ellos en fierza, y desigual batalla. Y diziendo esto, dio de espuelas a su caualllo Rozinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daua, aduirtiendo que sin duda alguna eran molinos de viento, y no gigantes, aquellos que yua acometer. Pero el yua tan puesto en que eran gigantes, que no oía las voces de su escudero Sancho, ni echaua de ver, aunque estaua ya bien cerca, lo que eran, antes yua diziendo en voces altas: Non fuyades couardes y viles criaturas, que vn solo cauallero es el que os acomete. Leuantose en esto vn poco de viento, y las grandes aspás començaron á mouerse, lo qual visto por don Quixote, dixo: Pues aunque mouays mas braços que los del gigante Briareo, me lo aueys de pagar. Y en diziendo esto, y encomendandose de todo coraçon á su señora Dulcinea, pidiendole que en tal trance le socorriessse, bien cubierto de su rodela, con la lança en el ristre, arremetio á todo el galope de Rozinante, y enuistio con el primero molino que estaua delante, y dandole vnalanzada en el aspa, la boluio el viento con tanta furia, que hizo la lança pedaços, lleuandose tras si al caualllo, y al cauallero, que fue rodando muy maltrecho por el campo. Acudio Sancho Pança á socorrerle, á todo el correr de su asno, y quando llegò, hallò que no se podia menear: tal fue el golpe que dio con el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho, no le dixeyo á vuestra merced, que mirasse bien lo que hazia, que no eran sino molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la cabeça. Calla amigo Sancho, respondió don Quixote, que las cosas de la guerra mas que otras estas sujetas á continua mudança: quanto mas que yo pienso, y es assi verdad, que aquel sabio Freston que me robò el aposento, y los libros, ha buuelto estos gigantes en molinos, por quitarme la gloria de su vencimiento,

tal

tal es la enemistad que me tiene , mas al cabo al cabo, han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede , respondió Sancho Pança , y ayudandole â levantar , tornò a subir sobre Rozinante , que medio despaldado estaua : y hablando en la passada auentura , figuieron el camino del puerto Lapice , porque alli dezia don Quixote , que no era posible dexar de hallarse muchas , y diuersas auenturas, por ser lugar muy passagero , sino que yua muy pesaroso por auerle faltado la lança , y diziendofelo a su escudero , le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn cauallero Español, llamado Diego Perez de Vargas, auiendofele en vna batalla roto la espada, desgajò de vna enzina vn pesado ramo , ò tronco , y con el hizo tales cosas aquel dia , y machacò tantos Moros , que le quedò por sobrenombre Machuca , y asì el como sus decendientes, se llamaron desde aquel dia en adelante , Vargas , y Machuca. Hete dicho esto, porque de la primera enzina, ò roble que se me depare, pienso desgajar otro tronco, tal y tan bueno como aquel, que me imagino, y pienso hazer con el tales hazañas , que tu te tengas por bien afortunado , de auer merecido venir â verlas , y a ser testigo de cosas que a penas podran ser creydas. A la mano de Dios, dixo Sancho, yo lo creo todo asì como vuestra merced lo dize , pero enderecese vn poco , que parece que va de medio lado, y deue de ser del molimiento de la cayda. Asì es la verdad , respondió don Quixote, y sino me queixo del dolor, es, porque no es dado â los caualleros andantes quejarse de herida alguna, aunque se le salgan las tripas por ella. Si esto es asì, no tengo yo que replicar , respondió Sancho, pero sabe Dios, si yo me holgara que vuestra merced se quejara quando alguna cosa le doliera . De mi se dezir , que me he de quejar del mas pequeño dolor que tenga , si ya no se entiende tambien con los escuderos
delos

Primera parte de don

de los caualleros andantes, esso del no quexarse. No se dexò de reyr don Quixote de la simplicidad de su escudero, y assi le declarò que podia muy bien quexarse, como, y quando quisiessse, sin gana, ò con ella, que hasta entonces no auia leydo cosa en contrario en la orden de caualleria. Dixole Sancho, que mirasse que era hora de comer. Respondiole su amo, que por entonces no le hazia menester, que comiessse el quando se le antojasse. Con esta licencia se acomodò Sancho lo mejor que pudo sobre su jumento, y sacando de las alforjas lo que en ellas auia puesto, yua caminando, y comiendo detras de su amo, muy de espacio, y de quando en quando empinaua la bota con tanto gusto, que le pudiera embidiar el mas regalado bodegonero de Malaga. Y en tanto que el yua de aquella manera menudeando tragos, no se le acordaua de ninguna promessa que su amo le huuiessse hecho, ni tenia por ningun trabajo, sino por mucho descanso, andar buscando las auenturas, por peligrosas que fuessen. En resolucion, aquella noche la passaron entre vnos arboles, y del vno dellos desgajò don Quixote vn ramo seco, que casi le podia seruir de lança, y puso en el el hierro q quitò de la que se le auia quebrado. Toda aquella noche no durmio don Quixote, pensando en su señora Dulcinea, por acomodarse a lo que auia leydo en sus libros, quando los caualleros passauan sin dormir muchas noches en las florestas, y despoblados, entretenidos con las memorias de sus señoras. No la passò assi Sancho Pança, que como tenia el estómago lleno, y no de agua de chicoria, de vn sueño se la lleuò toda, y no fueran parte para despertarle (si su amo no le llamara) los rayos del sol que le dauan en el rostro, ni el canto de las aues, que muchas, y muy regozijadamente la venida del nueuo dia saludauan: Al leuantarse dio vn tiento a la bota, y hallola algo mas flaca que la noche antes, y afligiose el coraçon, por parecerle que no lle-

lleuauan camino de remediar tan presto su falta. No quiso desayunarse don Quixote, porque como está dicho, dio en sustentarse de sabrosas memorias. Tornaron a su comenzado camino del puerto Lapice, y à obra de las tres del dia le descubrieron. Aquí (dixo en viendole don Quixote) podemos hermano Sancho Pança, meter las manos hasta los codos, en esto que llaman aventuras. Mas advierte, que aunque me veas en los mayores peligros del mundo, no has de poner mano a tu espada para defenderme, si ya no vieres que los que me ofenden, es canalla, y gente baxa, que en tal caso bien puedes ayudarme: pero si fueren caualleros, en ninguna manera te es licito, ni concedido por las leyes de caualleria, que me ayudes, hasta q̄ seas armado cauallero. Por cierto señor, respondió Sancho, q̄ vuestra merced sea muy bien obedecido en esto, y mas q̄ yo de mio me soy pacifico, y enemigo de meterme en ruydos, ni pendencias: bien es verdad, q̄ en lo que tocare a defender mi persona, no tendré mucha cuenta có estas leyes, pues las diuinas, y humanas permiten, q̄ cada vno se defienda de quien quisiere agrauarle. No digo yo menos, respondió don Quixote, pero en esto de ayudarme contra caualleros, has de tener a raya tus naturales impetus. Digo q̄ así lo hare, respondió Sancho, y q̄ guardare esse preceto tan bien como el dia del Domingo. Estando en estas razones, aysomaron por el camino dos Frayles de la orden de S. Benito, caualleros sobre dos Dromedarios, q̄ no eran mas pequeñas dos mulas en q̄ venian. Traian sus antojos de camino, y sus quitasoles. Derras dellos venia vn coche, con quatro, o cinco de acauallo q̄ le acompañauan, y dos moços de mulas a pie. Venia en el coche, como despues se supo, vna señora Vizcayna, q̄ yua a Seuilla dóde estaua su marido, q̄ passaua a las Indias con vn muy honroso cargo. No venian los Frayles con ella, aunque yuan el mismo ca

Primera parte de don

mino: mas à penas los diuisò don Quixote quãdo dixo a su escudero: O yo me engaño, o esta ha de ser la mas famosa aventura q̄ se aya visto, porq̄ aquellos bultos negros q̄ alli parecen, deuen de ser, y son sin duda algunos encantadores, q̄ lleuan hurtada alguna Princesa en aq̄l coche, y es menester deshazer este tuerto à todo mi poderio. Peor serà esto q̄ los molinos de viento, dixo Sancho: Mire señor, que aquellos son Frayles de S. Benito, y el coche deue de ser de alguna gente passagera. Mire q̄ digo, que mire bien lo q̄ haze, no sea el diablo q̄ le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondió don Quixote, q̄ fabes poco de achaque de aventuras, lo q̄ yo digo es verdad, y aora lo veras: y diziédo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los Frayles venian, y en llegando tan cerca, q̄ á elle parecio que le podriã oyr lo q̄ dixesse, en alta voz dixo: Gente endiablada, y descomunal, dexad luego al punto las altas Princesas q̄ en esse coche lleuays forçadas, sino aparejaos á recibir presta muerte por justo castigo de vuestras malas obras. Detu uieron los Frayles las riendas, y quedarò admirados, afsi de la figura de don Quixote, como de sus razones, a las quales respòdierò: Señor caualleros, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos religiosos de san Benito, q̄ vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forçadas Princesas. Para conmigo no ay palabras blandas, q̄ ya yo os conozco fe mentida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinante, y la lança baxa arremetio cótra el primero Frayle, cótãta furia, y denuedo, q̄ si el Frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado, y aũ mal ferido, sino cayera muerto. El segũdo religioso, q̄ vio del modo q̄ tratauan a su cópañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començò a correr por aq̄lla cãpaña, mas ligero q̄ el mismo viéto.

Sancho

Sancho Pança, q̄ vio en el suelo al Frayle, apeandose ligeramēte de su asno, arremetio a el, y le començò a quitar los habitos. Llegaron en esto dos moços de los Frayles, y preguntaronle, q̄ porque le desnudaua? Respòdieronle Sancho, q̄ aquello le tocava a el legitimamēte, como despojos de la batalla q̄ su señor don Quixote auia ganado. Los moços q̄ no sabian de burlas, ni entendian aq̄llo de despojos, ni batallas, viendo q̄ ya don Quixote estaua desuiado de alli, hablando cō las q̄ en el coche venian, arremetieron con Sancho, y dieron cō el en el suelo, y sin dexarle pelo en las barbas, le molieron a coçes, y le dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni sentido: y sin detenerse vn punto, tornó a subir el Frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin color en el rostro: y quando se vio a cauallo, picò tras su cōpañero, q̄ vn buen espacio de alli le estaua aguardando, y esperando en q̄ paraua aquel sobresalto; y sin querer aguardar el fin de todo aq̄l començado suceso, siguieron su camino, haziéndose mas cruces q̄ si llevaran el diablo a las espaldas. Don Quixote estaua como se ha dicho, hablando cō la señora del coche, diciendole: La vuestra fermosura señora mia, puede fazer de su persona lo q̄ mas le viniere en talante, por q̄ ya la soberuia de vuestros robadores yaze por el suelo, derribada por este mi fuerte braço: y por q̄ no peneyis por saber el nōbre de vuestro libertador, sabed q̄ yo me llamo don Quixote dela Mancha, cauallero andante, y cautiuo dela sin par, y hermosa doña Dulcinea del Toboso: y en pago del beneficio q̄ de mi auays recebido, no quiero otra cosa, sino q̄ boluays al Toboso, y q̄ de mi parte os presenteyis ante esta señora, y le digays lo q̄ por vuestra libertad he fecho. Todo esto q̄ don Quixote dezia, escuchaua vn escudero de los que el coche acompañauan, que era Vizcayno, el qual viendo que no queria dexar passar el coche adelante, sino que dezia que luego auia de dar

Primera parte de don

la buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y asído-
le de la lança, le dixo en mala lengua Castellana, y peor
Vizcayna, desta manera: Anda cauallero, q̄ mal andes,
por el Dios q̄ criome, q̄ fino dexas coche, así te matas co-
mo estas aî Vizcayno. Entendiole muy bien don Quixo-
te, y con mucho folsiego le respondió: Si fueras caualle-
ro como no lo eres, ya yo huuiera castigado tu sandez, y
atreuimiento, cautiua criatura. A lo qual replicò el Viz-
cayno: Yo no cauallero: Iuro a Dios tan mientes como
Christiano. Si lança arrojas, y espada sacas, el agua quan
presto verás q̄ al gato llevas: Vizcayno por tierra, hi-
dalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, q̄ mira
si otra dizes cosa. Aora lo veredes dixo Agrages, respon-
dio don Quixote, y arrojandò la lança en el suelo, sacò su
espada, y embraçò su rodela, y arremetio al Vizcayno,
cò determinacion de quitarle la vida. El Vizcayno q̄ así
le vio venir, aũque quisiera apear-se de la mula, q̄ por ser
de las malas de alquiler, no auia q̄ fiar en ella, no pudo ha-
zer otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole bien, q̄
se hallò junto al coche, de donde pudo tomar vna almo-
hada q̄ le siruiò de escudo, y luego se fueron el vno para
el otro, como si fuerã dos mortales enemigos. La demas
gente quisiera ponerlos en paz, mas no pudo, porq̄ dezia
el Vizcayno en sus mal trauadas razones, q̄ fino le dexa-
uan acabar su batalla, q̄ el mismo auia de matar a su ama,
y á toda la gente q̄ se lo estoruasse. La señora del coche,
admirada, y temerosa de lo q̄ veia, hizo al cochero q̄ se
desuiaffe de alli algun poco, y desde lexos se puso a mi-
rar la rigurosa contienda: en el discurso de la qual, dio el
Vizcayno vna gran cuchillada a don Quixote encima
de vn ombro, por encima de la rodela, que a dar-seña
sin defensa, le abriera hasta la cintura. Don Quixote
que sintio la pesadumbre de aquel desaforado golpe,
dio vna gran voz, diciendo: O señora de mi alma
Dulei-

Dulcinea, flor de la fermosura, socorred a este vuestro cauallero, q̄ por satisfazer a la vuestra mucha bondad, en este riguroso trance se halla. El dezir esto, y el apretar la espada y el cubrirse bien de su rodela, y el arremeter al Vizcayno, todo fue en vn. tiempo, llevando determinacion de auenturarlo todo a la de vn solo golpe. El Vizcayno que assi le vio venir cótra el, bien entendio por su denuedo su coraje, y dererminò de hazer lo mismo que don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto de su almohada, sin pòder rodear la mula a vna, ni a otra parte, q̄ ya de puro cansada, y no hecha a semejantes niñerías, no podia dar vn passo. Venia pues, como se ha dicho, dó Quixote contra el cauto Vizcayno, con la espada en alto, có determinacion de abrirle por medio: y el Vizcayno le aguardaua así mismo, leuantada la espada, y aforrado có su almohada, y todos los circunståtes estauan temerosos, y colgados de lo q̄ auia de suceder de aquellos tamaños golpes con q̄ se amenazauan, y la señora del coche, y las demas criadas suyas, estauan haziendo mil votos, y ofrecimientos a todas las imagenes, y casas de deuoció de España, porq̄ Dios librasse a su escudero, y à ellas, de aquel tan grande peligro en q̄ se hallauã. Pero esta el daño de todo esto, q̄ en este punto, y termino, dexa pendiente el autor desta historia esta batalla, disculpandose, q̄ no hallò mas escrito destas hazañas de don Quixote, de las q̄ dexa referidas. Bien es verdad, q̄ el segundo autor desta obra, no quiso creer, q̄ tan curiosa historia estuiesse entregada a las leyes del oluido, ni q̄ huuiessen sido tã poco curiosos los ingenios dela Mãcha, q̄ no tuuiessen en sus archiuos, ò en sus escritorios, algunos papeles q̄ deste famoso cauallero tratassen, y assi có esta imaginacion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia, el qual siendole el cielo fauorable, le hallò del modo que se contará en la segunda Parte.



SEGUNDA PARTE DEL INGENIOSO Hidalgo don Quixote de la Mancha.

*Cap. IX. Donde se concluye, y da fin à la estu-
penda batalla, que el gallardo Vizcayno, y
el valiente Manchego tuuieron.*



EXAMOS en la primera parte desta historia, al valeroso Vizcayno, y al famoso don Quixote, con las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibundos fendientes, tales que si en lleno se acertauan, por lo menos se diuidirian, y fenderian de arriba abaxo, y abririan como vna granada: y q̄ en aquel punto tan dudoso parò, y quedò destroncada tã sabrosa historia, sin que nos diessse noticia su autor donde se podria hallar lo que della faltaua. Causome esto mucha pesadumbre, porque el gusto de auer leydo tan poco, se boluia en disgusto, de pensar el mal camino que se ofrecia, para hallar lo mucho que a mi parecer faltaua de tan sabroso cuento. Pareciome cosa imposible, y fuera de toda buena costumbre, que a tan buen cauallero le huieesse faltado algun sabio que tomara a cargo el escriuir
sus

sus nunca vista hazañas, cosa q̄ no faltò a ninguno de los caualteros andantes, de los que dicen las gentes, que van a sus aventuras, porque cada vno dellos tenia vno, o dos sabios corno de molde, q̄ no solamente escriuiian sus hechos, sino que pintauan sus mas minimos pensamientos, y niñerías, por mas escondidas que fuessen. Y no auia de ser tan desdichado tan buen caualtero, que le faltasse a el lo que sobró a Platir, y â otros semejantes. Y assi no podia inclinarme a creer que tan gallarda historia huuiesse quedado manca, y estropeada, y echaua la culpa a la malignidad del tiempo deuorador, y consumidor de todas las cosas: el qual, o la tenia oculta, o consumida. Por otra parte me parecia, que pues entre sus libros se auian hallado tan modernos como Defengaño de zelos, y Ninfas, y pastores de Henares, que tambien su historia deuia de ser moderna, y que ya que no estuuiesse escrita, estaria en la memoria de la gente de su aldea, y de las a ella circunuezinas. Esta imaginacion me traía confuso, y desseoso de saber real, y verdaderamente, toda la vida, y milagros de nuestro famoso Español don Quixote de la Mancha, luz, y espejo de la caualleria Manchega, y el primero que en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiempos se puso al trabajo, y exercicio de las andãtes armas: y al de desfazer agravios, socorrer biudas, amparar donzellas, de aquellas que andauan con sus açotes, y palafrenes, y con toda su virginidad acuestas, de monte en monte, y de valle en valle: que sino era q̄ algun follon, o algun villano de acha, y capellina, o algũ descomunal Gigante las forçaua, donzella huuo en los passados tiempos, que al cabo de ochenta años, q̄ en todos ellos no durmio vn dia debaxo de texado, se fue tan entera la sepultura, como la madre que la auia parido. Digo pues, que por estos, y otros muchos respetos, es digno nuestro gallardo Quixote, de continuas y memo-

Primera parte de don

rables alabanzas: y aun a mi no se me deuen negar, por el trabajo, y diligencia q̄ puse, en buscar el fin desta agradable historia. Aũque bien se, q̄ si el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudara, el mundo quedara falto, y sin el paso el tiempo, y gusto q̄ bien casi dos horas podra tener, el q̄ có arció la leyere. Passò pues el hallarla en esta manera.

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo, llegò vn muchacho a vender vnos cartapacios, y papeles viejos a vn escudero, y como soy aficionado a leer, aunque seã los papeles rotos de las calles, lleuado desta mi natural inclinacion, tomê vn cartapacio de los q̄ el muchacho vendia, y vile con caracteres que conocí ser Arabigos. Y puesto que aunque los cõocia, no los sabia leer; anduue mirando si parecia por alli algun Morisco Aljamiado que los leyese: y no fue muy dificultoso hallar interprete semejante, pues aunq̄ le buscara de otra mejor, y mas antigua lēgua le hallara. En fin la suerte me deparò vno, que diziendole mi desseo, y poniēdole el libro en las manos, le abrio por medio, y leyendo vn poco en el, se començò a reyr. Preguntele, que de que se reía? y respondiome, que de vna cosa que tenia aquel libro escrita en el margen por anotacion. Dixele, que me la dixesse, y el fin dexar la rita, dixo: Està, como he dicho, aqui en el margen escrito esto: Esta Dulcinea del Toboso, tantas vezes en esta historia referida, dizen que túuo la mejor mano para salar puercos, q̄ otra muger de toda la Mancha. Quando yo oí dezir Dulcinea del Toboso, quedê atonito, y suspenso, porque luego se me representò q̄ aquellos cartapacios contenian la historia de don Quixote. Con esta imaginacion le di priessa que leyese el principio: y haziendolo asì, boluiendo de improuiso el Arabigo en Castellano, dixo que dezia: Historia de dõ Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador Arabigo. Mucha discrecion fue menel

ter para disimular el contento que recebi, quando llegò à mis oydos el titulo del libro: y salteandosele al sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios, por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo que yo los desseaua, bien se pudiera prometer, y llevar mas de seys reales de la compra. Aparteme luego cò el Morisco por el claustro de la Iglesia mayor, y roguete me boluiesse aquellos cartapacios, todos los que tratauã de don Quixote, en lengua Castellana, sin quitarles, ni añadirles nada, ofreciendole la paga que el quiesse. Còtentose cò dos arrobas de passas, y dos fanegas de trigo, y prometio de traduzirlos bien, y fielmente, y cò mucha breuedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buen hallazgo, le truxe a mi casa, donde en poco mas de mes, y medio la traduxo toda, del mismo modo que aqui se refiere. Estaua en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de don Quixote con el Vizcayno, puestos en la misma postura q̄ la historia cuenta, leuantadas las espadas, el vno cubierto de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno tan al viuo, q̄ estaua mostrãdo ser de alquiler a tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el Vizcayno vn titulo q̄ dezia: Don Sancho de Azperia, q̄ sin duda deuia de ser su nombre: y à los pies de Rozinante estaua otro q̄ dezia: Don Quixote. Estaua Rozinante maravillosamente pintado, tã largo, y tendido, tan atenuado, y flaco, con tanto espinazo, tan etico confirmado, que mostraua bien al descubierto con quãta aduertencia, y propiedad, se le auia puesto el nombre de Rozinante. Junto a el estaua Sancho Pança, que tenia del cabestro a su asno: a los pies del qual estaua otro retulo, que dezia: Sancho çancas, y deuia de ser, que tenia a lo que mostraua la pintura, la barriga grande, el talle corto, y las çancas largas: y por esto se le deuio de poner nombre de Pança, y de çancas,

Segunda parte de don

cas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas vezes la historia. Otras algunas menudencias auia que aduertir, pero todas son de poca importancia, y que no hazen al caso a la verdadera relacion de la historia, que ninguna es mala como sea verdadera. Si á esta se le puede poner alguna obgecion cerca de su verdad, no podrá ser otra, sino auer sido su autor Arabigo, siendo muy propio de los de aquella nacion ser mentirosos: aunque por ser tan nuestros enemigos, antes se puede entender auer quedado falto en ella que demasiado. Y assi me parece a mi, quando pudiera, y deuiera estender la pluma, en las alabanças de tan buen cauallero; parece que de industria las passa en silencio. Cosa mal hecha, y peor pensada, auiendo, y deuiendo ser los historiadores puntuales, verdaderos, y no nada apasionados, y que ni el interes, ni el miedo, el rancor, ni la aficion, no les haga torcer del camino de la verdad, cuya madre es la historia emula del tiempo, deposito de las acciones, testigo de lo passado, exemplo, y auiso de lo presente, aduertencia de lo por venir. En esta se, que se hallará todo lo que se acertare a dessear en la mas apazible: y si algo bueno en ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa del galgo de su autor, antes que por falta del sugeto. En fin su segunda parte, siguiendo la traduccion, començaua desta manera.

Puestas, y leuantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos, y enojados combatientes, no parecia sino que estauan amenazando al cielo, a la tierra, y al abismo; tal era el denuedo, y continente que tenian. Y el primero que fue a descargar el golpe, fue el colerico Vizcayno: el qual fue dado con tanta fuerça, y tanta furia, que no boluersele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin a su rigurosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro cauallero: mas la buena suerte que para mayores cosas le tenia guardado, torció la espada

pada de su contrario, de modo, que aunque le acertò en el ombro yzquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, lleuandole de camino gran parte de la zelada, con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruyna vino al suelo, dexandole muy mal trecho. Valame Dios, y quien serâ aquel que buenamente pueda cõtar aora, la rabia que entrò en el coraçon de nuestro Manchego, viêdose parar de aquella manera! No se diga mas, sino que fue de manera, que se alçò de nueuo en los estribos, y apretando mas la espada en las dos manos, con tal furia descargò sobre el Vizcayno, acertandole de lleno sobre la almohada, y sobre la cabeça, que sin ser parte tâ buena defensa, como si cayera sobre el vna montaña, començò a echar sangre por las narizes, y por la boca, y por los oydos, y â dar muestras de caer de la mula a baxo, de donde cayera sin duda, sino se abraçara con el cuello: pero con todo esto sacò los pies de los estribos, y luego soltò los braços, y la mula espantada del terrible golpe, dio a correr por el campo, y â pocos corcobos dio cõ su dueño en tierra. Estauafelo con mucho sosiego mirando dõ Quixote: y como lo vio caer, saltò de su caualllo, y con mucha ligereza se llegó a el, y poniendole la punta de la espada en los ojos, le dixo que se rindieffe, sino que le cortaria la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, que no podia responder palabra, y el lo passara mal, segun estaua ciego don Quixote, si las señoras del coche, que hasta entonces con gran desmayo auian mirado la pendencia, no fueran adonde estaua, y le pidieran con mucho encarecimiento, les hizieffe tan gran merced, y fauor, de perdonar la vida â aquel su escudero. A lo qual don Quixote respondió, con mucho entono, y grauedad: Por cierto fermosas señoras, yo soy muy contento de hazer lo que me pedis, mas ha de ser con vna condicion, y concierto: y es, que este cauallero me ha de prometer de yr al lugar
del

Segunda parte de don

del Toboso, y presétarfe de mi parte ante la sin par doña Dulcinea, para que ella haga dello que mas fuere de su voluntad: La temerosa, y desconsolada señora, sin entrar en cuenta de lo que don Quixote pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fuesse, le prometieron que el escudero haria todo aquello que de su parte le fuesse mandado. Pues en fê de essa palabra, yo no le hare mas daño, pues to que me lo tenia bien merecido.

Cap. X. De lo que mas le auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que se vio con vna turba de Yangueses.



A en este tiempo se auia leuantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los Frayles, y auia estado atento a la batalla de su señor don Quixote, y rogaua a Dios en su co-
raçon, fuesse seruido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna Insula de donde le hiziesse Governador, como se lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pëndencia, y que su amo boluia a subir sobre Rozinante, llegó a tenerle el estribo: y antes que subiesse se hincò de rodillas delante del, y assiendole de la mano se la besò, y le dixo: Sea vuestra merced seruido, señor don Quixote mio, de darme el gouerno de la Insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerças de saberla gouernar, tal, y tan bien, como otro que aya gouernado Insulas en el mundo. A lo qual respondió don Quixote, aduertid hermano Sancho, que esta auentura, y las à estas semejantes, no son auenturas de Insulas, sino de encruzijadas, en las quales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeça, o vna oreja menos. Tened paciencia, que auenturas se ofrècerán

éeran, donde no solamēte os pueda hazer Governador, sino mas adelante. Agradeciofelo mucho Sancho, y be-
fandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayu-
dò a subir sobre Rozinante, y el subio sobre su asno, y co-
mençò a seguir a su señor, que a passo tirado, sin despedir
se, ni hablar mas con las del coche, se entrò por vn bos-
que que alli junto estaua. Seguale Sancho, a todo el tro-
te de su jumento: pero caminaua tanto Rozinante, que
viédose quedar atras, le fue forçoso dar voces a su amo,
que se aguardasse. Hizolo assi don Quixote, teniendo
las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cansado es-
cudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme señor, q̄
seria acertado yrnos a retraer à alguna Iglesia, que segū
quedò mal trecho aquel con quien os combatistes, no
serà mucho que den noticia del caso a la santa Herman-
dad, y nos prendan: y á fê que si lo hazen, que primero
que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo.
Calla, dixo don Quixote, y donde has visto tu, o leydo
jamás, que cauallero andante aya sido puesto ante la jus-
ticia, por mas homicidios que huuiesse cometido. Yo no
se nada de omecillos, respondió Sancho, ni en mi vida le
catè a ninguno: solo sé, que la santa Hermandad tiene q̄
ver con los que pelean en el campo, y en essotro no me
entremero. Pues no tengas pena amigo, respondió don
Quixote, que yo te sacarè de las manos de los Caldeos,
quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu
vida, has tu visto mas valeroso cauallero que yo, en to-
do lo descubierta de la tierra? Has leydo en historias o-
tro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas
aliento en el perseuerar, mas destreza en el herir, ni mas
maña en el derribar? La verdad sea, respondió Sancho.
que yo no he leydo ninguna historia jamás, porque ni se
leer, ni escreuir: mas lo que osaré apostar, es, que mas a-
treuido amo que vuestra merced, yo no le he seruido en
todos

Segunda parte de don

todos los dias de mi vida, y quiera Dios que estos atreui-
mientos no se paguen donde tengo dicho. Lo q̄ le ruego
a vuestra merced, es, q̄ se cure, q̄ le va mucha sangre de
essa oreja, q̄ aqui traygo hilas, y vn poco de vngüeto blã
co en las alforjas. Todo effo fuera bien escusado, respon-
dio don Quixote, si a mi se me acordara de hazer vna re-
doma del balfamo de Fierabras, q̄ con sola vna gota, se
ahorrara tiempo, y medicinas. Que redoma, y q̄ balfamo
es esse, dixo Sancho Pança? Es vn balfamo, respondió
dó Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, cõ
el qual no ay q̄ tener temor a la muerte, ni ay pensar mo-
rir de ferida alguna. Y afsi, quãdo yo le haga, y te le dẽ,
no tienes mas q̄ hazer, sino, q̄ quando vieres q̄ en alguna
batalla me hã partido por medio del cuerpo (como mu-
chas vezes suele acontecer:) bonitamente la parte del
cuerpo que huuiere caydo en el suelo, y con mucha forti-
leza, antes q̄ la sangre se yele, la pondras sobre la otra mi-
tad q̄ quedare en la silla, aduirtiendo de encaxallo y gual-
mente, y al justo. Luego me darãs a beuer solos dos tra-
gos del balfamo q̄ he dicho, y verasme quedar mas sano
q̄ vna mençana. Si effo ay, dixo Pança, yo renuncio des-
de aqui el gouierno de la prometida Insula, y no quiero
otra cosa en pago de mis muchos, y buenos seruiçios, si-
no q̄ vuestra merced me dẽ la receta de esse estremado
licor, q̄ para mi tengo q̄ valdra la onça adonde quiera,
mas de a dos reales, y no he menester yo mas, para passar
esta vida honrada, y descansadamente. Pero es de saber
aora, si tiene mucha costa el hazelle? Con menos de tres
reales se pueden hazer tres azũbres, respondió dó Qui-
xote. Pecador de mi, replicò Sancho, pues a q̄ aguarda
vuestra merced a hazelle, y a enseñarmele? Calla ami-
go, respondió don Quixote, que mayores secretos pien-
so enseñarte, y mayores mercedes hazerte: y por aora
curemonos, q̄ la oreja me duele mas de lo que yo quisie-

ra. Sacó Sancho de las alforjas hilas, y unguento: mas quando don Quixote llegó a ver rota su zelada, péro perder el juyzio, y puesta la mano en la espada, y alzãdo los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramento al Criador de todas las cosas, y à los santos quatro Euangelios, dõde mas largamente estã escritos, de hazer la vida q̄ hizo el gran de Marques de Mantua, quãdo jurò de vengar la muerte de su sobrino Baldouinos; q̄ fue, de no comer pan a mãteles, ni cõ su muger folgar, y otras cosas, q̄ aũque dellas no me acuerdo, las doy aqui por expressadas, hasta tomar entera vègança del q̄ tal defaguisado me fizo. Oyẽdo esto Sancho, le dixo: Aduierta vuestra merced, señor don Quixote, q̄ si el cauallero cumpliò lo que se le dexò ordenãdo, de yrse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya aura cõplido cõ lo q̄ deuia, y no merece otra pena, sino comete nueuo delito. Has hablado, y apũtado muy bien, respondiò dõ Quixote, y assi anulo el juramento, en quãto lo q̄ toca a tomar del nueua vengãça: pero hagole, y cõfirmole de nueuo, de hazer la vida q̄ he dicho, hasta tanto q̄ quite por fuerça otra zelada, tal, y tã buena cõmo esta à algũ cauallero. Y no pienfes Sãcho, q̄ assi a humo de pajas hago esto, q̄ bien tengo aquiẽ imitar en ello, q̄ esto mismo passò al pie de la letra sobre el y elmo de Mambrino, q̄ tan caro le costò a Sacripante. Que dê al diablo vuestra merced tales juramẽtos, señor mio, replicò Sãcho, q̄ son muy en daño ã la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia. Sino digame aora, si acaso en muchos días no ropamos hombre armado con zelada, q̄ hemos de hazer, hafe de cumplir el juramento, a despecho de tantos inconuenientes, è incomodidades, como serã el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias, que contenia el juramento de aquel loco viejo del Marques de Mantua, que vuestra merced quiere reualidar aora? Mire vuestra merced bien

Segunda parte de don

bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino harrieros, y carreteros, que no solo no traen zeladas, pero quiza no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo don Quixote, porque no auremos estado dos horas por estas encruzadas, quando veamos mas armados que los que vinierón sobre Albraca, a la conquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea assi, dixo Sancho, y â Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Infula que tan cara me cuesta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q̄ quando faltare Infula, ai está el Reyno de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendran como anillo al dedo, y mas que por ser en tierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos' esto para su tiempo, y mira si traes algo en estas alforjas que comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde aloxemos esta noche, y hagamos el balfamo que te he dicho, por q̄ yo te voto a Dios, que me va doliendo mucho la oreja. Aqui trayo vna cebolla, y vn poco de queso, y no se quâtos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares que pertenecen a tan valiête cauallero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondió don Quixote: hagote saber Sancho, que es honra de los caualleros andantes, no comer en vn mes, y ya que coman, sea de aquello que hallaren mas a mano: y esto se te hiziera cierto, si huieras leydo tantas historias como yo, que aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relaciô de que los caualleros andantes comiessen, sino era a caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias se los passauan en flores. Y aunque se dexa entender, q̄ no podian passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, porque en efeto eran hombres como nosotros, haze de entender tambien, que andando lo
mas

ma del tiempo de su vida por las florestas, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viandas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Afsi que Sancho amigo, no te congoje lo que a mi me da gusto, ni quieras tu hazer mundo nueuo, ni facar la caualleria andante de sus quicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la profesion caualleresca, y de aqui adelante yo proueere las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, q̄ es cauallero: y para mi las proueere, pues no lo soy, de otras cosas bolatiles, y demas sustancia. No digo yo, Sancho, replicò don Quixote, que sea forçoso a los caualleros andâtes, no comer otra cosa sino essas frutas que dizes, sino que su mas ordinario sustento deuia de ser dellas, y de algunas yeruas que hallauan por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtudes, respondió Sancho, conocer essas yeruas, que segun yo me voy imaginando, algun dia serâ menester vsar de esse conocimiento. Y sacando en esto, lo que dixo q̄ trahia, comieron los dos en buena paz, y compana. Pero desseosos de buscar donde alojar aquella noche, acabaron con mucha breuedad su pobre, y seca comida. Subieron luego a cauallo, y dieronse priessa por llegar a poblado antes que anocheciesse: pero faltoles el Sol, y la esperanza de alcançar lo que desseauan, junto à vnas choças de vnos cabreros, y afsi determinaron de passarla alli: q̄ quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar à poblado, fue de contento para su amo, dormir la al cielo descubierta, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hazer vn acto possessiuo que facilitaua la prouea de su caualleria.

Segunda parte de don

*Cap. XI. De to que le sucedio a don Quixote
con vnos cabreros .*

EVe recogido de los cabreros con buen animo, y auiendo Sancho, lo mejor que pudo, acomodado à Rozinante, y à su jumento, se fue tras el olor que despedian de si ciertos rraçajós de cabra, que hiruiendo al fuego en vn caldero estauan, y aunque el quisiera en aquel mismo punto, ver si estauan en façon de trasiadarlos del caldero al estomago, lo dexò de hazer, porque los cabreros los quitaron del fuego, y rendièdo por el suelo vnas pieles de ouejas, adereçaron con mucha priessa su rustica inesa, y combidaron à los dos, con muestras de muy buena voluntad con lo que tenian . Sentaronse à la redonda de las pieles seys dellos, que eran los que en la majada auia : auiendo primero con grosseras ceremonias rogado a don Quixote que se sentasse sobre vn dornajo que buelto del reues le pusieron. Sentose don Quixote, y quedauase Sancho en pie para seruirle la copa, que era hecha de cuerno . Viendole en pie su amo, le dixo : Porque veas Sancho el bien que en si encierra la andante caualleria, y quã a pique estan los que en qualquiera ministerio della se exercitan, de venir breuemente a ser honrados, y estimados del mundo, quiero que aqui à mi lado, y en compaõia desta buena gente te sientes, y que seas vna misma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural seõor, que comas en mi plato, y beuas por donde yo beuiere : porque de la caualleria andãte se puede dezir lo mismo que del Amor se dize, que todas las cosas yguala. Gran merced, dixo Sancho, pero se dezir à vuestra merced, que como yo tuuiesse bien de comer, tan bien, y mejor me lo comeria

meria en pie, y à mis solas, como sentado à par de vn Emperador . Y aun si va à dezir verdad , mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan, y cebolla , que los gallipauos de otras mesas, donde me sea forçoso mascar despacio, beber poco, limpiarme à menudo, no estornudar, ni toser, si me viene gana, ni hazer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo . Afsi que señor mio, estas honras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y aderente de la caualleria andante, como lo soy siendo escudero de vuestra merced, conuertalas en otras cosas que me sean de mas comodo, y prouecho que estas (aunque las doy por bien recebidas) las renuncio para desde aqui al fin del mundo . Con todo esso te has de sentar, porque à quien se humilla Dios le ensalça, y assiendole por el braço, le forçò à que junto à el se sentasse. No entendian los cabreros aquella gerigonça de escuderos, y de caualleros andâtes, y no hazian otra cosa que comer, y callar, y mirar à sus huespedes, que con mucho donayre, y gana embaulauan tassajo como el puño . Acabado el seruicio de carne, tendieron sobre las zaleas gran cantidad de bellotas auellanadas, y juntamente pusieron vn medio queso, mas duro que si fuera hecho de argamassa. No estaua en esto ocioso el cuerno , porque andaua à la redonda tan a menudo (ya lleno, y ya vazio) como arcaduz de noria, que con facilidad vazio vn zaque, de dos q̄ estauan de manifesto . Despues que don Quixote huuo bien fatisfecho su estomago , tomó vn puño de bellotas en la mano, y mirandolas atentamente, soltò là voz a semejantes razones; Dichosa edad, y siglos dichosos aquellos, à quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro (que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima) se alcançasse en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los q̄

Segunda parte de don

en ella viuian, ignorauan estas dos palabras de Tuyo, y Mio. Eran en aquella fanta edad todas las cosas comunes, à nadie le era necesario, para alcançar su ordinario sustento, tomar otro trabajo, que alçar la mano, y alcançarle de las robustas enzinas, que liberalmente les estauan combidando con su dulce, y saçonado fruto. Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnifica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quebradas de las peñas, y en lo hueco de los arboles, formauan su republica las solicitas, y discretas abejas, ofreciendo à qualquiera mano, sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo. Los valientes alcornoques despedian de si, sin otro artificio que el de su cortesia, sus anchas, y liuianas cortezas, con que se començaron a cubrir las casas sobre rusticas estacas sustentadas, no mas q̄ para defensa de las inclemencias del cielo. Todo era paz entonces, todo amistad. todo concordia: aun no se auia atreuido la pesada reja del corbo arado à abrir, ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre, que ella sin ser forçada, ofrecia por todas las partes de su fertil, y espacioso seno, lo que pudiesse hartar, sustentar, y deleytar à los hijos que entonces la posseian. Entonces si, q̄ andauan las simples, y hermosas çagalejas de valle en valle, y de otero en otero, en trença, y en cabello, sin mas vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente, lo q̄ la honestidad quiere, y ha querido siẽpre que se cubra, y no eran sus adornos de los que aora se vsan, a quien la purpura de Tyro, y la por tantos modos martirizada seda encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiça yuan tan pompofas, y compuestas, como van aora nuestras cortefanas con las raras, y peregrinas inuenciones, q̄ la curiosidad ociosa les ha mostrado. Entonces se decorauã los cõcetos amorosos del alma, simple, y senzillamen-

zillamente, del mismo modo, y manera que ella los con-
cebia, sin buscar artificioso rodeo de palabras para en-
carecerlos. No auia la fraude, el engaño, ni la malicia,
mezclandose con la verdad, y llaneza. La justicia se esta-
ua en sus propios terminos, sin que la ofassen turbar, ni
ofender los del fauor, y los del interese, que tanto aora
la menoscaban, turban, y perfiguen. La ley del encaxe,
aun no se auia sentado en el entendimiento del juez, por
que entonces no auia que juzgar, ni quien fuesse juzga-
da. La donzellas, y la honestidad andauan, como tengo
dicho, por donde quiera, sola, y señora, sin temor que la
agena desemboltura, y lasciuo intento la menoscabassẽ,
y su perdicion nacida de su gusto, y propia voluntad. Y
aora en estos nuestros detestables siglos, no estã segura
ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nueuo laberin-
to como el de Creta, porq̃ alli por los resquicios, o por
el ayre, con el zelo de la maldita sollicitud, se les entra la
amorosa pestilencia, y les haze dar con todo su recogim-
iento al traste. Para cuya seguridad, andando mas los
tiempos, y creciendo mas la malicia, se instituyò la or-
den de los caualleros andantes, para defender las donze-
llas, amparar las biudas, y socorrer a los huerfanos, y à
los menesterosos. Desta orden soy yo hermanos ca-
breros, quien agradezco el agassajo, y buen acogi-
miento que hazeyz a mi, y à mi escudero: que aunq̃ por
ley natural, estan todos los que viuen obligados a fauo-
recer à los caualleros andantes, toda via por saber, q̃ sin
saber vosotros esta obligaciõ, me acogistes, y regalastes,
es razon, que con la voluntad a mí posible, os agradez-
ca la vuestra. Toda esta larga arenga (q̃ se pudiera muy
bien escusar) dixo nuestro cauallero, porque las bello-
tas que le dièro, le truxerò a la memoria la edad dorada:
y antojosele hazer aquel inutil razonamiento a los ca-
breros, que sin respondelle palabra, embobados, y sus-

Segunda parte de don

penfos le estuuió escuchando. Sancho, así mismo callaua, y comia bellotas, y visitaua muy a menudo el segundo zaque, que porque se enfriasse el vino, le tenían colgado de vn alcornoque. Mas tardó en hablar dó Quixote, que en acabarse la cena: al fin de la qual, vno de los cabreros dixo: Para que con mas veras pueda vuestra merced dezir, señor cauallero andante, que le agassajamos con pronta, y buena voluntad, queremos darle solaz, y contento, con hazer, q̄ cante vn compañero nuestro, que no tardará mucho en estar aqui: el qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escreuir, y es musico de vn rabel, que no ay mas que dessear. Apenas auia el cabrero acabado de dezir esto, quando llegó a sus oydos el son del rabel, y de allí a poco llegó el que le tañia, que era vn moço de hasta veynete, y dos años, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia cenado, y respondiendo, q̄ si, el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, bien podras hazernos placer de catar vn poco, porque vea este señor huesped, que tenemos, quien tambien por los montes, y seluas ay quien sepa de musica. Hemosle dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y así te ruego, por tu vida, que te sientes, y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, q̄ en el pueblo ha parecido muy bien. Que me place, respondió el moço, y sin hazerse mas de rogar, se sentó en el tronco de vna desmochada enzina, y templando su rabel, de allí a poco con muy buena gracia comenzó a cantar, diziendo desta manera.

(?)

ANTO

A N T O N I O.

Y O se Olalla que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos si quiera,
Mudas lenguas de amorios.
Por que se que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que talvez
Olalla, me has dado indicio,
Que tienes de bronce el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas alla entre tus reproches.
Y honestissimos desuios,
Talvez la esperanza muestra
La orilla de su vestigio.
Abalançase al señuelo
Ni se, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.
Y si son seruiçios parece
De hazer vn pecho benigno;

*Segunda parte de don
Algunos de los que he hecho
Fortalezcan mi partido.
Porque si has mirado en ello ,
Mas de vna vez auras visto ,
Que me he vistido en los Lunes ,
Lo que me honrraua el Domingo .
Como el amor, y la gala
Andan vn mismo camino ,
En todo tiempo a eus ojos
Quise mostrarme polido.
Dexo el baylar por tu causa ,
Ni las musicas te pinto ,
Que has escuchado a deshoras ,
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanças ,
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hazen ,
Ser yo de algunas mal quisto :
Teresa del Berrocal ,
Yo alabandote, me dixo ,
Tal piensa que odora vn Angel ,
Y viene à adorar à vn gimio .
Merced a los muchos dices ,
Y a los cabellos postizos ,
Y à hipocritas hermosuras ,
Que engañan al amor mismo .
Desmentila, y enojose,
Boluio por ella su primo ,*

*Desafíome, y ya sabes
Lo que yo hize, y el hizo.
No te quiero yo a manton,
Ni te pretendo, y te sirvo,
Por lo de barraganía,
Que mas buenos mi desígnio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,
Por tu cuello en la gamella,
Veràs como pongo el mio.
Donde no, desde aqui juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.*

CON esto dio el cabrero fin a su canto, y aunque don Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo còsintio Sancho Pança, porque estaua mas para dormir, que para oyr canciones. Y asì dixo a su amo: Bien puede vuestra merced acomodar se desde luego, á donde ha de posar esta noche, que el trabajo que estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondió dõ Quixote, que bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño, que de musica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondió Sancho. No lo niego replicò don Quixote, pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profesión mejor parecen velando que durmiendo. Pero con todo esso, sería bien Sancho, que me bueluas a curar esta oreja, q̄ me

Segunda parte de don

va doliendo mas de lo que es menester. Hizo Sancho lo q̄ se le mandaua. Y viendo vno de los cabreros la herida, le dixo, que no tuuiesse pena, que el pódria remedio con que facilmente se sanasse. Y tomando algunas hojas de romero, de mucho que por alli auia, las mascò, y las mezclò con vn poco de sal, y aplicandofelas a la oreja, se la vendò muy bien, assegurandole, que no auia menester otra medicina, y asì fue la verdad.

Cap. XII. De lo que conto vn cabrero a los que estauan con don Quixote.

EStando en esto, llegò otro moço de los que les traian del aldea el bastimento, y dixo: Sabeys lo que passa en el lugar compañeros? Como lo podemos saber, respondió vno de ellos. Pues sabed, prosiguió el moço, que murio esta mañana, aquel famoso pastor estudiante llamado Grifostomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moça de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquella que se anda en hábito de pastora por effos andurriales. Por Marcela diras; dixo vno? Por essa digo, respondió el cabrero: Y es lo bueno, que mandò en su testamento, que le enterrassen en el campo, como si fuera Moro, y que sea al pie de la peña, donde estâ la fuente del alcornoque: porque segun es fama, y el dizen, que lo dixo, aquel lugar es adonde el la vio la vez primera. Y tambien mandò otras cosas tales, que los Abades del pueblo, dizen que no se han de cumplir, ni es bien que se cūplan, porque parecen de Gentiles. A todo lo qual, respondió aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, q̄ tambien se vistio de pastor con el, que se ha de cumplir todo sin faltar nada, como lo dexò mandado Grifostomo, y sobre

bre esto anda el pueblo alborotado, mas a lo que se dize, en fin, se hará lo que Ambrosio, y todos los pastores sus amigos quieren, y mañana le vienen â enterrar con gran pompa, adonde tengo dicho. Y tengo para mi, que ha de ser cosa muy de ver, alomenos yo no dexarê de yr a verla, si supiesse no boluer mañana al lugar. Todos haremos lo mismo, respondieron los cabreros, y echaremos fuertes a quien ha de quedar â guardar las cabras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunque no serâ menester vsar de essa diligencia, que yo me quedarê por todos: y no lo atribuyas a virtud, y a poca curiosidad mia, sino a que no me dexa andar el garrancho, que el otro dia me passò este pie. Con todo esso te lo agradecemos, respondió Pedro. Y don Quixote rogò a Pedro le dixesse, que muerto era aquel, y q pastora aquella. A lo qual Pedro respondió, que lo que sabia era, que el muerto era vn hijodalgo rico, vezino de vn lugar que estaua en aquellas sierras, el qual auia sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los quales auia buuelto a su lugar, con opinion de muy sabio, y muy leydo. Principalmente de zian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo q passan allâ en el cielo, el Sol, y la Luna, porque puntualmente nos dezia el cris del Sol, y de la Luna. Eclipse se llama amigo, que no cris, el escurecerse effos dos luminares mayores, dixo don Quixote. Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguiò su cuento, diziendo: Afsi mismo adeuinaua, quando auia de ser el año abundante, o estil. Este ril quereys dezir amigo, dixo don Quixote? Esteril, o estil, respondió Pedro, todo se sale allâ. Y digo, que có esto que dezia, se hizieron su padre, y sus amigos q le daban credito, muy ricos, porque hazian lo que el les aconsejaua, diziendoles: Sembrad este año ceuada, no trigo: en este podeys sembrar garuanços, y no ceuada: el que viene serâ de guilla de azeyte: los tres siguientes no se cogirá

Primera parte de don

cogerà gota. Esta ciencia se llama Astrologia, dixo don Quixote. No se yo como se llama replicò Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas. Finalmente, no passaron muchos meses, despues que vino de Salamanca, quando vn dia remanecio vestido de pastor, con su ganado; y pellico, auiendose quitado los habitos largos, que como escolar traía, y juntamente se vistio con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que auia sido su compañero en los estudios. Oluidauáseme de dezir, como Grifostomo el difunto fue grãde hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del nacimiêto del Señor, y los autos para el dia de Dios, que los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adiuinar la causa que les auia mouido a hazer aquella tã estraña mudança. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grifostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, ansi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedò el moço señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritatiuo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendicion. Despues se vino à entender, que el auerse mudado de trage, no auia sido por otra cosa, que por andarse por estos despoblados, empos de aquella pastora Marcela, que nuestro çagal nombrò denantes, del la se auia enamorado el pobre difunto de Grifostomo. Y quiero os dezir aora, porque es bien que lo sepays, quien es esta rapaza, quiça, y aun sin quiça, no aureys oydo semejante cosa en todos los dias de vuestra vida, aunque viuays mas años que Sarna. Dezió Sarra, replicò don Quixote, no pudiendo sufrir
eltro-

el trocar de los vocablos del cabrero. Harto viue la farna, respondió Pedro, y si es señor que me auays de andar çaherièdo à cada passo los vocablos, no acabaremos en vn año. Perdonad amigo, dixo don Quixote, que por auer tanta diferencia de farna à Sarra, os lo dixè, pero vos respondistes muy biè, porque viue mas farna que Sarra, y profeguid vuestra historia, que no os replicaré mas en nada. Digo pues, señor mio de mi alma, dixo el cabrero, que en nuestra aldea huuo vn labrador, aun mas rico q̄ el padre de Grifostomo, el qual se llamaua Guillermo, y al qual dio Dios, amen de las muchas, y grandes riquezas, vna hija, de cuyo parto murio su madre, que fue la mas honrada muger que huuo en todos estos còtornos: no parece sino que aora la veo con aquella cara, que del vn cabo tenia el Sol, y del otro la Luna, y sobre todo ha zendosa, y amiga de los pobres, por lo que creo que deue de estar su anima a la hora de hora, gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena muger, murio su marido Guillermo, dexando a su hija Marcela muchacha, y rica, en poder de vn tio suyo Sacerdote, y Beneficiado en nuestro lugar. Crecio la niña con tanta belleza, que nos hazia acordar de la de su madre, que la tuuo muy grande, y con todo esto se juzgaua que se auia de passar la de la hija. Y asì fue, que quando llegò à edad de catorze à quinze años, nadie la miraua, que no bendezia à Dios que tan hermosa la auiz criado, y los mas quedauan enamorados, y perdidos por ella. Guardauala su tio con mucho recato, y con mucho encerramiento: pero con todo esto, la fama de su mucha hermosura, se estendio de manera, que asì por ella, como por sus muchas riquezas, no solamènte de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas à la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado, è importunado su tio se la dièsse por muger: Mas el (que a las derechas

Primera parte de don

chas es buen Christiano) aunque quisiera casarla luego, así como la via de edad, no quiso hazerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia, y grangeria que le ofrecia el tener la hazienda de la moça, dilatando su casamiento. Y à fê que se dixo esto en mas de vn corrillo en el pueblo en alabança del buen sacerdote. Que quiero que sepa señor andante, que en estos lugares cortos, de todo se trata, y de todo se murmura. Y tened para vos, como yo tengo para mi, que deuia de ser demasidamente bueno el clerigo, que obliga a sus feligreses à que digan biẽ del, especialmente en las aldeas. Así es la verdad, dixo don Quixote, y proseguid adelante, que el cuento es muy bueno, y vos buen Pedro, le contays con muy buena gracia. La del Señor no me falte, que es la que haze al caso. Y en lo demas sabreys, que aunque el tio proponia à la sobrina, y le dezia las calidades de cada vno en particular, de los muchos que por muger la pedian, rogandole que se casasse, y escogiesse à su gusto, jamas ella respondió otra cosa, sino que por entonces no queria casarse, y que por ser tã muchacha no se sentia abil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daua, al parecer justas escusas, dexaua el tio de importunarla, y esperaua à que entrasse algo mas en edad, y ella supiesse escoger cõpañia a su gusto: Porque dezia el, y dezia muy bien, que no auian de dar los padres à sus hijos estado contra su voluntad. Pero hetelo aqui, quando no me cate, que remanece vn dia la melindrosa Marcela hecha pastora: y sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, que se lo defaconsejauan, dio en yrse al campo, con las demas çagalas del lugar, y dio en guardar su mismo ganado. Y así como ella salio en publico, y su hermosura se vio al descubierto, no os sabre buenamente dezir, quantos ricos mancebos, hidalgos, y labradores, han tomado el traje de Grifostomo, y la andan requebrando por estos campos. Vno de los
quales

quales, como ya está dicho, fue nuestro difunto, del qual dezian, que la dexaua de querer, y la adoraua. Y no se piēse, que porque Marcela se puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y de tan poco, o de ningun recogimiento, q̄ por esso ha dado indicio, ni por semejas, q̄ venga en menoscabo de su honestidad, y recato: antes es tanta, y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de quantos la firuen, y sollicitan, ninguno se ha alabado, ni con verdad se podra alabar, que le ay a dado alguna pequeña esperāça de alcanzar su desseo. Que puesto, que no huye, ni se esquiua de la compañía, y conuersacion de los pastores, y los trata cortēs, y amigablemente, en llegando a descubrirle su intencion qualquiera dellos, aunque sea tan justa, y santa, como la del matrimonio, los arroja de si como con vn trabuco. Y con esta manera de condicion, ha ze mas daño en esta tierra, que si por ella entrara la pestilencia, porque su afabilidad, y hermosura atrae los corazones de los q̄ la tratan à seruirla, y à amarla: pero su desden, y desengaño, los cōduce a terminos de desesperarse: y assi no sabē q̄ dezirle, sino llamarla à voces cruel, y desagradecida, con otros titulos à este semejante, que bien la calidad de su condicion manifiestan: y si aqui estuuiesses señor algun dia, veria des resonar estas sierras, y estos valles, con los lamentos de los desengañados q̄ la siguen. No está muy lexos de aqui vn sitio, donde ay casi dos dozenas de altas hayas, y no ay ninguna que en su lisa corteza no tenga grauado, y escrito el nombre de Marcela, y encima de alguna vna corona grauada en el mismo arbol, como si mas claramente dixera su amante, que Marcela la lleua, y la merece de toda la hermosura humana. Aqui suspira vn pastor, alli se queixa otro, aculla se oyen amorosas canciones, eca desesperadas endechas. Qual ay, que passa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna enzina, o peñas-

Segunda parte de don

eo, y allí sin plegar los llorosos ojos, embeuecido, y trant portado en sus pensamientos, le hallò el Sol â la mañana. Y qual ay, que sin dar vado, ni tregua à sus suspiros, en mitad del ardor de la mas enfadosa fiesta del Verano, tē dido sobre la ardiente arena, embia sus queexas al piadoso cielo: y deste, y de aquel, y de aquellos, y destos, libre, y defensadadamente triunfa la hermosa Marcela. Y todos los que la conocemos, estamos esperando en q̄ ha de parar su altiuez, y quiē ha de fer el dichoso que ha de venir a domeñar códiciō tan terrible, y gozar de hermosura tan estremada. Por ser todo lo que he contado tan aueriguada verdad, me lo doy à entender, que tãbien lo es la que nuestro çagal dixo, que se dezia de la causa de la muerte de Grisostomo. Y asì os aconsejo señor, q̄ no dexeys de hallaros mañana a su entierro, q̄ ferà muy de ver, porq̄ Grisostomo tiene muchos amìgos, y no està deste lugar, â aquel donde manda enterrarse, media le gua. En cuydado me lo tengo, dixo don Quixote, y agradezcoos el gusto que me aueys dado con la narraciō de tan sabroso cuento. O, replicò el cabrero, aun no se yo la mitad de los casos sucedidos à los amantes de Marcela, mas podria ser que mañana topassemos en el camino algun pastor que nos los dixesse: y por aora bien serà q̄ os vays à dormir debaxo de techado, porque el sereno os podria dañar la herida, puesto q̄ es tal la medicina que se os ha puesto, q̄ no ay que temer de contrario accidente. Sancho Pança, q̄ ya daua al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitò por su parte, q̄ su amo se entrasse à dormir en la choça de Pedro. Hizolo asì, y todo lo mas de la noche se le passò en memorias de su señora Dulcinea, à imitacion de los amantes de Marcela. Sancho Pança se acomodó. entre Rozinante, y su jumento, y durmió no como enamorado desfavorecido, sino como hōbre molido à cozes.

Cap. XIII. Donde se da fin al cuento de la pastora Marcela, con otros sucessos.

A S Apenas comenzó a descubrirse el dia por los valcones del Oriente, quando los cinco de los seys cabreros se levantaron, y fueron a despertar a don Quixote, y a dezille si estaua toda via con proposito de yr a ver el famoso entierro de Grifostomo, y que ellos le harian compañía. Don Quixote, que otra cosa no desseaua, se levantò, y mandò a Sancho que enfillasse, y enalbardasse al momento, lo qual el hizo con mucha diligencia, y con la mesma se pusieron luego todos en camino. Y no huieron andado vn quarto de legua, quando al cruzar de vna senda, vieron venir hazia ellos hasta seys pastores, vestidos con pellicos negros, y coronadas las cabeças con guirnaldas de cypres, y de amarga adelfa. Traía cada vno vn grueso baston de azebo en la mano. Venian con ellos así mesmo dos gentiles hombres de acauallo, muy bien adereçados de camino, con otros tres moços de apie, que los acompañauan. En llegando se a juntar, se saludaron cortesmente: y preguntandose los vnos a los otros donde yuan, supieron que todos se encaminauan al lugar del entierro, y así comenzaron a caminar todos juntos. Vno de los de acauallo, hablando con su compañero le dixo: Pareceme señor Vivaldo, que auemos de dar por bien empleada la tardança, que hizieremos en ver este famoso entierro, que no podra dexar de ser famoso, segun estos pastores nos han contado estrañezas, así del muerto pastor, como de la pastora homicida. Así me lo parece a mi, respondió Vivaldo: y no digo yo hazer tardança de vn dia, pero de

Segunda parte de don

quatro la hiziera, à truecò de verle . Preguntoles don Quixote , que era lo que auian oydo de Marcela , y de Grifostomo . El caminante dixo , que aquella madrugada auian encontrado con aquellos pastores , y que por auerles visto en aquel tan triste traje , les auia preguntado la ocasion porque yuan de aquella manera , que vno de ellos se lo contò : contando la estrañeza , y hermosura de vna pastora llamada Marcela , y los amores de muchos que la requestauan , con la muerte de aquel Grifostomo , à cuyo entierro yuan . Finalmente , el contò todo lo que Pedro à don Quixote auia contado . Celsò esta platica , y començose otra , preguntando el que se llamaua Vivaldo , a don Quixote , que era la ocasion que le mouia à andar armado de aquella manera por tierra tan pacifica ? A lo qual respondió don Quixote : La profesion de mi exercicio no consiente , ni permite que yo ande de otra manera : El buen passo , el regalo , y el reposo , allà se inuentò para los blandos cortesanos : mas el trabajo , la inquietud ; y las armas , solo se inuentaron , è hizieron , para aquellos que el mundo llama caualleros andantes , de los quales , yo aunque indigno , soy el menor de todos . Apenas le oyeron esto , quando todos le tuuieron por loco . Y por aueriguarlo mas , y ver que genero de locura era el suyo , le tornò a preguntar Vivaldo , que queria dezir caualleros andantes ? No han vuestras mercedes leydo , respondió don Quixote , los anales è historias de Inglaterra , donde se tratan las famosas fazañas del Rey Arturo , que continuamente en nuestro Romance Castellano llamamos , el Rey Artus , de quien es tradició antigua , y comun en todo aquel Reyno de la gran Bretaña , que este Rey no murio , sino que por arte de encantamento se conuirtio en cueruo , y que andãdo los tiempos ha de boluer à reynar , y à cobrar su Reyno , y cetro . A cuya causa no se prouará que desde aquel tiempo a este ,
aya

aya ningun Ingles muerto cueruo alguno . Pues en tiépo deste buèn Rey fue instityda aquella famosa orden de caualleria , de los caualleros de la tabla Redonda, y passaron sin faltar vn punto, los amores que alli se cuentan, de don Lançarote del Lago, con la Reyua Ginebra, siendo medianera dellos, y sabidora, aquella tan honrada dueña Quintañona , de donde nacio aquel tan sabido romance, y tan decantado en nuestra España, de Nunca fuera cauallero de damas tan bien seruido, como fue Ra Lançarote quando de Bretaña vino . Con àquel progresso tan dulce, y tan suaue, de sus amorosos, y fuertes fechos . Pues desde entonces, de mano en mano fue aquella orden de caualleria estendiendose, y dilatandose por muchas, y diuersas partes del mundo: y en ella fueron famosos, y conocidos por sus fechos, el valiente Amadis de Gaula, con todos sus hijos, y nietos, hasta la quinta generacion : y el valeroso Felixmarte de Hircania : y el nunca como se deue alabado Tirante el Blanco : y casi que en nuestros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al inuencible, y valeroso cauallero don Belianis de Grecia . Esto pues señores es ser cauallero andante, y la que he dicho, es la orden de su caualleria . En la qual, como otra vez he dicho, yo aunque pecador , he hecho profesion , y lo mismo que professaron los caualleros referidos professo yo : y assi me voy por estas soledades, y despoblados, buscando las auenturas, con animo deliberado de ofrecer mi braço , y mi persona, a la mas peligrosa que la fuerte me deparare , en ayuda de los flacos, y menesterosos . Por estas razones que dixo, acabaron de enterarse los caminantes, que era don Quixote faltó de juyzio, y del genero de locura que lo señoreaua, de lo qual recibieron la misma admiracion , que recibían todos aquellos que de nuevo venian en conocimiento della . Y Viualdo, que era persona muy dif-

Segunda parte de don

creta, y de alegre condicion, por passar sin pesadumbre el poco camino que dezian que les faltaua, al llegar a la sierra del entierro, quiso darle ocasion a que passasse más adelante con sus disparates. Y así le dixo: Pareceme, señor cauallero andante, que vuestra merced ha professado vna de las mas estrechas profesiones que ay en la tierra: y tengo para mi, que aun la de los Frayles Cartuxos no estan estrecha. Tan estrecha bien podia ser, respondió nuestro don Quixote, pero tan necessaria en el mundo, no estoy en dos dedos de ponerlo en duda. Porque si va a dezir verdad, no haze menos el soldado que pone en execucion lo que su Capitan le manda, que el mismo Capitan que se lo ordena. Quiero dezir, que los religiosos con toda paz, y sosiego, piden al cielo el bien de la tierra: pero los soldados, y caualleros, ponemos en execucion lo que ellos piden, defendiendola con el valor de nuestros braços, y filos de nuestras espadas. No debaxo de cubierta, sino al cielo abierto, puestos por blanco de los insufribles rayos del Sol en el Verano, y de los erizados yelos del Inuierno. Así, que somos ministros de Dios en la tierra, y braços por quien se executa en ella su justicia. Y como las cosas de la guerra, y las a ella tocantes, y concernientes, no se pueden poner en execucion, sino sudando, afanando, y trabajando excesiuamente, síguese, que aquellos que la professan, tienen sin duda mayor trabajo que aquellos que en sossegada paz, y reposo, estan rogando a Dios, fauorezca a los que poco pueden. No quiero yo dezir, ni me pasa por pensamiento, que es tan buen estado el de cauallero andante, como el del encerrado religioso, solo quiero inferir por lo que yo padezco, que sin duda es mas trabajoso, y mas aporreado, y mas hambriento, y sediento; miserable, roto, y piojoso, porque

que no ay duda, fino que los caualleros andantes passados passaron mucha mala ventura en el discurso de su vida . Y si algunos subieron à ser Emperadores por el valor de su braço, à fê que les costò buen porque de su sangre, y de su sudor : y que si à los que à tal grado subierò les faltaran encantadores, y sabios que los ayudaran, q̄ ellos quedaran bien defraudados de sus desseos, y bien engañados de sus esperanças. De esse parecer estoy yo, replicò el caminante : pero vna cosa entre otras muchas me parece muy mal de los caualleros andantes, y es, que quando se veen en ocasion de acometer vna grande, y peligrosa auentura, en que se vee manifesto peligro de perder la vida, nunca en aquel instante de acometella se acuerdan de encomendarse à Dios, como cada Christiano està obligado à hazer en peligros semejantes: antes se encomiendan à sus damas con tanta gana, y deuociò, como si ellas fueran su Dios : cosa que me parece que huele algo a Gentilidad . Señor, respondió don Quixote, esso no puede ser menos en ninguna manera, y caeria en mal caso el cauallero andante que otra cosa hiziesse, que ya està en vso, y costumbre en la caualleria andanteica, que el cauallero andante que al acometer algun gran fecho de armas, tuuiesse su señora delãte, buelua à ella los ojos, blanda, y amorosamente, como q̄ le pide con ellos le fauorezca, y ampare en el dudoso trance que acomete . Y aun si nadie le oye, està obligado à dezir algunas palabras entre dientes, en que de todo coraçon se le encomiende, y desto tenemos innumerables exemplos en las historias . Y no se ha de entender por esto, que hã de dexar de encomendarse à Dios, que tiempo, y lugar les queda para hazerlo en el discurso de la obra. Con todo esso, replicò el caminante, me queda vn escrupulo, y es, que muchas vezes he leydo, que se trauan palabras entre dos andantes caualleros, y de vna en otra se les viene

Segunda parte de don

a encender la colera, y a boluer los cauallos, y a tomar vna buena pieça del campo, y luego sin mas, ni mas, a todo el correr dellos, se bueluen a encontrar, y en mitad de la corrida se encomiendan a sus damas: y lo que suele suceder del encuentro, es, que el vno cae por las ancas del cauallo, passado con la lança del contrario de parte a parte: y al otro le viene también, que a no tenerse a las crines del suyo, no pudiera dexar de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto tuuo lugar para encomendarse a Dios, en el discurso desta tan acelerada obra. Mejor fuera, que las palabras que en la carrera gastò, encomendandose a su dama, las gastara en lo que deuia, y estaua obligado como Christiano. Quanto mas, que yo tengo para mi, que no todos los caualleros andantes tienen damas a quien encomendarse, porque no todos son enamorados. Effeno no puede ser, respondió don Quixote: Digo que no puede ser, que aya cauallero andante sin dama, porque tan propio, y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas. Y a buen seguro que no se aya visto historia, donde se halle cauallero andante sin amores: y por el mesmo caso que estuuiesse sin ellos, no sería tenido por legitimo cauallero, sino por bastardo, y que entrò en la fortaleza de la caualleria dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador, y ladron. Con todo esto, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) auer leydo, que dõ Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuuo dama señalada a quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fue tenido en menos, y fue vn muy valiente y famoso cauallero. A lo qual respondió nuestro don Quixote: Señor, vna golondrina sola no haze Verano. Quanto mas, que yo se, que de secreto estaua esse cauallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer a todas bien, quantas bien le parecian, era condicion natural, a quien no podia yr a la

mano. Pero en resoluciõ, aueriguado está muy bien, que el tenia vna sola, a quien el auia hecho señora de su voluntad, a la qual se encomendaua muy a menudo, y muy secretamente, porque se preciõ de secreto cauallero. Luego si es de effencia, que todo cauallero andante, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profesion. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo, le suplico en nombre de toda esta compaña, y en el mio nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa, que es querida, y serbida de vn tal cauallero como vuestra merced parece. Aqui dio vn gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar si la dulce mi enemiga, gusta, o no, de que el mudo sepa q̄ yo la siruo, solo se dezir (respondiendo a lo, que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, vn lugar de la Mancha: su calidad por lo menos, ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia. Su hermosura sobre humana, pues en ella se vienena hazer verdaderos todos los impossibles, y quimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus mexillas rosas, sus labtos corales: perlas sus dientes, alabastro su cuello, marmol su pecho, marfil sus manos, su blancura nieue: y las partes que a la vista humana encubrio la honestidad, son tales, segun yo pienso, y entiendo, que solo la discreta consideracion puede encarecerlas, y no compararlas. Elinage, profapia, y alcurnia, querriamos saber, replicó Vivaldo. A lo qual respondió don Quixote: No es de los antiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Romanos, ni de los modernos Colonas, y Vrsinos: ni de los Moncadas, y Requesenes de Ca-

Segunda parte de don

taluña: ni menos de los Rebellas, y Villanouas de Valé-
cia, Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Corellas, Lunas, Ala-
gones, Vrrreas, Fozes, y Gurreas de Aragon : Cerdas,
Manriques, Mendoças, y Guzmanes de Castilla : Alen-
castros, Pallas, y Meneses de Portugal: pero es de los del
Toboso de la Mancha, linage, aunque moderno, tal que
puede dar generoso principio à las mas ilustres familias
de los venideros siglos : y no se me replique en esto, sino
fuere con las condiciones que puso Cerbino al pie del
trofeo de las armas de Orlando, que dezia : Nadie las
mueua, que estar no pueda con Roldan a prueua. Aunq̃
el mio es de los Cachopines de Laredo, respondió el ca-
minante, no le osarê yo poner con el del Toboso de la
Mancha : puesto que para dezir verdad, semejante ape-
llido, hasta a ora no ha llegado à mis oydos. Como esso
no aura llegado, replicò don Quixote. Con gran aten-
cion yuan escuchando todos los demas la platica de los
dos: y aun hasta los mismos cabreros, y pastores, cono-
cieron la demasiada falta de juyzio de nuestro dô Quixo-
te. Solo Sancho Pança pensaua, que quanto su amo de-
xia era verdad, sabiendo el quien era, y auendole cono-
cido desde su nacimiento. Y en lo que dudaua algo, era
en creer aquello de la linda Dulcinea del Toboso, porq̃
nunca tal nombre, ni tal Princesa, auia llegado jamas à su
noticia, aũque viuia tan cerca del Toboso. En estas pla-
tica yuan, quando vieron que por la quiebra que dos al-
tas montañas hazian, baxauan hasta veynte pastores, to-
dos con pellicos de negra lana vestidos, y coronados cõ
guirnaldas, que à lo que despues parecio, eran qual de
Texo, y qual de Cipres. Entre seys dellos traian vn-
as andas, cubiertas de mucha diuersidad de flores, y de ra-
mos. Lo qual visto por vno de los cabreros dixo: Aq̃llos
que alli vienen, son los que traen el cuerpo de Grifosto-
mo : y el pie de aquella montaña es el lugar donde el
mandò

mandò que le enterrassen. Por esto se dieron priessa á llegar, y fue a tiempo, que ya los que venian auian puesto las andas en el suelo: y quatro dellos con agudos picos estauan cauando la sepultura à vn lado de vna dura peña. Recibieronse los vnos, y los otros cortésmente: y luego don Quixote, y los que con el venian, se pusieron à mirar las andas, y en ellas vieron cubierto de flores vn cuerpo muerto, y vestido como pastor, de edad al parecer de treynta años: y aunque muerto, mostraua, q̄ viuo auia sido de rostro hermoso, y de disposicion gallarda. Al rededor del tenia en las mismas andas algunos libros y muchos papeles abiertos, y cerrados. Y asì los que esto mirauan, como los que abrian la sepultura, y todos los demas que alli auia, guardauan vn marauilloso silencio. Hasta que vno de los que al muerto truxeron, dixo a otro: Mirá bien Ambrosio, si es este el lugar que Grisostomo dixo, ya que quereys, que tan puntualmente se cumpla lo que dexò mandado en su testamento. Este es, respondió Ambrosio, que muchas vezes en el me contò mi desdichado amigo, la historia de su desventura. Alli me dixo el, que vio la vez primera à aquella enemiga mortal del linage humano: y alli fue tambien, donde la primera vez le declarò su pensamiento tan honesto como enamorado: y alli fue la vitima vez, donde Marcela le acabò de defengañar, y desdeñar, de suerte que puso fin à la tragedia de su miserable vida. Y aqui, en memoria de tantas desdichas, quiso el que le depositassen en las entrañas del eterno oluido. Y boluiendose à don Quixote, y à los caminantes, prosiguió, diziendo: Elle cuerpo, señores, que con piadosos ojos estays mirando, fue depositario de vn alma, en quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas: Esse es el cuerpo de Grisostomo, que fue vnico en el ingenio, solo en la cortesia, estremo en la gentileza, fenix en la amistad, magnifico sin rassa,
grauē

Primera parte de don

graue sin presuncion, alegre sin baxeza: y finalmente, primero en todo lo que es ser bueno, y sin segúdo en todo lo que fue ser desdichado. Quiso bien, fue aborrecido: adorò, fue desdeñado: rogó â vna fiera, importunò a vn marmol, corrió tras el viento, dio voces a la soledad, sirvió â la ingratitud, de quien alcançò por premio, ser despojos de la muerte en la mitad de la carrera de su vida. A la qual dio sin vna pastora, â quien el procuraua eternizar, para que viuiera en la memoria de las gentes: qual lo pudieran mostrar bien effos papeles que estays mirãdo, si el no me huiera mãdado que los entregará al fuego, en auiendo entregado su cuerpo â la tierra. De mayor rigor, y crueldad vsareys vos con ellos, dixo Viualdo, que su mismo dueño, pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la volúntad de quien lo que ordena va fuera de todo razonable discurso. Y no le tuuiera bueno Augusto Cesar, si còsintiera que se pusiera en execuciò, lo que el diuino Mantuano dexò en su testamento mandado. Asij que, señor Ambrosio, ya que deys el cuerpo de vuestro amigo â la tierra, no querays dar sus escritos al oluido, que si el ordenò como agrauiado, no es bié que vos cumplays como indiscreto: antes hazed, dando la vida â estos papeles, que la tenga siempre la crueldad de Marcela, para que sirua de exemplo en los tiempos q̄ estan por venir â los viuientes, para que se aparten, y huyan de caer en semejantes despeñaderos; que ya se yo, y los que aqui venimos, la historia deste vuestro enamorado, y desesperado amigo, y sabemos la amistad vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que dexò mandado al acabar de la vida: de la qual lamentable historia, se puede facar, quãto aya sido la crueldad de Marcela, el amor de Grifostomo, la fê de la amistad vuestra, con el parade-ro que tienen los que â rienda suelta corren por la senda que el desuariado amor delante de los ojos les pone.

Año-

A noche supimos la muerte de Grifostomo, y que en el lugar auia de ser enterrado, y así de curiosidad, y de lastima, dexamos nuestro derecho viage, y acordamos de venir à ver con los ojos, lo que tanto nos auia lastimado en oyllo: y en pago desta lastima, y del desseo q̄ en nosotros nacio de remedialla, si pudieramos, te rogamos, o discreto Ambrosio (alomenos, yo te lo suplico de mi parte) que dexando de abraçar estos papeles, me dexes llevar algunos dellos. Y sin aguardar que el pastor respondiesse, alargò la mano, y tomò algunos de los que mas cerca estauan, viendo lo qual Ambrosio, dixo: Por cortesia, consentirè que os quedeys señor con los que ya aueys tomado, pero pensar que dexarè de quemar los que quedan, es pensamiento vano. Viualdo, que desseaua ver lo que los papeles dezian, abrió luego el vno dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion desesperada. Oyelo Ambrosio, y dixo: Esse es el vltimo papel que escriuio el desdichado, y porque veays señor, en el termino que le tenian sus desuèturas, leelde de modo que seays oydo, que bien os darà lugar à ello, el que se tardare en abrir la sepultura. Esto hare yo de muy buena gana, dixo Viualdo: y como todos los circunstantes tenian el mismo desseo, se le pusieron à la redonda, y el leyendo en voz clara, vio que así dezia.

(?)

Segunda parte de don

Cap. XIII. Donde se pon en los versos de desesperados del difunto pastor, con otros no desesperados sucessos.

CANCION DE GRISOSTOMO.

Y A que quieres cruel que se publique
De lengua en lengua, y de vno en otra gente
Del aspero rigor tuyo la fuerça:
Harè que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio vn son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerça.
Y al par de mi desseo, que se esfuerça
A dexir mi dolor, y tus hazañas,
De la espantable voz yrà el acento,
Y en el mezcladas, por mayor tormento,
Pedagos de las miserias entrañas,
Escucha pues, y presta atento oyo,
No al concertado son, sino al ruido,
Que de lo honda de mi amargo pecho,
Lleuado de vn forçoso desuauio,
Por gusto mio sale, y tu despecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero
El temeroso aullido, el siluo horrenda
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro de algun monstruo: el agorero
Graznar de la corneja, y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable.
Del ya vencido toro el implacable
Bramido, y de la biuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del embidiado buho, con el llanto

De toda la infernal negra quadrilla,
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn son de tal manera,
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mi se halla,
Para consarla pide nuevos modos.
De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo, oyan los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las oliuas:
Que alli se esparxiran mis duras penas,
En altos viscos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y con palabras vivas.
Oya en escuros valles, o en esquiuas
Playas, desnudas de contrato humano,
O a donde el sol jamas mostrò su lumbré,
O entra en la venenosa muchedumbre
De fieras, que alimenta el Nilo llano,
Que puesto que en los paramos desiertos,
Los ecos rontos de mi mal inciertos,
Suenen con tu vigor, san sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Seran llenados por el ancho mundo.
Mata vn desden, a tierra la paciencia,
O verdadera, o falsa vna sospecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Desconcierta la vida larga ausencia,
Contra vn temor de oluido no apronecha
Firme esperanza de dichosa suerte.
En todo ay cierta inevitable muerte,
Mas yo (milagro nunca visto) viuo
Zeloso, ausente, desdenado, y cierto
De las sospechas que me tienen muerto,
Y en el oluido en quien mi fuego aviuo.

Segunda parte de don

- Y entre tantos tormentos, nunca alcança
Mi vista a ver en sombra a la esperança,
Ni yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella eternamente juro.
- Puedese por ventura en vn instante
Esperar, y temer? o es bien hazello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
- Tengo, si el duro zelo está delante
De cerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas, en el alma abiertas?
- Quien no abriera de par en par las puertas
A la desconfianza, quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
(O amarga conuersion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?
- O en el Reyno de amor, fieros tyranos
Zelos, ponedme vn hierro en estas manos,
Dame desden vna torcida foga,
Mas ay de mi, que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
- Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen suceso en la muerte, ni en la vida,
Pertinax estarè en mi fantasia:
- Dirè, que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor, antigua tyrania.
- Dirè que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su oluido de mi culpa nace,
Y que en see de los males que nos haze
Amor su Imperio en justa paz mantiene.
- Y con esta opinion, y vn duro lazo

*Acelerando el miserable plazo,
A que me han conduxido sus desdenes,
Ofrecerè a los vientos cuerpo y alma,
Sin lauro, o palma de futuros bienes.*
*Tu, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerça a que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras,
Esta del coraçon profunda llaga,
De como alegre a tu rigor me ofrezco.*
*Si por dicha conocès que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.*
*Antes con risa en la ocasion fuacsta,
Descubre, que el fin mio fue tu fiesta,
Mas gran simpleza es auisarte desto,
Pues se que està tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto:
Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
Tantalo con su sed, Sifiso venga
Con el peso terrible de su canto.*
*Ticio trayga su buytre, y ansimismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto,
Y todos juntos, su mortal quebranto
Trasladen en mi pecho, y en voz baxa;
(Si ya a vn desesperado son devidas)
Canten obsequias, tristes, doloridas
Al cuerpo, a quien se niegue aun la mortaja.*
*Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstruos*

Segunda parte de don

*Ulcera el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor no me parece
Que la mercede vn amator difunto.
Cancion desesperada, note quexas,
Quando mi triste compañía dexes,
Antes pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha aumentas su ventura,
Aumente en la sepultura no estes triste.*

Bien les pareció a los que escuchado auian la cancion de Grifostomo, puesto que el que la leyo, dixo, que no le parecia, que conformaua con la relacion que el auia oydo del recato, y bondad de Marcela, porque en ella se quexaua Grifostomo de zelos, sospechas, y de ausencia, todo en perjuizio del buen credito, y buena fama de Marcela. A lo qual respondió Ambrosio (como aquel que sabia bien los mas escondidos pensamientos de su amigo): Para que señor os satisfagays dessa duda, es bien que sepays, que quando este desdichado escriuio esta cancion, estaua ausente de Marcela, de quien se auia ausentado por su voluntad, por ver si valia con el la ausencia de sus ordinarios fueros. Y como al enamorado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni temor que no le dé alcance: así le fatigauan a Grifostomo los zelos imaginados, y las sospechas temidas, como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona, de la bondad de Marcela: la qual, fuera de ser cruel, y vn poco arrogante, y vn mucho desdeñosa, la mesma embidia, ni deue, ni puede ponerla falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo, y queriendo leer otro papel de los que auia reseruado del fuego, lo estoruó vna maravillosa vision (que tal parecia ella) que improuissamente se le ofrecio a los ojos: y fue, que por cima de la peña donde se cauaua la sepultura, pa
recio.

recio la pastora Marcela, tan hermosa que passaua a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la auian visto, la mirauan con admiracion, y silencio: y los que ya estauan acostumbrados à verla, no quedaron menos suspensos que los que nunca la auian visto. Mas à penas la huuo visto Ambrosio, quando con muestras de animo indignado, le dixo: Vienes a ver por ventura, o fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia viertê sangre las heridas deste miserable, a quien tu crueldad quitó la vida? O vienes à vfanarte en las crueles hazañas de tu condicion? O à ver desde esta altura, como otro delapiadado Nero, el incendio de su abraçada Roma? O à pifar arrogante este desdichado cadauer, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto a lo que vienes, o que es aquello de que mas gustas, que por saber yo, que los pensamientos de Grisostomo, jamas dexaron de obedecerte en vida, harê, que aun el muerto, te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos? No vengo, o Ambrosio, a ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino a boluer por mi misma, y à dar a entender, quan fuera de razon van todos aquellos que de sus penas, y de la muerte de Grisostomo me culpan: y assi ruego a todos los que aqui estays, me esteys atentos, que no será menester mucho tiempo, ni gastar muchas palabras, para persuadir vna verdad à los discretos. Hizome el cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y de tal manera, que sin ser poderosos a otra cosa, à que me ameys, os mueue mi hermosura. Y por el amor que me mostrays, dezis, y aun quereys que esté yo obligada à amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable: mas no alcanço, que por razon de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso, à amar à quien le ama. Y mas, que podria acontecer, que el a-

Tercera parte de don

mador de lo hermoso fuesse feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el dezir; Quiero te por hermosa hálme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran ygualmente las hermosuras, no por esso han de correr yguales los desseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad. Que si todas las bellezas enamorasen, y rindiesen, seria vn andar las voluntades confusas, y descaminadas, sin saber en qual auian de parar: porque siendo infinitos los sujetos hermosos: infinitos auian de ser los desseos, y segun yo he oido dezir, el verdadero amor no se diuide, y ha de ser volutario, y no forçoso. Siendo esto assi, como yo creo que lo es, porque quereys que rinda mi voluntad por fuerça, obligada no mas, de q̄ dezis que me quereys bien? Sino de dezidme, si como el cielo me hizo hermosa, me hiziera fea, fuera justo que me quexara de vosotros, porque no me amauades? Quanto mas, que auer de considerar, que yo no escogi la hermosura que tengo, que tal qual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla ni escogella. Y assi como la vibora no merece ser culpada por la ponçoña, que tiene, puesto que con ella mata, por auer se la dado naturaleza: tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa, que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra, y las virtudes, son adornos del alma, sin las quales el cuerpo aunque lo sea, no deue de parecer hermoso. Pues si la honestidad es vna de las virtudes, que al cuerpo y alma mas adornan, y hermosean, porque la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intencion de aquel que por solo su gusto, con todas sus fuerças, é industrias, procura, que la pierda? Yo nací libre, y para poder viuir libre, escogi la soledad de los campos. Los arboles destas

montañas son mi compañía, las claras aguas destos arroyos mis espejos: con los arboles, y con las aguas comunico mis pensamientos, y hermosura. Fuego soy apartado, y espada puesta lexos. A los que he enamorado con la vista he defengañado con las palabras. Y si los desseos se sustentan con esperanças, no auiendo yo dado alguna a Grisostomo, ni a otro alguno el fin de ninguno dellos, bien se puede dezir, que antes le matò su porfia, que mi crueldad. Y si se me haze cargo, que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaua obligada a corresponder a ellos, digo, que quando en esse mismo lugar donde agora se caua su sepultura, me descubriò la bondad de su intencion, le dixè yo, que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si el con todo este defengañò, quiso porfiar contra la esperança, y navegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuuiera, fuera falsa. si le contentara, hiziera contra mi mejor intencion, y profupuesto. Porfiò defengañado: desesperò sin ser aborrecido, mirad agora si serà razon, que de su pena se me de a mi la culpa? Quexese el engañado: desesperese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanças: confiesse el que yo llamare, hufanese el q̄ yo admitiere: pero no me llame cruel, ni homicida, aquel a aquel a quiè yo no prometo, engañò, llamo, ni admito. El cielo aun hasta agora no ha querido, que yo ame por destino, y el pensar, que tengo de amar por eleccion, es escusado. Este general defengañò, sirua a cada vno de los que me solicitan, de su particular prouecho: y entiendase de aqui adelante que si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, porque quien a nadie quiere a ninguno deve dar zelos, que los defengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me lla-

Segunda parte de don

ma fiera, y basilisco, dexeme como cosa perjudicial, y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el que desconocida, no me conozca: quien cruel, no me siga: q̄ esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta desconocida, ni los buscarà, seruirà, conocerà, ni seguirà en ninguna manera. Que si a Grisostomo matò su impaciencia, y arrojado desseò, porque se ha de culpar mi honesto proceder, y recato? Si yo conseruo mi limpieza con la compañía de los arboles, porque ha de querer que la pierda, el que quiere que la tenga con los hombres? Yo como sabeys, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme, ni quiero, ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni solicito a aquel, ni burlo con vno, ni me entretengo con el otro. La conuersacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por termino estas montañas: y si de aqui salen, es a contemplar la hermosura del cielo, passos con que camina el alma a su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, boluio las espaldas, y se entrò por lo mas cerrado de vn monte que alli cerca estaua, dexando admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura, a todos los que alli estauã. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estãuan heridos) de quererla seguir, sin aprouecharse del manifesto defengaño, q̄ auian oydo. Lo qual visto por dō Quixote, pareciendole q̄ alli venia bien vsar de su caualleria, socorriendo a las donzellas menestorasas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas, é intelegibles voces, dixo: Ninguna persona de qualquier estado, y cõdiciõ q̄ sea, se atreua à seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignaciõ mia. Ella ha mostrado con claras razones la poca, o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de

te de Grifostomo, y quan agena viue de condescender con los desseos de ninguno de sus amantes: a cuya causa, es justo, que en lugar de ser seguida, y perseguida, sea honrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra, que en ella es sola la que con tan honesta intencion viue. O ya que fuesse por las amenazas de don Quixote, o porque Ambrosio les dixo, que concluyessen con lo que a su buen amigo deuián, ninguno de los pastores se mouio, ni apartò de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrafados los papeles de Grifostomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lagrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con vna gruesa peña, en tanto, que se acabaua vna losa, que segun Ambrosio dixo, pensaua mandar hazer, con vn epitafio que auia de dezir desta manera.

Y *Aze aqui de vn amador*
El misero cuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor.

Murio a manos del rigor
De vna esquiua hermosa ingrata,
Con quien su imperio dilata
La tirania de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pesame a su amigo Ambrosio, se despidieron del. Lo mismo hizieron Vivaldo, y su compañero; y don Quixote se despidio de sus huéspedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniessse con ellos a Seuilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecé mas q̄ en otro alguno. Dō Quixote les agradecio el auiso, y el animo, que mostrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Se-

Segunda parte de don

ella, hasta que huviessse despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que todas estauan llenas. Viendo su buena determinaciõ, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose a despedir de nuevo le dexaron, y prosiguieron su camino, en el qual no les faltò de que tratar, assi de la historia de Marcela, y Grifostomo, como de las locuras de don Quixote : el qual determinò de yr à buscar à la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su seruicio. Mas no le auino como el pensaua, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aqui fin la segunda parte .
(?)

92

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO

Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Cap. XV. Donde se cuenta la desgraciada
aventura que se topò don Quixote, en to-
par con unos desalmados Tangueses.*



VENTA El sabio Cide Hamete Venengeli, que así como don Quixote se despidió de sus huéspedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Crisostomo: el y su escudero se entraron por el mismo bosque, donde vieron, que se auia entrado la pastora Marcela. Y siendo andado mas de dos horas por el buscandola por todas partes sin poder hallarla, vinieron a parar a vn prado lleno de fresca yerua, junto del qual corria vn arroyo apazible, y fresco: tanto, que combidó, y forçò a passar allí las horas de la siesta, que rigurosamente començaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacer de la mucha yerua que allí auia dieron sacó a las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz, y compañía amo, y moço comieron, lo que en ellas hallaron. No se hauiá curado Sancho de echar sueltas a Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijofo, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal si

Tercera parte de don

niestro. Ordenó pues la fuerte, y el diablo, que no todas vezes duerme, que andauan por aquel valle paciendo vna manada de hacas Galicianas, de vnos arrieros Yangueses: de los quales es costumbre festejar con su recua en lugares, y sitios de yerua, y agua. Y aquel donde acertô a hallarse don Quixote, era muy a proposito de los Yangueses. Sucedió pues, que a Rozinante le vino en deseo de refocilarse con las señoras facas: y saliendo assi como las olio de su natural passo, y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomó vn trotillo algo picadillo, y se fue a comunicar su necesidad con ellas. Mas ellas, que a lo, que pareció, deuan de tener mas gana de pacer, que de al, recibieronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedó sin silla en pelora. Pero lo, que el deuio mas de sentir fue, que viendo los harrieros la fuerça, que a sus yeguas se les hazia, acudieron con estacas, y tantos palos le dieron, que le derribaron mal parado en el suelo. Ya en esto don Quixote, y Sancho (q̄ la paliza de Rozinante auian visto) llegauan hijadeando. Y dixo dō Quixote a Sancho: A lo que yo veo amigo Sancho, estos no son caualleros, sino gente soez, y de baxa ralea: Digolo, porque bien me puedes ayudar a tomar la deuida vengança del agrauio, que delante de nuestros ojos se le ha hecho a Rozinante. Que diablos de vengança hemos de tomar, respondió Sancho, si estos son mas de veynte, y nosotros no mas de dos, y aun quiça nosotros, sino vno, y medio. Yo valgo por ciento, replico don Quixote, y sin hazer mas discursos echò mano a su espada, y arremetio a los Yangueses, y lo mesmo hizo Sancho Pança, incitado, y mouido del exemplo de su amo. Y a las primeras, dio don Quixote vna cuchillada a vno, que le abrio vn sayo de cuero de que venia vestido con gran parte de la espalda. Los Yangueses que se vieron maltra

ter de aquellos dos hombres solos, siendo ellos tantos, acudieron a sus estacas, y cogiendo a los dos en medio, començaron a menudear sobre ellos con grande ahinco, y vehemècia. Verdad es, que al segundo toque, dieron con Sancho en el suelo, y lo mismo le auino a don Quixote, sin que le valiesse su destreza, y buen animo. Y quiso su ventura, que viniessè a caer a los pies de Rozinante, que aun no se auia leuantado: donde se echa de ver la furia con que machacan estacas puestas en manos rusticas, y enojadas. Viendo pues los Yangueses, el mal recado, que auian hecho, con la mayor presteza, que pudieron cargaron su recua; y siguieron su camino, dexando a los dos auentureros de mala traça, y de peor talante. El primero, que se refintio, fue Sancho Pança, y hallandose junto a su señor, có voz enferma, y lastimada dixo: Señor don Quixote? a señor don Quixote? Que quieres Sancho hermano, respondió don Quixote, con el mismo tono afeminado, y doliente, que Sancho. Querria si fuesse posible, respondió Sancho Pança, que vuestra merced me diessè dos tragos de aquella beuida del feo Blas, si es, que la tiene vuestra merced aï a mano, quiça ferá de provecho para los quebrantamientos de huesos, como lo es para las feridas. Pues a tenerla yo aqui, desgraciado yo, que nos faltaua, respondió dō Quixote: Mas, yo te juro Sancho Pança, a fè de cauallero andante que antes, que passen dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la tengo de tener en mi poder, o mal me han de andar las manos. Pues en quantos le parece a vuestra merced, que podremos mouer los pies, replicò Sancho Pança. De mi se dezir (dixo el molido cauallero dō Quixote) q̃ no sabre poner termino a effos dias: Mas yo me tēgo culpa de todo, que no auia de poner mano a la espada contra hombres, q̃ no fuesen armados caualleros como yo. Y assi creo que en pena de auer passado las leyes de la

Segunda parte de don

caualleria, ha permitido el Dios de las barallas, que se me diese este castigo: por lo qual hermano Sancho, conuiente q̄ estes aduertido en esto q̄ aora te dire, porq̄ importa mucho a la salud de entrambos: y es, que quando veas que semejante canalla nos haze algun agrauio, no aguardes a que yo ponga mano al espada para ellos, porque no lo haré en ninguna manera, sino pon tu mano a tu espada y castigalos muy a tu favor, que si en su ayuda, y defenfa acudieren caualleros, yo te sabre defender, y ofendellos con todo mi poder, que ya auras visto por mil señales, y experiencias, hasta adonde se estiende el valor de este mi fuerte braço. (Tal quedò de arrogante el pobre señor, con el vencimiento del valiente Vizcayno). Mas no le parecio tambien a Sancho Pança, el auiso de su amo, que dexasse de responder, diziendo: Señor, yo soy hombre pacifico, más, sosegado, y se disimular qualquiera injuria, porque tengo muger, y hijos que sustentar, y criar. Así, que sea a vuestra merced tambien auiso (pues no puede ser mandato) que en ninguna manera pondre mano a la espada, ni contra villano, ni contra cauallero. Y que desde aqui para delante de Dios, perdono quantos agrauios me han hecho, y han de hazer: ora me los aya hecho, o haga, o aya de hazer persona alta, o baxa, rico, o pobre, hidalgo, o pechero, sin aceptar estado, ni condicion alguna. Lo qual oydo por su amo, le respondió: Qui fiera tener aliento para poder hablar vn poco descansado, y que el dolor que tengo en esta costilla se aplacara tanto quanto, para darte a entender Pança, en el error en que estás. Ven aca pecador, si el viento de la fortuna, hasta aora tan contrario, en nuestro fauor se buelue, llenándonos las velas del desseo, para que seguramente, y sin contraste alguno tomemos puerto en alguna de las islas que te tengo prometida: que seria de ti, si ganandola yo, te hiziesse señor della, pues lo vendras a impossibili-

er por no ser cauallero, ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de vengar tus injurias, y defender tu señorio; Porque has de saber, que en los Reynos, y prouincias nueuamente conquistados, nunca estan tan quietos los animos de sus naturales, ni tan de parte del nueuo señor, que no se tenga temor, de que han de hazer alguna nouedad, para alterar de nueuo las cosas, y boluer como dizen, a prouar ventura: y así es menester, que el nueuo possessor tenga entendimiento para saberse gouernar, y valor para ofender, y defenderse en qualquier acontecimiento. En este que aora nos ha acontecido, respondió Sancho, quisiera yo tener esse entendimiento, y esse valor, que vuestra merced dize: mas yo le juro afè de pobre hombre, que mas estoy para bizmas, que para platicas. Mire vuestra merced si se pue de leuantar, y ayudaremos a Rozinante, aunque no lo merece, porque el fue la causa principal de todo este molimiento. Iamas tal crey de Rozinante, que le tenia por persona casta, y tan pacífica como yo. En fin, biè dizen, q̄ es menester mucho tiempo para venir a conocer las personas: y que no ay cosa segura en esta vida. Quien dixera, que tras de aquellas tan grandes cuchilladas, como vuestra merced dio a aquel desdichado cauallero andante, auia de venir por la posta, y en seguimiento suyo, esta tan grande rempestad de palos, que hadescargado sobre nuestras espaldas? Aun las tuyas Saicho, replicò don Quixote, deuen de estar hechas a semejantes nublados, pero las mias criadas entre sinabafas, y olandas, claro està que sentiran mas el dolor desta desgracia. Y sino fuesse porque imagino (que digo imagino) se muy cierto, que todas estas incomodidades son muy anejas al exercicio de las armas, aqui me dexaria morir de puro enojo. A esto replicò el escudero: Señor, ya que estas desgracias son de la cosecha de la caualleria, digame vuestra merced, si suceden muy a

Tercera parte de don

menudo, o si tienen sus tiempos limitados en que acaecen, porque me parece a mi, que a dos cosechas quedaremos inutiles para la tercera, si Dios por su infinita misericordia no nos socorre. Sabete amigo Sancho, respondió don Quixote, que la vida de los caualleros andantes está sujeta a mil peligros, y defueltas: y ni mas, ni menos está en potencia propinqua de ser los caualleros andantes, Reyes, y Emperadores, como lo hamostrado la experiencia en muchos, y diuersos caualleros, de cuyas historias yo tengo entera noticia. Y pudierate contar aora (si el dolor me diera lugar) de algunos, que solo por el valor de su brazo, han subido a los altos grados, que he contado. Y estos mesmos, se vieron antes, y despues en diuersas calamidades, y miserias: porque el valeroso Amadis de Gaula se vio en poder de su mortal enemigo Arcalaus el encantador, de quien se tiene por aueriguado, que le dio teniendo le preso mas de dozientos açotes con las riendas de su cauallo, atado a vna columna de vn patio. Y aun ay vn autor secreto, y de no poco credito, que dize, que auendo cogido al cauallero del Febo con vna cierta trampa, que se le hundio debaxo de los pies, en vn cierto castillo, y al caer se halló en vna honda sima debaxo de tierra, atado de pies, y manos, y alli le echaron vna destas que llaman melezinas de agua de nieue, y arena, de lo, que llegó muy al cabo: y sino fuera socorrido en aquella gran cuyta, de vn sabio grande amigo suyo, lo passara muy mal el pobre cauallero. Así, que bien puedo yo passar entre tanta buena gente, que mayores afrentas son las que estos passaron, que no las, que aora nosotros passamos: porque quiero hazerte sabidor Sancho, que no afrentan las heridas, que se dan con los instrumentos, que a caso se hallan en las manos. Y esto está en la ley del duelo, escrito por palabras expresas, que si el çapatero da a otro con la horma, que tie-

ne en la mano, puesto que verdaderamente es de palo, no por esso se dirà q̄ queda apaleado aquel a quien dio cõ ella. Digo esto, porque no pienses, que puesto q̄ quedamos desta pendencia molidos, quedamos afrentados, porque las armas que aquellos hombres traian con que nos machacarõ, no eran otras que sus estacas, y ninguno dellos (a lo que se me acuerda) tenia estoque, espada, ni puñal. No me dieron a mi lugar, respondió Sancho, a que mirasse en tanto, porque a penas pufe mano a mi tizona, quando me santiguaron los ombros con sus pinos, de manera que me quitaron la vista de los ojos, y la fuerça de los pies, dando conmigo a donde aora yago, y adonde no me da pena alguna, el pensar si fue afrenta o no, lo de los estacaços, como me la da el dolor de los golpes, que me han de quedar tan impressos en la memoria, como en las espaldas. Con todo esso, te hago saber hermano Pança, replicò don Quixote, que no ay memoria a quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consume. Pues que mayor desdicha puede ser, replicò Pança, de aquella, que aguarda al tiempo que la cõsuma, y a la muerte que la acabe. Si esta nuestra desgracia fuera de aquellas que con vn par de bizmas se curan, aun no tan malo: pero voy viendo, que no han de bastar todos los emplastos de vn hospital, para ponerlas en buen termino si quiera. Dexate desso, y saca fuerças de flaqueza Sancho, respondió don Quixote, que assi hare yo, y veamos como està Rozinante, que a lo que me parece, no le ha cabido al pobre la menor parte desta desgracia. No ay de que marauillar se desso, respondió Sancho, siendo el tambien cauallero andante. De lo, que yo me marauillo, es de que mi jumento aya quedado libre, y sin costas, donde nosotros salimos sin costillas. Siempre dexa la ventura vna puerta abierta en las desdichas, para dar remedio a ellas, dixo don Quixote. Digolo, porque essa bestezuela podra suplir

Segunda parte de don

hora la falta de Rozinante, lleuandome a mi desde aqui, a algun castillo, donde sea curado de mis feridas. Y mas, que no tendré a deshonra la tal caualleria, porque me acuerdo auer leydo, que aquel buen viejo Sileno, ayoy, y pedagogo del alegre Dios de la rifa, quando entrò en la ciudad de las cien puertas, yua muy a su plazer cauallero sobre vn muy hermoso asno. Verdad serà, que el deuia de yr cauallero como vuestra merced dize, respondió Sancho: pero ay grande diferencia del yr cauallero, al yr atrauessado como costal de vasura. A lo qual respondió don Quixote: Las feridas que se reciben en las batallas, antes dan honra, que la quitan. Así que Pança amigo, no me repliques mas, sino como ya te he dicho, leuantate lo mejor que pudieres, y ponme de la manera que mas te agradare encima de tu jumento, y vamos de aqui, antes que la noche venga, y nos saltee en este despoblado. Pues yo he oydo dezir a vuestra merced, dixo Pança, que es muy de caualleros andantes, el dormir en los paramos, y desiertos lo mas del año, y que lo tienen a mucha ventura. Effeno es, dixo don Quixote, quando no pueden mas, o quando estan enamorados: y es tan verdad esto, que ha auido cauallero que se ha estado sobre vna peña, al Sol, y a la sombra, y a las inclemencias del cielo, dos años, sin que lo supicse su señora. Y vno destos fue Amadis, quando llamandose Beltenebros, se aloxò en la peña Pobre, ni se si ocho años, o ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta. Basta que el estubo alli, haziendo penitencia, por no se que sin sabor q̄ le hizo la señora Oriana. Pero dexemos ya esto Sancho, y acaba antes q̄ suceda otra desgracia al jumento, como a Rozinante. Aũ ahi seria el diablo, dixo Sancho, y despidièdo treynta ayes, y sesenta sospiros, y ciento y veynte pesetes, y renegos de quien alli le auia traído, se leuantò, quedandose agouiado en la mitad del camino, como ar-

co Turquesco, sin poder acabar de endereçarse: y con todo este trabajo aparejó su asno (que tambien auia andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel dia. Leuantó luego a Rozinante, el qual si tuuiera lengua con que quejarle, a buen seguro, que Sancho, ni su amo no le fueran en çaga. En resolucion Sancho acomodò a don Quixote sobre el asno, y puso de reata a Rozinante: y lleuando al asno de cabestro, se encaminò poco mas a menos házia donde le parecio que podia estar el camino Real. Y la suerte, que sus cosas debien en mejor yua guiando, aun no huuo andado vna pequeña legua, quando le deparó el camino, en el qual descubrio vna venta, que a pesar suyo, y gusto de don Quixote, auia de ser castillo. Porfiava Sancho que era venta, y su amo que nó, sino castillo: y tanto durò la porfia, que tuuieron lugar sin acabar la de llegar a ella, en la qual Sancho se entró sin mas aueriguacion con toda su recua.

Cap. XVI. De lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta, que el imaginaua ser castillo.



L Ventero, que vio a don Quixote atrauesado en el asno, preguntó a Sancho, que mal traía? Sancho le respondió, que no era nada, sino, que auia dado vna cayda de vna peña a baxo, y q̄ venia algo brumadas las costillas. Tenia el ventero por muger a vna, no de la condicion q̄ suelen tener las de semejante trato, porque naturalmente era caritativa, y se dolia de las calamidades de sus proximos: y así acudio luego a curar a don Quixote: y hizo, q̄ vna hija suya donzella, muchacha, y de muy buen parecer la ayudasse a curar a su huesped. Seruia en la venta así mesmo vna

Tercera parte de don

moça Asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del vn ojo tuerta, y del otro no muy sana. Verdad es, q̄ la gallardia del cuerpo suplia las d̄mas faltas. No tenia siete palmos de los pies a la cabeça, y las espaldas q̄ algun t̄to le cargauã, la hazian mirar al suelo, mas de lo q̄ ella quisiera. Esta gentil moça pues ayudò a la d̄zella, y las dos hizierõ vna muy mala cama a don Quixote en vn camaranchõ, q̄ en otros tiẽpos daua manifiestos indicios q̄ auia seruido de pagar muchos años: en la qual tambien aloxaua vn harricero, q̄ tenia su cama hecha vn poco mas allà de la de nuestro don Quixote. Y aunq̄ era de las enxalmas, y mantas de sus machos, hazia mucha v̄taja a la de don Quixote, q̄ solo contenia quatro mal lisas tablas, sobre dos no muy yguales b̄cos, y vn colchõ, q̄ en lo sũtil parecia colcha, lleno de bodoques, q̄ a no mostrar q̄ erã d̄ lana por algunas roturas, al tiẽto en la dureza semejaũ de guijarro, y dos sauanas hechas de cuero de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos si se quisierã contar, no se perdiera vno solo de la cuenta. En esta maldita cama se acostò don Quixote: y luego la ventera, y su hija le emplastaron de arriba a baxo, alũbrandoles Maritornes, q̄ asì se llamaua la Asturiana. Y como albizmalte viesse la ventera ran acardenalado a partes a don Quixote dixo, q̄ aquello mas parecian golpes, que cayda. No fueron golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia muchos picos, y tropeçones, y que cada vno auia hecho su cardenal. Y tambien le dixo: Haga vuestra merced seõora de manera que queden algunas estopas que no faltara quien las aya menester, que t̄bien me duelen a mi vn poco los lomos. Dessa manera, respondió la ventera t̄bien deuistes vos de caer? No cay, dixo Sancho, Pança, sino q̄ del sobre salto que tomè de ver caer a mi amo, de tal manera me duele a mi el cuerpo, que me parece, que me han dado mil palos. Bien podria ser esto, dixo la donzella, que a mi me

h̄

ha acontecido muchas vezes, soñar , que caia de vna torre abaxo, y que nunca acabaua de llegar al suelo, y quando despertaua del sueño, hallarme tan molida, y quebrantada, como si verdaderamente huiera caydo. Aí está el toque señora, respondió Sancho Pança, que yo sin soñar nada, sino estando mas despierto, que aora estoy, me hallo con pocos menos cardenales, que mi señor don Quixote. Como se llama este cauallero? preguntò la Asturiana Maritornes. Don Quixote de la Mancha, respondió Sancho Pança, y es cauallero auenturero, y de los mejores, y mas fuertes, que de luengos tiempos aca se han visto en el mundo. Que es cauallero auenturero? replicò la moça Tan nueua soy en el mundo, que no lo sabeys vos, respondió Sancho Pança: Pues sabed hermana mia, que cauallero auenturero es vna cosa, que en dos palabras se vee apaleado, y Emperador, Oy està la mas desdichada criatura del mundo, y la mas menesterosa, y mañana tendra dos ò tres coronas de Reynos que dar a su escudero. Pues como vos, siendolo deste tan buen señor, dixo la vètera, no teneys, a lo que parece, si quiera algun Condado? Aun es temprano, respondió Sancho, porque no ha sino vn mes q andamos buscâdo las auenturas, y hasta aora no hemos ropado con ninguna, que lo sea. Y tal vez ay, que se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad es, que si mi señor don Quixote sana desta herida, o cayda, y yo no quedo contrecho della, no trocariã mis esperanças con el mejor titulo de España. Todas estas platicas estaua escuchando muy atento don Quixote, y sentandose en el lecho como pudo tomando de la mano a la ventera, le dixo: Creedme fer mosa señora, que os podeys llamar venturosa, por auer alojado en este vuestro castillo a mi persona, que es tal, que si yo no la alabo, es por lo que suele dezirse, que la alabança propia enuileze; pero mi escudero os dirã quien soy: solo os digo, que tendre eternamen-

Tercera parte de don

re escrito en mi memoria el seruicio q̄ me auedes fecho, para agradeceroslo mientras la vida me durare. Y pluguiera a los altos cielos, que el amor no me tuuiera tan rendido, y tan sujeto a sus leyes, y los ojos de aquella hermosa ingrata, que digo entre mis diétes, que los desta hermosa donzella fueran señores de mi libertad. Confusas estauan la ventera, y su hija, y la buena de Maritornes, oyendo las razones del andante cauallero, que assi las entendian como si hablara en Griego: aunque bien alcãçaron que todas se encaminauan a ofrecimiento, y requiebros: y como no vsadas a semejante language; mirauanle, y admirauanse, y pareciales otro hombre de los que se vsauan, y agradeciendole con venteriles razones sus ofrecimientos, le dexaron. Y la Asturiana Maritornes curò a Sancho, que no menos lo auia menester, que su amo. Auia el harriero concertado con ella, que aquella noche se refocilarian juntos: y ella le auia dado su palabra, de que en estando sofsegados los huespedes, y durmiendo sus amos, le yria a buscar, y satisfazerle el gulto en quanto le mandasse. Y cuenta se desta buena moça, q̄ jamas dio semejantes palabras que no las cumpliesse, aunque las diesse en vn monte, y sin testigo alguno: porque presumia muy de hidalgá, y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de seruir en la venta; porque dezia ella, que desgracias, y malos sucesos, la auian traydo a aquel estado. El duro, estrecho, apocado, y fementido lecho de don Quixote, estaua primero en mitad de aquel estre llado establo: y luego junto a el hizo el suyo Sancho, q̄ solo contenia vna estera de enea, y vna manta, que antes mostraua ser de angeo tundido, que de lana. Sucedia a estos dos lechos el del harriero, fabricado como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que traía: aunque eran doze, lucios, gordos, y famosos, porque eran vnos de los ricos harrieros de

de Arevalo, segun lo dize el autor desta historia, q̄ deste harriero haze particular mencion, porque le conocia muy bien, y aun quieren dezir que era algo pariente suyo. Fuera de que Cide Mahamate Benengeli fue historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas: y echase bien de ver, pues las que quedan referidas, cō ser tan minimas, y tan rateras, no las quiso passar en silencio. De donde podran tomar exemplo los historiadores grandes, que nos cuentan las acciones, tan corta, y sucintamente, que apenas nos llegan a los labios, dexandose en el tintero, ya por descuydo, por malicia, o ignorancia, lo mas sustancial de la obra. Bien aya mil vezes el autor de *Tablante*: de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas, y con que puntualidad lo descriuen todo. Digo pues, que despues de auer visitado el harriero a su recua, y dadole el segundo pienso, se tendio en sus enxalmas, y se dio à esperar à su puntualissima Maritornes. Ya estaua Sancho bizmado y acostado, y aunque procuraua dormir, no lo consentia el dolor de sus costillas: y don Quixote con el dolor de las fuyas, tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaua en silencio, y en toda ella no auia otra luz que la quedaua vna lampara, que colgada en medio del portal ardia. Esta marauillosa quietud, y los pensamientos que siempre nuestro cauallero traia, de los sucesos que a cada passo se cuentan en los libros, autores de su desgracia, le truxo a la imaginacion, vna de las estrañas locuras que buenamente imaginar se pueden: y fue, que el se imaginò auer llegado a vn famoso castillo (que como se ha dicho, castillos eran a su parecer todas las ventas donde aloxaua) y que la hija del ventero, lo era del señor del castillo: la qual vencida de su gentileza, se auia enamorado del, y prometido que aquella noche a furto de sus padres, vendria a yazer con el vna bu-

Tercera parte de don

na pieça. Y teniendo toda esta quimera (que el se auia fabricado) por firme, y valedera, se començò a acuytar, y â pensar en el peligroso trance en que su honestidad se auia de ver. Y propuso en su coraçon, de no cometer a-leuosia a su señora Dulcinea del Toboso, aunque la misma Reyna Ginebra con su dama Quinaçona se le pudiesen delante. Pensando pues en estos disparates, se llegó el tiempo, y la hora (que para el fue menguada) de la venida de la Asturiana, la qual en camisa, y descalça, cogidos los cabellos en vna aluanega de fustan, con tacitos, y atentados passo sentró en el aposento, donde los tres alo xauã, en busca del harriero. Pero a penas llegó a la puerta quando don Quixote la sintio, y sentandose en la cama a pesar de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, rēdio los braços para recibir a su hermosa donzella la Asturiana, que toda recogida, y callando, yua con las manos delante, buscando a su querido. Topò con los braços de don Quixote, el qual la asio fuertemente de vna muñeca, y tirándola hãzia si (sin que ella osasse hablar palabra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luego la camisa, y aunque ella era de harpillera, â el le parecio ser de finisimo, y delgado cendal. Trahia en las muñecas vnas cuētas de vidro, pero a el le dieron vislumbres de preciosas perlas Orientales. Los cabellos, q̄ en alguna manera tirauan à crines, el los marcó por hebras de lucidissimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo Sol escurecia. Y el aliento, q̄ sin duda alguna olia a ensalada, fiambre, y trafnochada, a el le parecio q̄ arrojaua ð suboca vn olor suauo, y aromatico: y finalmente el la pintò en su imaginaciõ de la misma traça, y modo, lo q̄ auia leydo en sus libros de la otra Princesa, q̄ vino a ver el mal ferido cauallero, vécido de sus amores, có todos los adornos q̄ aqui vã pueustos. Y era tãta la ceguedad del pobre hidalgo q̄ el tacto, ni el aliēto, ni otras cosas q̄ trahia en si la buena donzella,

zella, no le defengañauan, las quales pudieran hazer vomitar à otro que no fuera harriero. Antes le parecia que tenia entre sus braços à la diosa de la hermosura. Y teniendola bien asida, con vox amorosa, y baxa, le començò a dezir : Quisiera hallarme en terminos, fermosa, y alta señora, de poder pagar tamaña merced, como la q̄ con la vista de vuestra gran fermosura me auedes fecho: pero ha querido la fortuna (que no se cansa de perseguir a los buenos) ponerme en este lecho, donde yago tan molido y quebrantado, que aunque de mi voluntad quisiera fatisfazer à la vuestra, fuera imposible. Y mas que se añade à esta imposibilidad otra mayor, que es la prometida fé, que tengo dada, à la fin par Dulcinea del Toboso, vnica señora de mis mas escondidos pensamiētos : que si esto no huuiera de por medio, no fuera yo tã sandio cauallero, que dexara passar en blanco la venturosa ocasion en que vuestra gran bondad me ha puesto. Maritornes estaua congoxadissima, y trasudando, de verse tan asida de don Quixote, y sin entender ni estar atenta a las razones que le dexia, procuraua sin hablar palabra desafirse. El bueno del harriero, a quien tenian despier-to sus malos desseos, desde el punto que entrò su coyma por la puerta la sintió : estuuó atentamente escuchando todo lo que don Quixote dezia, y zeloso de que la Asturiana le huuiesse faltado la palabra por otro, se fue llegando mas al lecho de don Quixote, y estuuóse quedo, hasta ver en que parauan aquellas razones que el no podia entender. Pero como vio que la moça forcejaua por desafirse, y don Quixote trabajaua por tenerla : pareciendole mal la burla, enarbolò el brazo en alto, y descargò tan terrible puñada sobre las estrechas quixadas del enamorado cauallero, que le bañò toda la boça en sangre; y no contento con esto, se le subio encima de las costillas, y con los pies, mas que de tròte, se las passèò todas

Tercera parte de don

de cabo á cabo. El lecho, que era vn poco endeble, y de no firmes fundamentos, no pudiendo sufrir la añadida del harriero, dio consigo en el suelo, á cuyo gran ruydo despertò el ventero, y luego imaginò que deuián de ser pendencias de Maritornes, porque auiendola llamado à voces no respondia. Con esta sospecha se levantò, y encendiendo vn candil, se fue hàzia donde auia sentido la pelaza. La moça viendo que su amo venia, y que era de condicion terrible, toda medrosica y alborotada, se acogio à la cama de Sancho Pança, que aun dormia, y alli se acorruco, y se hizo vn ouillo. El ventero entrò diziendo: Adonde estàs pura? A buen seguro que son tus cosas estas. En esto despertò Sancho, y sintiendo aquel bulto casi encima de si, pensò que tenia la pesadilla, y començò a dar puñadas a vna, y otra parte, y entre otras alcançò con no se quantas à Maritornes, la qual sentida del dolor, echando a rodar la honestidad, dio el retorno a Sancho con tantas, que a su despecho le quitò el sueño: el qual viendo se tratar de aquella manera, y sin saber de quien, alçandose como pudo, se abraçò con Maritornes, y començaron entre los dos la mas reñida, y graciosa escaramuça del mundo. Viendo pues el harriero à la lumbré del candil del ventero, qual andaua su dama, dexando a don Quixote, acudio a dalle el socorro necessario: lo mismo hizo el ventero, pero con intencion diferente: porque fue à castigar à la moça, creyendo sin duda, que ella sola era la ocasion de toda aquella armonia. Y asì como suele dezirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo: daua el harriero a Sancho, Sancho a la moça, la moça a el, el ventero a la moça, y todos menudeauan con tanta priessa, que no se dauan punto de reposo: y fue lo bueno, que al ventero se le apagò el candil, y como quedaron ascuras, dauanse tan sin compasion todos à bulto, que a do quiera que

ponian la mano, no dexauan cosa sana. Aloxaua a caso aquella noche en la venta vn quadrillero, de los que llaman de la santa Hermandad vieja de Toledo, el qual oyendo asimismo el estraño estruendo de la pelea, asido de su media vara, y de la caja de lata de sus titulos, y entrô ascuras en el aposento, diciendo: Tenganse à la justicia, tenganse a la santa Hermandad. Y el primero con quien topò, fue con el apuñeado de don Quixote, que estaua en su derribado lecho, tendido boca arriba sin sentido alguno, y echandole à tiento mano a las barbas, no cessaua de dezir: Fauor a la justicia: pero viendo que el que tenia asido no se bullia, ni meneaua, se dio a entender que estaua muerto, y que los que alli dentro estauan eran sus matadores: y con esta sospecha, reforçò la voz, diciendo: Cierrese la puerta de la venta, miren no se vaya nadie, que han muerto aqui a vn hombre. Esta voz sobrefaltò a todos, y cada qual dexò la pendencia en el grado que le tomò la voz. Retirose el ventero a su aposento, el harriero a sus enxalmas, la moça a su rancho: solos los desuventurados, don Quixote, y Sancho, no se pudieron mouer de donde estauan. Soltò en esto el quadrillero la barba de don Quixote, y salio a buscar luz para buscar, y prender los delinquentes, mas no la hallò, porque el ventero de industria auia muerto la lampara, quando se retirò a su estancia, y fuele forçoso acudir a la chimenea, donde con mucho trabajo, y tiempo encendio el quadrillero otro candil.

(:?)

Tercera parte de don

*Cap. XVII. Donde se prosiguen los innumera-
bles trabajos que el brauo don Quixote,
y su buen escudero Sancho Pança paſaron
en la venta, que por su mal penſo que era
Caſtillo.*

A V I A ya buuelto en este tiempo de su para-
fismo don Quixote, y con el mismo tono de
voz con que el dia antes auia llamado a su es-
cudero, quando estaua tendido en el valde
las estacas, le començò à llamar, diziendo: Sancho amigo
duermes? Duermes amigo Sancho? Que tengo de dor-
mir, pesia à mi, respondió Sancho lleno de pesadūbre,
y de despecho, que no parece sino que todos los diablos
han andado conmigo esta noche. Puedeslo creer assi sin
duda, respondió don Quixote: porque ò yo se poco, ò
este castillo es encantado. Porque has de saber, mas esto
que aora quiero dezirte hasme de jurar que lo tendras
secreto hasta despues de mi muerte. Si juro, respondió
Sancho. Digo lo, replicò don Quixote, porque soy ene-
migo de que se quite la honra à nadie. Digo que si juro,
tornò a dezir Sancho, que lo callarè hasta despues de los
dias de vuestra merced, y plega à Dios que lo pueda des-
cubrir mañana. Tan malas obras te hago Sancho, respò-
dió don Quixote, que me querrias ver muerto con tanta
breuedad? No es por esso, respòdió Sancho, sino por
que soy enemigo de guardar mucho las cosas, y no que-
rria que se me pudriessen de guardadas. Sea por lo que
fuere, dixo don Quixote, que mas fio de tu amor, y de tu
cortesia: y assi has de saber, que esta noche me hà sucedi-
do vna de las mas estrañas auenturas, que yo sabre enca-
recer

recer, y por contartela en breue, sabras, que poco há q̃ a mi vino la hija del señor deste castillo, que es la mas apuesta, y fermosa donzella, que en gran parte de la tierra se puede hallar. Que te podria dezir del adorno de su persona? Que de su gallardo entendimiento? Que de otras cosas ocultas, que por guardar la fè que deuo a mi señora Dulcinea del Toboso, dexare passar intactas, y en silencio? Solo te quiero dezir, que embidioso el cielo de tanto bien, como la vètura me auia puestto en las manos. O quiça (y esto es lo mas cierto) que como tengo dicho, es encantado este castillo, al tiempo que yo estaua con ella en dulcissimos, y amorosissimos coloquios, sin que yo la viesse, ni supiesse por donde venia, vino vna mano pegada a algun braço de algun descomunal Gigante, y assentome vna puñada en las quixadas, tal que las tengo todas bañadas en sangre, y despues me molio de tal suerte, que estoy peor que ayer quando los harrieros, q̃ por demasias de Rozinante, nos hizieron el agrauio que sabes. Por donde conjeturo, que el tesoro de la fermosura desta donzella, le deue de guardar algun encantado Moro, y no deue de ser para mi. Ni para mi tampoco, respondió Sancho, porque mas de quatrocientos Moros me han aporreado de manera, que el molimiento de las estacas, fue tortas y pan pintado. Pero digame señor: Como llama â esta buena y rara auentura, auiendo quedado della qual quedamos? Aun vuestra merced menos mal, pues tuuo en sus manos aquella incomparable fermosura que ha dicho. Pero yo que tuue, sino los mayores porrazos que pienso recibir en toda mi vida? Del dicho de mi, y de la madre que me pario, que ni soy cauallero andante, ni lo pienso ser jamas, y de todas las mandanças me cabe la mayor parte. Luego tambien estás tu aporreado, respondió don Quixote? No le he dicho que si, pese â mi linage, dixo Sancho. No tengas pena

amigo

Tercera parte de don

amigo, dixo don Quixote, que yo harè aora el balfame precioso, con que sanaremos en vn abrir y cerrar de ojos. Acabò en esto de encender el candil el quadrillero, y entrò a ver el que pensaua que era muerto, y afsi como le vio entrar Sancho, viendole venir en camisa, y con su paño de cabeça, y candil en la mano, y con vna muy mala cara, preguntò a su amo: Señor, si serà este a dicha el Moro encantado que nos buelue a castigar, si se dexò algo en el tintero? No puede ser el Moro, respondió don Quixote, porque los encantados no se dexan ver de nadie. Sino se dexan ver, dexante sentir, dixo Sancho, sino diganlo mis espaldas. Tambien lo podriã dezir las mias, respondió don Quixote, pero no es bastante indicio esse, para creer, que este que se vee sea el encantado Moro. Llegò el quadrillero, y como los hallò hablando en tan sossegada còuersacion, quedo suspenso. Bien es verdad, que aun don Quixote se estaua boca arriba, sin poderse menear de puro molido, y emplastado. Llegose a el el quadrillero, y dixole: Pues, como va buen hombre? Hablara yo mas bien criado, respondió don Quixote, si fuera que vos. V fassè en esta tierra hablar dessa suerte a los caualleros andãtes, majadero? El quadrillero que se vio tratar tan mal, de vn hõbre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y alçando el candil con todo su azeyte, dio a dõ Quixote con el en la cabeça, de suerte que le dexò muy bien descalabrado, y como todo quedò a escuras, saliose luego. Y Sancho Pança dixo: Sin duda señor que este es el Moro encantado, y deue de guardar el tesoro para otros, y para nosotros solo guarda las puñadas, y los candilazos. Afsi es, respondió don Quixote, y no ay que hazer caso destas cosas de encantamentos, ni ay para q̄ ro-mar colera, ni enojo con ellas, que como son inuisibles y fantasticas, no hallaremos de quiè vengarnos, aunq̄ mas lo procuremos: Leuantate Sancho si puedes, y llama al
alcayde

alcayde desta fortaleza, y procura que se me dê vn poco de azeyte, vino, sal, y romero, para hazer el salutifero balfamo, que en verdad que creo que lo he bien menester aora, porque se me va mucha sangre de la herida que esta fantasma me ha dado. Leuantose Sancho cõ har to dolor de sus hueffos, y fue a scuras donde estaua el ventero, y encontrandose con el quadrillero, q̄ estaua escuchando en que paraua su enemigo, le dixo: Señor quien quiera que seays, hazednos merced, y beneficio, de darnos vn poco de romero, azeyte, sal, y vino, q̄ es menester para curar vno de los mejores caualleros andantes q̄ ay en la tierra, el qual yaze en aquella cama mal ferido, por las manos del encantado Moro q̄ estâ en esta venta. Quando el quadrillero tal oyò, tuoue por hombre falto de seso. Y porq̄ ya començaua à amanecer, abrio la puerta de la venta, y llamando al ventero, le dixo lo q̄ aquel buen hombre queria. El ventero le proueyò de quanto quiso, y Sancho se lo lleuò a don Quixote, que estaua cõ las manos en la cabeça, quexandose del dolor del candilazo, que no le auia hecho mas mal, que leuantarle dos chichones algo crecidos: y lo que el pensaua que era sangre, no era sino sudor q̄ sudaua con la congoxa de la pasada tormenta. En resolucion, el tomò sus simples, de los quales hizo vn compuesto, mezclandolos todos, y coziendolos vn buen espacio, hasta que le parecio que estaua en su punto. Pidio luego alguna redoma para echallo, y como no la huuo en la venta, se resoluió de ponerlo en vna alcuza, o azeytera de hoja de lata, de quien el ventero le hizo grata donacion. Y luego dixo sobre la alcuza mas de ochenta Pater nostres, y otras tantas Aue Marias, Salues, y Credos, y à cada palabra acompañaua vna cruz, a modo de bendicion: à todo lo qual se hallarõ presentes, Sâcho, el ventero, y quadrillero, q̄ ya el harriero fofsegadamente andaua entendiêdo en el beneficio de
sus

Tercera parte de don

sus machos. Hecho esto, quiso el mismo hazer luego la esperiencia de la virtud de aquel precioso balfamo que el se imaginaua: y assi se beuio de lo que no pudo caber en la alcuza, y quedaua en la olla donde se auia cozido casi media azumbre, y apenas lo acabò de beuer, quãdo començo a vomitar de manera, que no le quedò cosa en el estomago, y con las ansias, y agitacion del vomito, le dio vn sudor copiosissimo, por lo qual mandò que le arropassen, y le dexassen solo. Hizieronlo assi, y quedose dormido mas de tres horas, al cabo de las quales despertò, y se sintio aliviadissimo del cuerpo, y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que se tuuò por sano. Y verdaderamente creyo que auia acertado con el balfamo de Fierabras, y que con aquel remedio, podia acometer desde alli adelante sin temor alguno, qualesquiera ruynas, batallas, y pendencias, por peligrosas q̄ fueren. Sancho Pança, que tambien tuuo à milagro la mejoría de su amo, le rogò que le diese a el, lo que quedaua en la olla, que no era poca cantidad. Concediofelo don Quixotè, y el tomandola a dos manos, con buena fè, y mejor talante, se la echò a pechos, y entusò bien poco menos que su amo. Es pues el caso, que el estomagò del pobre Sancho, no deuia de ser tan delicado como el de su amo, y assi primero que vomitasse le dierò tantas ansias, y vascas, con tantos trasudores, y desmayos, que el penso biè y verdaderamente, que era llegada su vltima hora: y vièdose tan afligido, y congoxado, maldezia el balfamo, y al ladron que se lo auia dado. Viendole assi don Quixote, le dixo: Yo creo Sancho que todo este mal te viene de no ser armado cauallero: porque tengo para mi, que este licor no deue de aprouechar a los que no lo son. Si esso sabia vuestra merced, replicò Sancho, mal aya yo, y toda mi parentela, para que consintio que lo gustasse? En esto hizo su operaciò el breuage, y comecò el pobre escu-

escudero a defaguarfe por entrambas canales, con tanta priessa, que la estera de Enea sobre quien se auia buuelto a echar, ni la manta de angeo có que se cubria, fueró mas de prouecho. Sudaua, y trá sudaua con tales parasísimos, y accidentes, que no solamente el, sino todos pensaron q̄ se le acabaua la vida. Durole esta borrasca, y mala andança casi dos horas, al cabo de las quales no quedó como su amo, sino tan molido, y quebrantado, que no se podia tener. Pero don Quixote, que como se ha dicho, se sintio aliuiado y sano, quiso parrirse luego a buscar auenturas, pareciendole que todo el tiempo que alli se tardaua, era quitarsele al mundo, y à los enel menesterosos de su fauor y amparo: y mas con la seguridad, y confiança que lleuaua en su balfamo. y assi forçado deste desseo, el mismo enfilló a Rozinante, y enalbardó al jumento de su escudero, a quien tambien ayudó a vestir, y à subir en el asno. Pusote luego a cauallo, y llegandose a vn rincón de la venta, asio de vn lançon que alli estaua, para que le siruiesse de lança. Estauanle mirando todos quantos auia en la venta, que passauan de mas de veynte personas, mirauale tambien la hija del ventero, y el tambien no quitaua los ojos della, y de quando en quando arrojaua vn suspiro, que parecia que lo arrancaua de lo profundo de sus entrañas, y todos pensauan que deuia de ser del dolor q̄ sentia en las costillas, alomenos pensauanlo aquellos q̄ la noche antes le auian visto bizmar. Y à que estuieron los dos a cauallo, puesto a la puerta de la venta, llamó al ventero, y con voz muy reposada y graue, le dixo: Muchas y muy grandes son las mercedes, señor Alcayde, q̄ en este vuestro castillo he recebido, y quedo obligadissimo à agradeceroslas todos los dias de mi vida. Si os las puedo pagar en hazeros vengado de algun soberuio que os ay a fecho algun agrauio, sabed que mi oficio no es otro sino valer a los que poco pueden, y vengar a los que

reci.

Tercera parte de don

reciben tuertos, y castigar aleuosias. Recorrẽd vuestra memoria, y si hallays alguna cosa deste jaez que encomendarme, no ay sino dezilla, que yo os prometo, por la orden de cauallero que recebi, de fazeros satisfecho, pagado, â toda vuestra voluntad. El ventero le respondió con el mismo sosiego: Señor cauallero, yo no tengo necesidad de que vuestra merced me venga ningũ agrauio, porque yo se tomar la vengança que me parece, quando se me hazen. Solo he menester que vuestra merced me pague el gasto que esta noche ha hecho en la venta, asì de la paja, y ceuada de sus dos bestias, como de la cena, y camas. Luego venta es esta? Replicò don Quixote. Y muy honrada, respondió el ventero. Engañado he viuido hasta aqui, respondió don Quixote, que en verdad que pense q̄ era castillo, y no malo pero pues es asì, que no es castillo sino venta: lo que se podra hazer por aora es, q̄ perdoneys por la paga, que yo no puedo contrauenir a la orden de los caualleros andantes: de los- quales se cierto (sin que hasta aora aya leydo cosa en contrario) que jamas pagaron posada, ni otra cosa, en venta donde estuuiesse. Porque se les deue de fuero, y de derecho, qualquier buen acogimiento que se les hiziere, en pago del insufrible trabajo que padecen, buscando las aventuras de noche, y de dia, en inuierno, y en verano, a pie, y â cauallo, con sed, y con hambre, con calor, y con frio, sugetos a todas las inclemencias del cielo, y â todos los incomodos de la tierra. Poco tengo yo q̄ ver en esto, respondió el ventero, paguefeme lo que se me deue, y dexemonos de cuentos, ni de cauallerias, que yo no tengo cuenta con otra cosa, que con cobrar mi hacienda. Vos soys vn sandio, y mal hostalero, respondió don Quixote, y poniendo piernas a Rozinante, y terciando su lançon se salio de la venta sin que nadie le detuuiesse: y el sin mirâr si le seguia su escudero, se alongò vn buen trecho.

trecho. El ventero que le vio yr, v que no le pagaua, acudio a cobrar de Sancho Pança, el qual dixo, que pues su señor no auia querido pagar, que tampoco el pagaria, porque siendo el escudero de cauallero andante como era, la misma regla, y razon corria por el, como por su amo, en no pagar cosa alguna, en los mesones, y ventas. Amohinosse mucho desto el ventero, y amenazole, que sino le pagaua, que lo cobraria de modo que le pesasse. A lo qual Sancho respondio, que por la ley de caualleria que su amo auia recebido, no pagaria vn solo cornado, aunque le costasse la vida, porque no auia de perder por ella la buena, y antigua vfança de los caualleros andantes, ni se auian de quejar de los escuderos de los tales, q̄ estauan por venir al mundo, reprochandole el quebrantamiento de tan justo fuero. Quiso la mala suerte del desdichado Sancho, que entre la gente que estaua en la venta, se hallassen quatro perayles de Segouia, tres agujeros del potro de Cordoua, y dos vezinos de la heria de Seuilla, gente alegre, bien intencionada, maleante, y juguetona, los quales casi como instigados, y mouidos de vn mismo espiritu, se llegaron a Sancho, y apeandole del asno, vno dellos entrò por la manta de la cama del huésped: y echandole en ella, alçaron los ojos, y vieron que el techo era algo mas baxo de lo que auian menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el cielo. Y alli puesto Sancho en mitad de la manta, començaron a leuantarle en alto, y à holgarse con el, como con perro por carne estolendas. Las voces que el misero manteado daua, fueron tantas, que llegaron a los oydos de su amo: el qual deteniendose a escuchar atentamente, creyò, que alguna nueva aventura le venia, hasta que claramente conocio que el que gritaua era su escudero, y boluiendo las riendas, con vn penado galope llegó a la venta, y hallandola cerrada la

Tercera parte de don

da la rodeô, por ver si hallaua por donde entrar. Pero no huuo llegado a las paredes del corral (que no eran muy altas) quando vio el mal juego que se le hazia a su escudero Viole baxar y subir por el ayre, con tanta gracia, y presteza, que si la colera le dexara, tengo para mi que se riera. Prouò a subir desde el cauallo a las bardas, pero estaua tan molido y quebrantado, que aun apear se no pudo: y assi desde encima del cauallo començò a dezir tantos denuestos, y baldones a los que a Sancho manteauã, que no es posible acertar a escreuillos, mas no por esto cessauan ellos de su rifa, y de su obra, ni el bolador Sancho dexaua sus queexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo, aprouechaua poco, ni aprouechò, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxeronle alli su asno, y subiendole encima, le arroparon con su gauan. Y la compassiua de Maritornes, viendole tan fatigado, le parecio ser bien socorrelle con vn jarro de agua, y assi se le truxo del pozo, por ser mas frio. Tomole Sãcho, y lleuandole a la boca, se parò a las voces que su amo le daua, diziendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas, que te matara, ves aqui tengo el santissimo balsemo (y enseñauale la alcuza del breuage) que con dos gotas que del beuas sanarás sin duda. A estas voces boluio Sancho los ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha ha sele olvidado a vuestra merced, como yo no soy cauallero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas, que me quedaron de anoche. Guardese su licor con todos los diablos, y dexeme a mi. Y el acabar de dezir esto, y el començar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso passar adelante, y rogò a Maritornes que se le truxesse de vino: y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mismo dinero, porque en efecto se dize della, q̄ aunq̄ estaua en aquel trato, tenia vnas sombras, y lexos d̄ Chriftiana

tiana. Afsi como beuio Sancho, dio de los carcaños a su asno, y abriendole la puerta de la venta de par en par, se salio della muy contêto de no auer pagado nada, y de auer salido con su intencion, aunque auia sido a costa de sus acostumbrados fiadores, que eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedô con sus alforjas, en pago de lo que se le deuia: mas Sancho no las echô menos, segun salio turbado. Quiso el ventero atrancar bien la puerta, afsi como le vio fuera, mas no lo consintieron los manteadores, que era gente, que aunque don Quixote fuera verdaderamente de los caualleros andantes de la tabla redonda, no le estimaran en dos arditos.

Cap. XVIII. Donde se cuentan las razones que passò Sancho Pança con su señor don Quixote, con otras aventuras dignas de ser contadas.



LEGO Sancho a su amo, marchito, y desmayado, tanto que no podia harrear a su jumento. Quando afsi le vio don Quixote, le dixo: Aora acabo de creer Sancho el bueno, q̄ aquel castillo, o venta, es encantado sin duda, porq̄ aquellos que tan atrozmente tomaron passatiempo contigo, que podian ser sino fantasmas, y gente del otro mundo! Y confirmo esto, por auer visto que quando estaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porque me deuiian de tener encantado: que te juro por la fê de quien soy, que si pudiera subir, o apearme, que yo te hiziera vengado de manera, que aquellos follones, y Malandrines, se acordaran de la burla para siempre, aunque en ello supiera contrauenir

Tercera parte de don

a las leyes de caualleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no consienten que cauallero ponga mano con tra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propia vida, y persona, en caso de vrgente, y gran necesidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera, o no fuera armado cauallero, pero no pude: aunque tengo para mi. que aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dizze, sino hóbres de carne, y de hueffo, como nosotros: y todos segun los oí nombrar, quando me bolteauan, tenían sus nóbres, que el vno se llamaua Pedro Martinez, y el otro Tenorio Hernandez; y el ventero oí q̄ se llamaua Iuan Palomeque el Zurdo. Así que señor, el no poder saltar las bardas del corral, ni apearse del cauallo, en al estuuu, que en encantamientos. Y lo que yo faco en limpio de todo esto, es, que estas auéturas que andamos buscandó, al cabo, al cabo, nos han de traer a tantas desuenturas, que no sepamos qual es nuestro pie derecho. Y lo que seria mejor, y mas acertado, segun mi poco entendimiento, fuera el boluernos a nuestro lugar, aora q̄ es tiempo de la siega, y de entender en la hazienda, dexandonos de andar de ceca en meca, y de zoca en colodra, como dizen. Que poco sabes Sancho, respondió don Quixote, de achaque de caualleria, calla, y ten paciencia, que dia vendra, donde veas por vista de ojos, quã honrosa cosa es andar en este exercicio. Sino dime, que mayor contento puede auer en el mundo, o q̄ gusto puede ygualarse al de vencer vna batalla, y al de triunfar de su enemigo? Ninguno sin duda alguna. Así deue de ser, respondió Sancho, puesto que yo no lo se. Soló se, que despues que somos caualleros andantes, o vuestra merced lo es (que yo no ay para que me cuente en tan honroso numero) jamas hemos vencido batalla alguna, sino fue la del Vizcayno, y aun de aquella salio vuestra
merced

merced con media oreja, y media zelada menos, q̄ despues acâ todo ha sido palos, y mas palos, puñadas, y mas puñadas, lleuando yo de ventaja el manteamiento, y auerme sucedido por personas encantadas, de quien no puedo vengarme, para saber hasta donde llega el gusto del vencimiento del enemigo, como vuestra merced di ze . Esta es la pena que yo tengo, y la que tu deues tener Sancho, respondió don Quixote: pero de aqui adelante, yo procuraré auer a las manos alguna espada hecha por tal maestria, que al que la truxere consigo, no le puedan hazer ningun genero de encantamentos . Y aun podria ser que me deparasse la ventura aquella de Amadis, quando se llamaua el cauallero de la ardiente espada, que fue vna de las mejores espadas que tuuo cauallero en el mūdo : porque fuera que tenia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja, y no auia armadura por fuerte, y encantada que fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan venturoso, dixo Sancho, q̄ quando esso fuesse, y vuestra merced viniesse a hallar espada semejãte, solo vendria a ser uir, y aprouechar a los armados caualleros, como el balfamo, y â los escuderos q̄ se los papen duelos. No temas esso Sancho, dixo don Quixote, q̄ mejor lo harâ el cielo contigo . En estos coloquios yuan don Quixote, y su escudero : quando vio don Quixote, que por el camino q̄ yuan, venia hãzia ellos vna grande, y espessa poluareda, y en viendola se boluio a Sancho, y le dixo: Este es el dia, o Sancho, en el qual se ha de ver el bien q̄ me tiene guardado mi suerte . Este es el dia digo, en q̄ se ha de mostrar tanto como en otro alguno, el valor de mi braço, y en el q̄ tengo de hazer obras q̄ queden escritas en el libro de la fama, por todos los venideros siglos. Vees aq̄lla poluareda, q̄ alli se leuanta Sancho ? Pues tōda es cuaxada de vn copiosissimo exercito, que de diuersas è innumerables gentes por alli viene marchando. A essa cuenta dos

Tercera parte de don

deuen de ser, dixo Sancho, porque desta parte contraria se leuanta afsi mismo otra semejante poluareda . Boluio a mirarlo don Quixote, y vio que afsi era la verdad : y alegrandose sobremanera, penso sin duda alguna, q̄ eran dos exercitos que venian a enuestirse, y à encontrarse en mitad de aquella espaciosa llanura. Porque tenia a todas horas, y momentos llena la fantasia de aquellas batallas, encantamientos, suceffos, desatinos, amores, desafios, que en los libros de cauallerias se cuentan: y todo quãto hablaua pensaua, o hazia, era encaminado a cosas semejantes, y la poluareda que auia visto, la leuantauan dos grandes manadas de ouejas y carneros, que por aquel mismo camino, de dos diferentes partes venian, las cuales con el poluo no se echaron de ver, hasta que llegaron cerca. Y con tanto ahinco afirmaua don Quixote, que eran exercitos, que Sancho lo vino a creer, y â dezirle: Señor, pues que hemos de hazer nosotros? Que, dixo don Quixote, fauorecer, y ayudar â los menesterosos, y desuallidos. Y has de saber Sancho, que este que viene por nuestra frente, le conduze, y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande Isla Trapobana : este otro que a mis espaldas marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo, porque siempre entra en las batallas con el brazo derecho desnudo . Pues porque se quieren tan mal estos dos señores, preguntô Sancho? Quierense mal, respondió don Quixote, porque este Alifanfaron es vn furibundo pagano, y estâ enamorado de la hija de Pentapolin, que es vna muy hermosa, y ademas agraciada señora, y es Christiana, y su padre no se la quiere entregar al Rey pagano, sino dexa primero la ley de su falso profeta Mahoma, y se buelue a la suya. Para mis barbas, dixo Sancho, sino haze muy bien Pentapolin, y que le tengo de ayudar en quanto pudiere. En esto harâs lo que deues

deues Sancho, dixo don Quixote, porque para entrar en batallas semejantes, no se requiere ser armado cauallero. Bien se me alcanza esso, respondió Sancho: pero dō de pondremos a este afno, que estemos ciertos de hallarle despues de passada la refriega, porque en entrar en ella en semejante caualleria, no creo que està en vso hasta agora. Asì es verdad, dixo don Quixote, lo que puedes hazer del, es, dexarle a sus aventuras, aora se pierda, o no, porque seràn tantos los caualllos que tendremos despues que salgamos vencedores, que aun corre peligro Rozinante, no le trueque por otro. Pero estame atento, y mira que te quiero dar cuenta de los caualleros mas principales que en estos dos exercitos vienen. Y para que mejor los veas, y notes, retiremonos à aquel altillo que alli se haze, de donde se deuen de descubrir los dos exercitos. Hizieronlo asì, y pusieronse sobre vna loma, desde la qual se verian bien las dos manadas, que a don Quixote se le hizieron exercito, si las nubes del poluo que leuã tauan no les turbara, y cegara la vista: pero con todo esto, viendo en su imaginacion lo que no veia, ni auia con voz leuantada començò a dezir: Aquel cauallero q̄ alli ves, de las armas xaldes, que trae en el escudo vn leon coronado, rendido a los pies de vna donzella, es el valeroso Laurcalco, señor de la puente de Plata: el otro de las armas de las flores de oro, que trae en el escudo tres coronas de plata en campo azul, es el temido Micocolemo, gran Duque de Quirocia: el otro de los miembros Giganteos, que està a su derecha mano, es el nunca medroso Brandabarbarã de Boliche, señor de las tres Arabias, que viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo vna puerta, que segun es fama, es vna de las del templo que derribò Sanson, quando con su muerte se vengò de sus enemigos. Pero buelue los ojos a estotra parte, y veras delante, y en la frente de stotro exercito, al

Tercera parte de don

siempre vencedor, y jamas vencido, Timonel de Carcajona, principe de la nueva Vizcaya, que viene armado có las armas partidas à quarteles azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo vn gato de oro en campo leonado, con vna letra que dize, Miu, que es el principio del nombre de su dama, que segun se dize es la sin par Miulina, hija del Duque Alfeñiquen del Algarue. El otro que carga, y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que trae los armas como nieue blancas, y el escudo blanco, y sin empresa alguna, es vn cauallero nouel de nacion Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronias de Vtrique: el otro que bate las hijadas con los herrados carcaños à aquella pintada, y ligera cebrá, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duq̃ de Nerbia, Espartañardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo vna esparraguera, con vna letra en Castellano, que dize así, Rastrea mi suerte. Y desta manera fue nombrando muchos caualleros del vno, y del otro esquadron que el se imaginaua: y à todos les dio sus armas, colores, empresas, y motes de improuiso, lleuado de la imaginacion de su nunca vista locura, y sin parar profugio, diciendo: A este esquadron frontero, forman, y hazen gentes de diuersas naciones; aqui estan los que beuen las dulces aguas del famoso Xanto, los Montuosos que pisan los Matilicos cápos: los que criban el finissimo, y menudo oro en la felice Arabia: los que gozan las famosas, y frescas riberas del claro Termodóte: los que sangran por muchas, y diuersas vias al dorado Paçtolo: los Numidas dudosos en sus promessas: los Persas en arcos, y flechas famosos: los Partos, los Medos, que pelean huyendo: los Arabes de mudables casas: los Citas tan crueles como blancos: los Etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, cuyos rostros conozco y veo, aunque de los nombres no me acuerdo.

En

En estotro esquadron vienen los que beuen las corrientes cristalinas del oliuifero Betis, los que terfan, y pulen sus rostros con el licor del siempre rico, y dorado Tajo: los que gozan las prouechosas aguas del diuino Genil: los que pisan los Tartesios campos de pastos abundâtes: los que se alegran en los eliseos Xerezanos prados: los Manchegos ricos, y coronados de rubias espigas: los de hierro vestidos, reliquias antiguas de la sangre Goda: los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las estédidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso: los que tiemblan con el frio del siluoso Pirineo, y cõ los blancos copos del levantado Apenino. Finalmente, quantos toda la Europa en si contiene y encierra. Valame Dios, y quantas prouincias dixo, quantas naciones nombrò, dandole a cada vna con maravillosa presteza los atributos que le pertenecian, todo abortito, y empapado en lo que auia leydo en sus libros mentirosos! Estaua Sancho Pança colgado de sus palabras sin hablar ninguna, y de quando en quando boluia la cabeça a ver si veía los caualleros, y Gigantes que su amo nombraua: y como no descubria a ninguno, le dixo: Señor encomiendo al diablo hombre ni Gigante, ni cauallero de quantos vuestra merced dize, parece por todo esto alomenos yo no los veo, quiça todo deue ser encantamento, como las fantasmas de anoche. Como dizes effo, respondió don Quixote? No oyes el relinchar de los caualllos, el tocar de los clarines, el ruydo de los atambores? No oygo otra cosa, respondió Sancho, sino muchos balidos de ouejas, y carneros: y assi era la verdad, porque ya llegauan cerca los dos rebaños. El miedo que tienes, dixo don Quixote, te haze Sancho que ni veas, ni oyas a derechas. Porque vno de los efectos del miedo es, turbar los sentidos, y hazer que las co-

Tercera parte de don

las no parezcan lo que son: y si es que tanto temes, retirate a vna parte, y dexame solo, que solo basto a dar la victoria a la parte a quien yo diere mi ayuda: y diziendo esto, puso las espuelas a Rozinante, y puesta la lança en el ristre, baxô de la costezuela como vn rayo. Diole voces Sancho, diziendole: Bueluase vuestra merced señor dô Quixote, que voto a Dios que son carneros, y ouejas las que va a enuestir. Bueluase, desdichado del padre q̄ me engendrô, que locura es esta? Mire qué no ay Gigante, ni cauallero alguno, ni gatos, ni armas, ni escudos partidos, ni enteros; ni veros azules, ni endiablados: que es lo que haze pecador soy yo a Dios? Ni por essas boluio dô Quixote, antes en altas voces yua diziendo: Ea caualleros, los que seguís, y militays debaxo de las vanderas del valeroso Emperador Pentapolin del arremangado brazo, seguidme todos, vereys quan facilmente le doy vengança de su enemigo Alifanfaron de la Trapobana. Esto diziendo se entrô por medio del esquadro de las ouejas, y començò de alanceallas con tanto corage, y denuedo, como si de veras alanceara a sus mortales enemigos. Los pastores, y ganaderos, que con la manada venian, dauan le voces, que no hiziesse aquello, pero viendo q̄ no aprouechauan, desciñeronse las hondas, y començaron a saludalle los oydos, con piedras como el puño. Don Quixote no se curaua de las piedras, antes discurrendo a todas partes dezia. Adonde estâs soberuio Alifanfaron, véte a mi, que vn cauallero solo soy, q̄ desseâ de solo a solo prouar tus fuerças, y quitarte la vida, en pena de la q̄ das al valeroso Pentapolin Garamanta. Llegô en esto vna peladilla de arroyo, y dandole en vn lado le sepulto dos costillas en el cuerpo. Viendose tan mal trecho, creyô sin duda que estaua muerto, o mal ferido; y acordandose de su licor, sacô su alcuza, y pusoela a la boca, y començò a echar licor en el estomago: mas antes que acabasse

basse de enuafsar lo que a el le parecia que era bastante, llegó otra almendra, y dióle en la mano, y en el alcuza tan de lleno, que se la hizo pedaços, lleuandole de camino tres o quatro dientes, y muelas de la boca, y machucandole malaméte dos dedos de la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el segundo, que le fue forçoso al pobre cauallero, dar consigo del cauallo a baxo. Llegaronse a el los pastores, y creyeron que le auian muerto. Y así con mucha priessa recogieron su ganado, y cargará de las reses muertas, que passauan de siete, y sin aueriguar otra cosa se fueron. Estauase todo este tiempo Sancho sobre la cuesta, mirando las locuras que su amo hazía, y arrancauase las barbas, maldiziendo la hora, y el punto en que la fortuna se le auia dado a conocer. Viendole pues caydo en el suelo, y que ya los pastores se auia ydo, baxò de la cuesta, y llegose à el, y hallole de muy mal arte, aunque no auia perdido el sentido, y dixole: No le dezia yo, señor don Quixote, que se boluiesse, que los que yua a acometer no eran exercitos, sino manadas de carneros. Como esto puede desparecer, y contrahazer, aq̃l ladró del sabio mi enemigo. Sabete Sancho que es muy facil cosa a los tales, hazernos parecer lo que quieren, y este Maglimo que me persigue, embidioso de la gloria q̃ vio que yo auia de alcançar desta batalla, ha buelto los esquadrones de enemigos en manadas de ouejas. Sino haz vna cosa Sancho, por mi vida, porque te desengañes y veas ser verdad lo que te digo, sube en tu asno, y siguelos bonitamente, y veras como en alexandose de aqui al gun poco, se buelue en su ser primero, y dexando de ser carneros, son hombres hechos y derechos, como yo te los pinté primero. Pero no vayas aora, que he menester tu fauor, y ayuda: llegate à mi, y mira quantas muelas, y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguno en la boca. Llegose Sancho tan cerca, que
casi

Tercera parte de don

casí le metí los ojos en la boca, y fue a tiempo q̄ ya auía obrado el balfamo en el estomago de don Quixote, y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí mas rezio que vna escopeta quanto dentro tenia, y dio con todo ello en las barbas del cópassiuo escudero. Santa Maria, dixo Sancho, y que es esto que me ha sucedido, sin duda este pecador está herido de muerte, pues vomita sangre por la boca. Pero reparando vn poco mas en ello, echó de ver en la color, sabor, y olor, q̄ no era sangre, sino el balfamo de la alcuza, que el le auía visto beber: y fue tanto el asco que tomó, que reboluiendosele el estomago, vomitó las tripas sobre su mismo señor, y quedaron entrambos como de perlas. Acudíó Sancho a su asno para sacar de las alforjas có que limpiarse, y có que curar a su amo, y como no las halló, estuuó a punto de perder el juyzio: maldixose de nueuo, y propuso en su coraçon, de dexar a su amo, y boluerse a su tierra, aunque perdiessse el salario de lo seruido, y las esperanças del gouierno de la prometida Insula. Leuantose en esto dó Quixote, y puesta la mano yzquierda en la boca, por q̄ no se le acabassen de salir los dientes, así con la otra las riendas de Rozinante, que nunca se auía mouido de junto a su amo (tal era de leal, y bien acondicionado) y fue se adonde su escudero estaua, de pechos sobre su asno, con la mano en la mexilla, en guisa de hombre pensatiuo ademas. Y viendole don Quixote de aquella manera, con muestras de tanta tristeza, le dixo: Sabete Sancho, que no es vn hombre mas que otro, sino haze mas que otro. Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo, y íran de sucedernos bien las cosas, porque no es posible, que el mal, ni el bien sean durables, y de aquí se sigue, que auiendo durado mucho el mal, el bien está ya cerca. Así que no debes congojarte, por las desgracias que a mí me suceden,

pues

pues a ti no te cabe parte dellas . Como no, respondió Sancho : por ventura el que ayer mantearon , era otro q̄ el hijo de mi padre ? Y las alforjas que oy me faltan con todas mis alhajas, son de otro que del mismo ? Que te faltan las alforjas Sancho, dixo don Quixote ? Si que me faltan, respondió Sancho. Desse modo no tenemos que comer oy, replicò don Quixote . E esso fuera, respondió Sancho, quando faltarán por estos prados las yeruas que vuestra merced dize que conoce , con que suelen suplir femejantes faltas los tan malaventurados caualleros andantes, como vuestra merced es. Con todo esso, respondió don Quixote , tomara yo aora mas ayna vn quartal pan, o vna hogaza, y dos cabeças de sardinas arenques, que quantas yeruas descriue Dioscorides , aunque fuera el ilustrado por el Doctor Laguna . Mas con todo esto sube en tu jumento Sancho el bueno , y vente tras mi, que Dios que es proueedor de todas las cosas , no nos ha de faltar . y mas andando tan en su seruicio, como andamos , pues no falta a los mosquitos del ayre, ni a los gusanillos de la tierra , ni a los renacuajos del agua . Y es tan piadoso , que haze salir su Sol, sobre los buenos, y los malos , y llueue sobre los injustos, y justos . Mas bueno era vuestra merced , dixo Sancho, para predicador, que para cauallero andante . De todo sabian, y han de saber los caualleros andantes Sancho , dixo don Quixote , porque cauallero andante huuo en los passados siglos, que assi se paraua a hazer vn sermon , o platica en mitad de vn campo real, como si fuera graduado por la vniuersidad de Paris: de donde se infiere, que nunca la lança embotò la pluma, ni la pluma la lança . Aora bien, sea assi como vuestra merced dize, respondió Sancho, vamos aora de aqui , y procuremos donde aloxar esta noche, y quiera Dios que sea en parte donde no aya mantas, ni manteadores, ni fantasmas,

Tercera parte de don

rasmas, ni Moros encantados, que si los ay, daré al diablo el ható, y el garauato. Pídeselo tu a Dios hijo, dixo don Quixote, y guía tu por donde quisieres, que esta vez quiero dexar a tu eleccion el alojarnos: pero dame acá la mano, y atientame con el dedo, y mira bien quantos diétes, y muelas me faltan deste lado derecho, de la quixada alta, que alli siento el dolor. Metio Sancho los dedos, y escandole tentando, le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondió don Quixote, fuera de la cordal, todas enteras, y muy fanas. Mire vuestra merced bien lo que dize señor, respondió Sancho. Digo quatro, sino eran cinco, respondió don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo, ni comido de nequijon, ni de reuma alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas, y media: y en la de arriba, ni media, ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo don Quixote, oyendo las tristes nueuas que su escudero le daua, que mas quisiera que me huuieran derribado vn brazo, como no fuera el de la espada. Porque te hago saber Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diente, que vn diamante. Mas a todo esto estamos fugetos los que professamos la estrecha orden de la caualleria: fube amigo, y guía, que yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo así Sancho, y encaminose házia donde le parecio que podia hallar acogimiento, sin salir del camino real, que por alli yua muy seguido. Y endose pues poco a poco, porque el dolor de las quixadas de don Quixote no le dexaua sossegar, ni atender á darse priessa, quiso Sancho entretenerle, y diuertirle, diziendole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fue, lo que se dirá en el siguiente capitulo.

Cap. XIX. De las discretas razones que Sancho passaua con su amo, y de la auentura q̄ le succedio con vn cuerpo muerto: con otros acontecimientos famosos.

Pareceme señor mio, que todas estas desueltas que estos dias nos han succedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced contra la orden de su caualleria, no auiendo cumplido el juramêto que hizo, de no comer pan à manteles, ni con la Reyna folgar, con todo aquello que a esto se sigue, y vuestra merced jurô de cumplir, hasta quitar aquel almete de Malandrino, ô como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo don Quixote. Mas para dezirte verdad, ello se me auia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no auermelo tu acordado en tiempo, te succedio aquello de la manta: pero yo harê la enmienda, que modos ay de composiciô en la orden de la caualleria para todo. Pues jurê yo algo por dicha, respondiò Sancho? No importa que no ayas jurado, dixo don Quixote, basta que yo entiendo que de participantes no estâs muy seguro: y por sí, o por no, no serâ malo prouernos de remedio. Pues si ello es asj, dixo Sancho, mire vuestra merced no se le torne a olvidar esto, como lo del juramento, quiça les boluera la gana a las fantasmas, de solazarse otra vez conmigo, y aun con vuestra merced si le ven tan pertinaz. En estas, y otras platicas, les tomô la noche en mitad del camino, sin tener, ni descubrir donde aquella noche se recogiesen: y lo que no auia de bueno en ello,

cra,

Tercera parte de don

era, que perecian de hambre, que con la falta de las alforjas, les faltô toda la despenfa, y matalotaje. Y para acabar de confirmar esta desgracia, les sucedio vna auentura, que sin artificio alguno, verdaderamente lo parecia. Y fue, que la noche cerrô con alguna escuridad, pero con todo esto caminauan, creyendo Sancho, que pues aquel camino era Real, a vna, o dos leguas, de buena razon hallaria en el alguna venta. Yendo pues desta manera, la noche oscura, el escudero hambriento, y el amo con gana de comer, vieron que por el mismo camino que yuan, venian hâzia ellos gran multitud de lumbres, que no parecian sino estrellas que se mouian. Pasmose Sancho en viendolas, y don Quixote no las tuuo todas consigo: tirô el vno del cabestro a su asno, y el otro de las riendas a su Rozino, y estuuieron quedos, mirando atentamente lo que podia ser aquello, y vieron que las lumbres se yuan acercando a ellos, y mientras mas se llegauan, mayores parecian. A cuya vista Sancho començô a temblar como vn azogado, y los cabellos de la cabeça se le erizaron a don Quixote. El qual animandose vn poco, dixo: Esta sin duda Sancho deue de ser grandissima, y peligrosissima auentura, donde serà necessario que yo muestre todo mi valor y esfuerço. Desdichado de mi, respondió Sancho, si acaso esta auentura fuesse de fantasmas, como me lo va pareciendo, adonde aura costillas que la sufran? Por mas fantasmas que sean, dixo don Quixote, no consentire yo, q̄ te toque en el pelo de la ropa: que si la otra vez se burlaron cõtigo, fue porque no pude yo saltar las paredes del corral, pero aora estamos en campo raso, donde podrê yo como quisiere esgrimir mi espada. Y si le encantan y entomeçen, como la otra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprouecharâ estar en campo abierto,
ô no,

o no? Con todo effo, replicô don Quixote, te ruego Sancho, que tengas buen animo, que la experiencia te dará a entender el que yo tengo. Si tendrê, si a Dios plazze, respondió Sancho, y apartandose los dos a vn lado del camino, tornaron a mirar atentamente, lo que aqueho de aquellas lumbres que caminauan podia ser: y de alli a muy poco descubrieron muchos encamifados, cuya temerosa vision de todo punto rematô el animo de Sancho Pança, el qual començò a dar diente con diente, como quien tiene frio de quartana: y crecio mas el batir, y dentellear, quando distintamente vieron lo que era, porque descubrieron hasta veynte encamifados, todos a cauallo, con sus hachas encendidas en las manos: de tras de los quales venia vna litera, cubierta de luto, a la qual seguian otros seys de acauallo, enlutados hasta los pies de las mulas, que bien vieron que no eran caualllos en el sosiego con que caminauan. Yuan los encamifados murmurando entre si, con vna voz baxa, y compasiua. Esta estraña vision a tales horas, y en tal despoblado, bien bastaua para poner miedo en el coraçon de Sancho, y aun en el de su amo: y afsi fuera en quanto a don Quixote, que ya Sancho auia dado al irraues con todo su esfuerço. Lo contrario le auino a su amo, al qual en aquel punto se le representô en su imaginacion al viuo, que aquella era vna de las aventuras de sus libros. Figurosele, que la litera eran andas donde deuia de yr algun mal ferido, o muerto cauallero, cuya vengança a el solo estaua referuada: y sin hazer otro discurso enriestrô su lançon, puso se bien en la silla, y con gentil brio, y continente se puso en la mitad del camino por donde los encamifados forçosamente auian de pasar; y quando los vio cerca alçò la voz, y dixo: Deteneos caualleros, quien quiera que seays, y dadme cuenta de quien soys? de donde venis? adonde vays? que es lo que

Tercera parte de don

lo que en aquellas andas lleuays ? que segũ las muestras: o vosotros aueys fecho, o vos han fecho algun delaguido, y conuiene, y es menester que yo lo sepa, o biẽ para castigaros del mal que fezistes, o bien para vengaros, del tuerto que vos fizieron. Vamos de priessa, respõdio vno de los encamisados, y està la venta lexos, y no nos podemos detener a dar tanta cuenta como pedis: y picando la mula passõ adelante. Sintiose desta respuesta grandemente don Quixote, y trauando del freno, dixo: Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme cuenta de lo que os he preguntado, sino conmigo soys todõs en batalla. Era la mula assombradiza, y al tomarla del freno se espantõ de manera, que alçandose en los pies dio con su dueño por las ancas en el suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer el encamisado, començõ a denostar a don Quixote, el qual ya encolerizado, sin esperar mas, enristrando su lançõ, arremetio a vno de los enlutados, y mal ferido dio con el en tierra: y reboluiendose por los demás, era cosa de ver con la presteza que los acometia, y desbarataua, que no parecia sino que en aquel instante le auian nacido alas a Rozinante, segun andaua de ligero, y orgulloso. Todos los encamisados era gente medrosa, y sin armas, y asì con facilidad en vn momento dexarõ la refriega, y començaron a correr por aquel campo, cõ las hachas encendidas, que no parecian sino a los de las mascarar, que en noche de regozijo, y fiesta corren. Los enlutados asì mismo rebueltos, y eimbultos en sus faldamentos, y lobs, no se podian mouer: asì que muy a su saluo don Quixote los apaleõ a todos, y les hizo dexar el sitio mal de su grado: porque todos pensaron q̃ aquel no era hõbre, sino diablo del infierno que les salia a quitar el cuerpo muerto, que en la litera lleuauan. Todo lo miraua Sancho, admirado del ardimiento de su seõor, y Jezia entre si: Sin duda este mi amo es tan valiente, y ef-
força-

forçado como el dize . Estaua vna hacha ardiendo en el suelo , junto al primero que derribò la mula, a cuya luz le pudo ver don Quixote, y llegandose à el le pufo la punta del lançon en el rostro, diziendole, que se rindiesse, sino que le mataria . A lo qual respondió el caydo : Harto rendido estoy, pues no me puedo mouer, que tengo vna pierna quebrada , suplico a vuestra merced , si es cauallero Christiano, que no me mate , que cometerà vn gran sacrilegio, que soy Licenciado, y tengo las primeras ordenes . Pues quien diablos os ha traydo aqui, dixo don Quixote, siendo hombre de Iglesia ? Quien señor, replicò el caydo, mi desventura . Pues otra mayor os amenaza, dixo don Quixote, sino me satisfazeys a todo quantò primero os preguntê . Con facilidad serà vuestra merced satisfecho, respondió el Licenciado, y assi fabra vuestra merced, que aunque denantes dixè que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcouendas, vengo de la ciudad de Baeça; cò otros onze Sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn cauallero que murio en Baeça; donde fue depositado, y agora (como digo) lleuauamos sus huesos a su sepultura, q̄ estâ en Segouia, de donde es natural . Y quien le matò? preguntò don Quixote. Dios, por medio de vnas calenturas pestilentes que le dieron, respòdio el Bachiller. Defsa suerte, dixo don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que auia de tomar en vengar su muerte, si otro alguno le huiera muerto : pero auriendole muerto quiẽ le matò no ay sino callar, y encoger los ombros, porque lo mismo hiziera si a mi mismo me matara . Y quiero que sepa vuestra reuerencia, que yo son vn cauallero de la Mancha , llamado don Quixote , y es mi officio y exercicio , andar por el mundo endereçando tuer-

Tercera parte de don

tos, y desfaziendo agrauios. No se como pueda ser esto de endereçar tuertos, dixo el Bachiller, pues a mi de derecho me aueys buelto tuerto, dexandome vna pierna quebrada, la qual no se verà derecha en todos los dias de su vida: y el agrauio que en mi aueys deshecho, ha sido dexarme agrauiado de manera, que me quedarè agrauiado para siempre: y harta desventura ha sido topar cõ vos que vays buscando auenturas. No todas las cosas, respondió don Quixote, suceden de vn mismo modo: el daño estuuò, señor Bachiller Alonso Lopez, en venir como veniades de noche, vestidos con aquellas sobrepelizes, con las hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejauides cosa mala, y del otro mundo, y asì yo no pude dexar de cumplir con mi obligacion acometiendoo, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que erades los mismos Satanases del infierno, que por tales os juzguè, y tuue sièpre. Ya que asì lo ha querido mi suerte, dixo el Bachiller, suplico à vuestra merced señor cauillero andante (que tan mala andança me ha dado) me ayude a salir de debaxo desta mula, que me tiene tomada vna pierna entre el estribo, y la silla. Hablara yo para mañana, dixo don Quixote, y hasta quando aguardauades a decirme vuestro afan? Dio luego voces a Sancho Pança, que vinièsse: pero el no se curò de venir, porque andaua ocupado desbalijando vna azemila de repuesto, que trahian aquellos buenos señores, bien bastezida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gauan, y recogiendo todo lo que pudo y cupo en el talego, cargò su jumento, y luego acudio a las voces de su amo, y ayudò a sacar al señor Bachiller, de la opresion de la mula: y poniendole encima della, le dio la hacha, y don Quixote le dixo, que siguièsse la derrota de sus compañeros, a quien de su parte pidiesse perdon del agrauio,

cio, que no auia sido en su mano dexar de auerle hecho. Dixole tambien Sancho: Si a caso quisieren saber effos señores, quien ha sido el valeroso que tales los puso, dirales vuestra merced, que es el famoso dó Quixote de la Mancha, que otro nombre se llama, El cauallero de la triste figura. Con esto se fue el Bachiller, y don Quixote preguntó a Sancho, que que le auia mouido a llamarle el cauallero de la triste figura, mas entonces que nunca? Yo se lo dire, respondió Sancho, porque le he estado mirando vn rato a la luz de aquella hacha que lleua aquel mal andante, y verdaderamente tiene vuestra merced la mas mala figura de poco acá, que jamas he visto: y deuelo de auer caufado, o ya el cansancio deste combate, o ya la falta de las muelas, y dientes. No es esso, respondió don Quixote, sino que el sabio a cuyo cargo deue de estar el escreuir la historia de mis hazañas, le aura parecido, que será bien que yo tome algun nombre apelatiuo, como lo tomauan todos los caualleros passados: qual se llamaua el de la ardiente Espada: qual el del Vnicornio: aquel de las Donzellas: aqueste el del aue Fenix: el otro el cauallero del Grifo: estotro el de la Muerte: y por estos nombres, è insignias eran conocidos por toda la redondez de la tierra. Y assi digo, que el Sabio ya dicho, te aura puesto en la lengua, y en el pensamiento aora, que me llamasses el cauallero de la triste figura, como pienso llamarme desde oy en adelante: y para que mejor me quadre tal nombre, determino de hazer pintar, quando aya lugar en mi escudo, vna muy triste figura. No ay para que señor querer gastar tiempo, y dineros en hazer esta figura, dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer es, que vuestra merced descubra la fuya, y dê rostro a los que le miraren, que sin mas ni mas, y sin otra

Tercera parte de don

imagen, ni escudo le llamarán el de la triste Figura: y creame que le digo verdad, porque le prometo a vuestra merced señor, (y esto sea dicho en burlas) que le haze tan mala cara la hambre, y la falta de las muelas, que como yo tengo dicho, se podrá muy bien escusar la triste pintura. Riose don Quixote del donayre de Sancho, pero con todo propuso de llamarse de aquel nombre, en pudiendo pintar su escudo, ô rodela, como auia imaginado, y dixole: Yo entiendo Sancho, que quedo descomulgado, por auer puesto las manos violentamente en cosa sagrada, *Iuxta illud, si quis suadente diabolo, &c.* Aunque se bien que no puse las manos, sino este lançon: quanto mas, que yo no pense que ofendia a Sacerdote, ni a cosas de la Iglesia, a quiẽ respeto, y adoro como Catolico, y fiel Christiano que soy, sino a fantasmas, y â vestiglos del otro mundo: Y quando esso así fuesse, en la memoria tengo lo que le pasó al Cid Ruy Diaz quando quebrô la silla del Embaxador de aquel Rey, delante de su Santidad del Papa, por lo qual lo descomulgô, y anduuo aquel dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy honrado, y valiente cauallero. En oyendo esto el Bachiller se fue, como queda dicho, sin replicarle palabra. Quisiera don Quixote mirar, si el cuerpo que venia en la litera eran huesos, o no, pero no lo consintio Sancho, dizien-dole: Señor, vuestra merced ha acabado esta peligrosa auentura lo mas a su saluo, de todas las que yo he visto, esta gente aunque vencida, y desbaratada, podría ser que cayesse en la cuenta, de que los vencio sola vna persona, y corridos, y auergonçados desto, boluies-sen a rehazerse, y â buscarnos, y nos diessen muy bien en que entender. El jumento estâ como conuiene, la montaña es cerca, la hambre carga, no ay que hazer mas, sino retirarnos con gentil compas de pies: y como dizen, vayasse el muerto â la sepultura, y
el viuuo

el vino a la hogaza: y antecogiendo su asno, rogô a su señor que le siguiesse: el qual pateciendole que Sancho tenia razon, sin boluerle a replicar le siguió. Y â poco trecho que caminauan por entre dos montañuelas, se hallaron en vn espacio, y escondido valle, donde se apearon, y Sancho aliuó el jumento, y tendidos sobre la verde yerua, con la salsa de su hambre, almorçaron, comieron, merendaron, y cenaron â vn mismo punto, satisfaziendo sus estomagos con mas de vna hambarrera que los señores clerigos del difunto (que pocas vezes se dexan mal passar) en la azemila de su repuesto trahian. Mas sucedioles otra desgracia, q̄ Sancho la tuuo por la peor de todas, y fue, que no tenian vino que beuer, ni aũ agua que llegar â la boca: y acossados de la sed, dixo Sancho, viendo que el prado donde estauan, estaua colmado de verde, y menuda yerua, lo que se dirâ en el siguiente capitulo.

Cap. XX. De la jamas vista, ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada del famoso cauallero en el mundo, como la que acabò el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO es posible señor mio, sino que estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuente, o arroyo, que estas yeruas humedece: y asì serâ bien que vamos vn poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo a don Quixote, y tomando de la rienda a Rozinante,

Tercera parte de don

te, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puef to sobre el los relieues que de la cena quedaron, començaron a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad dela noche no les dexaua ver cosa alguna: mas no huieron andado dozientos passos quando llegô a sus oydos vn grande ruydo de agua, como que de algunos grandes, y leuantados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en gran manera, y parandose a escuchar hâzia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguô el contento del agua, especialmente a Sancho, que naturalmente era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauan vnos golpes a compas, con vn cierto cruxir de hierros, y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, que pusieran pauer a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acercaron a entrar entre vnos arboles altos, cuyas hojas mouidas del blando viento, hazian vn temeroso, y manso ruydo: de manera que la soledad, el sitio, la escuridad, el ruydo del agua, con el susurro de las hojas, todo cauaua horror, y espanto: y mas quando vieron, que ni los golpes cessauan, ni el viento dormia, ni la mañana llegaua: añadiendose a todo esto, el ignorar el lugar donde se hallauan. Pero don Quixote, acompañado de su intrepido coraçô, saltô sobre Rozinante, y abraçando su rodela, terciô su lançon, y dixo: Sancho amigo, has de saber, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para refucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de refucitar los de la zabra redonda, los doze de Francia, y los nueue de la fama, y el que ha de poner en oluido los Platires, los Tablantes, Oliuantes, y Tirantes: los Febos, y Be-

y Belianises, con toda la coterua de los famosos caualleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en q̄ me hallo tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, q̄ escurezcan las mas claras q̄ ellos fizieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua en cuya busca venimos, que parece que se despeña. y derumba desde los altos mōtes de la luna, y quel incessable golpear que nos hiere, y lastima los oydos; las quales cosas todas juntas, y cada vna por si, son bastantes a infundir miedo, temor, y espanto en el pecho del mismo Marte, quanto mas en aquel que no está acostumbrado a semejantes acontecimientos, y aventuras. Pues todo esto que yo te pinto, son incontentiuos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, con el desseo que tiene de acometer esta aventura, por mas dificultosa q̄ se muestra. Así que aprieta vn poco las cinchas a Rozinante, y quedate a Dios, y esperame aqui hasta tres dias no mas, en los quales sino boluiere, puedes tu boluerte a nuestra aldea, y desde alli, por hazerme merced, y buena obra, yras al Toboso, donde diras a la incōparable señora mia Dulcinea, que su cautiuo cavallero murio, por acometer cosas que le hiziesen digno de poder llamarse suyo. Quando Sancho oyó las palabras de su amo, comēço a llorar con la mayor ternura del mundo, y à dezirle: Señor, yo no se porque quiere vuestra merced acometer esta tan temerosa aventura: aora es de noche, aqui no nos vee nadie, bien podemos torcer el camino, y desuiarnos del peligro, aunque no beuamos en tres dias: y pues no ay quien nos vea, menos aura quiē nos note de cobardes. Quanto mas, que yo he oydo muchas vezes predicar al cura de nuestro lugar (que vuestra merced muy bien sonoce) que quien busca el

Tercera parte de don

peligro parece en el: assi que no es bien tentar a Dios, acometiendo tan desaforado hecho, donde no se puede escapar sino por milagro: y basta los que ha hecho el cielo con vuestra merced, en librarle de ser manteado, como yo lo fuy, y en facarle vencedor, libre, y saluo de entre tantos enemigos como acompañauan al difunto. Y quando todo esto no mueua, ni ablande esse duro coraçon, mueuale el pensar, y creer, que apenas se aura vuestra merced apartado de aqui, quãdo yo de miedo dé mi anima à quien quisiere llevarla. Yo sali de mi tierra, y dexé hijos, y muger, por venir a seruir a vuestra merced, creyendo valer mas, y no menos: pero como la cudicia rompe el saco, a mi me ha rasgado mis esperanças, pues quando mas viuas las tenia de alcançar aquella negra, y mal hadada Infula, que tantas vezes vuestra merced me ha prometido, veo que en pago, y trueco della, me quiere aora dexar en vn lugar tã apartado del trato humano. Por vn solo Dios, señor mio, que nõ se me haga tal desaguifado: y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho, dilatelo, alomenos hasta la mañana, que a lo que a mi me muestra la ciencia que aprendi, quando era pastor, no deue aver desde aqui al alua tres horas: porque la boca de la bozina está encima de la cabeça, y haze la media noche en la linea del braço yzquierdo. Como puedes tu Sancho, dixo don Quixote, ver donde haze essa linea, ni donde está essa boca, o esse colodrillo que dizes, si haze la noche tan escuara, que no parece en todo el cielo estrella alguna? Assi es, dixo Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos, y ve las cosas debaxo de tierra, quanto mas encima en el cielo, puesto que por buen discurso bien se puede entender que ay poco de aqui al dia. Falte lo que faltare, respondió don Quixote, que no se ha de dezir por mi aora, ni en ningun tiempo, que lagrimas, y ruegos me apartaron
de

de hazer lo que deuia a estilo de cauallero: y assi te ruego Sancho, que calles, que Dios que me ha puesto en co-
raçon de acometer aora esta tan no vista, y tan temero-
sa zuentura, tendrâ cuydado de mirar por mi salud, y de
consolar tu tristeza. Lo que has de hazer, es, apretar bié
las cinchas a Rozinante, y quedarte aqui, que yo daré la
buelta presto, o viuo, o muerto. Viendo pues Sancho
la yltima resolucion de su amo, y quan poco valian con
el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determinô de apro-
uecharse de su industria, y hazerle esperar hasta el dia si
pudiesse: y assi quando apretaua las cinchas al cauallo,
bonitamente, y sin fer sentido atô con el cabestro de su
asno, ambos pies a Rozinante, de manera que quando
don Quixote se quiso partir no pudo, porque el cauallo
no se podia mouer sino a saltos. Viendo Sancho Pança
el buen suceso de su embuste, dixo: Ea señor, que el cie-
lo comouido de mis lagrimas, y plegarias, ha ordena-
do que no se pueda mouer Rozinante, y si vos quereys
portar, y espolear, y dalle, serâ enojar a la Fortuna, y
dar cozes (como dicen) contra el aguijon. Desesperaua
se con esto don Quixote, y por mas que ponía las pier-
nas al cauallo, menos le podia mouer: y sin caer en la cué-
ra de la ligadura, tuuo por bien de sossegarse, y esperar,
o a que amaneciesse, o a que Rozinante se meneasse, cre-
yendo sin duda, que aquello venia de otra parte que de
la industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi es San-
cho, que Rozinante no puede mouerse, yo soy conten-
to de esperar â que ría el alua, aunque yo lllore lo que ella
rardare en venir. No ay que llorar, respondió Sancho,
que yo entretendre a vuestra merced, contâdo cuentos
desde aqui al dia, si ya no es que se quiere apear, y echar-
se â dormir vn poco sobre la verde yerua, â vfo de cau-
llos andantes, para hallarse mas descansado quâdo lle-
gue el dia, y punto de acometer esta tan desemejable a-

Tercera parte de don

uentura que le espera. A que llamas apear, o a que dormir, dixo don Quixote? Soy yo por ventura de aquellos caualleros que toman reposo en los peligros? Duermentu que nacistes para dormir, o haz lo que quisierés, que yo hare lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced señor mio, respondió Sancho, que no le dixen por tanto: y llegando se a el, puso la vna mano en el arzon delantero, y el otro en el otro, de modo que quedô abraçado con el muslo yzquierdo de su amo, sin osarse apartar del vn dedo: tal era el miedo que tenia a los golpes, que toda via alternatiuamente sonauan. Dixole don Quixote, que contasse algun cuento para entretenerle, como se lo auia prometido: a lo que Sancho dixo, que si hiziera, si le dexara el temor de lo q̄ oía, pero con todo esso yo me esforçare a dezir vna historia, que si la acierto a contar, y no me van a la mano, es la mejor de las historias: y ésteme vuestra merced atêto, que ya comienço. Era se que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Y aduertida vuestra merced, señor mio, que el principio q̄ los antiguos dieron a sus consejas, no fue assí como quiera, que fue vna sentencia de Caton Zonzorino Romano, q̄ dize. Y el mal para quié le fuere a buscar, que viene aqui como anillo al dedo, para que vuestra merced se estê que do, y no vaya a buscar el mal a ninguna parte, sino que nos boluamos por otro camino. pues nadie nos fuerça a que sigamos este, donde tantos miedos nos sobrefaltan. Sigue tu cuento Sancho, dixo don Quixote, y del camino que hemos de seguir, dexame a mi el cuydado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en vn lugar de Estremadura auia vn pastor cabrerizo, quiero dezir, que guardaua cabras, el qual pastor, ô cabrerizo, como digo de mi cuento, se llamaua Lope Ruyz, y este Lope Ruyz, andaua ena morado de vna pastora que se llamaua Torralua, la qual
pastora

pastora llamada Torralua, era hija de un ganadero rico, y este ganadero rico, si de esta manera cuenta tu cuento Sancho, dixo don Quixote, repitiendo dos veces lo que vas diciendo, no acabarás en dos dias: dilo seguidamente, y cuentalo como hombre de entendimiento, y fino no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento, respondió Sancho, se cuentan en mi tierra todas las consejas, y yo no se contarle de otra, ni es bien que V. merced me pida que haga vfos nuevos. Di como quisieres, respondió don Quixote, que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte, prosigue. Así, que señor mio de mi anima, prosiguió Sancho, que como ya tengo dicho, este pastor andaua enamorado de Torralua la pastora, que era una moça rolliza, zahareña, y tiraua algo a hombruna, porque tenia unos pocos vigotes, que parece que aora la veo. Luego cococistela tu; dixo don Quixote? No la conocí yo, respondió Sancho, pero quien me contó este cuento, me dixo, que era tan cierto y verdadero, que podia bien quando lo contasse a otro, afirmar y jurar, que lo auia visto todo. Así, que yendo dias, y viniendo dias, el diablo que no duerme, y que todo lo añasca, hizo de manera, que el amor que el pastor tenia a la pastora, se boluiesse en omezillo, y mala voluntad, y la causa fue, segun malas lenguas, una cierta cantidad de zelillos que ella le dio, tales; que passauan de la raya, y llegauan a lo vedado, y fue tanto lo que el pastor la aborrecio de allí adelante, que por no verla, se quiso ausentar de aquella tierra, e yrse donde sus ojos no la viesse jamas. La Torralua que se vio desdeñada del Lope, luego le quiso bien, mas que nunca le auia querido. Esta es natural condicion de mugeres, dixo don Quixote, desdeñar a quien las quiere, y amar a quien las aborrece, passa adelante Sancho. Sucedió, dixo Sancho, que el pastor puso por obra su deter-

Tercera parte de don

determinacion, y antecogiendo sus cabras se encaminó por los campos de Estremadura, para passarse a los Reynos de Portugal. La Torralua que lo supo se fue tras el, y seguiale a pie, y descalça desde lexos, con vn bordon en la mano, y con vnas alforjas al cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn pedaço de espejo, y otro de vn pey- ne, y no se que botezillo de mudas para la cara: mas lleuasse lo que lleuasse, que yo no me quiero meter aora en aueriguallo. Solo diré que dicen, que el pastor llegó có su ganado a passar el rio Guadiana, y en aquella sazón yua crecido, y casi fuera de madre: y por la parte q̄ llegó no auia barca, ni barço, ni quien le passasse a el, ni a su ganado de la otra parte, de lo que se congoxó mucho, porque veía que la Torralua venia ya muy cerca, y le auia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos, y lagrimas: mas tanto anduuo mirando, que vio vn pescador q̄ tenia junto a si vn barco tan pequeño, que solamente podian caber en el vna persona, y vna cabra: y con todo esto le habló, y concertó con el, que le passasse a el, y á trezientas cabras que lleuaua. Entró el pescador en el barco, y passó vna cabra, boluio y passó otra, tornó a boluer y tornó a passar otra. Tenga vuestra merced cuenta có las cabras que el pescador va passando, porque si se pierde vna de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar mas palabra del. Sigo pues, y digo, que el desembarcadero de la otra parte, estaua lleno de cieno, y resbaloso, y tardaua el pescador mucho tiempo en yr, y boluer. Con todo esto, boluio por otra cabra, y otra, y otra. Haz cuenta que las passó todas, dixo don Quixote, no andes yendo, y viniendo dessa manera, que no acabarás de passarlas en vn año. Quantas han passado hasta aora, dixo Sancho? Yo q̄ diablos se, respondió dō Quixote. He aí lo que yo dixé, que tuuiesse buena cuenta. Pues por Dios q̄ se ha acabado el cuento, que no ay pas-
sar

far adelante . Como puede ser effo, respondió dó Quixote ? tan de effencia de la historia es, fàber las cabras q̄ han paffado por eftenfo, que fi se yerra vna del numero, no puedes seguir adelante con la historia ? No feñor, en ninguna manera, respondió Sancho, porque afsi como yo pregunté a vuestra merced, que me dixeffe quantas cabras auian paffado, y me respondió que no fàbia, en aquel mifmo instante fe me fue a mi de la memoria quãto me quedaua por dezir, y à fê que era de mucha virtud y contento . De modo, dixo don Quixote, que ya la historia es acabada ? Tan acabada es como mi madre, dixo Sancho . Digote de verdad, respondió don Quixote, q̄ tu has contado vna de las mas nueuas confejas, cuento, ò historia, que nadie pudo pensar en el mundo, y que tal modo de contarla, ni dexarla, jamas fe podrã ver, ni aurã vifto en toda la vida, aunque no esperaua yo otra cofa de tu buen difcurfo, mas no me marauillo, pues quiçã eftos golpes que no ceffan, te deuen de tener turbado el entendimiento . Todo puede fer, respondió Sancho, mas yo fe que en lo de mi cuento, no ay mas que dezir, que alli fe acaba, do comiença el yerro de la cuenta del paffage de las cabras. Acabe norabuena donde quifiere, dixo don Quixote, y veamos fi fe puede mouer Rozinante . Torole a poner las piernas, y el tornò a dar saltos y à eftarfe quedo, tanto eftaua de bien atado . En efto parece fer, o que el frio de la mañana que ya venia, o que Sancho huuieffe cenado algunas cofas lenitiuas, o que fueffe cofa natural (que es lo que mas fe deue creer) a el le vino en voluntad, y deffeo de hazer lo que otro no pudiera hazer por el . Mas era tanto el miedo que auia entrado en fu coraçon, que no ofaua apartarfe vn negro de vña de fu amo. Pues pensar de no hazer lo que tenia gana, tampoco erã poffible, y afsi lo que hizo por bien de paz, fue foltar la mano derecha, que tenia afida al arzon trafero,

Tercera parte de don

trafero, con la qual bonitamente, y sin rumor alguno, se soltó la lazada corrediza, con que los calçones se sostenian, sin ayuda de otra alguna, y en quitandose la dieron luego à baxo, y se le quedaron como grillos: tras esto alçò la camisa lo mejor que pudo, y echò al ayre entrábas posaderas, (que no eran muy pequeñas). Hecho esto (que el pensò que era lo mas que tenia que hazer, para salir de aquel terrible aprieto, y angustia) le sobreuiño otra mayor, que fue, que le pareció que no podia mudarse, sin hazer estrepito, y ruydo, y començò à apretar los dientes, y à encoger los ombros, recogiendo en si el aliento todo quanto podia. Pero con todas estas diligencias, fue tan desdichado, que al cabo al cabo, vino à hazer vn poco de ruydo, bien diferente de aquel que a el le ponía tanto miedo. Oyolo don Quixote, y dixo: Que rumor es esse Sancho? No se señor, respondió el, alguna cosa nueva deve de ser, que las aventuras, y desventuras, nunca comiençan por poco. Tornò otra vez à prouar ventura, y sucediole tan bien, que sin mas ruydo, ni alboroto que el passado, se hallò libre de la carga q̄ tanta pesadumbre le auia dado. Mas como don Quixote tenia el sentido del olfato, tan viuo como el de los oydos, y Sancho estaua tan junto, y cosido con el, que casi por linea recta subian los vapores hàzia arriba, no se pudo escusar, de que algunos no llegassen à sus narizes: y apenas huieron ilegado, quando el fue al socorro, apretandolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso, dixo: Pareceme Sancho, que tienes mucho miedo? Si tēgo, respondió Sancho, mas en que lo echa de ver vuestra merced aora mas que nunca? En que aora mas que nunca hueles, y no à ambar, respondió don Quixote. Bien podra ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced, que me trae à deshoras, y por estos no acostumbrados passos. Retirate tres, o quatro
alla

alla amigo, dixo don Quixote (todo esto sin quitarle los dedos de las narizes) y desde aqui adelante ten mas cuètra con tu persona, y con lo que deues a la mia, q̄ la mucha conuersacion que tengo contigo, ha engendrado este menosprecio. Apostarè, replicò Sancho, que piensa vuestra merced, que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deua. Pero es meneallo amigo Sancho, respondió dō Quixote. En estos coloquios, y otros semejantes, passaron la noche, amo y moço. Mas viendo Sancho q̄ à mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligò a Rozinante, y se atò los calçones. Como Rozinante se vio libre (aunq̄ el de suyo no era nada brioso) parece que se resintio, y començò à dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante se mouia, lo tuuo a buena señal, y creyò que lo era, de q̄ acometiesse aq̄lla temerosa auentura. Acabò en esto de descubrirse el aiua, y de parecer distintamente las cosas, y vio don Quixote, q̄ estaua entre vnos arboles altos, q̄ eran castaños, q̄ hazen la sombra muy escura: sintio tambien q̄ el golpear no cessaua, pero no vio quiè lo podia causar. Y afsi sin mas detenerse, hizo sentir las espuelas a Rozinante, y tornando a despedirse de Sancho, le mandò q̄ alli le aguardasse tres dias, a lo mas largo (como ya otra vez se lo auia dicho) y que si al cabo dellos no huiesse buuelto tuuiesse por cierto, q̄ Dios auia sido seruido, de q̄ en aq̄lla peligrosa auentura se le acabassen sus dias. Tornole à referir el recado y embaxada, que auia de llevar de su parte a su señora Dulcinea, y q̄ en lo q̄ tocava a la paga de sus seruicios, no tuuiesse pena, porq̄ el auia dexado hecho su testamento, antes que saliera de su lugar, donde se hallaria gratificado de todo lo tocante a su salario, rata por cantidad del tiempo que huiesse seruido. Pero que si Dios le sacaua de aquel peligro, sano, y saluo, y
fin

Tercera parte de don

sin cautela, se podia tener por muy mas que cierta la prometida Infula . De nueuo tornò a llorar Sancho, oyendo de nueuo las lastimeras razones de su buen señor, y determinò de no dexarle, hasta el vltimo transito, y fin de aquel negocio . Destas lagrimas, y determinacion tâ honrada de Sancho Pança , saca el autor desta historia , que deuia de ser bien nacido, y por lo menos Christiano viejo . Cuyo sentimiento enterneçio algo a su amo, pero no tanto que mostrasse flaqueza alguna, antes disimulando lo mejor que pudo, començò a caminar hàzia la parte por donde le parecio que el ruydo del agua , y del golpear venia . Seguiase Sancho a pie , lleuando como tenia de costumbre, del cabestro a su jumento, perpetuo compañero de sus prosperas , y aduersas fortunas . Y auiendo andado vna buena pieça por entre aquellos cañales , y arboles sombrios , dieron en vn pradezillo que al pie de vnas altas peñas se hazia, de las quales se precipitaua vn grandissimo golpe de agua . Al pie de las peñas estauan vnas casas mal hechas, que mas pareciã ruynas de edificios, que casas, de entre las quales aduirtierò que salia el ruydo, y estruendo de aquel golpear (que aũ no cessaua.) Alborotose Rozinante con el estruendo del agua, y de los golpes: y sossegandole don Quixote , se fue llegando poco a poco a las casas, encomendandose de todo coraçon a su señora , suplicandole que en aq̃lla temerosa jornada, y empresa le fauoreciesse: y de camino se encomendaua tambien a Dios, que no le olvidasse. No se le quitaua Sancho del lado, el qual alargaua quanto podia el cuello, y la vista por entre las piernas de Rozinante, por ver si veria ya, lo que tan suspenso, y medroso le tenia. Otros cien passos serian los que anduuieron, quando al doblar de vna punta , parecio descubierta, y patente la misma causa, sin que pudiesse ser otra, de aquel horrifono, y para ellos espantable ruydo , que tan suspensos

penfos, y medrosos toda la noche los auia tenido. Y eran (fino lo has, ô lector, por pesadumbre, y enojo) seys machos de batan, q̄ con sus alternatiuos golpes aquel estruendo formauan. Quando don Quixote vio lo que era, enmudecio, y pasmose de arriba â baxo. Mirole Sancho; y vio q̄ tenia la cabeça inclinada sobre el pecho, con muestras de estar corrido. Mirô tambien don Quixote a Sancho, y viole que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa, con enidentes señales de querer rebentar con ella: y no pudo su melancolia tanto con el, que a la vista de Sancho, pudieffe dexar de reyrse, y como vio Sancho que su amo auia començado, soltô la presa de manera, que tuuo necesidad de apretarse las hijadas con los puños, por no rebentar riyendo. Quatro vezes solle-gô, y otras tantas boluio a su risa con el mismo impetu que primero: de lo qual ya se daua al diablo don Quixote: y mas quando le oyô dezir, como por modo de fisga: Has de saber, ô Sancho amigo, que yo naci por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro, para refucitar en ella la dorada, ô de oro. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, la hazañas grandes, los valerosos fechos. Y por aqui fue repitiendo, todas, ô las mas razones que don Quixote dixo la vez primera que oyeron los temerosos golpes. Viendo pues don Quixote, que Sancho haziaburla del, se corrio, y enojô en tanta manera, que alçô el lançon y le assentô dos palos, tales, que si como los recibio en las espaldas, los recibiera en la cabeça, quedara libre de pagarle el salario, fino fuera â sus herederos. Viendo Sancho que sacaua tan malas veras de sus burlas, con temor de que su amo no pasasse adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: Sosieguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlays, no me burlo yo, respondió don Quixote. Venid acá señor alegre, pareceos a

Tercera parte de don

vos, que si como estos fueron maços de batan, fueran otra peligrosa aventura, no auia yo mostrado el animo que conuenia, para emprendella, y acaballa? Estoy yo obligado a dicha (siendo como soy cauallero) a conocer, y distinguir los sones, y saber quales son de batanes, ô no? Y mas que podria ser (como es verdad) que no los he visto en mi vida, como vos los aureys visto, como villano ruyn que soys, criado, y nacido entre ellos. Sino hazed vos que estos seys maços, se bueluan en seys layanes, y echadmelos a las barbas vno avno, ô todos juntos, y quando yo no diere cõ todos patas arriba, hazed de mi la burla que quisieredès. No aya mas señor mio, replicó Sancho, que yo confieso, que he andado algo risueño en demasia: pero digame vuestra merced, aora que estamos en paz, así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren, tan sano, y salvo como le ha sacado desta, no he ydo cosa de reyr, y lo es de contar, el gran miedo que hemos tenido, alomenos el q̄ yo tuue, que de vuestra merced, y ayo se, que no le conoce, ni sabe que es temor, ni espanto? No niego yo, respondió don Quixote, que lo q̄ nos ha sucedido, no sea cosa digna de risa pero no es digna de contarse, que no son todas las personas tan discretas, que sepan poner en su punto las cosas. Alomenos, respondió Sancho, supo vuestra merced poner en su punto el lançon, apuntandome a la cabeça, y dandome en las espaldas: gracias a Dios, y a la diligencia que puse en la-dearme. Pero vaya, que todo saldra en la colada, que yo he oydo dezir: Esse te quiere bien, que te haze llorar: y mas que suelen los principales señores, tras vna mala palabra que dizen a vn criado, darle luego vnas caïças, aunque no se, lo que le suelen dar tras auerle dado de palos: si ya no es, que los caualleros andantes, dan tras palos Infulas, ô Reynos, en tierra firme. Tal podria correr el dardo, dixo don Quixote, que todo lo que dizes viniessse a
fer

ser verdad: y perdona lo pasado, pues eres discreto, y sabes q̄ los primeros mouimientos no son en mano del hōbre: y est̄a aduertido de aqui adelante en vna cosa (para q̄ te abstengas, y reportes en el hablar demasiado cōmigo) que en quantos libros de cauallerias he leydo, que son infinitos, jamas he hallado que ningun escudero hablasse tanto con su señor, como tu con el tuyo. Y en verdad que lo tengo a gran falta tuya, y mia: tuya, en que me estimas en poco: mia, en que no me dexo estimar en mas. Si que Gandalin, escudero de Amadis de Gaula, Conde fue de la Insula firme. Y se lee del, que siempre hablaua â su señor con la gorra en la mano, inclinada la cabeça, y doblado el cuerpo (more Turquesco). Pues q̄ diremos de Gababal, escudero de don Galaor, que fue tan callado, que para declararnos la excelencia de su maruilloso silencio, sola vna vez se nombra su nombre en toda aquella tan grande como verdadera historia. De todo lo que he dicho, has de inferir Sancho, q̄ es menester hazer diferencia, de amo a moço, de señor a criado, y de cauallero, a escudero. Afsi que desde oy en adelante nos hemos de tratar con mas respeto, sin darnos cordelejo, porque de qualquiera manera que yo me enoje con vos, han de ser mal para el cantaro. Las mercedes, y beneficios que yo os he prometido, llegarân a su tiempo, y sino llegaren, el salario alomenos no se ha de perder (como ya os he dicho). Est̄a bien quanto vuestra merced dize, dixo Sancho. Pero querria yo saber (por si a caso no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse necessario acudir al de los salarios) quanto ganaua vn escudero de vn cauallero andante en aquellos tiempos? y si se concertauan por meses, ô por dias, como pcones de aluañir? No creo yo, respondió don Quixote, que jamas los tales escuderos estuieron a salario, sino a merced. Y si yo aora te le he señalado a ti en el testamento cerrado que dexé en

Tercera parte de don

micala, fue por lo que podia suceder, que aun no se como prueua en estos tan calamitosos tiempos nuestros la caualleria, y no querria que por pocas cosas penasse mi anima en el otro mundo. Porque quiero que sepas Sancho, que en el no ay estado mas peligroso, que el de los auentureros. Asi es verdad, dixo Sancho, pues solo el ruydo de los maços de vn batan, pudo alborotar, y desassossegar el coraçon de vn tan valeroso andante auenturero, como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro, que de aqui adelante, no despliegue mis labios, para hazer donayre de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honrarle como a mi amo, y señor natural. Dessa manera, replicò don Quixote, viuiràs sobre la haz de la tierra, porque despues de a los padres, a los amos se ha de respetar, como si lo fuesen.

Cap. XXI. Que trata de la alta auentura, y rica ganancia del yetmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuencible cauallero.

EN ESTO Començò a llouer vn poco, y quisiera Sancho que se entraran en el molino de los batanes. Mas auiales cobrado tal aborrecimiento don Quixote por la pasada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro: y assi torciendo el camino a la derecha mano dieron en otro como el que auian lleuado el dia de antes. De alli apoco, descubrio don Quixote vn hombre a cavallo, que traia en la cabeça vna cosa que relumbrava, como si fuera de oro, y aun el apenas le huuo visto, quando se boluio a Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refrà que no sea verdadero, porque todos son
senten-

sentencias sacadas de la misma experiencia, madre de las ciencias todas: especialmente aquel que dize: Donde vna puerta se cierra, otra se abre. Digo lo, porque si anoche nos cerró la ventura la puerta de la q̄ buscavamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par en par otra, para otra mejor, y mas cierta aventura, que si yo no acertare a entrar por ella, mia será la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la oscuridad de la noche. Digo esto, porque sino me engaño, hâzia nosotros viene vno, que trae en su cabeça puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hize el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuesen otros batanes, que nos acabassen de batanar, y a porrear el sentido. Valate el diablo por hombre, replicó don Quixote, que va de yelmo a batanes? No se nada, respondió Sancho, mas a fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quizá diera tales razones, que vuestra merced viera que se engaña en lo que dize. Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso, dixo don Quixote? Dime, no vees aquel cauallero que hâzia nosotros viene, sobre vn cauallo ruzio rodado, que trae puesto en la cabeça vn yelmo de oro? Lo que veo, y columbro, respondió Sancho, no es sino vn hombre sobre vn asno pardo, como el mio, que trae sobre la cabeça vna cosa que relumbra. Pues esse es el yelmo de Mambrino, dixo don Quixote, apartate a vna parte, y dexame con el a solas, verás quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y que da por mio el yelmo que tanto he deseado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replicó Sancho: mas quiera Dios, torno a dezir, que oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys, ni por pienso mas esso de los batanes, dixo don Quixote,

Tercera parte de don

que voto, y no digo mas, que os batanee el alma. Calló Sancho, contemor que su amo no cumplierse el voto, que le auia echado redondo como vna bola. Es pues el caso, que el yelmo, y elcauallo, y cauallero que don Quixote veía, era esto, que en aquel contorno auia dos lugares, el vno tan pequeño, que ni tenia botica, ni barbero, y el otro que estaua junto a el, si, y así el barbero del mayor, seruia al menor: en el qual tuuo necesidad vn enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba, para lo qual venia el barbero, y traía vna bazia de azofar. Y quiso la suerte, que al tiempo que venia, començò a llouer, y porque no se le manchasse el sombrero, que deuia de ser nueuo, se puso la bazia sobre la cabeça, y como estaua limpia, desde media legua relumbraua. Venia sobre vn asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasión que adó Quixote le parecio caualloruzio rodado, y cauallero, y el yelmo de oro: que todas las cosas que veía, con mucha facilidad las acomodaua à sus desuariadas cauallerias, y malandantes pensamientos. Y quando el vio que el pobre cauallero llegaua cerca, sin ponerse cò el en razones, a todo correr de Rozinante, le enristró con el lançon baxo, lleuando intencion de passarse de parte a parte. Mas quando a el llegaua, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Defiendete cautiuo criatura, ò entriegame de tu voluntad, lo que con tanta razon se me deue. El barbero, que tan sin pensarlo, ni temerlo, vio venir aquella fantasma sobre si, no tuuo otro remedio, para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue el dexarse caer del asno a baxo. y no huuo tocado al suelo, quando se leuantò mas ligero que vn gamo, y començò a correr por aquel llano, que no le alcançara el viento. Dexose la bazia en el suelo, con la qual se contentò don Quixote, y dixo que el pagano auia andado discreto, y que auia imitado al Castor, el qual viendo se acosado de los caçadores

dores, le targa, y corta con los dientes, aquello por lo que el por distinto natural sabe, que es perseguido. Mardô a Sancho, que alçasse el yelmo, el qual tomándole en las manos, dixo: Por Dios que la bazia es buena, y que vale vn real de a ocho, como vn marauedj. Y dandofela à su amo, se la puso luego en la cabeça, rodeandola à vna parte, y a otra, buscándole el encaxe: y como no se le hallaua, dixo: Sin duda que el pagano, a cuya medida se forjó primero esta famosa celada, deuia de tener grandissima cabeça, y lo peor dello es, que te falta la mitad. Quando Sanchô oyô llamar a la bazia, celada, no pudo tener la risa, mas vino fele a las mientes la colera de su amo, y callô en la mitad della. De que te ries Sancho, dixo don Quixote? Riome, respondió el, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano, dueño deste almete, que no semeja sinua bazia de barbero, pintiparada. Sabes que ymagino Sancho, que esta famosa pieça deste encantado yelmo, por algun extraño accidente deuio de venir a manos de quien no supo conocer, ni estimar su valor, y sin saber lo que hazia, viendola de oro purissimo, deuio de fundir la otra mitad para aprouecharse del precio, y de la otra mitad hizo esta que parece bazia de barbero, como tu dizes: pero sea lo que fuere; que para mi que la conozco, no haze al caso su transmutacion, que yo la adereçaré en el primer lugar donde aya herrero, y de suerte que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerias, para el dios de las batallas: y en este entretanto la traeré como pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto mas, que bien serâ bastante, para defenderme de alguna pedrada. Eſto serâ dixo Sancho, sino se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quando le santiguarô a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel bendisimo breuaje, que me hizo vomitar

Tercera parte de don

las assaduras. No me da mucha pena el auerle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo, respôdio Sancho. Pero si yo le hiziere, ni le prouare mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quanto mas que no pienso ponerme en ocasion de auerle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos, de ser ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado, no digo nada, que semejantes desgracias mal se pueden preuenir, y si vienen, no ay que hazer otra cosa, sino encoger los ombros, detener el aliento, cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte, y la manta nos lleuare. Mal Christiano eres Sancho, dixo oyendo esto don Quixote, porque nunca olvidas la injuria que vna vez te han hecho: pues sabete que es de pechos nobles, y generosos, no hazer caso de niñerías. Que pie sacaste coxo, que costilla quebrada, que cabeça rota, para que no se te oluide aquella burla? que bien apurada la cosa, burla fue, y passatiempo, que a no entenderlo yo assi, ya yo huuiera buuelto alla, y huuiera hecho en tu vengança mas daño, q̄ el q̄ hizieron los Griegos por la robada Elena. La qual si fuera en este tiẽpo, ô mi Dulcinea fuera en aquel, pudiera estar segura, que no tuuiera tanta fama de hermosa como tiene: y aqui dio vn suspiro, y le puso en las nubes. Y dixo Sancho, por burlas, pues la vengança no puede pasar en veras: pero yo se de que calidad fueron las veras, y las burlas, y se tambien que no se me caeran de la memoria, como nunca se quitaran de las espaldas. Pero dexando esto a parte, digame vuestra merced, que haremos deste cauallo ruzio rodado, que parece asno pardo, que dexô aqui desamparado aquel Martino, que vuestra merced derribô, que segun el puso los pies en poluorosa, y cogio las de Villadiego, no lleua pergenio de boluer por el jamas, y para mis barbas, sino es bueno el ruzio. Nunca

yo acostumbro, dixo don Quixote, despojar a los que venço, ni es vfo de caualleria, quitarles los cauалlos, y dexarlos a pie: si ya no fuesse que el vencedor huuiesse perdido en la pendencia el suyo, que en tal caso, licito es tomar el del vencido, como ganado en guerra licita. Así que Sancho dexa esse cauалlo, ô asno, ô lo que tu quisieres que sea, que como su dueño nos vea alongados de aqui, boluerá por el. Dios sabe si quisiera llevarle, replicó Sancho, ô por lo menos trocalle con este mio, que no me parece tan bueno, verdaderamente que son estrechas las leyes de caualleria, pues no se estienden a dexar trocar vn asno por otro. y querria saber si podria trocar los aparesijos si quiera. En esso no estoy muy cierto, respondió don Quixote, y en caso de duda (hasta estar mejor informado) digo que los trueques, si es que tienes dellos necesidad estrema. Tan estrema es, respondió Sancho, que si fueran para mi misma persona, no los huuiera menester mas: y luego abilitado con aquella licencia, hizo mutatio caparum, y puso su jumento a las mil lindezas, dexandole mejorado en tercio, y quinto. Hecho esto, almorçaron las sobras del real q̄ del azemila despojaron beuieron del agua del arroyo de los batanes, sin boluer la cara à mirallos) tal era el aborrecimiento q̄ les tenian, por el miedo en q̄ les auian puesto, que cortada la colera, y aun la malencolia, subieron a cauалlo, y sin tomar determinado camino (por ser muy de caualleros andantes el no tomar ninguno cierto) se pusieron a caminar por donde la voluntad de Rozinante quiso (que se lleuaua tras si la de su amo, y aun la del asno, que siempre le seguia por donde quiera que guiaua, en buen amor, y compañía). Con todo esto boluieron al camino real, y siguieron por el a la ventura, sin otro designio alguno. Yendo pues así caminando, dixo Sancho a su amo: Señor quiere vuestra merced darme licencia, que departa vn poco con el, que despues q̄

Tercera parte de don

me puso aquel aspero mandamiento del silencio, se me han podrido mas de quatro cosas en el estomago, y vna sola que aora tengo en el pico de la lengua, no querria que se malograssse? Dila, dixo don Quixote, y se brene en tus razonamientos, que ninguno ay gustoso, si es largo. Digo pues señor, respondió Sancho, que de algunos dias a esta parte he considerado, quan poco se gana, y grãgea, de andar buscando estas auenturas, que vuestra merced busca por estos desiertos, y encrucijadas de caminos, donde ya que se vençan, y acaben las mas peligrosas, no ay quien las vea, ni sepa, y assi se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuizio de la intencion de vuestra merced, y de lo que ellas merecen. Y assi me parece que seria mejor (saluo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuessemos a seruir â algun Emperador, ô a otro Principe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo seruicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerças, y mayor entendimiento: que visto esto del señor a quien seruiremos, por fuerça nos ha de remunerar, a cada qual, segun sus meritos, y alli no faltará quié ponga en escrito las hazañas de vuestra merced, para perpetua memoria. De las mias no digo nada, pues no han de salir de los limites escuderiles: aunque se dezir, que si se vsa en la caualleria escriuir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mias entre renglones. No dizes mal Sancho, respondió don Quixote, mas antes que se llegue a esse termino, es menester andar por el mundo, como en aprouacion, buscando las auenturas: para que acabando algunas, se cobre nombre, y fama, tal, que quando se fuere a la Corte de algun gran Monarca, ya sea el cauallero conocido por sus obras, y que apenas le ayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, quando todos le sigan, y rodeen dando voces, diciendo: Este es el cauallero del Sol,
ò de

ò de la Serpiente, ò de otra insignia alguna, debaxo de la qual huuiere acabado grandes hazañas. Este es di-ran, el que vencio en singular batalla al Gigantazo Bro-cabrano de la gran fuerça, el que desencantó al gran Mameluco de Persia del largo encantamento, en que auia estado casi noueciētos años. Afsi q̄ de mano en ma-no yràn pregonando sus hechos, y luego al alborotó de los muchachos, y de la demas gente, se parará a las fenestras de su Real palacio, el Rey de aquel Reyno: y afsi como vea al cauallero, conociendolo por las ar-mas, ó por la empresa del escudo, forçosamente ha de dezir: Ea sus salgan mis caualleros, quantos en mi Cor-te estan, a recibir a la flor de la caualleria que alli viene, a cuyo mandamiento saldran todos, y el llegarâ hasta la mitad de la escalera, y le abraçará estrechissimamen-te, y le dará paz, besandole en el rostro, y luego le lle-uara por la mano al aposento de la señora Reyna, adon-de el cauallero la hallará con la Infanta su hija, que ha de ser vna de las mas fermosas, y acabadas donzellas, que en gran parte de lo descubierta de la tierra a duras penas se puede hallar. Sucederâ tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el cauallero, y el en los della, y cada vno parezca al otro cosa mas diuina que humana, y sin saber como, ni como no, han de quedar presos, y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuy-ta en sus coraçones, por no saber como se han de hablar, para descubrir sus ansias, y sentimientos. Desde alli le llevaran sin duda â algun quarto del palacio, ricamente adereçado: donde auiendole quitado las armas, le trae-ran vn rico manton de escarlata, con que se cubra: y si bien parecio armado, tan bien, y mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el Rey, Reyna, é In-fanta, donde nunca quitarà los ojos della mirandola â fue-to de los circunståtes: y ella hará lo mismo, y có la misma
saga-

Tercera parte de don

sagacidad, porque como tengo dicho, es muy discreta donzella. Leuantarse han las tablas, y entrará a deshora por la puerta de la sala vn feo, y pequeño enano, con vna fermosa dueña, que entre dos Gigantes, detras del enano viene, con cierta auentura, hecha por vn antiquissimo fabio, que el que la acabare será tenido por el mejor cauallero del mundo. Mandará luego el Rey, que todos los que estan presentes la prueuen, y ninguno le dará fin, y cima, sino el cauallero huesped, en mucho pro de su fama, de lo qual quedará contentissima la infanta, y se tendrá por contenta, y pagada ademas, por auer puesto, y colocado sus pensamientos en tan alta parte. Y lo bueno es, que este Rey, ô Principe, ô lo que es, tiene vna muy reñida guerra, con otro tan poderoso como el: y el cauallero huesped le pide (al cabo de algunos dias que ha estado en su Corte) licencia para yr a seruirle en aquella guerra dicha. Dará sela el Rey, de muy buen talante, y el cauallero le besará cortesmente la manos, por la merced que le faze. Y aquella noche se despedirá de su señora la Infanta, por las rejas de vn jardin, q̄ cae en el aposento donde ella duerme, por las quales ya otras muchas vezes la auia hablado, siendo medianera, y sabidora de todo, vna donzella de quien la Infanta mucho se fia. Suspirará el, desmayará ella, traerá agua la donzella, acuytarase mucho, porque viene la mañana, y no querria que fuesien descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la Infanta boluerá en si, y dará sus blancas manos por la reja al cauallero, el qual se las besará mil, y mil vezes, y se las bañará en lagrimas. Quedará concertado entre los dos, del modo que se han de hazer saber sus buenos, ô malos sucesos: y rogarale la Princesa, que se detenga lo menos que pudiere: prometerfelo ha el con muchos juramentos, tornale a besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida:
vase

va desde allí a su aposento, echase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vafe a despedir del Rey, y de la Reyna, y de la Infanta, diziendole (auiendose despedido de los dos) que la señora Infanta está mal dispuesta, y que no puede recibir visita: piensa el cauallero, que es de pena de su partida, traspassafele el coraçõ, y falta poco de no dar indicio manifesto de su pena: está la donzella medianera delante, halo de notar todo, vafelo a dezir a su señora, la qual la recibe con lagrimas, y le dize, que vna de las mayores penas que tiene, es no saber quien sea su cauallero, y si es de linage de Reyes, ô no: assegura la donzella, que no puede caber tanta cortesia, gentileza, y valentia, como la de su cauallero, sino en sujeto Real, y graue. Cõsuelese con esto la cuytada, y procura consolarse, por no dar mal indicio de si a sus padres. Y acabo de dos dias sale en publico: ya se es y do el cauallero, pelea en la guerra, vence al enemigo del Rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, buelue a la Corte, vee a su señora por dõ de suele, conciertase que la pida â su padre por muger, en pago de sus seruicios, no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es. Pero con todo esto, ô robada, ô de otra qualquier suerte que sea, la Infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque le vino â aueriguar, que el tal cauallero, es hijo de vn valeroso Rey de no se que Reyno, porque creo que no due de estar en el Mapa. Muere se el padre, hereda la Infanta, queda Rey el cauallero en dos palabras. Aqui entra luego el hazer merced a su escudero, y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado. Casa â su escudero con vna donzella de la Infanta, que serà sin duda la que fue tercera en sus amores, que es hija de vn Duque muy principal. Effenido, y barradas derechas, dixo Sancho, a esso me atengo, porque todo
al pie

Tercera parte de don

al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llamandose: el cauallero de la triste Figura. No lo dudes Sancho, replicô don Quixote, porque del mismo, y por los mismos passos que esto he contado, suben, y han subido los caualleros andantes a ser Reyes, y Emperadores. Solo falta aora mirar, que Rey de los Christianos, ô de los Paganos tenga guerra, y tenga hija hermosa: pero tiempo aurà para pensar esto, pues como te tengo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes; q̄ se acuda a la Corte. Tambien me falta otra cosa, que puestaso caso que se halle Rey con guerra, y con hija hermosa, y que yo aya cobrado fama increyble por todo el vniuerso, no se yo como se podia hallar que yo sea de linage de Reyes, ô por lo menos, primo segûdo de Emperador? Porque no me querrà el Rey dar a su hija por muger, sino està primero muy enterado en esto, aunque mas lo merezcan mis famosos hechos: asì que por esta falta, temo perder lo que mi braço tiene bien merecido. Bien es verdad, que yo soy hijodalgo, de solar conocido, de posesion, y propiedad, y de deuengar quinientos sueldos: y podria ser que el sabio que escriuiesse mi historia, deslindasse de tal manera mi parentela, y decendencia, que me hallasse quinto, ô sexto nieto de Rey. Porque te hago saber Sancho, que ay dos maneras de linages en el mundo: vnos que traen, y deriuau su decendencia de Principes. y Monarcas, a quien poco a poco el tiempo ha deshecho, y han acabado en punta, como piramides. Otros tuieron principio de gente baxa, y van subiendo de grado en grado, hasta llegar a ser grandes señores. Demanera que està la diferencia, en que vnos fuèron, que ya no son: y otros son que ya no fueron, y podria ser yo destes, que despues de aueriguado, huuiessse sido mi principio grande, y famoso, con lo qual se deuia de contentar el Rey mi suegro que hùiere de ser. Y quando
no, la

no, la Infanta me ha de querer de manera, que a pesar de su padre, aunque claramente sepa que soy hijo de vn açacano, me ha de admitir por señor, y por esposo: y sino aquí entra el roballa, y lleuarla donde mas gusto me diere, que el tiempo, ô la muerte ha de acabar el enojo de sus padres. Así entra bien tambien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados dizê. No pidas de grado, lo que puedes tomar por fuerça. Aunque mejor quadra dezir: Mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. Digo lo, porque si el señor Rey, suegro de vuestra merced, no se quisiere domeñar a entregarle a mi señora la Infanta, no ay sino como vuestra merced dize, roballa, y trasponella. Pero está el daño, que en tanto que se hagã las pazes, y se goze pacificamente del Reyno, el pobre escudero se podrá estar a diente en esto de las mercedes: si ya no es, q̄ la donzella tercera, q̄ ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y el passe cō ella su mala ventura, hasta q̄ el cielo ordene otra cosa, porque bien podrá, creo yo, desde luego darsela su señor por legitima esposa. Esto no ay quien lo quite, dixo don Quixote. Pues como esso sea, respondió Sãcho, no ay sino encomẽdarnos a Dios, y dexar correr la suerte, por dõde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respondió dõ Quixote, como yo desseo, y tu Sãcho has menester, y ruyn sea quiẽ por ruyn se tiene. Sea por Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo soy, y para ser Cõde esto me basta. Y aunte sobra, dixo don Quixote, y quãdo no lo fueras, no hazias nada al caso, porque siendo yo el Rey, bien te puedo dar nobleza, sin que la compres, ni me siruas con nada: porque en haziendote Conde, catarate al cauallero, y digan lo que dixeren, que a buena fe que te han de llamar señoria, mal que les pese. Y monstas que no sabria yo autorizar el litado, dixo Sancho, Ditado has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea assi, respondió Sancho Pança. Digo que le sabria bien acomodar, porque

Tercera parte de don

porque por vida mia que vn tiẽpo fuy muñidor de vna cofradia, y que me assentaua tan biẽ la ropa de muñidor, que dezian todos q̃ tenia presencia para poder ser Prior de la misma cofradia. Pues que serã, quando me ponga vn ropon Ducal acuestas, o me vista de oro, y de perlas, a vso de Conde estrangero para mi tengo, que me hã de venir a ver de cien leguas. Bien pareceràs, dixo don Quixote, pero serã menester q̃ te rapes las barbas a menudo, que segũ las tienes de espessas, aborascadas, y mal puestas, sino te las rapas a nauaja cada dos dias por lo menos, a tiro de escopeta, se echarã de ver lo que eres. Que ay mas, dixo Sancho, sino tomar vn Barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuera menester, le harẽ que ande tras mi, como cauallerizo de grande. Pues como sabestu, preguntõ don quixote, que los grandes llevan detras de si a sus cauallerizos? Yo se lo dirẽ, respondio Sancho: Los años passados estuuẽ vn mes en la Corte, y alli vi, que passeandose vn seõor muy pequeno, que dezian que era muy grande, vn hombre le seguia a cauallo, a todas las bueltas, que daua que no parecia, sino que era su rabo. Preguntẽ que como aquel hombre no se juntaua con el otro hombre, sino que siempre andaua tras del? Respondierõ me, q̃ era su cauallerizo y que era vso de grandes, llevar tras si a los tales. Desde entonces lo se tambien q̃ nunca se me ha olvidado. Digo que tienes razon dixo don Quixote, y que assi puedes tu llevar a tu Barbero, que los vsos no vinieron todos juntos, ni se inuentaron a vna, y puedes ser tu el primero Conde que lleua tras si su Barbero: y aũ es de mas confiança el hazer la barba, que enfillar vn cauallo. Quedose esto del Barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede, el procurar venir a ser Rey, y el hazerme Conde. Assi serã, respondio don Quixote, y açando los ojos wio, lo que se dirã en el siguiente capitulo.

Cap. XXII. De la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados, que mal de su grado los lleuauan donde no quisieran yr.

Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor Aruigo, y Manchego, en esta grauissima, altisonante, minima, dulce, è imaginada historia, que despues q̄ entre el famoso don Quixote de la Mancha, y Sancho Pança su escudero passaron aquellas razones, que en el fin del capitulo veynte, y vno quedan referidas: Que don Quixote açò los ojos, y vio que por el camino que lleuaua, venian hasta doze hombres a piè, ensartados como cuentas en vna grã cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas a las manos. Venian asì mismo con ellos dos hombres de a cauallo, y dos de apie. Los de a cauallo con escopetas de rueda, y los de apie con dardos, y espadas, y que asì comò Sancho Pança los vido, dixo: Esta escadena de galeotes, gente forçada del Rey, que vá a las galeras. Como gente forçada, preguntò don Quixote? es posible q̄ el Rey haga fuerça a ninguna gente? No digo esso, respondió Sancho, sino q̄ es gente, que por sus delitos vá conde nada, a seruir al Rey en las galeras de por fuerça. En resolution, replicó don Quixote: como quiera que ello sea, esta gente aunque los lleuan van de por fuerça, y no de su voluntad. Asì es, dixo Sancho. Pues deessa manera, dixó su amo, aqui encaxa la execucion de mi oficio, desfazer fuerças, y socorrer, y acudir a los miserables. Aduierta vuestra merced, dixo Sancho, que la justicia, que es el mismo Rey, no haze fuerça, ni agrauio a semejante gente, sino que los castiga en pena de sus delitos. Llegò er esto la cadena de los galeotes, y don Quixote, con muy

Tercera parte de don

corteses razones, pidió à los que yuan en su guarda, fuesen seruidos, de informalle, y dezille, la causa, o causas, porq̄ lleuauan aquella gente de aquella manera? Vna de las guardas de acuallo respondió, que eran galeotes, gente de su Magestad, que yua à galeras, y que no auia mas que dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso, replicò don Quixote, querria saber de cada vno dellos en particular la causa de su desgracia? Añadio a estas, otras tales y tan comedidas razones, para mouerlos à que le dixessen lo que desleaua, que la otra guarda de acuallo le dixo: Aũque lleuamos aqui el registro, y la fè de las sentencias, de cada vno destos malauenturados, no es tiempo este de derenerles à sacarlas, ni à leellas, vuestra merced llegue, y se lo pregunte à ellos mismos, que ellos lo diran, si quisieren, que si querran, porque es gente q̄ recibe gusto, de hazer, y dezir vellaquerias. Con esta licencia que don Quixote se tomara, aunque no se la dieran, se llegó à la cadena, y al primero le preguntò: Que por que pecados yua de tan mala guisa? El respondió, q̄ por enamorado. Por esso no mas? replicò don Quixote, pues si por enamorados echan à galeras, dias hà que pudiera yo estar bogando en ellas. No son los amores como los q̄ vuestra merced piensa, dixo el galeote, q̄ los míos fueron, que quise tanto à vna canasta de colar, atestada de ropa blanca, q̄ la abracé conmigo tan fuertemente, que a no quitarmela la justicia por fuerça, aun hasta aora no la huuiera dexado de mi voluntad. Fue en fragante, no huuo lugar de tormento, concluyose la causa, acomodaronme las espaldas cõ ciento; y por añadidura tres años de gurapas, y acabose la obra. Que son gurapas, preguntò don Quixote? Gurapas son galeras, respondió el galeote, el qual era vn moço, de hasta edad de veynte, y quatro años, y dixo que era natural d̄ Piedrahita. Lo mismo preguntó don Quixote al segundo, el qual no respondió pala-

palabra, segun yua de triste, y melancolico; mas respondió por el el primero, y dixo: Este señor va por Canario, digo, que por mulico, y cantor. Pues como, repitió don Quixote, por músicos, y cantores van tambien a galeras? Si señor, respondió el galeote, que no ay peor cosa que cantar en el ansia. Antes he yo oydo dezir, dixo don Quixote, que quien canta, sus males espanta, Acá es al reues, dixo el galeote, que quien canta vna vez, llora toda la vida. No lo entiendo, dixo don Quixote; mas vna de las guardas le dixo: Señor cauallero, cantar en el ansia se dize entre esta gente non santa, confessar en el tormento. A este pecador le dieron tormento, y confessò su delito, que era ser quatrero, que es ser ladrón de bestias y por auer confessado, le condenaron por seys años à galeras, amen de dozientos açotes que ya lleua en las espaldas. Y va siempre pensatiuo, y triste, porque los demas ladrones que allà quedan, y aquí van, le maltratan, y aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porque confessò, y no tuuo animo de dezir nones. Porque dicen ellos, que tantas letras tiene vn no, como vn si: y q̄ harta ventura tiene vn delinquente, que está en su lengua su vida, o su muerte, y no en la de los testigos, y prouanças, y para mi tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo lo entiendo así, respondió don Quixote, el qual passando al tercero, preguntò lo que a los otros: el qual de presto, y con mucho desenfado, respondió, y dixo: Yo voy por cinco años à las señoras gurapas, por faltarme diez ducados. Yo darè veynte de muy buena gana, dixo don Quixote, por libraros dessa pesadumbre. Effeno me parece, respondió el galeote, como quien tiene dineros en mitad del golfo, y se está muriendo de hambre, sin tener adonde comprar lo que ha menester. Digo, porque si à su tiempo tuuiera yo esos veynte ducados que vuestra merced aora me ofrece, huuiera vntra-

Tercera parte de don

do con ellos la pendola del escriuano, y auuado el ingenio del procurador, de manera, que oy me viera en mitad de la plaça de Zocodouer de Toledo, y no en este camino atrayllado como galgo, pero Dios es grande, paciencia, y basta. Pafsó don Quixote al quarto, que era vn hombre de venerable rostro, con vna barba blanca, q̄ le passaua del pecho: el qual oyendose preguntar la causa, porque alli venia, començò a llorar, y no respondió palabra: mas el quinto condenado le siruio de lengua, y dixo: Este hombre honrado, và por quatro años a galeras, auiendo passeado las acostumbradas, vestido en pōpa, y acauallo. Esto es, dixo Sancho Pança, a lo que a mi me parece, auer salido a la verguença. Afsi es, replicò el galeote: y la culpa porq̄ le dieron esta pena, es por auer sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo: en efeto quiero dezir, que este cauallero và por alcahuete, y por tener afsi mismo sus puntas, y collar de hechizero. A no auerle añadido estas puntas, y collar, dixo don Quixote, por solamente el alcahuete limpio, no merecia el yr à bogar en las galeras, sino a mādallas, y à ser General dellas, porque no es afsi como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y necessarissimo en la republica bien ordenada, y que no le deuia exercer sino gente muy bien nacida: y aun auia de auer veedor, y examinador de los tales, como le ay de los demas oficios, con numero deputado, y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarian mucho males, que se causan, por andar este oficio, y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento: como son mugerzillas de poco mas a menos, pajezillos, y truhanes de pocos años, y de muy poca experiencia, que a la mas necessaria ocasion, y quando es menester dar vna traça que importe, se les yelan las migas entre la boca, y la mano, y no saben qual es su mano derecha. Quisiera
passar

passar adelante, y dar las razones, porque conuenia hazer elecion de los que en la republica auian de tener tan necessario officio: pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire, a quien lo pueda proueer, y remediar. Solo digo aora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tanta fatiga por alcahuete, me ha quitado el assunto de ser hechizero. Aunque bien se que no ay hechizos en el mundo, que puedan mouer, y forçar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro aluedrio, y no ay yerua ni encanto que le fuerce: lo que suelen hazer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vellacos, es algunas misturas, y venenos con que bueluen locos a los hombres, dando a entender que tienen fuerza para hazer querer bien, siendo como digo cosa imposible, forçar la voluntad. Ahsi es, dixo el buen viejo, y en verdad señor, que en lo de hechizero, que no tuue culpa, en lo de alcahuete, no lo pude negar: pero nunca pensé que hazia mal en ello, que toda mi intencion era, que todo el mundo se holgasse, y viuiesse en paz, y quietud, sin pendencias ni penas: pero no me aprouechò nada este buen desseo, para dexar de yr a donde no espero boluer, segun me cargan los años, y vn mal de orina que lleuo, que no me dexa reposar vn rato: y aqui tornò a su lláto como de primero, y tuole Sancho tanta compasió, que sacò vn real de a quatro del seno, y se le dio de limosna. Palsò adelante dò Quixote; y preguntò a otro su delito, el qual respondió con no menos, sino con mucha mas gallardia que el passado: Yo voy aqui, porque me burlè demasiadamente con dos primas hermanas mias, y con otras dos hermanas, que no lo eran mias: finalmente tanto me burlè con todas, que resultò de la burla, crecer la parentela tan intricadamente, que no ay Sumista que la declare. Prouoseme todo, faltò fauor, no tuue di-

Tercera parte de don

neros, vime à pique de perder los tragaderos: sentencia ronme à galeras por feys años, consenti; castigo es de mi culpa, moço soy, dure la vida, que con ella todo se alcanza. Si vuestra merced, señor cauallero, lleua alguna cosa con que focorrer à estos pobretes, Dios se lo pagará en el cielo, y nosotros tendremos en la tierra cuydado de rogar à Dios en nuestras oraciones por la vida, y salud de vuestra merced, que sea tan larga, y tan buena, como su buena presencia merece. Este yua en habito de estudiante, y dixo vna de las guardas, que era muy grande hablador, y muy gentil Latino. Tras todos estos, venia vn hombre de muy buen parecer, de edad de treynta años, sino que al mirar metia el vn ojo en el otro: vn poco venia diferentemente atado que los demas, por que traía vna cadena. al pie, tan grande, que se la liaua por todo el cuerpo, y dos argollas à la garganta, la vna en la cadena, y la otra, de las que llaman guarda amigo, ò pie de amigo. De la qual decendian dos hierros, q̄ llegauan à la cintura, en los cuales se asian dos esposas, donde lleuaua las manos, cerradas con vn gruesso candado, de manera, que ni con las manos podia llegar à la boca, ni podia baxar la cabeça à llegar à las manos. Preguntò don Quixote, que como yua aquel hombre con tantas prisiones, mas que los otros? Respondiole la guarda: Porque tenia aquel solo mas delitos, que todos los otros juntos: y que era tan atreuido, y tan grande vellaco, q̄ aunque le lleuauan de aquella manera, no yuan seguros del, sino que remian que se les auia de huyr. Que delitos puede tener, dixo don Quixote, sino han merecido mas pena que écharle à las galeras? Va por diez años, replicò la guarda, q̄ es como muerte ceuil: No se quiera saber mas, sino que este bué hombre es el famoso Gines de Passamonte, que por otro nombre llaman Ginesillo de Parapilla. Señor Comissario, dixo entonces el galeote,

re, vayase poco à poco, y no andemos aora a deslindar nombres, y sobrenombres, Gines me llamo, y no Ginesfillo, y Passamonte es mi alcurnia, y no Parapilla, como boace dize, y cada vno se dêvna buelta à la redonda, y no hara poco. Hable con menos tono, replicò el Comissario; señor ladron de mas de la marca, sino quiere que le haga callar, mal que le pese. Bien parece, respondió el galeote, que va el hombre como Dios es seruido, pero algun dia sabra alguno, si me llamo Ginesfillo de Parapilla, o nó. Pues no te llaman assi embustero, dixo la guarda? Si llaman, respondió Gines, mas yo harè que no me lo llamen, o me las pelaria, donde yo digo entre mis dientes. Señor cauallero, si tiene algo q̄ darnos, denoslo ya, y vaya con Dios, que ya enfada con tanto querèr saber vidas ajenas; y si la mia quiere saber, sepa que yo soy Gines de Passamonte, cuya vida està escrita por estos pulgares. Dize verdad, dixo el Comissario, que el mismo ha escrito su historia, que no ay mas que desfeiar, y dexa empeñado el libro en la carcèl en dozientos reales. Y le pienso quitar, dixo Gines, si quedara en dozientos ducados. Tan bueno es, dixo don Quixote. Es tan bueno, respondió Gines, que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos quantos de aquel genero se han escrito, o escriuieren. Lo que le se dezir à boace, es, que trata verdades; y que son verdades tan lindas, y tan donofas, que no pueden auer mentiras que se le ygualen. Y como se intitula el libro, preguntó don Quixote? La vida de Gines de Passamonte, respondió el mismo. Y està acabado, preguntò don Quixote? Como puede estar acabado, respondió el, si aun no està acabada mi vida: lo que està escrito, es desde mi nacimiento, hasta el punto que esta vltima vez me han echado en galeras. Luego otra vez aueys estado en ellas, dixo don Quixote? Para seruir à Dios, y al Rey, otra vez he estado

Tercera parte de don

quatro años, y ya se á que sabe el vizcocho, y el corbacho, respódió Gines: y no me pesa mucho de yr á ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir: y en las galeras de España, ay mas sosiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escribir, porque me lo se decoro, Abil paresces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondió Gines, porque siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. Persiguen a los vellacos, dixo el Comissario. Ya le he dicho señor Comissario, respondió Passamonte, que se vaya poco a poco, que aquellos señores no le dieron essa vara, para que maltratasse a los pobretes que aqui vamos, sino para que nos guiasse, y lleuasse, adóde su Magestad manda: sino por vida de, basta, que podria ser que saliesse algun día en la colada, las manchas que se hizieron en la venta; y todo el mundo calle, y viua bien, y hable mejor, y caminemos, que ya es mucho regodeo este. Alçò la vara en alto el Comissario, para dar a Passamonte en respuesta de sus amenazas, mas don Quixote se puso en medio, y le rogò que no le maltratasse, pues no era mucho, & quien lleuaua tan atadas las manos, tuuiesse algun tanto suelta la lengua: y boluiendose a todos los de la cadena, dixo: De todo quanto me aueys dicho, hermanos carísimos, he sacado en limpio, que aunque os han castigado por vuestras culpas, las penas que vays a padecer no os dan mucho gusto, y que vays a ellas muy de mala gana, y muy contra vuestra voluntad: y que podria ser, que el poco animo que aquel tuuo en el tormento, la falta de dineros deste, el poco fauor del otro, y finalmente el torcido juyzio del juez, huuiesse sido causa de vuestra perdicion, y de no auer salido con la justicia que de vuestra parte teniades. Todo lo qual se me representa a mi aora en la memoria, de manera que me está diziendo, persuadiendo,

diendo, y aun forçando, q̄ muestre con vosotros el efeto para que el cielo me arrojò al mundo, y me hizo professar en el la orden de caualleria que professo, y el voto q̄ en ella hize, de fauorecer a los menesterosos, y opressos de los mayores. Pero porque se, que vna de las partes de la prudencia es, que lo que se puede hazer por bien no se haga por mal, quiero rogar a estos señores guardianes, y Comissario, sean seruidos de desataros, y dexaros yr en paz, que no faltaran otros que siruan al Rey en mejores ocasiones: porque me parece duro caso hazer esclauos a los que Dios, y naturaleza hizo libres. Quãto mas, señores guardas, añadio don Quixote, que estos pobres no han cometido nada contra vosotros, allà se lo aya cada vno con su pecado, Dios ay en el cielo que no se descuyda de castigar al malo, ni de premiar al bueno: y no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yendoles nada en ello. Pido esto con esta mansedumbre, y sossiego, porque tenga, si lo cumplis, algo que agradeceros: y quando de grado no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el valor de mi braço, haran que lo hagays por fuerça. Donosa majaderia, respondió el Comissario: bueno està el donayre con que ha salido a cabo de rato, los forçados del Rey quiere q̄ le dexemos, como si tuvieramos autoridad para soltarlos, o el la tuiera para mandarnoslo. Vayase vueitra merced, señor, norabuena su camino adelante, y enderecese esse bazin que trae en la cabeça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos soys el gato, y el rato, y el vellaco, respondió don Quixote: y diziendo, y haziendo, arremetio con el tan presto, que sin que tuuiesse lugar de ponerse en defensa, dio con el en el suelo, mal herido de vna lançada: y auinole bien, que este era el de la escopeta. Las demas guardas quedaron atonitas, y suspensas del no esperado acontecimiento, pero boluendo sobre si, pu-

Tercera parte de don

fi, pusieron mano á sus espadas los de á cavallo, y los de á pie á sus dardos, y arremetieron á don Quixote, q̄ con mucho sosiego los aguardaua: y sin duda lo passara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcanzar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian ensartados. Fue la rebuelta de manera, que las guardas, ya por acudir á los galeotes q̄ se desatauan, ya por acometer a don Quixote, que los acometia, no hizieron cosa que fuesse de prouecho. Ayudò Sancho por su parte, á la soltura de Gines de Passamonte, que fue el primero que saltò en la campaña libre, y desembaraçado; y arremetiendo al Comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual apuntando al vno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedò guarda en todo el campo, porque se fuero huyendo, assi de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que los ya sueltos galeotes les tirauan. Entristeciose mucho Sancho deste suceso, porque se le representò que los que yuan huyendo auian de dar noticia del caso a la santa Hermandad, la qual á campana herida saldria á buscar los delinquentes, y assi se lo dixo a su amo, y le rogò que luego de alli se partiessen, y se emboscassen en la sierra, que estaua cerca. Bien està esso, dixo don Quixote, pero yo se lo que aora conuiene que se haga: y llamando todos los galeotes, que andauan atorrotados, y auian despojado al Comissario; hasta dexarle en cueros, se le pusieron todos á la redonda para verlo que les mandaua, y assi les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y vno de los pecados que mas á Dios ofende, es la ingratitud. Digo lo, porque ya aueys visto, señores, con manifesta experiencia, el que de mi aueys recebido, en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de essa cadena que quitè de vuestros cuellos, luego os pongays en camino;

mino, y vays a la ciudad del Toboso, y alli os presentey's ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digays, que fu caullero, el de la triste figura, se le embia à encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido esta famosa aventura, hasta ponerlos en la deseada libertad: y hecho esto os podreys yr donde quisiereis, a la buena ventura. Respondio por todos Gines de Passamonte, y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, señor, y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos yr juntos por los caminos, sino solos y diuididos, y cada vno por su parte, procurando meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo q̄ vuestra merced puede hazer, y es justo que haga, es, mudar esse seruicio y montazgo de la señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de Aue Marias, Cremos, que nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podra cumplir de noche, y de dia: huyendo, o reposando: en paz, o en guerra: pero pensar que hemos de boluer aora à las ollas de Egipto, digo, à tomar nuestra cadena, y à ponernos en camino del Toboso, es pensar que es aora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir à nosotros esso, como pedir peras al olmo. Pues voto à tal dixo don Quixote (ya puesto en cólera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como os llamays, que aueys de yr vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena acuestas. Passamonte que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quixote no era muy cuerdo (pues tal disparate auia cometido, como el de querer darles libertad) viendose tratar mal, y de aquella manera; hizo del ojo à los compañeros, y apartandose à parte, començaron à llouer tantas y tantas piedras sobre don Quixote, q̄ no se daya manos

Tercera parte de don

á cubrirse con la rodela: y el pobre de Rozinante no ha-
zia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronze.
Sancho se puso tras su asno, y con el se defendia de la nu-
be, y pedrisco que sobre entrambos llouia. No se pudo
escudar tan bien don Quixote, que no le acertassen no-
se quantos guijarros en el cuerpo, con tanto fuerça, que
dieron con el en el suelo: y apenas huuo caydo, quando
fue sobre el el estudiante, y le quitò la vazia de la cabe-
ça, y diole con ella tres, o quatro golpes en las espaldas,
y otros tantos en la tierra, con que la hizo casi pedaços.
Quitaronle vna ropilla que trahia sobre las armas, y las
medias calças le querian quitar, si las greuas no lo estor-
uaran. A Sancho le quitaron el gauan, y dexandole en
pelota, repartiendo entre si los demas despojos de la ba-
talla, se fueron cada vno por su parte, con mas cuydado
de escaparse de la Hermandad que remian, que de car-
garse de la cadena, e yr apresenterse ante la Señora Dul-
cinea del Toboso. Solos quedaron jumento, y Rozi-
nante, Sancho, y don Quixote. El jumento cabizbaxo,
y pensatiuo, sacudiendo de quando en quando las ore-
jas, pensando que aun no auia cessado la borrasca de las
piedras que le perseguian los oydos. Rozinante, tendi-
do junto a su amo, que tambien vino al suelo de otra pe-
drada. Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermã-
dad. Don Quixote mohinifimo de verse tan mal para-
do, por los mismos a quien tanto bien auia hecho.

*Cap. XXIII. De lo que le acontecio al famoso
don Quixote en Sierra Morena, q̃ fue vna
de las mas raras aventuras que en esta ver-
dadera historia se cuentan.*

Viendo tan mal parado don Quixote; dixo a su es-
cudero: Siempre Sancho lo he oydo dezir, que el
hazer

hazer bien â villanos, es echar agua en la mar. Si yo huuiera creydo lo que me dixiste, yo huuiera escusado esta pesadumbre, pero ya està hecho, paciencia, y escarmen tar para desde aqui adelante. Afsi escarmen tarâ vuestra merced, respondió Sancho, como yo soy Turco: pero pues dize, q̄ si me huuiera creydo se huuiera escusado este daño, creame aora, y escusará otro mayor: porque le hago saber, que có la fanta Hermandad no ay vsar de cauallerias, que no se le dá a ella por quantos caualleros andantes ay dos marauedis: y sepa que ya me parece, q̄ sus factas me zumban por los oydos. Naturalmente eres co uarde Sancho, dixo don Quixote, pero porque no digás que soy contumaz, y que jamas hago lo que me aconsejas, por esta vez quiero tomar tu cósejo, y apartarme de la furia que tanto temes, mas ha de ser con vna condició, q̄ jamas en vida, ni en muerte has de dezir a nadie, q̄ yo me retirè, y apartè deste peligro de miedo, sino por cóplazer a tus ruegos: q̄ si otra cosa dixeres, mentirás en ello: y desde aora para entonces, y desde entóces para aora te desmiento, y digo q̄ mientes, y mentirás todas las vezes q̄ lo pensares, o lo dixeres: y no me repliques mas, q̄ en solo pensar q̄ me aparto, y retiro de algun peligro, especialmente deste, q̄ parece q̄ lleua algun es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui solo, no solaméte a la fanta Hermandad q̄ dizes, y temes, sino a los hermanos delos doze Tribus d'Iraiel, y a los siete Mancebos, y a Castor, y a Polux, y aũ a todos los hermanos, y hermandades q̄ ay en el mundo. Señor, respondió Sancho, q̄ el retirar no es huyr, ni el esperar es córdura, quando el peligro sobrepuja a la esperança: y de sabios es guardarse oy para mañana, y no auéturarse todo en vn dia. Y sepa, que aunque çaño, y villano, toda via se me alcança algo desto que llaman, buen govierno: afsi que no se arrepienta de auer tomado mi consejo.

Tercera parte de don

sejo, sino suba en Rozinante, si puede, o sino yo le ayuda re, y sigame, que el caletre me dize, que hemos menester aora mas los pies que las manos. Subio don Quixote, sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho sobre su asno, se entraron por vna parte de Sierra Morena, que alli junto estava, llevando Sancho intencion de atrauef-
farla toda, è yr à salir al Viso, o à Almodouar del Campo, y esconderse algunos dias por aquellas asperezas, por no ser hallados, si la Hermandad los buscase. Animo-
mole à esto auer visto, que de la refriega de los galeotes se auia escapado libre la despenfa que sobre su asno venia, cosa que la juzgò à milagro, segun fue lo que lleua-
ron, y buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, adonde le pa-
recio à Sancho, passar aquella noche, y aun otros algu-
nos dias, alomenos todos aquellos que durasse el mata-
lotaje que lleuaua: y asì hizierò noche entre dos peñas,
y entre muchos alcornocues. Pero la suerte fatal, q̄ se-
gun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guia, guisa, y compone a su modo, orde-
nò, que Gines de Passamonte, el famoso embustero, y
ladron, que de la cadena, por virtud, y locura de dõ Qui-
xote, se auia escapado, lleuado del miedo de la santa Her-
mandad (de quien con justa razon temia) acordò de es-
conderse en aquellas montañas: y lleuole su suerte, y su
miedo à la misma parte donde auia lleuado a don Qui-
xote, y à Sancho Pança, a hora y tiempo que los pudo
conocer, y à punto que los dexò dormir. Y como siem-
pre los malos son desagrados, y la necesidad sea oca-
sion de acudir à lo que se deue, y el remedio presentè
vença à lo pòr venir, Gines, que no era ni agradecido, ni
bien intencionado, acordò de hurtar el asno a Sancho Pã-
ça, no curandose de Rozinante, por ser prenda tan mala
para empenhada, como para vendida. Dormia Sancho
Pança,

Pança, hurtóle su jumento, y antes que amaneciese se halló bien lexos de poder ser hallado. Salio el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo á Sancho Pança, porque halló menos su Ruzio, el qual viendose sin el, comenzó à hazer el mas triste, y doloroso llanto del mundo: y fue de manera, que don Quixote despertò a las voces, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, embidia de mis vezinos, aliuio de mis cargas: y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porq con veynte, y seys marauedis que ganaua cada dia, mediana yo mi despena. Don Quixote que vio el llanto, y supo la causa, consolò a Sancho có las mejores razones que pudo, y le rogò que tuuiese paciencia, prometien- dole de darle vna cedula de cambio, para que le diessen tres en su casa, de cinco que auia dexado en ella. Conso- lose Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, templo sus solloços, y agradecio à don Quixote la merced que le hazia. El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, pareciendole aquellos lugares acom- odados para las auenturas que buscava. Reduciansele à la memoria los marauillosos acaecimientos, que en se- mejantes soledades, y esperezas auian sucedido a cau- lleros andantes: Yua pensando en estas cosas, tan embe- uecido, y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaua. Ni Sancho lleuaua otro cuydado (despues q le parecio que caminaua por parte segura) sino de satisf- fazer su estomago con los relieues que del despojo cle- rical auian quedado, y assi yua tras su amo cargado con todo aquello que auia de lleuar el Ruzio, sacando de vn costal, y embaulando en su pança: y nõ se le diera por hallar otra auentura entretanto que yua de aquella ma- nera, vn ardite. En esto açò los ojos, y vio que su amo estaua parado, procurando con la punta del lanzon alçar
no se

Tercera parte de don

alçar no se que bulto que estaua caydo en el suelo, por lo qual se dio priessa à llegar à ayudarle, si fuesse menester: y quando llegò fue à tiempo, que alçaua con la punta del lançon vn coxin, y vna maleta asida à el, medio podridos, o podridos del todo, y deshechos: mas pesaua tanto, que fue necessario que Sancho se apeasse à tomarlos, y mandole su amo que viesse lo que en la maleta venia. Hizolo con mucha presteza Sancho, y aunque la maleta venia cerrada con vna cadena, y fu candado, por lo roto, y podrido della vio lo que en ella, que eran quatro camisas de delgada olanda, y otras cosas de lienço, no menos curiosas que limpias, y en vn pañizuelo hallò vn buen montonzillo de escudos de oro: y assi como los vio, dixo: Bendito sea todo el cielo, q̄ nos ha deparado vna aventura q̄ sea de provecho. Y buscando mas, hallò vn librito de memoria, ricamente guarnecido. Este le pidió don Quixote, y mandole que guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Besole las manos Sancho, por la merced, y desbalijando a la balija de su lenceria, la puso en el costal de la despensa. Todo lo qual visto por don Quixote, dixo: Pareceme Sancho (y no es posible q̄ sea otra cosa) que algun caminante descaminado deuio de passar por esta Sierra, y salteandole Malandrines, le deuieron de matar, y le truxeron à enterrar en esta tan escondida parte? No puede ser effo, respondió Sancho, porque si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dinero. Verdad dizes, dixo don Quixote, y assi no adiuino, ni doy en lo q̄ esto pueda ser: mas esperate veremos si en este librito de memoria ay alguna cosa escrita, por donde podamos rastrear, y venir en conocimiento de lo que desseamos. Abriole, y lo primero que hallò en el, escrito como en borrador, aunque de muy buena letra, fue vn Soneto, q̄ leyendole alto porque Sancho tambien lo oyesse, vio que dezia desta manera.

O *Le falta al amor conocimiento ,
O le sobra crueldad , o no es mi pena
Ygual à la ocasion que me condena ,
Al genero mas duro de tormento .
Pero si amor es dios , es argumento ,
Que nada ignora , y es razon muy buena ,
Que vn dios no sea cruel : pues quien ordena
El terrible dolor que adoro , y siento ?
Si digo que soys vos Fili , no acierto ,
Que tanto mal entanto bien no cabe ,
Ni me vien e del cielo esta ruyna .
Presto aurre de morir , que es lo mas cierto ,
Que al mal , de quien la causa no se sabe ,
Milagro es acertar la medicina .*

Por essa troba, dixo Sancho, no se puede saber nada, si ya no es que por esse hilo que esta aî se saquè el ouillo de todo. Que hilo està aqui, dixo don Quixote? Pareceme, dixo Sancho, que vuestra merced nombrò aî hilo. No dixè sino Fili, respondio don Quixote, y este sin duda es el nombre de la dama de quien se quexa el autor deste Soneto: y à fê que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte. Luego tambien, dixo Sancho, se le entiende à vuestra merced de trobas? Y mas de lo q tu piensas, respondio don Quixote, y veraslo quando lleues vna carta escrita en verso de arriba à baxo, a mi señora Dulcinea del Toboso: porq quiero que sepas Sancho, q todos, o los mas caualleros andantes de la edad passada, eran grandes trovadores, y grandes musicos, q estas dos habilidades, o gracias (por mejor dezir) son anexas à los enamorados andâtes. Verdad es, q las coplas de los passados caualleros, tienen mas de espiritu, que de

Tercera parte de don

primor. Lea más vuestra merced dixo Sancho, q̄ ya hallará algo que nos satisfaga. Boluio la hoja don Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece carta. Carta misisua, señor, preguntò Sancho? En el principio no parece sino de amores, respondió dō Quixote. Pues lea vuestra merced alto, dixo Sancho, que gusto mucho destas cosas de amores. Que me plaze, dixo don Quixote, y leyendola alto, como Sancho se lo auia rogado, vio que dezia desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desventura, me lleuan à parte, donde antes boluerán a tus oydos las nueuas de mi muerte, que las razones de mis queexas. Desecháteme, o ingrata, por quié tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiara yo dichas ajenas; ni llorará desdichas propias. Lo que leuantò tu hermosura, han derribado tus obras: por ella entendi, que eras Angel, y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, q̄ los engaños de tu esposo esten siépre encubiertos, por q̄ tu no quedes arrepentida de lo q̄ hiziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.

Acabando de leer la carta, dixo don Quixote: Menos por ésta que por los versos se puede sacar mas, de q̄ quié la escriuio es algun desdeñado amante. Y ojeando casi todò el librilla, hallò otros versos, y cartas, que algunos pudo leer, y otros no: pero lo que todos contenian, erã queexas, lamentos, desconfianças, sabores, y sin sabores: faouores, y desdenes, solenizados los vnos, y llorados los otros. En tanto que don Quixote passaua el libro, passaua Sancho la maleta, sin dexar rincón en toda ella, ni en el coxín que no buscasse, escudriñasse, è inquiriesse, ni costura que no deshiziesse, ni vedixa de lana que no escarmenasse, porque no se quedasse nada por diligencia, ni mal recado: tal golosina auian despertado en el los hallado.

llados escudos, que passauan de ciento. Y aunque no halló mas de lo hallado, dio por bien empleados los buelos de la manta, el vomitar del breuaje, las bendiciones de las estacas, las puñadas del harriero, la falta de las alforjas, el robo del gauan, y toda la hambre, sed, y cansancio que auia passado en seruicio de su buen señor, pareciendole q̄ estaua mas que rebien pagado con la merced recibida, de la entrega del hallazgo. Con grã desseo quedó el cauallero de la triste figura, de saber quien fuesse el dueño de la maleta, conjeturando por el Soneto, y carta, por el dinero en oro, y por las tan buenas camisas, que de uia de ser de algun principal enamorado, a quien desdeñes, y malos tratamientos de su dama, deuian de auer cõduzido à algũ desesperado termino. Pero como por aq̄l lugar inhabitable, y escabroso, no parecia persona alguna de quien poder informarse, no se curó de mas, que de passar adelante, sin llevar otro camino q̄ aquel que Rozinante queria, q̄ era por donde el podia caminar: siempre con imaginació q̄ no podia faltar por aquellas malezas, alguna estraña auentura. Yendo pues con este pensamiento, vio que por cima de vna montaña, que delante de los ojos se le ofrecia, y uia saltado vn hombre de risco en risco, y de mata en mata, con estraña ligereza. Figurose le q̄ yua desnudo, la barba negra, y espessa, los cabellos muchos, y rebultados, los pies descalços, y las piernas sin cosa alguna: los muslos cubrian vnos calçones, al parecer de terciopelo leonado, mas tan hechos pedaços, que por muchas partes se le descubrian las carnes. Traña la cabeça descubierta; y aunque passò con la ligereza q̄ se ha dicho, todas estas menudencias mirò, y notò el cauallero de la triste figura: y aunque lo procurò no pudo seguirle, porque no era dado à la debilidad de Rozinante andar por aquellas asperezas, y mas siendo el de suyo pifacorto, y flematico. Luego imaginò don Quixote, que

Tercera parte de don

aquel era el dueño del coxin, y de la maleta, y propuso en si de buscallo, aunque supiese andar vn año por aquellas montañas hasta hallarle: y así mandò a Sancho, que se apeasse del asno, y atajasse por la vna parte de la montaña, que el yria por la otra, y podría ser que topassen cõ esta diligencia, con aquel hombre que con tanta priessa se les auia quitado de delante. No podre hazer esso, respondió Sancho, porque en apartandome de vuestra merced, luego es conmigo el miedo, que me assalta con mil generos de sobresaltos, y visiones. Y siuale esto que digo de auiso, para que de aqui adelante no me aparte vn dedo de su presencia. Así serâ; dixo el de la triste figura, y yo estoy muy contento de que te quieras valer de mi animo, el qual no te ha de faltar, aunque te falte el anima del cuerpo: y vente aora tras mi poco a poco, o como pudieres, y haz de los ojos lanternas, rodearemos esta ferreçuela, quiza toparemos con aquel hombre que vimos, el qual sin duda alguna no es otro, que el dueño de nuestro hallazgo. A lo que Sancho respondió: Harto mejor seria no buscarle, porque si le hallamos, y â caso fuesse el dueño del dinero, claro està que lo tengo de restituyr, y así fuera mejor sin hazer esta inutil diligencia, poseerlo yo con buena fê, hasta que por otra via menos curiosa, y diligente pareciera su verdadero señor, y quiza fuera a tiempo q̄ lo huuiera gastado, y entonces el Rey me hazia franco. Engañaste en esso Sancho, respondió don Quixoté, que ya q̄ hemos caydo en sospecha de quien es el dueño, casi delante, estamos obligados a buscarle, y boluerselos: y quando no le buscassemos, la vehemente sospecha q̄ tenemos de q̄ el lo sea, nos pone ya en tâta culpa como si lo fuesse. Así q̄ Sancho amigo, no te dê pena el buscallo, por la q̄ a mi se me quitarâ, si le hallo: y así picò a Rozinãte, y siguiòle Sãcho â pie, y cargado, merced â Ginesillo d̄ Passamõte. Y auiedo rodeado la
mon-

montaña, hallaró en vn arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, vna mula, ensillada, y enfrenada. Todo lo qual confirmó en ellos mas la sospecha, de que aquel que huía era el dueño de la mula, y del coxin. Estandola mirando, oyeron vn siluo, como de pastor que guardaua ganado: y á deshora a su siniestra mano, pareció vn buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, pareció el cabrero que las guardaua, que era vn hombre anciano. Dióle voces don Quixote, y rogole que baxasse donde estauan. El respondió a gritos, que quien les auia traydo por aq̃l lugar, pocas, o ningunas vezes pisado, sino de pies de cabras, o de lobos, y otras fieras que por alli andauan? Respondióle Sancho, que baxasse, que de todo le darian buena cuenta. Baxó el cabrero, y en llegando adonde don Quixote estaua, dixo: Apostaré que está mirando la mula de alquiler que está muerta en essa hondonada, pues a buena fe que ha ya seys meses que está en esse lugar. Digan me, han topado por aî á su dueño? No hemos topado a nadie, respondió don Quixote, sino a vn coxin, y a vna maletilla que no lexos deste lugar hallamos. Tambien la hallé yo, respondió el cabrero, mas nunca la quise alçar, ni llegar a ella, temeroso de algun desman, y de que no me la pidiessen por de hurto, que es el diablo sotil, y de baxo de los pies se leuanta allombre cosa donde tropiece, y caya, sin saber como, ni como no. E esso mismo es lo que yo digo, respondió Sancho, que también la hallé yo, y no quise llegar a ella con vn tiro de piedra: alli la dexé, y alli se queda como se estaua, que no quiero perro con cencerro. Dezidme buen hombre, dixo don Quixote, sabeyis vos quien sea el dueño destas prendas? Lo que sabré yo dezir, dixo el cabrero, es, que aura al pie de seys meses, poco mas a menos, que llegó á vna majada de pastores, que estará como tres leguas deste lugar, vn man-

Tercera parte de don

cebo de gentil talle, y apostura, cauallero sobre essa misma mula que aî està muerta, y con el mismo coxin, y maleta, que dezis que hallastes, y no tocastes. Preguntanos, que qual parte desta sierra era la mas aspera, y escóddida. Diximosle, que era esta donde aora estamos: y es, afsila verdad, porque si entrays media legua mas adentro, quiza no acertareys a salir: y estoy marauillado de como aueys podido llegar aqui, porque no ay camino, ni fenda que á este lugar encamine. Digo pues, que en oyendo nuestra respuesta el mancebo, boluio las riendas, y encaminò hàzia el lugar donde le señalamos, dexandonos a todos contentos de su buen talle, y admirados de su demanda, y de la priessa con que le viamos caminar, y boluerse hàzia la sierra: y desde entónces nunca mas le vimos, hasta que desde alli a algunos dias salio al camino a vno de nuestros pastores, y sin dezille nada se allegò a el, y le dio muchas pañadas, y cozes, y luego se fue a la borrica del hatò, y le quitò quanto pan, y queffo en ella traía: y con estraña ligereza, hecho esto, se boluio a entrar en la sierra. Como esto supimos algunos cabreros, le anduimos a buscar casi dos dias, por lo mas cerrado desta sierra, al cabo de los quales le hallamos metido en el hueco de vn gruessò, y valiète alcornoque. Salio à nosotros con mucha mansedübre, ya roto el vestido, y el rostro desfigurado, y tostado del Sol, de tal suerte, que apenas le conocimos, sino que los vestidos, aũ que rotos, con la noticia que dellos teniamos, nos dieron a entender que era el que buscauamos. Saludonos cortésmente, y en pocas, y muy buenas razones nos dixo, que no nos maruillassemos de verle andar de aquella suerte, porque afsile conuenia para cumplir cierta penitencia que por sus muchos pecados le auia sido impuesta. Rogamosle que nos dixesse quien era, mas nunca lo pudimos acabar con el. Pedimosle tambien, que quando

do huuiesse menester el sustento (sin el qual no podia pasar) nos dixesse donde le hallariamos, porque có mucho amor, y cuydado se lo llevariamos: y que si esto tampoco fuesse de su gusto, que alomenos saliesse a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores. Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon de los asaltos passados, y ofrecio de pedillo de alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia alguna a nadie. En quanto lo que tocava a la estancia de su habitacion dixo, que no tenia otra que aquella que le ofrecia la ocasion donde le tomava la noche, y acabo su platica con vn tan tierno llanto, que bien fueros de piedra los que escuchado le auiamos, si en el no le acompañamos: considerandole como le auiamos visto la vez primero, y qual le veiamos entonces. Porque como tengo dicho, era vn muy gentil, y agraciado mancebo, y en sus corteses, y concertadas razones, mostrava ser bien nacido, y muy cortesana persona. Que puesto que eramos rusticos los que le escuchuamos, su gentileza era tanta, que bastava a darse a conocer a la misma rusticidad. Y estando en lo mejor de su platica parò, y enmudeciose: clauò los ojos en el suelo por vn buen espacio, en el qual todos estuimos quedos, y suspensos, esperádo en q̄ auia de parar aquel embelesamiento, con no poca lastima de verlo, porq̄ por lo q̄ hazia de abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo, sin mouer pestaña gran rato, y otras vezes cerrarlos, apretádo los labios, y enarcando las cejas, facilmente conocimos, que algun accidente de locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a entender presto, ser verdad lo que pensauamos: porque se leuantò con gran furia del suelo, donde se auia echado, y arremetio con el primero que hallò junto a si con tal denuedo, y rabia, que sino se le quitaramos le matara a puñadas, y a bocados. Y todo esto hazia, diziendo: A fementido Fernando, aqui, aqui me pa-

Tercera parte de don

garàs la sinrazon que me hiziste, estas manoste sacarán el coraçon, donde aluergan, y tienen manida todas las maldades juntas, principalmente la fraude, y el engaño: y a estas añadia otras razones, que todas se encaminauan a dezir mal de aquel Fernando, y à tacharle de traydor, y fementido. Quitamos se le pues con no poca pesadumbre, y el fin dezir mas palabra se apartò de nosotros, y se emboscò corriendo por entre estos xarales, y malezas, de modo que nos impossibilitò el seguille. Por esto congeturamos, que la locura le venia a tiempos, y que alguno que se llamaua Fernando, le deuia de auer hecho alguna mala obra, tan pesada, quanto lo mostraua el termino a que le auia conducido. Todo lo qual se ha confirmado despues acá, con las vezes (que han sido muchas) que el ha salido al camino, vnas a pedir a los pastores le den de lo que lleuan para comer, y otras a quitarselo por fuerça: porque quando està con el accidente de la locura, aunque los pastores se lo ofrezcan de buen grado, no lo admite, sino que lo toma a puñadas: y quando està en su seso lo pide por amor de Dios, cortès, y comedidamente, y rinde por ello muchas gracias, y no con falta de lagrimas. Y en verdad os digo, señores, prosiguió el cabrero, que ayer determinamos yo, y quatro zagales, los dos criados, y los dos amigos mios, de buscarle, hasta tanto que le hallemos, y despues de hallado, ya por fuerça, ya por grado, le hemos de llevar â la villa de Almodovar, que està de aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si es que su mal tiene cura, o sabremos quien es quando estè en su seso, y si tiene parientes a quien dar noticia de su desgracia. Esto es, señores, lo que sabre dezir de lo que me aueys preguntado: y entended que el dueño de las prendas que hallastes, es el mismo que vistes passar con tanta ligereza, como desnudez: que ya le auia dicho don Quixote; como auia visto passar aquel hombre saltando

rando por la sierra. El qual quedò admirado de lo que al cabrero auia oydo, y quedo con mas desso de saber quien era el desdichado loco, y propuso en si lo mismo que ya tenia pensado, de buscallo por toda la montaña, sin dexar rincón, ni cueua en ella que no mirasse, hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte, de lo que el pensaua, ni esperaua: porq̃ en aquel mismo instante parecio por entre vna quebrada de vna sierra que salia donde ellos estauan, el mancebo que buscava: el qual venia hablando entre si, cosas que no podian ser entendidas de cerca, quanto mas de lexos. Su trage era qual se ha pintado, solo que llegando cerca vio don Quixote, que vn colete hecho pedaços que sobre si traia, era de ambar: por don de acabò de entender, que persona que tales habitos traia, no deuia de ser de infima calidad. En llegando el mancebo a ellos, los saludò con vna voz desentonada, y bronca, pero con mucha cortesia. Don Quixote le boluio las saludes, con no menos comedimiento, y apeandose de Rozinante, con gentil continente, y donayre le fue à abraçar, y le tuuo vn buen espacio estrechamente entre sus braços, como si de luengos tiempos le huiera conocido. El otro, a quien podemos llamar, el Roto de la mala figura (como a don Quixote, el de la triste) despues de auerse dexado abraçar, le apartò vn poco de si, y puestas sus manos en los ombros de don Quixote, le estuuò mirando, como que queria ver si le conocia: no menos admirado quiza, de ver la figura, talle, y armas de don Quixote, que don Quixote lo estaua de verle a el. En resolucion, el primero que habló despues del abraçamiento, fue el roto, y dixo lo que se dirà adelante.

(: ? :)

*Tercera parte de don
Cap. XXIII. Donde se prosigue la aventura
de la Sierra Morena.*

Dize la historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al afroso cauallero de la Sierra, el qual prosiguiendo su platica, dixo: Por cierto, señor, quien quiera que seays, que yo no os conozco, yo os agradezco las muestras, y la cortesia que conmigo aueys vsado: y quisiera yo hallarme en terminos que con mas que la voluntad pudiera seruir la que aueys mostrado tenerme, en el buen acogimiento que me aueys hecho, mas no quiere mi suerte darme otra cosa có que corresponda a las buenas obras que me hazen, que buenos deseos de satisfazerlas. Los q̄ yo tengo respondio dō Quixote, son de seruiros, tanto, que tenia determinado de no salir destas sierras hasta hallaros, y saber de vos si al dolor que en la estrañeza de vuestra vida mostrays tener, se podia hallar algun genero de remedio: y si fuera menester buscarle, buscarle con la diligencia possible. Y quando vuestra desventura fuera de aquellas que tienen cerradas las puertas a todo genero de consuelo, pensaua ayudaros a llorarla, y à plañirla como mejor pudiera, q̄ toda via es consuelo en las desgracias, hallar quiē se due la dellas. Y si es que mi buen intento merece ser agradecido con algun genero de cortesia, yo os suplico señor, por la mucha que veo que en vos se encierra: y junta, méte os conjuro, por la cosa que en esta vida mas aueys amado, o amays, que me digays quien soys, y la causa q̄ os ha traydo a viuir, y à morir entre estas soledades, como bruto animal, pues morays entre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo muestra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio don Quixote) por la orden de caualleria q̄
recebi

recebí (aun que indigno, y pecador) y por la profesión de cauallero andante, que si en esto, señor, me cóplazey, de seruiros có las veras a que me obliga el ser quien soy : ora remediando vuestra desgracia, si tiene remedio: ora ayudando os à llorarla, como os lo he prometido. El cauallero del bosque, q̄ de tal manera oyò hablar al de la triste figura, no hazia sino mirarle, y remirarle, y tornarle a mirar de arriba à baxo : y despues q̄ le huuo bien mirado, le dixo: Si tienen algo q̄ darne a comer, por amor de Dios q̄ me lo den, q̄ despues de auer comido yo harè todo lo q̄ se me manda, en agradecimiento de tã buenos desseos como aqui se me han mostrado. Luego sacarò, Sancho de su costal, y el cabrero de su çurrón con q̄ satisfizo el Roto su hambre, comiendo lo q̄ le dierón como persona atontada, tan apriessa, q̄ no daua espacio de vn bocado al otro, pues antes los angullia q̄ tragaua: y en tã to q̄ comia, ni el, ni los que le mirauan hablauan palabra. Como acabo de comer, les hizo de señas q̄ le siguiessen, como lo hizieron, y el los lleuò à vn verde pradezillo, q̄ à la buelta de vna peña, poco desuiada de alli estaua. En llegando a el se tendio en el suelo, encima de la yerua, y los demas hizieron lo mismo: y todo esto sin q̄ ninguno hablasse, hasta q̄ el Roto, despues de auerse acomodado en su asiento, dixo: Si gustays señores, que os diga en breues razones la inmensidad de mis desuenturas, aueys me de prometer, de q̄ có ninguna pregunta, ni otra cosa, no interròpereys el hilo de mi triste historia: porq̄ en el punto q̄ lo hagays, en esse se quedará lo q̄ fuere cõtando. Estas razones del Roto, truxerò à la memoria a dõ Quixote el cuento q̄ le auia contado su escudero, quando no acertò el numero de las cabras q̄ auian passado el rio, y se quedò la historia pendiente. Pero boluièdo al Roto, profiguio, diziendo: Esta preuencion q̄ hago, es, porq̄ querria passar breuemente por el cuento de mis desgracias:

que

Tercera parte de don

que el traerlas a la memoria no me sirue de otra cosa, q̄ añadir otras de nueuo: y mientras menos me pregunta-redes, mas presto acabarê yo de dezillas, puesto que no dexarê por contar cosa alguna, que sea de importancia, para no satisfazer del todo a vuestro desseo. Don Qui-xotese lo prometio en nombre de los demas: y el con este seguro, començò desta manera.

• Mi nombre es Cardenio, mi patria vna ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linage noble, mis padres ricos; mi desventura tanta, que la deuen de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuia con su riqueza: q̄ para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna. Viuia en esta misma tierra vn cielo, donde puso el amor toda la gloria que yo acertara à dessearme. Tal es la hermosura de Luscinda, donzella tan noble, y tan rica como yo, pero de mas vètura, y de menos firmeza de la que a mis honrados pensamientos se deuia. A esta Luscinda amê, quise, y adorê, desde mis tiernos, y primeros años: y ella me quiso a mi, con aquella sencillez, y buen animo, que su poca edad permitia. Sabian nuestros padres nuestros intentos, y no les pesaua dello, porque bien veían, que quando passaran adelante, no podiã tener otro fin, que el de casarnos: cosa que casi la concertaua la y gualdad de nuestro linage, y riquezas. Crecio la edad, y con ella el amor de entrambos, que al padre de Luscinda le parecio, que por buenos respetos estaua obligado a negarme la entrada de su casa: casi imitando en esto, a los padres de aquella Tisbe, tan decantada de los Poetas. Y fue esta negaciõ, añadir llama a llama, y desseo a desseo: porque aunque pusieron silencio a las lenguas, no le pudieron poner a las plumas, las quales con mas libertad que las lenguas suelen dar à entender a quien quieren, lo q̄ en el alma està encerrado, que muchas vezes la presencia de la cosa ama-da,

da, turba, y enmudece la intencion mas determinada, y la lengua mas atreuida . Ay cielos, y quantos villetes la escriui? Quan regaladas, y honestas respuestas tuue? Quãtas canciones compuse, y quantos enamorados versos, donde el alma declaraua, y trasladaua sus sentimientos, pintaua sus encédidos desseos, entretenia sus memorias, y recreaua su voluntad? En efeto, viendome apurado, y que mi alma se consumia con el desseo de verla, determinê poner por obra, y acabar en vn punto, lo que me parecia que mas conuenia para salir con mi desseado, y merecido premio : y fue, el pedirsel a su padre por legitima esposa, como lo hize . A lo q̄ el me respondió: Que me agradecia la voluntad que mostraua de honrarle, y de querer honrarme con prendas tuyas, pero que siêdo mi padre viuo, à el tocava de justo derecho, hazer aquella demanda : porque sino fuesse con mucha voluntad, y gusto tuyo, no era Luscinde para tomarse, ni darse a hurtar . Yo le agradeci su buen intento, pareciendome q̄ lleuaua razon en lo que dezia, y que mi padre vendria en ello, como yo se lo dixesse . Y con este intento, luego en aquel mismo instante fuy à dezirle à mi padre lo q̄ dessea ua: y al tiempo q̄ entrê en vn aposento donde estaua, le hallê con vna carta abierta en la mano, la qual antes q̄ yo le dixesse palabra, me la dio, y me dixo: Por essa carta veras Cardenio, la voluntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte merced . Este Duque Ricardo, como ya vosotros, señores, deueys de saber, es vn grande de España, q̄ tiene su estado en lo mejor desta Andaluzia . Tomê, y ley la carta la qual venia tan encarecida, q̄ à mi mismo me parecia mal; si mi padre dexaua de cûplir lo q̄ en ella se le pedia, q̄ era, q̄ me embiasse luego donde el estaua, q̄ queria, que fuesse compañero, no criado, de su hijo el mayor: y que el tomaua a cargo el ponerme en estado, que correspondiesse à la estimaciô en que me tenia . Ley
la

Tercera parte de don

la carta, y enmudeci leyendola, y mas quando oí q̄ mi padre me dezia: De aqui à dos dias te partiras Cardenio, à hazer la voluntad del Duque, y da gracias à Dios que te vâ abriendo camino por donde alcances lo que yo se que mereces. Añadio à estas otras razones de padre con sejero. Llegosse el termino de mi partida, hablé vna noche à Lucinda, dixele todo lo que passaua, y lo mismo hizo a su padre, suplicandole se entretuiesse algunos dias, y dilatasse el darla estado, hasta que yo viesse lo q̄ Ricardo me queria. El me lo prometio, y ella me la confirmò con mil juramentos, y mil desmayos. Vine en fin dode el Duque Ricardo estaua, fuy del tan bien recebido, y tratado que desde luego començò la embidia à hazer su oficio, teniendomela los criados antiguos; pareciendoles, que las muestras que el Duque daua de hazerme merced, auian de ser en perjuizio fuyo. Pero el que mas se holgò con mi yda, fue vn hijo segundo del Duque, llamado Fernando, moço gallardo, gentilhombre, liberal, y enamorado: el qual en poco tiempo quiso que fuesse tan su amigo, que daua que dezir a todos: y aunque el mayor me queria bien, y me hazia merced, no llegó al estremo con que don Fernando me queria, y trataua. Es pues el caso, que como entre los amigos no ay cosa secreta, que no se comunique, y la priuança que yo tenia con dó Fernando, dexaua de serlo, por ser amistad, todos sus pensamientos me declaraua, especialmente vno enamorado, que le traía con vn poco de desassosiego. Queria bien à vna labradora, vassalla de su padre: y ella los tenia muy ricos, y era tan hermosa, recatada, discreta, y honesta, q̄ nadie que la conocia se determinaua en qual destas cosas tuiesse mas excelencia, ni mas se auentajasse. Estas tan buenas partes de la hermosa labradõra, reduxeron à tal termino los desseos de don Fernando, que se determinò para poder alcançarlo (y conquistar la entereza de la labrado-

bradora) darle palabra de ser su esposo, porque de otra manera, era procurar lo imposible. Yo obligado de su amistad, con las mejores razones que supe, y cõ los mas viuos exemplos que pude, procuré estoruarle, y apartar le de tal proposito. Pero viendo que no aprouechaua, determiné de dezirle el caso al Duque Ricardo su padre. Mas don Fernando, como astuto, y discreto, se rezelò, y temio desto, por parecerle que estaua yo obligado, en vez de buen criado, no tener encubierta cosa que tan en perjuizio de la honra de mi señor el Duque venia: y así por diuertirme, y engañarme, me dixo: Que no hallua otro mejor remedio para poder apartar de la memoria la hermosura que tan sugeto le tenia, que el ausentarse por algunos meses: y q̄ queria que el ausencia fuese, que los dos nos viniésemos en casa de mi padre, con ocasion que darian al Duque, que venia á ver, y á feriar vnos muy buenos cauallos, que en mi ciudad auia, que es madre de los mejores del mundo. A penas le oí yo dezir esto, quando (mouido de mi aficion) aunque su determinacion no fuera tan buena, la aprouara yo por vna de las mas acertadas q̄ se podian imaginar: por ver quan buena ocasiõ y coyuntura se me ofrecia, de boluer a ver a mi Lucinda. Con este pensamiẽto, y desseo, aproue su parecer, y esforcé su proposito, diziendole, que lo pudiesse por obra con la breuedad posible, porque en efeto la ausencia hazia su oficio, a pesar de los mas firmes pensamientos. Y quando el me vino a dezir esto, segun despues se supo, auia gozado á la labradora, con titulo de esposo, y esperaua ocasion de descubrirse a su saluo, temeroso de lo que el Duque su padre haria, quando supiesse su disparate: Sucedió pues, que como el amor en los moços, por la mayor parte no lo es, sino aperito, el qual como tiene por vltimo fin el deleyte, en llegando á alcançarle, se acaba, y ha de boluer atras aquello que parecia amor: porq̄

Tercera parte de don

no puede passar adelante del termino que le puso naturaleza, el qual termino no le puso à lo que es verdadero amor. Quiero dezir, que assi como don Fernando gozò a la labradora, se le aplacaron sus desseos, y se resfriò sus ahincos: y si primero fingia querer se ausentar por remediarlos, aora de veras procuraua yrse, por no poner los en execucion. Diòle el Duque licencia, y mandome que le acompañaſſe. Venimos a mi ciudad, recibiole mi padre como quien era: vi yo luego a Lusinda, tornarò a viuir (auunque no auian estado muertos, ni amortiguados) mi desseos, de los quales di cuenta, por mi mal, à dō Fernando, por parecerme, q̄ en la ley de la mucha amistad que mostraua, no le deuia encubrir nada. Alabele la hermosura, donayre, y discrecion de Lusinda, de tal manera, que mis alabaças mouieron en el los desseos de querer ver donzella de tan buenas partes adornada. Cūplifelos yo, por mi corta fuerre, enseñandofela vna noche, a la luz de vna vela, por vna ventana por donde los dos soliamos hablarnos. Viola, en fayo tal, que todas las bellezas hasta entonces por el vistas, las puso en oluido. Enmudecio, perdio el sentido, quedò abortio: y finalmente tan enamorado, qual lo vereys en el discurso del cuento de mi desventura. Y para encenderle mas el desseo (que à mi me zelaua, y al cielo a solas descubria) quiso la fortuna, que hallasse vn dia vn villero fuyò pidiédome que la pidieſſe à su padre por esposa: tan discreto, tan honesto, y tan enamorado, que en leyendolo me dixo, que en sola Lusinda se encerrauan todas las gracias de hermosura, y de entendimiento, que en las demas mugeres del mundo estauan repartidas. Bien es verdad, que quiero confesser aora, que puesto que yo veia con quàn justas causas don Fernando a Lusinda alabaua, me pesaua de oyr aquellas alabaças de su boca, y comencè à temer, y con razon à rezelarme del, por q̄ no se passaua

momento, donde no quisiessse que tratasssemos de Lus-
cinda, y el mouia la platica, aunque la truxesse por los ca-
bellos, cosa que despertaua en mi vn no se que de zelos,
no porque yo temiessse reues alguno de la bondad, y de la
fê de Lusinda, pero con todo esso me hazia temer mi
suerte, lo mismo que ella me asseguraua. Procuraua siem-
pre don Fernando leer los papeles que yo a Lusinda
embiaua, y los que ella me respondia, a titulo que de la
discrecion de los dos gustaua mucho. Acaecio pues, que
auiendome pedido Lusinda vn libro de cauallerias en
que leer, de quien era ella muy aficionada, que era el de
Amadis de Gaula. No huuo bien oydo don Quixote
nombrar libro de cauallerias, quando dixo: Con que me
dixera vuestra merced al principio de su historia, que su
merced de la señora Lusinda era aficionada à libros de
cauallerias, no fuera menester otra exageraciõ, para dar-
me a entender la alteza de su entendimiento, porque no
le tuuiera tan bueno, como vos señor le aueys pintado, si
careciera del gusto de tan sabrosa leyenda: assi que para
conmigo no es menester gastar mas palabras en decla-
rarme su hermosura, valor, y entendimiento, que con so-
lo acer entendido su aficion, la confirmõ por la mas her-
mosa, y mas discreta muger del mundo: y quisiera yo, se-
ñor, que vuestra merced le huuiera embiado junto con
Amadis de Gaula al bueno de don Rugel de Grecia, que
yo se que gustara la señora Lusinda mucho de Daray-
da, y Garaya, y de las discreciones del pastor Darinel, y
de aquellos admirables versos de sus Bucolicas, cãtadas,
y representadas por el con todo donayre, discrecion, y
desemboltura: pero tiempo podra venir en que se enmiê
de essa falta, y no dura mas en hazerse la enmienda, de
quanto quiera vuestra merced ser feruido de venirle
conmigo a mi aldea, que allì le podrê dar mas de trecien-
tos libros, que son el regalo de mi alma, y el entreten-

Tercera parte de don

miento de mi vida: aunque tengo para mí, que ya no tengo ningun, merced a la malicia de malos, y envidiosos encantadores. Y perdoneme vuestra merced, etauer contrauenido a lo que prometimos, de no interrumpir su platica, pues en oyendo cosas de cauallerias, y de caualleros andantes, afsies en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calentar, ni humedecer en los de la Luna. Afsi que, perdon, y profeguir, que es lo que aora haze más al caso: En tanto que don Quixote estava diziendo lo que queda dicho, se le auia caydo a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto que dos vezes le dixo don Quixote, que profiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni respondia palabra. Pero al cabo de vn buen espacio la levantô, y dixo: No se me puede quitar del pensamiento, ni aurà quié me lo quite en el mundo, ni quien me dê a entender otra cosa y seria vn majadero el que lo contrario entendiesse, ó creyesse, sino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabat, estava amancebado con la Reyna Madafima. Esto no, voto a tal, respondió con mucha cólera dô Quixote, (y arrojôle como tenia de costumbre) y essa es vna muy gran malicia, ó vellaqueria, por mejor dezir. La Reyna Madafima fue muy principal señora, y no se ha de presumir, que tan alta Princeffa se auia de amancebar con vn saca potras: y quien lo contrario entendiere, miente como muy gran vellazo. Y yo se lo daré a entender, a pie, ó a cavallo: armado, ó desarmado: de noche, ó de dia, ó como mas gusto le diere. Estauale mirando Cardenio muy atentamente, al qual ya auia venido el accidente de su lecura, y no estava para profeguir su historia, ni tan poco don Quixote se la oyera, segun le auia disgustado lo q̄ de Madafima le auia oydo. Extraño caso, que afsi boluio por ella, como si verdaderamente
fuera

fuera su verdadera, y natural señora: tal le tenía sus descomulgados libros. Digo pues, q̄ como ya Cardenio estaua loco, y se oyò tratar de mentis, y de vellaco, cõ otros de nuestros semejantes, pareciõle mal la burla, y alçõ vn guijarro que hallò junto a si, y dio con el en los pechos tal golpe a don Quixote, q̄ le hizo caer de espaldas. Sancho Pãça que de tal modo vio parar a su señor, arremetio al loco con el puño cerrado: y el Roto le recibio de tal fuerete, que con vna puñada dio con el a sus pies, y luego se subio sobre el, y le brumò las costillas muy a su favor. El cabrero que le quiso defender, corrio el mismo peligro. Y despues que los tuuo a todos rendidos, y molidos, los dexò, y se fue con gentil sosiego, a emboscarse en la monaflia. Leuantose Sancho, y con la rabia que tenia de verse aporreado tan sin merecerlo, acudio a tomar la vengança del cabrero, diziendole, que el tenia la culpa de no auerles auisado, que a aquel hombre le tomaua à tiempos la locura, q̄ si esto supieran, huieran estado sobre auiso, para poderse guardar. Respondio el cabrero, q̄ ya lo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, q̄ no era suya la culpa. Replicò Sãcho Pãça, y tornò a replicar el cabrero: y fue el fin de las replicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas que si don Quixote no los pusiera en paz, se hizieran pedaços. Dezia Sancho, asido cõ el cabrero: Dexeme vuestra merced, señor cauallero de la triste Figura, que en este que es villano como yo, y no està armado cauallero, bien puedo a mi saluo fatisfazerme del agrauio q̄ me ha hẽcho, peleando con el mano a mano, como hombre honrado. Asì es, lixo dõ Quixote: pero yo se que el no tiene ninguna culpa de lo sucedido. Con esto los apaciguò, y don Quixote boluio a preguntar al cabrero, si seria possible hallar a Cardenio, porque quedaua con grandissimo desseo de saber el fin de su historia. Dizole el cabrero lo que primero auia dicho, que era no

Tercera parte de don

haber de cierto su manida: pero que si anduiesse mucho por aquellos contornos, no dexaria de hallarle, ô cuerdo, ô loco.

Cap. XXV. Que trata de las estrañas cosas que en Sierramorena sucedieron al valiente cavallero de la Mancha: y de la imitacion q̃ hizo a la penitencia de Beltenebros.

D Espidiose del cabrero don Quixote, y subiendo otra vez sobre Rozinante, mandò a Sancho que le siguiesse, el qual lo hizo con su jumento, de muy mala gana. Y uanse poco a poco entrando en lo mas aspero de la montaña, y Sancho yua muerto por razonar con su amo, y desseaua que el començasse la platica, por no contrauenir a lo que le tenia mandado: mas no pudiendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor don Quixote, vuestra merced me eche su bendicion, y me dê licencia, que desde aqui me quiero boluer a mi casa, y a mi muger, y a mis hijos, con los quales por lo menos hablarê, y departirê todo lo que quisiere, porque querer vuestra merced que vaya con el por estas soledades, de dia, y de noche, y que no le hable quando me diere gusto, es enterrarme en vida. Si ya quisiera la suerte que los animales hablaran, como hablaban en tiempo de Guisopete, fuera menos mal; porque departiera yo con mi jumento lo que me viniera en gana, y cõ esto passara mi mala ventura: que es rezia cosa, y que no se puede llevar en paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar, sino cozes, y manteamientos, ladrillazos, y puñadas, y con todo esto, nos hemos de cofer la boca, sin osar dezir lo que el hombre tiene en su coraçon, como si fuera mudo. Y ate entiendo Sancho
refe-

respondio don Quixote, tu mueres porque te alce el entredicho que te tengo puesto en la lengua, dale por alçado, y di lo que quisieres, con condicion, que no ha de durar este alçamiento mas de en quanto anduuiere por estas sierras. Sea asì, dixo Sancho, hable yo aora, que despues Dios sabe lo que será, y començando a gozar de esse saluo conduto, digo: Que que le yua à vuestra merced en boluer tanto por aquella Reyna Magimafa, ó como se llama? O que hazia al caso, que aquel Abad fuesse su amigo, ò no? Que si vuestra merced passara con ello, pues no era su juez, bien creo yo, que el loco passara adelante con su historia, y se huuieran ahorrado el golpe del guijarro, y las cozes, y aun más de seys torniscones. A fê Sancho, respondio don Quixote, que si tu supieras como yo lo se, quan honrada, y quan principal señora era la Reyna Madafima, yo se que dixeras, que tuue mucha paciencia, pues no quebré la boca por donde tales blasfemias salieron. Porque es muy gran blasfemia dezir, ni pensar, que vna Reyna estè amancebada con vn cirujano. La verdad del cuento es, que aquel maestro Elisabat, que el loco dixo, fue vn hombre muy prudête, y de muy sanos consejos, y firuio de ayo, y de medico a la Reyna: pero pensar que ella era su amiga, es disparate digno de muy gran castigo. Y porque veas que Cardenio no supo lo que dixo, has de aduertir, que quando lo dixo, ya estaua sin juyzio. Esto digo yo, dixo Sancho, que no auia para que hazer cuenta de las palabras de vn loco, porque si la buena suerte no ayudara à vuestra merced, y encaminara el guijarro a la cabeça, como le encaminò al pecho, buenos quedaramos, por auer buuelto por aquella mi señora, que Dios cohonda. Pues montas que no se librara Cardenio por loco. Contra cuerdos, y contra locos, està obligado qualquier cauallero andante a boluer por la honra de las mugeres, qualesquiera que sean, quãto mas

Tercera parte de don

por las Reynas de tan alta guisa, y pro, como fue la Reyna Madafima, a quien yo tengo particular aficion, por sus buenas partes: porque fuera de auer sido fermola ademas, fue muy prudente, y muy sufrida en sus calamidades; que las tuuo muchas. Y los consejos, y compañía del maestro Elisabar, le fue, y le fueron de mucho prouecho, y aliuio, para poder llevar sus trabajos, con prudencia, y paciencia. Y de aqui tomô ocasion el vulgo ignorante, y mal intencionado, de dezir, y pensar, que ella era su manceba: y mienten digo otra vez, y mentirân otrás dozientas, todos los que tal pensaren, y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respondió Sancho, allà se lo ay an, con su pan se lo comian: si fueron amancebados, ò no, a Dios aurân dado la cuenta de mis viñas, vengo, no se nada, no soy amigo de saber vidas ajenas, que el que compra, y miente en su bolsa lo siente. Quanto mas, que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: mas que lo fueffen, que me va à mi? Y muchos piensan que ay tozinos, y no ay estacas. Mas quien puede poner puertas al campo? Quanto mas, que de Dios dixeron. Valame Dios, dixo don Quixote, y quede necesidades vas Sancho enfartando, que va de lo que tratamos, a los refranes que enhilas? Por tu vida Sancho que calles, y de aqui adelante entremetete en espolear a tu asno, y dexa de hazello en lo que no te importa. Y entiendo con todos cinco sentidos, que todo quanto yo he hecho, hago, è hiziere, va muy puesto en razon, y muy conforme a las reglas de caualleria, que las se mejor que quantos caualleros professaron en el mundo. Señor, respondió Sancho, y es buena regla de caualleria, que andemos perdidos por estas montañas, sin senda, ni camino, buscando, aun lo que el qual despues de hallado, quiça le vendrà en voluntad de acabar lo que dexò comêçado, no de su cuêso, sino de la cabeça de vuestra merced, y de mis costillas
acaban

acabandonoslas de romper de todo punto? Callate digo otra vez Sancho, dixo don Quixote, porque te hago saber, que no solo me trae por estas partes el desseo de hallar al loco, quanto el que tengo de hazer en ellas vna hazaña, con que he de ganar perpetuo nombre, y fama, en todo lo descubierto de la tierra, y serà tal, que he de echar con ella el sello a todo aquello que puede hazer perfeto, y famoso a vn andante cauallero. Y es de muy gran peligro essa hazaña, preguntô Sancho Pança? No, respondió el de la triste Figura, puesto que de tal manera podia acorrer el dado, que echassemos azar, en lugar de encuentro, pero todo ha de estar en tu diligencia. En mi diligencia, dixo Sancho? Si, dixo don Quixote, porque si buelues presto, de adonde pienso embiarte, presto se acabará mi pena, y presto comenzará mi gloria: y porque no es bien que te tenga mas suspenso, esperando en lo que han de parar mis razones, quiero Sancho que sepas, que el famoso Amadis de Gaula, fue vno de los mas perfectos caualleros andâtes: no he dicho bien, fue vno. fue el solo, el primero, el vnico, el señor de todos quantos huuo en su tiempo en el mundo. Mal año, y mal mes para don Belianis, y para todos aquellos que dixeren, que se le ygualò en algo, porque se engañan juro cierto. Digo assi mismo, que quando algun pintor quiere salir famoso en su arte, procura imitar los originales de los mas vnicos pintores que sabe. Y esta misma regla corre por todos los mas officios, ò exercicios de cuenta, que sirven para adorno de las republicas. Y assi lo ha de hazer, y haze, el que quisiere alcançar nombre de prudente, y sufrido, imitando a Vlises, en cuya persona, y trabajos, nos pinta Omero, vn retrato viuo de prudècia, y de sufrimie to, como tâbié nos mostró Virgilio, en persona de Eneas, el valor de vn hijo piadoso, y la sagacidad de vn valiente, y entendido capitan, no pintandolo, ni descubriendolo

Tercera parte de don

como ellos fueron: fino como auian de ser, para quedar exemplo a los venideros hombres de sus virtudes. Desta misma suerte Amadis fue el norte, el luzero, el sol de los valientes, y enamorados caualleros, a quien deuemos de imitar todos aquellos, que debaxo de la vandera de amor, y de la caualleria militamos. Siendo pues esto assi, como lo es, hallo yo Sancho amigo, que el cauallero andante que mas le imitare, estará mas cerca de alcançar la perfeccion de la caualleria. Y vna de las cosas en que mas este cauallero mostrò su prudencia; valor, valentia, sufrimiento, firmeza, y amor, fue quando se retirò, desdenado de la señora Oriana, a hazer penitencia en la peña Pobre, mudando su nombre, en el de Beltenebros, nombre por cierto significatiuo, y propio para la vida que el de su voluntad auia escogido. Assi que me es a mi mas facil, imitarle en esto, que no en hender Gigantes, descaçar serpientes, matar endriagos, desbaratar exercitos, fracasar armadas, y deshazer encantamentos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efetos, no ay para que se dexepassar la ocasion, que aora con tanta comodidad me ofrece sus güedejas. En efeto, dize Sancho, que es lo que vuestra merced quieré hazer, en este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, respondió don Quixote, que quiero imitar à Amadis, haziendo aqui del desesperado; del sandio, y del furioso. Por imitar juntamente al valiente don Roldan, quando hallò en vna fuente las señales de que Angelica la Bella auia cometido vileza con Medoro. De cuya pesadumbre se boluio loco, y arrancò los arboles, enturbio las aguas de las claras fuentes, matò pastores, destruyò ganados, abrasò choças, derribò casas, arrastrò yeguas, y hizo otras cien mil insolencias, dignas de eterno nombre, y escritura. Y puesto que yo no pienso imitar a Roldan, ò Orlando, ò Rotolando (que todos estos tres nom-

nombres tenia) parte por parte, en todas las locuras que hizo, dixo, y pienso harè el bosquejo, como mejor pudiese, en las que me pareciere ser mas esenciales. Y podrá ser que vinièsse a contentarme con sola la imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de daño, sino de lloros, y sentimientos, alcançò tanta fama como el que mas. Parece-me a mi, dixo Sancho, que los caualleros que lo tal fizieron, fueron prouocados, y tuuieron causa para hazer essas necedades, y penitencias: pero vuestra merced, que causa tiene para boluerse loco? Que dama le ha desdenado? O que señales ha hallado, que le den a entender, que la señora Dulcinea del Toboso ha hecho alguna niñeria con Moro, ò Christiano? Aí està el punto, respondió don Quixote, y essa es la fineza de mi negocio: que boluerse loco vn cauallero andante con causa, ni grado, ni gracias: el toque està, de fatimar sin ocasion, y dar a entender a mi dama, que si en seco hago esto, que hiziera en mojado. Quanto mas, que harta ocasion tengo en la larga ausencia que he hecho, de la siempre señora mia Dulcinea del Toboso, que como ya oyste dezir à aquel pastor de Marias Ambrosio, quien està ausente to dos los males tiene, y teme. Así que Sancho amigo no gastes tiempo en aconsejarme, que dexe tan rara, tan felice, y tan no vista imitacion. Loco soy, loco he de ser, hasta tanto que tu bueluas con la respuesta de vna carta que contigo pienso embiar, a mi señora Dulcinea: y si fuere tal qual a mi fé se le deve, acabarse ha mi sandez, y mi penitencia: y si fuere al contrario, serè loco de veras, y siendolo no sentirè nada. Así que de qualquiera manera que responda, saldrè del conflicto, y trabajo en que me dexares, gozando el bien que me truxeres por cuerdo, ò no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime Sancho; traes bien guardado el yelmo de Mambrino, que ya vi que le alçaste del suelo, quando

Tercera parte de don

aquel desagrado le quiso hazer pedaços? pero no pudo, donde se puede echar de ver, la fineza de su temple. A lo qual respondió Sancho: Viue Dios señor cauallero de la triste Figura, que no puedo sufrir, ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dize, y q̄ por ellas vengo a imaginar, que todo quanto me dize de cavalleras, y de alcançar Reynos, é Imperios, de dar Insulas, y de hazer otras mercedes y grandezas, como es vso de cavalleros andantes, que todo deve de ser cosa de viento y mentira, y todo paltraña, o patraña, o como lo llamaremos: porque quien oyere dezir a vuestra merced, que vna bazia de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en mas de quatro dias, que ha de pensar, sino que quien tal dize, y afirma deve de tener guero el juyzio. La bazia yo la lleuo en el costal toda abollada, y lleuola para adereçarla en mi casa, y hazerme la barba en ella, si Dios me diere tanta gracia, que algun dia me vea con mi muger, y hijos. Mira Sancho, por el mismo que denantes juraste, te juro, dixo don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento que tiene; ni tuuo escudero en el mundo: que es posible, que en quanto ha que andas conmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los caualleros andantes parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reues? Y no por que sea ello afsi, sino por que andan entre nosotros siempre vna caterua de encantadores, que todas nuestras cosas mudan, y truecan, y las bueluen, segun su gusto, y segun tienen la gana de fauorecernos, ò destruyrnos, y afsi esso que a ti te parece bazia de barbero, me parece a mi el yelmo de Mambrino, y a otro le parecerà otra cosa. Y fue rara prouidencia del sabio que es de mi parte, hazer que parezca bazia à todos, lo que real, y verdaderamente es yelmo de Mambrino: a causa, que siendo el de tanta estima, todo el mundo me perse-

perseguirà , por quitarmele , pero como ven que no es mas de vn bazin de barbero , no se curan de procuralle. Como se mostrò bien en el que quiso rompelle , y le dexò en el suelo sin lleuarle , que afè que si le conociera , que nunca el le dexara. Guardale amigo , que por aora no le he menester , que antes me tengo de quitar todas estas armas , y quedar desnudo como quando naci , si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia , mas a Roldan , que à Amadis. Llegaron en estas platicas al pie de vna alta montaña , que casi como peñon tajado estaua sola entre otras muchas que la rodeauan. Corria por su faldavn manso arroyuelo , y hazia se por todo su redòdez vn prado tan verde , y vicioso que daua contento a los ojos que le miraua. Auia por alli muchos arboles siluestres , y algunas plantas , y flores , que hazian el lugar apazible . Este sitio escogio el cauallero de la triste Figura , para hazer su penitencia , y assi en viendole ; començò a dezir en voz alta , como si estuuiera sin juyzio: Este es el lugar , ô cielos , que diputo , y escojo para llorar la desuventura en que vosotros mismos me aueys puesto . Este es el sitio donde el humor de mis ojos acrecentarà las aguas deste pequeño arroyo , y mis continuos , y profundos suspiros mouerán a la continua las hojas destos montarazes arboles , en testimonio , y señal , de la pena que mi affendereado coraçon padece. O vosotros , quien quiera que seays , rusticos dioses , que en este inhabitable lugar teneys vuestra morada , oyd las queexas deste desdichado amante , a quien vna luenga ausencia , y vnos imaginados zelos , han traydo a lamentarse entre estas asperezas , y a quexarse de la dura condicion de aquella ingrata , y bella , termino , y fin de toda humana hertmosura. O vosotras Napeas , y Driadas , que teneys por costumbre de habitar en las espessuras de los montes , assi los ligeros , y lasciuos satiros , de quien soys , aunque en

Tercera parte de don

vano amadas, no perturben jamas vuestro dulce sosiego, que me ayudeys a lamentar mi desventura, ô alomenos, no os canseys de oylla. O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, gloria de mi pena, norte de mis caminos, estrellâ de mi ventura, asî el cielo te la dè buena, en quãto acertares a pedirle, que consideres el lugar, y el estado a que tu ausencia me ha conduzido, y que con buen termino, correspondas, al que a mi fê se le deve. O solitarios arboles (que desde oy en adelante aueys de hazer compaõia à mi soledad) dad indicio con el blando movimiento de vuestras ramas, que no os desagrade mi presencia. O tu escudero mio, agradable compaõero, en mis prosperos, y aduersos sucesos, toma bien en la memoria lo que aqui me verâs hazer, para que lo cuêtes, y recetes a la causa total de todo ello. Y diziendo esto, se apeó de Rozinante, y en vn momento le quitò el freno, y la silla, y dandole yna palmada en las ancas, le dixo: Libertad te da el que sin ella queda, ô cauallo tan estremado por tus obras, quan desdichado por tu suerte. Vete por dõ quisieres, que en la frente lleuas escrito, que no te ygalò en ligereça el Hipogrifode Astolfo, ni el nombrado Frontino, que tan caro le costò a Bradamante. Viendo esto Sancho, dixo: Bien aya quien nos quitò aora del trabajo de desenalbardar al ruzio, que a fê que no faltaran palmadicas q̄ dalle, ni cosas que dezille en su alabança: pero si el aqui estuuiera, no consintiera yo quãdo le desalbardara, pues no auia para que, que a el no le tocauan las generales de enamorado, ni de desesperado, pues no lo estaua su amo, que era yo, quãdo Dios queria. Y en verdad seõor cauallero de la triste Figura, que si es que mi partida, y su locurâ de vuestra merced, va de veras, que serâ bien tornar a ensillar a Rozinante, para que supla la falta del ruzio, porque serâ ahorrar tiempo a mi yda, y buelta, que si la hago a pie: no se quando llegarè, ni quan-

ni quando boluerê , porque en resolución , soy mal caminante. Digo Sancho, respondió don Quixote , que sea como tu quisieres , que no me parece mal tu designto: y digo que de aquí a tres dias te partiras , porque quiero que en este tiempo veas lo que por ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues que mas tengo de ver , dixo Sancho, que lo que he visto? Bien estás en el cuento, respondió don Quixote, agora me falta rasgar las vestiduras , esparzir las armas, y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez , que te han de admirar . Por amor de Dios, dixo Sancho, que mire vuestra merced como se da estas calabazadas, que a tal peña podrá llegar, y en tal punto, que con la primera se acabasse la maquina desta penitencia: y seria yo de parecer, que ya que a vuestra merced le parece, que son aqui necessarias calabazadas, y que no se puede hazer esta obra sin ellas , se contentasse, pues todo esto es fingido, y cosa contrabecha , y de burla, se cõtentasse, digo, coõárselas en el agua, o en alguna cosa blanda , como algodón, y dexeme a mi el cargo, que yo dirê a mi señora , que vuestra merced se las daua en vna punta de peña , mas dura que la de vn diamante. Yo agradezco tu buena intencion, amigo Sancho, respondió don Quixote, mas quierote hazer sabidor de que todas estas cosas que hago , no son de burlas , sino muy de veras, porque de otra manera, seria contrauenir a las ordenes de caualleria, que nos mandan, q̃ no digamos mentira alguna, pena de relasos, y el hazer vna cosa por otra, lo mismo es que mentir. Así que mis calabazadas, han de ser verdaderas, firmes, y valederas, sin que lleuen nada del sofisticico, ni del fantastico. Y será necessario, que me dexes algunas hilas para curarme, pues que la ventura quiso que nos faltasse el balfamo que perdimos. Mas fue perder el asno, respondió Sancho , pues se perdieron en el las hilas, y todo, y ruegole a vuestra merced, que
no se

Tercera parte de don

no se acuerde mas de aquel maldito breuage, que en solo oyrle métar, se me rebuelue el alma, quanto ymas elef tomago. Y mas le ruego, que haga cuenta q̄ son ya passados los tres dias que me ha dado de termino, para ver las locuras que haze, que ya las doy por vistas, y por passadas en cosa juzgada, y diré marauillas a mi señora, y escriua la carta, y despacheme luego, porque tengo gran desseo de boluera facar a vuestra merced deste purgatorio donde le dexô. Purgatorio le llamas Sancho, dixo don Quixote, mejor hizieras de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra cosa que lo sea. Quien ha infierno, respondió Sancho, nula es retencio, segun he oydo dezir. No entiendo que quiere dezir retencio, dixo don Quixote. Retencio es, respondió Sancho, que quien está en el infierno, nunca sale del, ni puede. Lo qual será al reues en vuestra merced, ô a mi me andaràn mal los pies, si es que lleuo espuelas para auuiar a Rozinante: y pongame yo vna por vna en el Toboso, y delante de mi señora Dulcinea, que yo le diré tales cosas, de las necedades, y locuras (que todo es vno) que vuestra merced ha hecho, y queda haziendo, que la venga á poner mas blanda que vn guante, aunque la halle mas dura que vn alcornoque, con cuya respuesta dulce, y melificada, bolueré por los ayres como bruxo, y facaré a vuestra merced deste purgatorio, q̄ parece infierno, y no lo es, pues ay esperança de salir del: la qual, como tengo dicho, no la tienen de salir los que estan en el infierno, ni creo que vuestra merced dirá otra cosa. Así es la verdad, dixo el de la triste Figura, pero que haremos para escriuir la carta? y la librança pollinezca, tambien añadió Sancho. Todo yrá inserto, dixo don Quixote, y sería bueno, ya que no ay papei, que la escriuiésemos como hazian los antiguos, en hojas de arboles, ò en vnas tablitas de cera, aunque tan dificultoso será hallarse esto agora, como el
papel,

papel. Mas ya me ha venido a la memoria, donde será bien, y aun mas que bien escriuilla, que es en el librito de memoria que fue de Cardenio, y tu tendras cuidado, de hazerla trasladar en papel de buena letra en el primer lugar que hallares, donde aya maestro de escuela de muchachos, ó sino qualquiera sacristan te la trasladará: y no se la des a trasladar a ningun escriuano, que hazen letra procellada, que no la entenderá Satanas. Pues que se ha de hazer de la firma, dixo Sancho? Nunca las cartas de Amadis se firmaron, respondió don Quixote. Está bien, respondió Sancho, pero la librança forçosamente se ha de firmar, y esta si se trasladada, dirán que la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La librança yrà en el mismo librito firmada, que en viendola mi sobrina, no pondrá dificultad en cumplilla. Y en lo que toca á la carta de amores, pondrás por firma: Vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste Figura. Y hará poco al caso, que vaya de mano agena, porque a lo que yo me se acordar, Dulcinea no sabe escriuir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia, ni carta mia, porque mis amores, y los suyos, han sido siempre Platonicos, sin estenderse a mas, que a vn honesto mirar. Y aun esto tan de quando en quando, que ofaré jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero mas que a la lumbre destos ojos que han de comer la tierra, no la he visto quatro vezes, y aun podrá ser; que destas quatro vezes no huuisse ella echado de ver la vna que la miraua. Tal es el recato, y encerramiêto con que sus padres, Lorenço Corchuelo, y su madre Aldonça Nogales, la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenço? Esta es, dixo don Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniverso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tirà tan bien vna barra, como el mas forçudo

Tercera parte de don

forçudo çagal de todo el pueblo. Viue el dador, que es moça de chapa, hecha, y derecha, y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier cauallero andante, ò por andar, que la tuviere por señora. O hide puta, que rejo que tiene, y que voz: se dezir, que se puso vn dia encima del campanario del aldea, à llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn barbecho de su padre, y aunque estauan de alli mas de media legua, assi la oyeron, como si estuieran al pie de la torre: y lo mejor que tiene es, que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana, con todos se burla, y de todo haze muerca, y donayre. Agora digo, señor cauallero de la triste Figura, que no solamente puede, y deue vuestra merced hazer locuras por ella, sino que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie aurà que lo sepa, que no diga que hizo demasado de bien, puesto que le lleue el diablo: y querria ya verme en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deue de estar y trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres, andar siempre al campo, al sol, y al ayre. Y confieso a vuestra merced vna verdad, señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien, y fielmente, que la señora Dulcinea, deuia de ser alguna Princesa, de quien vuestra merced estaua enamorado, ò alguna persona tal, que mereciesse los ricos presentes que vuestra merced le ha embiado: assi el del Vizcayno, como el de los galeotes, y otros muchos que deuen ser, segun deuen de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado, y ganò en el tiempo que yo aun no era su escudero. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenço, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della, los vencidos que vuestra merced embia, y ha de embiar? Porque podria ser, que al tiempo que ellos llegassen,

llegassen, estuuiesse ella rastrillando lino, ò trillando en las heras, y ellos se corriessen de verla, y ella se riyesse, y enfadasse del presente. Ya te tengo dicho antes de aora muchas vezes Sancho, dixo don Quixote, que eres muy grãde hablador, y que aunque de ingenio boto, muchas vezes despuntas de agudo: mas para que veas quan necio eres tu, y quan discreto soy yo, quiero que me oygas vn breue cuento: Has de saber, q̄ vna viuda hermosa, moça libre, y rica, y sobre todo desenfadada, se enamorô de vn moço motilon, rollizo, y de buen tomo: alcançolo a saber su mayor, y vn dia dixo a la buena viuda, por via de fraternal reprehension: Marauillado estoy señora, y no sin mucha causa, de que vna muger tan principal, tã hermosa, y tan rica como vuestra merced se aya enamorado de vn hombre tan soez, tan baxo, y tan idiota como fulano, auiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados, y tantos teologos, en quien vuestra merced pudiera escoger, como entre peras, y dezir, este quiero, aqueste no quiero? Mas ella le respondió cõ mucho donayre, y desemboltura: Vuestra merced señor mio, està muy engañado, y piensa muy a lo antiguo, si piensa que yo he escogido mal en fulano por idiota que le parece, pues para lo que yo le quiero, tanta filosofia sabe, y mas q̄ Aristoteles. Asy que Sancho, por lo q̄ yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la mas alta Princesa de la tierra. Si que no todos los Poetas que alaban damas, debaxo de vn nombre que ellos a su aluedrio les ponẽ, es verdad que las tienen. Piensas tu que las Amarilis, las Filis, las Siluas, las Dianas, las Galateas, y otras tales, de q̄ los libros, los romances, las tiendas de los barberos, los teatros de las comedias estan llenos, fueron verdaderamente damas de carne, y hueffo, y de aquellos que las celebran. y celebraron? No por cierto, sino que las mas se las fingen por dar sujeto a sus versos, y por q̄ los tengan

Tercera parte de don

por enamorados, y por hombres que tienen valor para serlo. Y así bastame a mi pésar, y creer, q̄ la buena de Aldonça Lorenço es hermosa, y honesta; y en lo del linage importa poco, q̄ no han de yr â hazer la informaciõ del, para darle algũ habito, y yo me hago cuenta, q̄ es la mãs alta Princesa del mundo. Por q̄ has de saber Sancho, si no lo sabes, q̄ dos cosas solas incitan á amar mas que otras, q̄ son la mucha hermosura, y la buena fama, y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, por q̄ en ser hermosa, ninguna le yguala, y en la buena fama, pocas le llegan. Y para concluir con todo, yo imagino, que todo lo que digo es así, sin que sobre, ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion como la desseo, así en la belleza, como en la principalidad: y ni la llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mugeres de las edades preteritas, Griega, Barbara. ô Latina. Y diga cada vno lo q̄ quisiere, q̄ si por esto fuere reprehendido de los ignorantes, no serê castigado de los rigurosos. Digo q̄ en todo tiene vuestra merced razon, respondió Sancho, y q̄ soy vn asno: mas no se yo para que nombre asno en mi boca, pues no se ha de mentar la foga en casa del ahorcado: pero venga la carta, y a Dios q̄ me mudo. Sacó el libro de memoria don Quixote, y apartandose a vna parte, con mucho sosiego comencó a escriuir la carta, y en acabandola llamó a Sancho, y le dixo, q̄ se la queria leer, por q̄ la tomasse de memoria, si acaso se le perdiessse por el camino, porque de su dicha todo se podia temer. A lo qual respondió Sãcho: Escriuala vuestra merced dos, ó tres veces añ en el libro, y demele que yo le llevarê biẽ, guardado, porque pensar que yo la he de tomar en la memoria, es disparate, que la tengo tan mala, que muchas vezes se me oluida como me llamo. Pero cõ todo esto, dígamela que holgarê mucho de oylla, que deue de yr como de molde. Escucha q̄ así dize, dixo dõ Quixote.

Carta de don Quixote, a Dulcinea del Toboso.

Soberana, y alta señora.

EL FERIDO De punta de ausencia, y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia; Si tu valor no es en mi pro. Si tus desdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea à faz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuyta, que ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi bué escudero Sãcho te darà entera relacion, ô bella ingrata, amada enemiga mia del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto; que con acabar mi vida auré satisfecho a tu crueldad, y a mi desseo.

Tuyo hasta la muerte.

El cavallero de la triste Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho en oyendo la carta, que es la mas alta cosa que jamas he oydo. Pedia a mi, y como que le dize vuestra merced aï todo quanto quiere, y que bien que encaxa en la firma el cavallero de la triste Figura. Digo de verdad, que es vuestra merced el mismo diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo es menester, respondió dô Quixote, para el oficio q̄ yo traygo. Ea pues, dixo Sancho ponga vuestra merced en cillotra buelta la cedula de los tres pollinos,

P a y fir-

Tercera parte de don

y firme la con mucha claridad, porque la conozcan en viendola. Que me plaze, dixo don Quixote, y auiendo la escrito se la leyò, que dezia assi.

Mandarà vuestra merced, por esta primera de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho Pança mi escudero tres de los cinco que dexé en casa, y estan a cargo de vuestra merced. Los quales tres pollinos, se los mandò librar, y pagar por otros tantos aqui recibidos de contado, que cò esta, y con su carta de pago seràn bien dados. Fecha en las entrañas de Sierramorena, a veynte, y siete Agosto, deste presente año.

Buena està, dixo Sancho, firmela vuestra merced. No es menester firmarla, dixo don Quixote, sino solamente poner mi rubrica, que es lo mismo que firma, y para tres años, yaun para trezientos fuera bastante. Yo me confio de vuestra merced, respondió Sancho, dexeme, y rè a enfillar a Rozinante, y aparejese a echarme su bendicion, que luego pienso partirme sin ver las sandezes que vuestra merced ha de hazer, que yo diré que le vi hazer tantas, que no quiera mas. Por lo menos quiero Sancho, y porque es menester assi, quiero y digo que me veas en cueros, y hazer vna, ó dos docenas de locuras, que las haré en menos de media hora, porque auendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar a tu saluo en las demas que quisieres añadir: y asseguróte, que no diràs tu tantas quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra merced, que me darà mucha lastima. y no podré dexar de llorar, y tengo tal la cabeça del llanto que anoche hize por él ruzio, que no estoy para meterme en nuevos lloros: y si es que vuestra merced gusta, de que yo vea algunas locuras, hagalas vestido breues, y las que le vinieren mas a cuento. Quanto mas, que para mi no era menester nada desso, y como ya tengo

tengo dicho, fuera ahorrar el camino de mi buelta, que ha de ser con las nuevas que vuestra merced dessea, y merece. Y sino aparejese la señora Dulcinea, que sino responde como es razon, voto hago solene a quien puedo, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago a cozes, y a bofetones: porque donde se ha de sufrir, que vn cavallero andante, tan famoso como vuestra merced, se buelua loco, sin que, ni para que, por vna? No me lo haga dezir la señora, porque por Dios que despotrique, y lo eche todo a doze, aunque nunca se venda. Bonico soy yo para esso, mal me conoce: pues a fè que si me conociesse, que me ayunasse. A fe Sancho, dixo don Quixote, que alo que parece, que no estas tu mas cuerdo que yo. Nò estoy tan loco, respondió Sàcho, mas estoy mas colericò. Pero dexando esto a parte, que es lo que ha de comer vuestra merced, en tanto que bueluo? Ha de salir al camino como Cardenio, a quitárselo a los pastores? No te dè pena esse cuydado, respondió don Quixote, porque aunque tuuiera, no comiera otra cosa que las yeruas, y frutos, que este prado, y estos arboles me dieren, que la fineza de mi negocio està en no comer, y en hazer otras asperezas. A esto dixo Sancho, sabe vuestra merced que temo, que no tengo de acertar a boluer a este lugar donde aora le dexo, segun està escondido. Toma bien las señas, que yo procurare no apartarme destos contornos, dixo don Quixote: y aun tendrè cuydado de subirme por estos mas altos riscos, por ver si te descubro quando bueluas. Quanto mas, que lo mas acertado serà, para que no me yerres, y te pierdas, que cortes algunas retamas, de las muchas que por aqui ay, y las vayas poniendo de trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las quales referuiràn de mojones, y señales, para que me halles quando bueluas, à imitacion del laberinto de Perseo. Así lo harè, respondió Sancho Pança: y cortando algunos,

Tercera parte de don

pidio la bendición a su señor, y no sin muchas lagrimas de entrambos, se despidió del. Y subiendo sobre Rozinante, a quien don Quixote encomendó mucho, y que mirasse por el, como por su propia persona, se puso en camino del llano, esparziendo de trecho a trecho los ramos de la retama, como su amo se lo auia aconsejado: y así se fue, aunque toda via le importunaua don Quixote, que le viesse, si quiera hazer dos locuras. Mas no huuo andado cien passos, quando boluio, y dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de conciencia, que le hevisto hazer locuras, será bien que vea si quiera vna, aunque bien grande la hevisto, en la quedada de vuestra merced. Note lo dezia yo dixo don Quixote, esperate Sancho, que en vn credo las haré. Y desnudandose con toda priessa los calçones, quedó en carnes, y en pañales; y luego sin mas ni mas dio dos çapatetas en el ayre, y dos tumbas la cabeça á baxo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que por no ver las otra vez boluio Sancho la rienda à Rozinante, y se dio por contento, y satisfecho, de que podia jurar, que su amo quedaua loco, y así le dexaremos yr su camino hasta la buelta, que fue breue.

Capitulo. XXVI. Donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quixote en Sierramorena.



Y BOLVIENDO; A contar lo que hizo el de la triste Figura, despues que se vio solo: dize la historia, que así como don Quixote acabò de dar las tumbas, ó bueltas, de medio a baxo desnudo, y de medio arriba vestido, y que vio que Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña y allí tornò

tornò a pensar lo que otras muchas vezes auia pensado, sin auerse jamas resuelto en ello. Y era, que qual seria mejor, y le estaria mas a cuèto imitar a Roldan en las locuras desafortadas que hizo, ò à Amadis en las malencolicas, y hablando entre si mismos dezia: Si Roldan fue tan buen cauallero, y tan valiente como todos dicen, que maravilla, pues al fin era encantado, y no le podia matar nadie, sino era metiendole vn alfiler de ablanca por la punta del pie, y el traïa siempre los çapatos con siete fuelas de hierro. Aunque no le valieron tretas con Bernardo del Carpio, que se las entendio, y le ahogò entre los brazos en Roncesualles. Pero dexando en ello de la valentia à vna parte, vengamos a lo de perder el juyzio, que es cierto que le perdio por las señales que hallò en la fortuna, y por las nueuas que le dio el pastor, de que Angelica auia dormido mas de dos siestas con Medoro vn Morillo de cabellos enrriçados, y page de Agramante. Y si el entèdio que esto era verdad, y que su dama le auia cometido defaguiffado, no hizo mucho en bolverse loco. Pero yo como puedo imitarlle en las locuras, sino le imito en la ocasion dellas, porque mi Dulcinea del Toboso osareyo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, asì como el es, en su mismo trage, y que se estâ oy como la madre que la pario: y hariale à grauo manifesto, si imaginando otra cosa della, me boluiesse loco de aquel genero de locura de Roldan el furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, alcançò tanta fama de enamorado, como el que mas. Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le auia mandado, que no pareciese ante su presencia, hasta que fuesse su voluntad: de que se retirò à la peña Pobre, en compaïa de vn ermitaño, y allì se hartò de llorar, hasta que el cielo le acorrio en

Tercera parte de don

medio de su mayor cuyta, y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo aora, de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos arboles, que no me han hecho mal alguno, ni tengo para que enturbiar el agua clara de los arroyos, los quales me hã de dar de heuer, quando tenga gana. Viua la memoria de Amadis, y sea imitado de don Quixote de le mancha, en todo lo que pudiere: del qual se dirà lo que del otro se dixo, que sino acabò grandes cosas, murio por acometellas. Y si yo no soy desechado, ni desdeñado de mi Dulcinea, bastame, como ya he dicho, estar ausente della. Ea pues, manos a la obra, venid à mi memoria cosas de Amadis, y enseñadme por donde tengo de començar a imitaros: mas ya se que lo mas que el hizo, fue rezar, y assi lo haré yo. Y siruieron le de rosario vnas agallas grandes de vn alcornoque, que ensartò, de que hizo vn diez. Y lo que le fatigaua mucho, era no hallar por alli otro hermitaño, que le confessasse, y con quien consolarse: y assi se entretenia passeandose por el pradezillo, escriuiendo, y grauando por las cortezas de los arboles, y por la menuda arena, muchos versos, todos acomodados a su tristeza, y algunos en alabança de Dulcinea. Mas los que se pudieron hallar enteros, y que se pudieffen leer despues que a el alli le hallaron, no fueron mas que estos que aqui se siguen.

A *Arboles, yeruas, y plantas,
Que en aqueste sitio estays,
Tan altas, verdes, y raras,
Si de mi mal no os holgays
Escuchad mis queexas sanctas.*

*No dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,
Pues por pagaros escote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.*

*Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido a tanto mal
Sin saber como, ó por donde.*

*Traele amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,
Y assi hasta henchir vn pipote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.*

*Buscando las aventuras,
Por enre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas,
Halla el triste desueltas.
Hirióle amor con su açote,
No con su blanda correa,
Y en enrocandole al cogote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.*

Tercera parte de don

No causó poca rifa en los que hallaron los versos referidos, el añadidura del Toboso al nombre de Dulcinea, porque imaginaron que deuio de imaginar don Quixote, que si en nómbando a Dulcinea, no dezia tambien el Toboso, no se podria entender la copla, y assi fue la verdad, como el despues confesò. Otros muchos escriuio, pero como se ha dicho, no se pudieron sacar en limpio, ni enteros, mas destas tres coplas. En esto, y en suspirar, y en llamar a los Faunos, y Siluanos de aquellos bosques, a las ninfas de los rios, a la dolorosa, y humida Eco, que le respondiessen, consolassen, y escuchassen, se entretenia, y en buscar algunas yeruas con que sustentarse, en tanto que Sancho boluia, que si como tardò tres dias, tardarà tres semanas, el cauallero de la triste Figura quedará tan desfigurado, que no lo conociera la madre que lo pario. Y ferá bien dexalle embuelto entre sus suspiros, y versos, por contar lo que le auino a Sancho Pança en su mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino Real, se puso en busca del Toboso, y otro dia llegó a la venta, donde le auia sucedido la desgracia de la manta, y no la huuo bien visto, quando le parecio que otra vez andaua en los ayres, y no quiso entrar dentro, aunque llegó a hora que lo pudiera, y deuiera hazer, por ser la del comer, y llevar en desseo de gustar algo caliente, que auia grandes dias que todo era hambre. Esta necesidad le forçò a que llegasse junto a la venta, toda via dudoso, si entraria, ò no. Y estando en esto salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron: y dixo el vno al otro. Digame señor licenciado aquel del cauallo no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro auenturero, que auia salido con su señor por escudero? Si es, dixo el Licenciado, y aquel es el cauallo de nuestro don Quixote. Y conocieronle tambien, como aquellos que eran el Cura, y el barbero de su mismo lugar,

lugar, y los que hizieron el escrutinio, y auto general de los libros, los quales assi como acabaron de cenocer a Sancho Pança, y a Rozinante, desfeofos de saber de don Quixote se fueron á el, y el Cura le llamò por su nõbre, diziendole: Amigo Sancho Pança, adonde queda vuestro amo? Comociolos luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la fuerte, donde, y como su amo quedaua: y assi les respondió, que su amo quedaua ocupado en cierta parte, y en cierta cosa que le era de mucha importancia, la qual no podia descubrir por los ojos que en la cara tenia. No, no, dixo el barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos le aueys muerto, y robado, pues venis encima de su cauallõ: en verdad que nos aueys de dar el dueño del rozin, ò sobre esso morena. No ay para que conmigo amenazas, que yo no soy hõbre que robo, ni mato a nadie, a cada vno mate su vètura, ò Dios que le hizo. Mi amo queda haziendo penitencia en la mitad desta montaña, muy a su favor. Y luego de corrida, y sin parar les contò de la fuerte que quedaua, las auenturas que le auian sucedido, y como lleuaua la carta à la seõora Dulcinea del Toboso, que era la hija de Lorenço Corchuelo, de quien estaua enambrado hasta los higados. Quedaron admirados los dos, de lo que Sãcho Pança les contaua, y aunque ya sabian la locura de don Quixote, y el genero della, siempre que la oian se admirauan de nueuo. Pidieronle a Sancho Pança, que les enseñasse la carta que lleuaua à la seõora Dulcinea del Toboso. El dixo, que yua escrita en vn libro de memoria, y que era orden de su seõor, que la hiziesse trasladar en papel, en el primer lugar que llegasse. A lo qual dixo el Cura, que se la mostrasse, que el la trasladaria de muy buena letra. Metio la mano en el seno Sancho Pança, buscando el librito: pero no le hallò, ni le po.

Tercera parte de don

le podia hallar, si le buscara hasta aora, porque se auia quedado don Quixote con el, y no se le auia dado, ni a el se le acordô de pedirsele. Quando Sancho vio que no hallaua el libro, fueffele parando mortal el rostro: y tornandose a tentar todo el cuerpo muy apriessa, tornô a echar de ver que no le hallaua, y sin mas ni mas se echô entrambos puños a las barbas, y se arracô la mitad dellas: y luego apriessa, y sin cessar se dio media dozena de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se las bañô todas en sangre. Visto lo qual por el Cura, y el barbero, le dixeron, que que le auia sucedido, que tan mal se paraua? Que me ha de suceder, respondió Sancho, sino el auer perdido de vna mano a otra, en vn instante tres pollinos, que cada vno era como vn castillo. Como es esto, replicó el barbero? He perdido el libro de memoria, respondió Sancho, donde venia carta para Dulcinea, y vna cedula firmada de su señor, por la qual mandaua, que su sobrina me diese tres pollinos, de quatro, ô cinco que estauan en casa. Y con esto les contô la perdida del ruzio, Con solole el Cura, y dixole, que en hallando a su señor, el le haria reualidar la manda, y que tornasse á hazer la librança en papel, como era uso, y costumbre, porque las que se hazian en libros de memoria, jamas se acetauan, ni cumplian. Con esto se consolô Sancho, y dixo, que como aquello fuéssse assi, que no le daua mucha pena la pérdida de la carta de Dulcinea, porque el la sabia casi de memoria, de la qual se podria trasladar, donde, y quando quisiessen. Dezildo Sancho pues, dixo el barbero, que despues la trasladaremos. Parose Sancho Pança à rascar la cabeça, para trae a la memoria la carta: y ya se ponía sobre vn pie, y ya sobre otro. Vnas vezes miraua al suelo, otras al cielo: y al cabo de auerse roydo la mitad de la yema de vn dedo, teniendo suspenso a los que esperauan q̃ ya la dixesse, dixo al cabo de vn grandissimo rato: Por

Dios

Dios señor Licenciado, que los diablos lleuen la cosa que de la carta se me acuerda. aunque en el principio dezia: Alta, y sobajada señora. No dirá dixo el barbero, sobajada, sino sobrehumana, ó soberana señora. Así es, dixo Sancho. Luego si mal no me acuerdo, proseguia, si mal no me acuerdo, el llagado, y salto de sueño, y el ferido boba à vuestra merced las manos, ingrata, y muy desconocida hermosa, y no se que dezia de salud, y de enfermedad que le embiaua: y por aqui yua escurriendo, hasta que acabaua, en vuestro hasta la muerte, El cauallero de la triste Figura. No poco gustaron los dos de ver la buena memoria de Sancho Pança, y alabaronsele mucho, y le pidieron que dixesse la carta otras dos vezes, para que ellos así mismo la tomassen de memoria, para trasladalla à su tiempo. Tornola á dezir Sancho otras tres vezes, y otras tantas boluio a dezir otros tres mil disparates. Tras esto contò así mismo las cosas de su amo, pero no habló palabra a cerca del manteamiento que le auia sucedido en aquella venta, en la qual rehusaua entrar. Dixo tambien, como su señor en trayendo q̄ le truxesse buen despacho de la señora Dulcinea del Tóbofo, se auia de poner en camino, a procurar como ser Emperador, ó por lo menos Monarca, que así lo tenían concertado entre los dos: y era cosa muy facil venir a serlo, segun era el valor de su persona, y la fuerça de su brazo, y que en siendolo, le auia de casar a el, porque ya seria viudo, que no podia ser menos. Y le auia de dar por muger a vna donzella de la Emperatriz, heredera de vn rico, y grande estado de tierra firme, sin Insulos. ni Insulas, que ya no las queria. Dezia esto Sancho con tanto reposo, limpiandose de quando en quando las narizes, y cõ tan poco juyzio, que los dos se admiraron de nueuo, cõsiderando, quan vehemente auia sido la locura, de don Quixote, pues auia lleuado tras si el juyzio de aquel pobre

Tercera parte de don

pobre hombre. No quisieron cansarse en sacarle del error en que estaua, pareciendoles, que pues no le dañaua nada la conciencia, mejor era dexarle en el, y a ellos les seria de mas gusto oyr sus necesidades: y assi le dixeron, que rogasse a Dios por la salud de su señor, que cosa contingente, y muy agible era venir con el discurso del tiempo a ser Emperador, como el dezia, ô por lo menos Arçobispo, ô otra dignidad equiuivalente. A lo qual respondió Sancho: Señores, si la fortuna rodeasse las cosas de manera, que a mi amo le viniessen en voluntad de no ser Emperador, sino de ser Arçobispo, querria yo saber aora, que suelen dar los Arçobispos andantes a sus escuderos? Suelenles dar, respondió el Cura, algun beneficio simple, ô curado, ô alguna sacristania, q̄ les vale mucho de rêta arrêtada, amen del pie de altar, q̄ se suele estimar en otro tanto. Para esso serà menester, replicô Sancho, que el escudero no sea casado, y que sepa ayudar a a Missa por lo menos: y si esto es assi, de sdichado de yo, que soy casado, y no se la primera letra del A b c, que será de mi, si mi amo le da antojo de ser Arçobispo, y no Emperador, como es vfo, y costumbre de los caualleros andantes? No tengays pena Sancho amigo, dixo el barbero, que aqui rogaremos a vuestro amo, y se lo aconsejaremos, y aun se lo pondremos en caso de conciencia, que sea Emperador, y no Arçobispo, porque le será mas facil, a causa de que es mas valiente, que estudiante. Assi me ha parecido a mi, respondió Sancho, aunque se dezir, que para todo tiene habilidad. Lo que yo pienso hazer de mi parte, es rogarle a nuestro Señor, que le heche á aquellas partes donde el mas se sirua, y adonde a mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis como discreto, dixo el Cura, y lo hareys como buen Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer, es dar orden como sacar a vuestro amo de aquella inutil penitencia que dezis que queda

queda haziendo: y para pensar el modo que hemos de tener, y para comer q̄ ya es hora, serâ biẽ nos entremos en esta venta. Sancho dixo, que entrassen ellos, que el esperaba alli fuera, y q̄ despues les diria la causa por q̄ no entrava ni le conuenia entrar en ella: mas que les rogava que le facassen alli algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assi mismo ceuada para Rozinante. Ellos se entraron, y le dexaron, y de alli a poco, el barbero le sacô de comer. Despues auiendo bien pensado entre los dos el modo que tendrian para conseguir lo que desseauan, vino el Cura en vn pensamiento muy acomodado al gusto de don Quixote, y para lo que ellos querian. Y fue, q̄ dixo al barbero, que lo que auia pensado era, que el se vestiria en habito de donzella andante, y q̄ el procurasse ponerse lo mejor q̄ pudiesse, como escudero, y que assyrian a donde don Quixote estaua, fingiendo ser ella vna donzella affigida, y menesterosa, y le pediria vn dô, el qual el no podria dexarsele de otorgar, como valeroso cauallero andante. Y que el don que le pensaua pedir, era que se viniesse con ella, donde ella le llevasse, a desfazelle vn agrauio que vn mal cauallero le tenia fecho: y que le suplicaua assi mismo, que no la mandasse quitar su antifaz, ni la demandasse cosa de su fazienda, fasta que la huuiesse fecho derecho de aquel mal cauallero, y que creyesse sin duda, que don Quixote vendria en todo quanto le pidiesse por este termino, y que desta manera le facarian de alli, y le llevarian à
su lugar donde procurarian ver si tenia
algun remedio su estraña.

locura.

∴∴

Tercera parte de don

*Cap. XXVII. De como salieron con su intencion el Cura
y el barbero, con otras cosas dignas de que se cuentan
en esta grande historia.*

NO LE Parecio mal al barbero, la inuencion del Cura, sino tan bien que luego la pusieron por obra. Pidieronle a la ventera vna saya, y vnas tocas, dexandole en prèdas vna sotana nueva del Cura. El barbero hizo vna gran barba de vna cola ruzia, ó roxa de buey, donde el ventero tenia colgado el peyne. Preguntóles la ventera, que para que le pedian aquellas cosas? El Cura le contó en breues razones la locura de don Quixote, y como conuenia aquel disfraz, para sacarle de la montaña donde a la sazón estaua. Cayeron luego el ventero, y la ventera en que el loco era su huesped del balsaño, y el amo del manteado escudero, y contaron al Cura todo lo que con el les auia passado, sin callar lo q̄ tanto callaua Sancho. En resolución, la vétera vistió al Cura de modo, q̄ no auia mas q̄ ver. Pusole vna saya de paño llena de faxas de terciopelo negro, de vn palmo en ancho, todas acuchilladas, y vnos corpiños de terciopelo verde, guarnecidos cō vnos ribetes de raso blanco, q̄ se deuieron de hazer ellos, y la saya en tiempo del Rey Bamba. No consintió el Cura que le tocassen, sino pusose en la cabeça vn birretillo de lienço colchado que lleuaua para dormir de noche: y ciñose por la frente vna liga de tafetan negro, y con otra liga hizo antifaz con que se cubrió muy bien las barbas, y el rostro. Encasquetose su sombrero, q̄ era tan grande que le podia seruir de quitasol: y cubriendose el herreuelo, subió en su mula á mugeriegas, y el barbero en la saya, con su barba que le llegaua à la cintura, èntre roxa, y blanca, como aquella que (como se ha dicho)

dicho) era hecha de la cola de vn buey barroso. Despidieronse de todos, y de la buena de Maritornes, que prometio de rezar vn rosario, aunque pecadora, porq̃ Dios les diesse buen suceso en tan arduo, y tan Christiano negocio, como era el que auian emprendido. Mas à penas huuo salido de la venta, quando le vino al Cura vn pensamiento, que hazia mal en auerse puesto de aquella manera, por ser cosa indecente, que vn Sacerdote se pusiese assi, aunque le fuesse mucho en ello: y diziendoselo al barbero, le rogò, que trocassen trages, pues era mas justo, que el fuesse la donzella menesterosa, y que el haria el escudero, y que assi se profanaua menos su dignidad: y que sino lo queria hazer, determinaua, de no pasar adelante, aunque a don Quixote se le llevasse el diablo. En esto llegó Sancho, y de ver à los dos en aquel traje, no pudo tener la risa. En efeto, el barbero vino en todo aquello que el Cura quiso: y trocando la inuención, el Cura le fue informando el modo que auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para mouerle, y forçarle, a que có el se viniessen, y dexasse la querencia del lugar que auia escogido para su vana penitencia. El barbero respondió, que sin que se le diesse liciò, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuuiessen junto de donde don Quixote estaua, y assi doblò sus vestidos, y el Cura acomodò su barba, y siguieron su camino, guandolos Sancho Páça: el qual les fue contando lo que les acontecio con el loco que hallaron en la tierra: encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que aunque todo, era vn poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho auia dexado puestas las señales de las ramas, para acertar el lugar donde auia dexado a su señor: y en reconociendolo, les dixo, como aquella era la entrada, y que bien se podian vestir, si era

Q

que

Tercera parte de don

que aquello hazía al caso para la libertad de su señor: por que ellos le auian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia, para sacar a su amo de aquella mala vida, que auia escogido: y que le encargauan mucho, que no dixesse a su amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntasse, como se lo auia de preguntar, si dio la carta a Dulcinea, dixesse q̄ si, y que por no saber leer, le auia respondido de palabra, diziendole, que le mandaua, so pena de la su desgracia, que luego al momento se viniessse a ver con ella, que era cosa, que le importaua mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensauan dezirle, tenian por cosa cierta, reduzirle a mejor vida, y hazer con el q̄ luego se pudiesse en camino, para yr a ser Emperador, o Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no auia de que temer. Todo lo escucho Sancho, y lo tomò muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion que tenia de aconsejar a su señor, fuesse Emperador, y no Arçobispo, porq̄ el tenia para si, que para hazer mercedes a sus escuderos, mas podian los Emperadores, q̄ los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, que el fuesse delante a buscarle, y darle la respuesta de su señora, q̄ ya seria ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pudiesen en tanto trabajo. Parecioles bien lo q̄ Sancho Pança dezia, y assi determinaron de aguardarle hasta que boluiesse con las nuevas del hallazgo de su amo. Entróse Sancho por aquellas quebradas de la sierra, dexando a los dos en vna, por donde corria vn pequeño, y manso arroyo, a quien hazian sombra agradable, y fresca otras peñas, y algunos arboles que por alli estauan. El calor, y el dia que alli llegaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia al finio mas agradable, y que combidasse a que en el esperassen

rassen la buelta de Sancho, como lo hizieron . Estando pues los dos alli, soffegados, y à la sombra, llegó a sus oydos vna voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dulce, y regaladamente sonaua: de que no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudieffe auer quien tan bien cantasse . Porq̃ aunque suele dezirse, que por las seluas, y campos se hallan pastores de voces estremadas, mas son encarecimientos de Poetas, que verdades: y mas quando aduertieron que lo que oían catar eran versos, no de rusticos ganaderos, sino de discretos Cortesanos . Y confirmó esta verdad, auer sido los versos que oyeron estos .

Q *Vien menoscaba mis bienes ?*

Desdenes .

Y quien aumenta mis duelos ?

Los zelos .

Y quien prouea mi paciencia ?

Ausencia .

De esse modo en mi dolencia

Ningun remedio se alcanza ,

Pues me matan la esperança ,

Desdenes, zelos, y ausencia .

Quien me causa este dolor ?

Amor .

I quien mi gloria repugna ?

Fortuna .

Y quien consiense mi duelo ?

El cielo .

De esse modo yo rezelo

Morir deste mal extraño ,

Q ?

*Tercera parte de don
Pues se aunan en mi daño
Amor, fortuna, y el cielo.*

Quien mejorará mi suerte?

La muerte.

Y el bien de amor quien le alcanza?

mudança.

Y las males quien los cura?

Locura.

De esse modo no es cordura

Querer curar la passion,

Quando los remedios son,

Muerte, Mudança, y Locura.

La hora, el tiempo, la soledad, la voz, y la destreza del que cantaua, causó admiracion, y contento en los dos oyentes, los quales se estuuieron quedos, esperando, si otra alguna cosa oían: pero viendo que duraua alguna tanto el silencio, determinaron de salir a buscar el musico, que con tan buena voz cantaua. Y queriendolo poner en efeto, hizo la misma voz, que no se mouiessen, la qual llegó de nuevo a sus oydos, cantando este Soneto.

S O N E T O.

S Antea amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo,
Subiste alegre a las Impireas salas.

Desde

*Desde alla (quando quieres) nos señalas
La justa paz , cubierta con vn velo ,
Por quien à vezes se trasluze el zelo
De buenas obras , que a la fin son malas .
Dexa el cielo , o amistad , o no permitas ,
Que el engaño se vista en librea ,
Con que destruye a la intencion sincera .
Que si tus apariencias no le quitas ,
Presto ha de ver se el mundo en la pelea
De la discordie confuscion primera .*

El canto se acabò con vn profundo suspiro, y los dos con atencion boluieron a esperar si mas se cantaua: pero viendo que la musica se auia buuelto en solloços, y en las tímicos ayes, acordaron de saber, quien era el triste, tan estremado en la voz, como doloroso en los gemidos. Y no anduieron mucho, quando al boluer de vna punta de vna peña, vieron à vn hombre, del mismo talle, y figura que Sancho Pança les auia pintado, quando les cóto el cuento de Cardenio: el qual hóbre quando los vio, sin sobrefaltarse estuuò quedo, con la cabeça inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensatiuo, sin alçar los ojos à mirarlos, mas de la vez primera, quando de improuiso llegaron. El cura, que era hombre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le auia conocido) se llegò a el, y con breues, aunque muy discretas razones, le rogò, y persuadiò, que aquella tan miserable vida dexasse, porque alli no la perdiessse, que era la desdicha mayor de las desdichas. Estaua Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tan à menudo le sacaua de si mismo: y así auiendo a los dos en trage tan no vsado de los

Q 3 que

Tercera parte de don

que por aquellas soledades andauan, no dexò de admirarse alguntanto : y mas quando oyò que le auian hablado en su negocio, como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dixo , afsilo dieron a entender) y afsi respondió desta manera: Bien veo yo, señores, quíquiera que seays, que el cielo, que tiene cuydado de socorrer à los buenos, y aun à los malos muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tan remotos, y apartados lugares del trato comun de las gentes, algunas personas, que poniendome delante de los ojos con viuas, y varias razones, quan sin ella ando, en hazer la vida q̄ hago, han procurado sacarme desta à mejor parte: pero como no saben que se yo, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiça me deuen de tener por hombre de flacos discursos : y aun lo que peor seria, por de ningunjuyzio. Y no seria marauilla, que afsifuesse, porque a mi se me trasluze, que la fuerça de la imaginacion de mis desgracias es tan intensa, y puede tanto en mi perdicion, que sin que yo pueda ser parte a estoruarlo, vengo a quedar como piedra, salto de todo buen sentido, y conocimiento : y vengo a caer en la cueta desta verdad, quando algunos me dizen , y muestrã señales de las cosas que he hecho en tanto que aquel terrible accidente me señorea, y no se mas, que dolerme en vano, y maldezir sin prouecho mi ventura : y dar por disculpa de mis locuras, el dezir la causa dellas, a quantos oyr la quierẽ, porque viendo los cuerdos qual es la causa, no se marauillaràn de los efetos: y sino me dieren remedio, alomenos no me daràn culpa, conuirtiendoseles el enojo de mi desemboltura, en lastima de mis desgracias . Y si es que vosotros señores, venis con la misma intencion que otros han venido , antes que passseys adelante en vuestras discretas persuasiones, os ruego, que escucheys el cuento : que no le tiene de mis desventuras : porque quiça des-

pues

pues de entédido, ahorrareys del trabajo que tomareys en consolar vn mal, que de todo consueio es incapaz. Los dos, que no desseauan otra cosa, que saber de su misma boca la causa de su daño, le rogaron se la contasse, ofreciendole de no hazer otra cosa de la que el quisiese en su remedio, o consuelo: y con esto el triste cauallero començò su lastimera historia, casi por las mismas palabras, y passos que la auia contado a don Quixote, y al cabrero, pocos dias atras, quando por ocasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de don Quixote, en guardar el decoro a la caualleria, se quedò el cuento imperfeto, como la historia lo dexa contado. Pero aora quiso la buena suerte, que se detuuò el accidente de la locura, y le dio lugar de contarle hasta el fin: y asì llegando al passo del villete, que auia hallado don Fernando entre el libro de Amadis de Gaula, dixo Cardenio, que le tenia bien en la memoria, y que dezia desta manera.

Luscinda à Cardenio.

CADA dia descubro en vos valores, que me obligan, y fuerçan, a que en mas os estime: y asì si quisierdes sacarme desta deuda, sin executar me en la honra, lo podreys muy bien hazer. Padrè tengo, que os conoce, y que me quiere bien, el qual sin forçar mi voluntad cumplirà lo que serà justo que vos tengays, si es que me estimays como dezis, y como yo creo.

Por este villete me moui à pedir a Luscinda por esposa, como ya os he contado, y este fue por quien quedò Luscinda en la opinion de don Fernando, por vna de las mas discretas, y auisadas mugeres de su tiempo. Y este villete fue, el que le puso en desseo de destruyrme, antes q el mio se eseruasse. Dixele yo a dō Fernando, en lo

Terceira parte de don

que reparaua el padre de Lusinda, que era en que mi padre se la pidieffe : lo qual yo no le osaua dezir, temeroso que no vendria en ello : no porque no tuuieffe bien conocida la calidad, bondad, virtud, y hermosura de Lusinda, y que tenia partes bastantes para enoblecere qualquier otro linage de España: sino porque yo entendia del, que desseaue que no me casasse tan presto, hasta ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo. En resolucion, le dixee, que no me auenturaua a dezirle a mi padre, assi por aquel inconueniente, como por otros muchos que me acobardauan, sin saber quales eran : sino que me parecia, que lo que yo desseaue, jamas auia de tener efeto. A todo esto me respondio don Fernando, que el se encargaua de hablar a mi padre, y hazer có el, que hablasse al de Lusinda. O Mario ambicioso, o Catilina cruel, o Quila facinoroso, o Galalon embuftero, o Vellido traydor, o Iulian vengatiuo, o Iudas codicioso. Traydor, cruel, vengatiuo, y embuftero, que deseruicias te auia hecho este triste, q̄ con tanta llaneza te descubrio los secretos, y contentos de su coraçon? Que ofensa te hize? Que palabras te dixee, o que consejos te di, que no fueffen todos encaminados a acrecentar tu honra, y tu prouecho? Mas de que me quexo, desuenturado de mi, pues es cosa cierta, que quando traen las desgracias la corriente de las estrellas, como vienen de alto a baxo despeñandose có furor, y con violencia, no ay fuerça en la tierra que las detenga, ni industria humana que preuenirlas pueda. Quié pudiera imaginar, que don Fernando, cauallero ilustre, discreto, obligado de mis seruicios, poderoso para alcãçar lo que el desseo amoroso le pidieffe, donde quiera q̄ le ocupasse, se auia de enconar (como fuele dezirse) en tomarme a mi vna sola oueja, que aun no posseia? Pero quedense estas consideraciones aparte, como inutiles, y sin prouecho, y añedemos el roto hilo de mi desdichada
hista-

historia. Digo pues, que pareciendole a don Fernãdo, que mi presencia le era inconueniente para poner en execucion su falso, y mal pensamiẽto, determinò de embiar me a su hermano mayor, con ocasion de pedirle vnos dñeros, para pagar seys cauallos, que de industria, y solo para este efeto de que me ausentasse (para poder mejor salir con su dañado intento) el mismo dia que se ofrecio hablar a mi padre los cóprò, y quiso que yo viniesse por el dinero. Pude yo preuenir esta traycion? Pude por vètura caer en imaginarla? No por cierto, antes con grandissimo gusto me ofreci â partir luego, contento de la buena compra hecha. Aquella noche hablé con Luscin-da, y le dixè lo que con don Fernando quedaua concertado, y que tuuiesse firme esperança, de q̄ tendrian efeto nuestros buenos, y justos desseos. Ella me dixo, tan segura como yo de la traycion de don Fernando, que procurasse boluer presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al tuyo. No se que se fue, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn nudo se le atrauesò en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas que me parecio q̄ procuraua dezirme. Quedè admirado deste nueuo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos habluamos, las vezes que la buena fortuna, y mi diligècia lo concedia, con todo regozijo, y contento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, zelos, sospechas, o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por seõora. Esageraua su belleza, admirauame de su valor, y entendimiẽto. Boluiame ella el recambio, alabando en mi lo que como enamorada le parecio digno de alabança. Con esto nos contauamos cien mil niõerias, y acaecimientos de nuestros vezinos, y conocidos: y â lo que mas se estendia mi desemboltura,

Tercera parte de don

boltura, era à tomarle casi por fuerça, vna de sus bellas, y blancas manos, y llegarla a mi boca, segũ daua lugar la estrechez de vna baxa rexa que nos diuidia. Pero la noche que precedio al triste dia de mi partida, ella llorò, gi miò, y suspirò, y se fue, y me dexò lleno de confusion, y sobresalto, espantado de auer visto tan nueuas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Lusinda. Pero por no destruyr mis esperanças, todo lo atribuy a la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me parti triste, y pensatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que mostrauan el triste suceso, y desventura que me estaua guardada. Llegué al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar (bien a mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse: porque su hermano le escriuia, que le embiasse cierto dinero, sin su sabiduria. Y todo fue inuencion del falso don Fernando, pues no le faltauan a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida en el ausencia de Lusinda, y mas auendola dexado con la tristeza que os he cótado. Pero con todo esto obedeci, como buen criado, aunque veía que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli llegué, llegó vn hombre en mi busca có vna carta que me dio, que en el sobrescrito conocí ser de Lusinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande deuia de ser la que la auia mouido a escriuirme, estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quien se la auia dado, y el tiempo

tiempo que auia tardado en el camino . Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamó desde vna ventana, los ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priesa le dixo : Hermano, si foys Christiano, como pareceys, por amor de Dios ós ruego, que encamineys luego, luego esta carta al lugar, y á la persona que dize el sobrescrito, que todo es bien conocido , y en ello hareys vn gran seruicio a nuestro Señor . Y para que no os falte comodidad de poderlo hazer , tomadlo que vá en este pañuelo : y diziendo esto, me arrojò por la ventana vn pañuelo donde venian atados cien reales, y esta fortija de oro que aqui traygo, con essa carta que os he dado : y luego sin aguardar respuesta mia, se quitò de la ventana; aũque primero vio como yo tomê la carta, y el pañuelo, y por señas le dixe, que haria lo que me mandaua . Y asì viendome tan bien pagado del trabajo que podia tomar en traérosla, y conociendo por el sobrescrito, q̄ erades vos a quien se embiaua, por q̄ yo, señor, os conozco muy biç: y obligado asì mismo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determinê de no fiarme de otra persona, sino venir yo mismo a darosla . Y en diez, y seys horas q̄ ha que se me dio, he hecho el camino que sabeys, que es de diez, y ocho leguas. En tanto q̄ el agradecido, y nuevo correo esto me dezia, estaua yo colgado de sus palabras, temblandome las piernas, de manera, que a penas podia sostenerme . En efeto abrila carta, y vi que contenia estas razones . La palabra que don Fernando os dio, de hablar á vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mucho mas en su gusto que en vuestro prouecho . Sabed señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre lleuado de la ventaja que el piensa que don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui a dos dias se ha de hazer el
despo-

Tercera parte de don

desposorio : tan secreto , y tan a solas , q̄ solo han de ser testigos los cielos , y alguna gente de casa . Qual yo quedo , imaginaldo . Si os cumple venir , veldo , Y si os quiero bien , o no , el suceso deste negocio os lo darà a entender . A Dios plega , que esta llegue a vuestras manos , antes que la mia se vea en condicion de juntarse cō la de quien tan mal sabe guardar la fè que promete .

Estas en suma fueron las razones que la carta contenia , y las que me hizieron poner luego en camino , sin esperar otra respuesta , ni otros dineros : que bien claro conoci entonces , que no la compra de los cauallos , sino la de su gusto , auia mouido a don Fernando a embiarme a su hermano . El enojo que contra don Fernando concebí , junto con el temor de perder la prenda que con tantos años de seruiçios , y desseos tenia grangeada , me pusieron alas , pues casi como en buelo , otro dia me puse en mi lugar al punto , y hora que conuenia para yr à hablar a Lusçinda . Entrè secreto , y dexè vna mula en que venia , en casa del buen hombre que me auia lleuado la carta . Y quiso la suerte , que entonces la tuuiesse tan buena , que hallè a Lusçinda puesta a la rexa , testigo de nuestros amores . Conociome Lusçinda luego , y conocila yo , mas no como deuia ella cōocerme , y yo conocerla . Pero quien ay en el mundo que se pueda alabar , que ha penetrado , y sabido el confuso pensamiento , y condicion mutable d̄ vna muger ? Ninguno por cierto . Digo pues , que asì como Lusçinda me vio , me dixo : Cardenio de boda estoy vestida , ya me estan aguardando en la sala , don Fernando el traydor , y mi padre el codicioso , con otros testigos , que antes lo serã de mi muerte , que de mi desposorio . No te turbes amigo , sino procura hallarte presente a este sacrificio , el qual sino pudiere ser estorua do de mis raz ones , vna daga lleuo escondida , que podra estoruar mis determinadas fuerças , dando fin a mi vida ,
y prin-

Tercera parte de don

bamiento, para que mirasse, y notasse en particular lo que traía vestido, solo pude advertir à las colores, que eran encarnado, y blanco: y en las vislumbres que las piedras, y joyas del tocado, y de todo el vestido hazian, à todo lo qual se auentajaua la belleza singular de sus hermosos, y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la sala estauan, la suya con mas resplandor à los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso, de que sirue representarme aora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No sera mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo que entonces hizo, para que mouido de tan manifesto agrauio, procure, ya que no la vengança, alomenos perder la vida? No os cansays señores, de oyr estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedan, ni deuan contarse sucintamente, y de passo, pues cada circunstancia suya, me parece a mi que es digna de vn largo discurso. A esto le respondió el Cura, que no solo no se cansauan en oyrle, sino que les daua mucho gusto las menudencias que contaua por ser tales, que merecian no pasarse en silencio, y la misma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguió Cardenio, que estando todos en la sala entró el Cura de la parrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al dezir: Quereys, señora Luscinnda, al señor don Fernando que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Iglesia? yo saqué toda la cabeça, y cuello, de entre los tapizes, y con atentísimos oydos, y alma turbada, me puse a escuchar lo que Luscinnda respondia: esperando de su respuesta la sentència de mi muerte, o la confirmacion de mi vida. O quien se atreuiera à salir entonces, diziendo a voces: A Luscinnda, Luscinnda, mira lo que hazes, considera lo que me de-

ues,

ues, mira q̄ eres mia, y q̄ no puedes ser de otro. Aduierte, q̄ el dezir tu, Si, y el acabarseme la vida, ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres? que pretendes? con sidera, que no puedes Christianaméte llegar al fin de tus desseos, porque Lusinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora q̄ estoy ausente, y lexos del peligro, digo q̄ auia de hazer lo que no hize. Aora que dexé robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuuiera coraçon para ello, como lo tégo para quexarme. En fin, pues fuy entonces couarde, y necio, no es mucho q̄ muera aora corrido, arrepentido, y loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Lusinda, q̄ se detuu vn buen espacio en darla, y quando yo pése q̄ sacaua la daga para acreditarse, o desataua la lengua para dezir alguna verdad, o desengaño, q̄ en mi prouecho redundasse, oygo q̄ dixo con voz desmayada, y flaca: Si quiero: y lo mismo dixo don Fernando, y dándole el anillo, quedaró en indissoluble nudo ligados. Llegò el desposado a abraçar a su esposa, y ella poniendose la mano sobre el coraçon, cayò desmayada en los braços de su madre. Resta aora dezir, qual quedê yo, viendo en el Si, que auia oydo, burladas mis esperanças, falsas las palabras, y promessas de Lusinda: impossibilitado de cobrar en algun tiempo, el bien que en aquel instante auia perdido. Quedê falto de consejo, desamparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra q̄ me sustentaua, negãdome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: solo el fuego se acrecentò de manera, q̄ todo ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronse todos con el desmayo de Lusinda, y desabrochãdole su madre el pecho para q̄ le diese el ayre, se descubriò en el vn papel cerrado, que don Fernando tomò luego, y se le puso a leer à la luz de vna delas hachas, y en

acaban-

Tercera parte de don

acabando de leerle se sentò en vna silla, y se puso la mano en la mexilla, con muestras de hombre muy pensatiuo, sin acudir à los remedios que a su esposa se hazian, para que del desmayo boluiesse. Yo viendo alborotada toda la gente de casa, me auenturé a salir, ora fuesse visto, o no, con determinacion que si me viesse, de hazer vn desatino, tal, que todo el mundo viniera a entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso dō Fernando, y aun en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi suerte, que para mayores males (sies posible que los aya) me deue tener guardado, ordenó, que en aquel punto me sobrasse el entendimiêto, que despues acá me ha faltado: y asì sin querer tomar vengança de mis mayores enemigos (que por estar tan sin pensamiêto mio fuera facil tomarla) quise tomarla de mi mano, y executar en mi la pena que ellos merecian: y aun quiça con mas rigor del que con ellos se vsara, si entonces les diera muerte, pues la que se recibe repentina, presto acaba la pena, mas la que se dilata con tormentos, siempre mata, sin acabar la vida. En fin, yo sali de aquella casa, y vine a la de aquel donde auia dexado la mula: hize, que me la enfillasse, sin despedirme del subi en ella, y sali de la ciudad, sin ofar, como otro Lot, boluer el rostro a mi galla: y quando me vi en el campo solo, y que la escuridad de la noche me encubria, y su silencio combidaua a quejarme, sin respero, o miedo de ser escuchado, ni conocido, solté la voz, y desatè la lengua en tantas maldiciones de Luscinda, y de don Fernando, como si có ellas satisfiziera el agrauio que me auian hecho. Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa, y desagradecida: pero sobre todos, de codiciosa, pues la riqueza de mi enemigo la auia cerrado los ojos de la voluntad, para quitarmela a mi, y entregarla a aquel con quien mas liberal, y franca la fortuna se auia mostrado, y en mitad de la fuga
destas

destas maldiciones, y vituperios la desculpaua, diziendo (que no era mucho que vna donzella recogida en casa de sus padres, hecha, y acostumbrada siempre a obedecerlos, huuiesse querido condescender con su gusto pues le dauan por esposo a vn cauallero tan principal, tan rico, y tan gentil hombre, que a no querer recibirle se podia pensar, ò que no tenia juyzio, ò que en otra parte tenia la voluntad, cosa que redundaua tan en perjuizio de su buena opinion, y fama. Luego boluia diziendo, que puesto que ella dixera, que yo era su esposo, vieran ellos que no auia hecho en escogermelme tan mala eleccion, que no la disculparan, pues antes de ofrecerseles don Fernando, no pudieran ellos mismos acertar a desleer, si con razon midiesse su desseo, otro mejor que yo, para esposo de su hija: y que bien pudiera ella antes de ponerse en el trãce forçoso, y vltimo, de dar la mano, dezir, q va yo le auia dado la mia, q yo viniera, y condescãdiera cõ todo quãto ella acertara â fingir en este caso. En fin me resolui, en q poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y desseos de grandezas hizieron que se olvidasse de las palabras con que me auia engañado, entretenido, y sustentado en mis firmes esperanças, y honestos desseos. Con estas voces, y con esta inquietud caminé lo que quedaua de la noche, y di al amanecer en vna entrada destas sierras, por las quales caminé otros tres dias, sin fenda, ni camino alguno, hasta que vine a parar a vnos prados, que no se a que mano destas montañas caen, y alli preguntè a vnos ganaderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas sierras. Dixeronme, que hàzia esta parte. Luego me encaminè a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por estas asperezas, de cansancio, y de la hambre se cayó mi mula muerta: o lo que yo mas creo, por desfechar de si tan inutil carga como en mi lleuaua. Yo quedè a pie, rendido de la natura-

Tercera parte de don

leza, traspassado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quiẽ me socorriessẽ. De aquella manera estuue no se que tiẽpo, tendido en el suelo, al cabo del qual me leuantẽ sin hambre, y hallẽ junto a mi à vnos cabreros, que sin duda deuieron ser los que mi necesidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me auian hallado, y como estaua diziendo tantos disparates, y desatinos, que daua indicios claros de auer perdido el juyzio : y yo he sentido en mi, despues acá, que no todas vezes le tengo cabal, sino tã desmedrado, y flaco, que hago mil locuras, rasgandome los vestidos, dando voces por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nõbre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida vozeando : y quando en mi me bueluo, me hallo tan cansado, y molido, que a penas puedo mouerme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de vn Alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros, y cabreros que andan por estas montañas, mouidos de caridad me sustentan, poniendome el manjar por los caminos, y por las peñas por donde entienden que ataso podrẽ passar, y hallarlo: y assi aunque entonces me falte el juyzio, la necesidad natural me da à conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desso de apetererlo, y la voluntad de tomarlo. Otras vezes me dizen ellos, quando me encuentran con juyzio, que yo salgo a los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado a los pastores que vienen con ello del lugar a las majadas. Desta manera passo mi miserable, y estrema vida hasta que el cielo sea seruido de conduzirle a su vltimo fin, õ de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Lusinda, y del agrauio de don Fernando, que si esto el haze sin quitarme la vida, yo boluerẽ a mejor discurso mis pẽsamiẽtos:
don-

donde no, no ay sino rogarle, q̄ absolutaméte tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para sacar el cuerpo desta estrechez en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, ô señores, la amarga historia de mi desgracia: dezidme si es tal que pueda celebrarse con menos sentimientos, que los que en mi aueys visto, Y no os cansays en persuadirme, ni aconsejarme, lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque hande aprouechar conmigo, lo que aprouecha la medicina recetada de famoso Medico, al enfermo que recibir no la quiere. Yo no quiero salud sin Lucinda: y pues ella gusta de ser agena, siendo, ô deniando ser mia, guste yo de ser de la desventura, pudiendo auer sido de la buena dicha. Ellà quiso con su mudança hazer estable mi perdicion: yo querrè con procurar perderme, hazer contenta su voluntad, y ser à exemplo a los por venir, de que a mi solo faltò lo que a todos los desdichados sobra, à los quales suele ser consuelo là impossibilidad de tenerle, y en mas causa de mayores sentimientos, y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aquí dio fin Cardenio a su larga platica, y tan desdichada como amorosa historia. Y altiépo que el Cura se preuenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendio vna voz que llegó a sus oydos.

que en lastimados acentos oyeron que dezia, lo

que se dirá en la quarta parte desta narracion,

que en este punto dio fin a la tercera el

sabio, y atentado historiador Cide

Hamete Benengeli.

(: ? :)

. 2 .

R 2 QVAR-



QVARTA PARTE DEL INGENIOSO

Hidalgo don Quixote de
la Mancha.

*Capitul. XXVIII. Que trata de la nueva, y
agradable aventura que al Cura, y bar-
bero sucedio en la misma sierra.*



ELICISSIMOS Y venturo-
sos fueron los tiempos donde se
echò al mūdo el audacissimo ca-
uallero don Quixote de la Man-
cha, pues por auer tenido tan
honrosa, determinacion, como
fue el querer resucitar, y boluer
al mundo, la ya perdida, y casi
muerta orden de la andante caualleria, gozamos aora
en esta nuestra edad necesitada, de alegres entreteni-
mientos, no solo de la dulçura de su verdadera historia,
fino de los cuētos, y epifodios della, que en parte no son
menos agradables, y artificiosos, y verdaderos, que la
misma historia, la qual prosiguiendo su rasrillado, tor-
cido, y haspado hilo, cuenta, que assi como el Cura co-
mençò a preuenirse para consolar a Cardenio, lo impi-
dio vna voz que llegò a sus oydos, que con tristes acen-
tos dezia desta manera.

Ay

Ay Dios, si será posible que he ya hallado lugar que pueda servir de escondida sepultura à la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si será, si la soledad q̄ prometen estas sierras no me miente. Ay desdichada, y quan mas agradable compañía haràn estos riscos, y malezas a mi intencion, pues me daràn lugar para que con quejas comunique mi desgracia al cielo, q̄ no la de ningun hōbre humano, pues no ay ninguno en la tierra de quié se pueda esperar consejo en las dudas, alivio en las quejas, ni remedio en los males. Todas estas razones oyeron, y percibieron el Cura, y los que con el estauan: y por parecerles, como ello era, que allí junto las dezian, se levantaron a buscar el dueño, y no huieron andado veynte passos, quando detras de vn peñasco vieron sentado al pie de vn fresno, a vn moço, vestido como labrador, el qual por tener inclinado el rostro, a causa de que se lauaua los pies en el arroyo que por allí corria, no se le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni el estaua á otra cosa atento, que a lauar se los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido. Suspendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estauan hechos a pisar terrones, ni à andar tras el arado, y los bueyes, como mostraua el habito de su dueño: y assi viendo que no auian sido sentidos, el Cura que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agaçapassen, ô escondiessen detras de vnos pedaços de peña que alliauia, assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual traía puesto vn capotillo pardo de dos baldas, muy ceñido al cuerpo con vna toalla blanca. Traia assi mismo, vnos calçones, y polaynas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas hasta

Tercera parte de don

la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabose de lauar los hermosos pies, y luego con vn paño de tocar, que sacò debaxo de la montera, se los limpio: y al querer quitarsele alçò el rostro, y tuuieron lugar los que mirandole estauan, de ver vna hermosura incomparable, tal, que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Esta, ya que no es Luscinde, no es persona humana, sino diuina. El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça à vna, y a otra parte, se començaron a descoger, y desparzir vnos cabellos, que pudieren los del Sol tenerles embidia. Con esto concieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos auian visto, y aun los de Cardenio, sino huieran mirado, y conocido a Luscinde, que despues afirmò, que sola la belleza de Luscinde podia contender con aquella. Los luengos, y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos. que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales, y tantos eran. En esto les siruio de peyne vnas manos, que si los pies en el agua auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejauan pedaços de apretada nieue: todo lo qual, en mas admiracion, y en mas desseo de saber quien era, ponía à los tres que la mirauan. Por esto determinaron de mostrarse, y al mouimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartandose los cabellos de delante de los ojos, con entrambas manos, mirò los que el ruydo hazian: ya penas los huuo visto, quando se leuantò en pie, y sin aguardar a calçarse, ni a recoger los cabellos, asio con mucha presteza vn buko como de ropa, que junto a si tenia, y quiso ponerse en huyda, llena de turbacion, y sobrefalto: mas no huuo dado seys passos, quando no pudiendo sufrir los delicados
pies

pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo qual visto por los tres, salieron a ella, y el Cura fue el primero que le dixo: Deteneos, señora, quié quiera q̄ seays, que los que aqui veys solo tienen intencion de seruiros: no ay para que os pongays en tan impertinente huyda, porque ni vuestros pies lo podrán sufrir, ni nosotros cōsentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita, y confusa. Llegaron pues a ella, y asiendola por la mano el Cura profiguiò, diciendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales claras, que no deuen de ser de poco momento las causas que han disfraçado vuestra belleza en habito tan indigno, y traydola à tanta soledad como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros: sino para dar remedio a vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar si quiera, el consejo que con buena intencion se le da, al q̄ lo padece. Asì que, señora mia, ò señor mio, ó lo que vos quisieredes ser, perded el sobrefalto que nuestra visita os ha causado, y contadnos vuestra buena, ò mala suerte, q̄ en nosotros juntos, ò en cada vno hallareys quié os ayude a sentir vuestras desgracias. En tanto que el Cura dezia estas razones, estaua la disfraçada moça como embelesada, mirandolos a todos, sin mouer labio, ni dezir palabra alguna: bien asì como rustico aldeano, que de improuiso se le muestran cosas raras, y del jamas vistas. Mas boluiendo el Cura à dezirle otras razones, al mismo efeto encaminadas, dando ella vn profundo suspiro, rompio el silencio, y dixo: Pues que la soledad destas fieras no ha sido patte para encubrirme, ni la soltura de mis descompuestos cabellos, no ha permitido que sea mentirosa mi lengua, en balde seria fingir yo de nuevo agora, le que si se me creyesse, seria mas por cortesia,

Tercera parte de don

que por otra razon alguna Presupuesto esto, digo señores, que os agradezco el ofrecimiento que me aueys hecho, el qual me ha puesto en obligacion de satisfazeros en todo lo que me aueys pedido: puesto que temo, que la relacion que os hiziere de mis desdichas, os ha de causar al par de la compasion la pesadumbre, porque no aueys de hallar remedio para remediarlas, ni consuelo para entretenerlas. Pero con todo esto, porque no ande vacilando mi honra en vuestras intenciones, auiendo-me ya conocido por muger, y viendome moça, sola, y en este trage, cosas todas juntas, y cada vna por si, que pueden echar por tierra qualquier honesto credito, os aurè de dezir lo que quisiera callar, si pudiera. Todo esto dixo sin parar, la que tan hermosa muger parecia, tan suelta lengua, con voz tan suauè, que no menos les admiró su discrecion que su hermosura. Y tornandole à hazer nuevos ofrecimientos, y nuevos ruegos, para que lo prometido cumplierse, ella sin hazerse mas de rogar, calçandose con toda honestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomodò en el asiento de vna piedra, y puestos los tres al rededor della, haziendose fuerça por detener algunas lagrimas que a los ojos se le veniã, con voz reposada, y clara començò la historia de su vida ma desta nera.

En esta Andaluzia ay vn lugar, de quien toma titulo vn Duque, que le haze vno de los que llaman Grandes en España: este tiene dos hijos, el mayor heredero de su estado, y al parecer, de sus buenas costumbres, y el menor, no se yo de que sea heredero, sino de las trayciones de Vellido, y de los embustes de Galalon. Deste señor son vassallos mis padres, humildes en linage, pero tan ricos, que si los bienes de su naturaleza ygualaran à los de su fortuna, ni ellos tuuieran mas que desear, ni yo remiera verme en la disdicha en q̄ me veo: porque quiçã nace
mi po-

mi poca ventura, de la que no tuuieron ellos en no auer nacido ilustres. Bien es verdad, que no son tan baxos q̄ puedan afrentarse de su estado, ni tan altos, que a mi me quiten la imaginacion que tēgo, de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raça mal sonante, y como suele dezirse, Christianos viejos ranciosos, pero tan rācios, que su riqueza, y magnifico trato, les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aũ de caualleros. Puesto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos se preciauan, era de tenerme a mi por hija: y asì por no tener otra, ni otro que los heredasse, como por ser padres, y aficionados, yo era vna de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron. Era el espejo en que se mirauan, el baculo de su vejez, y el sujeto a quien encaminauan, midiendolos con el cielo todos sus desseos: de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian vn punto. Y del mismo modo que yo era señora de sus animos, asì lo era de su hazienda. Por mi se recebìan, y despediã los criados. La razon, y cuenta de lo que se sembraua, y cogia, passaua por mi mano. Los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor, y menor, el de las colmenas: finalmente, de todo aquello que vn tan rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuenta, y era la mayordoma, y señora, con tanta sollicitud mia, y con tanto gusto suyo, q̄ buenamente no acertaré a encarecerlo. Los ratos que del dia me quedauan, despues de auer dado lo que conuenia à los mayores, ò capatazes, y a otros jornaleros, los entretenia en exercicios que son a las dōzellas tan licitos como necesarios, como son, los que ofrece la aguja, y la almohadilla, y la rueca muchas vezes: y si alguna por recrear el animo, estos exercicios dexaua, me acogia al entretenimiento de leer algun libro deuoto, ò a tocar vna harpa,

R s porque

Tercera parte de don

porque la experiencia me mostraua, que la musica compone los animos descompuestos, y aliuia los trabajos q̄ nacen del espiritu. Esta pues era la vida que yo tenia en casa de mis padres: la qual si tan particularmente he cōtado, no ha sido por ostentacion, ni por dar a entender que soy rica, sino porque se aduertia, quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infelice en que aora me hallo. Es pues el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones, y en vn encerramiento tal, que al de vn monesterio pudiera compararse, sin ser vista, à mi parecer, de otra persona alguna, que de los criados de casa, porque los dias que yua à Missa, era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta, y recatada, que apenas vian mis ojos mas tierra de aquella, donde ponía los pies: y con todo esto, los del amor, ó los de la ociosidad, por mejor dezir, a quien los de lince no pueden ygualar, me vieron, puestos en la solitud de don Fernando, que este es el nombre del hijo menor del Duque, que os he contado. No huuo bien nõbrado a don Fernando la q̄ el cuento contaua, quando a Cardenio se le mudò la color del rostro, y començo a trasfudar con tan grande alteracion, que el Cura, y el barbero, que miraron en ello, temieron que le venia aquel accidente de locura, q̄ auian oydo dezir que de quando en quãdo le venia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que trasfudar, y estar se quedo, mirando de hito en hito a la labradora, imaginando quien ella era, la qual sin aduertir en los mouimientos de Cardenio, prosiguiò su historia, diziendo: Y no me huuieron biẽ visto, quando (segun el dixo despues) quedò tan preso de mis amores, quanto lo dieron bien a entender sus demonstraciones. Mas por acabar presto con el cuento (que no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en silencio las diligencias que don Fernando hizo, para declararme
su

su voluntad. Sobornò toda la gente de mi casa, dio, y ofrecio dadiuas, y mercedes a mis parientes. Los dias erã todos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las noches no dexauan dormir a nadie las musicas. Los villetes que sin saber como, a mis manos venian, eran infinitos, llenos de enamoradas razones, y ofrecimientos, con menos letras que promessas, y juramentos. Todo lo qual, no solo no me ablandaua, pero me endurecia de manera, como si fuera mi mortal enemigo, y que todas las obras que para reduzirme a su voluntad hazia, las hiziera para el efeto contrario: no porque a mi me pareciesse mal la gentileza de don Fernando, ni que tuuiesse a demasia sus solitudes, porque me daua vn no se q̄ de contento, verme tã querida y estimada de vn tan principal cauallero: y no me pesaua ver en sus papeles mis alabanças: q̄ en esto, por feas q̄ seamos las mugeres, me parece a mi, que siempre nos da gusto el oyr q̄ nos llaman hermosas. Pero a todo esto se opondre mi honestidad, y los consejos continuos que mis padres me dauan, que ya muy al descubierto sabian la voluntad de don Fernando, porque ya à el no se lo daua nada de que todo el mundo la supiesse. Dezianme mis padres, que en sola mi virtud, y bondad dexauan, y depositauan su honra, y fama: y que con cõsiderasse la desigualdad que auia entre mi, y don Fernãdo, y que por aqui echaria de ver, que sus pensamientos (aunque el dixesse otra cosa) mas se encaminauan a su gusto, que a mi prouecho. Y que si yo quisiesse poner en alguna manera algun inconueniente, para que el se dexasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunuezuinos, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian,

forti-

Tercera parte de don.

fortificaua yo mi entereza, y jamas quise responder a dō Fernando palabra que le pudicse mostrar, aunque de muy lexos, esperança de alcançar su desseo. Todos estos recatos mios, que el deuia de tener por desdenes, deuieron de ser causa de auinar mas su lasciuo apetito (que este nombre quiero dar a la voluntad que mostraua) la qual si ella fuera como deuia, no la supierades vosotros aora, porque huuiera saltado ocasion de deziros la. Finalmente don Fernando, supo que mis padres andauan por darme estado: por quitalle a el la esperança, de poseerme, ò alomenos, porque yo tuuiesse mas guardas para guardarme. Y esta nueua, ò sospecha, fue causa para que hiziesse, lo que aora oyreys. Y fue que vna noche estando yo en mi aposento, con sola la compañía de vna donzella que me seruia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo, mi honestidad no se viesse en peligro: sin saber, ni imaginar como, en medio destos recatos, y preuenciones, y en la soledad deste silencio, y encierro, me le halle delante. Cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de mis ojos, y me emudeciò la lengua. Y así no fuy poderosa de dar voces, ni aun el creo que me las dexara dar, porque luego se lle gò a mi, y tomãdome entre sus braços (porque yo como digo, no tuue fuerças para defenderme, segun estaua turbada) començò a dezirme tales razones; que no se como es posible, que tenga tanta abilidad la mentira, que las sepa componer de modo que parezcan tan verdaderas. Hazia el traydor que sus la grimas acreditassen sus palabras, y los suspiros su intencion. Yo pobrezilla sola, entre los mios mal exercitada en casos semejantes, comencé no se en que modo, a tener por verdaderas tantas falsedades: pero no de suerte, que me mouiesse a compasion, menos que buena, sus lagrimas, y suspiros. Y así passandose me aquel sobrefalto primero, torné
algun

algun tanto a cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pense que pudiera tener, le dixè: Si como estoy señor en tus braços, estuiera entre los de vn leõ fiero, y el librar me dellos se me assegurara, con que hiziera, ò dixera cosa que fuera en perjuyzio de mi honestidad, assi fuera posible hazella, ò dezilla, como es posible dexar de auer sido lo que fue. Assi que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tengo atada mi alma con mis buenos desseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veràs, si con hazer me fuerça, quisieres passar adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclaua, ni tiene, ni deue tener imperio, la nobleza de tu sangre, para deshorrar, y tener en poco la humildad de la mia. Y en tanto me estimo yo villana, y labradora, como tu señor, y cauallero. Conmigo no han de ser de ningun efeto tus fuerças, ni hã de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros, y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas que he dicho, viera yo en el que mis padres me dierã por esposo, a su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera. De modo, que como quedara con honra, aunque quedara sin gusto, de grado te entregara, lo que tu señor aora con tanta fuerça procuras. Todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mi alcance cosa alguna, el que no fuere mi legitimo esposo. Sino reparas mas que en esto, bellissima Dorotea (que este es el nombre desta desdichada dixo el desleal cauallero) vees aqui te doy la mano de serlo tuyo, y sean testigos desta verdad los cielos, a quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra Señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir, que se llamaua Dorotea, tornò de nueuo a sus sobrefaltos, y acabò de confirmar por verdadera su primera opinion, pero no quiso interrromper el cuento, por ver en que venia à parar, lo que el

Quarta parte de don

que el ya casi sabia, solo dixo: Que Dorotea es tu nõbre, seõora? Otra he oydo yo dezir del mismo, q̃ quiçá corre parejas con tus desdichas. Passa adelante, que tiẽpo vendrà, en que te diga cosas que te espanten en el mismo grado que te lastimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio, y en su esotraño, y desastrado trage, y rogole, q̃ si alguna cosa de su haziẽda sabia, se la dixesse luego. Porque si algo le auia dexado bueno la fortuna, era el animo que tenia, para sufrir qualquier desastre, que le sobreuiniessse, segura de que a su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecẽtassse vn punto. No le perdiera yo seõora, respondió Cardenio, en dezirte lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta aora no se pierde coyuntura, ni a ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondió Dorotea, lo q̃ en mi cuento passa, fue, que tomando don Fernando vna ymagen, que en aquel aposento estaua, la puso por testigo de nuestro desposorio con palabras eficacissimas, y juramentos esotraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido. Puesto q̃ antes que acabasse de dezirlas, le dixesse, q̃ mirasse bien lo q̃ hazia, y que considerasse el enojo q̃ su padre auia de recibir, de verle casado con vna villana, vassalla suya, q̃ no le cegasse mi hermosura, tal qual era. Pues no era bastãte, para hallar en ella disculpa de su yerro: y que si algun bien me queria hazer, por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte a lo ygual, de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desyguales casamientos se gozan ni duran mucho, en aquel gusto con q̃ se comiençan. Todas estas razones q̃ aqui he dicho, le dixesse, y otras muchas, de q̃ no me acuerdo, pero no fueron parte, para q̃ el dexasse de seguir su intẽto, bien assi como el que no piensa pagar, que al concertar de la barata, no repara en inconuenientes. Yo a esta fazon hize vn breue discurso conmigo, y me dixesse a mi misma: Si q̃ no serè yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde a grande

grande estado, ni serà don Fernando el primero, a quien hermosa, ô ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compañía desigual a su grandeza? Pues sino hago, ni mundo, ni vso nuevo, bien es acudir a esta hõra, que la suerte me ofrece. Puesto q̄ en este no dure mas la voluntad q̄ me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su desseo, q̄ en fin, para con Dios, serè su esposa. Y si quiero con desdenes despedille, en termino le veo, que no vsando el q̄ deue, vsará el de la fuerça, y vedrè a quedar deshõrada, y sin disculpa, de la culpa q̄ me podia dar, el que no supiere, quan sin ella he venido a este punto. Porque, q̄ razones seràn bastantes, para persuadir a mis padres, y a otros, que este cauallero entrò en mi aposento, sin consentimiento mio? Todas estas demandas, y respuestas, rebolui en vn instante en la imaginacion. Y sobre todo, me començaron á hazer fuerça, y a inclinarme a lo que fue (sin yo pensar lo) mi peticion, los juramentos de don Fernando, los testigos que ponía, las lagrimas que derramaua, y finalmente su disposicion, y gentileza, que acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro tan libre, y recatado coraçon, como el mio. Lamè a mi criada, para que en la tierra acompañasse a los testigos del cielo. Tornò don Fernando a reysterar, y confirmar sus juramentos. Añadió a los primeros nuevos santos por testigos, echose mil futuras maldiciones, sino cumplierse lo que me prometia. Bolui a humedecer sus ojos, y acrecentar sus suspiros, apretome mas entre sus braços, de los quales jamas me auia dexado. Y con esto, y con boluerse a salir del aposento mi donzella, yo dexè de serlo, y el acabò de ser traydor, y fementido. El dia que sucedió a la noche de mi desgracia, se venia aun no tan apriesa, como yo pienso que don Fernando desseaua. Porque despues de cumplido aquello que el apetito pide, el mayor gusto que puede venir,

Quarta parte de don

es apartarse de dōde le alcançaron. Digo esto, porq̄ don Fernando dio priessa por partirse de mi, y por industria de mi donzella, q̄ era la misma que alli le auia traydō, antes que amaneciesse, se vio en la calle. Y al despedirse de mi (aunque no con tanto ahinco, y vehemencia, como quando vino) me dixo q̄ estuuiesse segura de su fê, y de fer firmes, y verdaderos sus juramentos: y para mas cōfirmacion de su palabra, sacō vn rico anillo del dedo, y lo puso en el mio. En efeto el se fue, y yo quedè, ni se si triste, ò alegre: esto se bien dezir, q̄ quedè confusa, y pensatiua, y casi fuera de mi, con el nueuo acaecimiêto, y no truué animo, ò no se me acordò de reñir a mi dōzella, por la trayciō cometida, de encerrar a don Fernando en mi mismo aposento: porq̄ aun no me determinaua, si era biê, ó mal, el q̄ me auia sucedido. Dixele al partir a dō Fernando, q̄ por el mismo camino de aquella, podiaverme *Otras* noches, pues ya era suya, hasta q̄ quando el quisiessè, a q̄l hecho se publicassè. Pero no vino otra alguna, sino fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle, ni en la Iglesia en mas de vn mes, q̄ en vano me canse en solicialle: puesto q̄ supe, que estaua en la villa, y q̄ los mas dias yua â çaçà, exercicio de q̄ el era muy aficionado. Estos dias, y estas horas, biê se yo q̄ para mi fueron aciagos, y menguados. Y bien se q̄ comencè a dudar en ellos, y aun a descreer de la fê de don Fernando. Y se también, que mi dōzella oyò entonces las palabras q̄ en reprehension de su atreuimiento antes no auia oydo. Y se q̄ me fue forçoso tener cuêta con mis lagrimas, y con la cōpostura de mi rostro por no dar ocasion a q̄ mis padres me preguntassen, que de que andaua descōtenta, y me obligassen a buscar mentiras que dezilles. Pero todo esto se acabò en vn pũto, llegando se vno donde se atropellaron respetos, y se acabaron las honrados discursos, y adonde se perdió la paciencia, y salieron a plaça mis secretos pensamiêtos. Y
esto

ello fue, porque de allí à pocos dias, se dixo en el lugar, como en vna Ciudad alli cerca, se auia casado don Fernando con vna donzella hermosissima en todo estremo, y de muy principales padres, aunque no tan rica, q̄ por la dote, pudiera aspirar a tan noble casamiento. Dixo se, que se llamaua Lusinda, có otras cosas que en sus desposorios sucedieron, dignas de admiraci6n. Oy6 Cardenio el nombre de Lusinda, y no hizo otra cosa, que en coger los ombros, morderse los labios, enarcar las cejas, y dexar de allí a poco caer por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas no por esto dex6 Dorotea de seguir su cuento, diciendo, lleg6 esta triste nueua a mis oydos, y en lugar de elar seme el coraçon en oylla, fue tanta la colera, y rabia que se encendio en el, que falt6 poco para no salirme por las calles, dando voces, publicando la auosia, y traycion, que se me auia hecho. Mas templese esta furia por entonces, con pensar de poner aquella misma noche por obra, lo que puse. Que fue, ponerme en este habito, que me dio vno de los que llaman çagales en casa de los labradores, q̄ era criado de mi padre, al qual descubri toda mi desventura, y le rogué me acompañasse hasta la Ciudad, donde entendí que mi enemigo estaua. El despues que huuo reprehendid6 mi atreuimiento, y afeado mi determinacion, viend6me resuelta en mi parecer, se ofrecio a tenerme compaõia, como el dixo, hasta el cabo del mundo. Luego al momento encerre en vna almohada de lienço, vn vestido de muger, y algunas joyas, y dineros, por lo que podia suceder. Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuenta a mi traydora donzella, sali de mi casa acompañada de mi criado, y de muchas imaginaciones, y me puse en camino de la Ciudad a pie, llevada en buelo del desseo de llegar, ya que no a estoruar, lo que tenia por hecho, alomenos a dezir a don Fernando, me dixesse con que alma lo auia hecho.

Quarta parte de don

Llegué en dos dias, y medio, donde queria, y en entrádo por la Ciudad, pregunté por la casa de los padres de Lusinda, y al primero a quien hize la pregunta, me respondió mas de lo que yo quisiera oyr. Dixome la casa, y todo lo que auia sucedido en el desposorio de su hija, cosa tan publica en la Ciudad, que se hazen corrillos, para contarla por toda ella. Dixome, que la noche q̄ don Fernando se desposò con Lusinda, despues de auer ella dado el sí, de ser su esposa, le auia tomado vn rezio desmayo, y q̄ llegando su esposo a desabrocharle el pecho, para q̄ le diesse el ayre, le hallò vn papel escrito de la misma letra de Lusinda, en que dezia, y declaraua, q̄ ella no podia ser esposa de don Fernando, porq̄ lo era de Cardenio, q̄ a lo que el hombre me dixo, era vn cauallero muy principal, de la misma Ciudad. Y que si auia dado el sí, a don Fernando, fue por no salir de la obediencia de sus padres: en resolucion, tales razones dixo que contenia el papel, que daua a entender, que ella auia tenido intencion de matarse, en acabandose de desposar, y daua alli las razones, porque se auia quitado la vida. Todo lo qual dicen que confirmò vna daga que le hallaron no se en que parte de sus vestidos. Todo lo qual, visto por don Fernando, pareciendole que Lusinda le auia burlado, y escarnecido, y tenido en poco, arremetio a ella, antes que de su desmayo boluiesse, y con la misma daga que le hallarò, la quiso dar de puñaladas, y lo hiziera, si sus padres, y los que se hallaron presentes, no se lo estoruaran. Dixerón mas, que luego se ausentò don Fernando, y q̄ Lusinda no auia buuelto ã su parasismo, hasta otro dia, q̄ con tò a sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun dezian, se hallò presente a los desposorios, y que en viendola desposada, lo qual el jamas pensò, se salio de la Ciudad desesperado, dexandole primero escrita
vna

vna carta, donde daua a entender el agrauio que Luscin-
da le auia hecho, y de como el se yua, adonde gentes no
le vieffen. Esto todo era publico, y notorio en toda la
Ciudad, y todos hablauan dello, y mas hablaron, quan-
do supieron que Luscin- da auia faltado de casa de su pa-
dre, y de la Ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de
que perdian el juyzio sus padres, y no sabian que medio
se tomar para hallarla. Esto que supe, puso en vando mis
esperanças, y tuue por mejor no auer hallado a don Fer-
nando, q̄ no hallarle casado, pareciendome q̄ aun no es-
taua del todo cerrada la puerta a mi remedio, dandome
yo a entèder, que podria ser, que el cielo huuiesse puesto
aql impedimento en el segundo matrimonio, por atraer
le a conocer, lo que al primero deuia, y à caer en la cuè-
ta, de que era Christiano, y que estaua mas obligado a su
alma, que a los respetos humanos. Todas estas cosas re-
boluia en mi fantasia, y me consolaua sin tener consuelo,
fingiendo vnas esperanças largas, y desmayadas, para en-
tretener la vida, q̄ ya aborrezco. Estando pues en la Ciu-
dad, sin saber que hazerme, pues a don Fernando no ha-
llaua, llegò a mis oydos vn publico pregon, donde se pro-
metia grande hallazgo a quien me hallasse, dando las se-
ñas de la edad, y del mismo trage que traia. Y oï dezir
que se dezia, que me auia sacado de casa de mis padres
el moço q̄ conmigo vino, cosa que me llegò al alma, por
ver quan de cayda andaua mi credito, pues no bastaua
perderle con mi venida, sino añadir el con quien, siendo
sugero tan baxo, y tan indigno de mis buenos pensamiè-
tos. Al punto q̄ oï el pregon, me sali de la Ciudad con mi
criado, que ya començaua a dar muestras de titubear en
la fè que de fidelidad me tenia prometida, y aquella no-
che nos entramos por lo espesso desta montaña, con el
miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que
vn mal llama a otro, y que el fin de vna desgracia suele

Quarta parte de don

ser principio de otra mayor: assi me sucedio a mi, porque mi buen criado, hasta entonces fiel, y seguro, assi como me vio en esta soledad, incitado de su misma vellaqueria, antes que de mi hermosura, quiso aprouecharse de la ocasion, que a su parecer estos yermos le ofrecian. Y con poca verguença, y menos temor de Dios, ni respeto mio, me requirio de amores, y viendo que yo confeas, y justas palabras respondia a las desuerguenças de sus propositos, dexò aparte los ruegos, de quẽ primero pensò aprouecharse, y començò a vsar de la fuerça. Pero el justo cielo, que pocas, o ningunas vezes, dexa de mirar, y fauorecer a las justas intenciones, fauorecio las mias, de manera, que con mis pocas fuerças, y con poco trabajo, di con el por vn derrumbadero, donde le dexè, ni se si muerto, o si viuio. Y luego con mas ligereza, que mi sobrefalto, y cansacio pedian, me entrè por estas montañas, sin llevar otro pensamiento, ni otro disignio, que esconderme en ellas, y huyr de mi padre, y de aquellos que de su parte me andauan buscando con este desseo. Ha no se quantos meses que entrè en ellas, donde hallè vn ganadero, que me lleuò por su criado, a vn lugar q̄ està en las entrañas desta sierra, al qual he seruido de çagal todo este tiempo, procurando estar siempre en el cãpo, por encubrir estos cabellos, que aora tan sin pensarlo me han descubiertos. Pero toda mi industria, y toda mi sollicitud, fue, y ha sido, de ningun prouecho, pues mi amo vino en conocimiento, de que yo no era varon, y nacio en el, el mismo mal pensamiento, que en mi criado, y como nõ siempre la fortuna, con los trabajos da los remedios, no hallè derrumbadero, ni barranco, de dõde despeñar y despenar al amo, como le hallè para el criado. Y assi tuue por menor inconueniente, dexalle y esconderme de nuevo entre estas asperezas, que prouar con el mis fuerças, o mis desculpas.

pas. Digo pues, que me tornê a emboscar, y á buscar, donde sin impedimento alguno pudieffe con suspiros, y lagrimas, rogar al cielo se duela de mi desventura, y me dê industria, y fauor para salir della, o para dexar la vida entre estas soledades, sin que quede memoria desta triste, que tan sin culpa fuya aurà dado materia, para que de ella se hable, y murmure en la fuya, y en las agenastier-
ras.

Cap. XXIX. Que trata de la discordia de la hermosa Dorotea, con otras cosas de mucho gusto y passatiempo.



Sta es señores, la verdadera historia de mi tragedia, mirad, y juzgad aora, si los suspiros que escuchastes, las palabras que oyistes, y las lagrimas que de mis ojos salian, tenian ocasion bastante, para mostrarse en mayor abundancia: y considerada la calidad de mi desgracia, vereys que serà en vano el consuelo, pues es imposible el remedio della. Solo os ruego, lo que con facilidad podreys, y deueys hazer, que me aconsegeys donde podrê passar la vida, sin que me acabe el temor, y sobrefalto que tengo, de ser hallada de los que me buscan, que aunque se que el mucho amor que mis padres me tienen, me asegura, que sere de ellos bien recebida, estantà la verguença que me ocupa, solo el pensar que no como ellos pensauan, tengo de parecer a su presencia, que tengo por mejor desterrarme para siempre, de ser vista, que no verles el rostro, cõ penfamiento q̃ ellos miran el mio, ageno de la honestidad, que de mi se deuián de tener prometida. Callò en diziendo esto, y el rostro se le cubrio de vn color, que mostrò bien claro el sentimiento, y verguença del alma. En las

Tercera parte de don

luyas sintieron los que escuchadola auian, tanta lastima, como admiracion, de su desgracia: y aunque luego quisiera el Cura consolarla, y aconsejarla, tomó primero la mano Cardenio, diciendo. En fin señora, que tu eres la hermosa Dorotea, la hija vnica del rico Cleardo. Admirada quedò Dorotea, quando oyò el nombre de su padre, y de ver quan de poco era el que le nombraua, porque ya se ha dicho de la mala manera que Cardenio estaua vestido. Y assi le dixo: Y quien soys vos hermano, que assi labey el nombre de mi padre, porque yo hasta aora (si mal no me acuerdo) en todo el discurso del cuento, de mi desdicha, no le he nombrado? Soy, respondió Cardenio, aquel sin ventura, que segun vos señora auays dicho, Lufzinda dixo que era su esposa. Soy el desdichado Cardenio, a quien el mal termino de aquel que avos os ha puesto en el que estays, me ha traydo a que me veays, qual me veys, roto, desnudo, salto de todo humano consuelo, y lo que es peor de todo, salto de juyzio, pues no le tengo, sino quando al cielo se le antoja darmele, por algun breue espacio. Yo, Teodora, soy el que me hallè presente a las sinrazones de don Fernando, y el que aguardò oyr el si, que de ser su esposa pronunciò Lufzinda. Yo soy el que no tuuo animo, para ver en que paraua su desmayo, ni lo que resultaua del papel, que le fue hallado en el pecho. Porque no tuuo el alma sufrimiento, para ver tantas desuenturas juntas, y assi dexè la casa, y la paciencia, y vna carta que dexè a vn huesped mio, a quien rògue, que en manos de Lufzinda la pusiesse, y vineme a estas soledades, con intencion de acabar en ellas la vida, que desde aquel tiempo aborreci, como mortal enemiga mia. Mas no ha querido la suerte quitarmela, contentandose con quitarme el juyzio, quiza para guardarme para la buena ventura, que he tenido en hallaros: pues siendo verdad, como creo que lo es, lo que aqui auays contado aun po-
dría

dria ser, que a entrambos nos tuuiesse el cielo guardado mejor suceso en nuestros desastres, que nosotros pensamos. Porque presupuesto que Luzinda no puede casarse con don Fernando por ser mia, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y auerlo ella tan manifestamente declarado, bien podemos esperar, que el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues està toda via en ser, y no se ha enagenado, ni deshecho: Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperanza, ni fundado en desuariadas imaginaciones, suplicoos señora, que tomeys otra resolucion en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodandoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de Cauallero, y de Christiano, de no desampararos, hasta veros en poder de don Fernando, y que quando con razones no le pudiere atraer, a que conozca lo que os deue, de vsar entonces la libertad que me concede el ser Cauallero, y poder con justo titulo desafiarme, en razon de la fin razon que os haze, sin acordarme de mis agravios, cuya vengança dexarè al cielo, por acudir en la tierra a los vuestros. Con lo que Cardenio dixo, se acabò de admirar Dorotea, y por no saber que gracias boluer a tan grandes ofrecimientos, quiso tomarle los pies para besarlos, mas no lo consintio Cardenio: y el Licenciado respondió por entrambos, y aprobó el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogó, aconsejó, y persuadió, que se fuesen con el a su aldea, donde se podrian reparar de las cosas que les faltauan, y que alli se daria orden, como buscar a don Fernando, o como llevar a Dorotea a sus padres, o hazer lo que mas les pareciesse conueniente. Cardenio, y Dorotea, se lo agradecieron, y acataron la merced que se les ofrecia. El barbero que a todo auia estado suspenso, y callado, hizo tambien su buena pla-

Tercera parte de don

rica, y se ofrecio con no menos voluntad que el Cura, a todo aquello que fuesse bueno para seruirles. Contò assi mismo con breuedad la causa que alli los auia traydo, con la estrañeza de la locura de don Quixote, y como aguardauan a su escudero, que auia ydo a buscallo. Vinole a la memoria a Cardenio, como por sueños, la pëndencia que con don Quixote auia tenido, y contola a los demas, mas no supo dezir, por que causa fue su question. En esto oyeron voces, y conocieron que el que las daua, era Sancho Pança, que por no auerlos hallado en el lugar donde los dexò, los llamaua a voces. Salieronle al encuentro, y preguntadole por don Quixote, les dixo, como le auia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hambre, y suspirando por su señora Dulcinea, y que puesto que le auia dicho, que ella le mandaua que saliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, dode le quedaua esperando, auia respondido, que estaua determinado de no parecer ante su fermosura, fasta que ouiesse fecho fazañas, que le fiziesse digno de su gracia. Y que si aquello passaua adelante, corria peligro de no venir a ser Emperador, como estaua obligado, ni aun Arçobispo, que era lo menos que podia ser. Por esso que mirassen lo que se auia de hazer, para facarle de alli. El Licenciado le respondio, que no tuuiesse pena, que ellos le facarian de alli mal que le pesasse. Contò luego a Cardenio, y à Dorotea, lo que tenian pensado, para remedio de don Quixote, alomenos para llevarle a su casa. A lo qual dixo Dorotea, que ella haria la donzella menestrosa mejor que el barbero, y mas que renia alli vestidos con que hazerlo al natural. Y que la dexassen el cargo, de saber representar todo aquello que fuesse menester, para llevar adelante su intento, porque ella auia leydo muchos libros de cauallerias, y sabia bien el estilo que tenian las donzellas cuytadas, quando pedian sus dones a

Los andantes caualleros. Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino que luego se ponga por obra. Que sin duda la buena suerte se muestra en fauor mio, pues tan sin pensarlo, a vosotros señores se os ha comêçado a abrir puerta para vuestro remedio, y â nosotros se nos ha facilitado la que auiamos menester. Sacò luego Dorotea de su almohada vna saya entera de cierta telilla rica, y vna mãrellina, de otra vistosa tela verde, y de vna caxita vn collar, y otras joyas, con que en vn instante se adornò, de manera, que vna rica, y gran señora parecia. Todo aquello, y mas, dixo que auia sacado de su casa, para lo que se ofreciesse, y que hasta entonces no se le auia ofrecido ocasion de auello menester. A todos contentò en estremo su mucha gracia, donayrè, y hermosura, y confirmaron a don Fernando por de poco conocimiento, pues tanta belleza desechaua. Pero el que mas se admirò, fue Sancho Pança, por parecerle (como era afsi verdad) q̃ en todos los dias de su vida auia visto tan hermosa criatura: y afsi preguntò al Cura con grande ahinco, le dixesse, quien era aquella tan fermosa señora? Y que era lo q̃ buscava por aquellos andurriales? Esta hermosa señora, respondió el Cura, Sancho hermano, es como quien no dize nada, es la heredera por linea recta de varò del grã reyno de Micomicon, la qual viene en busca de vuestro amo, a pedirle vn don, el qual es, que le desfaga vn tuerto, o agrauio que vn mal gigante le tiene fecho: y â la fama que de buen cauallero vuestro amo tiene portodo lo descubierto de Guinea, ha venido a buscarle esta Princesa. Dichosa buscada, y dichoso hallazgo, dixo a esta fazon Sancho Pança, y mas si mi amo estan venturoso, que desfaga esse agrauio, y enderece esse tuerto, matando a esse hideputa desse gigante que vuestra merced dize: que si matará si ellé encuentra, si ya no fuesse fantasma, que contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno

Tercera parte de don

guno. Pero vna cosa quiero suplicar a vuestra merced, entre otras, señor Licenciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo que vuestra merced le aconseje) q̄ se case luego con esta Princesa, y assi quedarâ impossibilitado de recibir ordenes Arçobispales, y vendra con facilidad a su Imperio, y yo al fin de mis desseos: que yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, que no me esta bien que mi amo sea Arçobispo, porque yo soy inutil para la Iglesia, pues soy casado, y andarme aora a traer dispensacion es para poder tener renta por la Iglesia, teniendo, como tẽ go muger, y hijos, seria nunca acabar. Assi que, señor, todo el toque estâ, en que mi amo se case luego con esta señora, que hasta aora no se su gracia, y assi no la llamo por su nombre. Llamase respondió el Cura, la Princesa Micomicona, porque llamandose su reyno Micomicón, claro estâ que ella se ha de llamar assi. No ay duda en esso, respondió Sancho, que yo he visto a muchos, tomar el apellido, y alcurnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcalá, Juan de Vbeda, y Diego de Valladolid, y esto mismo se deue de vsar allâ en Guinea, tomar las Reynas los nombres de los reynos. Assi deue de ser dixo el Cura, y en lo de casarse vuestro amo, yo harẽ en ello todos mis poderios. Con lo que quedô tan cõtento Sancho, quãto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver, quan encaxados tenia en la fantasia los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daua a entender que auia de venir a ser Emperador. Ya en esto se auia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el barbero se auia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixerõ a Sancho, que los guiasse a donde don Quixote estaua, al qual advertieron que no dixesse q̄ conocia al Licenciado, ni al barbero, porque en no conocerlos consistia todo el toque de venir a ser Emperador
su

su amo . Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron yr con ellos, porque no se le acordasse a don Quixote la péndencia que con Cardenio auia tenido : y el Cura, porque no era menester por entonces su presençia, y asì los dexaron yr delante, y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco . No dexò de auisar el Cura lo que auia de hazer Dorotea : a lo que ella dixo, que descuydassen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian, y pintauan los libros de cauallerias . Tres quartos de legua aurian andado, quando descubrieron a don Quixote entre vnas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado : y asì como Dorotea le vio, y fue informada de Sancho, que aquel era don Quixote, dio del açote a su palafren, siguiendole el bien barbado barbero : y en llegando junto a el, el escudero se arrojò de la mula, y fue a tomar en los braços a Dorotea, la qual apeandose con grande desemboltura, se fue a hincar de rodillas ante las de dō Quixote : y aunque el pugnaua por leuantarla, ella sin leuantarse le fabló en esta guisa : De aqui no me leuantaré, o valeroso, y esforçado cauallero, fasta que la vuestra bondad, y cortesia me otorgue vn don, el qual redundará en honra, y prez de vuestra persona, y en pro de la mas desconsolada, y agrauada donzella que el Sol ha visto . Y si es que el valor de vuestro fuerte brazo corresponde a la voz de vuestra immortal fama, obligado estays a fauorecer a la fin ventura que de tan lueñas tierras viene, al olor de vuestro famoso nombre, buscandoos para remedio de sus desdichas . No os respondere palabra, fermosa señora, respondió don Quixote, ni oyre mas cosa de vuestra fazienda, fasta que os leuanteys de tierra . No me leuantaré, señor, respondió la afligida donzella, si primero, por la vuestra cortesia, no me es otorgado el don que pido . Yo vos le otorgo, y concedo, respondió don Quixote, como no se aya de cum-

plir

Tercera parte de don

plir en daño, o mengua de mi Rey, de mi patria, y de aquella que de mi coraçon, y libertad tiene la llauue . No ferà en daño, ni en mengua de los que dezis, mi buen señor, replicò la dolorosa donzella . Y estando en esto, se llegó Sancho Pança al oydo de su señor, y muy pasito le dixo : Bien puede vuestra merced, señor, concederle el don que pide, que no es cosa de nada , solo es matar à vn gigantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa Micomicona, Reyna del gran reyno Micomicon de Etiopia. Sea quien fuere, respondió don Quixote, que yo harè lo q̄ foy obligado, y lo que me dicta mi conciencia, cóforme a lo que professado tengo : y boluiendose a la donzella, dixo : La vuestra gran fermosura se leuante , que yo le otorgo el dó que pedirme quisiere . Pues el que pido es, dixo la donzella, que la vuestra magnanima persona se venga luego conmigo donde yo le lleuare, y me prometa, que no se ha de entremeter en otra auentura, ni demãda alguna, hasta darme vengança de vn traydor, que contra todo derecho diuino, y humano, me tiene vsurpado mi reyno . Digo que asì lo otorgo, respondió don Quixote, y asì podeys señora, desde oy mas, desechar la malècolia q̄ os fatiga, y hazer q̄ cobre nueuos brios, y fuerças vuestra desmayada esperança, q̄ có el ayuda de Dios, y la de mi braço, vos os vereys presto restituyda en vuestro reyno, y sentada en la sillã de vuestro antiguo, y grãde estado, a pesar, y à despecho de los follones que contradzirlo quisieren : y manos à labor, que en la tardança dizen que suele estar el peligro . La menesterosa donzella, pugnò con mucha porfia, por besarle las manos, mas don Quixote, que en todo era comedido, y cortès cauallero, jamas lo consintio, antes la hizo leuantar, y la abraçò con mucha cortesia, y comedimiento : y mandò a Sancho, que requiriesse las cinchas a Rozinante, y le armasse luego al punto, Sancho descolgò las armas, que
como

como trofeo, de vn arbol estauan pendientes, y requiriendo las cinchas, en vn punto armò a su señor: el qual viendose armado, dixo: Vamos de aqui, en el nombre de Dios a fauorecer esta gran señora. Estauase el barbero aun de rodillas, teniendo gran cuenta de disimular la rifa, y de que no se le cayesse la barba, con cuya cayda quiça quedaran todos sin conseguir su buena intencion: y viendo que ya el don estaua concedido, y con la diligencia q̄ don Quixote se alistaua para yr à cumplirle, se leuâtò, y tomò de la otra mano a su señora, y entre los dos la subieron en la mula: luego subio don Quixote sobre Rozinante: y el barbero se acomodò en su caualgadura, quedandose Sancho a pie, donde de nuevo se le renouò la perdida del ruzio, con la falta que entonces le hazia: mas todo lo lleuaua có gusto, por parecerle que ya su señor estaua puesto en camino, y muy a pique de ser Emperador: porque sin duda alguna pensaua que se auia de casar con aquella Princesa, y ser por lo menos Rey de Micomicon: solo le daua pesadumbre, el pensar que aquel reyno era en tierra de negros, y que la gente, que por sus vassallos le dieffen, auian de ser todos negros: a lo qual hizo luego en su imaginacion vn buen remedio, y dixose a si mismo. Que se me dà a mi que mis vassallos sean negros, aura mas que cargar con ellos, y traerlos a España, donde los podrê vender, y adonde me los pagarân de contado, de cuyo dinero podrê comprar algũ titulo, o algun oficio con que viuir descansado todos los dias de mi vida? No sino dormios, y no tengays ingenio, ni habilidad para disponer de las cosas, y para vender treynta, o diez mil vassallos, en dacame essas pajas. Par Dios que los he de bolar chico con grande, o como pudiere: y que por negros que sean los he de boluer blancos, o amarillos: llegaos que me mamo el dedo. Con esto andaua tan solícito, y tan contento, que se le oluidaua la

Quarta parte de don

ua la pesadumbre de caminar à pie. Todo esto mirauan de entre vnas breñas, Cardenio, y el Cura, y no sabian q̄ hazer se para juntarse con ellos: pero el Cura, q̄ era gran tracista, imaginò luego lo que harian para conseguir lo que desseauan, y fue, que con vnas tixeras que traía en vn estuche, quitò con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiole vn capotillo pardo que el traía, y diole vn herreruelo negro, y el se quedò en calças, y en jubon: y quedò tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el mismo no se conociera, aunque a vn espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros auian passado adelante, en tanto que ellos se disfracaron, con facilidad salieron al camino real antes que ellos, porque las malezas, y malos passos de aquellos lugares no concedian que anduiesse: tanto los de acauallo, como los de a pie. En efeto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y afsi como salio della don Quixote, y sus camaradas, el Cura se le puso a mirar muy de espacio, dando señales de que le yua reconociendo: y al cabo de auerle vna buena pieça estado mirando, se fue a el abiertos los braços, y diziendo a voces: Para bien sea hallado el espejo de la caualleria, el mi buen compatriota don Quixote de la Mancha, la flor, y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caualleros andantes: y diziendo esto, tenia abraçado por la rodilla de la pierna yzquierda a don Quixote: El qual espantado de lo que veía, y oía dezir, y hazer aquel hombre se le puso a mirar con atencion, y al fin le conocio, y quedò como espantado de verle, y hizo grande fuerça por apear se, mas el Cura no lo consintio, por lo qual dõ Quixote dezia: Dexeme vuestra merced, señor Licenciado, que no es razon que yo estê acauallo, y vna tã reuerêda persona como vuestra merced estê a pie. Esto no cõsentirê yo en ningũ modo, dixo el Cura, este se la vuest

tra

tra grandeza a cauallo , pues estando a cauallo acaba las mayores fazañas, y aventuras q̄ en nuestra edad se han visto, que a mi aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de vna destas mulas destes señores q̄ con vuestra merced caminan, sino lo han por enojo: y aũ harè cuenta, q̄ voy cauallero sobre el cauallo Pegaso, o sobre la cebra, o alfana en q̄ caualgaua aquel famoso Moro Muzaraque, q̄ aun hasta aora yaze encãtado en la grã cuesta Zulema, que dista poco de la gran Compluto. Aũ no caña yo en tanto, mi señor Licenciado, respondió dõ Quixote, y yo se q̄ mi señora la Princeffa serà feruida, por mi amor, demandar a su escudero, dê a vuestra merced la silla de su mula, q̄ el podrá acomodarse en las ancas, si es q̄ ella las sufre. Si sufre, a lo q̄ yo creo, respõdio la Princeffa: y tambien se q̄ no serà menester mandar-se-lo al señor mi escudero, q̄ el es tan cortês, y tan Cortesano, q̄ no consentirà que vna persona Ecclesiastica vaya a pie, pudiendo yr a cauallo. Así es, respõdio el barberó, y apeandose en vn punto, combidò al Cura con la silla, y el la tomò sin hazer-se mucho de rogar. Y fue el mal, q̄ al subir a las ancas el barbero, la mula, que en efeto era de alquiler, que para dezir que era mala, esto basta, alçò vn poco los quartos traferos, y dio dos cozes en el ayre, que a darlas en el pecho de Maese Nicolas, o en la cabeza, el diera al diablo la venida por don Quixote. Con todo esso le sobrefaltaron de manera, que cayò en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, que se le cayerõ: y como se vio sin ellas, no tuuo otro remedio, sino acudir à cubrirse el rostro con ambas manos, y à quejarse, que le auian derribado las muelas. Don Quixote, como vio todo aquel maço de barbas, sin quixadas, y sin sangre, lexos del rostro del escudero caydo, dixo: Viue Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado, y arrancado del rostro, como si las quitaran a posta.

Quarta parte de don

El Cura que vio el peligro que corria su inuenciõ, de ser descubierta, acudiõ luego a las barbas, y fuesse con ellas adonde yazia Maese Nicolas, dando aun yozes toda via, y de vn gõlpe llegandole la cabeça a su pecho, se las puso, murmurando sobre el vnas palabras, que dixo q̃ era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo verian: y quando se lastuuo puestas se apartõ, y quedõ el escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes: de que se admirõ don Quixote sobre manera, y rogõ al Cura, que quando tuuiesse lugar le enseñasse aquel ensalmo, que el entendia que su virtud a mas que pegar barbas se deuia de estender, pues estaua claro, que de donde las barbas se quitassen, auia de quedar la carne llagada, y mal trecha, y que puest todo lo sanaua, a mas que barbas aprouechaua. Assi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarse en la primera ocasion. Concertaronse, que por entonces subiesse el Cura, y à trechos se fuessen los tres mudando, hasta que llegassen a la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres a cauallo, es a saber, don Quixote, la Princeffa, y el Cura: y los tres a pie, Cardenio, el barbero, y Sancho Pança, don Quixote dixo a la donzella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes que ella respondiesse, dixo el Licéciado: Hàzia que reyno quiere guiar le vuestra señoria, es por ventura hàzia el de Micomicõ, que si deue de ser, o yo se poco de reynos? Ella que esta ua bien en todo, entendio que auia de responder, que si, y assi dixo: Si señor, hàzia esse reyno es mi camino. Si assi es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y d̃ alli tomarã vuestra merced la derrota de Cartagena, donde se podrã embarcar con la buena ventura: y si ay viento prospero, mar tranquilo, y sin borrasca, en en poco menos de nueue años se podrã estar a vista de la gran laguna Meona, digo, Meotides, que està poco mas
de

de cien jornadas mas acá del reyno de vuestra grãdeza. Vuestra merced estã engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha dos años que yo parti del, y en verdad que nunca tuue buen tiẽpo, y con todo esso he llegado a ver lo que tanto desseaua, que es al señor don Quixote de la Mancha, cuyas nueuas llegaron a mis oydos, assi como puse los pies en España, y ellas me mouieron a buscarle, para encomendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del valor de su inuencible braço. No mas, cessen mis alabãças, dixo a esta fazon don Quixote, porque soy enemigo de todo genero de adulacion, y aunque esta no lo sea, toda via ofenden mis castas orejas semejantes platicas. Lo que yo se dezir, señora mia, que aora tenga valor, o no, el que tuuiere, o no tuuiere, se hade emplear en vuestro seruicio, hasta perder la vida: y assi dexando esto para su tiempo, ruego al señor Licenciado me diga, que es la causa que le ha traydo por estas parres, tan solo, tan sin criados, y tan a la ligera, que me pone espanto? A esso yo respondere con breuedad, respondio el Cura, porque sabra vuestra merced, señor don Quixote, q̃ yo, y Maese Nicolas, nuestro amigo, y nuestro barbero, y uamos a Seuilla, a cobrar cierto dinero, que vn pariente mio q̃ ha muchos años que passò a Indias, me auia embiado, y no tan pocos que no passan de sesenta mil pesos ensayados, que es otro que tal, y passando ayer por estos lugares, nos salieron al encuentro quatro salteadores, y nos quitaron hasta las barbas, y de modo nos las quitaron, q̃ le conuino al barbero ponerse las postizas: y aun a este mancebo que aqui va, señalando a Cardenio, le pusierõ como de nueuo. Y es lo bueno, que es publica fama por todos estos contornos, que los que nos saltaron son de vnos galeotes; que dicen que libertõ, casi en este mismo sitio, vn hombre tan valiẽte, que a pesar del Comissario, y de las guardas, los soltõ a todos: y sin duda alguna, el

Quarta parte de don

deuia de estar fuera de su yzio, o deue de ser tan grande vellaco como ellos, o algun hombre sin alma, y sin conciencia, pues quiso soltar al lobo entre las ouejas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca entre la miel: quiso defraudar la justicia, y contra su Rey, y señor natural, pues fue contra sus justos mandamientos. Quiso, digo, quitar a las galeras sus pies, poner en alboroto a la santa Hermandad, que auia muchos años que reposaua. Quiso finalmente hazer vn hecho, por dode se pierda su alma, y no se gane su cuerpo. Auiales contado Sancho al Cura, y al barbero, la auentura de los galeores que acabò su amo con tanta gloria fuya, y por esto cargaua la mano el Cura refriendola, por ver lo que hazia, o dezia dõ Quixote, al qual se le mudaua la color a cada palabra, y no osaua dezir que el auia sido el libertador de aquella buena gente: Esto pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexò llevar al deuido suplicio.

*Cap. XXX. Que trata del gracioso artificio,
y orden que se tuuo en sacar à nuestro ena-
morado cauallero de la asperissima peni-
tencia en que se auia puesto.*

NO huno bien acabado el Cura, quando Sancho dixo: Pues miase, señor Licenciado, el que hizo esta fazaña fue mi amo, y no porque yo no le dixè antes, y le auisè, que mirase lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porque todos yuan allí por grandísimos vellacos. Majadero, dixo: esta fazon don Quixote, a los caualleros andãtes no les roca, ni tañe aueriguar, si los affigidos, encadenados, y opressos que encuentran por los caminos, van de

Quarta parte de don

de aquella manera, o estan en aquella angustia por sus culpas, o por sus gracias, solo le toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaquerias. Yo topé vn rosario, y farta de gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi religión me pide, y lo demas allá se auenga: y à quien mal le ha parecido, saluo la santa dignidad del señor Licenciado, y su honrada persona, digo que sabe poco de achaque de caualleria, y que miente como vn hideputa, y mal nacido: y esto le haré conocer con mi espada, donde mas largamente se contiene: y esto dixo afirmandose en los estribos, y calandose el morrion, porque la vazia de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mambrino, lleuaua colgado del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea (q̄ era discreta, y de gran donayre) como quien ya sabia el mēguado humor de don Quixote, y que todos hazian burla del, sino Sancho Pança, no quiso ser para menos, y viendole tan enojado, le dixo: Señor cauallero, miembresele a la vuestra merced el don que me tiene prometido, y que cóforme a el, no puede entremeterse en otra auétura, por vrgente que sea: fofsiegue vuestra merced el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por esse inuicto braço auian sido librados los galeotes, el se diera tres punto en la boca, y aun se mordiera tres vezes la lengua, antes que auer dicho palabra que en despecho de vuestra merced redundara. Effeno juro yo bien, dixo el Cura, y aun me huuiera quitado vn vigote. Yo callaré, señora mia, dixo don Quixote, y reprimiré la justa colera, que ya en mi pecho se auia levantado, y yré quieto, y pacifico, hasta tanto que os cumpla el don prometido: pero en pago deste buen deseo, os suplico me digays, sino se os haze de mal, qual es la vuestra cuyta? y quantas, quienes, y quales son las

Quarta parte de don

personas de quié ostengo de dar deuida, satisfecha, y entera vengança ? Eſſo haré yo de gana, respondió Dorotea, si es que no os enfadan oyr lastimas, y desgracias. No enfadará, señora mia, respondió don Quixote : a lo que respondió Dorotea : Pues así es, esténme vuestras mercedes atentos. No huuo ella dicho esto, quando Cardenio, y el barbero se le pusieron al lado, deſſeſofos de ver como fingia su historia : y lo mismo hizo Sancho, q̄ tan enſañado yua con ella como su amo . Y ella, despues de auerse puesto bien en la silla, y preuenidoſe con toſer, y hazer otros ademanes con mucho donayre, començò a dezir desta manera .

Primeramente quiero que vuestras mercedés sepan, señores míos, que a mi me llaman : y detuuose aquí vn poco, porque se le olvidò el nombre que el Cura le auia puesto : pero el acudio al remedio , porque entendio en lo que reparaua, y dixo : No es marauilla, señora mia, q̄ la vuestra grandeza se turbe, y empache, contando sus desuuenturas, que ellas suelen ser tales, que muchas vezes quitan la memoria a los que maltratan, de tal manera, q̄ aun de sus mismos nombres no se les acuerda, como hã hecho con vuestra gran señoria, q̄ se ha olvidado q̄ se llama la Princesa Micomicona, legitima heredera del gran reyno Micomicon : y con este apuntamiento puede la vuestra grandeza reduzir aora facilmente a su lastimada memoria, todo aquello que contar quisiere . Así es la verdad, respondió la donzella, y desde aquí adelante, creo que no será menester apuntarme nada , que yo saldre a buen puerto con mi verdadera historia: la qual es, que el Rey mi padre, que se llamaua Tinacrio el Sabidor, fue muy docto en esto que llaman el arte Magica , y alcançò por su ciencia, que mi madre que se llamaua la Reyna Xaramilla, auia de morir primero que el, y que de allí a poco tiempo el tambien auia de passar desta vida, y yo
auia

auia de quedar huerfano de padre, y madre. Pero dezia el, que no le fatigaua tanto esto, quanto le ponía en confuſion ſaber por coſa muy cierta, que vn deſcomunal Gigante, ſeñor de vna grande Inſula, que caſi alinda con nueſtro reyno, llamado Pandaſilando de la foſca viſta: porque es coſa aueriguada, que aunque tiene los ojos en ſu lugar, y derechos, ſiempre mira al reues, como ſi fueſe vizco: y eſto lo haze el de maligno, y por poner miedo, y eſpanto a los que mira. Digo que ſupo, que eſte Gigante en ſabiendo mi horfandad, auia de paſſar con gran poderio ſobre mi reyno, y me lo auia de quitar todo, ſin dexarme vna pequeña aldea donde me recogieſſe. Pero que podia eſcudar toda eſta ruyna, y deſgracia, ſi yo me quieſſe caſar con el: mas a lo q̄ el entendia, jamas penſaua que me vendria a mi en voluntad de hazer tan deſigual caſamiento: y dixo en eſto la pura verdad, porque jamas me ha paſſado por el penſamiento, caſarme con aquel Gigante, ni con otro alguno, por grande, y deſaforado que fueſſe. Dixo tambien mi padre, que deſpues q̄ el fueſſe muerto, y vieſſe yo, que Pandaſilando començaua a paſſar ſobre mi reyno, que no aguardaſſe a poner me en defenſa, porque ſeria deſtruyrme, ſino que libremente le dexaſſe deſembaraçado el reyno, ſi queria eſcudar la muerte, y total deſtruycion de mis buenos, y leales vaſſallos, porque no auia de ſer poſſible defenderme de la endiablada fuerça del Gigante: ſino que luego, con algunos de los mios, me puieſſe en camino de las Eſpañias, donde hallaria el remedio de mis males, hallando a vn cauallero andante, cuya fama en eſte tiempo ſe eſtenderia por todo eſte reyno, el qual ſe auia de llamar, ſi mal no me acuerdo, don Açoſote, o don Gigote. Don Quixote diria, ſeñora dixo a eſta ſazon Sancho Pança, o por otro nombre, el cauallero de la triſte figura. Aſi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, que auia de ſer alto

Quarta parte de don

de cuerpo, seco de rostro, y que en el lado derecho, de baxo del ombro yzquierdo, o por alli junto, auia de tener vn lunar pardo, con ciertos cabellos a manera de cerdas. En oyendo esto don Quixote, dixo a su escudero: Ten aqui Sancho, hijo, ayudame a desnudar, que quiero ver si soy el cauallero que aquel sabio Rey dexô profetizado. Pues para que quiere vuestra merced desnudarse, dixo Dorotea? Para ver si tengo esse lugar que vuestro padre dixo, respondió don Quixote. No ay para q̄ desnudarse, dixo Sancho, que yo se que tiene vuestra merced vn lunar dessas señas en la mirad del espinazo, que es señal de ser hóbne fuerte. E esso basta dixo Dorotea, por que con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que esté en el ombro, o que esté en el espinazo, importa poco, basta que aya lunar, y esté donde estuviere, pues todo es vna misma carne: y sin duda acertô mi buen padre en todo, y yo he acertado en encomendarme al señor dô Quixote, que el es por quien mi padre dixo, pues las señales del rostro vienê con las de la buena fama, que este cauallero tiene, no solo en España, pero en toda la Mancha, pues apénas me huue desembarcado en Ossuna, quando oî dezir tantas hazañas suyas, que luego me dio el alma, que era el mismo que venia a buscar. Pues como se desembarcô vuestra merced en Ossuna, señora ania, preguntô don Quixote, sino es puerto de mar? Mas antes que Dorotea respondiesse, tomô el Cura la mano, y dixo: Deue de querer dezir la señora Princesa, q̄ despues que desembarcô en Malaga, la primera parte donde oyô nueuas de vuestra merced, fue en Ossuna. E esso quise dezir, dixo Dorotea. Y esto lleua camino, dixo el Cura, y profiga vuestra Magestad adelante. No ay que proseguir, respondió Dorotea, sino que finalmente mi suerte ha sido tan buena, en hallar al señor don Quixote, que ya me cuento, y tengo por Reyna, y señora de to
do

do mi Reyno, pues el por su cortesia, y magnificencia me ha prometido el don de yrse conmigo; donde quiera que yo le lleuare, que no será a otra parte, que a ponerle delante de Pandafilando de la fosca vista, para que le mate, y me restituya lo que tan contra razon me tiene usurpado: que todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues así lo dexò profetizado Tinacriò el Sabidor mi bué padre: el qual tambien dexò dicho, y escrito en letras Caldeas, o Griegas, que yo no las se leer, que si este cauallero de la profecia, despues de auer degollado al Gigante, quisiessse casarse conmigo, que yo me otorgasse luego sin replicà alguna, por su legitima esposa, y le diessse la posesion de mi reyno, junto con la de mi persona. Que te parece Sancho amigo? dixo a este punto don Quixote, no oyes lo q̄ passa? no te lo dixè yo? mira si tenemos ya reyno que mandar, y Reyna con quien casar. E esso juro yo, dixo Sancho: Para el puto que no se casare en abriendo el gaznatico al señor Pandahilado. Pues monta que es mala la Reyna, así se me bueluan las pulgas de la cama: y diziendo esto, dio dos çapatetas en el ayre, có muestras de grandissimo contento, y luego fue a tomar las riendas de la mula de Dorotea, y haziendola detener, se hincò de rodillas ante ella, suplicandole le diessse las manos para besarfelas, en señal que la recibia por su Reyna, y señora. Quien no auia de reyr de los circustantes, viendo la locura del amo, y la simplicidad del criado. En efeto Dorotea se las dio, y le prometio de hazerle gran señor en su reyno, quando el cielo le hiziesse tanto bien, que se lo dexasse cobrar, y gozar. Agradeciofelo Sancho con tales palabras, que renouò la rifa en todos. Esta señores, prosiguiò Dorotea, es mi historia, solo resta por deziros, que de quanta gente de acompañamiento saqué de mi reyno, no me ha quedado sino solo este bien barbado escudero, porque todos se anegaron en

Quarta parte de don

vna gran borrasca que tuuimos a vista del puerto. Y el, y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro, y assi es todo milagro, y misterio el discurso de mi vida, como lo aueys notado. Y si en alguna cosa he andado demasiada, o no tan acertada como deuiera, echad la culpa a lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, que los trabajos continuos, y extraordinarios, quitan la memoria al que los padece. Essa no me quitaran a mi, o alta, y valerosa señora, dixo don Quixote, quantos yo passare en seruiros, por grandes, y no vistos que sean. Y assi de nueuo confirmo el don que os he prometido; y juro de yr con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quien pienso con el ayuda d Dios, y de mi brazo; tajar la cabeça soberuia, con los filos desta (no quiero dezir buena) espada, merced a Gines de Passamonte; que me lleuô la mia: esto dixo entre dientes, y prosiguió diziendo: y despues de auer sela tajado, y puêstoos en pacifica possession de vuestro estado, quedará a vuestra voluntad, hazer de vuestra persona lo que mas en talante os viniere. Porque mientras que yo tuuiere ocupada la memoria; y cautiuua la voluntad, perdido el entendimiento por aqulla, y no digo mas, no es posible q̄ yo arrostre, ni por pienso, el casarme, aunque fuesse con el Aue fenix. Pareciole tan mal a Sancho, lo q̄ vltimamente su amo dixo; acerca de no querer casarse, que con grande enojo, alçando la voz, dixo: Boto a mi, y juro a mi, q̄ no tiene vuestra merced señor don Quixote cabal juyzio: pues como es possible; que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Pienfa q̄ le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante vêtura, como la q̄ aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no porcierto, ni aun con la mitad, y aun estoy por dezir, que no llega a su çapato de la que estâ delante. Assi norama-

la alcançaré yo el Condado que espero, si vuestra merced se anda a pedir cotufas en el golfo, caesse, caesse luego, encomiendole yo a satanas, y tome esse reyno que se le viene a las manos, de vobis, vobis, y en siendo Rey, hagame Marques, o Adelantado, y luego siquiera se lo lleue el diablo todo. Don Quixote, que tales blasfemias oyó dexir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y alçando el lançon, sin hablalle palabra a Sancho, y sin dezirle esta boca es mía; le dio tales dos palos, que dio con el en tierra, y sinó fuera porque Dorotea le dio voces que no le diera mas, sin duda le quitara alli la vida. Pensays, le dixo, acabo de rato, villano ruyn, que ha de auer lugar siempre para ponerme la mano en la horcaxa dura, y que todo ha de ser errar vos, y perdonaros yo? Pues no lo penseys vellaco descomulgado, que sin duda lo estas; pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y no fabeyis vos, faquin, belitre, que sino fuesse por el valor que ella infunde en mi braço, que no le tendria yo para matar vna pulga? Dezid socarron de lengua viperina, y quien pensays que ha ganado este reyno? Y cortado la cabeça a este Gigante? Y hechoos a vos Marques (que todo esto doy ya por hecho; y por cosa passada en cosa juzgada) sino es el valor de Dulcinea, tomando a mi braço por instrumento de sus hazañas, ella pelea en mi, y véce en mi, y yo viuo, y respiro en ella, y tengo vida, y ser. O hideputa vellaco, y como soys desagradecido, que os veys leuantado del polvo de la tierra a ser señor de titulo, y correspondays a tan buena obra, con dezir mal de quien os la hizo. No estaua tan mal trecho Sancho, que no oyesse todo quanto su amo le dezia, y leuantandose con vn poco de presteza, se fue a poner de tras del palafren de Dorotea, y desde alli dixo a su amo: Digame señor, si vuestra merced tiene determinado de no casarse con esta gran Princesa, claro está que no será el reyno fuyo,

Quarta parte de don

fuyo, y no siendolo, que mercedes me puede hazer? Esto es de lo que yo me quexo, caese vuestra merced vna por vna con esta Reyna, aora que la tenemos aqui, como llouida del cielo, y despues puede boluerse cõ mi señora Dulcinea, q̃ Reyes deue de auer auido en el mundo, que ayán sido amancebados. En lo de la hermosura, no me entremeto, que en verdad si va à dezirla, que entrambas me parecen bien, puesto que yo nunca he visto à la señora Dulcinea. Como que no la has visto traydor blasfemo, dixo don Quixote, pues no acabas de traerme aora vn recado de su parte? Digo que no la he visto tan despacio, dixo Sancho, que pueda auer notado particularmente su hermosura, y sus buenas partes punto por punto, pero asì à bulto me parece bien. Aora te disculpo, dixo don Quixote, y perdoname el enojo que te he dado, que los primeros mouimientos no son en manos de los hombres. Ya yo lo veo, respondio Sancho, y asì en mi la gana de hablar, siempre es primero mouimiento, y no puedo dexar de dezir, por vna vez siquiera, lo q̃ me viene à la lengua. Con todo esso, dixo don Quixote, mira Sancho lo que hablas, porque tantas vezes va el cãtarillo à la fuente, y no te digo mas. Aora bien, respondio Sancho, Dios estâ en el cielo que vee las trampas, y ferâ juez de quien haze mas mal, yo en no hablar bien, o vuestra merced en obrallo. No aya mas, dixo Dorotea, corred Sancho, y besad la mano a vuestro señor, y pedid de perdon, y de aqui adelante andad mas atentado en vuestras alabãças, y vituperios, y no digays mal de aquella señora Tobosa, a quien yo no conozco, sino es para feruilla, y tened confiança en Dios, que no os ha de faltar vn estado donde viuays como vn Principe. Fue Sancho cabizbaxo, y pidio la mano a su señor, y el se la dio, con repofado continente, y despues que se la huuo besado, le echò la bendicion, y dixo a Sancho que se adelan-

tasse. n

rassen vn poco, que tenia que preguntalle, y que departir con el cosas de mucha importancia. Hizolo assi Sancho, y apartaronse los dos algo adelante, y dixole don Quixote, despues que veniste no he tenido lugar, ni espacio, para pregúrtate muchas cosas de particularidad, a cerca de la embaxada que lleuaste, y de la respuesta que truxiste, y aora pues la fortuna nos ha concedido tiempo, y lugar, no me niegues tu la ventura, que puedes dar me, con tan buenas nueuas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondió Sancho, que a todo daré tan buena salida, como tuue la entrada. Pero suplico a vuestra merced, señor mio, que no sea de aqui adelante tan ventagatiuo. Porque lo dizes Sancho, dixo don Quixote? Digolo, respondió, porque estos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos trauò el diablo la otra noche, que por lo que dixi contra mi señora Dulcinea, a quien amo, y reuerencio como a vna reliquia, aunque en ella no lo aya, solo por ser cosa de vuestra merced. No tornes a essas plasticas Sancho, por tu vida, dixo don Quixote, que me dan pesadumbre: ya te perdoné entonces, y bien sabes tu que suele dezirse, a pecado nuevo, penitencia nueva. Mientras esto passaua vieron venir por el camino donde ellos yuan a vn hombre caullero sobre vn jumento, y quando llegó cerca les parecia que era Gitano: pero Sancho Pança que doquiera que via asno se le yuan los ojos, y el alma, à penas huuo visto al hombre, quando conociò que era Gines de Passamonte, y por el hilo del Gitano sacò el ouillo de su asno, como era la verdad, pues era el ruzio sobre que Passamonte venia: el qual por no ser conocido, y por vender el asno se auia puesto en trage de Gitano, cuya lengua, y otras muchas sabia muy bien hablar, como si fueran naturales suyas. Viole Sancho, y conocióle, y à penas le huuo visto, y conocido, quando a

gran-

Quarta parte de don

grandes voces le dixo: Al ladron Ginesillo dexa mi prenda, suelta mi vida, no te empaches con mi descanso, dexa mi asno, dexa mi regalo, huye puto, ausentate ladrón, y desampara lo que no es tuyo. No fueron menester tantas palabras, ni baldones, porque a la primera saltó Gines, y tomando vn trote que parecia carrera, en vn punto se ausentó, y alexó de todos. Sancho llegó a su ruzio, y abraçandole, le dixo: Como has estado bien mio, ruzio de mis ojos, compañero mio, y con esto le besaua, y acariciaua, como si fuera persona, el asno callaua, y se dexaua besar, y acariciar de Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaró todos, y dieronle el parabien del hallazgo del ruzio, especialmente don Quixote, el qual le dixo, q no por esso anulaua la poliça de los tres pollinos, Sancho se lo agradecio. Entanto que los dos yuan en estas platicas, dixo el Cura á Dorotea, q auia andado muy discreteta, así en el cuento, como en la breuedad del, y en la similitud que tuuo con los de los libros de cauallerias: ella dixo, q muchos ratos se auia entretenido en leellos, pero que no sabia ella, dóde eran las prouincias, ni puertos de mar, y que así auia dicho atento, que se auia desembarcado en Ossuna. Yo lo entendí así, dixo el Cura, y por esso acudí luego a dezir, lo que dixé, con que se acomodó todo. Pero no es cosa estraña, ver con quanta facilidad cree este desuventurado hidalgo todas estas inuenciones, y mentiras, solo porque lleuan el estilo, y modo de las necedades de sus libros. Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no se si queriendo inuentarla, y fabricarla mentirosamente, huiera tan agudo ingenio, que pudiera dar en ella. Pues otra cola ay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener vn entendimiento claro, y apazible en todo.

do. De manera, que como no le toquen en sus cauallerias, no aurá nadie que le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yuan en esta cóuersion, profiguio don Quixote con la suya, y dixo a Sancho: Echemos, Pança amigo, pelillos a la mar, en esto de nuestras pendencies, y dime agora, sin tener cuenta có enojo, ni rencor alguno. Donde, como, y quando hallaste a Dulcinea? Que hazia? Que le dixiste? Que te respondió? Que rostro hizo, quando leía mi carta? Quien te la trasladó? Y todo aquello que vieres, que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfacerse, sin que añadas, o mientas por darme gusto: ni menos te acortes, por no quitarme. Señor, respondió Sancho, si va à dezir la verdad, la carta no me la trasladó nadie, porque yo no lleué carta alguna. Así es como tu dizes, dixo don Quixote, porque el librito de memoria donde yo la escriuí, le hallé en mi poder, acabo de dos dias de tu partida, lo qual me causó grandísima pena, por no saber lo que auías tu de hazer, quando te vieses sin carta, y creí siempre que te boluieras, desde el lugar donde la echaras menos. Así fuera, respondió Sãcho, sino la huiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyó, de manera que se la dixé a vn sacristan, que me la trasladó del entendimiento, tan puto por punto, que dixo que en todos los dias de su vida, aunque auia leydo muchas cartas de descomunión, no auia visto, ni leydo tan linda carta como aquella. Y tienesla toda via en la memoria Sancho, dixo don Quixote? No señor, respondió Sancho, porque despues que la di, como vi que no auia de ser de mas provecho, di en olvidalla. Y si algo se me acuerda, es aquello de sobajada, digo del soberana señora, y lo último, vuestro hasta la muerte, el cauallero de la triste figura. Y en medio destas dos cosas, le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios

Quarta parte de don

Cap. XXXI. De los sabrosos razonamientos que pasaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero, con otros sucessos.

TOdo esso no me descontenta, prosigue adelante, dixo don Quixote. Llegaste, y que hazia aquella Reyna de la hermosura? a buen seguro, que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautiuo cavallero. No la hallé, respondió Sancho, sino ahechando dos hanegas de trigo en vn corral de su casa. Pues haz cuenta, dixo don Quixote, que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste amigo, el trigo era cãdeal, o trechel? No era sino rubion, respondió Sancho. Pues yo te aseguro, dixo don Quixote, que ahechado por sus manos hizo pan candeal sin duda alguna: pero passa adelante. Quando le diste mi carta besola? Pusosela sobre la cabeza? hizo alguna ceremonia, digna de tal carta? o que hizo? Quando yo se la yua à dar, respondió Sancho, ella estaua en la fuga del meneo de vna buena parte de trigo, que tenia en la criua. Y dixome, poned amigo essa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acriuar todo lo que aqui està. Discreta señora, dixo don Quixote, esso deuio de ser por leerla de espacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho, y en tanto que estaua en su menester, que coloquios passò contigo? Que te preguntò de mi? Y tu que le respondiste? Acaba cuentamelo todo, no se te quede en el tintero vna minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixi de la manera q̄ vuestra merced por su seruicio quedaua haziendo penitencia, desnudo de la cintura arriba,

me •

metido entre estas sierras, como si fuera saluage, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna . En dezir que maldezia mi fortuna, dixiste mal, dixo don Quixote , porque antes la bendigo, y bendezire todos los dias de mi vida , por auerme hecho digno de merecer amar tã alta señora , como Dulcinea del Toboso . Tan alta es, respondió Sancho, que a buena fé, que me lleva a mi mas de vn coto. Pues como Sancho, dixo don Quixote, haste medido tu con ella ? Medime en esta manera, respondió Sancho , que llegando a ayudar a poner vn costal de trigo sobre vn jumento, llegamos tan juntos, que eché de ver, que me lleuaua mas de vn gran palmo . Pues es verdad, replicò don Quixote, que no acompaña esta grã deza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma . Pero no me negaràs Sancho vna cosa, quando llegaste junto a ella, no sentiste vn olor sabeo, vna fragrancia aromatica, y vn no se que de bueno, que yo no acierto a dalle nombre, digo vn tuhò, o tufo, como si estuvieras en la tienda de algun curioso guantero ? Lo que se dezir, dixo Sancho, es que senti vn olorzillo algo hombruno, y deuia de ser, que ella con el mucho exercicio estaua sudada, y algo correosa . No seria effo, respondió don Quixote, sino que tu deuias de estar romadizado, o te deuiste de oler a ti mismo, porque yo se bien lo que huele aquella rosa entre espinas; aquel lirio del campo, aq̃l ambar desleydo . Todo puede ser, respondió Sancho, q̃ muchas vezes sale de mi aquel olor, que entonces me parecio que salia de su merced, de la señora Dulcinea , pero no ay de que marauillarse, que vn diablo parece a otro . Y bien, profiguio don Quixote, he aqui que acabò de limpiar su trigo, y de embiallo al molino, que hizo quando leyò la carta ? La carta, dixo Sancho, no la leyò, porque dixo que no sabia leer, ni escriuir,

Quarta parte de don

criuir, antes la rasgó, y la hizo menudas piezas, diziédo que no la queria dar à leer a nadie, porque no se supieffen en el lugar sus secretos, y que bastaua lo que yo le auia dicho de palabra, a cerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la penitencia extraordinaria, que por su causa quedaua haziendo. Y finalmente me dixo, que dixesse a vuestra merced, que le besaua las manos, y q̄ allí quedaua con mas desseo de verle, que de escriuirle: y q̄ assi le suplicaua, y mandaua, que vísita la presente, saliesse de aquellos matorrales, y se dexasse de hazer disparates, y se pudiesse luego, luego, en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sucediesse, porque tenia gran desseo de ver a vuestra merced. Riose mucho quando le dixé, como se llamaua vuestra merced el cauallero de la triste figura. Preguntele si auia ydo allá el Vizcayno de marras, dixome que sí, y que era vn hombre muy de bien. Tambien le pregunté por los galeotes, mas dixome que no auia visto hasta entonces alguno. Todo va bien hasta agora, dixo don Quixote. Pero dime, q̄ joya fue la que te dio al despedirte, por las nueuas que de mi lleuaste? Porque es vsada, y antigua costumbre, entre los caualleros, y damas andantes, dar a los escuderos, donzellas, o enanos, que les lleuan nueuas de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya, en albricias, en agradecimiento de su recado. Bien puede esso ser assi, y yo la tengo por buena vsança, pero esso deuia de ser en los tiempos passados, que aora solo se deue de acostumar a dar vn pedaço de pan, y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea por las bardas de vn corral, quando della me despedi: y aun por mas señas, era el queso ouejuno. Es liberal en extremo, dixo don Quixote, y fino te dio joya de oro, sin duda de uio de ser, porque no la tendria alli a la mano para darla, pero buenas son mangas despues de Pascua, yo la

la verè, y se fatisfará todo. Sabes de que estoy maravillado Sancho? De que me parece que fuyste, y veniste por los ayres, pues poco mas de tres dias has tardado, en yr, y venir desde aqui al Toboso, auiendo de aqui allà, mas de treynta leguas. Por lo qual me doy a entender, que aquel sabio nigromante, que tiene cuenta con mis cosas, y es mi amigo, porque por fuerza le ay, y le ha de auer, so pena que yo no seria buen cauallero andante. Digo que este tal te deuio de ayudar à caminar, sin que tu lo sintieses, que ay sabio destos que coge a vn cauallero andante durmiendo en su cama, sin saber como, ò en que manera amanece otro dia mas de mil leguas de donde anohecio. Y sino fuesse por esto, no se podrian socorrer en sus peligros los caualleros andantes vnos a otros, como se socorren a cada passo. Que acaece estar vno peleando en las sierras de Armenia con algun Endriago, ò con algun fiero Vestiglo, ò con otro cauallero, donde lleua lo peor de la batalla, y està ya à punto de muerte: y quando no os meçato, affoma por acullà encima de vna nube, ò sobre vn carro de fuego, otro cauallero amigo suyo, que poco antes se hallaua en Inglaterra, que le fauorece, y libra de la muerte, y à la noche se halla en su posada cenando muy a su sabor, y fuele auer de la vna à la otra parte, dos, ò tres mil leguas. Y todo esto se haze por industria, y sabiduria destos sabios encantadores, que tienen cuydado destos valerosos caualleros. Asì que amigo Sancho, no se me haze dificultoso creer, que en tan breue tiempo ayas ydo, y venido desde este lugar al del Toboso, pues como tengo dicho, algun sabio amigo te deuio de lleuar en bolandillas, sin que tu lo sintieses. Asì seria, dixo Sancho, porque a buena fè, que andaua Rozinante, como si fuera asno de Gitano con azogue en los oydos. Y como si lleuaua azogue, dixo don Quixote, y aun vna legion de

Quarta parte de don

demonios, que es gente que camina, y haze caminar, sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto a parte, que te parece a ti que deuo yo de hazer agora, cerca de lo que mi señora me manda, que la vaya à ver, que aunque yo veo que estoy obligado a cumplir su mandamiento, veome tambien impossibilitado del don que he prometido a la Princesa, que con nosotros viene, y fuerçame la ley de caualleria, à cumplir mi palabra, antes que mi gusto. Por vna parte me acoffa, y fatiga el desseo de ver a mi señora, por otra me incita, y llama, la prometida fè, y la gloria q̄ he de alcançar en esta empresa. Pero lo que pienso hazer, serà caminar a priessa, y llegar presto donde està este Gigante, y en llegando le corzarè la cabeça, y pondrè a la Princesa pacificamente en su Estado, y al pũto darè la buelta, à ver a la luz que mis sentidos alumbra. A la qual darè tales disculpas, que ella venga à tener por buena mi tardança, pues verà que todo redunda en aumento de su gloria, y fama, pues quanto yo he alcanzado, alcançò, y alcançaré por las armas en esta vida, toda me viene del fauor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay, dixo Sancho, y como està vuestra merced lastimado de estos cascos. Pues digame señor, piensa vuestra merced caminar este camino en balde? Y dexar pisar, y perder vn tan rico, y tan principal casamiento como este? Donde le dan en dote vn Reyno, q̄ a buena verdad, que he oydo dezir, que tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y que es abundantissimo de todas las cosas que son necessarias para el sustento de la vida humana, y que es mayor que Portugal, y que Castilla juntos. Calle por amor de Dios, y tenga verguença de lo que ha dicho, y tome mi consejo, y perdoneme, y case se luego en el primer lugar que aya Cura, y fino à està nuestro Licèciado, que lo hará de perlas. Y aduertã que ya tengo edad para dar consejos, y que este que le
doy

doy le viene de molde, que mas vale paxaro en mano, que buytre bolando, porque quien bien tiene, y mal escoge, por bien que se enoja, no se venga. Mira Sancho, respondió don Quixote, si el consejo que me das de que me case, es porq̄ sea luego Rey, en matando al Gigante, y tenga comodo para hazerte mercedes, y darte lo prometido. Hagote saber, que sin casarme podrè cumplir tu desseo muy facilmete, porque yo sacare de adahala, antes de entrar en la batalla, que saliendo vencedor della. ya que no me case, me han de dar vna parte del Reyno, para que la pueda dar á quien yo quisiere: y en dandola, á quien quieres tu que la dè, sino a ti? E esto està claro, respondió Sancho, pero mire vuestra merced que la escoja hàzia la marina, porque sino me contentare la viuienda, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cure de yr por aora á ver mi señora Dulcinea, sino vayasse a matar al Gigante, y concluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha honra, y de mucho prouecho. Digote Sancho, dixo don Quixote, que està en lo cierto, y que aurè de tomar tu consejo, èn quanto el yr antes con la Princesa, que a vera Dulcinea. Y auisote que no digas nada a nadie, ni a los q̄ con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido, y tratado, que pues Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no serà bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esto es assi, dixo Sancho, como haze vuestra merced, que todos los que venen por su braço, se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, siendo esto firma de su nombre, que la quiere bien, y que es su enamorado. Y siendo forçoso que los que fueren, se han de yr a hincar de sinojos ante tu presencia, y dezir que van de parte de vuestra merced a dalle la obediencia, como se pueden encubrir los

Quarta parte de don

pensamientos de entrambos? O que necio, y que simple que eres, dixo don Quixote. Tu no ves Sancho, que esto todo redundá en su mayor ensalzamiento. Porque has de saber, que en este nuestro estilo de caualleria, es gran honra tener vna dama muchos caualleros andantes que la siruan, sin que se estiendan mas sus pensamientos, que á seruilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos, y buenos desseos, sino que ella se contente de acetarlos por sus caualleros. Con esta manera de amor, dixo Sancho, he oydo yo predicar, que se ha de amar a nuestro Señor, por si solo, sin q̄ nos mueua esperança de gloria, ó temor de pena. Aunque yo le querria amar, y servir, por lo que pudiesse. Valate el diablo por villano, dixo don Quixote, y que de discreciones dizes a las vezes, no parece sino que has estudiado. Pues a fè mia que no se leer, respondió Sancho. En esto les dio voces, Maeste Nicolas, que esperassen vn poco, que querian detenerse a beuer en vna fuentezilla que alli estaua. Detuose don Quixote, con no poco gusto de Sancho, que ya estaua cansado de mentir tanto, y temia no le cogiesse su amo a palabras. Porque puesto que el sabia que Dulcinea era vna labradora del Toboso, no la auia visto en toda su vida. Auia se en este tiempo vestido Cardenio los vestidos que Dorotea traia, quando la hallaron, que aunque no eran muy buenos, hazian mucha ventaja á los que dexaua. Apearonse junto a la fuente, y con lo que el Cura se acomodò en la venta, fatisfizieron, aunque poco, la mucha hambre que todos traian. Estando en esto, acertò á passar por alli vn muchacho, que yua de camino, el qual poniendose a mirar con mucha atencion á los que en la fuente estauan: de alli a poco arremetio a don Quixote, y abraçandole por las piernas, començò á llorar muy de proposito, diciendo: Ay señor mio, no me conoce vuestra merced? Pues mireme bien, que

que yo soy aquel moço Andres, que quitò vuestra merced de la encina donde estaua atado. Reconociole don Quixote, y assiendole por la mano, se boluio a los que allí estauan, y dixo: Porque vean vuestras mercedes, quã de importancia es auer caualleros andantes en el mundo que desfagan los tuertos, y agrauios, que en el se hazen, por los insolentes, y malos hombres, que en el viuen, sepã vuestras mercedes, que los dias passados, passando yo por vn bosque, oí vnos gritos, y vnas voces muy lastimosas, como de persona affligida, y menesteroza: acudi luego, lleuado de mi obligacion, hàzia la parte donde me parecio que las lamentabies voces sonauan, y hallè atado a vna encina á este muchacho que aora está delante (de lo que me huelgo en el alma, porque será testigo que no me dexará mentir en nada.) Digo que estaua atado a la ençina, desnudo del medio cuerpo arriba, y estauale abriendole á açotes con las riendas de vna yegua vn villano, que despues supe que era amo suyo: y assi como yo le vi, le preguntè la causa de tan atroz vapulamiento, respondió el zafio, que le açotaua, porq̃ era su criado, y que ciertos descuydos que tenia, nació mas de ladrón, que de simple. A lo qual este niño dixo: Señor no me açota sino porque le pido mi salario. El amo replicò, no se que arengas, y disculpas, las quales aunque de mi fueron oydas, no fueron admitidas. En resoluciõ, yo le hize desatar, y tomè juramento al villano, de que le llevaria consigo, y le pagaria vn real sobre otro, y aun sahumados. No es verdad todo esto hijo Andres? no notaste con quanto imperio se le mandè, y con quanta humildad prometio de hazer todo quanto yo le impuse, y notifiqué, y quise? Responde, no te turbes, ni dudes en nada, di lo que passò a estos señores, porque se vea, y cõfidere, ser del provecho que digo, auer caualleros andãtes por los caminos. Todo lo q̃ vuestra merced ha dicho

Quarta parte de don

es muchaverdad, respondió el muchacho, pero el fin del negocio sucedió muy al reves de lo que vuestra merced se imagina. Como al reves, replicó don Quixote, luego no te pagó el villano? No solo no me pagó, respondió el muchacho, pero así como vuestra merced traspuso del bosque, y quedamos solos, me boluio à atar a la misma enzima, y me dio de nuevo tantos açotes, que quedè hecho vn San Bartolome defollado. Y a cada açote que me daua, me dezia vn donayre, y chufeta, acerca de hazer burla de vuestra merced, que a no sentir yo tanto dolor, me riyera de lo que dezia. En efeto, el me parò tal, que hasta aora he estado curandome en vn hospital, del mal que el mal villano entonces me hizo. De todo lo qual tiene vuestra merced la culpa, porque si se fuera su camino adelante, y no viniera donde no le llamauã, ni se entremetiera en negocios agenos, mi amo se cõtètara cõ darme vna, ò dos dozenas de açotes, y luego me soltara, y pagara quãto me deuia. Mas como vuestra merced le deshonorò ran sin proposito, y le dixo tantas villanias, encendio se le la colera, y como no la pudo vengar en vuestra merced, quando se vio solo descargò sobre mi el nublado, de modo que me parece, que no serè mas hombre en toda mi vida. El daño estuuò, dixo don Quixote, en yrme yo de alli, que no me auia de yr hasta dexarte pagado: porque bien deuia yo de saber por luengas experiencias, que no ay villano que guarde palabra que tiene, si el vee que no le està bien guardalla. Pero ya te acuerdas Andres, que yo jurè que fino te pagaua, que auia de yr a buscarle, y que le auia de hallar, aunque se escondiessè en el vientre de la Vallena. Así es la verdad, dixo Andres, pero no aprouechò nada; A ora veràs si aprouecha dixo don Quixote, y diziendo esto, se leuantò muy apriessa, y mandò a Sancho que enfrenase a Rozinante (que estaua paciendò en tanto que ellos comian.)

mian.) Preguntole Dorotea, que era lo que hazer queria? El le respondió, que queria yr a buscar al villano, y castigalle de tan mal termino, y hazer pagado à Andres, hasta el vltimo marauedi, a despecho, y pefar de quantos villanos huuiesse el mundo. A lo que ella respondió, que aduirtiesse, que no podia conforme al don prometido entremeterse en ninguna empresa, hasta acabar la fuya, y que pues esto sabia el mejor que otro alguno, que foflegasse el pecho, hasta la buelta de su Reyno. Afsi es verdad, respondió don Quixote, yes forçoso que Andres tenga paciencia hasta la buelta, como vos señora dezis, que yo le torno a jurar, y a prometer de nuevo, de no parar hasta hazerle vengado, y pagado. No me creo deffos juramentos, dixo Andres, mas quisiera tener aora con que llegar à Sevilla, que todas las venganças del mundo: deme si tiene aî algo que coma, y lleue, y quedese con Dios su merced, y todos los caualleros andantes, que tambien andantes sean ellos para conmigo, como lo han sido para conmigo. Sacô de su repuesto Sancho vn pedaço de pan, y otro de queso, y dandofelo al moço, le dixo: Toma hermano Andres, que a todos nos alcança parte de vuestra desgracia. Pues que parte os alcança à vos, preguntó Andres? Esta parte de queso, y pan que os doy, respondió Sancho: que Dios sabe si me ha de hazer falta, ô no, porque os hago saber amigo que los escuderos de los caualleros andantes estamos sujetos a mucha hambre, y à mala ventura, y aun a otras cosas, que se sienten mejor que se dizen. Andres asio de su pan, y queso, y viendo que nadie le daua otra cosa abaxò su cabeça, y tomò el camino en las manos, como suele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixo a don Quixote: Por amor de Dios señor cauallero andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea q̄ me hazen pedaços no me socorra, ni ayude, sino dexeme cõ

Quarta parte de don

mi desgracia, que no será tanta, que no sea mayor la que me vendrá de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos quantos caualleros andantes han nacido en el mundo. Yuase a levantar don Quixote para castigalle, mas el se puso a correr de modo, que ninguno se atreuió a seguillo. Quedó corridissimo don Quixote del cuento de Andres, y fue menester que los demas tuuiesen mucha cuenta con no reyrse, por no acaballe de correr del todo;

Capit. XXXII. Que trata de lo que sucedio en la venta à toda la quadrilla de don Quixote.

A Cabose la buena comida, en fillaron luego, y sin que les sucediesse cosa digna de contar, llegaron otro dia à la venta, espanto, y asombro de Sancho Pança: y aunque el quisiera no entrar en ella, no lo pudo huyr. La ventera, ventero, su hija, y Maritornes, que vieron venir a don Quixote, y a Sancho, les salieron a recebir con muestras de mucha alegria, y ellas recibio con graue continente, y aplauso, y dixoles que le adereçassen otro mejor lecho que la vez passada: à lo qual respondió la huespeda, que como la pagasse mejor que la otra vez, que ella se la daria de Principes. Don Quixote dixo, que si haria, y assi le adereçaron vna razonable en el mismo camaranchon de marras: y el se acostò luego, porque venia muy quebrantado, y fulto de juyzio. No se huuo bien encerrado, quando la huespeda arremetio al barbero, y asiendole de la barba, dixo: Para mi santiguada, q̃ no se ha aun de aprouechar mas de mi rabo para su barba, y que me ha de boluer mi cola, que anda lo de mi marido por esos fuelos que es verguença, digo el peyne, que solia yo colgar de mi buena cola. No se la queria dar el barbero, aunque

que ella mas tiraua, hasta que el Licenciado le dixó, que se la diessé, que ya no era menester mas vsar de aquella industria, sino que se descubriessé, y mostrasse en su misma forma, y dixesse a dō Quixote q̄ quando le despojaron los ladrones galeotes le auia venido à aquella venta huyendo, y que si preguntasse por el escudero de la Princesa, le dirian que ella le auia embiado adeláte a dar auiso a los de su Reyno, como ella yua, y lleuaua consigo el liberrador de todos. Con esto dio de buena gana la cola à la ventera el barbero, y así mismo le boluieron todos los aderentes, que auia prestado para la libertad de don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura, que les adereçassen de comer de lo que en la venta huuiessé, y el huesped con esperanza de mejor paga, con diligencia les adereçò vna razonable comida, y a todo esto dormia don Quixote, y fueró de parecer de no despertalle. Porque mas prouecho le haria por entonces el dormir, que el comer. Trataró sobre comida, estando delante el ventero, su muger, su hija, y Maritornes, todos los passageros, de la estraña locura de don Quixote, y del modo que le auian hallado. La huespeda les contò lo que con el, y con el harriero les auia acontecido, mirando si acaso estaua allí Sancho, como no le viesse, contò todo lo de su manteamiento, de que no poco gusto recibieron. Y como el Cura dixesse, que los libros de cauallerias, que don Quixote auia leydo le auian buuelto el juyzio, dixó el ventero. No se yo como puede ser esso, que en verdad que a lo que yo entiendo no ay mejor letura en el mundo, y que tengo à dos, ò tres dellos con otros papeles, que verdaderamente me hã dado la vida, no solo a mí, sino à otros muchos. Porque quando es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre ay algunos que

Quarta parte de don

faben leer, el qual coge vno de estos libros en las manos, y rodeamonos del mas de treynta, y estamosle escuchando con tãto gusto que nos quita mil canas: alomenos de mi se dezir, que quando oyo dezir aquellos furibundos, y terribles golpes que los caualleros pegan, que me toma gana de hazer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porque nunca tẽgo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embobado, que no os acordays de reñir por entonces. Asi es la verdad, dixo Maritornes, y a buena fẽ, que yo tambien gusto mucho de oyr aquellas cosas, que son muy lindas, y mas quando cuentan, que se estã la otra señora debaxo de vnos naranjos abraçada con su cauallero, y que les estã vna dueña haziendoles la guarda muerta de embidia, y con mucho sobrefalto. Digo que todo esto es cosa de mieles. Y a vos que os parece señora donzella, dixo el Cura, hablando con la hija del vterero? No se señor, en mi anima, respondió ella, tãbien yo lo escucho, y en verdad que aunque no lo entiẽdo, que recibo gusto en oylo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones que los caualleros hazen, quando estan ausentes de sus señoras: que en verdad, que algunas vezes me hazen llorar de compasion que les tengo. Luego bien las remediarades vos señora dõzella, dixo Dorotea, si por vos llorarã? No se lo q̃ me hiziera, respondió la moça, solo se q̃ ay algunas señoras, de aquellas tan crueles, que ias llaman sus caualleros tigres, y leones, y otras mil inmundicias. Y Iesus, yo no se que gente es aquella tan defalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar a vn hombre honrado, le dexan que se muera, o que se buelua loco. Yo no se para que es tanto melindre, si lo hazen de honradas, casense con ellos, que ellos no dessean otra cosa, Calla niña, dixo la ventera, que parece-

rece q̄ sabes mucho destas cosas: y no está bien a las dōze llas saber, ni hablar t̄to. Como melo pr̄gūta este señor, respōdio ella, no pude dexar de respōdelle. A ora bien dixo el Cura, traedme señor huesped, aqueſſos libros, q̄ los quiero ver. Que me plaze, respōdio el, y entrando en su aposento faco del vna maletilla vieja cerrada cō vna cadenilla, y abriēdola halló en ella tres libros gr̄des, y vnos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro q̄ abrio, vio q̄ era don Cirongilio de Tracia: y el otro d̄ Felixmarte de Yrcania: y el otro la historia del gr̄ Capitan Gonçalo Hernandez de Cordoua, cō la vida de Diego Garcia de Paredes. Aſi como el Cura leyò los dos titulos primeros, boluio el rostro al barbero, y dixo: Falta nos hazē aquia aora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hazē respondiò el barbero, q̄ tambiē se yo llēuarlos al corral, ò a la chimenea, q̄ en verdad, q̄ ay muy buē fuego en ella. Luego quiere V. m. q̄mar mas libros, dixo el ventero? No mas, dixo el Cura, q̄ estos dos el de dō Cirongilio, y el de Felixmarte. Pues por ventura, dixo el v̄tero, mis libros son hereges, ò flematicos, que los quiere quemar? Cismaticos quereys dezir amigo, dixo el barbero, q̄ no flematicos. Aſi es replicò el v̄tero: mas si alguno quiere quemar sea eſſe del gr̄ Capitā, y deſſe Diego Garcia, q̄ antes dexarē quemar vn hijo, q̄ dexar quemar ningunodeſſotros. Hermanomio, dixo el Cura, estos dos libros son m̄tiroſos, y estā llenos de diſparates, y deuanecos. Y este del gr̄ Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gōçalo Hernādez de Cordoua: el qual por sus muchas, y grandes hazañas, merecio ser llamado de todo el mundo el gran Capitan, renombre famoſo, y claro, y del solo merecido. Y este Diego Garcia de Paredes, fue vn principal cauallero, natural d̄ la ciudad de Truxillo, en Estremadura, valentiſſimo soldado, y de tantas fuerças naturales, que detenia cō vn dedo vna rueda de molino

Tercera parte de don

molino en la mitad de su furia. Y puesto con vn montante en la entrada de vna puente detuvo a todo vn innumerable exercito, que no passasse por ella. Y hizo otras tales cosas, q̄ como si el las cuenta, y las escriue, el assi mismo con la modestia de cauallero, y de coronista propio las escriuiera otro libre, y desapassionado, pusieran en su oluido las de los Hetores, Aquiles, y Roldanes. Tomaos cō mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de q̄ se esp̄ta de detener vna rueda de molino, por Dios agora: auia v̄ra merced de leer lo q̄ leí yo de Felixmarte de Yrcania, que de vn reues solo partio cinco gigantes por la cintura, como si fueran hechos de hauas, como los fraylezicos que hazen los niños. Y otra vez arremetio con vn gradissimo, y poderosissimo exercito donde lleuò mas de vn millon, y seyscientos mil soldados, todos armados desde el pie, hasta la cabeça, y los desbaratò a todos, como si fueran manadas de ouejas. Pues que me dirán del bueno de don Cirongilio de Tracia, q̄ fue tan valiente, y animoso, como se verá en el libro donde cuenta, que nauegando por vn rio le salio de la mitad del agua vna serpiente de fuego, y el assi como la vio se arrojò sobre ella, y se puso ahorcaxadas encima de sus escamosas espaldas, y la apretò con ambas manos la garganta, con tanta fuerza, que viendo la serpiente que la yua ahogando, no tuuo otro remedio, sino dexarse yr a lo hondo del rio, lleuandose tras si al cauallero, que nunca la quiso soltar, y quando llegaron allà abaxo, se hallò en vnos palacios, y en vnos jardines tan lindos, que era marauilla: y luego la sierpe se boluiò en vn viejo anciano, q̄ le dixo tantas cosas que no ay mas que oyr. Calle señor, que si oyesse esto se bolueria loco de plazer. Dos higas para el gran Capitan, y para esse Diego Garcia, que dize. Oyendo esto Dorotea, dixo callando a Cardenio: Poco le falta à nuestro huesped para hazer la segunda parte de dō

Quixo.

Quixote? Así me parece a mi, respondió Cardenio, por segundà indicio, el tiene por cierto, que todo lo q̄ estos libros cuentan passò, ni mas menos que lo escriuen, y no le harán creer otra cosa frayles descalços. Mirad hermano, tornò a dezir el Cura, que no huuo en el mundo Felixmarte de Yrcania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caualleros semejantes, que los libros de cauallerias cuentan. Porque todo es compostura, y ficcion de ingenios ociosos, que los compusieron para el efeto que vos dezis de entretener el tiempo, como lo entretienen leyendo los vuestros segadores: porque realmente os juro que nunca tales caualleros fueron en el mundo, ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse hueffo, respondió el ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco, y a donde me aprieta el çapato: no piense vuestra merced darme papilla, porque por Dios que no soy nada blanco. Bueno es, que quiera darme vuestra merced a entender, que todo aquello que estos buenos libros dizen, sea disparates, y mentiras, estando impresso cõ licencia de los señores del Cõsejo Real, como si ellos fueran gente, que auian de dexar imprimir tanta mentira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, que quitan el juyzio. Ya os he dicho amigo, replicò el Cura, que esto se haze para entretener nuestros ociosos pensamientos: y así como se confiente en las Republicas bien concertadas, que aya juegos de Axedrez, de pelota, y de trucos, para entretener à algunos, que ni tienen, ni deuen, ni pueden trabajar: así se confiente imprimir, y que ay a tales libros: creyendo, como es verdad, que no ha de auer alguno tan ignorante, que tēga por historia verdadera ninguna de estos libros. Y si me fuera licito aora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de lo que han de tener los libros de cauallerias para ser buenos, que quiza fueran de prouecho, y

Quarta parte de don

aun de gusto para algunos: pero yo espero, que vendrá tiempo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto, creed señor vètero lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y allà os aue-
nid con sus verdades, ò mentiras, y buen prouecho os hagan, y quiera Dios, que no coxeys del pie que coxea vuestro huesped don Quixote. E esso no, respondió el vè-
terero, que no serè yo tan loco, que me haga cauallero andante, que bien veo, que aora no se vsa lo que se vsaua en aquel tiempo, quando se dize, que andauan por el mūdo estos famosos caualleros. A la mitad desta plática se hallò Sancho presente, y quedó muy confuso, y pensatiuo de lo que auia oydo dezir, que aora no se vsauan caualleros andantes, y que todos los libros de cauallerias eran necedades, y mentiras: y propuso en su coraçon de esperar, en lo que paraua aquel viage de su amo, y que sino salia con la felicidad que el pensaua, determinaua de dexalle, y boluerse con su muger, y sus hijos a su acostumbrado trabajo. Lleuauase la maleta, y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: Esperad que quiero ver q̄ papeles son estos, que de tan buena letra estan escritos: sacolos el huesped, y dandoselos a leer, vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian un titulo grande que dezia: Nouela del curioso impertinente: leyó el Cura para si tres, ó quatro renglones, y dixo: Cierito que no me parece mal el titulo desta nouela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo que respondió el ventero: Pues bien puede leella su reuerècia, por que le hago saber, que à algunos huespedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no se la he querido dar, pensando boluersela a quien aqui dexó esta maleta olvidada con estos libros, y estos papeles, que bien puede ser que buelua su dueño por aqui algun tiempo: y aunque se
que

que me han de hazer falta los libros, a fè que se los he de boluer, que aunque ventero toda via soy Christiano. Vos teneyd mucha razon a migo, dixo el Cura, mas con todo esto si la nouela me contenta, me la auays de dexar trasladar: De muy buena gana, respondió el ventero. Mientras los dos esto dezian, auia tomado Cardenio la nouela, y començado a leer, en ella: y pareciendole lo mismo que al Cura, le rogò que la leyese de modo que todos la oyessen. Si leyera dixo el Cura, sino fuera mejor gastar este tiempo en dormir, que en leer. Harto reposo será para mi, dixo Dorotea, entretener el tiempo oyendo algun cuento, pues aun no tengo el espiritu tan sossegado, ç me conceda dormir, quando fuera razon. Pues dessa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad, si quiera quicà tendrà alguna de gusto. Acudio Maesse Nicolas a rogarle lo mismo, y Sancho tambien: lo qual visto del Cura, y entendiendo que a todos daria gusto, y el le recibiria, dixo: Pues assi es, estenme todos atentos, que la nouela comiença desta manera.

Capitul. XXXIII. Donde se cuenta la nouela del curioso impertinente.

EN Florencia, ciudad rica, y famosa de Italia, en la Prouincia que llaman Toscana, viuián Anselmo, y Lotario, dos caualleros ricos, y principales, y tan amigos, que por excelencia, y antonomasia de todos los que los conocian, los dos amigos, eran llamados: eran solteros, moços de vna misma edad, y de vnas mismas costumbres: todo lo qual era bastante causa à que los dos con reciproca amistad se correspondiesse. Bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado a los passatiempos amorosos que el Lotario, al qual lleuauã tras si los de la çaga. Pero quãdo se ofe-

Quarta parte de don

se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario: y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo: y desta manera andauan tan a vna sus voluntades, q̄ no auia cōcertado relox q̄ assi lo andu uiesse. Andaua Anselmo perdido de amores de vna dōzella principal, y hermosa, de la misma ciudad, hija de tã buenos padres, y tan buena ella por si, que se determinò (con el parecer de su amigo Lotario, sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por espósa à sus padres, y assi lo puso en execucion, y el que lleuò la embaxada, fue Lotario, y el que concluyò el negocio tan a gusto de su amigo, que en breue tiempo se vio puesto en la possession que desseaua, y Camila tan contenta de auer alcançado à Anselmo por esposo, que no cessauan de dar gracias al cielo, y a Lotario, por cuyo medio tanto bien le auia venido, Los primeros dias, como todos los de boda suelen ser alegres, continuò Lotario, como solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando hōralle, festejalle, y regozijalle con todo aquello que a el le fue posible. Pero acabadas las bodas, y sossegada ya la frecuencia de las visitas, y para bienes, començò Lotario a descuydarle con cuydado de las ydas en casa de Anselmo, por parecerle a el (como es razon que parezca à todos los que fueren diferetos) que no se han de visitar, ni continuar las casas de los amigos casados, de la misma manera que quando eran solteros. Porque aunque la buena, y verdadera amistad no puede, ni deue de ser sospechosa en nada, con todo esto es tan delicada la honra del casado, que parece que se puede ofender, aun de los mismos hermanos, quanto mas de los amigos. Notò Anselmo la remission de Lotario, y formò del queexas grandes, diziendole, que si el supiera, que el casarse auia de ser parte para no comunicalle, como solia, que jamas lo huuiera hecho: y que si por la buena correspondencia que los

dos

dos tenian mientras el fue soltero auian alcançado tan dulce nombre como el ser llamados los dos amigos, que no permitieffe, por querer hazer del circunspecto, sin otra ocasion alguna, que tan famoso, y tan agradable nõ bre se perdiessse: y que assi le suplicaua, si era licito, que tal termino de hablar se vsasse entre ellos, que boluieffe a ser señor de su casa, y a entrar, y salir en ella, como de antes, assegurandole que su esposa Camila no tenia otro gusto, ni otra voluntad que la que el queria que tuuiesse: y que por auer sabido ella con quantas veras los dos se amauan, estaua confusa de ver en el tanta esquiezza. A todas estas, y otras muchas razones, que Anselmo dixo a Lotario, para persuadille, boluieffe como solia à su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreciõ, y auiso, que Anselmo quedõ satisfecho de la buena intencion de su amigo: y quedaron de concierto, que dos dias en la semana, y las fiestas fuesse Lotario a comer cõ el: y aunque esto quedõ assi concertado entre los dos, propuso Lotario de no hazer mas de aquello que viesse que mas conuenia à la honra de su amigo, cuyo credito estaua en mas que el suyo propio. Dezia el, y dezia bien, que el casado a quien el cielo auia concedido muger hermosa tanto cuydado auia de tener, que amigos lleuaua à su casa, como en mirar con que amigas su muger conuersaua, porque lo que no se haze, ni concierto en las plazas, ni en los templos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones, (cosas que no todas vezes las han de negar los maridos a sus mugeres) se concierto, y facilita en casa de la amiga, ò la parienta de quien mas satisfacion se tiene. Tambien dezia Lotario, que tenian necesidad los casados de tener cada vno algun amigo que le advertiesse de los descuydos, que en su proceder hiziessen, porq̃ suele acontecer, que con el mucho amor que el marido a la muger tiene, ò no le advierte, ò no le dize por no

X

enoja-

Tercera parte de don

enojalla, que haga, ò dexe de hazer algunas cosas, que el hazellas, ò no, le seria de honra, ò de vituperio: de lo qual siendo del amigo advertido facilmente pondria remedio en todo: pero donde se hallarâ amigo tan discreto, y tan leal, y verdadero, como aqui Lotario le pide: no lo se yo por cierto, solo Lotario era este, que con toda sollicitud, y advertimiento miraua por la honra de su amigo, y procuraua dezmar, frisar, y acórtar los dias del concierto del yr a su casa, por que no pareciesse mal al vulgo ocioso, y a los ojos vagabundos, y maliciosos la entrada de vn moço rico, gentilhombre, y bien nacido, y de las buenas partes, que el pensaua que tenia, en la casa de vna muger tan hermosa como Càmila: que puesto que su bõdad, y valor podia poner freno a toda maldiciente lengua, toda via no queria poner en duda su credito, ni el de su amigo, y por esto los mas de los dias del concierto los ocupaua, y entretenia en otras cosas, que el daua â entender ser inescusables. Assi que en quejas del vno, y disculpas del otro, se passauan muchos ratos, y partes del dia, Succedio pues, que vno, que los dos se andauan paseando por vn prado fuera de la ciudad. Anselmo dixo a Lotario las semejantes razones.

Pensauas amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales padres, como fueron los mios, y al darme no con mano escasa los bienes, assi los que llaman de naturaleza, como los de fortuna, no puedo yo corresponder con agradecimiento, q̄ llegue al bien recebido, y sobre al q̄ me hizo en darme a ti por amigo, y a Càmila por muger propia, dos prendas q̄ las estimo, sinõ en el grado q̄ deuo, y en el que puedo, pues con todas estas partes, q̄ suelen ser el todo con q̄ los hombres suelen, y pueden viuir contentos, viuo yo el mas despechado, y el mas defabrido hombre de todo el vniuerso mundo? Por que no se que dias a esta parte me fatiga, y
aprieta

aprieta vn desseo tan extraño, y tan fuera del vfo comun de otros, q̄ yo me marauillo de mi mismo, y me culpo, y me riño a solas, y procuro callarlo, y encubrillo de mis propios pensamientos: y afsi me ha sido posible salir cō este secreto, como si d̄ industria procurar dezillo a todo mundo: y pues q̄ en efeto el ha de salir a plaça quiero q̄ sea en la del archiuo de tu secreto: confiado q̄ con el, y con la diligencia q̄ pondrás, como mi amigo verdadero en remediarme, yo me verê presto libre de la angustia q̄ me causa, y llegara mi alegria por tu sollicitud al grado q̄ ha llegado mi descontento por mi locura. Suspenso tenia a Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que auia de parar tan larga preuencion, ò preambulo: y aunque yua reboluiendo en su imaginacion q̄ desseo podria ser aquel q̄a su amigo tanto fatigaua, dio siempre muy lexos del blanco de la verdad: y por salir presto de la agonía q̄ le causaua aquella suspension le dixo, que hazia notorio agrauio a su mucha amistad, en andar buscando rodeos, para dezirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto que se podia prometer del; ò ya consejos para entretenerlos, ò ya remedio para cumplillos. Afsies la verdad, respondió Anselmo, y con essa confiança te hago saber amigo Lotario, que el desseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa està tan buena, y tan perfeta como yo piẽso: y no puedo enterarme en esta verdad, sino es prouandola, de manera que la prueua manifieste los quilates de su bõdad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tẽgo para mi (ò amigo) que no es vna muger mas buena de quanto es, ò no es sollicitada: y que aquella sola es fuerte, que no se dobla á las promessas, à las dadiuas, à las lagrimas, y a las continuas importunidades de los sollicitos amantes. Porque que ay que agradecer, dezia el, que vna muger sea buena, si nadie le dize que sea mala? Que mucho que estê recogida, y temerosa la

Quarta parte de don

que no se dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, que encogiendola en la primera delemoltura, la ha de quitar la vida? Ansi que la que es buena por temor, ò por falta de lugar, y no la quiero tener en aquella estima en que tendré a la solicitada, y perseguida, que salio con la corona del vencimiento. De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera dezir, para acreditar. y fortalecer la opinion que tengo, desseo que Camila mi esposa passe por estas dificultades, y se acrisole, y quilate en el fuego de verse requerida, y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus desseos: y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin ygual mi ventura. Podré yo dezir, que está colmo el vazio de mis desseos: Diré que me cupo en fuerte, a muger fuerte, de quien el Sabio dize, que quien la hallará? Y quando esto suceda al reués de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinion, lleuaré sin pena, la que de razon podrá causarme mi tan costosa experiencia. Y profupuesto que ninguna cosa de quantas me dixeres en contra de mi desseo, ha de ser de algun provecho, para dexar de ponerle por la obra, quiero, ó amigo Lotario, que te dispongas a ser el instrumento que labre aquesta obra de mi gusto, que yo te daré lugar para que lo hagas, sin faltarte todo aquello que yo viere ser necessario para solicitar a vna muger honesta, honrada, recogida, y desinteressada. Y mueueme, entre otras cosas, a fiar de ti esta tan ardua empresa, el ver que si de ti es vencida Camila, no ha de llegar el vencimiento a todo trance, y rigor, sino a solo a tener por hecho lo que se ha de hazer por buen respeto, y así no quedaré yo ofendido mas de con el desseo, y mi injuria quedará escondida en la virtud de tu silencio, que bien se, que en lo que me tocara ha de ser eterno como el de la muerte. Así q̄ si quieres
que

que yo tenga vida, que pueda dezir, que io es, desde luego has de entrar en esta amorosa batalla, no tibia, ni Perezosamente, sino con el ahinco, y diligencia que mi desseo pide, y con la confianza que nuestra amistad me asegura. Estas fueron las razones que Anselmo dixo a Lotario; a todas las quales estuuo tan atento, que fino fueron las que quedan escritas que le dixo, no desplegó sus labios hasta que huuo acabado: y viendo que no dezia mas, despues que le estuuo mirando vn buen espacio, como si mirara otra cosa que jamas huuiera visto, que le causara admiracion, y espanto, le dixo: No me puedo persuadir, ô amigo Anselmo, a que no sean burlias las cosas que me has dicho, que a pensar que de veras las dezias, no consentiera, que tan adelante passaras, porque con no escucharte preuiniera tu larga arenga: sin duda imagino, ô que no me conoces, ô que yo no te conozco. Pero no, que bien se que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño estâ, en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tu deues de auer pensado, que tampoco yo soy el Lotario que deuia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir a aquel Lotario q̄ tu conoces. Porque los buenos amigos han de prouar a sus amigos, y valerse dellos, como dixo vn Poeta, *vsque ad aras*, que quiso dezir, que no se auian de valer de su amistad en cosas que fuesen contra Dios. Pues si esto sintio vn Gentil de la amistad, quanto mejores que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad diuina? Y quando el amigo tirasse tanto la barra, que pudiesse a parte los respetos del cielo, por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de su amigo. Pues dime tu agora, Anselmo, qual destas dos

Quarta parte de don

cosas tienes en peligro , para que yo me aventure a complacerte , y à hazer vna cosa tan desestable como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides , segun yo entiendo , que procure , y solicite quitarte la honra , y la vida , y quitarmela à mi juntamente . Porque si yo he de procurar quitarte la honra , claro està , que te quito la vida , pues el hombre sin honra , peor es que vn muerto : y siendo yo el instrumento , como tu quieres que lo sea , de tanto mal tuyo , yo vengo a quedar deshonorado , y por el mismo consiguiente sin vida ? Escucha amigo Anselmo , y ten paciencia de no responderme , hasta que acabe de dezirte lo que se me ofreciere , a cerca de lo que te ha pedido tu desseo , que tiempo quedará para que tu me repliques ; y yo te escuche . Que me plaze , dixo Anselmo , dilo que quisieres . Y Lotario prosiguió , diciendo : Pareceme , ò Anselmo , que tienes tu ora el ingenio como el que siempre tienen los Moros , a los quales no se les puede dar a entender el error de sus seta , con las acotaciones de la santa Escritura , ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento , ni que vayan fundadas en articulos de fe , sino que les han de traer exemplos palpables , faciles , intelegibles , demonstratiuos , indubitables , con demonstraciones Mathematicas , que no se pueden negar , como quando dicen : Si de dos partes yguales quitamos partes yguales , las que quedan tambien son yguales . Y quando esto no entiendan de palabra , como en efeto no lo entienden , haseles de mostrar con las manos , y ponerse lo delante de los ojos , y aun con todo esto , no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de nuestra sacra Religion . Y este mismo termino , y modo me conuendrá usar contigo , porque el desseo que enti ha nacido , va tan descaminado , y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable , que me parece que
ha de

ha de ser tiempo mal gastado, el que ocupare en darte a entender tu simplicidad, que por aora no le quiero dar otro nombre, y aun estoy por dexarte en tu desafino, en pena de tu mal desseo: mas no me dexa usar deste rigor la amistad que te tengo, la qual no consiente que te dexes puesto en tan manifesto peligro de perderte. Y porque claro lo veas, dime Anselmo, tu no me has dicho que tengo de solicitar a vna retirada? persuadir a vna honesta? ofrecer a vna desinteresada? servir a vna prudente? Si que me lo has dicho. Pues si tu sabes que quieres muger retirada, honesta, desinteresada, y prudente, que buscas? Y si piensas que de todos mis assaltos ha de salir vencedora, como saldrá sin duda, que mejores titulos piensas darle despues, que los que aora tiene? ò que será mas despues de lo que es aora? O es que tu no la tienes por la que dizes, ò tu no sabes lo que pides. Sino la tienes por lo que dizes, para que quieras prouarla, sino como a mala, hazer della lo que mas te viniere en gusto? mas si es tan buena como crees, impertinente cosa será hazer experiencia de la misma verdad, pues despues de hecha se ha de quedar con la estimacion que primero tenia. Assi que es razon concludyente, que el intentar las cosas, de las quales antes no puede suceder daño que provecho, es de juyzios sin discurso, y temerarios: y mas quando quieren intentar aquellas a que no son forçados, ni compelidos, y que de muy lexos traen descubierto, que el intentarlas es manifesta locura. Las cosas dificultosas se intentan por Dios, ò por el mundo, ò por entrambos a dos: las que se acometen por Dios, son las que acometieron los santos, acometiendo a viuir vida de Angeles, en cuerpos humanos: las que se acometen por respeto del mundo son las de aquellos que pãssian tanta infinidad de agua, tanta diversidad de climas, tanta estrañeza de gètes, por adquirir
estos

Quarta parte de don

estos que llaman, bienes de fortuna. Y las que se intentan por Dios, y por el mundo juntamente son aquellas de los valerosos soldados, que a penas veen en el contrario muro abierto tanto espacio, quãto es el que pudo hazer vna redonda bala de artilleria, quando puesto a parte todo temor, sin hazer discurso, ni advertir al manifesto peligro que les amenaza, llevados en buelo de las alas del desseo de boluer por su fê, por su nacion, y por su Rey, se arrojan intrepidamente por la mitad de mil contrapuestas muertes que los esperan. Estas cosas son las que suelen intentarse, y es honra, gloria, y prouecho intentarlas, aunque tan llenas de inconuenientes, y peligros. Pero la que tu dizes, que quieres intentar; y poner por obra, ni te ha de alcançar gloria de Dios, bienes de la fortuna, ni fama con los hombres: porque puesto que salgas con ella como desseas, no has de quedar, ni mas vfano, ni mas rico, ni mas honrado que estás aora: y sino sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda: porque no te ha de aprouechar pensar entonces, que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque baxará para affligirte, y deshazerte, que la sepas tu mismo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero dezir vna estancia, que hizo el famoso Poeta Luys Tansilo, en el fin de su primera parte de las lagrimas de san Pedro, que dize asì.

Crece el dolor, y crece la verguença

*En Pedro quando el dia se ha mostrado,
Y aunque allí no vee à nadie, se auerguença
de si mismo, por ver que auia pecado:
Que a vn magnanimo pecho auer verguença,
No solo ha de mouerle el ser mirado*

Que

*Que de si se auerguença quando yerra,
Si bien otro no vee que cielo y tierra.*

Afsi, que no escusarás con el secreto tu dolor, antes tendrás que ilorar contino, sino lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del coraçõ, como las lloraua aquel simple Doçtor q̃ nuestro Poeta nos cuenta, q̃ hizo la prueua del vaso, que con mejor discurso se escusõ de hazerla el prudente Reynaldos: que puesto que aquello sea ficcion Poetica, tiene en si encerrados secretos morales, dignos de ser aduertidos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con lo que agora pienso dezirte, acabarás de venir en conocimiento del grandè error, que quieres cometer. Dime Anselmo, si el cielo, ó la suerte buena, te huiera hecho señor, y legitimo possessor de vn finissimo diamante, de cuya bondad, y quilates estuieffen satisfechos quantos lapidarios le vieffen, que todos a vna voz, y de comun parecer dixessen, que llegaua en quilates, bondad, y fineza, á quanto sé podia estender la naturaleza de tal piedra, y tu mismo lo creyesses afsi, sin saber otra cosa en contrario, seria justo que te viniessè en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre vn ayunque, y vn martillo, y alli a pura fuerça de gòlpes, y braços, prouar si es tan duro, y tan fino como dizen? y mas si lo pusiesses por obra: que puesto caso que la piedra hiziesse resistencia à tan necia prueua, no por esso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rompiefse, cosa que podria ser, no se perderia todo? Si por cierto, dexando a su dueño en estimacion de que todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finissimo diamante, afsi en tu estimacion, como en la agena, y que no es razon ponerla en contin-

X 5 gencia

Quarta parte de don.

gencia de que le quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir a mas valor del que aora tiene: y si faltasse, y no resistiessse, considera desde aora, qual quedaria sin ella, y con quanta razon te podrias quejar de ti mismo, por auer sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira que no ay joya en el mundo que tanto valga, como la muger casta, y honrada, y que todo el honor de las mugeres consiste en la opinion buena que dellas se tiene: y pues la de tu esposa es tal, que llega al estremo de bondad que sabes, para que quieres poner esta verdad en duda? Mira amigo, que la muger es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarços donde tropieça, y cayga, sino quitarcelos, y despejalle el camino de qualquier inconueniente, para que sin pesadumbre corra ligera à alcançar la perfeccion que le falta, que consiste en el ser virtuosa. Cuentan los naturales, que el Arminio es vn animalejo que tiene vna piel blanquissima, y que quando quieren caçarle los caçadores, vsan deste artificio, que sabiendo las partes por donde suele passar, y acudir, las arajan con lodo, y despues ojeandole, le encaminan hàzia aquel lugar, y alsicomo el Arminio llega al lodo, se està quèdo, y se dexa prèder, y cautiuar, a trueco de no passar por el cieno, y perder, y enfuziar su blancura, que la estima en mas que la libertad, y la vida. La honesta, y casta muger, es Arminio, y es mas que niue blanca, y limpia la virtud de la honestidad, y el que quisiere, que no la pierda, antes la guarde, y conserue, ha de vsar de otro estilo diferente que con el Arminio se tiene, porque no le han de poner delante el cieno de los regalos, y seruiçios de los importunos amantes, porque quiçà, y aun sin quiçà, no tiene tanta virtud, y fuerça natural, que pueda por si misma atropellar, y passar por aquellos embarços: y es necessario quitarcelos, y
poner-

ponerle delante la limpieça de la virtud, y la belleza que encierra en si la buena fama. Es afsi mismo la buena muger, como espejo de cristal luziente, y claro, pero esta fugero a empañarse, y escurecerse con qualquiera aliento que le toque. Hase de vsar con la honesta muger el estilo que con las reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Hase de guardar, y estimar la muger buena, como se guarda, y estima vn hermoso jardin que está lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no consiente, que nadie le pafsee, ni manosee, basta que desde lexos, y por entre las verjas de hierro gozen de su fragancia, y hermosura. Finalmente, quiero dezirte vnos versos q̄ se me han venido a la memoria, que los oí en vna comedia moderna, que me parece que hazen al proposito de lo que vamos tratando. Aconsejaua vn prudente viejo a otro padre de vna donzella, que la recogiesse, guardasse, y encerrasse, y entre otras razones le dixo estas.

*Es de vidro la muger,
 Pero no se ha de prouar,
 Si se puede, ò no quebrar,
 Porque todo podria ser.
 Y es mas facil el quebrarse,
 Y no es cordura penerse
 A peligro de romperse
 Lo que no puede soldarse.
 Y en esta opinion esten
 Todos, y en razon la fundo,
 Que si ay Danaes en el mundo,
 Ay plusias de oro tambien.*

Quarta parte de don

Quanto hasta aqui te he dicho, ò Anselmo, ha sido por lo que a tí te toca, y aora es bien que se oyga algo de lo q̄ a mi me conuiene: y si fuere largo, perdoname, q̄ todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretédes esto, sino q̄ procuras, que yo te la quite a tí. Que me la quieres quitar a mi, está claro, pues quando Camila vea q̄ yo la solicito, como me pides, cierto está, que me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intento, y hago vna cosa tan fuera de aquello que el ser quien soy, y tu amistad me obliga. De que quieres que te la quite a tí, no ay duda, porq̄ viendo Camila q̄ yo la solicito, ha de pensar que yo he visto en ella alguna liuiandad, que me dio atreuimiento a descubrirle mi mal desseo, y teniéndose por deshonrada te toca a tí, como a cosa suya, su misma deshonra. Y de aqui nace lo que comunmente se platica, que el marido de la muger adultera, puesto que el no lo sepa, ni aya dado ocasion, para que su muger no seala que deue, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo, y poco recato, estoruar su desgracia, con todo le llaman, y le nombran con nombre de vituperio, y baxo: y en cierta manera le miran, los que la maldad de su muger saben, con ojos de menosprecio, en cambio de mirarle cō los ojos de lastima, viendo que no por su culpa, sino por el gusto de su mala compañera está en aquella desuentura. Pero quiero te dezir la causa, porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque el no sepa que lo es, ni tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canfes de oyrme, que todo ha de redundar en tu provecho. Quando Dios crió a nuestro primero Padre en el Parayso terrenal, dize la diuina Escritura, que infundio Dios sueño en Adan, y que estando

dura

durmiendo le sacô vna costilla del lado siniestro, de la qual formò a nuestra madre Eua: y assi como Andan despertò, y la mirò, dixo: Esta es carne de mi carne, y hueffo de mis hueffos. Y Dios dixo: Por esta dexara el hombre a su padre, y madre, y seràn dos en vna carne misma. Y entonces fue instituydo el diuino Sacramento del Matrimonio con tales lazos, que sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerça, y virtud este milagroso Sacramento, que haze que dos diferentes personas, sean vna misma carne: y aun haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almàs, no tienen mas de vna voluntad. Y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea vna misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, ô los defetos que se procurã, redundan en la carne del marido; aunque el no ayadado, como queda dicho, ocasion parã aquel daño. Porque assi como el dolor del pie, ó de qualquier miembro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo; por ser todo de vna carne misma: y la cabeça siente el daño del touillo, sin que ella se le aya causado. Assi el marido es participante de la deshonor de la muger, por ser vna misma cosa con ella. Y como las honras, y deshonoras del mundo, sean todas, y nazcan de carne, y sangre, y las de la muger mala sean deste genero, es forçoso, que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonorado, sin que el lo sepa. Mira pues, ô Anselmo, al peligro que te pones, en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive. Mira por quan vana, è impertinète curiosidad, quieres reboluer los humores que aora estan sossegados en el pecho de tu casta esposa. Aduierte, que lo que aventuras a ganar, es poco, y que lo que perderàs serà tanto, que lo dexarè en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo quanto he dicho no basta à mouerte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instru-

Quarta parte de don

instrumento de tu deshonor, y desventura, que yo no pienso serlo, aunque por ello pierda tu amistad; que es la mayor perdida que imaginar puedo. Callò en diciendo esto, el virtuoso, y prudente Lotario, y Anselmo quedó tan confuso, y pensatiuo, que por vn buen espacio no le pudo responder palabra, pero en fin le dixo: Con la atencion que has visto he escuchado, Lotario amigo, quanto has querido dezirme, y en tus razones, exemplos, y comparaciones, he visto la mucha discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad que alcanças: y así mismo veo, y confieso, que fino sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Profupuesto esto, has de considerar, que yo padezco agora la enfermedad q̄ suelen tener algunas mugeres, q̄ se les antoja comer tierra, y yesso, carbon, y otras cosas peores, aun asquerosas para mirarse, quanto mas para comerse así que es menester vfar de algun artificio para que yo sane, y esto se podia hazer cō facilidad, solo con que comiences, aunque tibia, y fingidamente, a solicitar a Camila, la qual no ha de ser tan tierna, que a los primeros encuentros dè con su honestidad por tierra, y con solo este principio quedarè contento, y tu auràs cūplido con lo que deues a nuestra amistad; no solamente dandome la vida, sino persuadiendome de no verme sin honra. Y estàs obligado à hazer esto, por vna razon sola, y es, que estando yo, como estoy determinado, de poner en pratica esta prueua, no has tu de consentir que yo dè cuenta de mi desatino a otra persona, cō que pondria en auentura el honor que tu procuras que no pierda: y quando el tuyo no estè en el punto que deue en la intencion de Camila, entanto que la solicitares, importa poco, ò nada, pues con breuedad, viendo ella la entereza que esperamos, le podràs dezir la pura verdad de nuestro artificio, con que boluerà tu credito al ser primero. Y pues
tan

tan poco aventuras, y tanto contento me puedes dar auenturandote, no lo dexes de hazer, aunque mas incōuenientes se te pongan delante, pues como ya he dicho con solo que comiences darê por concluyda la causa. Viendo Lotario la resoluta voluntad de Anselmo, y no sabiendo que mas exemplos traerle, ni que mas razones mostrarle para que no las siguiesse: y viendo q̄ le amenzauâ que daria à otro cuenta de su mal desseo, por cuijar mayor mal, determinô de contentarle, y hazer lo q̄ le pedia con proposito, è intenciõ de guiâr aquel negocio de modo, que sin alterar los pensamientos de Camila quedasse Anselmo satisfecho, y assi le respondio, que no comunicasse su pensamiento con otro alguno, q̄ el romaua à su cargo aquella empresa, la qual comêçaria quando a el le diesse mas gusto. Abraçole Anselmo, tierna, y amorosamente, y agradeciole su ofrecimiento, como si alguna grande merced le huiera hecho, y quedaron de acuerdo entre los dos, q̄ desde otro dia siguiente se començasse la obra, que el le daria lugar, y tiempo como a sus solas pudiesse hablar a Camila, y assi mismo le daria dineros, y joyas q̄ daria, y que ofrecerla. Aconsejole, q̄ le diesse musicas, que escriuiesse versos en su alabança, y que quando el no quisiesse tomar trabajo de hazerlos, el mismo los haria. A todo se ofrecio Lotario, bien con diferente intencion que Anselmo pensaua: y con este acuerdo se boluieron a casa de Anselmo, donde hallaron a Camila cõ ansia, y cuydado, esperando a su esposo, porque aquel dia tardaua en venir mas de lo acostumbraido. Fuefse Lotario a su casa, y Anselmo quedô en la suya, tan contento, como Lotario fue pensatiuo, no sabiendo, que traxadar para salir bien de aquel impertinente negocio. Pero aquella noche pensô el modo que tendria para enganâr à Anselmo, sin ofender a Camila: y otro dia vino a comer con su amigo, y fue biê recibido de Camila, la qual

Quarta parte de don

la qual le recebia, y regalaua con mucha voluntad, por entender la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, leuataron los manteles, y Anselmo dixo a Lotario, que se quedasse alli con Camila, en tanto que el yua à vn negocio forçoso, que dentro de hora y media bolueria. Rogole Càmila que no se fuesse, y Lotario se ofrecio à hazerle compañía, mas nada aprouechó cõ Anselmo, antes importunò a Lotario, que se quedasse, y le aguardasse, porque tenia que tratar cõ el vna cosa de mucha importancia. Dixo tambien a Camila, que no dexasse solo a Lotario, en tãto que el boluiesse. En efeto el supo tãbien fingir la necesidad, ò necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuesse Anselmo, y quedaron solos a la mesa Camila, y Lotario, porq̃ la demas gente de casa, toda se auia ydo a comer. Viose Lotario puesto en la estacada que su amigo dessea: y con el enemigo delante, que pudiera vencer con sola su hermosura à vn esquadron de caualleros armados: mirad si era razon que le temiera Lotario? Pero lo que hizo, fue poner el codo sobre el braço de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon a Camila del mal comedimiento, dixo que queria reposar vn poco en tanto que Anselmo boluia. Camila le respondió, que mejor reposaria en el estrado, q̃ en la silla, y asì le rogò se entrasse a dormir en el. No quiso Lotario, y alli se quedó dormido, hasta que boluio Anselmo: el qual como hallò a Camila en su aposento, y a Lotario durmiendo, creyò que como se auia tardado tanto, ya aurian tenido los dos lugar para hablar, y aun para dormir, y no vio la hora en que Lotario despertasse, para boluerse con el fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedio como el quiso. Lotario despertò, y luego salieron los dos de casa, y asì le preguntò lo que dessea: y le respondió Lotario, que no le auia parecido ser bien que la
primera

primera vez se descubrieffe del todo, y afsi no auia hecho otra cosa, que alabar a Camila de hermosa, dizien-
dole, que en toda la Ciudad no se trataua de otra cosa, q̄
de su hermosura, y discrecion, y que este le auia pareci-
do buen principio para entrar ganando la voluntad, y dif-
poniendola à que otra vez le escuchasse con gusto: vsan-
do en esto del artificio que el demonio vsa quando quie-
re engañar à alguno, que esta puesto en atalaya de mirar
por si, que se transformã en Angel de luz, siendolo el de
tinieblas, y poniendole delante apariencias buenas, al ca-
bo descubre quien es, y sale con su intencion, si à los prin-
cipios no es descubierro su engaño. Todo esto le conté-
tò mucho à Anselmo, y dixo, que cada dia daria el mis-
mo lugar, aunque no salieffe de casa, porque en ella se
ocuparia en cosas que Camila no pudiesse venir en cono-
cimiento de su artificio. Sucedió pues, que se passaron
muchos dias que sin dezir Lotario palabra a Camila, res-
pondia à Anselmo, que la hablaua, y jamas podia sacar
della vna pequeña muestra de venir en ninguna cosa q̄
mala fuesse, ni aun dar vna señal de sombra de esperãça:
antes dezia que le amenazaua, que si de aquel mal pensa-
miento no se quitaua, que lo auia de dezir à su esposo.
Bien estã, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila
à las pãlabras, es menester ver, como resiste à las obras,
yo os darẽ mañana dos mil escudos de oro, para que se
los ofrezcays, y aun se los deys: y otros tantos para que
compreys joyas con que ceuarla; que las mugeres suelẽ
ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas q̄
sean, à esto de traerse bien, y andar galanas: y si ella re-
siste a esta tentacion, yo quedarẽ satisfecho; y no os da-
rẽ mas pesadumbre. Lotario respondió, que ya que auia
començado, que el llevaria hasta el fin aquella empresa,
puesto que entendia salir della cansado y vencido. Otro
dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro

Quarta parte de don

mil confusiones, porque no sabia que dezirse para mentir de nueuo, pero en efeto determinò de dezirle, q̄ Camila estaua tan entera à las dadiuas, y promessas, como à las palabras, y que no auia para que cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaua en balde. Pero la fuerte q̄ las cosas guiaua de otra manera, ordenò, que auiendo dexado Anselmo solos, à Lotario, y à Camila, como otras vezes solia, el se encerrò en vn aposento, y por los agujeros de la cerradura estuuo mirando, y escuchando lo que los dos tratauan, y vio que en mas de media hora Lotario no hablò palabra à Camila, ni se la hablàra, si alli estuuiera vn siglo. Y cayò en la cuenta, de que quanto su amigo le auia dicho de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si esto era ansi, salio del aposento, y llamando a Lotario à parte, le preguntò, que nuevas auia, y de que temple estaua Camila? Lotario le respondió, que no pensaua mas darle puntada en aquel negocio, porque respondia tan aspera, y desfabridamente, que no tendria animo para boluer à dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo, Lotario, Lotario, y quan mal correspondes à lo que me deues, y à lo mucho que de ti confio. Agora te he estado mirando, por el lugar que concede la entrada desta llauue, y he visto que no has dicho palabra a Camila. Por donde me doy a entender, que aun las primeras le tienes por dezir: y si esto es assi, como sin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria, los medios que yo podria hallar para conseguir mi desseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo que auia dicho, para dexar corrido, y confuso a Lotario. El qual casi como tomando por punto de honra, el auer sido hallado en mentira, jurò a Anselmo, que desde aquel momento, tomaua tan a su cargo el contencalle, y no mentille, qual lo veria, si con curiosidad lo espiaua: quanto mas, que no seria menester vsar de ningun

na diligencia, porque la que el pensaua poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha, Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobrefaltada, determinò de hazer ausencia de su casa, por ocho dias, yendose à la de vn amigo suyo, que estaua en vna aldea, no lexos de la Ciudad. Con el qual amigo cócertò, que le embiasse a llamar con muchas veras, para tener ocasion có Camila, de su partida. Desdichado, y mal aduertido de ti Anselmo, que es lo que hazes? que es lo que traças? que es lo que ordenas? Mira, que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonra, y ordenando tu perdiciò. Buena es tu esposa Camila, quieta, y sossegadamente la posees, nadie sobrefalta tu gusto, sus pensamientos no salen de las paredes de su casa, tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya, y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad, y recogimiento, te da sin ningun trabajo, toda la riqueza que tiene, y tu puedes desfiar, para que quieres ahondar la tierra, y buscar nuevas vetas, de nueuo, y nunca visto tesoro, poniendote a peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustentaba sobre los debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue. Como lo dixo mejor vn Poeta diciendo.

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el trayder lealdad.

Quarta parte de don

Pero mi suerte de quien

jamás espero algún bien,

Con el cielo ha estatuydo,

Que pues lo imposible pido,

Lo posible aun no me den.

Fuésse otro día Anselmo á la aldea, dexando dicho á Camila, que el tiempo que el estuviésse ausente, vendria Lotario á mirar por su casa, y á comer có ella, q̄ tuviésse cuydado de tratalle como á su misma persona. Afligióse Camila, como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaua: y dixole que aduirtiesse, q̄ no estaua bien, que nadie, el ausente, ocupasse la silla de su mesa, y que si lo hazia por no tener confianza, que ella sabria gouernar su casa, que prouasse por aquella vez, y veria por experiéncia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicó, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça, y obedecelle. Camila dixo, que así lo haria, aunque contra su voluntad. Partióse Anselmo, y otro día vino a su casa Lotario, donde fue recebido de Camila con amoroso, y honesto acogimiento. La qual jamás se puso en parte, donde Lotario la viesse a solas, porque siempre andaua rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de vna donzella suya, llamada Leonela, a quié ella mucho queria, por auerse criada desde niñas las dos juntas, en casa de los padres de Camila, y quando se casó con Anselmo, la truxo consigo. En los tres días primeros, nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera, quando se levantauan los manteles, y la gente se yua á comer có mucha priésa, porque así se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia orden Leonela, que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamás se quitasse: mas ella, que en otras cosas de

de su gusto tenia puesto el pensamiento, y auia menester aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de su señora, antes los dexaua solos, como si aquello le huuierã mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, la compostura de su persona, era tanta, que ponía freno a la lengua de Lotario. Pero el prouecho que las muchas virtudes de Camila hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundô mas en daño de los dos. Porque si la lengua callaua, el pensamiento discurria, y tenia lugar de contemplar parte por parte todos los estremos de bondad, y de hermosura que Camila tenia, bastantes a enamorar â vna estatua de marmol, no vn coraçon de carne. Miraua Lotario en el lugar, y espacio que auia de hablarla, y con sideraua, quan digna era de ser amada: y esta consideracion començò poco a poco â dar assalto a los respetos que a Anselmo tenia, y mil vezes quiso ausentarse de la Ciudad, y yrse donde jamas Anselmo le viesse a el, ni el viesse a Camila: mas ya le hazia impêdimento, y de tenia el gusto que hallaua en mirarla. Hazia se fuerça, y peleaua consigo mismo, por desechar, y no sentir el contento, que le lleuaua a mirar a Camila. Culpauase a solas de su desafino, llamauase mal amigo, y aun mal Cristiano. Hazia discursos, y comparaciones entre el, y Anselmo, y todos parauan en dezir, que mas auia sido la locura, y confiança de Anselmo, que su poca fidelidad. Y que si así tuuiera disculpa para con Dios, como para cõ los hombres, de lo que pensaua hazer, que no temiera pena por su culpa. En efeto, la hermosura, y la bondad de Camila, juntamente con la ocasion que el ignorante marido le auia puesto en las manos, dieron con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar a otra cosa, que aquella a que su gusto le inclinaua, alcabo de tres dias de la ausen-

Quarta parte de don

cia de Anselmo, en los quales estuuo en continua batalla, por resistir â sus desseos, començò a requebrar a Camila con tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que Camila quedò suspensa, y no hizo otra cosa, que leuante de donde estaua, y entrarse en su aposento, sin respondelle palabra alguna. Mas no por esta sequedad, se desmayò en Lotario la esperança, que siempre nace juntamente con el amor, antes tuuo en mas a Camila. La qual auiedo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hazerse. Y pareciendole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar, â que otra vez la hablasse, determinò de embiar aquèlla misma noche, como lo hizo a vn criado suyo con vn villete a Anselmo, donde le escriuio estas razones.

Cap. XXXIII. Donde se prosigue la nouela del curioso impertinente.



SSI como suele dezirse, que parece mal el exercito sin su General, y el castillo sin su Castellano. Digo yo, que parece muy peor la muger casada, y moça, sin su marido, quando justissimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan impossibilitada, de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me aure de yr â entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra. Porque la que me dexastes, si es que quedò con tal titulo, creo que mira mas por su gusto, que por lo que a vos os toca, y pues soys discreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta casta recibio Anselmo, y entendio por ella, que Lotario auia ya començado la empresa, y que Camila deuia de auer respondido como el desseaua. Y alegre sobre

bre manera de tales nuevas, respondió a Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa en modo ninguno, porque el bolueria con mucha breuedad. Admirada quedó Camila de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusión que primero, porque ni se atreuia à estar en su casa, ni menos yrse a la de sus padres. Porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la yda yua contra el mandamiento de su esposo. En fin se resolvió en lo que le estuuó peor, que fue, en el quedarse, con determinación de no huir la presencia de Lotario, por no dar que dezir à sus criados, y ya le pesaua de auer escrito, lo que escriuió a su esposo, temerosa de que no pensasse, que Lotario auia visto en ella alguna defemboltura; que le huuiesse mouido a no guardalle el decoro que deuia. Pero fiada en su bondad, se fío en Dios, y en su buen pensamiento, con que pensaua resistir callando, a todo aquello que Lotario dezirle quisiessse, sin dar mas cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo. Y aun andaua buscando manera como disculpar à Lotario con Anselmo, quando le preguntasse la ocasión, que le auia mouido a escribirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados que acertados, ni provechosos, estuuó otro dia escuchando a Lotario, el qual cargó la mano de manera, que comenzó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuuo harto que hazer en acudir a los ojos, para q̄ no diesen muestra de alguna amorosa compasión, que las lagrimas, y las razones de Lotario en su pecho auian despertado. Todo esto notaua Lotario, y todo le encendia. Finalmente a el le pareció, que era menester en el espacio, y lugar, que daua la ausencia de Anselmo, apretar el cerco à aquella fortaleza. Y así acometió a su pretensión, con las alabanzas de su hermosura, porque no ay cosa q̄ mas presto rinda, y allane las encastilladas torres de la va-

Quarta parte de don

nidad de las hermosas que la misma vanidad, puesta en las lenguas de la adulacion. En efeto, el con toda diligencia minò la roca de su entereza. cõ tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viniera al suelo. Lloro, rogò, ofreciò, adulò, porfiò, y fingio Lotario, con tantos sentimientos, con muestras de tantas veras, que dio al traues con el recato de Camila, y vino a triunfar de lo que menos se pensaua, y mas desseaua. Rindióse Camila, Camila se rindio; pero que mucho, si la amistad de Lotario no quedò en pie? Exemplo claro, que nos muestra, que solo se vence la passion amorosa, con huylla, y que nadie se ha de poner abraços con tan poderoso enemigo. Porque es menester fuerças diuinas, para vencer las suyas humanas. Solo supo Leonela la flaqueza de su señora, porque no se la pudieron encubrir, los dos malos amigos, y nueuõs amantes. No quiso Lotario dezir a Camila la pretension de Anselmo, ni que elle auia dado lugar, para llegar à aquel punto. Porque no tuuiesse en menos su amor, y pensasse que assi a caso, y sin pensar, y no de proposito, la auia solicitado. Boluio de alli a pocos dias Anselmo a su casa, y no echo de verlo que falraua en ella, que era lo que en menos tenia, y mas estimaua. Fuese luego a ver à Lotario, y hallole en su casa, abraçaronse los dos, y el vno preguntò por las nueuas de su vida, o de su muerte. Las nueuas que te podrê dar, o amigo Anselmo, dixo Lotario son de que tienes vna muger, que dignamente puede ser exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que te he dicho, se las ha lleuado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadiuas no se han admitido, de algunas lagrîmas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resoluciõ, assi como Camila es cifra de toda belleza, es archiuo donde asiste la honestidad, y viue el comedimento, y el recato, y todas las virtudes que pueden

den hazer loable, y bien afortunada a vna honrada muger. Buelue a tomar tus dineros amigo, que aqui los tengo, sin auer tenido necesidad de tocar a ellos, que la entereza de Camila, no se rinde a cosas tan baxas, como son dadiuas, ni promeſſas. Contentate Anselmo, y no quieras hazer mas prueuas de las hechas. Y pues a pie enxuto has paſſado el mar de las dificultades, y ſoſpechas, que de las mugeres ſuelen, y pueden tenerſe, no quieras entrar de nueuo en el profundo pielago, de nueuos inconuenientes, ni quieras hazer experiencia con otro piloto, de la bondad, y fortaleza del nauio que el cielo te dio en fuerte, para que en el paſſaſſes la mar deſte mundo. Si no haz cuenta que eſtàs ya en ſeguro puerto, y aferrate con las ancoras de la buena còſideracion, y dexate eſtar haſta que te vengan a pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, que de pagarla ſe eſcuſe. Contentiſſimo quedò Anſelmo, de las razones de Lotario, y aſi ſe las créyo, como ſi fueran dichas por algun Oraculo. Pero con todo eſſo le rogò, que no dexaſſe la empreſa, aunque no fueſſe mas de por curiosidad, y entretenimiento, aunque no ſe aprouechaſſe de alli adelante de tan ahincadas diligencias, como haſta entonces. Y que ſolo queria, q̄ le eſcriuielſe algunos verſos en ſu alabança, debaxo del nombre de Clori, porque el le darìa à entender a Camila, que andaua enamorado de vna dama, a quien le auia pueſto aquel nombre, por poder celebrarla, con el decoro que a ſu honeſtidad ſe le deuia. ¡Y que quando Lotario no quiſiera tomar trabajo de eſcribir los verſos, q̄ el los harìa. No ſera menelſter eſſo, dixo Lotario, pues no me ſon tan ènemiigas las muſas, que algunos ratos del año no me viſiten. Dile tu a Camila lo q̄ has dicho del fingimiento de mis amores, que los verſos yo los harè, ſino tan buenos como el ſugeto merece, ſeran por lo me nos los mejores que yo pudiere. Quedaron deſte acuer

do,

Quarta parte de don

do el impertinente, y el traydor amigo. Y buelto Lotario à su casa, preguntó a Camila, lo que ella ya se marauillaua, que no se lo huuiesse preguntado. Que fue, que le dixesse la ocasion porque le auia escrito el papel que le embiò. Camila le respondió, que le auia parecido, que Lotario la miraua vn poco mas desembueltamente, que quando el estaua en casa. Pero que ya estaua defengañada, y creya que auia sido imaginacion suya, porque ya Lotario huya de vella, y de estar con ella a solas. Dixo le Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porque el sabia que Lotario andaua enamorado de vna donzella principal de la Ciudad, a quien el celebraua debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuiera, no auia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrambos. Y à no estar auisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y que el se lo auia dicho a Anselmo, por poder ocupar algunos ratos en las mismas alabaças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya aduertida, y passò aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia, estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo a Lotario, dixesse alguna cosa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo que quisiessse. Aunque la conóciera, respondió Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa a su dama de hermosa, y la nota de cruel, ningun oprobrio haze a su buen credito. Pero sea lo que fuere. lo q̄ se dezir, que ayer hize vn Soneto à la ingratitud desta Clori, que dize así.

(:?:)

S O N E T O.

EN el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño a los mortales
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo, y á mi Clori dando.
Y al tiempo quando el Sol se va mostrando
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros, y acentos desiguales
Voy la antigua querella renovando.
Y quando el Sol de su estrellado asiento
Derechos rayos à la tierra embia,
El llanto crece, y doblò los gemidos.
Buelue la noche, y bueluo al triste cuento,
Y siempre h'allo en mi mortal porfia,
Al cielo serdo, à Clori sin oydos.

Bien le pareció el Soneto a Camila, pero mejor a Anselmo; pues le alabò, y dixo que era demasidamente cruenta dama, que a tan claras verdades no correspondia. A lo que dixo Camila: Luego todo aquello que los Poetas enamorados dizen, es verdad? En quanto Poetas nõ la dizen, respondió Lotario, mas en quãto enamorados siempre quedan tan cortos, como verdaderos. No ay duda desso, replicò Anselmo, todo por apoyar, y acreditar los pensamientos de Lotario con Camila, tan descuydada del artificio de Anselmo, como ya enamorada de Lotario. Y asì con el gusto que de sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido, q sus desleos, y escritos, à
ella

Quarta parte de don

ella se encaminauan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò, que si otro Soneto, o otros versos sabia, los dixesse? Si se, respondió Lotario, pero no creo que es tan bueno como el primero, o por mejor dezir, menos malo. Y podreyslo bien juzgar, pues es este.

S O N E T O .

*Y O se que muero , y si no soy creydo ,
Es mas cierto el morir , como es mas cierto ,
Verme à tus pies , o bella ingrata muerto ,
Antes que de adorarte arrepentido .
Podrè yo verme en la region de oluido ,
De vida , y gloria , y de favor de fiero ,
Y alli verse podra en mi pecho abierto ,
Como tu hermoso rostro està esculpido .
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance , que me amenaza mi porfia ,
Que en su mismo rigor se fortalece .
Ay de aquel que nauega el cielo escuro ,
Por mar no usado , y peligrosa via ,
Adonde Norte , o puerto no se ofrece .*

Tambien alabò este segundo Soneto Anselmo como auia hecho el primero, y desta manera yua añadiendo eslabon, a eslabon à la cadena, con que se enlazaua, y traua ua su deshonna, pues quando mas Lotario le deshonna ua, entonces le dezia que estaua mas honrado. Y con esto, todos los escalones que Camila baxaua hàzia el centro de su menosprecio, los subia en la opinion de su marido, hàzia la cumbre de la virtud, y de su buena fama. Succedio

cedio en esto, que hallandose vna vez entre otras sola Camila con su donzella, le dixo: Corrida estoy, amiga Leonela, de ver en quan poco he sabido estimarme, pues si quiera no hize, que con el tiempo comprara Lotario la entera possession, que le di tan presto de mi volûtad. Temo q̄ ha ð defestimar mi presteza, o ligereza, sin que eche de ver la fuerça que el me hizo, para no poder resistirle. No te de pena esso señora mia, respondió Leonela, que no está la monta, ni es causa para mengua, la estimacion, darse lo que se da presto, si en efeto lo que se da es bueno, y ello por si digno de estimarse. Y aun suele de zirse, que el que luego dà, da dos vezes. Tambien se suele dezir, dixo Camila, que lo que cuesta poco, se estima en menos. No corre por ti essa razon, respondió Leonela, porque el amor, segun he oydo dezir, vnas vezes buela, y otras anda, con este corre, y con aquel va despacio, â vnos entibia, y â otros abraza, â vnos hiere, y â otros mata. En vn mismo punto comiença la carrera de sus deseos, y en aquel mismo punto la acaba, y concluye. Por la mañana suele poner el cerco â vna fortaleza, y â la noche la tiene rendida, porque no ay fuerça que le resista. Y siendo assi, de que te espantas, o de que temes, si lo mismo deue de auer acontecido a Lotario, auiendo tomado el amor por instrumento de rendirnos la ausencia de mi señor? Y era forçoso que en ella se concluyesse lo que el amor tenia determinado, sin dar tiempo al tiempo, para que Anselmo le tuuiesse de boluer, y con su presencia quedasse imperfecta la obra? Porque el amor no tiene otro mejor ministro, para executar lo que desea, que es la ocasion: de la ocasion se sirve en todos sus hechos, principalmente en los principios. Todo esto se yo muy bien mas de experiencia, que de oydas: y algun dia te lo dire señora, que yo tâbien soy de carne, y de sangre moça. Quanto mas señora Camila, que no te entregaste, ni
diste

Quarta parte de don

diste tan luego, que primero no huuieses visto en los ojos, en los suspiros, en las razones, y en las promessas, y dadiuas de Lotario toda su alma, viendo en ella, y en sus virrudes, quan digno era Lotario de ser amado. Pues si esto es ansi, no te affalten la imaginacion estos escrupulosos, y melindrosos pensamientos, sino asegurate, que Lotario te estima, como tu le estimas a el, y viue cō contento, y satisfacion, de que ya que cayste en el lazo amoroso, es el que te aprieta de valor, y de estima. Y q̄ no solo tiene las quatro. SS. que dizen que han de tener los buenos enamorados, sino todo vn A. b. c. entero: sino escuchame, y veras tomò te lo digo de coro. El es segū yo veo, y à mi me parece, agradecido, bueno, cauallero, dadiuoso, enamorado, firme, gallardò, honrado, illustre, leal, moço, noble, honesto, principal, quantioso, rico: y las. SS. que dizen. Y luego, tacito, verdadero. La X. no le quadra, porque es letra aspera. La Y. ya esta dicha. La Z, zelador de tu honra. Riòse Camila del A. b. c. de su donzella, y tuuola por mas platica en las cosas de amor, que ella dezia. Y assi lo confessò ella, descubriendo a Camila, como trataua amores con vn mancebo biē nacido de la misma Ciudad. De lo qual se turbò Camila, temiendo que era aquel camino por donde su honra podia correr riesgo. Apuro la, si passauan sus platicas a mas que serlo. Ella con poca verguença, y mucha desemboltura, le respondió, q̄ si passauan. Porque es cosa ya cierta, que los descuydos de las señoras quitan la verguença à las criadas, las quales quando ven a las amas, echar tras pies, no se les da nada a ellas, de coxear, ni de que lo sepan. No pudo hazer otra cosa Camila, sino rogar à Leonela, no dixesse nada de su hecho, al que dezia ser su amante, y que trataffe sus cosas con secreto, porque no viniessen a noticia de Anselmo, ni de Lotario. Leonela respondió, que assi lo haria, mas cumpliolo de manera, que

que hizo cierto el temor de Camila, de que por ella auia de perder su credito. Porque la deshonesta, y atreuida Leonela, despues que vio, que el proceder de su ama no era el que solia, atreuioffe a entrar, y poner dentro de casa â su amante, confiada que aũque su señora le viesse, no auia de osar descubrille. Que este daño acarrean entre otros, los pecados de las señoras, que se hazen esclauas de sus mismas criadas, y se obligan â encubrirles sus deshonestidades, y vilezas, como acontecio con Camila. Que aunque vio vna, y muchas vezes, que su Leonela estaua con su galan en vn aposento de su casa, no solo no la osaua reñir, mas dauale lugar a que lo encerrasse, y quitauale todos los estoruos, para que no fuesse visto de su marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le viesse vna vez salir, al romper del alua. El qual sin conocer quien era, pensò primero que deuia de ser alguna fantasma. Mas quando le vio caminar, emboçarse, y encubrirse con cuydado, y recato, cayò de su simple pensamiento, y diò en otro, que fuera la perdicion de todos, si Camila no lo remediara. Pensò Lotario, que aquel hombre que auia visto salir tan â deshora de casa de Anselmo, no auia entrado en ella por Leonela, ni aun se acordò si Leonela era en el mundo. Solo creyò que Camila, de la misma manera que auia sido facil, y ligera cò el, lo era para otro, que estas añadiduras trae consigo la maldad de la muger mala, que pierde el credito de su honra, con el mismo a quien se entregò rogada, y persuadida. Y cree que con mayor facilidad se entrega a otros, y da infalible credito a qualquiera sospecha que desto le venga. Y no parece, sino que le faltò a Lotario en este punto todo su buen entendimiento, y se le fueron de la memoria todos sus aduertidos discursos. Pues sin hazer alguno que bueno fuesse, ni aun razonable sin mas, ni mas, antes que Anselmo se leuantasse im-

Quarta parte de don

se impaciente, y ciego de la zelosa rabia, que las entrañas le roía, muriendo por vengarse de Camila, que en ninguna cosa le auia ofendido, se fue a Anselmo, y le dixo: Sabete Anselmo, que ha muchos dias que he andado peleando conmigo mismo, haziendome fuerça, à no dezirte lo que ya no es posible, ni justo, que mas te encubra. Sabete que la fortaleza de Camila, esta ya rendida, y sugeta a todo aquello que yo quisiere hazer della, y si he tardado en descubrirte esta verdad, ha sido por ver si era algun liuiano antojo suyo, o si lo hazia por prouarme, y ver si eran con proposito firme tratados los amores que con tu licencia con ella he comenzado. Creî ansi mismo, que ella si fuera la que deuia, y la que entrâbos pensauamos, yate huuiera dado cuenta de mi sollicitud. Pero auiendo visto que se tarda, conozco, que son verdaderas las promessas q̄ me ha dado, de que quando otra vez hagas ausencia de tu casa, me hablarà en la recamara, dó de està el repuesto de tus alhajas, (y era la verdad, q̄ alli le solia hablar Camila,) y no quiero que precipitosamente corras à hazer alguna vengança, pues no està aun cometido el pecado sino con pensamiento, y podria ser, q̄ deste, hasta el tiempo de ponerle por obra, se mudasse el de Camila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento. Y assi ya que en todo, o en parte has seguido siempre mis consejos, sigue, y guarda vno que aora te dirê, para que sin engaño, y con medroso aduertimiento te satisfagas de aquello que mas vieres que te conuenga. Finge q̄ te ausentas por dos, o tres dias, como otras vezes fuerdes, y haz de manera que te quedes escondido en tu recamara, pues los tapizes que alli ay, y otras cosas con que te puedas encubrir, te ofrecen mucha comodidad, y entonces veras por tus mismos ojos, y yo por los mios, lo que Camila quiere: y si fuere la maldad que se puede temer antes que esperar, con silencio, sagacidad, y discrecion

cion podràs ser el verdugo de tu agrauio. Abfarto, fufpenfo, y admirado quedò Anfelmo, con las razones de Lotario, porque le cogieron en tiempo, donde menos las efperaua oyr, porque ya tenia à Camila por vencedora de los fingidos affaltos de Lotario, y començaua à gozar la gloria del vencimiento. Callàdo eftuvo por vn buen efpaçio mirando al fuelo fin mouer peftaña, y alcabo dixo: Tu lo has hecho Lotario, como yo efperaua de tu amiftad, en todo he de feeguir tu confejo, haz lo que quifieres, y guarda aquel feçreto, que ves que conuiene en cafo tan no penfado. Prometio fe lo Lotario, y en apartandofe del, fe arrepintio totalmente de quanto le auia dicho, viendo quã neciamente auia andado, pues pudiera el vengarfe de Camila, y no por camino tan cruel, y tan deshonorado. Maldezia fu entendimiento, afeaua fu ligera determinacion, y no fabia que medio tomarfe para deshazer lo hecho, ò para dalle alguna razonable falida. Al fin acordò de dar cuenta de todo a Camila, y como no faltaua lugar para poderlo hazer, aquel mifmo dia la hallò fola: y alli afsi como vio que la podia hablar, le dixo: Sabed amigo Lotario que tengo vna pena en el coraçon, que me le aprieta de fuerte, que parece que quiere rebentar en el pecho, y ha de fer marauilla, fino lo haze. Pues ha llegado la defuerguença de Leonela à tanto, que cada noçe encierra à vn galan fuyo en efta cafa, y fe eftà con el hafta el dia, tan acofta de mi credito, quãto le quedará campo abierto de juzgarlo al que le viere falir a horas tan inefitadas de mi cafa, y lo que me fatiga es que no la puedo caftigar, ni reñir: que el fer ella feçretario de nueftros tratòs me ha puefto vn freno en la boca, para callar los fuyos, y temo que de aqui ha de nacer algun mal fueçfo. Al principio que Camila efto dezia, creyò Lotario que era artificio para defmentille, que el hombre que auia visto falir era de

Quarta parte de don

Leonela, y no fuyo: pero viendo la llorar, y affigirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyendola acabò de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo estò respondió a Camila, que no tuuiesse pena, que el ordenaria remedio para atajar la insolécia de Leonela. Dixole assi mismo lo que instigado de la furiosa rabia de los zelos auia dicho à Anselmo, y como estaua concertado de esconderse en la recamara para ver desde alli a la clara la poca lealtad, que ella le guardaua: Pidióle perdon desta locura, y consejo para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le auia puesto. Espantada quedò Camila de oyr lo que Lotario le dezia, y con mucho enojo, y muchas, y discretas razones le riñò, y aseò su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que auia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon: puesto que le va faltando, quando de proposito se pone à hazer discursos, luego al instante hallò Camila el modo de remediar tan al parecer inremediable negocio, y dixo a Lotario que procurasse que otro dia se escondiesse Anselmo donde dezia, porque ella pensaua sacar de su escondimiento comodidad, para que desde alli en adelante los dos se gozassen sin sobresalto alguno: y sin declararle del todo su pensamiento le advertio, que tuuiesse cuidado q̄ estando Anselmo escondido, el viniessse quando Leonela le llamasse, y q̄ a quanto ella le dixesse, le respõdiesse, como respondiera; aunque no supiera que Anselmo le escuchaua. Porfiò Lotario, q̄ le acabasse de declarar su intencion, porque con mas seguridad, y auiso guardasse todo lo que viesse ser necessario. Digo, dixo Camila, que no ay mas q̄ aguardar, sino fuere responderme como yo os preguntare. No queriendo Camila darle antes cuèta de lo que pensaua hazer, temerosa q̄ no quiesse seguir el

el parecer que a ella tan bueno le parecia, y siguiesse, ô buscasse otros, que no podrian ser tan buenos. Con esto se fué Lotario, y Anselmo otro dia, con la éscusa de yr a aquella aldea de su amigo se partio, y boluio a esconderse, que lo pudo hazer con comodidad, porq̄ de industria se la dieron Camila y Leonela. Escōdido pues Anselmo con aquel sobrefalto que se puede imaginār, que tēdria el que esperaua ver por sus ojos hazer notomia de las entrañas de su honra, yuase a pique de perder el fumo bien, q̄ el pensaua q̄ tenia en su querida Camila. Seguras ya, y ciertas Camila, y Leonela, q̄ Anselmo estaua escōdido, entraron en la recámara: y apenas huuo puesto los pies en ella Camila, quando dando vn grande suspiro, dixo: Ay Leonela amiga, no seria mejor, que antes que lle gasse a poner en execucion lo que no q̄iero que sepas, porque no procurese estoruarlo, que tomasses la daga de Anselmo que te he pedido, y passasses con ella este infame pecho mio? Pero no hagas tal, que no será razon q̄ yo lleue la pena de la agēna culpa. Primero quiero saber, q̄ es lo que vierō en mi los atreuidos, y deshonestos ojos de Lotario, que fuessē causa de darle atreuimiento a descubrirme vn tan mal desseo, como es el que me ha descubierta en desprecio de su amigo, y en deshōra mia. Pōte Leonela a essa ventana, y llamale, que sin dūda alguna el deue de estar en la calle, esperando poner en efecto su mala intēcion. Pero primero se pondrá la cruel, quanto honrada mia. Ay señora mia, respondió la sagaz, y aduertida Leonela, y qué es lo que quieres hazer con esta daga? Quieres por ventura quitarte la vida, o quitarsela à Lotario? que qualquiera destas cosas que quieras ha de redundar en perdida de tu credito, y fama. Mejor es que disimules tu agrauio, y no des lugar a que este mal hombre entre aora en esta casa, y nos halle solas: mira señora que somos flacas

Quarta parte de don

mugeres , y el es hombre , y determinado , y como viene con aquel mal proposito ciego , y apasionado , quiza antes que tu pongas en execucion el tuyo hará el lo que te estaria mas mal , que quitarte la vida . Mal aya mi señor Anselmo , que tanto mal ha querido dar a este desuella caras en su casa . Y ya señora que le mates , como yo pienso que quieres hazer , que hemos de hazer del despues de muerto ? Que amiga , respondió Camila , dexaremosle , para que Anselmo le entierre , pues será justo que tenga por descanso el trabajo que tomare en poner debaxo de la tierra su misma infamia . Llamale acaba , que todo el tiempo que tardo en tomar la deuida vengança de mi agravio , parece que ofendo a la lealtad que a mi esposo deuo . Todo esto escuchaua Anselmo , y à cada palabra que Camila dezia , se le mudauan los pensamientos . Mas quando entendio que estaua resuelta en matar a Lotario , quiso salir , y descubrirse , porque tal cosa no se hiziesse : pero detuuole el desseo de ver en que paraua tanta gallardia , y honesta resolucion , con proposito de salir a tièpo que la estoruasse . Tomòle en esto a Camila vn fuerte desmayo , y arrojándose encima de vna cama que alli estaua , començò Leonela à llorar muy amargamente , y a dezir : Ay desdichada de mi , si fuesse tan sin ventura , que se me muriessse aqui entre mis brazos la flor de la honestidad del mundo , la corona de las buenas mugeres , el exemplo de la castidad , con otras cosas à estas semejantes , que ninguno la escuchara , que no la tuuiera por la mas lastimada , y leal donzella del mundo , y a su señora por otra nueva , y perseguida Penelope . Poco tardò en boluer de su desmayo Camila . , y al boluer en sí , dixo : Porque no vas Leonela à llamar al mas desleal amigo de amigo q̄ vio el Sol , ó cubrió la noche . Acaba , corre , aguija , camina , no se desfogue con la tardança el fuego de la colera que tengo , y se passe en
amena-

La justa vengança que espero. Ya voy a llamarle, señora, mia, dixo Leonela, mas has me de dar primero essa daga, porque no hagas cosa en tanto que falto, que dexes con ella que llorar toda la vida à todos los que bien te quieren. Ve segura Leonela amiga, que no harè, respondió Camila, porque ya que sea atreuida, y simple a tu parecer en boluer por mi honra, no lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de quien dizen, que se matò sin auer cometido error alguno, y sin auer muerto primero a quien tuuo la causa de su desgracia: yo morirè si muero, pero ha de ser vengada, y satisfecha del que me ha dado ocasion de venir a este lugar a llorar sus atreuimientos, nacidos tan sin culpa mia. Mucho se hizo de rogar Leonela antes que saliesse a llamar a Lotario, pero en fin salio, y entretanto que boluia quedò Camila diziendo, como que hablaua consigo misma: Valame Dios, no fuera mas acertado auer despedido a Lotario, como otras muchas vezes lo he hecho, que no ponerle en condicion, como ya le he puesto, que me tenga por deshonesto, y mala, si quiera este tiempo que he de tardar en defengañarle? mejor fuera sin duda: pero no quedara yo vengada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tan a manos lauadas, y tan a passo llano se boluiera a salir de donde sus malos pensamientos le entraron. Pague el traydor con la vida, lo que intentò con tan lasciuo desseo. Sepa el mundo (si acaso llegare a saberlo) de que Camila no solo guardò la lealtad a su esposo, sino que le dio vengança del que se atreuio a ofendelle. Mas con todo creo, que fuera mejor dar cuenta desto à Anselmo, pero ya se la apuntè a dar en la carta que le escriui al aldea, y creo que el no acudir el al remedio del daño que allie señalè, deuio de ser que de puro bueno, y confiado, no quiso, ni pudo creer, que en el pecho de su tan firme amigo pudiesse haber genero de pensamiento que contra

Quarta parte de don

su honra fuesse, ni aun yo lo creí despues por muchos dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no llegara à tanto, que las manifiestas dadiuas, y las largas promessas, y las continuas lagrimas no me lo manifestaran. Mas para que hago yo aora estos discursos? tiene por ventura vna resolucion gallarda necesidad de consejo alguno? no por cierto. A fuera pues traydores, aqui venganças: entre el falso, venga llegue, muera, y acabe, y suceda lo que sucediere. Limpia entré en poder del que el cielo me dio por mio, limpia he de salir del, y quando mucho saldre bañada en mi casta sangre, y en la impura del mas falso amigo que vio la amistad en el mundo, y diciendo esto se passeaua por la sala con la daga desembaynada, dando tan desconcertados, y desaforados passos, y haziendo tales ademanes, que no parecia sino que le faltaua el juyzio, y que no era muger delicada, sino vn rufian desesperado. Todo lo miraua Anselmo cubierto detras de vnos tapizes donde se auia escondido, y de todo se admiraua, y ya le parecia que lo que auia visto, y oydo era bastante satisfacion para mayores sospechas: y ya quisiera la prueua de venir Lotario aunque temeroso de algun mal repentino suceso: y estando ya para manifestarse, y salir para abraçar, y defengañar a su esposa, sé detruuo, porque vio que Leonela boluia con Lotario de la mano, y assi como Camila le vio, haziendo con la daga en el suelo vna gran raya delante della, le dixo: Lotario, aduertete lo que te digo si a dicha te atreuieres, a passar desta raya que ves, ni aun llegar a ella, en el punto que viere, que lo intentas, en esse mismo me passarè el pecho con esta daga que en las manos tengo: y antes que a esto me respondas palabra, quiero que otras algunas me escuches, que despues responderàs lo que mas te agradare. Lo primero, quiero Lotario que me digas si conoces à Anselmo mi marido, y en que opinion le tienes?

rienes? Y lo segando, quiero saber tambien si me conoces a mi? Responde me a esto, y no te turbes, ni pienses mucho lo que has de responder: pues no son dificultades las q̄ te preguntó? No era tan ignorante Lotario, que desde el primer punto q̄ Camilá le dixo que hiziesse esconder á Anselmo, no huviessse dado en la cuenta de lo que ella pensaua hazer, y assi correspondio con su intencion tan discretamente, y tan a tiempo, que hizieran los dos passar aquella mentira por mas que cierta verdad, y assi respondió a Camila desta manera: No pêsê yo, hermosa Camila, que me llamauas para preguntarme cosas tan fuera de la intencion con que yo aqui vengo: si lo hazes por dilatar me la prometida merced, desde mas lexos pudieras entretenerla, porque tanto mas fatiga el bien deseado, quanto la esperança està mas cerca de poseello: pero porque no digas, que no respondo a tus preguntas, digo que conozco a tu esposo Anselmo, y nos conocemos los dos desde nuestros mas tiernos años, y no quiero dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad por me hazer testigo del agrauio que el amor haze que le haga poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco, y tēgo en la misma possession q̄ el te tiene, q̄ a ser assi, por menos prendas que las tuyas, no auia yo de yr contra lo que deuo a ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, aora por tan poderoso enemigo como el amor por mi rompidas, y violadas. Si esso confieffas, respondió Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamente merece ser amado, con que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te deuieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agrauias? Pero ya cayo, ay desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que ati mismo deues, que deue de auer sido alguna de-

Quarta parte de don

semboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no aurà procedido de deliberada determinacion, sino de algun descuydo de los que las mugeres, que piensan que no tienen de quien recatarse, suelen hazer inadvertidamente. Sino dime quando, ò traydor, respondi a tus ruegos con alguna palabra, ò señal, que pudiesse despertar en ti alguna sombra de esperança, de cumplir tus infames desseos? Quando tus amorosas palabras no fueron deshechas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y con aspereza? Quando tus muchas promessas, y mayores dadiuas fueron de mi creydas, ni admitidas? Pero por parecerme, que alguno no puede perseverar en el intento amoroso luengo tiempo, sino es sustentado de alguna esperança, quiero atribuyrme a mi la culpa de tu impertinencia: pues sin duda algun descuydo mio ha sustentado tanto tiempo tu cuydado, y assi quiero castigarme, y darme la pena que tu culpa merece. Y porque vieses, que siendo conmigo tan inhumana, no era posible dexar de serlo contigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuydado que te ha sido posible: y de mi tambien con el poco recato que he tenido del huyr la ocasion, si alguna te di para fauorecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno a dezir, que la sospecha que tengo que algun descuydo mio engendrò en ti tan desuaviados pensamientos, es la que mas me fatiga, y la que yo mas desseo castigar con mis propias manos porque castigandome otro verdugo, quiza seria mas publica mi culpa: pero antes que esto haga, quiero matar muriendo, y llevar conmigo quien me aqabe de satisfazer el desseo de la vengança que espero, y tengo, viendo allà, donde quiera que fuere la pena que da la justicia desinteresada, y que no se dobla al que en terminos tan desesperados me ha puesto. Y
dizien-

diziendo estas razones con vna increíble fuerça, y ligereza arremetio a Lotario con la daga desembaynada, con tales muestras de querer enclauarsela en el pecho, que casi el estuuo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, ô verdaderas, porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estoruar que Camila no le diese, la qual tan viuamente fingia aquel extraño embuste, y fealdad, que por dalle color de verdad la quiso matizar con su misma sangre, porque viendo que no podia auer a Lotario, ô fingiendo que no podia, dixo: Pues la suerte no quiere satisfazer del todo mi tan justo desseo, alomenos no será tan poderosa que en parte me quite que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga que Lotario la tenia asida, la sacò, y guiando su punta por parte que pudiesse herir no profundamente, se la entrò, y escondio por mas arriba de la isquilla del lado yzquierdo juto al ombro; y luego se dexò caer en el suelo como de mayada. Estauan Leonela, y Lotario suspensos; y atonitos, de tal successo: y toda via dudauan de la verdad de aquel hecho, viendo a Camila tendida en tierra; y bañada en su sangre: acudio Lotario con mucha presteza despauorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida fallio del temor que hasta entonces tenia; y de nueuo se admirò de la sagacidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acudir con lo que a el le tocava, començò a hazer vna larga, y triste lamentaciõ sobre el cuerpo de Camila, como si estuuiera difunta, echandose muchas maldiciones, no solo a el, sino al que auia sido causa de auelle puesto en aquel termino. Y como sabia que le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, que el que le oyera le tuuiera mucha mas lastima que a Camila. aunque por muerta la juzgara. Leonela la tomó en braços, y la puso en el lecho, suplicando a

Quarta parte de don

Lotario fuesse a buscar quien secretamente a Camila curasse. Pediale assi mismo consejo, y parecer de lo que dirian á Anselmo de aquella herida de su señora, si acaso viniessse antes que estuuiesse sana. El respondio que dixessen lo que quisiessen, que el no estaua para dar consejo que de provecho fuesse, solo le dixo, que procurasse tomarle la sangre, porque el se yua adonde gentes no le viessen. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo, y en parte donde nadie le vea, no cessaua de hazerse Cruces, ma- rauillandose de la industria de Camila, y de los ademanes tan propios de Leonela. Consideraua quan enterado auia de quedar Anselmo de que tenia por muger a vna segunda Porcia, y desseaua verse con el, para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas disimulada, que jamas pudiera imaginarse. Leonela tomó, como se ha dicho, la sangre a su señora, que no era mas de aquello que bastó para acreditar su embuste, y lauando con vn poco de vino la herida, se la ató lo mejor que supo, diciendo tales razones en tanto que la curaua, que aunque no huieran precedido otras, bastaran á hazer creer á Anselmo que tenia en Camila vn simulacro de la honestidad. Juntaronse a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose cobarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiempo que fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, que tan aborrecida tenia. Pedia consejo a su donzella, si diria, ó no todo aquel suceso a su querido esposo, la qual le dixo, que no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podria ser sin mucho riesgo suyo, y que la buena muger estaua obligada, a no dar ocasion a su marido a que riñesse, sino a quitalle todas aquellas que le fuesse posible. Respondio Camila, que le parecia muy bien su parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo

todo caso conuenia buscar que dezir à Anselmo de la causa de aquella herida, que el no podria dexar de ver a lo que Leonela respondia, que ella, ni aun burlando no sabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, que tengo de saber? que no me arreuerè a forjar, ni sustentar vna mentira si me fuesse en ello la vida? Y si es que no hemos de saber dar salida à esto, mejor será dezirle la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena señora de aqui a mañana, respondió Leonela, yo pensarè que le digamos, y quicâ que por ser la herida donde es, se podrá encubrir sin que el la vea, y el cielo será seruido de fauorecer a nuestros tan justos, y tan honrados pensamientos. Sossiegate señora mia, y procura sossregar tu alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada: y lo demas dexalo a mi cargo, y al de Dios, que siempre acude a los buenos desseos. Atentissimo auia estado Anselmo a escuchar, y a ver representarla tragedia de la muerte de su honra: la qual con tan estraños, y eficaces afetos la representaron los personajes della, que parecio que se auian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Desseaua mucho la noche, y el tener lugar para salir de su casa, y yr a verse con su buen amigo Lotario, congratulandose con el de la margarita preciosa que auia hallado en el desengaño de la bondad de su esposa. Tuuieron cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a que saliesse, y el fin perdella salio, y luego fue a buscar a Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abraços que le dio, las cosas que de su contento le dixo, las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual escuchò Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria: porque se le representaua à la memoria quan engañado estaua su amigo, y quan injustamente elle agrauiaua. Y aunque Anselmo veia que Lotario no se alegrava, creia ya ser
la cau.

Tercera parte de don

la causa por auer dexado a Camila herida, y auer el sido la causa. Y assi entre otras razones le dixo, que no tuuiesse pena del suceso de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauan de concierto de encubrirselo á el. Y que segun esto no auia de que temer, sino que de alli adelante se gozasse, y alegrasse con el, pues por su industria, y medio el se veía levantado a la mas alta felicidad, que acertará deslearse, y queria que no fuesen otros sus entretenimientos que en hazer verfos en alabanza de Camila, que la hiziesen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabò su buena determinacion, y dixo, que el por su parte ayudaria á levantar tan illustre edificio. Con esto quedò Anselmo el hombre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mūdo: el mismo lleuaua por la mano a su casa, creyendo que lleuaua el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunque con alma risueña. Durò este engaño algunos dias, hasta que al cabo de pocos meses boluio fortuna su rueda, y salio a plaza la maldad con rãto artificio hasta alli cubierta, y à Anselmo le costò la vida su impertinente curiosidad.

Capit. XXXV. Donde se da fin a la nouela del Curioso imperuiente.

POco mas quedaua por leer de la nouela, quando del camaranchon donde reposaua don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, diziendo a vozes: Acudid señores presto, y focorred á mi señor, que anda embuelto en la mas reñida: y trauada batalla, que mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al gigante enemigo de la señora Princesa Micomicona, q̄ le ha tajado la cabeça cercen,

cercen, a cercen, como si fuera vn nabo. Que dezis hermano, dixo el Cura, (dexando de leer lo que de la nouela quedaua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esso que dezis, estando el gigante dos mil leguas de aqui. En esto oyeron vn gran ruydo en el aposento, y que don Quixote dezia à voces: Tente ladron, malandrín, follón, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia que daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho, no tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, ó à ayudar, ami amo: aunque ya no será menester, porque sin duda alguna el gigante está ya muerto, y dando cuenta a Dios de su passada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y cayda à vn lado que es tamaño como vn gran cuero de vino. Que me maten, dixo, a esta sazon el ventero, si don Quixote, ó don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado deue de ser lo que le parece sangre a este buen hombre. Y con esto entró en el aposento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas extraño traje del mundo: estaua en camisa, la qual no era tan cumplida, que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas eran muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça vn bonetillo colorado grassiento, que era del ventero. En el brazo yzquierdo tenia rebuelta la manta de la cama, con quien tenia ogeriza Sancho, y el se sabia bien el porque. Y en la derecha desembaynada la espada, con la qual daua cuchilladas a todas partes, diciendo palabras, como si verdaderamente estuuiera peleando con algun gigante: y es lo bueno, que no tenia los ojos abiertos, porque estaua durmiendo, y soñando que estaua en batalla con el gigante. Que fue tan intensa la

Quarta parte de don

imaginacion de la aventura que yua à fenecer, que le hizo soñar que ya auia llegado al Reyno de Micomicon, y que ya estaua en la pelea con su enemigo, y auia dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daua en el gigante, que todo el aposento estaua lleno de vino: lo qual visto por el ventero, tomó tanto enojo, que arremetió con don Quixote, y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes, que si Cardenio, y el Cura no se le quitaran, el acabara la guerra del gigante, y con todo aquello no despertaua el pobre cauallero, hasta que el barbero truxo vn gran caldero de agua fria del pozo, y se le echò por todo el cuerpo de golpe, con lo qual despertó don Quixote, mas no cò tanto acuerdo, que echasse de ver de la manera que estaua. Dorotea que vio quã corta, y sotilmente estaua vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador, y de su contrario. Andaua Sancho buscando la cabeça del gigante, por rodo el suelo, y como nõ la hallaua, dixo: Ya yo se que todo lo desta casa es encantamento, que la otra vez en este mismo lugar donde agora me hallo, me dieron muchos moxicones, y porrãços, sin saber quien me los daua, y nunca pude ver a nadie: y agora nõ parece por aqui esta cabeça, que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de vna fuente. Que sangre, ni que fuente dizes, enemigo de Dios y de sus santos, dixo el ventero? No vees, ladron, que la sangre, y la fuente no es otra cosa, que estos cueros que aqui estã horadados, y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos, de quien los horadò? No se nada, respondió Sancho, solo se, que vendrẽ a ser tan desdichado, que por no hallar esta cabeça seme ha de deshazer mi Condado, como la sal en el agua. Y estaua peor Sancho despierto, que su amo durmiendo: tal le tenian las promessas que su amo le auia hecho. El ventero se desespe-

raua

raua de ver la flema del escudero, y el maleficio del señor, y juraua que no auia de ser como la vez passada, que se le fueron sin pagar: y que agora no le auian de valer los priuilegios de su caualleria, para dexar de pagar lo vno, y lo otro, aun hasta lo que pudieffen costar las botanas que se auian de echar a los rotos cueros. Tenia el Cura de las manos a don Quixote, el qual creyendo que ya auia acabado la aventura, y que se hallaua delante de la Princesa Micomicona, se hincò de rodillas delante del Cura, diciendo: Bien puede la vuestra grandeza, alta, y fermosa señora, viuir de oy mas segura, sin q̄ le pueda hazer mal esta mal nacida criatura: y yo tambié de oy mas soy quitto de la palabra que os di, pues con el ayuda del alto Dios, y con el fauor de aquella por quien yo viuo, y respirò, tambien la he cumplido. No lo dixeyo? dixo oyendo esto Sancho, si que no estaua yo borracho, mirad si tiene puesto ya en sal mi amo al gigante? Ciertos son los toros, mi Condado está de molde. Quien no auia de reyr con los disparates de los dos, amo, y moço? Todos reñan, sino el ventero, que se daua à Satanas. Pero en fin, tanto hizieron el barbero, Cardenio, y el Cura, que con no poco trabajo dieron con don Quixote en la cama, el qual se quedò dormido, con muestras de grandissimo cansancio. Dexaronle dormir, y salieronse al portal de la vènta, a consolar a Sãcho Pança, de no auer hallado la cabeça del gigante: aunque más tuuieron que hazer en aplacar al ventero, que estaua desesperado por la repentina muerte de sus cueros: y la ventera dezia en voz, y en grito: En mal punto, y en hora menguada entrò en mi casa este cauallero andante, que nunca mis ojos le huuieran visto, que tan caro me cuesta. Lo vez passada se fue con el coste de vna noche, de cena, cama, paja, ceuada para el, y para su escudero, y vn rozin, y vn jumento, diciendo que era
cama.

Quarta parte de don

cauallero auenturero, que mala auentura le dê Dios, a el, y a quantos auentureros ay en el mundo: y que por esto no estaua obligado a pagar nada, que assi estaua escrito en los aranzeles de la caualleria àndantesca. Y aora por su respeto, vino estotro señor, y me lleuò mi cola, y hamela buelto con mas de dos quartillos de daño, toda pelada, que no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, romperme mis cueros, y derramarme mi vino: que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huesos de mi padre, y por el figlo de mi madre, fino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, ó no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quiẽ soy. Estas, y otras razones tales, dezia la ventera, con grande enojo: y ayudaua la su buena criada Maritornes. La hija callaua, y de quã lo en quãdo se sonreia. El Cura lo sossegò todo, prometiendole de satisfazarles su perdida, lo mejor que pudiesse, assi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea cõsolò a Sancho Pança, diziendole, que cada, y quando q̃ pareciesse auer sido verdad que su amo huuiesse descabeçado al gigante, le promeria, en viendose pacifica en su Reyno, de darle el mejor Condado q̃ en el huuiesse. Cõsolose con esto Sancho, y assegurò a la Princesa, que tuuiesse por cierto que el auia visto la cabeça del gigante, y que por mas señas, tenia vna barba q̃ le llegaua a la cintura, y que fino parecia, era porque todo quanto en aquella casa passaua, era por via de encantamento, como el lo auia prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea, dixo que assi lo creia, y que no tuuiesse pena, que todo se haria bien, y sucederia à pedir de boca. Sossegados todos, el Cura quiso acabar de leer la nouela, porque vio que faltaua poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron la acabasse: el que a todos

dos quiso dar gusto, y por el que el tenia de leerla, profi-
guio el cuento, que assi dezia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo te-
nia de la bondad de Camila, vivia vna vida contenta, y
descuydada : y Camila de industria hazia mal rostro a
Lotario, porque Anselmo entendiessè al reues, de la vo-
luntad que le tenia : y para mas confirmacion de su he-
cho, pidio licencia Lotario, para no venir a su casa, pues
claramente se mostraua la pesadumbre que con su vista
Camila recebia, mas el engañado Anselmo le dixo, que
en ninguna manera tal hiziesse. Y desta manera, por mil
maneras era Anselmo el fabricador de su deshonor, cre-
yendo que lo era de su gusto. En esto, el gozo que tenia
Leonela de verse calificada, en sus amores, llegò a
tanto, que sin mirar à otra cosa, se yua tras el à suelta riè-
da, fiada en que su señora la encubria, y aun la aduertia
del modo que con poco rezelo pudiesse ponerle en exe-
cucion. En fin, vna noche sintio Anselmo passos en el
aposento de Leonela, y queriendo entrar à ver quié los
daua, sintio que le detenian la puerta : cosa que le puso
mas voluntad de abrirla, y tanta fuerça hizo, q̄ la abrió,
y entrò dentro à tiempo que vio que vn hombre saltaua
por la ventana à la calle : y acudiendo con presteza a al-
cançarle, o conocerle, no pudo conseguir lo vno, ni lo
otro, porque Leonela se abraçò con el, diziendole : Sof-
siegate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas al que de
aquí saltò q̄ es cosa mia, y tãto, que es mi esposo. No lo
quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la da-
ga, y quiso herir à Leonela, diziendole, que le dixesse la
verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo, sin saber
lo que se dezia, le dixo : No me mates, señor, que yo te
diré cosas de mas importancia de las que puedes imagi-
nar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por
aora será imposible, dixo Leonela, segun estoy de tur-

Quarta parte de don

bada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mi lo que te ha de admirar: y está seguro, que el que saltò por esta ventana, es vn mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sossegofe con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensaua oyr cosa que contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho, y seguro, y assi se salio del aposento, y dexò encerrada en el a Leonela, diciendole, que de alli no saldria, hasta que le dixesse lo q̄ tenia que dezirle. Fue luego a ver a Camila, y à dezirle, como le dixo, todo aquello que con su donzella le auia passado, y la palabra que le auia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, o no, no ay para que dezirlo, porque fue tanto el temor que cobró, creyendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela auia de dezir à Anselmo, todo lo que sabia de su poca fé, que no tuuo animo para esperar si su sospecha salia falsa, o no. Y aquella misma noche, quando le parecio que Anselmo dormia, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fue a la de Lotario, a quien contò lo que passaua, y le pidio, que la pusiesse en cobro, o que se ausentassen los dos, donde de Anselmo pudiesen estar seguros. La confuscion en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia responder palabra, ni menos sabia resolverse en lo que haria. En fin, acordó de llevar a Camila a vn monasterio, en quie era Priora vna su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que el caso pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el monasterio: y el ansi mismo, se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte a nadie de su ausencia. Quando amanecio, sin echar de ver Anselmo, q̄ Camila faltaua de su lado, con el desseo que tenia de saber lo que Leonela queria dezirle, se leuantò, y fue a dõde la auia dexado encerrada. Abrio, y entrò en el aposento

fento, pero no hallò en el a Leonela, solo hallò puestas vnas fabanas añudadas à la ventana, indicio, y señal, que por alli se auia descolgado, è ydo. Boluio luego muy triste, a dezirfelo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò affombrado. Pregütò a los criados de casa por ella, pero nadiè le supo dar razon de lo q̄ pedia. Acertò a caso andando a buscar a Camila, que vio sus cofres abiertos, y que dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desventura. Y ansi como estaua, sin acabarse de vestir, triste, y pensatiuo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le hallò, y sus criados le dixeron, que aquella noche auia faltado de casa, y auia lleuado consigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juyzio. Y para acabar de concludyr con todo, boluiendose a su casa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, ni criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, q̄ dezir, ni q̄ hazer, y poco a poco se le yua boluiendo el juyzio. Contemplauase, y mirauase en vn infante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado, a su parecer, del cielo q̄ le cubria, y sobre todo sin honra, porq̄ en la falta de Camila vio su perdicion. Resoluiose en fin, acabo de vna gran pieça de yrse a la aldea de su amigo, donde auia estado quando dio lugar a q̄ se maquinasse toda aq̄lla desventura. Cerrò las puertas de su casa, subio à cauallo, y con desmayado aliento se puso en camino: y a penas huuo andado la mitad, quando acoffado de sus pensamiètos, le fue forçoso apearse, y arrendar su cauallo, à vn arbol, a cuyo tronco se dexò caer, dâdo tierros, y dolorosos suspiros: y alli se estuuò, hasta casi q̄ anocheçia, y aquella hora vio, que venia vn hombre à cauallo de la ciudad: y despues de auerle saludado le preguntò, q̄ nueuas auia en Florencia? El ciudadano respondio:

Quarta parte de don

Las mas estrañas que muchos dias ha se han oydo en ella, porque se dize publicamente, que Lotario aquel grã de amigo de Anselmo el rico, que viuia a san Iuan, se lleuò esta noche a Camila, muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Camila, que a noche la hallò el Governador, descolgandose con vna sabana por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no se puntualmente como passò el negocio, solo se, que toda la ciudad està admirada deste successo, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dicen que era tanta, que los llamauan: Los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Ni por pienso, dixo el ciudadano, puesto que el Governador ha vsado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo. Con el que deys, respondió el ciudadano, y fuesse. Con tan desdichadas nueuas, casi, casi llegò a terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Leuantose como pudo, y llegò a casa de su amigo, que aun no sabia su desgracia: mas como le vio llegar amarillo, consumido, y seco, entendio que de algun graue mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo, que le acostassen, y que le diessen adereço de escriuir. Hizose assi, y dexaronle acostado, y solo, porque el assi lo quiso, y aunque le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, començò a cargar tanto la imaginacion de su desventura, que claramente conocio por las premisas mortales que en si sentia que se le yua acabando la vida, y assi ordenò de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y començando a escriuir, antes q̄ acabasse de poner todo lo q̄ que sia, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor, que le causò su curiosidad imperrinente. Viendo el señor de casa que era ya tarde, y que Anselmo no lla-

maua

maua, acordó de entrar a saber, si passaua adelante su indisposicion; y hallole tendido boca a baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaua con el papel escrito, y abierto: y el tenia aún la pluma en la mano. Llegosse el huesped a el, auéndole llamado primero, y irauandole por la mano, viendo que no le respondia, y hallandole frio, vio que estaua muerto. Admiróse, y congoxose en gran manera, y llamó a la gente de casa para que viesse la desgracia a Anselmo sucedida: y finalmente leyó el papel, que conocio que de su misma mano estaua escrito, el qual contenia estas razones.

Vn necio, é impertinente desseo me quitò la vida. Si las nueuas de mi muerte llegaren a los oydos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiziesse: y pues yo fuy el fabricador de mi deshonra, nõ ay para que.

Hasta aqui escriuió Anselmo; por donde se echò de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabò la vida. Otro dia dio auiso su amigo, a los parientes de Anselmo de su muerte: los quales ya sabian su desgracia, y el monesterio donde Camila estaua, casi en el termino de acompañar a su esposo en aquel forçoso viaje, no por las nueuas del muerto esposo; mas por las q̄ supo del ausente amigo. Dizese, que aunque se vio biuda, no quiso salir del monasterio, ni menos hazer profesión de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinieron nueuas, que Lotario auia muerto en vn̄ batalla que en aquel tiempo dio Monsiur de Lautrec, al gran Capitan Conçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno d̄ Napoles, donde auia ydo a parar el tarde arrepentido amigo: lo qual sabido por Camila, hizo profesión, y acabò en breues dias la vida a las rigurosas manos de triste-

Quarta parte de don

zas, y melancolias . Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tã defatinado principio . Bien, dixo el Cura, me parece esta nouela , pero no me puedo persuadir que esto sea verdad, y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan costosa experiencia como Anselmo . Si este caso se pusiera entre vn galan, y vna dama, pudieráse llevar, pero entre marido y muger, algo tiene de imposible : y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

Cap. XXXVI. Que trata de la braua, y descomunal batalla que don Quixote tuuo cõ vnos cueros de vino tinto, con otros raros successos que en la venta le sucedieron .



Stando en esto, el ventero q̄ estaua à la puerta de la venta, dixo : Esta que viene es vna hermosa tropa de huespedes, si ellos paran aqui, gaudeamus tenémos . Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, respondió el ventero, vienen a cauallo à la gineta, con lanças, y adargas, y todos con antifazes negros: y junto con ellos viene vna muger vestida de blanco en vn sillón, ansi mismo cubierto el rostro: y otros dos moços de a pie . Vienen muy cerca, preguntò el Cura? Tan cerca, respondió el ventero, que ya llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrio el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de don Quixote, y casi no auian tenido lugar para esto, quando entraron en la venta todos los que el ventero auia dicho: y apeandose los quatro de acauallo, que de muy gentil talle, y disposició
eran

eran, fueron à apear à la muger que en el fillon venia: y tomandola vno dellos en sus braços, la sentò en vna silla que estaua à la entrada del aposento donde Cardenio se auia escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se auian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexò caer los braços, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuaron los caualllos à la caualleriza. Viendo esto el Cura, desseoso de saber que gente era aquella, que con tal trage, y tal silencio estaua, se fue donde estauan los moços, y à vno dellos le preguntò lo que ya desseaua: el qual le respondió: Par diez, señor, yo no sabrè deziros que gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegó à tomar en sus braços à aquella señora que aueys visto: y esto digolo, porque todos los demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, preguntò el Cura? Tampoco sabrè dezir esto, respondió el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, q̄ parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de marauillar que no sepamos mas de lo que auemos dicho, porq̄ mi compañero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porq̄ auiendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, q̄ viniessemos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose à pagarnoslo muy bien. Y aueys oydo nombrar à alguno dellos, preguntò el Cura? No por cierto, respondió el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es marauilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los suspiros, y solloços de la pobre señora, que nos mueuen à lastima: y sin duda tenemos creydo, que ella va forçada donde quiera que va: y segun se puede colegir por su ha-

Quarta parte de don

bito, ella es monja, o va à serlo, que es lo mas cierto : y quiça porque no le deue de nacer de voluntad el mógio. va triste, como parece . Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se boluio a donde estaua Dorotea, la qual como auia oydo suspirar à la emboçada, mouida de natural compafsion, se lleugo a ella, y le dixo : Que mal sentis señora mia? mirad si es alguno de quien las mugeres suelen tener vfo, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco vna buena voluntad de feruiros? A todo esto callaua la lastimada señora : y aunque Dorotea tornò có mayores ofrecimientos, toda via se estaua en su silencio, hasta que llegó el cauallero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea : No os canseys, señora, en ofrecer nada a esta muger, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procureys que os responda, fino quereys oyr alguna mentira de su boca . Iamas la dixi (dixo a esta sazón la que hasta allí auia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mentirosas, me veo aora en tanta desventura: y desto vos mismo quiero que seays el testigo, pues mi pura verdad os haze a vos ser falso, y mentiroso . Oyò estas razones Cardenio, bien clara, y distintamente, como quien estaua tan junto de quien las dezia, que sola la puerta del aposento de don Quixote estaua en medio, y así como las oyò, dando vna gran voz, dixo : Valgame Dios; que es estó que oygo? Que voz es esta que ha llegado a mis oydos? Boluio la cabeça a estos gritos, aquella señora, toda sobrefaltada, y no viendo quien las daua, se leuantò en pie, y fuesse a entrar en el aposento : lo qual visto por el cauallero, la detuuu, sin dexarla mouer vn passo . A ella con la turbacion, y desassosiego, se le cayò el tafetan con que traía cubierto el rostro, y descubrio vna hermosura incomparable, y vn rostro milagroso, aunque descolorido, y assombra

do:

do: porque con los ojos andaua rodeando todos los lugares donde alcançaua con la vista, con tanto ahinco, q̄ parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales, sin saber por que las hazia, pusieron gran lastima en Dorotea, y en quantos la mirauan. Teniala el cauallero fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir à alçar se el emboço que se le caía, como en efeto se le cayó del todo: y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la señora estaua) vio, que el que abraçada así mismo la tenia, era su esposo don Fernando: y à penas le huuo conocido, quando arrojando de lo íntimo de sus entrañas vn luengo, y tristíssimo ay, se dexò caer de espaldas, desmayada: y à no hallarse allí junto el barbero, que la recogio en los braços, ella diera consigo en el suelo: Acudio luego el Cura a quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro, y así como la descubrio la conocio don Fernando, que era el que estaua abraçado con la otra, y quedò como muerto en verla, pero no porque dexasse con todo esto, de tener à Luscin da; que era la q̄ procuraua soltarse de sus braços: la qual auia conocido en el suspiro à Cardenio, y el la auia conocido a ella. Oyò así mismo Cardenio, el ay que dio Dorotea, quando se cayó desmayada, y creyendo que era su Luscin da, salio del aposento despauorido, y lo primero que vio fue a don Fernando, que tenia abraçada a Luscin da. Tambien don Fernando conocio luego a Cardenio: y todos tres, Luscin da, Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanse todos, Dorotea a don Fernando, don Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscin da, y Luscin da a Cardenio. Mas quien primero rompio el silencio fue Luscin da, hablando a don Fernando desta manera: Dexadme señor don Fernão, por lo que deueys a ser quien soys, ya que por otro res-
peto

Quarta parte de don

pero no lo hagays, dexadme llegar al muro de quien yo, foy yedra, al arrimo de quien no me han podido apartar vuestras importunaciones, vuestras amenazas, vuestras promeſſas, ni vuestras dadiuas. Notad como el cielo, por deſufados, y à noſotros encubiertos caminos, me ha puesto a mi verdadero eſpoſo delãte. Y bien ſabeys por mil coſtoſas experiencias, que ſola la muerte fuera baſtante para borrarle de mi memoria: ſean pues parte tan claros deſengaños, para que boluays (ya que no podays hazer otra coſa) el amor en rabia, la voluntad en deſpecho, y acabadme cõ ella vida, q̃ como yo la rinda delante de mi buen eſpoſo, la darẽ por bien empleada: quiça con mi muerte quedará ſatisfecho de la fẽ que le mantuve, haſta el vltimo trance de la vida. Auia en eſte entre tanto buelto Dorotea en ſi, y auia eſtado eſcuchando todas las razones que Luſcinda dixo, por las quales vino en conocimiento de quien ella era: que viendo que dõ Fernando aun no la dexaua de los braços, ni reſpondia a ſus razones, eſforçandose lo mas que pudo, ſe leuantõ, y ſe fue à hincar de rodillas a ſus pies, y derramando mucha cantidad de hermoſas, y laſtimeras lagrimas, aſi le començò a dezir.

Si ya no es, ſeñor mio, que los rayos deſte Sol que en tus braços eclipſado tienes, te quitan, y ofuſcan los de tus ojos, y à auras echado de ver, que la que a tus pies eſtã arrodillada, es la ſin ventura (haſta que tu quieras) la deſdichada Dorotea. Yo foy aquella labradora humilde, a quien tu por tu bondad, o por tu guſto, quiſiſte leuantar à la alteza de poder llamarse tuya. Soy la que encerrada en los limites de la honeſtidad viuio vida contenta, haſta que à las voces de tus importunidades, y al parecer, juſtos, y amorosos ſentimientos, abrio las puertas de ſu recato, y te entregò las llaues de ſu libertad: dadiua, de ti tan mal agradecida, qual lo muestra bien cla-

ro, auer sido forçoso hallarme en el lugar donde me hallas, y verte yo à ti de la manera que te veo. Pero có todo esto, no querria que cayesse en tu imaginacion, pésar que he venido aqui con passos de mi deshonna, auiendo-me traydo solo los del dolor, y sentimiento de verme de ti olvidada. Tu quisiste q̄ yo fuesse tuya, y quisistelo de manera, q̄ aunque aora quieras que no lo sea, no serà posible q̄ tu dexes de ser mio. Mira, señor mio, q̄ puede ser reçompensa à la hermosura, y nobleza por quien me dexas, la incomparable voluntad q̄ te tengo. Tu no puedes ser de la hermosa Lucinda, porq̄ eres mio: ni ella puede ser tuya, porq̄ es de Cardenio. Y mas facil será, si en ello miras, reduzir tu voluntad à querer a quien te adora, q̄ no encaminar la q̄ te aborrece a q̄ bien te quiera. Tu sollicitaste mi descuydo, tu rogaste a mi entereza, tu no ignoraste mi calidad: tu sabes bien de la manera q̄ me entregué à toda tu voluntad, no te queda lugar, ni acogida de llamarte a engaño. Y si esto es assi, como lo es, y tu eres tan Christiano como cauallero, porq̄ por tantos rodeos dilatas de hazerme venturosa en los fines, como me hiziste en los principios? Y sino me quieres por la q̄ foy, q̄ foy tu verdadera, y legitima esposa, quiere me alomenos, y admiteme por tu esclaua, q̄ como yo estè en tu poder, me tendré por dichosa, y bien afortunada. No permitas, con dexarme, y desampararme, q̄ se hagan, y junten corrillos en mi deshonna. No destan mala vejez a mis padres, pues no lo merecen los leales seruicios, q̄ como buenos vassallos à los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, o ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas, que la verdadera nobleza còsiste en la virtud, y si esta à ti te falta, negando-

Quarta parte de don

gandome lo que tan justamente me deues, yo quedáre con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que vltimamente te digo, es, que quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, q̄ no han, ni deuen ser mentirofas, si ya es que te precias de aquello porque me desprecias. Testigo sera la firma que hiziste, y testigo el cielo, a quien tu llamaste por testigo de lo que me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar voces callando en mitad de tus alegrías, boluiendo por esta verdad q̄ te he dicho, y turbando tus mejores gustos, y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea có tanto sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acompañauan a don Fernando, y quantos presentes estauan, la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin á las suyas, y principio a tantos solloços, y suspiros, que bien auia de ser co- ração de bronze el que con muestras de tanto dolor no se enterneciera. Mirandola estaua Lusinda, no menos lastimada de su sentimiento, que admirada de su mucha discrecion, y hermosura: y aunq̄ quisiera llegarle a ella, y dezirle algunas palabras de consuelo, no la dexauã los braços de don Fernando, que apretada la tenian: el qual lleno de confusion, y espanto, alcabo de vn buen espacio, que atentamente estuuo mirando a Dorotea abrio los braços, y dexando libre a Lusinda, dixo: Venciste hermosa Dorotea, venciste porque no es posible tener animo para negar tantas verdades juntas. Con el desmayo que Lusinda auia tenido, assi como la dexò dó Fernando, yua á caer en el suelo, mas hallandose Cardenio alli junto, q̄ á las espaldas de don Fernando se auia puestro porque no le conociesse, pospuesto todo temor, y auenturando a todo riesgo, acudio á sostener a Lusinda, y cogiendola entre sus braços, le dixo: Si el piadoso cielo

cielo gusta, y quiere que ya tengas algun descanso, leal, firme, y hermosa señora mia, en ninguna parte creo yo que le rendras mas seguro que en estos braços que aora te reciben, y otro tiempo te recibieron quando la fortuna quiso que pudieffe llamarte mia. A estas razones puso Lusinda en Cardenio los ojos, y auiendo comenzado a conocerle primero por la voz, y assegurandose que el era con la vista, casi fuera de sentido, y sin tener cuenta a ningun honesto respeto, le echò los braços al cuello, y juntando su rostro con el de Cardenio, le dixo: Vos si señor mio, soys el verdadero dueño desta vuestra cautiva, aunque mas lo impida la contraria fuerte, y aunque mas amenazas le haga à esta vida, q̄ en la vuestra se sustenten. Estraño espectáculo fue este para don Fernando, y para todos lo circunstantes, admirandose de tan no visto suceso. Pareciole a Dorotea que don Fernando auia perdido la color del rostro, y que hazia ademan de querer vengarse de Cardenio porque le vio encaminar la mano a ponella en la espada, y assi como lo penso con no vista presteza se abraçò con el por las rodillas, besandofelas, y teniendole apretado que no le dexaua mouer, y sin cessar vn punto de sus lagrimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer vnico refugio mio, en este tan impensado trance? Tu tienes a tus pies a tu esposa, y la q̄ quieres que lo sea està en los braços de su marido, mira si te estará bien, o te será posible deshazer lo que el cielo à hecho, o si te conuendrà, querer levantar à ygualarà ti mismo à la que pospuesto todo inconueniente, confirma da en su verdad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los suyos bañados de licor amoroso el rostro, y pecho de su verdadero esposo. Por quien Dios es, te ruego, y por quien tu eres te suplico, que este tan notorio defengañon solo no acreciente tu ira, sino que la mengue en tal manera, que con quietud, y sosiego permitas que ellos

Quarta parte de don

dos amantes le tengan sin impedimento tuyo, todo el tiẽ po que el cielo quisiere concederle, y en esto mostraras la generosidad de tu illustre, y noble pecho, y vera el mundo que tiene contigo mas fuerça la razon, que el appetito. En tanto que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio tenia abraçada à Lusinda, no quitaua los ojos de dõ Fernando, con determinacion de que si le viesse hazer algun mouimiento en su perjuzio, procurar defenderse, y ofender, como mejor pudiesse à todos aquellos que en su daño se mostrassen, aunque le costasse la vida: pero a esta sazõ acudieron los amigos de don Fernando, y el Cura, y el barbero, que a todo auian estado presentes, sin que faltasse el bueno de Sancho Pança, y todos rodeauan a don Fernando, suplicandole tuuiesse por bien de mirar las lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, como sin duda ellos creyan que lo era, lo que en sus razones auia dicho, que no permitiesse, quedasse defraudada de sus tan justas esperanças. Que considerasse, que no a caso, como parecia, sino con particular prouidencia del cielo se auian todos juntado en lugar donde menos ninguno pensaua. Y que aduertiesse, dixo el Cura, que sola la muerte podia apartar à Lusinda de Cardenio, y aunque los diuidiesse filos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima su muerte: y que en los lazos inremediables era suma cordura, forçandose, y venciendose a si mismo, mostrar vn generoso pecho, permitiendo que por sola su voluntad los dos gozassen el bien que el cielo ya les auia concedido, que pusiesse los ojos anfi mismo en la beldad de Dorotea, y verla que pocas, o ninguna se le podian y gualar, quanto mas hazerle ventaja, y que juntasse a su hermosura su humildad, y el estremo del amor que le tenia: y sobre todo aduertiesse, que si se preciaua de cauallero, y de Christiano, que no podia hazer otra cosa que complille la palabra dada, y que cumpliendo-

sela

se la cumpliria con Dios, y satisfaria à las gentes discretas, las quales saben, y conocen que es prerrogatiua de la hermosura, aunque estê en sugeto humilde como se acompaÑe con la honestidad, poder leuantarse, è y gualarle à qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la leuanta, è y guala à si mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ello no interuenga pecado, no deue de ser culpado el que las sigue. En efeto à estas razones añadieron todas otras tales, y tantas, q̄ el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se ablandò, y se dexò vencer de la verdad que el no pudiera negar, aunque quisiera: y la señal que dio de auerse rendido, y entregado al buen parecer que se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar à Dorotea, diziendole: Leuantaos señora mia, que no es justo que estê arrodillada à mis pies la que yo tengo en mi alma: y si hasta aqui no he dado muestras de lo que digo, quiza ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fê con que me amays, os sepa estimar en lo que mereceys: lo que os ruego es, que no me reprehendays mi mal termino, y mi mucho descuydo. Pues la misma ocasion, y fuerça que me mouio para acetaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya contenta Luscinde, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcançò lo que deseaua, y yo he hallado en vos lo que me cumple, uiua ella segura, y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, que yo de rodillas rogarê al cielo que me los dexé viuir con mi Dorotea: y diziendo esto, la tornò a abraçar, y à juntar su rostro con el suyo con tan tierno sentimiento, que le fue necessario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabasen de dar indubitables señales de su amor, y arrepen-

Quarta parte de don

pentimiento. No lo hizieron assi las de Luscin-da, y Cardenio, y aun las de casi todos los que alli presentes estauan, porque començaron á derramar tantas las vnos de contento propio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Pança lloraua, aunque despues dixo, que no lloraua el, sino por ver que Dorotea no era como el pensaua la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperaua. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio, y Luscin-da se fueron á poner de rodillas ante don Fernando, dando-le gracias de la merced que les auia hecho con tan corteses razones, que don Fernando no sabia que responder les, y assi los leuantò, y abraço con muestras de mucho amor, y de mucha cortesia. Preguntò luego a Dorotea, le dixesse como auia venido á aquel lugar tan lexos del suyo? Ella con breues, y discretas razones córrò todo lo q̄ antes auia contado a Cardenio: de lo qual gustò tanto don Fernando, y los que con el venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo, tanta era la gracia con q̄ Dorotea contaua sus desuenturas. Y assi como huuo acabado, dixo don Fernando lo que en la ciudad le auia acontecido despues que hallò el papel en el seno de Luscin-da, donde declaraua ser esposa de Cardenio, y no poder lo ser suya, dixo que la quiso matar, y lo hiziera si de sus padres no fuera impedido: y que assi se salio de su casa despechado, y corrido, con determinacion de vengarse con mas comodidad, y que otro dia supo como Luscin-da auia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiesse dezir donde se auia ydo, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino a saber como estaua en vn monasterio con voluntad de quedarse en el toda la vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que assi como lo supo escogiendo para su compañia aquellos tres caualleros,
vino

vino al lugar donde estaua, a la qual no auia querido hablar temeroso, que en sabiendo que el estaua alli auia de auer mas guarda en el monasterio: y así aguardando vn dia à que la porteria estuuiesse abierta, dexò a los dos a la guarda de la puerta, y el con otro auian entrado en el monasterio buscando à Lusinda, la qual hallaron en el claustro hablando con vna monja, y arrebatandola sin darle lugar a otra cosa se auian venido con ella a vn lugar donde se acomodaron de aquello que huierò menester para traella. Todo lo qual auian podido hazer bien a su saluo por estar el monasterio en el campo buen trecho fuera del pueblo. Dixo, que así como Lusinda se vió en su poder, perdio todos los sentidos, y que despues de buelta en sí, no auia hecho otra cosa sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y q̄ así acompañados de silencio, y de lagrimas auian llegado a aquella véta, que para el era auer llegado al cielo, donde se remantan, y tienen fin todas las desuenturas de la tierra.

Cap. XXXVII. Que trata donde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, con otras graciosas auenturas.

Todo esto escuchaua Sancho, no có poco dolor de su anima, viendo que se le desapareciã, é yuan en humo las esperanças de su ditado: y que la linda Princesa Micomicona se le auia buuelto en Dorotea, y el Gigante en don Fernando, y su amo se estaua durmiendo á sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No se podia assegurar Dorotea si era soñado el bien que posseya. Cardenio estaua en el mismo pensamiento: y el de Lusinda corria por la misma cuenta. Don Fernando daua gracias al cielo, por

Quarta parte de don

la merced recibida, y auerle sacado de aquel intricado laberinto, donde se hallaua tan apique de perder el credito, y el alma: y finalmente quantos en la venta estauã, estauan contentos, y gozofos del buen suceso que auia tenido, tan trauados, y desesperados negocios. Todo lo ponía en su punto el Cura como discreto, y à cada vno daua el parabien del bien alcanzado: pero quien mas jubilaua, y se contentaua era la ventera, por la promessa que Cardenio, y el Cura le auian hecho de pagalle todos los daños, è interesses que por cuenta de don Quixote le huuiessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado, y el triste: y assi có malenconico semblante entrò a su amo, el qual acabaua de despertar, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar a ningun gigante, ni de boluer a la Princesa su Reyno, que ya todo està hecho, y concludo. Eſso creo yo bien, respondió don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desafortada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de vn reues, zas, le derribé la cabeça én el suelo, y fue tanta la sangre qué le salio, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondió Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es vn cuero horadado, y la sangre seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Satanas. Y que es lo que dizes loco, replicò don Quixote, estás en tu seso? Leuantase vuestra merced, dixo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá a la Reyna conuertida en vna dama particular llamada Dorotea, có otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar. No me

mara-

marauillaria de nada desso, replicò don Quixote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuimos, te dixè yo, que todo quanto aqui sucedia eran cosas de encantamento, y no seria mucho que aora fuesse lo mismo. Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si tambien mi manteamiento fuera cosa desso jaez, mas no lo fue, sino real, y verdaderamente: y vi yo que el ventero que aqui està oy dia tenia del vn cabo de la manta, y me empujaua hàzia el cielo con mucho donayre, y brio, y con tanta rifa, como fuerça; y donde interuiene conocerse las personas tengo para mi, aunque simple, y pecador, que no ay encantamento alguno, sino mucho molimiento, y mucha mala Ventura. Aora bien, Dios lo remediarà, dixo don Quixote, dàmè de vestir, y dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucesos, y transformaciones que dizes. Diole de vestir Sancho, y en el entretanto que don Quixote se vestia, contò el Cura à don Fernando, y à los demas que alli estauan las locuras de don Quixote, y del artificio que auian usado, para facarle de la peña pobre donde el se imaginaua estar, por desdenes de su señora. Contoles asì mismo casi todas las auenturas que Sancho auia contado, de que no poco se admiraron, y rieron, por parecerles, lo que a todos parecia, ser el mas extraño genero de locura que podia caber en pensamiento disparatado. Dixo mas el Cura, que pues ya el buen suceso de la señora Dorotea impidia passar con su disignio adelante, que era menester inuentar, y hallar otro para poderle llevar à su tierra. Ofreciose Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Lusinda haria, y representaria suficientemente la persona de Dorotea. No, dixo don Fernando, no ha de ser asì, que yo quiero que Dorotea profiga su inuencion, que como no sea muy lexos de aqui el lugar deste buen cauallero, yo holgaré de que se pro-

Quarta parte de don

cure su remedio. No está mas de dos jornadas de aqui, pues aunque estuiera mas, gustara yo de caminallas, atrueco de hazer tan buena obra. Salio en esto dó Quixote armado de todos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeça, abraçado de su rodela, y arrimado a su tronco, o lançon. Suspendio a don Fernando, y â los demas la estraña presencia de don Quixote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas, y su mesurado continente, y estuieró callando hasta ver lo que el dezia, el qual con mucha grauedad, y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dixo.

Estoy informado (hermosa señora) deste mi escudero que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de Reyna, y gran señora que soliadés ser, os aueys buuelto en vna particular donzella: si esto ha sido por orden del Rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diessé la necessaria, y deuida ayuda, digo, que no supo, ni sabe de la Miffa la media, y que fue poco verfado en las historias cauallerescas, porque si el las huiera leydo, y passado tan atentamente, y con tanto espacio como yo las passè, y leí, hallara à cada passo, como otros caualleros de menor fama que la mia, auian acabado cosas mas dificultosas, no siendo mucho matar a vn gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con el, y quiero callar, porque no me digan que miento: pero el tiempo descubridor de todas las cosas lo dirà, quando menos lo pensemos. Vistesos vos có dos cueros, que no con vn gigante, dixo a esta sazón el ventero, al qual mandò don Fernando que callasse, y no interrumpiesse la platica de don Quixote en ninguna manera: y don Quixote profiguio, diciendo: Digo en fin alta, y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre
ha

ha hecho este Metamorfosros en vuestra persona, que no le deys credito alguno: porque no ay ningun peligro en la tierra, por quien no le abra camino mi espada, con la qual poniendo la cabeça de vuestro enemigo en tierra, os pondré a vos la corona de la vuestra en la cabeça en breues dias. No dixo mas don Quixote, y esperò a que la Princeffa le respondiessse, la qual como ya sabia la determinacion de don Fernando, de que se prosiguiessse adelante en el engaño hasta llevar à su tierra a dō Quixote, con mucho donayre, y grauedad le respondió: Quienquiera que os dixo, valeroso cauallero de la triste figura, que yo me auia mudado, y trocado de mi ser. no os dixo lo cierto, porque la misma que a yer fuy, me soy oy: verdad es, q̄ alguna mudança han hecho en mi ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera deffearme: pero no por esso hé dexado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso, è inuencible braço, que siempre he tenido. Así que señor mio, vuestra bondad buelua la honra al padre q̄ me engendrò, y tengale por hombre aduertido, y prudente, pues con su ciencia hallò camino tan facil, y tan verdadero para remediar mi desgracia, que yo creo, que si por vos señor no fuera, jamas acertara à tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos della los mas destos señores que estan presentes: lo que resta es, que mañana nos pongamos en camino, porque ya oy se podrá hazer poca jornada, y en lo demas del buen suceso que espero, lo dexaré a Dios, y al valor de vuestro pecho. Esto dixo la discreta Dorotea, y en oyendolo don Quixote, se boluio a Sancho, y con muestras de mucho enojo, le dixo: Aora te digo Sanchuelo, que eres el mayor vellacuelo que ay en España: dime ladrón, bagamundo, no me acabaste de dezir a-

Quarta parte de don

que esta Princesa se auia buuelto en vna donzella que se llamaua Dorotea? y que la cabeça que entiendo que corrè a vn gigante, era la puta que te pario, con otros disparates que me pusieron en la mayor confuscion que jamas he estado en todos los dias de mi vida? Voto, y mirò al cielo, y â preto los dientes; que estoy por hazer vn estrago en ti, que ponga sal en la mollera a todos quãtos mentirosos escuderos huuiere de caualleros andantes de aqui adelante en el mundo. Vuestra merced se sofiegue, señor mio, respondió Sancho, que bien podria ser que yo me huuiesse engañado en lo que toca a la mutacion de la señora Princesa Micomicona: pero en lo que toca à la cabeça del gigante, o alomenos à la horadacion de los cueros, y à lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño viue Dios, porque los cueros alli estan heridos à la cabecera del lecho de vuestra merced; y el vino tinto tiene hecho vn lago el aposento, y fino al freyre de los hueuos lo verá: quiero dezir, que lo verá, quando aqui su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo. De lo demas, de que la señora Reyna se este como se estaua, me regozijo en el alma, porque me va mi parte, como a cada hijo de vezino. Ahora yo te digo Sancho, dixo don Quixote, que eres vn mentecato, y perdoname, y basta. Basta, dixo don Fernando, y no se hable mas en esto: y pues la señora Princesa dize, que se camine mañana, porque ya oy estarde, hagase asì, y esta noche la pôdremos passar en buena conuersacion, hasta el venidero dia donde todos acompañaremos al señor don Quixote, porque queremos ser testigos de las valerosas, è inauditas hazañas, que ha de hazer en el discurso desta grande empresa que a su cargo lieua. Yo soy el que tengo de seruiros, y acompañaros, respondió don Quixote: y agradezco mucho la merced que se me haze, y la buena opinion que de mi se tiene, la qual procurarè

raré que salga verdadera, o me costará la vida, y aũ mas, si mas costar me puede. Muchas palabras de comedi- miento, y muchos ofrecimientos passaron entre dõ Qui xote, y don Fernando: pero a todo puso silencio vn pas- sagero que en aquella sazõ entro en la venta: el qual en su trage mostraua ser Christiano rezien venido de tier- ra de Moros, porque venia vestido con vna casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas, y sin cue- llo: los calçones eran asì mismo de lienço azul, con bo- nete de la misma color: traya vnos borzeguios datila- dos, y vn alfange Morisco, puesto en vn tahali que le a- traueßlaua el pecho. Entró luego tras el encima de vn jumento vna muger a la Morisca vestida, cubierto el ros- tro con vna toca en la cabeça: traía vn bonetillo de bro- cado, y vestida vna almalafa que desde los ombros a los pies la cubria: Era el hombre de robusto, y agraciado talle, de edad de poco mas de quarenta años, algo more- no de rostro, largo de vigotes, y la barba muy bien pueß- ta, en resolucion el mostraua en su apostura, que si estu- uiera bien vestido le juzgaran por persona de calidad, y bié nacida. Pidio en entrando vn aposento, y como le di- xeron q̃ en la venta no le auia, mostrò recibir pesadũbre, y llegando se à la q̃ en el trage parecia mora, la apeò en sus braços. Lusçinda, Dorotea, la ventera, su hija, y Mari- tornes lleuados del nueuo, y para ellos nunca visto tra- ge, rodearon à la Mora, y Dorotea q̃ siempre fue agrar- ciada, comedia, y discreta, pareciendole q̃ asì ella, co- mo el q̃ la traya se cõgoxauan por la falta del aposento, le dixo: No os de mucha pena, señora mia, la incomodi- dad de regalo q̃ aqui falta, pues es propio d̃ ventas no ha- llarse en ellas: pero con todo esto si gustaredes de possar con nosotras, señalando à Lusçinda, quiça en el discurso de este camino aureys hallado otros no tã buenos acogã- miẽtos? No respondió nada a esto la emboçada, ni hizo

Quarta parte de don

otra cosa que leuantarse de donde sentado se auia, y puestas entrambas manos cruzadas sobre el pecho, inclinada la cabeça doblò el cuerpo, en señal de que lo agradecia. Por su silencio imaginaron que sin dũda alguna deuia de ser Mora, y que no sabia hablar Christiano. Llegò en esto el cautiuo, que entendiendo en otra cosa hasta entonces auia estado, y viendo que todas tenían cercada à la que con el venia, y que ella à quanto le dezian callaua, dixo: Señoras mias, esta donzella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar otra ninguna sino conforme a su tierra, y por esto nõ deue de auer respondido, ni responde a lo que se le ha preguntado. No se le pregunta otra cosa ninguna, respondió Lusinda, sino ofrecelle por esta noche nuestra compañia, y parte del lugar donde nos acomodaremos, donde se le hará el regalo que la comodidad ofreciere con la voluntad que obliga a seruir a todos los estrangeros que del lo tuuieren necesidad, especialmente siendo muger a quien se sirue. Por ella, y por mi, respondió el cautiuo, os beso señora mia las manos, y estimo mucho, y en lo que es razon, la merced ofrecida, que en tal ocasion, y de tales personas como vuestro parecer muestra, bien se echa de ver que ha de ser muy grande. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porque el trage, y el silencio nos haze pensar, que es lo que nõ querriamos que fuesse? Mora es en el trage, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandifimos deseos de serlo. Luego no es bautizada replicò Lusinda? No ha auido lugar para ello, respondió el cautiuo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a bautizalla, sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda: pero Dios será seruido que presto se bautize

con la decencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estauan, de saber quien fuesse la Mora, y el cautiuo: pero nadie se lo quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazón era mas para procurarles descanso, que para preguntarles sus vidas: Dorotea la tomó por la mano, y la lleuó a sentar junto á si, y le rogó que se quitasse el emboço. Ella miró al cautiuo, como si le preguntara, le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. En lengua Arabiga le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y que lo hiziesse, y así se lo quitó, y descubrió vn rostro tan hermoso, que Dorotea la tuuo por mas hermosa que a Lusinda, y Lusinda por mas hermosa que a Dorotea, y todos los circustantes conocieron que si alguno se podria y gualar al de las dos, era el de la Mora, y aun huuo algunos que le auentajaron en alguna cosa. Y como la hermosura tenga prerrogatiua, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de seruir, y acariciar á la hermosa Mora. Preguntó don Fernando al cautiuo como se llamaua la Mora, el qual respondió que Lela Zorayda, y así como esto oyó, ella entendio lo que le auian preguntado al Christiano, y dixo con mucha priesa llena de congoxa, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria, dando á entender que se llamaua Maria, y no Zorayda. Estas palabras, y el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima á algunos de los que la escucharon, especialmente a las mugeres que de su naturaleza son tiernas, y compasiuas. Abraçola Lusinda con mucho amor, diziendole: Si, si, Maria, Maria, á lo qual respondió la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, que quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los que ve-

nian

Quarta parte de don

nian con don Fernando , auia el ventero puesto diligencia, y cuydado en adereçarles de cenar , lo mejor que a el le fué posible . Llegada pues la hora, sentaronse todos a vna larga mesa, como de tinelo , porque no la auia redonda, ni quadrada en la venta . Y dieron la cabecera, y principal asiento, puesto que el lo rehusaua a dó Quixote, el qual quiso que estuuiesse á su lado la señora Micomicona, pues el era su aguardador . Luego se sentaró Lucinda, y Zorayda, y frontero dellas don Fernando , y Cardenio, y luego el cauriuo, y los demas caualleros , y al lado de las señoras el Cura, y el barbero . Y assi cenaron con mucho contento, y acrecentoseles mas, viendo que dexando de comer don Quixote, mouido de otro semejante espiritu, que el que le mouiô a hablar tanto , como hablò quando cenò con los cabreros, començò a dezir : Verdaderamente si bien se considera , señores míos, grandes, è inauditas cosas ven los que professan la orden de la andante caualleria . Sino qual de los viuentes aurâ en el mundo , que aora por la puerta deste castillo entrara , y de la suerte que estamos nos viera , q̄ juzgue, y crea, que nosotros somos, quien somos? Quié podrâ dezir que esta señora que está a mi lado es la grã Reyna que todos sabemos , y que yo soy aquel cauallero de la triste figura, que anda por aí en boca de la fama? Aora no ay que dudar, sino que esta arte, y exercicio, excede a todas aquellas; y aquellos , que los hóbres inuentaron , y tanto mas se ha de tener en estima, quanto à mas peligros está sugeto. Quidenseme delante, los que dixeren que las letras hazen ventaja à las armas, que les diré, y sean quien se fueren, que no saben lo que dicen . Porque la razon que los tales suelen dezir, y à lo q̄ ellos mas se atienen, es, que los trabajos del espiritu exceden à los del cuerpo. Y que las armas, solo con el cuerpo se exercitan, como si fuesse su exercicio oficio de g
napa-

mapanes, para el qual no es menester mas de buenas fuerças. O como si en esto que llamamos armas, los que las professamos, no se encerrassen los actos de la fortaleza, los quales piden para executallo mucho entendimiento. O como sino trabajasse el animo del guerrero, que tiene a su cargo vn exercito, o la defensa de vna Ciudad sitiada assi con el espiritu, como con el cuerpo. Sino vease si se alcança con las fuerças corporales, à saber, y congerurar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen, que todas estas cosas son acciones del entendimiento, en quien no tiene parte alguna el cuerpo. Siendo pues assi, que las armas requieren espíritu como las letras, veamos agora, qual de los dos espíritus, el del letrado, o el del guerrero, trabaja mas? Y esto se vendrà a cónocer por el fin, y paradero a que cada vno se encamina, porque aquella intencion se ha de estimar en mas, que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin, y paradero de las letras, (y no hablo agora de las diuinas, que tienen por blanco, llevar, y encaminar las almas al cielo, que a vn fin, tan fin fin como este, ninguno otro se le puede ygualar) hablo de las letras humanas, que es su fin poner en su punto la justicia distributiva, y dar à cada vno lo que es suyo, entender, y hazer que las buenas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y alto, y digno de grande alabança, pero no de tanta, como merece aquel à que las armas atienden, las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden dessear en esta vida. Y assi las primeras buenas nuevas que tuuo el mundo, y tuuieron los hombres, fueron las que dieron los Angeles, la noche que fue nuestro dia, quando cantaron en los ayres: Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra à los hombres de buena voluntad: y à la salutacion,

que

Quarta parte de don

que el mejor maestro de la tierra, y del cielo, enseñó a sus allegados, y favorecidos, fue decirles, que quando entrassen en alguna casa, dixessen: Paz sea en esta casa. Y otras muchas vezes les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea con vosotros. Bien como joya, y prenda dada, y dexada de tal mano, joya que sin ella en la tierra, ni en el cielo, puede auer bien alguno. Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que lo mismo es dezir armas, que guerra. Profúpuesta pues esta verdad, que el fin de la guerra es la paz, y que en esto haze ventaja al fin de las letras, vengamos aora a los trabajos del cuerpo del letrado, y a los del professor de las armas, y véase quales son mayores. De tal manera, y por tan buenos terminos yuá prosiguiendo en su platica don Quixote, que obligò a que por entonces ninguno de los que escuchandole estauan, le tuuiesen por loco. Antes como todos los mas eran caualleros, a quien son anejas las armas, le escuchauan de muy buena gana, y el profugio, diciendo: Digo pues, que los trabajos del estudiante son estos: Principalmente pobreza, (no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo el estremo que pueda ser) y en auer dicho que padece pobreza, me parece que no auia que dezir mas de su mala ventura. Porque quien es pobre, no tiene cosa buena, esta pobreza la padece por sus partes, ya en hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo junto. Pero con todo esso no es tanta que no coma; aunque sea vn poco mas tarde de lo que se vfa, aunque sea de las sobras de los ricos, que es la mayor miseria del estudiante, este que entre ellos llaman andar a la sopa, y no les falta algun ageno brasero, o chimenea, que sino caliente, alomenos entibie su frio, y en fin la noche durmen muy bien debaxo de cubierta. No quiero llegar a otras menudencias, conuiene a saber de la falta de cami-

camisas, y no sobra de çapatos, la raridad, y poco pelo del vestido, ni aquel ahitarse con tanto gusto, quando la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, aspero, y dificultoso, tropezando aqui, cayendo alli, levantandose aculla, tognando a caer acá, llegan al grado que dessean, el qual alçando a muchos hemos visto (que auiendo passado por estas Sierres, y por estas Scilas, y Caribdis, como lleuados en buelo de la fauorable fortuna) digo que los hemos visto mandar, y gouernar el mundo desde vna silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en vna estera, en reposar en olandas, y damascos. Premio justamente merecido de su virtud, pero contrapuestos, y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como agora dire.

Cap. XXXVIII. Que trata del curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

Prosiguiendo don Quixote, dixo: Pues comenzamos en el estudiante por la pobreza, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos que no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido a la miseria de su paga, que viene, o tarde, o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida, y de su conciencia. Ya vezes suele ser su desnudez tanta, que vn colero acuchillado le sirve de gala, y de camisa, y en la mitad del inuierno le suele reparar de las inclemencias del cielo. Estando en la campaña raso, sólo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tengo por suertiguado,

Quarta parte de don

guado, que deue de salir frio contra toda naturaleza. Pues esperad, que espere que llegue la noche, para restaurarse de todas estas incomodidades en la cama que le aguarda. La qual sino es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede medir en la tierra los pies que quisiere, y rebolverse en ella a su sabor, sin temor que se le encojan las sabanas. Lleguese pues a todo esto el dia, y la hora de recibir el grado de su exercicio: lleguese vn dia de batalla, que alli le pondran la borla en la cabeza, hecha de hilas, para curarle algun balazo, que quiza le aurâ passado las sienes, o le dexara estropeado de brazo, o pierna. Y quando esto no suceda, sino que el cielo piadoso le guarde, y conferue, sano, y viuo, podrá ser que se quede en la misma pobreza que antes estaua, y q̄ sea menester que suceda vno, y otro rencuentro, vna, y otra batalla, y que de todas salga vencedor, para medrar en algo. Pero estos milagros vense raras vezes. Pero dezidme señores, si aueys mirado en ello? **Quan** menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda aueys de responder, que no tienen comparacion ni se pueden reducir a cuenta los muertos, y que se podran contar los premiados viuos, con tres letras de guarismo. Todo esto es al reues en los letrados, porque de faldas, que no quiero dezir de mangas, todos tienen en que entretenerse. Así que aunque es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder, que es mas facil, premiar á dos mil letrados, que a treynta mil soldados. Porque a aquellos se premian con darles officios, que por fuerza se han de dar a los de su profesion: y á estos no se pueden premiar, sino con la misma hacienda del señor a quien sirven: y esta impossibilidad fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto á parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, sino boluamos á la preeminencia

nencia de las armas, contra las letras. Materia que hasta aora está por averiguar, segun son las razones, que cada vna de su parte alega: y entre las que he dicho, dizē las letras, que sin ellas no se podrian sustentar las armas. Por que la guerra también tiene sus leyes, y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podran sustentar sin ellas. Porque con las armas, se defienden las republicas, se conseruan los Reynos, se guardan las Ciudades, se aseguran los caminos, se despojan los mares de cosarios. Y finalmete, si por ellas no fuesse, las republicas; los Reynos, las Monarquias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra estarian sujetos al rigor, y à la confussion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de vsar de sus preuilegios, y de sus fuerças. Y es razon aueriguada, que aquello q̄ mas cuesta, se estima, y deue de estimar en mas. Alcançar alguno a ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigiliias, hambre, desnudez, vaguido de cabeça, indigestiones de estomago, y otras cosas a estas adherentes, que en parte ya las tengo referidas. Mas llegar vno por sus terminos a ser buen soldado, le cuesta todo lo que a el estudiante, en tanto mayor grado, que no tiene comparacion, porque a cada passo está a pique de perder la vida. Y que temor de necesidad, y pobreza, puede llegar, ni fatigar al estudiante, que llegue al que tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna fuerça, y estado de posta, o guarda, en algun rebellin, o cauallero, siente que los enemigos estan minando hâzia la parte donde el está, y no puede apartarse de alli, por ningun caso, ni huyr el peligro, que de tan cerca le amenaza. Solo lo que puede hazer, es, dar noticia a su Capitan de lo que passa, para que lo remedie con alguna contramina, y el estarse quedo temiendo, y esperando, quando impro-

uisamente

Quarta parte de don

uisamente ha de subir à las nubes sin alas, y baxar al profundo sin su voluntad . Y si este parece pequeño peligro, veamos si le yguala, o haze ventaja, el de enuestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacio. Las quales enclaujadas, y trauadas, no le queda al soldado mas espacio, del que concede dos pies de tabla del espolon . Y con todo esto, viendo que tiene delante de si tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria le assestan de la parte contraria , que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que al primer defcuydo de los pies yria à visitar los profundos senos de Neptuno : y con todo esto, con intrepido coraçon, lleuado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo al baxel contrario . Y lo que mas es de admirar, que apenas vno ha caydo, donde no se podrà leuantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mismo lugar, y si este tambien cae en el mar, que como a enemigo le aguarda, otro, y otro, le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes, valentia, y atreuimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra . Bien ay aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia de aquellos endemoniados instrumentos de la artilleria, a cuyo inuentor, tengo para mi, que en el infier no se le està dando el premio de su diabolica inuencion, con la qual dio causa, q vn infame, y cobarde braço, quite la vida a vn valeroso cauallero, y que sin saber como, o por donde, en la mitad del corage, y brio, que enciende, y anima a los valientes pechos, llega vna desmandada bala (disparada, de quien quiça huyò, y se espantò, del resplandor que hizo el fuego, al disparar de la maldita maquina) y corta, y cabá en vn instante los pensamientos, y vida, de quien la merecia gozar luengos siglos . Y assi considerando esto, estoy por dezir, que en
el

el alma me pesa de auer tomado este exercicio de cauallero andante en edad tan detestable, como es esta, en q̄ aora viuimos: porque aunque a mi ningun peligro me pone miedo, toda via me pone rezelo, pensar si la poluora, y el estaño, me han de quitar la ocasion de hazerme famoso, y conocido por el valor de mi braço, y filos de mi espada por todo lo descubierto de la tierra. Pero haga el cielo lo que fuere seruido, que tanto seré mas estimado, si salgo con lo que pretendo, quanto a mayores peligros me he puesto, que se pusieron los caualleros andantes, de los passados siglos. Todo este largo preambulo, dixo don Quixote, en tanto que los demas cenauan, oluidandose de llevar bocado a la boca, puesto que algunas vezes le auia dicho Sancho Pança, que cenasse, que despues auria lugar, para dezir todo lo que quisiere. En los que escuchado le auian, sobreuino nueva lastima, de ver que hombre, que al parecer tenia buen entendimiento, y buen discurso en todas las cosas que tratan, le huuiesse perdido tan rematadamente, en tratandole de su negra, y pizmieta-caualleria. El Cura le dixo, que tenia mucha razon, en todo quanto auia dicho en fauor de las armas, y que el aunque letrado, y graduado, estaua de su mismo parecer. Acabaron de cenar, levantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija, y Maritornes adereçauan el camaranchon de don Quixote de la Mancha, donde auian determinado, que aquella noche las mugeres solas en el se recogiesen: don Fernando rogò al cautiuo, les contasse el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuesse peregrino, y gustoso, segun las muestras que auia començado a dar viniendo en compania de Zorayda. A lo qual respondió el cautiuo, que de muy buena gana haria lo que se le mandaua, y que solo temia, que el cuento no auia de ser tal, que les diessse el gusto que el deseaua.

Quarta parte de don

Pero que con todo esso, por no faltar en obedecelle le contaria: El Cura, y todos los demas se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos, adonde el mandar tenia tanta fuerza. Y assi esten vuestras mercedes atentos, y oyràn vn discurso verdadero, a quien podria ser que no llegassen los mentirosos, que con curioso, y pensado artificio, suelen componerse. Con esto que dixo, hizo que todos se acomodassen, y le prestassen vn grande silencio, y el viendo que ya callauan, y esperauan lo que dezir quisiessse, con voz agradable, y reposada començo a dezir desta manera.

Capitul. XXXIX. Donde el cautiuo cuenta su vida, y successos.



EN VN Lugar de las montañas de Leon, tuuo principio mi linage, con quien fue más agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la estrecheça de aquellos pueblos, toda via alcãçaua mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si assi se diera maña á conseruar su hazienda, como se la daua en gasta. Y la condicion que tenia de ser liberal, y gastador, le procedio de auer sido soldado los años de su juuentud, Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco prodigo, y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras vezes. Passaua mi padre los terminos de la liberalidad, y rayaua en los de ser prodigo. Cosa que no le es de ningun prouecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nōbre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun el dezia, no podia yrse a la
mano

mano contra su condicion , quiso priuarfe del instrumē-
to, y causa, que le hazia gastador, y dadiuoso, que fue pri-
uarfe de la hazienda, sin la qual el mismo Alexandro pa-
reciera estrecho. Y assi llamandanos vn dia á todos tres,
a solas en vn aposento , nos dixo vnas razones semejan-
tes a las que aora dirè: Hijos para deziros que os quiero
bien, basta saber, y dezir , que soys mis hijos, y para en-
tender que os quiero mal , basta saber que no me voy a la
mano, en lo que toca à conseruar vuestra haziēda. Pues
para que entendays desde aqui adelante , que os quiero
como padre, y que no os quiero destruyr como padra-
stro, quiero hazer vna cosa con vosotros, que ha muchos
dias que la tengo pensada , y con madura consideracion
dispuesta. Vosotros estays ya en edad de tomar estado, ò
alomenos de elegir exercicio , tal que quando mayores
os honre, y aproueche. Y lo que he pensado, es, hazer de
mi hazienda quatro partes, las tres os darè a vosotros, a
cada vno lo que le tocare , sin exceder en cosa alguna, y
con la otra me quedarè yo, para viuir , y sustentarme los
dias que el cielo fuere seruido de darme de vida . Pero
querria, q̄ despues que cada vno tuuiesse en su poder la
parte que le toca de su hazienda, siguiessse vno de los ca-
minos que le dirè. Ay vn refrã en nuestra España, à mi
parecer muy verdadero, como todos lo son, por ser sen-
tencias breues, sacadas de la luenga, y discreta expertēcia,
y el q̄ yo digo, dize : Iglesia, ò mar, ò casa Real, como si
mas claramente dixera. Quien quisiere valer , y ser rico,
siga, ò la Iglesia, ò nauegue, exercitando el arte de la mer-
cancia, ò entre à seruir a los Reyes en sus casas, por q̄ di-
zen: Mas vale migaja de Rey, q̄ merced de señor. Digo
esto, porque querria, y es mi volūtad, q̄ vno de vosotros
siguiessse las letras, el otro la mercãcia, y el otro siruiessse
al Rey en guerra , pues es dificultoso entrar a seruirle en
su casa, que ya q̄ la guerra no dè muchas riquezas , suele

Quarta parte de don

dar mucho valor, y mucha fama. Dentro de ocho dias os darè toda vuestra parte en dineros, sin defraudaros en vn ardite, como lo vereys por la obra. Dezidme agora, si quereys seguir mi parecer, y consejo en lo que os he propuesto, y mãdandome a mi por ser el mayor, que respondiessè. Despues de auerle dicho que no se deshiziesse de la hazienda, sino que gastaessè todo lo que fuessè su voluntad, que nosotros eramos moços para saber ganarla, vine a concludir, en que cumpliria su gusto, y que el mio era seguir el exercicio de las armas, siruiendo en el a Dios, y a mi Rey. El segundo hermano, hizo los mismos ofrecimientos, y escogio el yrse a las Indias, llevando empleada la hazienda que le cupiessè. El menor, y a lo que yo creo el mas discreto, dixo que queria seguir la Iglesia, ò yrse à acabar sus començados estudios a Salamanca. Assi como acabamos de concordarnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre nos abraçò a todos, y con la breuedad que dixo, puso por obra quãto nos auia prometido, y dando a cada vno su parte, que a lo que se me acuerda, fueron cada tres mil ducados en dineros, porq̃ vn nuestro tio comprò toda la hazienda, y la pagò de contado, porque no saliesse del tronco de la casa. En vn mismo dia nos despedimos todos tres de nuestro buen padre, y en aquel mismo, pareciendome a mi ser inhumanidad, que mi padre quedasse viejo, y con tan poca hazienda, hize con el, que de mis tres mil tomassè los dos mil ducados, porque a mi me bastaua el resto, para acomodarme, de lo que auia menester vn soldado. Mis dos hermanos mouidos de mi exemplo, cada vno le dio mil ducados. De modo, que a mi padre le quedaron quatro mil ducados en dinero, y mas tres mil, que a lo que parece valia la hazienda q̃ le cupo, que no quiso vender, sino quedarle con ella en rayzes. Digo en fin, q̃ nos despedimos del, y de aquel nuestro tio q̃ he dicho, no sin mucho senti-

sentimiento, y lagrimas de todos, encargándonos, que les hiziessemos saber todas las vezes que huuiesse como didad para ello, de nuestros successos, prosperos, ò aduersos. Prometimoselo, y abraçandonos, y echandonos su bendicion, el vno tomò el viage de Salamanca, y el otro de Seuilla, y yo el de Alicante, adonde tuue nueuas que auia vna naue Ginouesa, que cargaua alli lana para Genoua. Este hará veynte y dos años, que sali de casa de mi padre, y en todos ellos, puesto que he escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de mis hermanos nueua alguna. Y lo que en este discurso de tiempo he passado, lo dire breuemente. Embarqueme en Alicante, lleguè con prospero viage a Genoua, fuy desde alli a Milan, donde me acomodè de armas, y de algunas galas de soldado, de donde quise yr à assentar mi plaça al Piamonte, y estando ya de camino para Alexandria de la Palla, tuue nueuas que el gan Duque de Alua passaua à Flandes. Mudè proposito, fuy me con el, seruije en las jornadas que hizo, hallè me en la muerte de los Condes de Eguemon, y de Hornos, alcancè a ser Alferes de vn famoso Capitan de Guadalajara, llamado Diego de Urbina. Y acabo de algun tiempo que lleguè a Flandes, se tuuo nueuas de la liga; que la Santidad del Papa Pio quinto de Felice recordacion, auia hecho con Venecia, y con España, contra el enemigo comun, que es el Turco. El qual en aquel mismo tiempo auia ganado con su armada la famosa Isla de Chipre, q̄ estaua debaxo del dominio de Venecianos, perdida lamentable, y desdichada. Supose cierto que venia por General desta liga el serenissimo don Iuan de Austria, hermano natural de nuestro buen Rey don Felipe. Diulgose el grandissimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incitò, y comouio el animo, y el desseo de verme en la jornada que se esperaua: y aunque tenia barruntos, y casi promessas ciertas, de que en

Quarta parte de don

la primera ocasion que se ofreciese, seria promovido a Capitan, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine a Italia. Y quiso mi buena suerte, que el señor don Iuan de Austria acabava de llegar á Génova, que passava à Nápoles, à juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Micina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicissima jornada, ya hecho Capitan de Infanteria, à cuyo honroso cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia, q̄ fue para la Christianidad tan dichoso, porque en el se desengañò el mundo, y todas las naciones, del error en que estauan, creyendo que los Turcos eran invencibles por la mar, en aquel dia digo, donde quedò el orgullo, y soberuia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como alli huvo. Porque mas ventura tuieron los Christianos que alli murieron, que los que vivos, y vencedores quedaron. Yo solo fuy el desdichado, pues en cambio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos, alguna naval corona, me via aquella noche, que siguió a tan famoso dia, con cadenas a los pies, y esposas a las manos. Y fue desta suerte, que auiedo el Vchali Rey de Argel, atreuido, y venturoso cofario, enuestido, y rendido la Capitana de Malta, que solos tres cavalleros quedaron vivos en ella, y estos mal heridos, acudio la Capitana de Iuan Andrea à focorreilla en la qual yo yua con mi compañia, y haziendo lo que denia en ocasion semejante, salte en la galera contraria, la qual desuiandose de la que auia enuestido, estoruó que mis soldados me siguieffen, y así me hallé solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir por ser tantos, en fin me rindieron lleno de heridas. Y como ya aueys señores oydo dezir, que el Vchali se saluò con toda su esquadra, vine yo a quedar cautiuo en su poder, y solo fuy el triste entre tantos alegres, y el cautiuo entre tantos libres, porque fueron quinze mil

Chris.

Christianos los que aquel dia alcançaron la deſſeada libertad, que todos veniã al remo en la Turqueſca armada. Lleuaronme a Coſtantinopla, donde el gran Turco Selin hizo General de la mara mi amo, porque auia hecho ſu deuer en la batalla, auiendo lleuado por muestra de ſu valor el Eſtandarte de la religion de Malta. Halletime el ſegundo año, que fue el de ſetenta y dos, en Nauarino, bogando en la Capitana de los tres fanales. Vi, y noté la ocaſion q̄ alli ſe perdio, de no coger en el puerto toda el armada Turqueſca. Porque todos los Leuãtes, y Gènzaros, que en ella venian, tuuieron por cierto, que les auian de enueſtir dentro del meſmo puerto, y tenian à punto ſu ropa, y paſlamaques, que ſon ſus çapatos, para huuirſe luego por tierra, ſin eſperar ſer combatidos: tanto era el miedo que auian cobrado a nueſtra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni deſcuydo del General, que a los nueſtros regia, ſino por los pecados de la Chriſtidadad: y porque quiere, y permite Dios, que tengamos ſiempre verdugos que nos caſtiguen. En eſe el Vchali ſe recogio a Modon, que es vna iſla que eſtã junto a Nauarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y eſtuuofe quedo, haſta que el ſeñor don Iuã ſe boluio. En eſte viage ſe tomó la galera, que ſe llamaua la Preſa, de quien era Capitan vn hijo de aquel famoso coſſario Barbaroxa: tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los ſoldados por aquel venturoſo, y jamas vencido Capitan don Aluaro de Baçan, Marques de ſanta Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que ſucedio en la preſa de la Preſa. Era tã cruel el hijo de Barbaroxa, y trataua tã mal a ſus cautiuos, que aſi como los que venian al remo vieron que la galera Loba les yua entrando, y que los alcançaua, ſoltaron todos a vn tiempo los remos, y aſieron de ſu Capitan, q̄

Quarta parte de don

estaua sobre el estanterol, gritando que bogassen a priesa, y passandole de banco en banco, de popa à proa, le dieron bocados, que a poco mas que passò del arbol, ya auia passado su anima al infierno. Tal era, como he dicho, la crueldad con que los trataua, y el odio que ellos le tenian. Boluimos a Constantinopla, y el año siguiente, que fue el de setenta, y tres, se supo en ella, como el señor dō Iuan auia ganado a Tunez, y quitado a aquel Reyno a los Turcos, y puesto en possession del a Muley Hamet, cortando las esperanças que de boluer a reynar en el tenia Muley Hamida, el Moro mas cruel, y mas valiente que tuuo el mundo. Sintio mucho esta perdida el grán Turco, y vsando de la sagacidad que todos los de su casa tienen, hizo paz con Venecianos, que mucho mas que ella desseauan: y el año siguiente de setenta y quatro, acometio a la Goleta, y al fuerte, que junto a Tunez auia dexado medio leuantado el señor don luã. En todos estos trances andaua yo al remo, sin esperança de libertad alguna: alomenos no esperaua tenerla por rescate, porque tenia determinado de no escriuir las nuevas de mi desgracia à mi Padre. Perdióse en fin la Goleta, perdióse el fuerte, sobre las quales plaças huuo de soldados Turcos, pagados, setenta y cinco mil: y de Moros, y Alarabes de toda la Africa, mas de quatrocientos mil, acompañado este tan gran numero de gente con tantas municiones, y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y apuñados de tierra pudieran cubrir la Goleta, y el fuerte. Perdióse primero la Goleta, tenuta hasta entonces por inexpugnable, y no se perdió por culpa de sus defensores, los quales hizieron en su defensa todo aquello que deuián, y podían, sino porque la experiéncia mostró la facilidad con que se podían leuantar trincheas en aquella desierta arena, porque a dos palmos se hallaua aguay los Turcos no la hallaron.

llaron a dos varas: y así con muchos sacos de arena levantaron las trincheas tan altas, que sobre pujauan las murallas de la fuerza, y tirandoles a cauallero, ninguno podia parar, ni asistir a la defensa. Fue comun opinion, que no se auian de encerrar los nuestros en la Goleta, sino esperar en campaña, al desembarcadero: y los que esto dizen hablan de lexos, y con poca experiencia de casos semejantes: porque si en la Goleta, y en el fuerte a penas auia siete mil soldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fueffen) salir a la campaña, y quedar en las fuerzas, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es posible dexar de perderse fuerza que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos, y porfiados, y en su misma tierra. Pero a muchos les parecio, y así me parecio a mi, que fue particular gracia, y merced que el cielo hizo a España, en permitir q̄ se assolasse aquella oficina, y capa de maldades, y aquella gomia, ô esponja, y polilla de la infinidad de dineros, que alli sin prouecho se gastauan, sin seruir de otra cosa, que de conseruar la memoria de auerla ganado, la felicissima del inuictissimo Carlos Quinto, como si fuera menester para hazerla eterna (como lo es, y ferâ) que aquellas piedras la sustentará? Perdióse también el fuerte, pero fueronle ganando los Turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendian pelearon tan valerosa, y fuertemente, que passaron de veynte, y cinco mil enemigos los que mataron en veynte y dos assaltos generales que les dieron. Ninguno captiuaron sano, de trecientos que quedaron viuos, señal cierta, y clara de su esfuerço, y valor, y de lo bien que se auian defendido, y guardado sus plaças. Rindiose a partido vn pequeño fuerte, ô torre que estaua en mitad del estaño, a cargo de don Iuan Zonaguera, cauallero Valenciano, y famoso soldado. Captiuaron a don Pedro Puertocarrero,

Quarta parte de don

General de la Golcta, el qual hizo quanto fue posible, por defender su fuerça, y sintio tanto el auerla perdido, que de pesar murio en el camino de Constantinopla, donde le lleuauan cautiuo. Cautiuaron ansi mismo al General del Fuerte, que se llamaua, Gabrio Cerbellon, cauallero Milanes, grande ingeniero, y valentissimo soldado. Murieron en estas dos fuerças muchas personas de Cuenta, de las cuales fue vna, Pagan de Oria, cauallero del habito de san Iuan, de condicion generoso, como lo mostrò la suma liberalidad que usò con su hermano el famoso Iuan Andrea de Oria: y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue auer muerto a manos de vnos Alarabes, de quiẽ se fiò viendo ya perdido el Fuerte, que se ofrecieron de llevarle en habito de Moro a Tabarca, que es vn porrezuelo, ò casa que en aquellas riberas tienen los Ginoueses, que se exercitan en la pesqueria del coral, los quales Alarabes le cortaron la cabeza, y se la truxeron al General de la armada Turquesca: el qual cumplio con ellos nuestro refran Castellano. Que aunque la traycion aplaze, el traydor se aborrece: y assi se dize, que mandò el General ahorcar a los que le truxeron el presente, porque no se le auian traydo viuo. Entre los Christianos que en el Fuerte se perdieron, fue vno llamado don Pedro de Aguilar natural no se de que lugar del Andaluzia, el qual auia sido Alferez en el Fuerte, soldado de mucha cuèra, y de raro entendimiento: especialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poesia. Digolo, porque su suerte le truxo a mi galea, y a mi banco, y a ser esclauo de mi mismo Patron: y antes que nos partièssimos de aquel puerto, hizo este cauallero dos Sonetos, a manera de epitafios, el vno a la Golera, y el otro al Fuerte. Y en verdad que los tengo de dezir, porque los se de memoria, y creo que antes causaràn gusto que pesadumbre. En el punto que el cautiuo

nombrò a don Pedro de Aguilar, don Fernando mirò a sus camaradas, y todos tres se sonrieron: y quando llegè a dezir de los Sonetos, dixo el vno, Antes que vuestra merced passè adelante, le suplico me diga, que se hizo esse don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que se es, respondió el cautiuo, que al cabo de dos años que estubo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnaute, con vn Griego espia, y no se si vino en libertad: puesto que creo que si, porque de allí a vn año vi yo al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el suceso de aquel viage. Pues no fue, respondió el cauallero, porque esse don Pedro es mi hermano, y està aora en nuestro lugar, bueno, y rico, casado, y contres hijos. Gracias sean dadas a Dios, dixo el cautiuo, por tantas mercedes como le hizo, porque no ay en la tierra, conforme mi parecer, contento que se yguale à alcançar la libertad perdida. Y mas replicò el cauallero, que yo se los Sonetos que mi hermano hizo. Digalos pues Vuesa merced, dixo el cautiuo, que los sabrà dezir mejor que yo. Que me plaze, respondió el cauallero: y el de la Goleta dezia así:

Cap. XL. Donde se profigue la historia del cautiuo.

S O N E T O.

Almas dichosas que del mortal velo
Libres, y essentas, por el bien que obrastes.
Desde la baxa tierra os leuastest
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroso zelo,
De los cuerpos la fuerça exercitastes,
Que en propia y sangre agena colorastes,
El mar vezino, y arenoso suelo.

Primo.

Quarta parte de don

Primero que el valor, fallò la vida

*En los cansados braços, que muriendo
Con ser vencidos llevan la victoria.*

Y esta vuestra mortal triste cayda,

*Entre el muro, y el hierro os va adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.*

Dessa misma manera le se yo, dixo el cautiuo. Pues
el del Fuerte, si mal no me acuerdo, dixo el cauallero,
dize assi.

SONETO

D*Entre esta tierra esteril, derribada,
Destos correones por el suelo echados,
Las almas santas de tres mil soldados,
Subieron viuas a mejor morada.*

*Siendo primero en vano exercitada
La fuerça de sus braços esforçados,
Hasta que al fin de pocos, y cansados,
Dieron la vida al filo de la espada.*

*Y este es el suelo que continuo ha sido
De mil memorias lamentables lleno
En los passados siglos, y presentes.*

*Mas no mas justas de su duro seno
Auran al claro cielo almas subido,
Ni aun el softiuo cuerpos san valientes,*

No parecieron mal los Sonetos, y el cautiuo se alegrò
con las nuevas que de su camarada le dieron: y profi-
guiendo su cuento, dixo: Rendidos pues la Golca, y el
Fuer-

Fuerté, los Turcos dieron orden en desmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedò tal, que no huuo que poner por tierra: y para hazerlo con mas breuedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero con ninguna se pudo bolar lo que parecia menos fuerte; que eran las murallas viejas: y todo aquello que auia quedado en pie de la fortificacion nueva, que auia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino a tierra. En resolucion, la armada boluio a Constantinopla, triunfante, y vencedora: y de alli a pocos meses murio mi amo el Vchali, al qual llaman, Vchali Fartax, que quiere dezir en lengua Turquesca, el renegado tiñoso, porque lo era: y es costumbre entre los Turcos, ponerse nombres de alguna falta que tengan, ò de alguna virtud que en ellos aya. Y estos, porque no ay entre ellos, sino quatro apellidos de linages, que decienden de la casa Otomana, y los demas, como tengo dicho, toman nombre, y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este tiñoso bogò al remo, siendo esclauo del gran señor ca torze años, y a mas de los 34 de su edad renegó, de despecho de que vn Turco estando al remo, le dio vn bofeton, y por poderse vengar, dexò su sè: y fue tanto su valor, que sin subir por los torpes medios, y caminos q̄ los mas priuados del gran Turco subèn, vino a ser Rey de Argel, y despues à ser General de la mar, q̄ es el tercero cargo que ay en aquel señorio. Era Calabres de nacion, y moralmente fue hombre de bien, y trataua con mucha humanidad a sus cautiuos, que llegó a tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartieron, como el lo dexò en su testamento, entre el gran señor (que también es hijo heredero de quantos mueren, y entra à la parte con los mas hijos que dexa el difunto) y entre sus renegados: y yo cupe a vn renegado Veneciano, que siendo brumete de vna naue, le cautiò el Vchali, y le quiso tâto,

que

Quarta parte de don

que fue vno de los mas regalados garzones suyos, y el vino a ser el mas cruel renegado que jamas se ha visto. Llamauase Azanaga, y llegò a ser muy rico, y a ser Rey de Argel, con el qual yo vine de Constantinopla algo contento, por estar tan cerca de España, no porque pensasse escriuir a nadie el desdichado suceso mio, sino por ver si me era mas fauorable la suerte en Argel que en Constantinopla, donde ya auia prouado mil maneras de huyrme, y ninguna tuuo fazon, ni ventura: y pensaua en Argel buscar otros medios de alcançar lo que tanto deseaua, porque jamas me desamparò la esperança de tener libertad, y quando en lo que fabricaua, pensaua, y yponia por obra, no correspondia el suceso a la intencion, luego sin abandonarme, fingia, y buscava otra esperança que me sustentasse, aunque fuesse debil, y flaca. Con esto entretenia la vida, encerrado en vna prision, ó casa, que los Turcos llaman baño, donde encierran los cautiuos Christianos, assi los que son del Rey, como de algunos particulares, y los que llaman del Almacen, que es como dezir, cautiuos del Consejo, que sirven a la ciudad en las obras publicas que haze, y en otros officios: y estos tales cautiuos tienen muy dificultosa su libertad, que como son del comun, y no tienen amo particular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como tengo dicho, suelen llevar a sus cautiuos algunos particulares del pueblo, principalmente quando son de rescate, porque alli los tienen holgados, y seguros, hasta que venga su rescate. Tambien los cautiuos del Rey, que son de rescate, no salen al trabajo con la demas chusma, sino es quando se tarda su rescate, que entonces, por hazerles que escriuan por el con mas ahinco les hazen trabajar, y yr por leña con los demas, que es vn no pequeño trabajo. Yo pues era vno de los de rescate, que como se supo que

era Capitan, puesto que dixere mi poca posibilidad, y falta de hazienda, no aprovecho nada para que no me pudiesen en el numero de los caualleros, y gente de rescate. Pusieronme vna cadena mas por señal de rescate, que por guardarme con ella, y assi passaua la vida en aquel baño con otros muchos caualleros, y gente principal, señalados, y tenidos por de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pudiera fatigarnos a vezes, y aun casi siempre, ninguna cosa nos fatigaua tanto, como oyr, y ver a cada passo las jamas vistas, ni oydas crueldades que mi amo vsaua con los Christianos. Cada dia ahorcava el suyo, empalaua a este, deforejaua aquel, y esto por tan poca ocasion, y tan sin ella, que los Turcos conocian que lo hazia no mas de por hazerlo, y por ser natural condicion suya ser homicida de todo el genero humano. Solo librò bien con el vn soldado Español, llamado tal de Saavedra, el qual con auer hecho cosas que quedaràn en la memoria de aquellas gentes por muchos años, y todas por alcançar libertad, jamas le dio palo, ni se lo mandò dar, ni le dixo mala palabra: y por la menor cosa de muchas que hizo, temiamos todos que auia de ser empalado, y assi lo temio el mas de vna vez: y sino fuera porque el tiempo no da lugar, yo dixera aora algo de lo que este soldado hizo, que fuera parte para entreteneros, y admiraros, harto mejor q̄ con el cuèro de mi historia. Digo pues, que encima del patio de nuestra prision, caian las ventanas de la casa de vn Moro rico, y principal, las quales, como de ordinario son las de los Moros, mas eran agujeros que ventanas, y aun estas se cubrian con celosias muy espessas, y apretadas. Acaecio pues, que vn dia estando en vn terrado de nuestra prision, con otros tres compañeros, haziendo prueuas de saltar con las cadenas, por entretener el tiempo, estando solos, por que todos los demas Christianos auian salido

Quarta parte de don

salido a trabajar, alcè a cafo los ojos, y vi que por aquellas cerradas ventanillas que he dicho parecia vna caña, y al remate della puesto vn lienço atado, y la caña se estaua blandeando, y mouiendose, casi como si hiziera señas, que llegassemos a tomarla. Miramos en ello, y vno de los que conmigo estauan, fue a ponerse debaxo de la caña, por ver si la soltauan, ò lo que hazian: pero assi como llegò alçaron la caña, y la mouieron a los dos lados, como si dixeran, no, con la cabeça. Boluiose el Christiano, y tornaronla á baxar, y hazer los mismos mouimientos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucediole lo mismo que al primero: Finalmente fue el tercero, y auinole lo que al primero, y al segundo. Viendo yo esto, no quise dexar de prouar la suerte, y assi como lleguè a ponerme debaxo de la caña, la dexarõ caer, y dio a mis pies dentro del baño: acudi luego a defatar el lienço, en el qual vi vn nudo, y dentro del venian diez zianiy, que son vnas monedas de oro baxo, que vsan los Moros, que cada vna vale diez reales de los nuestros. Si me holgue con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmente a mi, pues las muestras de no auer querido soltar la caña sino a mi, claro dezian, que a mi se hazia la merced. Tomè mi buen dinero, quebrè la caña, boluime al terradillo, mire la ventana, y vi que por ella salia vna muy blanca mano, que la abrian, y cerrauan muy aprieffa. Con esto entendimos, o imaginamos, que alguna muger que en aquellà casa viuia, nos deuia de auer hecho aquel beneficio: y en señal de que lo agradeciamos, hizimos zalemas a vfo de Moros, inclinando la cabeça, doblando el cuerpo, y poniendo los braços sobre el pecho. De alli a poco sacaron por la misma ventana vna pequeña cruz, hecha de cañas, y luego la boluieron a entrar. Esta señal nos
confir-

confirmò, en que alguna Christiana deuia de estar cauitua en aquella casa, y era la que el bien nos hazia: pero la blancura de la mano, y las axorcas que en ella vimos, nos deshizo este pensamiento, puesto que imaginamos, que deuia de ser Christiana renegada, á quien de ordinario suelen tomar por legitimas mugerer sus mismos amos, y aun lo rienen a ventura, porque las estiman en mas que las de su nacion. En todos nuestros discursos, dimos muy lexos de la verdad del caso, y assi todo nuestro entretenimiento desde alli adelante, era mirar, y tener por norte, a la ventana donde nos auia aparecido la estrella de la caña: pero bien se passaron quinze dias en que no la vimos, ni la mano tampoco, ni otra señal alguna. Y aunque en este tiempo procuramos con toda sollicitud, saber quien en aquella casa viuia, y si auia en ella alguna Christiana renegada, jamas huuo quiẽ nos dixesse otra cosa, sino que assi viuia vn Moro principal, y rico, llamado Agimorato, Alcayde que auia sido de la Pata, que es oficio entre ellos de mucha calidad. Mas quando mas descuydados estauamos, de que por alli auian de llover mas zianiys, vimos a deshora parecer la caña, y otro lienço en ella, con otro nudo mas crecido: y esto fue a tiempo que estaua el baño como la vez passada, solo, y sin gente. Hizimos la acostumbrada prueua, yendo cada vno primero que yo, de los mismos tres que estauamos, pero a ninguno se rindio la caña sino a mi, porque en llegando yo la dexaron caer. Desatè el nudo, y hallè quatroenta escudos de oro Españoles, y vn papel escrito en Arabigo, y al cabo de lo escrito hecha vna grande cruz. Besè la cruz, tomè los escudos, boluime al terrado, hizimos todos nuestras zalemas, tornò a parecer la mano, hize señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos, y alegres con lo sucedido; y como ninguno de nosotros no enten-

Quarta parte de don

dia el Arabigo, era grande el desseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyesse. En fin yo me determiné de fiarme de vn renegado, natural de Murcia, que se auia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligauan a guardar el secreto que le encargasse: porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de boluerse a tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cauiuos principales, en que dan fè en la forma que pueden, como el tal renegado es hombre de bien, y que siempre ha hecho bien a Christianos, y que lleua desseo de huyrse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay, que procuran estas fees con buena intencion: otros se firuen dellas, a caso, y de industria: que viniendo a robar a tierra de Christianos, si a dicha se pierden, ò los cauiuan, sacan sus firmas. y dizen, que por aquellos papeles se verá el proposito con que venian, el qual era, de quedar se en tierra de Christianos, y que por esso venian en corso con los demas Turcos. Con esto se escapan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Iglesia, sin que se les haga daño, y quando ven la suya, se bueluen a Berberia á fer lo que antes eran. Otros ay que vsan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues vno de los renegados que he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, donde le acreditauamos quanto era posible: y si los Moros le hallaran estos papeles, le quemaran viuo. Supe que sabia muy bien Arabigo, y no solamente hablarlo, sino escriuirlo. Pero antes que del todo me declarasse con el, le dixè, que me leyesse aquel papel, que acafo me auia hallado en vn agugero de mi rancho. Abriole, y estuuò vn buen espacio mirandole, y construyendole, murmurando entre los dientes Preguntele,

guntele. si lo entendia? Dixome, que muy bien, y que si queria que me lo declarasse palabra por palabra, que le diese tinta, y pluma, porque mejor lo hiziesse. Dimosle luego lo que pedia, y el poco a poco lo fue traduziéndolo: y en acabando, dixo: Todo lo que va aqui en Romance sin faltar letra, es lo que contiene este papel Morisco: y hase de advertir, que adonde dize, Lela Marien, quiere dezir, nuestra Señora la Virgen Maria. Leymos el papel, y dezia assi.

Quando yo era niña, tenia mi padre vna esclava, la qual en mi lengua me mostrò la Zala Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino con Ala, porque despues la vi dos vezes, y me dixo, que me fuesse a tierra de Christianos, a ver a Lela Marien, que me queria mucho. No se yo como vaya, muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido cauallero, sino tu. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que lleuar conmigo. Mira tu si puedes hazer como nos vamos, y seràs allà mi marido, si quisieres, y sino quisieres, no se me darà nada, que Lela Marien me darà con quien me case. Yo escriui esto, mira à quien lo das a leer, no te fies de uingun Moro, porque son todos marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarà luego en vn pozo, y me cubrirà de piedras. En la caña pondrè vn hilo, ata alli la respuesta: y sino tienes quien te escriua Arabigo, dimelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella, y Ala te guarde, y essa cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandò la cautiva.

Mirad, señores, si es razon que las razones deste papel nos admirassen, y alegrassèn, y assi lo vno, y lo otro fue

Quarta parte de don

de manera , que el renegado entendio , que no a caso se auia hallado aquel papel , sino que realmente à alguno de nosotros se auia escrito , y assi nos rogò , que si era verdad lo que sospechaua , que nos fiassemos del , y se lo dixessemos , que el auenturaria su vida por nuestra libertad , y diziendo esto , sacò del pecho vn crucifixo de metal . y con muchas lagrimas jurò por el Dios que aquella imagen representaua , en quien el , aunque pecador , y malo , bien , y fielmente creia , de guardarnos lealtad , y secreto , en todo quanto quiessemos descubrirle , porque le parecia , y casi adeuinaua , que por medio de aquella que aquel papel auia escrito , auia el , y todos nosotros de tener libertad , y verse el en lo que tanto desseaua , que era reducirse al gremio de la santa Iglesia su madre , de quien como miembro podrido estaua diuidido , y apartado por su ignorancia , y pecado . Con tantas lagrimas , y con muestras de tanto arrepentimiento dixo esto el renegado , que todos de vn mismo parecer consentimos , y venimos en declarar la verdad del caso , y assi le dimos cuenta de todo , sin encubrirle nada . Mostramosle la ventanilla por donde parecia la caña , y el marcò desde alli la casa , y quedò de tener especial , y gran cuidado , de informarse quien en ella uiuia . Acordamos ansi mismo , que seria bien responder al villero de la Mora : y como teniamos quien lo supiesse hacer , luego al momento el renegado escriuió las razones que yo le fuy notando , que puntualmente fueron las que dirè , porque de todos los puntos sustanciales que en este suceso me acontecieron , ninguno se me ha ydo de la memoria , ni aun se me yrà en tanto que tuuiere vida . En efeto , lo que a la Mora se le respondió , fue esto .

El verdadero Ala te guarde , señora mia , y aquella
ben-

Bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en coraçon, que te vayas a tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruegale tu que se sirua de darte a entender, como podrás poner por obra lo que te manda, que ella es tan buena, que si harâ. De mi parte, y de la de todos estos Christianos que estan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudieremos, hasta morir. No dexes de escriuirme; y auisarme lo que pensares hazer, que yo te responderé siempre, que el grande Alâ nos ha dado vn Christiano cautivo, que sabe hablar, y escriuir tu lengua, tan bien como lo veràs por este papel. Asi que sin tener miedo, nos puedes auisar de todo lo que quisieres. A lo que dizes, que si fueres a tierra de Christianos, que has de ser mi muger, yo te lo prometo, como buen Christiano: y sabe que los Christianos cumplen lo que prometen, mejor que los Moros. Ala, y Marien su Madre sean en tu guarda, señora mia.

Escrito, y cerrado este papel, aguardè dos dias a que estuiesse el baño solo, como solia, y luego sali al passo acostumbrado del terradillo, por ver si la caña parecia, q̄ no tardó mucho en assomar. Asi como la vi, aunque no podia ver quien la ponía, mostré el papel, como dando a entender, que pudiesen el hilo: pero ya venia puesto en la caña, al qual atè el papel; y de alli a poco tornó a parecer nuestra estrella con la blanca vandera de paz del atadillo, dexaronla caer, y alceja yo, y hallè en el paño en toda suerte de moneda, de plata, y de oro, mas de cinquenta escudos, los quales cinquenta vezes mas doblaron nuestro contento, y confirmaron la esperança de tener libertad. Aquella misma noche boluio nuestro renegado, y nos dixo, que auia sabido que en aquella casa viuia el mismo Moro que a nosotros nos auian dicho q̄ se llamaua Agimorato, riquissimo por todo estremo,

Quarta parte de don

el qual tenia vna sola hija, heredera de toda su hazienda: y que era comun opinion en toda la ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia: y que muchos de los Virreyes que alli venian la auian pedido por muger, y que ella nunca se auia querido casar: y que tambien supo, que tuuo vna Christiana cautiuua, que ya se auia muerto. Todo lo qual concertaua eon lo que venia en el papel. Entramos luego en consejo con el renegado, en que orden se tendria para sacar a la Mora, y venirnos todos a tierra de Christianos: y en fin se acordô por entonces, que esperassemos al auiso segundo de Zorayda, que assi se llamaua la que aora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos, que ella, y no otra alguna era la que auia de dar medio a todas aquellas dificultades. Despues que quedamos en esto, dixo el renegado, que no tuuiessemos pena, que el perderia la vida, ô nos pondria en libertad. Quatro dias estuuu el baño con gente, que fue ocasion que quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales en la acostumbrada soledad del baño parecio con el lienço tan preñado, que vn felicissimo parto promeria. Inclinosse a mi la caña, y el lienço, hallè en el otro papel, y cien escudos de oro sin otra moneda alguna. Estaua alli el renegado, dimosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que assi dezia.

Yo no se, mi señor, como dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marien me lo ha dicho, aunque yo se lo he preguntado: lo que se podrá hazer, es, que yo os darè por esta ventana muchissimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya vno en tierra de Christianos, y compre allà vna barca, y buelua por los demas, y a mi me hallarà en el jardin de mi padre, que està a la puerta de Babazon, junto a la marina, donde tengo de estar todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de alli de noche me podreys sacar sin
medo,

miedo, y llevarme a la barca. Y mira que has de ser mi marido, porque sino yo pediré a Marien que te castigue. Si note fias de nadie, que vaya por la barca, rescate tu, y ve, que yo se que boluerás mejor que otro, pues eres cauallero, y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te passées por ai fabrè que estâ solo el baño, y te darè mucho dinero. Ala te guarde, señor mio.

Esto dezia, y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada vno se ofrecio a querer ser el rescatado, y prometio de yr, y boluer con toda puntualidad, y tambien yo me ofreci a lo mismo: a todo lo qual se opusò el renegado, diziendo, q̄ en ninguna manera consentiria que ninguno saliesse de libertad, hasta que fuesen todos juntos, porque la experiencia le auia mostrado, quan mal cumplian los libres las palabras que daban en el cautiuerio: porque muchas vezes auian vsado de aquel remedio algunos principales cautiuos rescatando a vno que fuesse a Valencia, ô Mallorca con dineros para poder armar vna barca, y boluer por los que le auian rescatado, y nunca auian buelto: porque de la libertad alcançada, y el temor de no boluer a perderla, les borraua de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos dezia, nos contó breuemète vn caso que casi en aquella misma sazón auia acaecido a vnos caualleros Christianos, el mas extraño que jamas sucediò en aquellas partes, donde a cada passo suceden cosas de grande espanto, y de admiracion. En efeto el vino a dezir, que lo que se podia, y deuia hazer, era, que el dinero que se auia de dar para rescatar al Christiano, que se le diessè a el, para comprar alli en Argel vna barca, con achaque de hazerse mercader, y tratante en Tetuan, y en aquella costa, y que siendo el señor de la barca facilmente se daria

Quarta parte de don

traça para facarlos del baño , y embarcarlos a todos. Quanto mas que si la Mora, como ella dezia, daua dineros para rescatarlos a todos, que estando libres era facilissima cosa aun embarcarle en la mitad del dia : y que la dificultad que se ofrecia mayor , era, que los Moros no consenten, que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para yr en corfo : porque se temen, que el que compra barca, principalmente si es Español, no la quiere sino para yrse a tierra de Christianos: pero que el facilitarla este inconueniente, con hazer que vn Moro Tangerino fuesse a la parte con el en la compañía de la barca, y en la ganancia de las mercancias, y cõ esta sombra el vendria à ser señor de la barca, con que daua por acabado todo lo demas. Y puesto que a mi, y a mis camaradas nos auia parecido mejor lo de embiar por la barca à Mallorca, como la Mora dezia, no osamos contradizele, temerosos que si no haziamos lo que el dezia, nos auia de descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si descubriessse el trato de Zorayda, por cuya vida dieramos todos las nuestras : y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del renegado. Y en aquel mismo punto se le respondió a Zorayda, diziendole que hariamos todo quantò nos aconsejaua, porque lo auia aduertido tan bien, como si Lela Marien se lo huniera dicho, y que en ella sola estava dilatar a quel negocio, ò ponello luego por obra. Ofrecimele de nuevo de ser su esposo, y con esto, otro dia que acaecio a estar solo el baño, en diuersas vezes con la caña, y el paño, nos dio dos mil escudos de oro, y vn papel donde dezia, que el primer luma, que es el Viernes, se yua al jardín de su padre, y que antes que se fuesse nos daria mas dinero: y que si aquello no bastasse, que se lo auisassemos, que nos daria quanto le pidieffemos, que su padre remia tantos, que no le echariamos menos, quanto mas,
que

que ella tenia las llaves de todo. Dimos luego quinientos escudos al renegado, para comprar la barca: con ochocientos me rescate yo, dando el dinero a vn mercader Valenciano, que ala fazon se hallaua en Argel, el qual me rescató del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola de que con el primer baxel que viniessse de Valencia pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que auia muchos dias que mi rescate estaua en Argel, y que el mercader por sus grangerias lo auia callado. Finalmente, mi amo era tan cauiloso, que en ninguna manera me atreui a que luego se desembolsasse el dinero. El uenes antes del Viernes, que la hermosa Zorayda se auia de yr al jardin, nos dio otros mil escudos, y nos auisò de su partida: rogandome, que si me rescataste supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscasse ocasion de yr allá, y verla. Respondile en breues palabras, que assi lo haria, y que tuuiesse cuydado de encomendarnos a Lela Mariè, con todas aquellas oraciones que la cautiuale auia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatasen, por facilitar la salida del baño: y porque viendome a mi rescutado, y a ellos no, pues auia dinero, no se alborotassen, y les pertuadiesse el diablo que hiziesse alguna cosa en perjuizio de Zorayda: que puesto que el ser ellos quien eran, me podia assegurar deste temor, con todo esso no quise poner el negocio en auentura, y assi los hize rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza, y seguridad, pudiesse hazer la frança: al qual nunca descubrimos nuestro traro, y secreto, por el peligro que auia.

(: ? :)

• 2 •

Quarta parte de don

Capit. XLI. *Donde toda via prosigue el cauioo su
sucesso.*

NO SE Passaron quinze dias , quando ya nuestro renegado tenia comprada vna muy buena barca , capaz de mas de treynta personas : y para assegurar su hecho , y dalle color , quiso hazer , como hizo , vn viage a vn lugar que se llama Sargel , que está treynta leguas de Argel házia la parte de Oran , en el qual ay mucha contraracion de higos passos . Dos , ó tres vezes hizo este viage en compañía del Tagarino , que auia dicho . Tagarino llaman en Berberia à los Moros de Aragon : y a los de Granada , Mudejares : y en el Reyno de Fez llaman a los Mudejares , Elches , los quales son la gête de quien aquel Rey mas se sirue en la guerra . Digo pues , que cada vez que passaua con su barca daua fondo en vna calera , que estaua no dos tiros de ballesta del jardin donde Zorayda esperaua : y alli muy de proposito se ponía el renegado con los Morillos que bogauan el remo , ò ya à hazer la çala , ò a como por enfayarse de burlas , a lo que pensaua hazer de veras : y assi se yua al jardin de Zorayda , y le pedía fruta , y su padre se la daua sin conocelle : y aũque el quisiera hablar a Zorayda , como el despues me dixo , y dezille que el era el que por orden mia la auia de llevar a tierra de Christianos , que estuuieffe contenta , y segura , nunca le fue posible , porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro , ni Turco , sino es que su marido , ò su padre se lo manden . De Christianos cauuios se dexan tratar , y comunicar , aun mas de aquello que seria razonable : y a mi me huuiera pesado que el la huuiera hablado , que quiça la alborotara , viendo , que su negocio andaua en boca de renegados .
Pero

Pero Dios que lo ordenaua de otra manera, no dio lugar al buen desseo que nuestro renegado tenia: el qual viendo quan seguramente yua, y venia à Sargel, y que daua fondo quando, y como, y adonde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaua, y q̄ yo estaua ya rescitado, y que solo faltaua buscar algunos Christianos que bogassen el remo, me dixo, que mirasse yo quales queria traer conmigo fuera de los rescitados, y que los tuuiesse hablados para el primer Viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablè a doze Españoles, todos valientes hombres de remo, y de aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estauan veynte baxeles en corso, y se auian llenado toda la gente de remo: y estos no se hallaran, sino fuera que su amo se quedò aquel Verano sin yr en corso à acabar vna galeota que tenia en Arstillerero. A los quales no les dixè otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliesse vno a vno dissimuladamente, y se fuesse la buelta del jardin de Agimorato, y que alli me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada vno di este auiso de por sí, con orden, que aunque alli viesse otros Christianos, no les dixessen, sino que yo les auia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaua hazer otra, que era la que mas me conuenia, y era la de auisar a Zorayda en el punto que estauan los negocios, para que estuuiesse apercebida, y sobre auiso, que no se sobrefaltasse, si de improuiso la assaltassemos antes del tiempo que ella podia imaginar, que la barca de Christianos podia boluer. Y así determinè de yr al jardin, y ver si podria hablarla: y con ocasion de coger algunas yeruas, vn dia antes de mi partida fuy allá, y la primera persona con quien encontrè fue con su padre.

Quarta parte de don

padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berberia, y aun en Constantinopla se halla entre cautiuos, y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino vna mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de léguaje me preguntò, que que buscava en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que era esclauo de Arnaut Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era vn grandissimo amigo suyo) y que buscava de todas yeruas para hazer ensalada. Preguntome por el configuiente, si era hombre de rescate, ò no, y que quanto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas, y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya auia mucho que me auia visto: y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarse a los Christianos, ni tampoco se esquiuan (como ya he dicho) no se le dio nada de venir a donde su padre conmigo estaua, antes luego quando su padre vio que venia, y de espacio la llamò, y mandò que llegasse. Demasiada cosa seria dezir yo aora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostrò a mis ojos: solo diré, que mas perlas pendia de su hermosissimo cuello, orejas, y cabellos, q̄ cabellos tenia en la cabeça. En las gargantas de los sus pies, que descubiertas a su vança traia, traia dos carcaxes (que assi se llamauan las manillas, ò axorcas de los pies, en Morisco) de purissimo oro con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaua en diez mil doblas, y las que traia en las muñecas de las manos valian otro tanto. Las perlas eran en grã cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala, y bizarría de las Moras, es adornarse de ricas perlas, y aljofar: y assi ay mas perlas, y aljofar entre Moros, que entre todas las demas naciones, y el padre de Zorayda
tenia

tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel auia, y de tener assi mismo mas de docientos mil escudos Españoles: de todo lo qual era señora esta que aora lo es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, ô no, por las reliquias que le han quedado en tantos trabajos, se podrá conjeturar qual deuia de ser en las prosperidades? Porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene días, y sazones, y requiere accidentes para disminuirse, ô acrecentarse: y es natural cosa que las pasiones del animo la leuanten, ô baxen, puesto que las mas vezes la destruyen. Digo en fin, que entonces llegó en todo extremo adereçada, y en todo extremo hermosa, ô alomenos a mi me parecio serlo la mas que hasta entonces auia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me auia puesto, me parecia que tenia delante de mi vna deidad del cielo, venida à la tierra para mi gusto, y para mi remedio. Assi como ella llegó, le dixo su padre en su lengua, como yo era cautiuo de su amigo Arnauete Mami, y que venia a buscar en falada. Ella tomô la mano, y en aquella mezcla de lenguas que tengo dicho, me preguntò, si era cauallero, y que era la causa que no me rescataua. Yo le respondi: Que ya estaua rescataado, y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaua, pues auia dado por mi, mil y quinientos çoltanis. A lo qual ella respondió. En verdad que si tú fueras de mi padre, que yo hiziera que no te diera el por otros dos tantos: porque vosotros Christianos, siempre mentis en quanto dezis: y os hazeys pobres, por engañar a los Moros. Bien podria ser esso señora, le respondi, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo, y la trato, y la trataré con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas, dixo Zorayda? Mañana creo yo, dixen: pbrque esta a qui vn baxel de Francia, que se haze mañana à la vela,

Quarta parte de don

vela, y pienso yrme con el. No es mejor (replicò Zorayda) esperar a que vengan baxeles de España, y yrte con ellos, que no con los de Francia, que no son vuestros amigos? No respondi yo, aunque si como ay nuevas que viene ya vn baxel de España es verdad, toda via yo le aguardarè, puesto que es mas cierto el partirme mañana, por que el desseo q̄ tengo de verme en mi tierra, y con las personas que bien quiero, es tanto, que no me dixerà esperar otra comodidad si se tarda, por mejor que sea. Deues de ser sin duda casado en tu tierra, dixo Zorayda, y por esso desseas yr a verte cò tu muger? No soy respondi yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando allà. Yes hermosa la dama à quiè se la diste, dixo Zorayda? Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella, y dezirte la verdad, te parece a ti mucho. Desto se riyó muy de veras su padre, y dixo: Guala Christiano, que deue de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno? Sino mirala bien, y veràs como te digo verdad. Seruianos de intrepete a las mas destas palabras, y razones, el padre de Zorayda, como mas ladino, que aunque ella hablaua la bastarda lengua, que como he dicho allise vsa, mas declaraua su intencion por señas, que por palabras. Estàndo en estas, y otras muchas razones, llegó vn Moro corriendo, y dixo a grandes voces, que por las bardas, ò paredes del jardin, auian saltado quatro Turcos, y andauan cogiendo la fruta, aunque no estaua madura. Sobre saltò el viejo, y lo mismo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los Moros a los Turcos tienen, especialmente a los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que a ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuesen esclauos suyos. Digo pues, que dixo su padre a Zorayda: Hija retirate a la casa, y encierrate, en

santo

tanto que yo voy à hablar a estos canes: y tu Christiano busca tus yeruas, y vete en buen hora, y lleuete Ala con bien a tu tierra. Yo me inclinê, y el se fue a buscar los Turcos, dexandome solo con Zorayda, que començò a dar muestras de yrse donde su padre la auia mandado. Pero a penas el se encubrio con los arboles del jardin, quando ella boluiesse a mi, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: Amexi Christiano, amexi, que quiere dezir: Vaste Christiano, vaste? Yo la respondi: Señora si, pero no en ninguna manera sin ti: el primer Iuma me aguarda, y no te sobresaltes quâdo nos veas, que sin duda alguna yremos a tierra de Christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendio muy bien a todas las razones que entrambos passamos: y echandome vn braço al cuello, con desmayados passos començò a caminar hàzia la casa: y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera, y postura que os he contado, con vn braço al cuello, su padre que ya boluia de hazer yr a los Turcos, nos vio de la suerte, y manera que yuamos, y nosotros vimos que el nos auia visto. Pero Zorayda aduertida, y discreta, no quiso quitar el braço de mi cuello, antes se llegó mas a mi, y puso su cabeça sobre mi pecho, doblando vn poco las rodillas, dando claras señales, y muestras que se desmayaua: y yo ansi mismo di a entender, que la sostenia contra mi voluntad. Su padre llegó corriendo a donde estauamos, y viendo a su hija de aquella manera le preguntò, que que tenia: Pero como ella no le respondiê, dixo su padre: Sin dudâ alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado, y quitandola del mio, la arrimò a su pecho: y ella dando vn suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, boluio a dezir: Amexi Christiano, amexi: Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondió: No importa hija que
el Chris,

Quarta parte de don

el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya son ydos: no te sobrefalte cosa alguna, pues ninguna ay que pueda darte pesadumbre: pues como ya te he dicho, los Turcos a mi ruego se boluieron por donde entraron. Ellos, señor, la sobrasaltaron como has dicho, dixé yo a su padre: mas pues ella dize, que yo me vaya, no la quiero dar pesadumbre, quedate en paz, y con tu licencia bolueré, si fuere menester por yeruas a este jardin, que segun dize mi amo, en ninguno las ay mejores para ensalada, que en el. Todas las que quisieres podràs boluer, respondió Agimorato, que mi hija no dize esto porque tu, ni ninguno de los Christianos la enojauan, sino que por dezir que los Turcos se fuesen, dixo que tu te fueses, ó porque ya era hora que buscases tus yeruas. Con esto me despedi al punto de emtrã-bos, y ella arrancandosele el alma (al parecer) se fue con su padre. Y yo con achaque de buscar las yeruas, rodé muy bien, y a mi plazer todo el jardin. Miré bien las entradas; y salidas, y la fortaleza de la casa, y la comodidad que se podia ofrecer, para facilitar todo ñuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di cuenta de quanto auia pasado al renegado, y a mis compañeros: y ya no veia la hora de verme gozar sin sobresalto del bien que en la hermosa, y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En fin el tiempo se pasó, y se llegó el dia, y plazo de nosotros tan deseado: y siguiendo todos el orden, y parecer, que con discreta consideracion, y largo discurso muchas vezes auiamos dado, tuuimos el buen suceso que desseauamos. Porque el Viernes, que se siguió al dia que yo con Zorayda hablé en el jardin, Morrenago al anochecer dio fondo con la barca, casi frontero de donde la hermosissima Zorayda estaua. Ya los Christianos que auian de bogar el remo, estauan preuenidos, y escordidos por diuersas partes de todos aquellos alrededores,

res. Todos estauan suspensos y alborozados, aguardandome, desseosos ya de embestir con el baxel, que á los ojos tenian: porque ellos no sabian el concierto del Renegado, sino que pensauan que a fuerça de braços auian de auer y ganar la libertad, quitando la vida á los Moros que dentro de la barca estauan. Sucedió pues, que así como yo me mostré, y mis compañeros, todos los demás escondidos que nos vieron, se vinieron llegando a nosotros. Esto era ya á tiempo que la Ciudad estaua ya cerrada, y por toda aquella campaña ninguna persona parecia. Como estuuiamos juntos, dudamos si seria mejor yr primero por Zorayda, o rendir primero á los Moros vagarinos, que bogauan el remo en la barca. Y estando en esta duda, llegó á nosotros nuestro Renegado; diziendonos, que en que nos deteniamos, que ya era hora, y que todos sus Moros estauan descuidados, y los mas de ellos durmiendo. Diximosle en lo que reparauamos, y el dixo, que lo que mas importaua, era rendir primero el baxel, que se podia hazer con grandissima facilidad, y sin peligro alguno, y que luego podiamos yr por Zorayda. Parecionos bien á todos lo que dezia, y así sin detenernos mas, haziendo el la guia llegamos al baxel, y saltando el dentro primero metió mano á vn alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueua de aqui; sino quiere que le cueste la vida. Ya á este tiempo auian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera á su Arraez, quedaronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano á las armas, que pocas, o casi ningunas tenian, se dexaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron, amenazando á los Moros, que si alçauan por alguna via, o manera la voz, que luego al punto los passarian todos a cuchillo

Quarta parte de don

Hecho ya esto, quedandose en guardia dellos la mitad de los nuestros: los que quedauamos, haziendónos afsi mismo el renegado la guia, fuyamos aljardin de Agimorato, y quiso la buena suerte, que llegando à abrir la puerta, se abrio con tanta facilidad, como si cerrada nõ estuiera, y afsi con gran quietud, y silencio llegamos à la casa sin ser sentidos de nadie. Estaua la bellissima Zorayda aguardandonos à vna ventana, y afsi como sintio genete, preguntò con voz baxa, si eramos Nizarani, como si dixera, o preguntara, si eramos Christianos? Yo le respondi, que si, y que baxasse. Quando ella me conociò, no se detuvo vn punto, porque sin responderme palabra, baxò en vn instante: abrio la puerta, y mostrosè a todos tan hermosa, y ricamète vestida, que no lo aciertò a encarecer. Luego que yo la vile tomè vna mano, y la començé a besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas: y los demas que el caso no sabian, hizieron lo que vieron que nosotros haziamos, que no parecia sino que le dauamos las gracias, y la reconociamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dixo en lengua Morisca, si estaua su padre en eljardin? Ella respondió que si, y que dormia. Pues serà menester despertalle, replicò el renegado, y llevarnosle con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermosojardin. No, dixo ella, à mi padre no se ha de tocar en ningũ modo: y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo lleuo, que es tanto, que bien aurà para que todos quedeys ricos, y contentos: y esperaos vn poco, y lo vereys. Y diziendo esto, se bolujo a entrar, dizièdo, que muy presto bolueria, que nos estuuiessemos quedos, sin hazer ningun ruydo. Preguntele al renegado, lo que con ella auia passado: el qual me lo contò, a quien yo dixè, que en ninguna cosa se auia de hazer mas de lo que Zorayda quiesse. La qual ya boluia cargada con vn cofrezillo lle-

no de escudos de oro, tantos, que apenas lo podia sustentarse. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintiessse el ruydo que andaua en el jardin, y assomandose à la ventana, luego conoció que todos los que en el estauan eran Christianos, y dando muchas, grandes, y desafortadas voces, començò à dezir en Arabigo: Christianos, Christianos; ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima, y temerosa confusión. Pero el renegado viendo el peligro en que estauamos, y lo mucho que le importaua salir con aquella empresa, antes de ser sentido, con grandissima presteza subio donde Agimorato estaua: y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no osè desamparar à la Zorayda, que como desmayada se auia dexado caer en mis braços: en resolución los que subieron se dieron tan buena maña, que en vn momento baxaron con Agimorato, trayendole atadas las manos, y puesto vn pañizuelo en la boca, que que no le dexaua hablar palabra, amenazandole que el hablarla le auia de costar la vida. Quando su hija le vio, se cubriò los ojos por no verle, y su padre quedò espantado, ignorando quan de su voluntad se auia puestro en nuestras manos. Mas entonces siendo mas necesarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella auian quedado nos esperauan, temerosos de algun mal suceso nuestro. Apenas serian dos horas passadas de la noche quando ya estauamos todos en la barca, en la qual se le quitò al padre de Zorayda la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornole à dezir el renegado, que no hablasse palabra, que le quitarian la vida: el como vio allí à su hija començò a suspirar ternissimamente, y mas quando vio que yo estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin defenderse, ni quejarse,

Quarta parte de don

se, ni esquivarse, se estaua queda, pero con todo esto callaua, porque no pudiesen en efeto las muchas amenazas que el Renegado le hazia. Viendose pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, y viendo alli â su padre, y â los demas Moros que atados estauan, le dixo al Renegado, que me dixesse le hiziesse merced de soltar â aquellos Moros, y de dar libertad â su padre, porque antes se arrojaria en la mar que ver delante de sus ojos, y por causa suya llevar cautiuo â vn padre que tanto la auia querido. El Renegado me lo dixo, y yo respondi, que era muy contento: pero el respondi, que no conuenia, â causa que si alli los dexauan apellidarian luego la tierra, y alborotarian la Ciudad, y serian causa, que saliesen a buscarlos con algunas fragatas ligeras, y les tomassen la tierra, y la mar, de manera, que no pudiessemos escaparnos, que lo que se podria hazer, era, darles libertad en llegando â la primera tierra de Christianos: en este parecer venimos todos, y Zorayda, a quien se le dio cuenta, con las causas que nos mouian â no hazer luego lo que queria, tambien se satisfizo, y luego con regozijado silencio, y alegre diligencia cada vno de nuestros valientes remeros tomô su remo, y començamos, encomendándonos a Dios de todo coraçon â nauegar la buelta de las Isla de Mallorca, que es la tierra de Christianos mas cerca: pero â causa de soplar vn poco el viento Tramontana, y estar la mar algo picada, no fue posible seguir la derrota de Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra, a tierra la buelta de Oran, no sin mucha pesadumbre nuestra, por no ser descubiertos del lugar de Sargel, que en aquella costa cae no mas que sessenta millas de Argel: y assi mismo temiamos encontrar por aquel parage alguna galeota de las que de ordinario venian con mercancia de Te-tuan, aunque cada vno por si, y por todos juntos pre-
sumia-

fumiamos, de que si se encontraua galeota de mercãcia, como no fuesse de las que andan en corso, que no solo no nos perderiamos, mas que tomariamos baxel donde con mas seguridad pudiessemos acabar nuestro viage. Yua Zorayda, entanto que se nauegaua, puesta la cabeza entre mis manos, por no ver a su padre, y sentia yo que yua llamando â Lela Marien, que nos ayudasse. Bié auriamos nauegado treynta millas, quando nos amanecio, como tres tiros de arcabuz desuiados de tierra, toda la qual vimos desierta, y sin nadie que nos descubriessse, pero con todo esso nos fuymos â fuerça de braços entrãdo vn poco en la mar, que ya estaua algo mas sossegado, y auiendo entrado casi dos leguas, diose orden que se bogasse â quartales en tanto que comiamos algo, que yua bien proueyda la barca, puesto que los que bogauan dixeron que no era aquel tiempo de tomar reposo alguno, que les diessen de comer los que no bogauan, q̄ ellos no querian soltar los remos de las manos en manera alguna. Hizose ansi, y en esto començò a soplar vn viento largo que nos obligò a hazer luego vela, y à dexar el remo, y endereçar a Oran por no ser posible poder hazer otro viage: todo se hizo con mucha presteza, y asì â la vela nauegamos por mas de ocho millas por hora, sin lleuar otro temor alguno, sino el de encontrar con baxel q̄ de corso fuesse. Dimos de comer a los Moros vagarmos, y el renegado les consolò, diziendoles como no yuan cautiuos, que en la primera ocasion les darian libertad: lo mismo se le dixo al padre de Zorayda, el qual respòdio: Qualquiera otra cosa pudiera yo esperar, y creer de vuestra liberalidad, y buen termino, o Christianos, mas el darmel libertad, no me tengays por tan simple, q̄ lo imagine, que nunca os pusistes vosotros al peligro de quitarmela para boluerla tan liberalmente, espeçialmente sabiendo quien soy yo, y el interesse que se os puede

Quarta parte de don

seguir de darmela, el qual interresse si le quereys poner nombre, desde aqui os ofrezco todo aquello que quisieredes por mi, y por essa desdichada hija mia, o sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diciendo esto, començò a llorar tan amargamente, q̄ a todos nos mouio a compafsion, y forçò a Zorayda, q̄ le mirasse; la qual viendole llorar assi, se enternecio, que se leuantò de mis pies, y fue á abraçar a su padre, y juntando su rostro con el fuyo, començaron los dos tã tierno llanto, que muchos de los que alli yuamos le acompañamos en el: pero quando su padre la vio adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre si, le dixo en su lengua: Que es esto hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediesse esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios, y caseros vestidos, y agora sin que ayastenido tiempo de vestirte, y sin auerte dado alguna nueua alegre de solenizarla con adornarte, y pulirte te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas fauorable? Respondeme a esto, que me tiene mas suspenso, y admirado, que la misma desgracia en que me hallo? Todo lo que el Moro dezia a su hija, nos lo declaraua el renegado, y ella no le respondia palabra: pero quando el vio a vn lado de la barca el cofrezillo dóde ella solia tener sus joyas, el qual sabia el bien que le auia dexado en Argel, y no traydole al jardin, quedò mas confuso, y preguntole, que como aquel cofre auia venido a nuestras manos, y qué era lo que venia dentro? A lo qual el renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiesse, le respondió: No te canfes señor en preguntar à Zorayda tu hija tantas cosas, porque con vna que yo te responda te satisfare à todas: y assi quier o, que sepas que ella es Christiana, y es la que ha sido la lima de nuestras cadenas, y la liber-

bertad de nuestro cautiverio ella va aqui de su voluntad tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado, como el que sale de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, y de la pena a la gloria. Es verdad lo que este dize hija, dixo el Moro? Afsi es respondio Zorayda. Que en efeto, replicò el viejo, tu eres Christiana, y la que ha puesto a su padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondio Zorayda: La que es Christiana yo soy: pero no la que te ha puesto ea este punto, porque nunca mi desseo se estendio a dexarte, ni a hazerte mal, sino a hazerme a mi bien. Y que bien es el que te has hecho hija? Effen, respondio ella, preguntafelo tu a Lela Marien, que ella te lo sabra dezir mejor que yo. Apenas huuo oydo esto el Moro, quando con vna increyble presteza se arrojò de cabeça en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara, si el vestido largo, y embaraçoso que traia no le entretuuiera vn poco sobre el agua. Dio vozes Zorayda que le sacassen, y afsi acudimos luego todos, y asiendole de la almalafa le facamos medio ahogado, y sin sentido, de que recibio tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto hazia sobre el vn tierno, y doloroso llanto. Bòluimosle boca a baxo, boluio mucha agua: tornò en si alcabo de dos horas, en las quales auindose trocado el viento nos conuino boluer házia tierra, y hazer fuerça de remos por no enuestir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos a vna cala que se haze al lado de vn pequeño promontorio, o cabo, q de los Moros es llamado el de la Caua Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir la mala muger Christiana, y es tradicion entre los Moros, que es aquel lugar està enterrada la Caua, por quien se perdio España: porque Caua en su lengua, quiere dezir muger mala, y Rumia Christiana, y aun tienen por mal agüero llegar alli a dar fondo, quando la necesi-

Quarta parte de don

dad les fuerça à ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaua alterada la mar. Pusimos nuestras centienelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo q̄ el renegado auia proueydo, y rogamos a Dios, y à nuestra Señora de todo nuestro coraçon, que nos ayudasse, y fauoreciessse, para que felizmente diesssemos fin à tan dichoso principio. Diose orden à suplicacion de Zorayda como echasssemos en tierra a su padre, y à todos los demas Moros que alli atados venian: porque no le basta ua el animo, ni lo podian sufrir sus blandas entrañas, ver delante de sus ojos atado à su padre, y aquellos de su tierra presos. Prometimosle de hazerlo asì al tiempo de la partida, pues no corria peligro el dexallos en aquel lugar que era despoblado. No fueron tan vanas nuestras oraciones que no fuessen oydas del cielo, que en nuestro fauor luego boluio el viento tranquilo el mar, combidandonos a que tornasssemos alegres a proseguir nuestro comenzado viage. Viendo esto desatamos à los Moros, y vno à vno los pusimos en tierra, de lo que ellos se quedaron admirados: pero llegando a desembarcar al padre de Zorayda, que ya estaua en todo su acuerdo, dixo: Porque pensays Christianos que esta mala hembra huelga de que me deys libertad? Pensays que es por piedad que de mi tiene? no por cierto, sino que lo haze por el estoruo que le darà mi presencia, quando quiera poner en execucion sus malos desseos, ni penseys que la ha mouido a mudar religion, entender ella que la vuestra a la nuestra se auentaja, sino el saber que en vuestra tierra se vsa la deshonestidad mas libremente que en la nuestra: y boluiendose a Zorayda, teniédole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algun desarino no hiziesse, le dixo: O infame moça, y mal acósejada mucha
cha,

cha, adonde vas ciega, y desatinada en poder de estos pe-
rros naturales enemigos nuestros. Maldita sea la hora
en que yo te engendrê, y malditos sean los regalos, y de-
leytes en que te he criado. Pero viendo yo que lieuuaua
termino de no acabar tan presto, di priessa a ponelle en
tierra, y desde alli â voces prosiguió en sus maldiciones,
y lamentos, rogando a Mahoma rogasse a Alâ que nos
destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quâdo por auer
nos hecho â la vela no podimos oyr sus palabras, vimos
sus obras, que eran arrancarse las barbas, meffarse los ca-
bellos, y arrastrarse por el suelo: mas vna vez esforçò la
voz de tal manera que podimos entêder que dezia: Buel-
ue amada hija, buelue â tierra que todo te lo perdono, en-
trega â estos hombres esse dinero que ya es fuyo, y buel-
ue â consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta
arena dexara la vida si tu le dexas. Todo lo qual escucha-
ua Zorayda, y todo lo sentia, y lloraua, y no supo dezir-
le, ni respondelle palabra, sino: Plega a Alâ padre mio,
que Lela Marien, q̄ ha sido la causa de que yo sea Chris-
tiana, ella te consuele en tu tristeza. Alâ sabe bien, q̄ no
pude hazer otra cosa de la q̄ he hecho, y que estos Chris-
tianos no deuen nada â mi voluntad, pues aunque quisie-
ra no venir con ellos, y quedarme en mi casa, me fuera
imposible, segun la priessa que me daua mi alma a po-
ner por obra esta que â mi me parece tan buena, como tu
padre amado la juzgas por mala. Esto dixo â tiempo q̄
ni su padre la oïa, ni nosotros ya le veyamos: y assi con-
solando yo â Zorayda atendimos todos a nuestro viage,
el qual nos le facilitaua el propio viento, de tal manera,
que bien tuuimos por cierto de vernos otro dia al ama-
necer en las riberas de España: mas como pocas vezes,
o nunca viene el bien puro, y sencillo sin ser acompaña-
do, o seguido de algun mal que le turbe, o sobrefalte, qui-
so nuestra ventura, o quiza las maldiciones que el Mo-

Quarta parte de don

ro a su hija auia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean: quiso digo, que estando ya en golfados, y siédo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenillados los remos, porque el prospero viento nos quitaua del trabajo de auerlos menester con la luz de la Luna; que claramente resplandecia, vimos cerca de nosotros vn baxel redondo que con todas las velas tendidas, llevando vn poco a orça el timon delante de nosotros, atraueffaua, y esto tan cerca que nos fue forçoso amaynar por no enuestirle, y ellos así mismo hizieron fuerza de timon para darnos lugar que passassemos: auianse puesto a bordo del baxel a preguntarnos quien eramos, y adonde naueguamos, y de donde veniamos: pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dixo nuestro renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son cofarios Franceses, que hazen à toda ropa: por este aduertimiento ninguno respondió palabra, y auiendo passado vn poco delante, que ya el baxel quedaua forauento, de improuiso soltaron dos pieças de artilleria, y à lo que parecia ambas venian con cadenas, porque con vna cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieça vino a dar la vela en mitad de nuestra barca, de modo que la abrio toda sin hazer otro mal alguno: pero como nosotros nos vimos yr à fondo, començamos todos à grandes voces à pedir socorro, y à rogar à los del baxel que nos acogiesen, porque nos anegauamos: amaynaron entonces, y echando el esquife, o barca à lamar, entraron en el hasta doze Franceses bien armados con sus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y así llegaron junto al nuestro, y viendo quan pocos eramos, y como el baxel se hundia nos recogieron, diciendo, que por auer vsado de la descortesia de no respondelles nos auia sucedido

do aquello. Nuestro renegado tomó el cofre de las riquezas de Zorayda, y dio con él en la mar, sin que ninguno echasse de ver en lo que hazia: en resolución todos passamos con los Franceses, los quales despues de auer-se informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teníamos, y à Zorayda le quitaron hasta los carcaxes que traía en los pies, pero no me daua á mi tanta pesadumbre la que a Zorayda dauan, como me la daua el temor que tenia, de que auian de passar del quitar de las riquissimas, y preciosissimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaua, pero los desseos de aquella gente no se estienen à mas que al dinero, y desto jamas se vee harta su codicia, lo qual entonces llegó a tanto, que aun hasta los vestidos de cauiuos nos quitaran, si de algun provecho les fueran: y huuo parecer entre ellos de que à todos nos arrojasen à la mar embueltos en vna vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos lleuauan viuos serian castigados siendo descubierro su hurto, mas el Capitan que era el que auia despojado à mi querida Zorayda, dixo que él se contentaua con la presa que tenia, y que no quería tocar en ningun puerto de España, sino yrse luego à camino, y passar el estrecho de Gibraltar de noche, o como pudiesse, hasta à la Rochela de donde auia salido, y así tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su nauio, y todo lo necesario, para la corta nauigacion que nos quedaua, como lo hizieron otro dia, ya à vista de tierra de España, con la qual vista, y alegría, todas nuestras pesadumbres, y pobrezas se nos olvidarón de todo punto, como si propriamente no huieran pasado por nosotros, tanto es el gusto de

Quarta parte de don

to de alcançar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua, y algun bizcocho, y el Capitán movido no se de que misericordia a embarcarse la hermosissima Zorayda le dio hasta quarenta escudos de oro, y no consintio que le quitassen sus soldados estos mismos vestidos, que a hora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimosles las gracias por el bien que nos hazian, mostrandonos mas agradecidos que quexosos: ellos se hizieron a lo largo siguiédo la derrota del estrecho, nosotros sin mirar a otro Norte, que à la tierra que se nos mostrava delante, nos dimos tanta priessa a bogar, que al poner del Sol estauamos tan cerca, que bien pudieramos a nuestro parecer llegar antes que fuera muy noche; pero por no parecer en aquella noche la Luna, y el cielo mostrarse escuro, y por ignorar el parage en que estauamos; no nos parecio cosa segura enuestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecia, diziendo, que diessemos en ella, aunque fuesse en vnas peñas, y lexos de poblado, porque assi assegurariamos el temor que de razon se deuia tener, que por alli anduuiessen baxeles de cosarios de Teruan, los quales anohecen en Berberia, y amanecen en las Costas de España, y hazen de ordinario presa, y se bueluen à dormir a sus casas: pero de los contrarios pareceres, el que se tomò fue, que nos llegassem poco a poco, y que si el sosiego del mar lo concediesse, desembarcassemos donde pudiessemos. Hizose assi, y poco antes de la media noche seria, quando llegamos al pie de vna disformissima, y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediesse vn poco de espacio, para poder desembarcar comodamente, enuestimos en la arena, salimos todos a tierra, y besamos el suelo, y con lagrimas de alegrissimo contento, dimos todos gracias à Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable, q̄ nos auia

auia hecho en nuestro viage: facamos de la barca los bastimentos que tenia, tiramosla en tierra, y subimos vn grandissimo trecho en la montaña, porque aun alli estauamos, y aun no podiamos assegurar el pecho, ni acabamos de creer que era tierra de Christianos la que ya nos sostenia. Amanecio mas tarde, a mi parecer, de lo que quisieramos: acabamos de subir toda la montaña por ver si desde alli algun poblado se descubria, o algunas cabañas de pastores, pero aunque mastendimos la vista, ni poblado ni persona, ni fenda, ni camino descubrimos. Con todo esto determinamos de entrarnos la tierra a dentro: pues no podria ser menos, sino que presto descubriessimos quien nos diese noticia della: pero lo que a mi mas me fatigaua, era el ver yr a pie a Zorayda por aquellas asperezas, que puesto que alguna vez la puse sobre mis ombros, mas le cansaua a ella mi cansancio, que la reposaua su reposo, y assi nunca mas quiso q̄ yo aquel trabajo tomasse: y cō mucha paciencia, y muestras de alegria lleuandola yo siempre de la mano, poco menos de vn quarto de legua deuiamos de auer andado, quando llegò a nuestros oydos el son de vna pequeña esquila, señal clara que por alli cerca auia ganado, y mirando todos con atencion si alguno se parecia, vimos al pie de vn alcornoque vn pastor moço, que con grande reposo, y descuydo estaua labrando vn palo con vn cuchillo, dimos voces. y el alçando la cabeça se puso ligeramente en pie, y â lo que despues supimos, los primeros que â la vista se le ofrecieron, fueron el Renegado, y Zorayda, y como el los vio en habito de Moros, pensò que todos los de la Berberia estauan sobre el, y metiendose con estraña ligereza por el bosque adelante començò a dar los mayores gritos del mundo, diciendo: Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con estas voces quedamos todos confusos, y no sabiamos q̄ hazer-

Quarta parte de don

hazernos, pero considerando que las voces del pastor auian de alborotar la tierra, y que la caualleria de la costa auia de venir luego a verlo que era, acordamos que el renegado se desnudasse las ropas de Turco, y se vistiesse vn gileco, o casaca de cautiuo que vno de nosotros le dio luego, aunque se quedò en camisa, y assi encomendandonos a Dios fuymos por el mismo camino, q̄ vimos que el pastor lleuaua, esperando siempre quando auia de dar sobre nosotros la caualleria de la costa, y no nos engaño nuestro pensamiento, porque aun no aurian passado dos horas, quando auiendo ya salido de aquellas malezas â vullano descubrimos hasta cincuenta caualleros, que con gran ligereza corriendo a media rienda â nosotros se venian; y assi como los vimos nos estuimos quedos aguardandolos, pero como ellos llegaron, y vieron, en lugar de los Moros que buscauan, tâto pobre Christiano, quedaron confusos, y vno dellòs nos preguntò si eramos nosotros á caso la ocasion, porque vn pastor auia apellidado arma: Si, dixè yo, y queriendo començar â dezirle mi suceso, y de donde veniamos, y quien eramos: vno de los Christianos que con nosotros venian conócio al ginete que nos auia hecho la pregunta, y dixo sin dexarme a mi dezir mas palabra: Gracias sean dadas a Dios, señores, que a tan buena parte nos ha conduxido, porque si yo no me engaño, la tierra que pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años de mi cautiuo no me han quitado de la memoria el acordarme, q̄ vos señor, que nos preguntays quié somos, soys Pedro de Bustamante tio mio: apenas huuo dicho esto el Christiano cautiuo, quando el ginete se arrojò del cauallo, y vino a abraçar al moço, diziendole: Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conozco, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi hermana tu madre, y todos los tuyos, que aun viuen: y Dios ha sido serui-

da

do de darles vida, para que gozen el placer de verte: ya sabiamos que estauas en Argel, y por las señales, y muestras de tus vestidos, y la de todos los desta compañía comprehendo que aueys tenido milagrosa libertad. Así es respondiò el moço, y tiempo nos quedara para contaroslo todo. Luego que los ginetes entendieron que eramos Christianos cautiuos, se apearon de sus cauallos, y cada vno nos combidaua con el suyo, para llevarnos à la Ciudad de Velez Malaga, que legua, y media de alli estaua, algunos dellos boluieron a llevar la barca a la Ciudad, diziendoles donde la auiamos dexado: otros nos subieron a las ancas: y Zorayda fue en las del cauallo del tio del Christiano. Salionos a recibir todo el pueblo, que ya de alguno que se auia adelantado sabian la nueua de nuestra venida. No se admirauan de ver cautiuos libres, ni Moros cautiuos; porque toda la gente de aquella costa está hecha a ver los vnos, y à los otros; pero admirauanse de la hermosura de Zorayda, la qual en aquel instante, y fazon estaua en su punto, así con el cansancio del camino, como con la alegría de verse ya en tierra de Christianos, sin sobresalto de perderse, y esto le auia sacado al rostro tales colores, que sino es que la aficion entonces me engañaua, osara dezir, que mas hermosa criatura no auia en el mundo, alomenos, que yo la huieffe visto. Fuymos derechos à la Iglesia a dar gracias à Dios por la merced recebida, y así como en ella entrò Zorayda, dixo que alli auia rostros que se parecian à los de Lela Marien: diximosle q̄ eran imagenes fuyas, y como mejor se pudo le dio el renegado a entender lo que significauan, para que ella las adorasse, como si verdaderamente fueran cada vna, de ellas la misma Lela Marien, que la auia hablado: ella q̄ tiene buen entendimiento, y vn natural facil, y
claro

Quarta parte de don

claro entendio luego, quanto acerca de las imagenes se le dixo . Desde alli nos lleuaron, y repartieron a todos en diferentes casas del pueblo, pero al Renegado, Zorayda, y à mi nos lleuò el Christiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como a su mismo hijo. Seys dias estuimos en Velez, alcabo de los quales el Renegado hecha su informacion de quanto le conuenia, se fue à la Ciudad de Granada à reduzirse por medio de la santa Inquisiciõ, al gremio santissimo de la Iglesia, los demas Christianos libertados se fueron cada vno donde mejor le parecio, solos quedamos Zorayda, y yo con solos los escudos que la cortesia del Frances le dio a Zorayda, de los quales comprè este animal en que ella viene, y siruiendo la yo hasta aora de padre, y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es viuõ; ò si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura, que la mia. Puesto que por auerme hecho el cielo, compañero de Zorayda, me parece, que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleua las incomodidades, que la pobreza trae consigo, y el desseo que muestra tener, de verse ya Christiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueue a seruirle todo el tiempo de mi vida. Puesto que el gusto que tengo de verme suyo, y de que ella sea mia, me le turba, y deshaze, no saber si hallarè en mi tierra algun rincon donde recogella, y si auran hecho el tiempo, y la muerte, tal mudança en la hazienda, y vida de mi padre, y hermanos, que apenas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas señores. que deziros de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mi se dezir, que quisiera auerlos contado mas breuemente,

re, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

Cap. XLII. Que trata de lo que mas sucedio en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

C Allò en diziendo esto el cautiuo, a quien don Fernando dixo: Por cierto señor Capitan, el modo con que aueys còtado este extraño suceso, ha sido tal, que yguala à la nouedad, y estrañeza del mismo caso. Todo es peregrino, y raro, y lleno de accidentes, q̄ marauillan, y suspenden, a quien los oye. Y es de tal manera el gusto que hemos recebido, en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana entretenidos en el mismo cuento, holgaramos que de nueuo se començara. Y en diziendo esto, don Antonio, y todos los demas se le ofrecieron, con todo lo hâ ellos posible, para seruirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el Capitan se tuuo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofrecio don Fernando, que si queria boluerse con el, que el haria que el Marques su hermano fuesse padrino del Bautismo de Zorayda, y que el por su parte le acomodaria de manera, que pudiesse entrar en su tierra, con el autoridad, y comodo, que a su persona se deuia. Todo lo agradeccio cortesissimamente el cautiuo, pero no quiso acetar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaua ya la noche, y al cerrar della llegò à la venta vn coche con algunos hombres de acauallo: pidieron posada, a quien la ventera respondio, que no auia en toda la venta vn palmo desocupado. Pues aunque effo se a, dixo vno de los de acauallo, que auian entrado, no ha de

Quarta parte de don

faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la hucspeda, y dixo: Señor lo que en ello ay, es, que no tengo camas, si es que su merced del señor Oydor la trae, que si deue de traer, entre en buen hora, que yo, y mi marido nos saldremos de nuestro aposento, por acomodar á su merced. Sea en buen hora, dixo el escudero: pero á este tiempo, ya auia salido del coche vn hombre, que en el trage mostrò luego el oficio, y cargo que tenia, porque la ropa luenga, con las mangas arrocadas, que vestia, mostraron ser Oydor, como su criado auia dicho. Traña de la mano a vna donzella, al parecer de hasta diez, y seys años, vestida de camino; tan bizarra, tan hermosa, y tan gallarda, que a todos puso en admiracion su vista. De fuerte, que a no auer visto a Dorotea, y á Lusinda, y Zorayda, que en la venta estauan, creyeran que otra tal hermosura, como la desta donzella, dificilmente pudiera hallarse. Hallofe don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella, y afsi como le vio, dixo: Seguramente puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrechezà, ni incomodidad en el mundo, que no dê lugar á las armas, y á las letras, y mas si las armas, y letras, traen por guia, y adalidà la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced, en esta fermosa donzella, a quien deuen no solo abrirse, y manifestarse los castillos, sino apartarse los riscos, y diuidirse, y abaxarse las montañas, para dalle acogida. Entre vuestra merced, digo, en este parayso, que aqui hallará estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra merced trae consigo. Aqui hallará las armas en su punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedò el Oydor del razonamiento de don Quixote, a quien se puso a mirar muy de proposito. Y no menos le admiraua su talle, que sus palabras, y
fin

fin hallar ningunas con que respondelle , se tornò a admirar de nuevo, quando vio delante de si a Lusinda, Dorothea, y a Zorayda, que a las nueuas de los nuevos huéspedes, y a las que la ventera les auia dado de la hermosura de la donzella , auian venido a verla, y a recibirla. Pero don Fernando, Cardenio, y el Cura , le hizieron mas llenos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efecto, el señor Oydor entrò confuso , assi de lo que veía , como de lo que escuchaua, y las hermosas de la venta dieron la bien llegada a la hermosa donzella. En resolucion, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que allí estaua. Pero el talle, visage, y la postura de don Quixote, le defatinaua , y auiendo passado entre todos cortesanes ofrecimientos. y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estaua ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camaranchon ya referido , y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assi fue contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuesse con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero , y con la mitad de la que el Oydor traía, se acomodaron aquella noche, mejor de lo que pensauan. El cautiuo, que desde el punto que vio al Oydor , le dio saltos el coraçon , y barruntos, de que aquel era su hermano , preguntò a vno de los criados, que con el venian, que como se llamaua, y si sabia de que tierra era? El criado le respondió, que se llamaua, el Licenciado Iuan Perez de Viedma, y que auia oydo dezir, que era de vn lugar de las Montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que el auia visto, se acabò de confirmar , de que aquel era su hermano, que auia seguido las letras por consejo de su padre. Y alborotado y rentento, llamando a parte a don Fernando, a Cardenio y al Cura, les contò lo que passaua, certi-

Quarta parte de don

ficandoles, que aquel Oydor era su hermano. Auiale dicho tambien el criado, como yua proueydo por Oydor à las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien, como aquella donzella era su hija, de cuyo parto auia muerto su madre, y que el auia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedò en casa. Pidioles consejo, que modo tendria para descubrirse, o para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaria, o le recibiria con buenas entrañas. Dexeseme à mi el hazer essa experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no ay pensar, sino que vos señor Capitan fereys muy bien recebido, porque el valor, y prudencia, que en su buen parecer descubre yuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el Capitan, yo querria no de improuiso, sino por rodeos, darmele a conocer. Ya os digo, respondió el Cura, que yo lo traçare de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaua adereçada la cena, y todos se sentaron a la mesa, eceto el cautiuo, y las señoras, que cenaron de por si en su aposento. En la mitad de la cena, dixo el Cura: Del mismo nombre de vuestra merced, señor Oydor, tuue yo vna camarada en Constantinopla, donde estuue cautiuo algunos años. La qual camarada, era vno de los valientes soldados, y Capitanes, que auia en toda la infanteria Española. Pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaua esse Capitan señor mio, preguntò el Oydor? Llamauase, respondió el Cura, Ruyperrez de Viedma, y era natural de vn lugar de las Montañas de Leon. El qual me contò vn caso, que à su padre có sus hermanos le auia sucedido, que a no contarmelo vn hombre tan verdadero como el, lo tuuiera por conseja, de aquellas que

que las viejas cuentan el invierno al fuego. Porque me dixo, que su padre auia diuidido su hazienda entre tres hijos que tenia, y les auia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton. Y se yo dezir, que el que el escogio, de venir à la guerra, le auia sucedido tan bien, que en pocos años por su valor, y esfuerço, sin otro braço que el de su mucha virtud, subio à ser Capitan de infanteria, y à verse en camino, y predicamento, de ser presto maestro de Campo. Pero fuele la fortuna contraria, pues donde la pudiera esperar, y tener buena, allí la perdio, con perder la libertad, en la felicissima jornada, donde tantos la cobraron, q̄ fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdi en la Goleta, y despues por diferentes sucessos nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino a Argel, donde se que le sucedio vno de los mas estraños casos, que en el mundo han sucedido. De aquí fue prosiguiendo el Cura, y con breuedad sucinta contò lo que con Zorayda à su hermano auia sucedido. A todo lo qual estaua tan atento el Oydor, que ninguna vez auia sido tan oydor como entonces. Solo llegó el Cura al punto, de quando los Franceses despojaron à los Christianos que en la barca venian, y la pobreza, y nécessidad en que su camarada, y la hermosa Mora auian quedado. De los quales, no auia sabido en que auian parado, ni si auian llegado à España, olleuadòlos los Franceses a Francia. Todo lo que el Cura dezia, estaua escuchando algo de allí desuiado el Capitan, y notaua todos los mouimientos que su hermano hazia. El qual, viendo que ya el Cura auia llegado al fin de su cuento, dando vn grande suspiro, y llenandosele los ojos de agua, dixo: O señor, si supießedes las nueuas que me aueys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoso dar muestras dello con estas lagrimas, que contra toda mi discrecion, y recato, me

Quarta parte de don

falen por los ojos. Esse Capitan tan valeroso que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos pensamientos, que yo, ni otro hermano me normio, escogio el honroso, y digno exercicio de la guerra. Que fue vno de los tres caminos, que nuestro padre nos propuso, segun os dixo vuestra camarada en la conseja, que à vuestro parecer le oystes. Yo segui el de las letras, en las quales, Dios, y mi diligencia, me hã puesto en el grado que me veys. Mi menor hermano, està en el Pirutan rico, que con lo que ha embiado a mi padre, y à mi, ha satisfecho bien la parte que el se lleuò. Y aun dado à las manos de mi padre, con que poder har tar su liberalidad natural. Y yo ansi mismo he podido con mas decencia, y autoridad tratar me en mis estudios, y llegar al puesto en que me veo. Viue aun mi padre muriendo, con el desseo de saber de su hijo mayor, y pide à Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte sus ojos, hasta que el vea có vida à los de su hijo. Del qual me marauiillo, siendo tan discreto, como en tãtos trabajos, y aficiones, o prosperos sucessos, se aya descuydado de dar noticia de si a su padre, que si el lo supiera, o alguno de nosotros, no tuuiera necesidad de aguardar al milagro de la caña, para alcançar su rescate. Pero de lo que yo agora me temo es, de pensar si aquellos Franceses le auran dado libertad, o le auran muerto, por encubrir su hurto. Esto todo serà, que yo profiga mi viage, no con aquel contento con que le comence, sino con toda melancolia, y tristeza. O buen hermano mio, y quien supiera agora donde estas, que yo te fuera a buscar, y à librar de tus trabajos, aunque fuera à costa de los mios. O quien lleuara nueuas à nuestro viejo padre, de que tenias vida, aunque estuieras en las mazmorras mas escondidas de Berberia, que de alli te sacaran sus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O

Zoray-

Zorayda hermosa y liberal, quien pudiera pagar el bien que à vn hermano hiziste, quien pudiera hallarse al renacer de tu alma, y à las bodas, que tanto gusto a todos nos dieran. Estas, y otras semejantes palabras dezia el Oydor, lleno de tanta compafsion, con las nuevas que de su hermano le auian dado, que todos los que le oïã, le acompaõauan, en dar muestras del sentimiento, q̄ tenian de su lastima. Viêdo pues el Cura, que tan bien auia salido con su intencion, y con lo que desseaue el Capitã, no quiso tenerlos à todos mas tiempo tristes, y asì se leuantò de la mesa, y entrando donde estaua Zorayda, la tomò por la mano, y tras ella se vinieron, Lusinda, Dorothea, y la hija del Oydor. Estaua esperando el Capitan à ver lo que el Cura queria hazer, que fue, que tomando-le a el, asì mismo de la otra mano, có entrambos a dos, se fue donde el Oydor, y los demas caualleros estauan, y dixo: Cessen señor Oydor vuestras lagrimas, y colme se vuestro desseo, de todo el bien que acertare à dessearse, puesteneys delante a vuestro buen hermano, y à vuestra buena cuñada: este que aqui veys, es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixen, los pusieron en la estrechez que veys, para que vos mostreys la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudio el Capitan à abraçar à su hermano, y el le puso las manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando le acabò de conozer, le abraçò tan estrechamente, derramandò tan tiernas lagrimas de contento, que los mas de los que presentes estauan, le huieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixeron, los sentimientos que mostraron, apenas creo que pueden pensarse, quanto mas escriuirse. Allí en breues razones, se dieron cuenta de sus sucesos, allí mostraron puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos,

Quarta parte de don

alli abraçò el Oydor à Zorayda, alli la ofrecio su hacienda, alli hizo que la abraçasse su hija, alli la Christiana hermosa, y la Mora hermosissima renouaron las lagrimas de todos. Alli don Quixote estaua atento, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños sucesos, atribuyendolos todos à quimeras de la andante caualleria. Alli concertaron, que el Capitan, y Zorayda, se boluiesse con su hermano à Sevilla, y auisassen à su padre de su hallazgo, y libertad. Para que como pudiesse, viniessè à hallarse en las bodas, y bautismo de Zorayda, por no le ser al Oydor posible, dexar el camino que lleuaua à causa de tener nueuas, que de alli à vn mes partia flota de Sevilla a la Nueva España, y fue-rale de grande incomodidad perder el viage. En resolucion, todos quedaron contentos, y alegres del buen suceso del cautiuo, y como ya la noche yua casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo que de ella les quedaua. Don Quixote se ofrecio à hazer la guardia del castillo, porque de algun Gigante, o otro mal andante follon, no fuessen acometidos, codiciosos del gran tesoro de hermosura, que en aquel castillo se encerraua. Agradecieronlo los que le conocian, y dieron al Oydor cuenta del humor estraño de don Quixote, de que no poco gusto recibio. Solo Sancho Pança se desesperaua, con la tardança del recogimiento, y solo el se acomodó mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumento, que le costaron tan caros, como adelante se dirà. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodandose, como menos mal pudieron, don Quixote se salio fuera de la venta à hazer la centinela del castillo, como lo auia prometido. Sucedido pues, que faltando poco para venir el alua, llegò à los oydos de las damas, vna voz tan entonada, y tan buena, que les obligò à que todas le pref-

prestaſſen atento oydo . Especialmente Dorotea , que despierta estaua , á cuya lado dormia doña Clara de Viedma , que anſi ſe llamaua la hija del Oydor . Nadie podia imaginar quien era la persona , que tan bien cantaua , y era vna voz ſola , ſin que la acompañaffe instrumento alguno . Vnas vezes parecia que cantauan en el patio , otras que en la caualleriza . Y estando en eſta confuſion muy atentas , llegó á la puerta del apoſento Cardenio , y dixo : Quien no duerme eſcuche , que oyran vna voz de vn moço de mulas , que de tal manera canta , que encanta . Ya lo oymos ſeñor , respondió Dorotea . Y con eſto ſe fue Cardenio , y Dorotea , poniendo toda la atencion poſſible , entendio que lo que ſe cantaua era eſto .

Cap. XLIII. Donde ſe cuenta la agradable hiſtoria del moço de mulas , con otros eſtraños acaecimientos en la venta ſucedidos .

Marinero ſoy de amor ,
Y en ſu pielago profundo
Nauego ſin eſperança ,
De llegar á puerto alguno .
Siguiendo voy á vna eſtrella ,
Que deſde lejos deſcubro .
Mas bella , y reſplandeciente ,
Que quantas vio Palinuro .
Yo no ſe adonde me guia ,
Y á ſi nauego conſuſo ,

*Quarta parte de don
 El alma à mirarla acenta,
 Cuydadosa, y con descuydo.
 Recatos impertinentes,
 Honestidad contra el uso,
 Son nubes que me la encubren,
 Quando mas verla procuro.
 O clara, y luziente estrella,
 En cuya lumbre me apuro,
 Al punto que te me encubras,
 Será de mi muerte el punto.*

Llegando el que cantaua à este punto, le parecio a Do-
 rotea, que no sería bien, que dexasse Clara de oyr vna tã
 buena voz, y asì mouiendola à vna, y à otra parte, la des-
 pertò, diziendole: Perdoname niña, que te despierto,
 pues lo hago, porque gustes de oyr la mejor voz, q̄ qui-
 ça auras oydo en toda tu vida. Clara despertò toda soño-
 lienta, y de la primera vez no entendio lo que Dorotea
 le dezia, y boluiendoselo a preguntar ella, se lo boluio à
 dezir, por lo qual estuuò atenta Clara. Pero apenas hu-
 uo oydo dos versos, que el que cantaua yua prosiguien-
 do, quando le tomò vn temblor tan estraño, como si de
 algun graue accidente de quartana estuuiera enferma, y
 abraçandose estrechamente con Dorotea, le dixo: Ay
 señora de mi alma, y de mi vida, para q̄ me despertastes;
 que el mayor bien q̄ la fortuna me podia hazer por aora,
 era tenerme cerrados los ojos, y los oydos, para no ver,
 ni oyr á esse desdichado musico. Que es lo q̄ dizes niña,
 mira q̄ dizen q̄ el que canta, es vn moço de mulas? No es
 fino señor de lugares, respondió Clara, y el que el tiene
 en mi alma con tanta seguridad, q̄ si el no quiere dexalle,
 no le será quitado eternamente. Admirada quedò Doro-
 tea, de las sentidas razones de la muchacha, pareciéndole
 que

q̄ se auentajauan en mucho, ala discrecion q̄ sus pocos años prometian . Y assi se dixo: Hablayd de modo señora Clara, q̄ no puedo entenderos: declaraos mas, y dezid me, q̄ es lo que dezis de alma, y de lugares, y deste musico, cuya voz tã inquieta ostiene? Pero no me digays nada por aora, q̄ no quiero perder por acudir â vuestro sobresalto, el gusto q̄ recibo, de oyr al q̄ canta, que me parece q̄ con nueuos versos, y nueuo tono, torna a su canto . Sea en buen hora, respondió Clara, y por no oylle, se tapò con las manos entrâbos oydos, de lo q̄ tambien se admirò Dorotea . La qual estando atenta â lo que se cantaua, vio que profeguan en esta manera.

D *Vlce esperança mia ,
Que rompiendo impossibles , y malezas ,
Sigues firme la via ,
Que tu misma te finges , y adereças ,
No te desfmaye el verte ,
A cada passo junto al de tu muerte .*
*No alcançan perezosos
Honrados triunfos , ni vitoria alguna ,
Ni pueden ser dichosos ,
Los que no contrastando . à la fortuna
Entregan desnudados
Al ocio blando todos los sentidos .*
*Que amor sus glorias venda
Caras , es gran razon , y es erato justo ,
Pues no ay mas rica prenda ,
Que la que se quilata por su gusto ,
Y es cosa manifesta ,
Que no es de estîma lo que poco cuesta .*

Quarta parte de don

Amorosas porfias

Tal vez alcançan impossibles cosas,

Y ansí aunque con las mias

Sigo de amor las mas dificultosas,

No por esso rezelo,

De no alcançar desde la tierra el cielo.

Aqui dio fin la voz, y principio à nuevos solloços ò Clara. Todo lo qual encendia el desseo de Dorotea, q̄ deseaua saber la causa de tan suaue canto, y de tan triste lloro. Y así le boluio à preguntar, q̄ era lo que le queria dezir denantes? Entonces Clara temerosa, de que Lucinda no la oyesse, abraçando estrechaméte à Dorotea, puso su boca tan junto del oydo de Dorotea, que seguramente podia hablar, sin ser de otro sentida. Y así le dixó: Este que canta señora mia, es vn hijo de vn cauallero, natural del Reyno de Aragon, señor de dos lugares, el qual viuia frontero de la casa de mi padre en la Corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa, có lienços en el inuierno, y zelosias en el verano, yo no se lo que fue, ni lo que no, que este cauallero que andaua al estudio, me vio, ni se si en la Iglesia, o en otra parte: finalmente, el se enamorô de mi, y me lo diô à entender desde las ventanas de su casa con tantas señas, y có tantas lagrimas, que yo le huue de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hazia, era vna, de juntarse la vna mano con la otra, dandome à entender, que se casaria conmigo, y aunque yo me holgaria mucho, de que así fuera: como sola, y sin madre, no sabia con quien comunicallo, y así lo dexê estar, sin dalle otro fauor, sino era quando estaua mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alçar vn poco el lienço, o la zelosia, y dexarme ver toda, de lo que el hazia tanta fiesta, que daua señales de boluerte loco. Llegose

gose en esto al tiempo de la partida de mi padre, la qual el supo, y no de mi, pues nunca pude dezirselo. Cayò malo, à lo que yo entiendo, de pesadumbre, y assi el dia que nos partimos, nunca pude verle, para despedirme del, si quiera con los ojos. Pero acabo de dos dias que caminavamos, al entrar de vna posada en vn lugar, vna jornada de aqui, le vi à la puerta del meson, puesto en habito de moço de mulas, tan al natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocile, admireme, y alegreme: el me mirò a hurto de mi padre, de quien el siempre se esconde, quando atrauiessa por delante de mi, en los caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y considero, que por amor de mi viene à pie, y con tanto trabajo, muerome de pesadumbre, y à donde el pone los pies, pongo yo los ojos. No se con que intencion viene, ni como ha podido escapar de su padre, que le quiere estraordinariamente, porque no tiene otro here dero; y porque el lo merece, como lo verá vuestra merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeça, que he oydo dezir, que es may grande estudiante, y Poeta. Y ay mas, que cada vez que le veo, o le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobrefalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros desseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esto le quiero de manera, que no he de poder viuir sin el. Esto es señora mia, todo lo que os puedo dezir deste musico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareys bien de ver, que no es moço de mulas, como dezis, sino señor de almas, y lugares, como ya os he dicho. No digays mas señora doña Clara, dixo a esta sazón Dorotea; y esto besandola mil vezes; No digays mas digo, y esperad que venga el nueuo dia, que yo espero en Dios;

de en-

Quarta parte de don

de encaminar de manera vuestros negocios, q̄ tengan el felice fin, q̄ tan honestos principios merecen. Ay señora, dixo doña Clara, q̄ fin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecera, que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo à hurto de mi padre, no lo haré por quanto ay en el mundo. No querria, sino que este moço se boluiesse, y me dexasse, quiza con no velle, y con la gran distancia del camino q̄ lleuamos, se me aliuaria la pena q̄ aora lleuo: aunq̄ se dezir, q̄ este remedio que me imagino, me ha de aprouechar biē poco: no se q̄ diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor q̄ le tengo, siendo yo tan muchacha, y el tan muchacho, q̄ en verdad que creo, que somos de vna edad misma, y q̄ yo no tengo cūplidos diez, y seys años, que para el dia de san Miguel q̄ vendra, dize mi padre q̄ los cumpla. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quan como niña hablaua doña Clara, a quien dixo: Reposemos señora, lo poco q̄ creo queda de la noche, y amanecera Dios, y medraremos, o mal me andaràn las manos. Soffegaronse con esto, y en toda la venta se guardaua vn grande silencio, solamente no dormian la hija de la ventera, y Maritornes su criada. Las quales como ya sabian el humor, de que pecaua don Quixote, y que estaua fuera de la venta, armado, y à cavallo, haziendo la guarda, determinaron las dos de hazelle alguna burla, o alomenos de passar vn poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no auia ventana q̄ saliesse al campo, sino vn agujero de vn pajar, por donde echauan la paja por defuera. A este agujero se pusieron las dos semidonzellas, y vieron q̄ don Quixote estaua à cavallo, recostado sobre su lançon, dando de quãdo en quando tan dolientes, y profundos suspiros, que parecia q̄ con cada vno se le arrancaua el alma. Y asì mismo
oyeró

oyeron que dezia con voz blanda, regalada, y amorosa: O mi señora Dulcinea del Toboso, extremo de toda hermosura, fin y remate de la discrecion, archiuo del mejor donayre, deposito de la honestidad: y vltimadamente idea de todo lo prouechofo, honesto, y deleytable q̄ ay en el mundo, y q̄ farâ agora la tu merced, si tendras por ventura las mientes en tu cautiuo cauallero, q̄ à tantos peligros por solo seruirte, de su voluntad ha querido poner se? Dame tu nueuas della, o Luminaria de las tres caras: quîça con embidia de la suya la estâs aora mirando, q̄ o passandote por alguna galeria de sus suntuosos palacios, o ya puesta de pechos sobre algun valcon, esta considerando como, salua su honestidad, y grandeza, ha de amâsar la tormenta q̄ por ella este mi cuytado coraçõ padece, q̄ gloria ha de dar a mis penas, que fofsiego a mi cuytado: y finalmente, que vida a mi muerte, y que premio a mis seruicios. Y tu Sol, que ya deues de estar apriesa en fillando tus caualllos, por madrugar, y salir à ver a mi señora, assi como la veas, suplicote q̄ de mi parte la saludes: pero guardate que al verla, y saludarla, no le des paz en el rostro, q̄ tendre mas zelos de ti, que tu los tuuiste de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo sudar, y correr por los llanos de Tesalia, o por las riberas de Peneo, que no me acuerdo bien por donde corriste entonces, zeloso, y enamorado. A este punto llegaua entonces don Quixote en su tan lastimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començò a cecear, y à dezirle: Señor mio, lleguese acà la vuestra merced, si es seruido. A cuyas señas, y voz boluio don Quixote la cabeza, y vio à la luz de la Luna, que entonces estaua en toda su claridad, como le llamauan del agujero, que a el le parecia ventana, y aun con rejas doradas, como conuene que las tengan tan ricos castillos, como el se imaginaua que era aquella ventura: y luego en el instan-

Quarta parte de don

te se le representó en su loca imaginacion, que otra vez como la passada la donzella hermosa hija de la señora de aquel castillo, vencida de su amor, tornaua â solicitarle: y con este pensamiento, por no mostrarse descortes, y desagradecido, boluio las riendas a Rozinante, y se llegó al agujero, y assi como vio â las dos moças, dixo: Lastima os tengo, hermosa señora, de que ayades puesto vuestras amorosas mientes en parte donde no es posible corresponderos conforme merece vuestro gran valor, y gentileza, de lo que no deueys dar culpa a este miserable andante cauallero, a quien tiene amor impossibilitado de poder entregar su voluntad a otra, que a aquella, que en el punto que sus ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querays con significar me mas vuestros deseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneys, hallays en mí otra cosa cõ que satisfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de darosla en continente, si bien me pidiesdes vna guedeja de los cabellos de Medusa, que erã todos culebras: o ya los mismos rayos del Sol, encerrados en vna redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor cauallero) dixo a este punto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora, respondió dio Quixote? Sola vna de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder desfogar con ella el gran deseo que a este agujero la ha traydo, tan â peligro de su honor, que si su señor padre la huiera sentido, la menor rajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esto respondió don Quixote, pero el se guardará bien desso, si yano quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mundo, por auer puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole a Maritornes,

ritornes, que sin dũda don Quixote daria la mano que le auia pedido, y proponiendo en su pensamiento lo q̄ auia de hazer, se baxò del agügero, y se fue a la caualleriza, donde tomó el cabestro del jumento de Sancho Pança, y cõ mucha presteza se boluio a su agügero, a tiempo que don Quixote se auia puesto de pies sobre la silla de Rozinante, por alcançar a la ventana enrejada, dõde se imaginaua estar la ferida donzella; y al darle la mano, dixo: Tomad, señora, essa mano, ò por mejor dezir, esse verdugo de los malechores del mundo: tomad essa mano digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la de aquella que tiene entera possessio de todo mi cuerpo. No os la doy para que la besseys, sino para que mireys la contestura de sus neruios; la trauazon de sus musculos, la anchura, y espaciosidad de sus venas, de dõde sacareys, que tal deue de ser la fuerça del braço que tal mano tiene. Ahora lo veremos, dixo Maritornes, y haziẽdo vna lazada corrediza al cabestro, se la echò a la muñeca, y baxandose del agügero, atò lo que quedaua al cerrojo de la puerta del pajar muy fuertemente. Don Quixote que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: Mas parece que vuestra merced me ralla, que no que me regala la mano: no la trateys tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien que en tan poca parte venggeys el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Pero todas estas razones de don Quixote, ya no las escuchaua nadie, porque assi como Maritornes le atò, ella, y la otra se fueron muertas de rifa, y le dexaron afsido de manera, que fue imposible soltarse. Estaua pues, como se ha dicho, de pies sobre Rozinante, metido todo el braço por el agügero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta con grandissimo temor, y cuydado, que si Rozinante se desuiaua à vn cabo, ò a otro, auia de quedar colgado

Quarta parte de don

del brazo, y assi no osaua hazer mouimiento alguno; puesto que de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien se podia esperar que estaria sin mouerse vn siglo entero. En resolucion viendose don Quixote atado, y que ya las damas se auian ydo, se dio a imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamento, como la vez passada, quando en aquel mismo castillo le molio aquel Moro encantado del harriero: y maldezia entre si su poca discrecion, y discurso, pues auiendo salido tan mal la vez primera de aquel castillo; se auia auenturado a entrar en el la segunda: siendo aduertimiento de cavalleros andantes, que quando han prouado vna auentura, y no salido bien con ella, es señal que no está para ellos guardada, sino para otros, y assi no tiené necesidad de prouar la segunda vez. Con todo esto tiraua de su brazo, por ver si podia soltarse, mas el estava tan bien asido, que todas sus prueuas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraua con tiento, porque Rozinante no se mouiessse: y aunque el quisiera sentarse, y ponerse en la silla, no podia, sino estar en pie, o arrancarse la mano. Allí fue el desfiar de la espada de Amadis contra quien no tenia fuerza de encantamento alguno: allí fue el maldezir de su fortuna: allí fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia, el tiempo que allí estuuiessse encantado, que sin duda alguna se auia creydo q lo estava. Allí el acordarse de nuevo de su querida Dulcinea del Toboso: allí fue el llamar a su buen escudero Sancho Pança, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaua en aquel instante, de la madre que lo auia parido: allí llamó a los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen, allí inuocò a su buena amiga Vrganda, que le socorriessse: y finalmente, allí le tomó la mañana, tan desesperado, y confuso, que bramaua como vn toro, porque no esperaua el, que con el dia

el dia se remediará su cuyta , porque la tenia po eterna; reniendose por encantado: y haziale creer esto , ver que Rozinante, poco, ni mucho se mouia: y creía que de aquella fuerte, sin comer ni bēuer, ni dormir, auian de estar el, y su cauallo , hasta que aquel mal influxo de las estrellas se passasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque a penas començó á amanecer , quando llegaron a la venta, quatro hombres de acauallo, muy bien puectos, y adereçados , con sus escopetas sobre los arzones. Llamaron a la puerta de la venta, que aun estaua cerrada, con grandes golpes: lo qual visto por don Quixote, desde donde aun no dexaua de hazer la cintinela , con voz arrogante, y alta, dixo: Caualleros, ò escuderos, ò quien quiera que seays , no teneys para que llamar a las puertas deste castillo , que afaz de claro està , que a tales horas, ò los que estàn dentro duermen, ò no tienen por col rumbre de abritse las fortalezas , hasta que el Sol este rendido por todo el suelo : desuiaos a fuera , y esperad que aclare el dia, y entonces veremos si serà justo , ò no, que os abran. Que diablos de fortaleza, ò castillo es este, dixo vno, para obligarnos a guardar essas ceremonias: si foys el ventero , mandad que nos abran , que somos caminantes , que no queremos mas de dar ceuada a nuestras caualgaduras , y passar adelante , porque vamos de priessa. Pareçeos caualleros que tengo yo talle de ventero , respondió don Quixote? No se de que teneystalle, respondió el otro, pero se que dezis disparates en llamar castillo a esta venta. Castillo es replicò don Quixote, y aun de los mejores de toda esta provincia: y gente tiene dentro , que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeça. Mejor foera al reues, dixo el caminante, el cetro en la cabeça; y la corona en la mano, y serà, si a mano viene, que deue de estar dentro

Quarta parte de don

alguna compañía de representantes , de los quales es tener a menudo essas coronas , y cetro que dezis : porque en vna venta tan pequeña , y a donde se guarda tanto silencio como esta , no creo yo que se alojan personas dignas de corona y cetro. Sabeys poco del mundo , replicó dō Quixote, pues ignorays los casos que suelen acontecer en la cavalleria andante. Canfauanse los compañeros que con el preguntante venian, del colòquio que con dō Quixote passaua, y assi tornaron a llamar con grande furia, y fue de modo, que el ventero despertò, y aun todos quantos en la venta estauan, y assi se leuantò a preguntar quien llamaua. Sucedió en este tiempo, que vna de las caualgaduras en que venian los quatro que llamauan, se llegó a oler a Rozinante, que melancolico, y triste , cō las orejas caydas, sostenia sin mouerse, a su estirado señor, y como en fin era de carne, aunque parecia de leño, no pudo dexar de resentirse, y tornar a oler a quien lo llegaua à hazer caricias: y assi no se huuo mouido tanto quanto, quando se desuaron los juntos pies de don Quixote , y resbalando de la silla, dieran con el en el suelo, a no quedar colgado del braço : cosa que le causò tãto dolor, que creyò, ò que la muñeca le cortauan , ò que el braço se le arrancaua, porque el quedò tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besaua la tierra, que era en su perjuyzio , porque como sentia lo poco que le faltaua para poner las plantas en la tierra, fatigauase, y estirauase quanto podia , por alcançar al suelo , bien assi como los estan en el tormento de la garrucha puestos a toca no toca, que ellos mismos son causa de acrecentar su dolor con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que se les representa que con poco mas que se estiren llegaràn al suelo.

*Capit. XLVIII. Donde se prosiguen los inauditos
sucessos de la venta.*

NEFETO, Fueron tantas las voces que don Quixote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta, salio el ventero despavorido a ver quien tales gritos daua: y los que estauan fuera hizieron lo mismo. Maritornes, que ya auia despertado a las mismas voces, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desató sin que nadie lo viesse, el cabestro que a don Quixote sostenia, y el dió luego en el suelo, a vista del ventero, y de los caminantes, que llegando a el le preguntaron, que tenia, que tales voces daua? El sin responder palabra, se quitó el cordel de la muñeca, y leuantandose en pie, subio sobre Rozinante, embraço su adarga, enristró su lancon, y tomando buena parte del campo, boluio a medio galope, diciendo: Qualquiera que dixere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princesa Micomicona, me de licencia para ello, y le desmienta, le riero, y desafio a singular batalla. Admirados se quedaron los nuevos caminantes de las palabras de don Quixote, pero el ventero les quitó de aquella admiracion, diziéndoles, que era don Quixote, y que no auia que hazer caso del, porque estaua fuera de juyzio. Preguntaronle al ventero, si a caso auia llegado á aquella venta vn muchacho, de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales, y tales señas, dando las mismas que traía el amante de doña Clara. El ventero respondió, que auia tanta gente en la venta, que no auia echado de ver en el que preguntaua. Pero auiendo visto vno dellos el coche donde auia venido el Oydor, dixo: Aquí deue de estar sin duda, porque este es el coche que el di-

Quarta parte de don

zen que sigue quedese vno de nosotros a la puerta, y entren los demas a buscarle: y aun seria bien, que vno de nosotros rodeasse toda la venta, porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Assi se hará, respondió vno dellos, y entrandose los dos dentro, vno se quedó a la puerta, y el otro se fue a rodear la venta: todo lo qual veia el ventero, y no sabia atinar para que se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyó que buscauan aquel moço, cuyas señas le auian dado. Yá á esta sazón aclaraua el dia, y assi por esto, como por el ruydo que dō Quixote auia hecho, estauan todos despiertos, y se leuantauan, especialmente doña Clara, y Dorotea, que la vna con sobresalto de tener tan cerca á su amante, y la otra con el desseo de verle, auian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vio que ninguno de los quatro caminantes hazia caso del, ni le respondiã a su demanda, mōria, y rabiaua de despecho, y saña: y si el hallara en las ordenanças de su caualleria, que licitamente podia el cauallero andante, tomar, y emprender otra empresa, auiendo dado su palabra, y fè, de no ponerse en ninguna, hasta ácabar la que auia prometido, el enuistiera con todos, y leshiziera responder mal de su grado. Pero por parecerle no conuenirle biẽ comẽçar nueua empresa, hasta poner a Micomicona en su Reyno, huuo de callar, y estarse quedo, esperando a ver en que parauan las diligencias de aquellos caminantes: vno de los quales halló al mancebo que buscava, durmiendo a lado de vn moço de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscalte, ni menos de que le hallasse. El hombre le trauó del braço, y le dixo: Por cierto señor don Luys, que responde bien a quien vos soys el habito que reneys, y que dize bien lo cama en que os hallo al regalo con que vuestra madre os crió. Limpiose el moço los soñolientos ojos, y miró de espacio al que le tenia asido,

afido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibio tal sobrefalto, que no acerto, o no pudo hablarle palabra por vn bué espacio: y el criado prosiguió, diciendo: A qui no ay q̄ hazer otra cosa, señor don Luys, fino prestar paciencia, y dar la buelta à casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre, y mi señor la dé al otro mundo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda per vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo don Luys, que yo venia este camino, y en este trage? Vn estudiante, respondió el criado, a quien dizes cuenta de vuestros pensamientos, fue el que lo descubrio, mouido a lastima, de las que vio que hazia vuestro padre, al punto que os echó menos, y así despachó a quatro de sus criados en vuestra busca, y todos estamos aqui a vuestro servicio, mas contentos de lo que imaginarse puede, por el buen despacho con que tornaremos, lleuãdo os a los ojos que tanto os quieren. Effen serã como yo quisiere, ó como el cielo ordenare, respondió don Luys. Que auays de querer, ò que ha de ordenar el cielo, fuera de cõsentir en bolueros, porque no ha de ser posible otra cosa? Todas estas razones que entre los dos passauan, oyò el moço de mulas, junto a quié don Luys estaua, y leuantandose de alli, fue a dezir lo que passaua a dõ Fernando, y a Cardenio, y a los demas, que ya visto se auian: a los quales dixo, como aquel hombre llamaua de don à aquel muchacho, y las razones que passauan, y como le queria boluer a casa de su padre, y el moço no queria: y con todo esto, y con lo que del sabian de la buena voz q̄ el cielo le auia dado, vinieron todos en grã deffeo de saber mas particularmẽte a quié era, y aun de ayudarle, si alguna fuerça le quisiessen hazer, y así se fuerõ hazia la parte donde aun estaua hablando, y porfiando con su criado. Salió en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara, toda turbada, llamando Dorotea à

Quarta parte de don

Cardenio a parte, le contò en breuss razones la historia del musico, y de doña Clara: a quien el tambien dixo lo que passaua, de la venida à buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tã callando, q̃ lo dexasse de oyr doña Clara, de lo que quedò tan fuera de si, que si Dorotea no llegara à tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo a Dorotea, q̃ se boluiesse al aposento, que el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya estauan todos los quatro que venian a buscar a dō Luys dentro de la venta, y rodeados del, persuadiendole, que luego sin detenerse vn punto, boluiesse a consolar a su padre. El respondió, que en ninguna manera lo podia hazer, hasta dar fin a vn negocio en que le yua la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diciendole, que en ningun modo boluerian sin el, y que le lleuzian, quisiesse, ò no quisiesse. Esto no hareys vosotros, replicò don Luys, sino es lleuandome muerto: aunque de qualquiera manera que me lleueys, serà lleuarme sin vida. Ya à esta sazón auian acudido a la porfia todos los mas que en la venta estauan, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el barbero, y don Quixote, q̃ ya le parecio que no auia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como ya sabia la historia del moço, preguntò a los que lleuarie querian, que que les mouia à querer llenar contra su voluntad aquel muchacho? Mueuenos, respondió vno de los quatro, dar la vida à su padre, que por la ausencia deste cauallero, queda à peligro de perderla. A esto dixo dō Luys: No ay para que se dê cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y boluerè, si me diere gusto, y sino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Harafela à vuestra merced la razon, respondió el hombre, y quando ella no bastare con V. m. bastará con nosotros para hazer a lo q̃ venimos, y lo que somos obligados. Sepamos q̃ es esto,

de

de rayz, dixo a este tiempo el Oydor. Pero el hombre, que lo conocio, como vezino de su casa, respondió: No conoce. V. m. señor Oydor a este cauallero, que es el hijo de su vezino, el qual se ha ausentado de casa de su padre en el habito tan indecente a su calidad, como. V. m. puede ver? Mirole entonces el Oydor mas atentamēte, y conocióle, y abraçandole, dixo: Que niñerías son estas señor don Luys, o que causas tan poderosas, que os ayan mouido a venir desta manera, y en este traje, que dize tã mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinieron las lagrimas a los ojos, y no pudo respōder palabra al Oydor. Dixo a los quatro, que se sossegesen que todo se haria bien, y tomando por la mano a don Luys, le apartò a vna parte, y le preguntò, que venida auia sido aquella. Y en tanto, que le hazia esta, y otras preguntas, oyeron grandes voces a la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespēdes que aquella noche auian alojado en ella, viendo a toda lagēte ocupada en saber lo que los quatro buscauan, auian intentado a yrse sin pagar lo que deuiā, mas el ventero que atendia mas a su negocio que a los agenos, les asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les aseò su mala intencion con tales palabras, que les mouio a que le respondiessen con los puños: y asì le començaron a darta tal mano, que el pobre ventero tuuo necesidad de dar voces, y pedir socorro. La ventera, y su hija, no vieron a otro mas desocupado para poder socorrerle, que a don Quixote, a quien la hija de la ventera dixo: Socorra vuestra merced, señor cauallero, por la virtud, que Dios le dio, a mi pobre padre, que dos malos hombres le estan moliendo como a cibera. A lo qual respondió don Quixote muy de espacio, y con mucha flemma: Eremosa donzella, no ha lugar por aora vuestra peticio, porque estoy impedido de entremeterme en otra auentura en tanto que no diere cima a vna en que mi palabra

Quarta parte de don

me ha puesto: mas lo que yo podré hazer por seruiros, ès lo que aora dirè: Corred, y dezid a vuestro padre, que se entretenga en esta batalla lo mejor que pudiere, y que no se dexè vencer en ningun modo, en tanto que yo pido licencia à la Princesa Micomicona, para poder socorrerle en su cuyta, que si ella me la da, tened por cierto que yo le sacarè della: Pecadora de mi dixo a èsto Maritornes, que estaua delante: primero que V. m alcance esta licencia que dize, estará ya mi señor en el otro mundo. Dadme vos, señora, que yo alcance la licencia que digo, respondió don Quixote, que como yo la tenga, poco hará al caso, que el estè en el otro mundo, que de alli le sacarè, a pesar del mismo mundo que lo contradiga, ò por lo menos, os darè tal vengança de los que allà le huieren embiado, que quedey's mas que medianamè te satisfechas. Y sin dezir mas, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole con palabras cauallerescas, y andantescas, que la su grandeza fueffe seruida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaua puesto en vna graue mengua. La Princesa se la dio de buen talante: y el luego, abraçando su adarga, y poniendo mano a su espada, acudio a la puerta de la venta, a donde aun toda via traian los dos huespedes a mal traer al ventero, pero assi como llegó embaçò, y se estuuò quedo, aunque Maritornes, y la ventera le dezian, que en que se detenia, que socorrièsse a su señor, y marido. Detengome, dixo don Quixote, porque no me es licito poner mano a la espada contra gente escuderil: pero llamadme aqui a mi escudero Sancho, que a el toca, y atañe esta defenfa, y vègança. Esto passaua en la puerta de la venta, y en ella andauan las puñadas, y moxicones muy en su punto, todo en daño del ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperaua de ver la cobardia de don Quixote, y de lo
mal

mal que lo passaua su marido, señor, y padre. Pero dexémosle aqui, que no faltará quien le socorra, ó sino sufra, y calle el que se atreue a mas de a lo que sus fuerças le prometen, y boluamonos a tras cinquenta passos, a ver que fue lo que don Luys respondió al Oydor, que le dexamos a parte, preguntandole la causa de su venida à pie, y de tan vil traje vestido: lo qual el moço, assiéndole fuerremente de la manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaua el coraçon, y derramando lagrimas en grande abundãcia, le dixo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse a mi señora doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio; no lo impide, en este mismo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexè la casa de mi padre, y por ella me puse en este traje para seguirla, donde quiera que fuesse, como la faeta al blanco, ó como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis desseos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lèxos ha visto llorar mis ojos. Ya señor, sabeys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su vnico heredero: si os parece que estas son partes para que os aventureys à hazerme en todo venturoso, recibidme luego por vuestro hijo: que si mi padre, lleuado de otros designios suyos, no gustare deste biẽ que yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, que las humanas volùtades. Callò en diziendo esto el enamorado mancebo, y el Oydor quedò en oyrlle suspenso, confuso, y admirado, assi de auer oydo el modo, y la discrecion con que don Luys le auia descubierto su pensamiento, como de verfe en punto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio: y assi no respondió otra cosa,

Quarta parte de don

fino que se soslegasse por entonces, y entretuiesse a sus criados, que por aquel dia no le boluiesse, porque se tuiesse tiempo para considerar lo que mejor a todos estuiesse. Besole las manos por fuerza don Luys, y aun se las bañò con lagrimas, cosa que pudiera enternecer vn coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto ya auia conocido quan biê le estaua á su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera esuar con voluntad del padre de don Luys, del qual sabia, que pretendia hazer de titulo a su hijo. Ya á esta sazón estauan en paz los huespedes con el ventero, pues por persuasión, y buenas razones de don Quixote, mas que por amenazas, le auia pagado todo lo que el quiso, y los criados de don Luys aguardauan el fin de la platica del Oydor, y la resolución de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenò, que en aquel mismo punto entrò en la venta el barbero a quien don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno que tròcò con los del suyo: el qual barbero, lleuando su jumento a la caualleriza vio a Sancho Pança que estaua adereçando no se que de la albarda, y assi como la vio la conocio, y se atreuio á arremeter a Sancho, diziendo: A don ladrón, que aquí os tengo, venga mi vazia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vio acometer tan de improuiso. y oyò los vituperios que le dezian, con la vna mano asio de la albarda, y con la otra dio vn moxicon al barbero, que le bañò los dientes en fangre: pero no por esto dexò el barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alçò la voz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruydo, y pendencia, y dezia: Aquí del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hazienda me quiere matar este ladrón salteador de caminos. Mentis; respondió Sancho, que yo no soy salteador de caminos, que en buena gue-

rra ganò mi señor don Quixote estos despojos. Ya estava don Quixote delante con mucho contento de ver quan bien se defendia, y ofendia su escudero, y tuuole desde alli adelante por hombre de pro, y propuso en su coraçon de armarle cauallero en la primera ocasion que se le ofreciese, por parecerle que seria en el bien empleada la orden de la caualleria, Entre otras cosas que el barbero dezia en el discurso de la pendencia, vino a dezir: Señores assi esta albarda es mia, como la muerte que deuo a Dios, y assi la conozco, como si la huuiera parido, y ai està mi asno en el establo que no me dexara mentir, fino prueuenfela, y fino le viniere pintiparada, yo quedarè por infame: y ay mas, que el mismo dia que ella se me quitò, me quitaron tambien vna bazia de açofar nueua que no se auia estrenado, que era señora de vn escudo. Aqui no se pudo contener dō Quixote sin respòder, y ponièdole entre los dos, y apartàdoles, depositandola albarda en el suelo, q̄ la tuuiese de manifesto, hasta que la verdad se aclarasse, dixo: Porque vean vuestras mercedes clara, y manifestamente el error en que està este buè escudero; pues llama bazia à lo que fue, es, y serà, el yelmo de Màbrino, el qual se le quitè yo en buena guerra, y me hize señor del con legitima, y licita possession. en lo del àlbarda no me entremeto, que lo que en ello sabrè dezir, es, que mi escudero Sancho me pidio licencia para quitar los jaezes del cauallo deste vencido couarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y el los tomò, y de auerse conuertido de jaez en albarda, no sabrè dar otra razon, sino es la ordinaria, que como essas transformaciones se veen en los suceßos de la caualleria: para confirmacion de lo qual corre Sancho hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dize ser bazia. Pardiez señor; dixo Sancho, sino tenemos otra prueua de nuestra intencion, que la que vuestra merced dize, tan bazia
es el

Quarta parte de don

es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hombre albarda. Haz lo que remando replicó don Quixote, que no todas las cosas deste castillo han de ser guiadas por encantamento, Sancho fue a do estava la bazia, y la truxo, y assi como don Quixote la viola tomó en las manos, y dixo: Miren vuestras mercedes con que cara podia dezir este escudero que esta es bazia, y no el yelmo que yo he dicho: y juro por la orden de caualleria que professo, que este yelmo fue el mismo que yo le quité, sin aver añadido en el, ni quitado cosa alguna. En esso no ay duda, dixo a esta sazón Sancho, porque desde que mi señor le ganó hasta aora, no ha hecho con el mas de vna batalla, quando librò a los sin ventura encadenados, y sino fuera por este bazi yelmo no lo passara entonces muy bien, porque huuo a faz de pedradas en aquel trance,

Capit. XX XV. Donde se acaba de aueriguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras auenturas sucedidas con toda verdad.

QUE Les parece a vuestras mercedes, señores dixo el barbero, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun por han que esta no es bazia, sino yelmo? Y quien lo contrario dixere, dixo don Quixote, le haré yo conocer que miente si fuere cauallero, y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro barbero que a todo estava presente como tenia tan bien conocido el humor de don Quixote, quiso esforçar su desatino, y llevar adelante la burla, para que todos riyessen: y dixo hablando con el otro barbero: Señor barbero, ò quien soys, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veynte años carta de

de examen : y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia , sin que le falte vno, y ni mas ni menos fuy vn tiempo en mi mocedad soldado, y se tambien que es yelmo, y que es morrion, y cejada de encaxe, y otras cosas tocantes a la milicia, digo a los generos de armas de los soldados : y digo saluo mejor parecer, remitiendome siempre al mejor entendimiento, que esta pieza que està aqui delante, que este buen señor tiene en las manos, no solo no es bazia de barbero, pero està tan lexos de serlo, como està lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira : tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo don Quixote, porque le falta la mitad que està bavera. Alsies, dixo el Cura, que ya auia entendido la intencion de su amigo el barbero, y lo mismo confirmò Cardenio, don Fernando, y sus camaradas, y aun el Oydor, sino estuuiera tan pensatiuo con el negocio de don Luys, ayudara por su parte a la burla: pero las veras de lo que pensaua le renian tan suspenso, que poco, ò nada atendia á aquellos donayres. Valame Dios, dixo a esta sazón el barbero burlado, que es posible, que tanta gente honrada diga, que esta no es bazia, sino yelmo: cosa parece esta que puede poner en admiracion a toda vna Vniuersidad por discreta que sea: Basta, si es que esta bazia es yelmo, tambien deue de ser esta albarda jaez de cauallo, como este señor ha dicho: A mi albarda me parece, dixo don Quixote, pero ya he dicho que en esto no me entremeto de q̄ sea albarda, ò jaez. Dixo el Cura, no està en mas de dezirlo el señor don Quixote, que en estas cosas de la caualleria todos estos señores, y yo le damos la ventaja. Por Dios señores míos, dixo don Quixote, que son tantas, y tan estrañas las cosas que en este castillo, en dos vezes que en el he alojado, me han sucedido, que no me

Quarta parte de don

atreua à dezir afirmatiuamente ninguna cosa, de lo que
aceica de lo que en el se contiene; se preguntare, por-
que imagino que quanto en el se trata va por via de en-
cantamento: la primera vez me fatigó mucho vn Moro
encantado que en el ay, y a Sancho no le fue muy bien
con otros sus sequaces, y anoche estuue colgado deste
brazo casi dos horas, sin saber como, ni como no vine a
caer en aquella desgracia. Así que ponerme yo aora en
cosa de tanta confusión a dar mi parecer, será caer en juy-
zio temerario: en lo que toca á lo que dizen que esta es
bazia, y no yelmo, ya yo tengo respondido, pero en lo
de declarar si essa es albarda, ó jaez, no me atreuo a dar
sentencia definitiva, solo lo dexo al buen parecer de vues-
tras mercedes, q iça por no ser armados caualleros, co-
mo yo lo soy, no tendrán que ver con vuestras merce-
des los encantamentos deste lugar, y tendrán los enten-
dimientos libres, y podrán juzgar de las cosas deste cas-
tillo como ellas son, real, y verdaderamente, y no como
ami me parecian. No ay duda, respondió a esto don Fer-
nando, sino que el señor don Quixote ha dicho muy biẽ
oy, que a nosotros toca la definición deste caso: y porque
vaya con mas fundamento, yo tomarè en secreto los vo-
ros destos señores, y de lo que resultare darè entera, y cla-
ra noticia. Para aquellos que la tenian del humor de dõ
Quixote, era todo esto materia de grandissima risa: pe-
ro para los que la ignorauan les parecia el mayor dispa-
rate del mundo, especialmente a los quatro criados de
don Luys, y a don Luys, ni mas, ni menos; y a otros tres
passageros que acáso auian llegado a la venta que tenian
parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo èran: pe-
ro el q mas se desesperaua era el barbero, cuya bazia alli
delante de sus ojos se la auia buuelto en yelmo de Mam-
brino, y cuya albarda pensaua sin duda alguna, que se le
auia de boluer en jaez rico de cauallo, y los vnos, y los
otros

otros se reían de ver como andaua don Fernando tomádo los votos de vnos en otros, hablando al oydo, para q̄ en secreto déclarassen si era albarda, ò jaez aquella joya, sobre quien tanto se auia peleado: y despues que huuo tomado los votos de aquellos que a don Quixote cono- cian, dixo en alta voz: El caso es buen hombre, que ya yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que a ninguno pregunto lo que desseo saber, que no me diga, que es disparate el dezir que esta sea albarda de ju- mento, sino jaez de cauallo, y aun de cauallo castizo, y as- si aureys de tener paciēcia, porque a vuestro pessar, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos aueys ale- gado, y pronado muy mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo dixo el sobrebarbero, si todas vñas merce- des no se engañã, y q̄ assi parezca mi anima ante Dios, co- mo ella me parece a mi albarda, y no jaez: pero allã vã le- yes, &c. y no digo mas, y en verdad q̄ no estoy borracho, que no me he defayunado, si de pecar no. No menos cau- sauan rifa las necedades q̄ dezia el barbero, que los dispa- rates de don Quixote: el qual a esta sazón dixo: Aquino ay mas que hazer, sino que cada vno tome lo q̄ es fuyo, y a quien Dios se la dio. S. Pedro se la bendiga. Vno de los quatro dixo: Si ya no es que esto sea burla pėsada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimie- to, como son, ò parecen todos los que aqui estan, se atre- uan a dezir, y afirmar que esta no es bazia, ni aquella al- barda, mas como veo que lo afirman, y lo dizen, me doy, a entender que no carece de misterio el porfiar vna cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad, y la misma experiencia: porque voto a tal, y arrojole redõ do, q̄ no me den a mi a entender quantos oy viuen en el mundo al reues de que esta no sea bazia de barbaro, y es- ta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cu- ra. Tanto monta, dixo el criado, que el caso no consiste

Quarta parte de don

en esto, fino en si es, ò no es albarda, como vuestras mercedes dizè. Oyendo esto vno de los quadrilleros q̄ auian entrado, que auia oydo la pendencia, y quistron, lleno de colera, y enfado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, ò dixere, deue de estar hecho vna. Mentis, como vellaco villano, respondió don Quixote, y alçandò el lançõ, que nunca le dexaua de las manos, le yua á descargar tal golpe sobre la cabeça, que a no desuiarse el quadrillero se le dexara alli tendido: el lançõ se hizo pedacos en el suelo, y los demas quadrilleros que vieron tratar mal a su compañero alçarõ la voz pidiendo fauor a la santa Hermandad. El ventero que era de la quadrilla entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de don Luys rodearon a don Luys, porque con el alboroto no se les fuesse. El barbero viendo la casa rebuelta tornò à afsir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quixote puso mano a su espada, y arremetio a los quadrilleros, don Luys daua voces a sus criados que le dexassen a el, y acorriessen a don Quixote, y a Cardenio, y a don Fernando, que todos fauorecian a don Quixote. El Cura daua voces: la ventera gritaua, su hija se affigia, Maritornes lloraua, Dorotea estaua confusa, Lucinda suspenfa, y doña Clara desmayada. El barbero aporrea ua à Sancho, Sancho molia al barbero: don Luys, a quien vn criado suyo se atreuio a afsirle del braço, porque no se fuesse, le dio vna puñada, que le bañò los dientes en sangre, el Oydor le defendia: don Fernando tenia debajo de sus pies a vn quadrillero midiendole el cuerpo cõ ellos muy a su favor. El ventero tornò a reforçar la voz, pidiendo fauor a la santa Hermandad: de modo q̄ toda la venta era llantos, vozès, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, coces, y efusion de sangre: y en la mitad deste caos,

maqui-

maquina, y laberinto de cosas se le representó en la memoria de dō Quixote, que yua metido de hoz, y de coza en la discordia del câpo de Agramâte: y assi dixo cō voz q̄ atronaua la vëra: Tenganse todos, todos embaynê, todos se folsieguê, oyanme todos, si todos quierê quedar cō vida. Acuya gran voz todos se pararó, y el prosiguió, diziêdo: No os dixe yo señóres q̄ este castillo era encantado, y q̄ alguna regiõ de demonios deue ã habitar enel? en confirmaciõ de lo qual quieró q̄ veays por vuestros ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad como alli se pelea por la espada: aqui por el cavallo, aculla por el aguila, acá por el yelmo, y todos peleamos, y todos nõ nos entédemos: venga pues vña merced señor Oydor, y vuestra mercêd señor Cura, y el vno sirua de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y pōganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran vellaqueria q̄ tanta gête principal como aqui estamos se mate por causas tan liuianas: los quadrilleros que no entendian el frasis de don Quixote, y se veian mal parados de don Fernando, Cardenio, y sus camaradas no querian folslegarse, el barbero si, porque en la pendencia tenia deshechas las barbas, y el albarda: Sancho a la mas minima voz de su amo obedecio, como buen criado: los quatro criados de don Luys tambien se estuieron quedos, viendo quan poco les yua en no estarlo, solo el ventero porfiava, que se auian de castigar las insolencias de aquel loco que a cada passo le alborotaua la venta: finalmente el rumor se apaziguò por entonces, la albarda se quedô por jaez hasta el dia del juyzio, y la bazia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de don Quixote. Puestos pues ya en folsiego, y hechos amigos todos, a persuasion del Oydor, y del Cura, boluieron los criados de don Luys a porfiarle q̄ al momento se viniesse cō ellos:

Quarta parte de don

y en tanto que el con ellos se auenia, el Oydor comunicô con don Fernando, Cardenio, y el Cura, que deuia hazer en aquel caso, contandose lo con las razones que don Luys le auia dicho, en fin fue acordado que don Fernando dixesse a los criados de don Luys quié el era, y como era su gusto, que don Luys se fuesse con el al Andaluzia, donde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de don Luys merecia, porque desta manera se sabia de la intencion de don Luys que no bolueria por aquella vez a los ojos de su padre si le hiziesen pedaços. Entendida pues de los quatro la calidad de don Fernando, y la intencion de don Luys, determinarô entre ellos, que los tres se boluiesse a contar lo que passaua à su padre, y el otro se quedasse a seruir a don Luys, y a no dexalle hasta que ellos boluiesse por el, ó viesse lo que su padre les ordenaua: desta manera se apaziguô aquella maquina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino: pero viendo se el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz menospreciado, y burlado, y el poco fruto que auia grangeado de auerlos puesto a todos en tan confuso laberinto, acordô de probar otra vez la mano, resucitando nuevas pendencias, y deffassos siegos. Es pues el caso, que los quadrilleros se foflegaron por auer entre oydo la calidad de los que con ellos se auian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles que de qualquiera manera que sucediesse auian de llevar lo peor de la batalla: pero vno dellos q̄ fue el que fue molido, y pateado por don Fernando, le vino a la memoria, que entre algunos mandamiêtos que traia para prender a algunos delinquentes, traia vno cōtra don Quixote, a quien la santa Hermandad auia mandado prender por la liberrad que dio a los galeotes, y como Sancho con mucha razon auia temido: imaginando pues esto, quiso certificar se si las señas q̄ de dō Quixote traia

traía, venian bien, y facando del seno vn pergamino topõ con el q̄ buscava, y poniendosele a leer de espacio, porq̄ no era buen lector, a cada palabra q̄ leia, ponía los ojos en don Quixote, y yua cotexando las señas del mandamiento con el rostro de don Quixote, y hallò q̄ sin duda alguna era, el q̄ el mandamiento rezava, y apenas se huuo certificado, quando recogiendo su pergamino, y quiçã tomò el mandamiento, y con la derecha afsio a dõ Quixote del cuello fuertemente q̄ no le dexava alentar, y a grandes voces dezia: Favor a la santa Hermandad, y para q̄ se vea q̄ lo q̄ pido es de veras, leafe este mādamiẽto dõde se contiene que se prenda a este salteador de caminos. Tomò el mādamiento el Cura, y vio como era verdad quanto el quadrillero dezia, y como conuenia con las señas con don Quixote, el qual viendose tratar mal de aquel villano Malandrín, puesta la colera en su punto, y cruziendole los huesos de su cuerpo, como mejor pudo el afsio al quadrillero con entrambas manos de la gargãta, q̄ a no ser focorrido de sus compañeros, alli dexara la vida antes q̄ don Quixote la presa. El vètero que por fuerza auia de fauorecer a los de su oficio, acudio luego a darle fauor. La ventera q̄ vio de nuevo a su marido en pendencias, de nuevo alçò la voz, cuyo tenor le lleuarò luego, Maritornes, y su hija, pidiendo fauor al cielo, y a los que alli estauan. Sancho dixo viendo lo que passaua: Viue el Señor que es verdad quanto mi amo dize de los encantos deste castillo, pues no es posible viuir vna hora con quietud en el. Don Fernando despartio al quadrillero, y adon Quixote, y con gusto de entrambos les desclauijò las manos, q̄ el vno en el collar del sayo del vno, y el otro en la garganta del otro bien afsidas teniã: pero no por esto cessauan los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudassen a darfele atado, y entregado a toda su voluntad, porque assi conuenia al seruicio del Rey, y de

Quarta parte de don

la santa Hermandad, de cuya parte de nuevo los pedian focorro, y fauor, para hazer aquella prision de aquel robador, y saltador de sendas, y de carreras. Reiafe de oyr dezir estas razones don Quixote, y con mucho sosiego, dixo: Vanid acà gente soez, y mal nacida, saltar de caminos llamays al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alçar los caydos, remediar los menesterosos: a gète infame, digna por vuestro baxo, y vil entendimiento, que el cielo no os comunique el valor que se encierra en la caualleria andante, ni os dè a entender el pecado, è ignorancia en que estays en no reuèrenciar la sombra, quanto mas la asistencia de de qualquier cauallero andante. Venid acà ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, saltadores de caminos con licencia de la santa Hermandad, dezidme quien fue el ignorante que firmò mandamiento de prision contra vn tal cauallero como yo soy? Quien el que ignorò que son essentos de todo judicial fuero los caualleros andantes? Y que su ley es espada, sus fueros, sus brios, sus prematicas, su voluntad? Quien fue el mentecato, bueluo a dezir, q̄ no sabe que no ay executoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni essenciones como la que adquiere vn cauallero andante el dia que se arma cauallero, y se entrega al duro exercicio de la caualleria. Que cauallero andante pagò pecho, alcauala, chapin de la Reyna moneda forera, portazgo, ni barca? Que fastre le lleuò hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogió en su castillo que le hiziesse pagar el escote: Que Rey no le assentó a su mesa? Que donzella no se le aficionò, y se le entregò rendida à todo su talante, y voluntad: Y finalmente, que cauallero andante ha auido, ay, ni aurà en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrocientos quadrilleros que se le pogan delante?

Capitulo. XLVI. De la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero don Quixote.

EN Tanto que dō Quixote esto dezia, estaua persuadiendo el Cura à los quadrilleros como don Quixote era salto de juyzio, como lo veíá por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que llevar aquel negocio adelante: pues aunque le prendiessen, y llevassen, luego le auian de dexar por loco: a lo que respondió el del mandamiento: Que a el no tocava juzgar de la locura de don Quixote, uno hazer lo que por su mayor le era mandado, y que vna vez preso, siquiera le soltassen trecientas. Con todo esso dixo el Cura, por esta vez no le auays de llevar, ni aun el dexara llevarse, a lo que yo entiendo: en efeto tanto les supo el Cura dezir, y tantas locuras supo don Quixote hazer, que mas locos fueran que no el los quadrilleros, sino conocieran la falta de don Quixote, y assi tuieron por bien de apaziguarse, y aun de ser medianeros de hazer las pazes entre el barbero, y Sancho Pança, que toda via asistían con gran rancor a su pendencia: finalmente ellos como miembros de justicia mediaron la causa, y fueron arbitros della, de tal modo, que ambas partes quedaron, sino del todo contentas, alomenos en algo satisfechas, porque se trocaron las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo que tocava à lo del yelmo de Mambrino, el Cura à socapa, y sin que don Quixote lo entendiessen, le dio por la bazia ocho reales, y el barbero le hizo vna cedula del recibo, y de no llamarse a engaño por entoces, ni por siempre jamas Amen. Sollegadas pues estas dos pendencias, que eran las mas principales, y de mas tomo: restaua que

Quarta parte de don

Los criados de don Luys se contentassen de boluer los tres, y que el vno quedasse para acompañarle donde dō Fernando le queria lleuar: y como ya la buena suerte, y mejor fortuna auia començado a romper lanças, y facilitar dificultades en saber de los amantes de la venta, y de los valientes della, quiso lleuarlo al cabo, y dar a todo felice suceso, porq̃ los criados se contentaron de quanto don Luys queria, de que recibio tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazón la mirara al rostro que no conociera el regozijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bien todos los sucesos que auia visto, se entristecia, y alegraba à bulto conforme veía, y notaba los semblantes a cada vno, especialmente de su Español, en quié tenia siempre puestos los ojos, y traía colgada el alma. El ventero a quien se le pasó por alto la dadiua, y recompensa que el Cura auia hecho al barbero, pidio el escote de don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero hasta el vltimo ardite. Todo lo apaziguó el Cura, y lo pagó don Fernando, puesto que el Oydor de muy buena voluntad auia tambien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz, y sosiego, que ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quixote auia dicho, sino la misma paz, y quietud del tiempo de Oruiano: de todo lo qual fue común opinion, que se deuan dar las gracias a la buena intencion, y mucha eloquencia del señor Cura, y a la incōparable liberalidad de don Fernando. Viendose pues don Quixote libre, y desembaraçado de tantas pëndencias, así de su escudero, como suyas, le parecio que seria bien seguir su començado viage, y dar fin à aquella grande auentura, para que auia sido llamado, y escogido: y así con resoluta determinacion se fue a poner
de

de inojos ante Dorotea, la qual no le consintio que hablasle palabra hasta que se levantasse, y el por obediella se puso en pie, y le dixo: Es comun prouerbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas, y graues cosas ha mostrado la experiencia, que la sollicitud del negociante trae a buen fin el pleyto dudoso, pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad, q̄ en las de la guerra, a donde la celeridad, y presteza preuiene los discursos del enemigo, y alcança la vitoria, antes que el contrario se ponga en defenfa: todo esto digo alta, y preciosa señora, porque me parece, que la estada nuestra en este castillo, ya es sin prouecho, y podria fernos de tanto daño, que lo echassemos de ver algun dia, porq̄ue quien sabe si por ocultas espías, y diligentes aurà sabido ya vuestro enemigo el gigante, de que yo voy a destruyllle, y dándole lugar el tiempo se fortificasse en algun inexpugnable castillo, ò fortaleza contra quien valiessen poco mis diligencias, y la fuerça de mi incantable braço: así que señora mia, preuengamos, como tengo dicho, con nuestra diligencia sus designios, y partamonos luego a la buena ventura, que no està mas de tener la vuestra grandeza, lo que dessea, de quanto yo tarde de verme con vuestro contrario. Callò, y no dixo mas don Quixote, y esperò con mucho sosiego la respuesta de la fermosa Infanta, la qual con ademan señorial, y acomodado al estylo de don Quixote, le respondió desta manera: Yo os agradezco señor cauallero el desseo que mostrays tener de fauorecerme en mi gran cuyta, bien así como cauallero, a quien es anexo, y concerniente fauorecer los huerfanos, y menesterosos: y quiera el cielo que el vuestro, y mi desseo se cumplan, para que veays que ay agradecidas mugeres en el mundo: y en lo de mi partida, sea luego, que yo no tengo mas volun-

Quarta parte de don

tad que la vuestra, disponed vos de mia toda vuestra guisa, y talante, que la que vna vez os entregó la defensa de su persona, y puso en vuestras manos la restauracion de sus señorios, no ha de querer yr contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios, dixo dō Quixote, pues así es, que vna señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de leuantalla, y ponella en su heredado trono. la partida sea luego porque me va poniendo espuelas el desseo, y el camino, lo que suele decirse que en la tardança está el peligro: y pues no ha criado el cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante, ni acobarde, en silla Sancho a Rozmante, y apareja tu jumento, y el palafren de la Reyna, y despedamonos del Castellano, y destos señores, y vamos de aqui luego al punto. Sancho, que a todo estaua presente, dixo meneando la cabeça à vna parte, y a otra: Ay señor, señor, y cómo ay mas mal en el aldeguela que se suena, con perdon sea dicho de las tocas honradas. Que mal puede auer en ninguna aldea, ni en todas las ciudades del mundo, que pueda sonarse en menoscabo mio villano? Si vuestra merced se enoja, respondió Sancho, yo callaré, y dexaré decir lo que soy obligado como buen escudero, y como deve vn buen criado decir a su señor. Dilo que quisieres, replicò don Quixote, como tus palabras no se encaminen a ponerme miedo: que si tu le tienes, hazes como quien eres: y si yo no le tengo hago como quien soy. No es esto, pecador fuy yo a Dios, respondió Sancho, sino que yo tengo por cierto, y por aueriguado que esta señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon, no lo es mas que mi madre, porque a ser lo que ella dize, no se anduiera hocicando con alguno de los que estan en la rueda á buelta de cabeça, y a cada traspuelta. Parose colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo

pofo don Fernando alguna vez a hurto de otros ojos, auia cogido con los labios parte del premio que merecian sus desseos. Lo qual auia visto Sancho, y pareciendole que aquella desemboltura, mas era de dama cortesana, que de Reyna de tan gran Reyno. Y no pudo, ni quiso responder palabra à Sancho, sino dexole proseguir en su platica, y el fue diciendo: Esto digo señor, porq̄ si al cabo de auer andado caminos, y carreras, y passado malas noches, y peores dias, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos, el que se está holgando en esta ventura, no ay para que darme priessa, a q̄ en sílle a Rozinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor q̄ nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O valame Dios, y quan grande que fue el enojo que recibio don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero. Digo que fue tanto, que con voz atropellada, y tartamuda lègua, lançando viuo fuego por los ojos, dixo: O vellaco villano, mal mirado, descõpuesto, è ignorate, infacũdo, deslèguado, atreuido murmurador, y maldizierte, tales palabras has osado dezir en mi presècia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades, y atreuimientos osaste poner en tu confusa imaginacion? Verè de mi presència, monstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de vellaquerias, inuentor de maldades, publicador de sandezes, enemigo del decoro que se deue a las Reales personas. Verte no parezcas delante de mi, so pena de mi ira: y diendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò a todas partes, y dio con el pie derecho vna gran parada en el suelo, señales todas de la ira que encerraua en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedó Sancho tan encogido, y medroso, que se holgara que en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragara. Y no supò que hazer se, sino boluer

Quarta parte de don

las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entendido tenia ya el humor de don Quixote, dixo, para templarle la ira: No os despêcheys señor cauallero de la triste Figura, de las fandezes que vuestro buen escudero ha dicho. Porque quizá no las deue de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiento, y christiana cōciencia, se puede sospechar que leuante testimonio a nadie: y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos señor cauallero dezis, todas las cosas van, y suceden por modo de encantamento, podria ser, digo, que Sancho huuiesse visto por esta diabolica via, lo que el dize que vio, tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo a esta fazon don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera impossible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera, que se yo bien de la bōdad, è inocencia deste desdichado, que no sabe leuantar testimonios a nadie. Assi es, y assi serà, dixo don Fernando, por lo qual deue vuestra merced señor don Quixote, perdonalle, y reduzille al gremio de su gracia, *Sicut erat in principio*, antes que las tales visiones le sacassen de juyzio. Don Quixote respondio, que elle perdonaua, y el Cura fue por Sâcho, el qual vino muy humilde, y hincandose de rodillas, pidio la mano a su amo, y el se la dio, y despues de auerfela dexado besar, le hechò la bēdizion, diziendo: Agora acabaràs de conocer Sancho hijo, ser verdad lo que yo otras muchas vezes te he dicho, de que todas las cosas deste castillo son hechas por via de encantamento. Assi lo creo yo, dixo Sancho, excepto aquello de la manta, que realmente sucedio por via ordinaria. No lo creas, respondio don Quixote, que si assi fuera, yo te vengara entonces, y aun agora. Pero ni entonces,

ronces, ni aora pude, ni vi en quien tomar vengança de tu agrauio. Deseñaron saber todos, que era aquello de la manta, y el ventero lo contò punto por punto, la bolateria de Sancho Pança, de que no poco se rieron todos. Y de que no menos se corriera Sancho, si de nueuo no le assegurara su amo, que era encantamento. Puesto que jamás llegò la sandez de Sâcho à tanto, que creyesse no ser verdad pura, y aueriguada, sin mezcla de engaño alguno, lo de auer sido manteado por personas de carne, y hueso, y no por fantasmas soñadas, ni imaginadas, como su señor lo creía, y lo afirmaua. Dos dias eran ya passados los que auia que toda aquella illustre compañia estava en la venta: y pareciendoles que ya era tiempo de partirse, dieron orden, para que sin pñerse al trabajo, de boluer Dorotea, y don Fernando con don Quixote a su aldea con la inuencion de la libertad de la Reyna Miconica, pudiesen el Cura, y el barbero, lleuarfe como deseauan, y procurar la cura de su locura en su tierra. Y lo que ordenaron, fue, que se concertaron con vn carretero de bueyes, que a caso acertò a passar por alli, para que lo lleuasse en esta forma. Hizieron vna como jaula, de palos enrejados, capaz, que pudicse en ella caber holgadamente don Quixote: y luego don Fernando, y sus camaradas, con los criados de don Luys, y los quadrilleros, juntamente con el ventero; todos por orden, y parecer del Cura se cubrieron los rostros, y se disfracaron, quien de vna manera, y quien de otra: de modo, que a don Quixote le pareciesse ser otra gente, de la que en aquel castillo auia visto. Hecho esto, con grandissimo silencio se entraron a donde el estava durmiendo, y descansando de las passadas refriegas. Llegaronse a el, que libre, y seguro de tal acontecimiento dormia, y asiendole fuertemente, le ataron muy bien las manos, y los pies: de modo, que quando el despertò con
so bre.

Quarta parte de don

sobresalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa, mas que admirarse, y suspenderse de ver delante de si tan estraños visages. Y luego dio en la cuenta, de lo que succo-
tinua, y de suariada imaginacion le representaua, y se creyò, que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna yã estaua encãtado, pues no se podia menear, ni defender. Todo apũ-
ro, como auia pensado que sucederia el Cura, traçador desta maquina. Solo Sancho de todos los presentes es-
taua en su mismo juyzio, y en su misma figura: el qual aunque le faltaua bien poco para tener la misma enfer-
medad de su amo, no dexò de conocer quien eran todas aquellas cõtrahechas figuras, mas no osò descofer su bo-
ca, hasta ver en que paraua aquel assalto, y prision de su amo, el qual tampoco hablaua palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula, le encerrarõ dentro, y le clauarõ los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper a dos tirones. Tomaronle luego en ombrõs, y al salir del aposento se oyò vna voz temerosa, todo quanto la supo formar el barbero, no el del albarda, sino el otro, que dezia: O ca-
uallero de la triste Figura, no te dè afincamiento la pri-
sion en que vas, porque asì conuiene para acabar mas presto la auentura en que tu gran esfuerço te puso. La qual se acabará, quando el furibũdo leon Manchado, con la blanca paloma Tobosina, yazieren en vno, ya des-
pues de humilladas las altas cèruizes al blandoyugo ma-
trimoñesco. De cuyò inaudito cõforçio saldrán a la luz del Orbe los brauos cachorros, que imitarán las ra-
pantes garras del valeroso padre. Y esto serà antes, que el seguidor de la fugitiua ninfa, faga dos vegadas, a la vi-
sita de las luzientes imagines con su rapido, y natural curso. Y tu, ò el mas noble, y obediente escudero que tu-
uo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las nari-
zes,

zes, no te desmaye, ni descontente, ver llevar así deláte de tus ojos mismos, a la flor de la caualleria andáte. Que presto, si al Plasmador del mundo le plazce, te verás tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no faldrán defraudadas las promessas, que te ha fecho tu buē señor. Y asegurote, de parte de la sabia Mentironiana, q̄ tu sala río te sea pagado, como lo verás por la obra, y sigue las pisadas del valeroso, y encantado cauallero, que conuiene q̄ vayas dondè pareys entrambos: y porque no me es licito dezir otra cosa, à Dios quedad, que yo me bueluo a donde yo me se. Y al acabar de la profecia, alçò la voz de punto, y disminuy ola despues con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuuieron por creer, q̄ era verdad lo que oían. Quedò don Quixote consolado con la escuchada profecia, por q̄ luego coligio de todo en todo, la finificacion de ella: y vio q̄ le prometian el verse ayuntados en santo, y deuido matrimonio cõ su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felice vientre saldriã los cachorros, que eran sus hijos, para gloria perpetua de la Mancha. Y creyendo esto bien, y firmemente, alçò la voz, y dando vn gran suspiro, dixo: O tu quien quieta q̄ seas que tanto biē me has pronosticado, ruegote, que pidas de mi parte al sabio encantador que mis cosas tiene a cargo q̄ no me dexeperecer en esta prision, donde aora me lleuan, hasta ver cumplidas tan alegres, è incõparables promessas, como son las que aquí se me han fecho. Que como esto sea, tendré por gloria las penas de mi carcel, y por aliuio estas cadenas que me ciñen, y no por duro campo de batalla este lecho en que me acuestan, sino por cama blanda, y talamo dichoso. Y en lo que toca a la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad, y buen proceder, que no me dexará, en buena, ni en mala suerte. Porque quando no succeda por la suya, ò por mi corta ventura, el poderle yo dar la

Quarta parte de don

dar la Infula, ò otra cosa equiualente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrá perderse, que en mi testamento, que ya está hecho, dexò declarado lo que se le ha de dar, no conforme a sus muchos, y buenos seruicios, sino a la posibilidad mia. Sancho Pança se le inclinò con mucho comedimiento, y le besò entrambas las manos, porque la vna no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en ombros, aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

Capit. XLVII. Del extraño modo con que fue encantado don Quixote de la Mancha, con otros famosos successos.



VANDO Don Quixote se vio de aquella manera enjaulado, y encima del carro, dixo: Muchas, y muy graues historias he yo leydo de caualleros andantes, pero jamas he leydo, ni visto, ni oydo, que a los caualleros encantados, los lleuen desta manera, y con el espacio que prometen estos perezosos, y tardios animales. Porque siempre los fueren llevar por los ayres con estraña ligereza, encerrados en alguna parda, y escura nube, ò en algun carro de fuego, ò ya sobre algun Hipògrifo, ò otra bestia semejante. Pero que me lleuen a mi aora sobre vn carro de bueyes, vive Dios que me pone en confusion. Pero quiça la caalleria, y los encantos destes nuestros tiempos, deuen de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tambien podria ser, que como yo soy nueuo cauallero en el mundo, y el primero que ha refucizado el ya olvidado exercicio de la caalleria auenturera, tambien nueuamente se ayan inuentado otros generos de encantamientos, y otros modos de llevar a los
a los

á los encantados. ¿Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tã leydo como vuestra merced, en las escrituras andantes. Pero con todo effo ofaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andã, que no son del todo catolicas. Catolicas mi padre, respondió don Quixote, como han de ser catolicas, si son todos demonios, que han tomado cuerpos fantasticos, para venir à hazer esto, y à ponerme en este estado. Y si quieres ver esta verdad, tocalos, y palpalos, y veras como no tienen cuerpo, sino de ayre, y como no consisté mas de en la apariencia. Par Dios señor, replicô Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan folicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propiedad, muy diferente de la que yo he oydo dezir, que tienen los demonios. Porque segun se dizê, todos huelen a piedra azufre, y à otros malos olores, pero este huele à ambar de media legua. Dezia esto Sancho, por don Fernando, que como tan señor, deuia de oler à lo que Sancho dezia. No te maravilles de esto, Sancho amigo, respondió don Quixote, porque te hago saber, q̃ los diablos saben mucho, y puesto que traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porque son espiritus, y si huelen no pueden oler cosas buenas, sino malas, y hediondas. Y la razon es, que como ellos donde quiera que estan, traen el infierno consigo, y no pueden recibir genero de aliuijo alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta, y contenta, no es posible q̃ ellos huelan cosa buena. Y si à ti te parece, que esse demonio que dizes, huele à ambar, ò tu te engañas, ò el quiere engañarte, con hazer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo, y criado, y temiendo don Fernando, y Cardenio, que Sancho no viniessse à caer del todo en la cuenta de su inuencion, a quien andaua ya muy en los alcances, determinaron de abreuiar

Quarta parte de don

con la partida, y llamando á parte al ventero, le ordenaron que en sillasse a Rozinante, y en albardasse el jumêto de Sancho, el quallo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se auia concertado con los quadrilleros, q̄ le acompañaſſen hasta su lugar, dandoles vn tanto cada dia. Colgò Cardenio del arçon de la silla de Rozinante, del vn cabo la adarga, y del otro la bazia, y por señas mãdò à Sancho, que subieſſe en su asno, y tomasse de las riendas à Rozinante, y puso à los dos lados del carro a los dos quadrilleros có sus escopetas. Pero antes que se movieſſe el carro, salio la ventera, su hija, y Maritornes a despedirse de don Quixote, fingiendo q̄ llorauan de dolor de su desgracia, a quien don Quixote dixo: No lloreys mis buenas señoras, q̄ todas estas desdichas son anexas à los que professan lo que yo professo, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuiera yo por famoso cauallero andante. Porque a los caualleros de poco nõbre, y fama, nunca les suceden semejantes casos, porque no ay en el mundo quien se acuerde dellos. A los valerosos si, que tienen embidiosos de su virtud, y valentia, à muchos Principes, y à muchos otros caualleros, q̄ procuran por malas vias destruir à los buenos. Pero có todo esto, la virtud es tan poderosa, que por si sola, a pesar de toda la nigromancia, que supo su primer inventor Zoroastes, saldra vencedora de todo trance, y darà de si luz en el mundo, como la dà el Sol en el cielo. Perdonadme fermosas damas, si algũ desaguifado, por descuydo mio os he fecho, que de voluntad, y à sabiendas, jamas le di à nadie. Y rogad a Dios me saque destas prisiones, donde algun mal intencionado encantador me ha puesto, que si dellas me veo libre, no se me caerà de la memoria las mercedes que en este castillo me auedes fecho para gratificarlas, seruillas, y recompensallas, como ellas merecen. En tanto que las damas del castillo esto passauan

con

con don Quixote, el Cura, y el barbero, se despidieron de don Fernando, y sus camaradas, y del Capitan, y de su hermano, y todas aquellas contentas señoras, especialmente de Dorotea, y Lucinda, Todos se abraçaron, y quedaron de darse noticia de sus sucesos. Diciendo don Fernando al Cura, donde auia de escreuirle, para auisarle en lo que paraua don Quixote, assegurandole, q̄ no auia cosa que mas gusto le diesse, que saberlo. Y q̄ el asì mismo le auisaria de todo aquello que el viesse q̄ podria darle gusto, asì de su casamiento, como del Bautismo de Zorayda, y suceso de don Luys, y buelta de Lucinda a su casa. El Cura ofrecio de hazer quanto se le mandaua, con toda puntualidad. Tornaron à abraçar se otra vez, y otra vez tornaron a nuevos ofrecimientos. El ventero se llegó al Cura, y le dio vnos papeles, diziendole que los auia hallado en vn aforro de la maleta, donde se hallò la nouela del curioso impertinente, y que pues su dueño no auia buuelto mas por alli, que se los lleuasse todos, que pues el no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradecio, y abriendolos luego, vio que al principio de lo escrito, dezia: Nouela de Rinconete, y Cortadillo, por donde entendio ser alguna nouela: y coligio, que pues la del curioso impertinente auia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuesen todas de vn mismo autor, y asì la guardò, con profupuesto de leerla, quando tuuiesse comodidad. Subio a cauallo, y tambien su amigo el barbero con sus antifazes, porque no fuesen luego conocidos de don Quixote, y pusieronse a caminar tras el carro, y la orden que lleuaua era esta. Yua primero el carro, guiandole su dueño: à los dos lados yuan los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sanchito Pança sobre su asno, lleuando de rienda a Rozinante. De tras de todo esto yuan el Cura, y el bar-

Quarta parte de don

bèro, sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con graue, y reposado continente, no caminando mas de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quixote yua sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado a las verjas, cõ tanto silencio, y tanta paciencia, como sino fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y asì con aquel espacio, y silencio, caminaron hasta dos leguas, que llegaron à vn valle, donde le parecio al boyero, ser lugar acomodado para reposar, y dar pasto à los bueyes. Y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el barbero, q̃ caminassen vn poco mas, porque el sabia detras de vn recuesto q̃ cerca de allí se mostraua, auia vn valle de mas yerua, y mucho mejor q̃ aquel, donde parar querian. Tomose el parecer del barbero, y asì tornaron à proseguir su camino. En esto boluio el Cura el rostro, y vio q̃ à sus espaldas venian hasta seys, o siete hòbres de acuallo, bien pùestos, y adereçados, de los quales fueron presto alcançados, porque caminauan, no con la flema, y reposo de los bueyes, sino como quien yua sobre mulas de Canonigos, y con desseo de llegar presto à festear à la venta, q̃ menos de vna legua de allí se parecia. Llegaron los diligentes à los perezosos, y saludarõse cortesmente, y vno de los que venian, que en resolucion era Canonigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañauan, viendo la concertada procesion del carro, quadrilleros, Sanchos, Rozinante, Cura, y barbero, y mas à don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaua llevar aquel hombre de aquella manera. Aun que ya se auia dado à entender, viendolas insignias de los quadrilleros, que deuia de ser algun facinoroso saltador, ò otro delincente, cuyo castigo tocasse à la santa Hermandad. Vno de los quadrilleros, a quien fue hecha la pregunta, respondió asì: Señor lo
que

que significa yr este cauallero desta manera, digalo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyò don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras mercedes señores caualleros, son verçados, y perístos en esto de la caualleria andante, porque si lo son, comunicarê con ellos mis desgracias, y sino, no ay para que me çanse en dezirlas. Y à este tiempo auian ya llegado el Cura, y el barbero, viendo que los caminantes estauan en platicas con don Quixote de la Mancha, para responder de modo, que no fuesse descubierta su artificio. El Canonigo, à lo que don Quixote dixo, respondió: En verdad hermano, que se mas de libros de cauallerias, que de las sumulas de Villalpando, así que si no està mas que en esto, seguramê te podedys comunicar conmigo lo que quisieredes. A la mano de Dios, replicò don Quixote, pues así es, quiero señor cauallero que sepades, que yo voy encantado en esta jaula, por embidia, y fraude, de malos encantadores, que la virtud, mas es perseguida de los malos, q̄ amada de los buenos. Cauallero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordò para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que a despecho, y pesar de la misma embidia, y de quantos Magos criò Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirua de exemplo, y dechado en los venideros figlos, donde los caualleros andantes vean los passos q̄ han de seguir, si quisieren llegar à la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el señor don Quixote de la Mancha, dixo a esta sazon el Cura, que el va encantado en esta carreta, no por sus culpas, y pecados, sino por la mala intencion de aquellos à quien la virtud en fada, y la valentia enoja. Este es señor, el cauallero de la triste figura, si ya le oytes nombrar en algun tiempo; cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, seran escritos

Quarta parte de don

en bronce duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preso, y al libre en semejante estilo, estuuò por hazerse la cruz de admirado, y no podia saber lo que le auia acontecido: y en la misma admiracion cayeron todos los que cõ el venian. En esto Sancho Pança, que se auia acercado a oyr la platica, para adobarlo todo, dixo: Aora señores, quieranme bien, o quieranme mal por lo que dixere, el caso de ello es, que asì va encantado mi señor don Quixote, como mi madre; el tiene su entero juyzio, el come, y beue, y haze sus necesidades como los demas hombres, y como las hazia ayer antes que le enjaulassen. Siendo esto asì, como quieren hazerme a mi entender que va encantado? Pues yo he oydo dezir a muchas personas, que los encantados, ni comen, ni duermen, ni hablan, y mi amo sino le van á la mano, hablará mas que treynta procuradores. Y boluiendose á mirar al Cura, prosiguió diziendo: A señor Cura, señor Cura; pensará vuestra merced que no le conozco, y pensará que yo no calo, y adiuino, adonde se encaminan estos nuevos encantamientos, pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiendo, por mas que disimule sus embustes? En fin, donde reyna la embidia, no puede viuir la virtud, ni adonde ay escafeza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reuerencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuiera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, asì de la bondad de mi señor, el de la triste figura, como de la grandeza de mis seruicios. Pero ya veo que es verdad, lo que se dize por aì, q̃ la rueda de la fortuna anda mas lista, q̃ vna rueda de molino, y que los que ayer estauan en pinganitos, oy estan por el suelo.

fuelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian, y deuián esperar, ver entrar a su padre por sus puertas hecho Governador, ô Visorrey de alguna Insula, o Reyno, le verán entrar hecho moço de cauillos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es mas de por encarecer a su Paternidad, haga conciencia, del mal tratamiento que a mi señor le haze, y mire bien no le pida Dios en la otra vida esta prision de mi amo, y se le haga cargo de todos aquellos focorros, y bienes, que mi señor don Quixoté dexa de hazer en este tiempo que está preso. Adobame effos candiles, dixo a este punto el barbero. Tambien vos Sancho, soys de la cofradia de vuestro amo? Viue el Señor, que voy viendo, que le aueys de tener compañía en la jaula, y que aueys de quedar tan encantado como el, por lo que os tocá de su humor, y de su caualleria. En mal punto os empreñastes de sus promessas, y en mal hora se os entrò en los cascos la Insula que tanto desseays. Yo no estoy preñado de nadie, respondió Sancho, ni foy hombre que me dexaria empreñar del Rey que fuesse, y aunque pobre foy Christiano viejo, y no deuo nada a nadie, y si Insulas desseo, otros dessean otras cosas peores, y cada vno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hombre puedo venir a ser Papa, quanto mas Governador de vna Insula, y mas pudiendo ganar tantas mi señor, que le falte a quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor barbero, que no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Dígelo porque todos nos conocemos, y â mi no se me ha de hechar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedese aqui, porque es peor menearlo. No quiso responder el barbero a Sancho, porque no descubriessse con sus simplicidades lo que el, y el Cura tanto procurauan encubrir. Y por este mismo temor auia el Cura dicho al Canonigo, que caminasse

Quarta parte de don

vn poco delante, que elle diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diessen gusto. Hizolo assi el Canonigo, y adelantose con sus criados, y con el esluuo atento à todo aquello que dezirle quiso, de la condició, vida, locura, y costumbres de don Quixote. Contandole breuemente el principio, y causa de su desuario, y todo el progreso de sus sucessos, hasta auerlo puesto en aquella jaula, y el disignio que lleuauan, de llevarle a su tierra, para ver si por algun medio, hallauan remedio a su locura. Admiraronse de nueuo los criados, y el Canonigo, de oyr la peregrina historia de don Quixote. Y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderamente señor Cura, yo hallo por mi cuenta, que son perjudiciales en la republica, estos que llaman libros de cauallerias. Y aunque he leydo, lleuado de vn ocioso, y falso gusto, casi el principio de todos los mas que ay impressos, jamas me he podido acomodar à leer ninguno del principio al cabo. Porque me parece, q qual mas, qual menos, todos ellos son vna misma cosa, y no tiene mas este, que aquel, ni estotro, que el otro. Y segun a mi me parece, este genero de escritura, y composicion cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Miesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleytar, y no a enseñar, al contrario de lo que hazen las fabulas Apologas, que deleytan, y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento, de semejantes libros, sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendollos llenos de tantos, y tan desaforados disparates. Que el deleyte que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia que ve, ò contempla en las cosas que la vista, ò la imaginacion le ponen delante: y toda cosa que tiene en si fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues que hermosura puede auer, o q proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes,

en vn libro ò fabula, donde vn moço de diez, y feys años da vna cuchillada à vn gigante como vna torre, y le diuide en dos mitades como si fuera de alfeñique: y que quando nos quieren pintar vna batalla, despues de auer dicho, que ay de la parte de los enemigos vn millon de combatientes, como sea contra ellos el señor del libro, forçosamente mal que nos pese auemos de entender, q̄ el tal cauallero alcanço la vitoria por solo el valor de su fuerte braço? Pues que diremos de la facilidad con que vna Reyna, ò Emperatriz, heredera, se conduze en los braços de vn andante, y no conocido cauallero? Que ingenio, sino es del todo barbaro, è inculto, podrá contentarse leyendo, que vna gran torre llena de caualleros va por la mar adelante, como naue con prospero viëto, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preste Iuan de las Indias, o en otras, que ni las descubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? Y si à esto se me respondiesse, que los que tales libros componen, los escriuen como cosas de mentira, y que asì no estan obligados à mirar en delicadezas, ni verdades. Responderles hia yo, que tanto la mentira es mejor, quanto mas parece verdadera: y rãto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoso, y posible. Hanse de casar las fabulas mētirosas con el entendimiento de los que las leyeren, escriuiendose de suerte, que facilitando los impossibles, allanando las grandezas, suspendiendo los animos, admiré, suspendan, alborocen, y entretengan, de modo que anden à vn mismo passo la admiracion, y la alegria juntas: y todas estas cosas no podra hazer el que huyere de la verisimilitud: y de la imitacion en quien consiste la perfeccion de lo que se escriue, no he visto ningun libro de cauallerias, que haga vn cuerpo de fabula entero cõ todos sus miembros, de manera, que el medio corresponda al principio, y el fin al principio y al medio, sino q̄ los

Quarta parte de don

compónen con tantos miembros, q̄ mas parece q̄ lleuan intencion a formar vna quimera, ô vn monstruo, q̄ a hazer vna figura proporcionada. Fuera desto son en el estilo duros, en las hazañas increíbles, en los amores lasciuos, en las cortesias mal miradas, largos en las batallas, necios en las razones, disparatados en los viages: y finalmente agenos de todo discreto artificio, y por esto dignos de ser desterrados de la Republica Christiana, como a gente inutil. El Cura le estuuó escuchando có grande atencion, y parecióle hombre de buen entendimiento, y q̄ tenia razon en quanto dezia: y así le dixo, q̄ por ser el de su misma opinió, y tener ogeriza à los libros de cauallerias, auia quemado todos los de don Quixote, q̄ eran muchos. Y contole el escrutinio q̄ dellos auia hecho, y los q̄ auia condenado al fuego, y dexado con vida, de q̄ no poco se rio el Canonigo, y dixo, q̄ con todo quanto mal auia dicho de tales libros, hallaua en ellos vna cosa buena, q̄ era el fugeto q̄ ofrecian, para que vn buen entendimiento pudiesse mostrarse en ellos, por q̄ dauan largo, y espacioso campo, por donde sin empacho alguno pudiesse correr la pluma, descriuiendo naufragios, tormentas, rencuentros, y batallas, pintando vn Capitan valeroso, con todas las partes q̄ para ser tal se requierèn, mostrándose prudente, preuiniendo las astucias de sus enemigos: y eloquente orador, persuadiendo, o dissuadiendo a sus soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar como en el acometer. Pintando ora vn lamentable, y tragico suceso, aora vn alegre, y no pensado acontecimiento: allí vna hermosísima dama, honesta, discreta, y recatada: aqui vn cauallero Christiano, valiente, y comedido: acullá vn desafortado barbaro fanfarron: acá vn Principe cortes, valeroso, y bien mirado: representando bondad, y lealtad de vassallos, grandezas, y mercedes de señores, ya puede mostrarse

erarse astrologo, ya cosmografo excelente, ya musico, ya inteligente en las materias de estado: y tal vez le vendra ocasion de mostrarse nigromante si quisiere . Puede mostrar las astucias de Vlisses, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Ector, las trayciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones que puedē hazer perfeto a vn varon illustre, aora poniēdolas en vno solo, aora diuidiendolas en muchos, y siendo esto hecho cō apazibilidad de estilo, y con ingeniosa inuencion, q̄ tire lo mas que fuere posible a la verdad, sin duda compondra vna tela de varios y hermosos lazos texida, q̄ despues de acabada tal perfeccion y hermosura muestre, q̄ cōsiga el fin mejor q̄ se pretende en los escritos, q̄ es enseñar, y deleytar juntamente. como ya tengo dicho. Porq̄ la escritura desatada destos libros dà lugar a que el autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, con todas aquellas partes que encierran en si las dulcissimas, y agradables ciencias de la Poesia, y de la Oratoria: que la Epica tambien puede escreuirse en prosa como en verso.

Cap. XLVIII. Donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de Cavallerias, con otras cosas dignas de su ingenio.

ESS I es como vuestra merced dize, señor Canonigo, dixo el Cura, y por esta causa son mas dignos de reprehension los que hasta aqui hã compuesto semejantes libros, sin tener aduersionencia à ningun buen discurso, ni al arte, y reglas por dōde

Quarta parte de don

de pudieran guiarse, y hazerse famosos en prosa, como lo son en verso los dos Principes de la Poesia Griega, y Latina. Yo alomenos, replicò el Canonigo, he tenido cierta tentacion de hazer vn libro de cauallerias, guardando en el todos los puntos que he significado: y si he de confessar la verdad, tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer la experiencia, de si correspondian a mi estimacion, las he comunicado con hombres apasionados desta leyenda, dotos, y discretos, y con otros ignorantes, que solo atienden al gusto de oyr disparates, y de todos he hallado vna agradable aprobacion: pero con todo esto no he profeguido adelante, asì por parecerme que hago cosa agena de mi profesion, como por ver q̄ es mas el numero de los simples, que de los prudentes: y que puesto que es mejor ser loado de los pocos sabios, que burlado de los muchos necios, no quiero sugetarme al confuso juyzio del desuanecido vulgo, a quien por la mayor parte toca leer semejantes libros: pero lo q̄ mas me le quitò de las manos, y aun del pensamiento, de acabarle, fue vn argumento que hize conmigo mismo, sacado de las comedias que agora se representan, diziendo: Si estas que aora se vsan, asì las imaginadas, como las de historia, todas, ò las mas son conocidos disparates, y cosas que no lleuan pies ni cabeça, y con todo esto el vulgo las oye con gusto, y las tiene y las aprueua por buenas, estando tan lejos de serlo, y los autores que las cõponen, y los autores que las representan dizen, que asì han de ser, porque asì las quiere el vulgo, y no de otra manera: y que las que lleuan traça, y siguen la fabula como el arte pide, no siruen sino para quatro discretos que las entienden, y todos los demas se quedan ayunos de entender su artificio, y que a ellos les està mejor ganar de comer con los muchos, que no opinion con los pocos. Deste modo vendrà a ser vn libro, al cabo de auerme quemado las
cejias,

cejas, por guardar los precetos referidos, y vendrè a ser el fastre del cantillo. Y aunque algunas vezes he procurado persuadir à los autores, que se engañan en tener la opinion que tienen, y que mas gente atraerán, y mas fama cobrarán representando comedias, que figan el arte, que nõ con las disparatadas, ya estan tan afidos, y encorporados en su parecer, que no ay razon, ni euidencia q̄ del los faque. Acuerdome que vn dia dixè à vno destos pertinazes: Dezidme, no os acordays q̄ ha pocos años, que se répresentaron en España tres Tragedias, que cõpuso vn famoso Poeta de estos Reynos, las quales fuerõ tales, que admiraron, alegraron, y suspendieron a todos quantos las oyeron, asì simples como prudentes, asì del vulgo como de los escogidos, y dierõ mas dineros à los representâtes ellas tres solas, que treynta de las mejores que despuès acàse han hecho? Sin duda, respondiò el autor que digo, que deue de dezir vuestra merced por la Isabela, la Filis, y la Alexandra? Por ellas digo, le repliquè yo: y mirad si guardauan bien los precetos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar à todo el mundo? Asì que no està la falta en el vulgo que pide disparates, ñino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate la ingratitude vengada, ni le tuuo la Numancia, ni se le hallò en la del Mercader amante, ni menos en la Enemiga fauorable, ni en otras algunas, que de algunos entendidos Poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado, y otras cosas añadiâ estas, con que a mi parecer le dexè algo confuso, pero no satisfecho, ni conuencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado V. m. señor Canonigo, dixo a esta sazõ el Cura, que ha despertado en mi vn antiguo rancor que tengo cõ las comedias que agora se vsan, tal que y guala al que tengo con los libros de

Quarta parte de don

cauallerias, porque auiendo de ser la comedia, segun le parece à Tulio, espejo de la vida humana, exèpto de las costumbres, è imagen de la verdad, las que aora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, è imagenes de lasciuia. Porque que mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir vn niño en mantillas en la primera scena del primer acto, y en la segunda salir ya hecho hombre barbado? Y que mayor, que pintarnos vn viejo valiente, y vn moço cobarde, vn lacayo rectorico, vn page consejero, vn Rey ganapan, y vna Princeffa fregona? Que dire pues de la obseruancia que guardan en los tiempos en que pueden, o podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada començò en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabò en Africa, y aun si fuera de quatro jornadas la quarta acabará en America, y assi se huuiera hecho en todas las quatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, como es posible que satisfaga a ningun mediano entendimiento? que fingiendo vna accion que passa en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, el mismo que en ella haze la persona principal, le atribuyã que fue el Emperador Eraclio, que entrò con la Cruz en Ierusalen, y el que ganò la casa santa, como Godofre de Bullon auiendo infinitos años de lo vno a lo otro, y fundadose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y mezclarle pedaços de otras sucedidas à diferentes personas, y tiempos: y esto no con traças verisimiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables: y es lo malo, que ay ignorantes que digan, que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullurias. Pues que si venimos à las comedias diuinas, que de milagros fingen en ellas, q̄ de cosas ápocrifas, y mal entendidas, atribuyendo à vn santo los milagros de otro. Y aun

en las humanas se atreuen a hazer milagros, sin mas respeto, ni consideracion, q̄ parecerles que alli estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para q̄ la gente ignorante se admire, y venga à la comedia: q̄ todo esto es en perjuizio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles: porque los Estrangeros q̄ con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, è ignorantes, viendo los absurdos, y disparates de las que hazemos. Y no seria bastante disculpa desto dezir, que el principal intento que las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagã publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y diuertirla à vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se cõsigue con qualquier comedia buena, o mala; no ay para que poner leyes, ni estrechar à los que las cõponen, y representan, a que las hagan como deuian hazerse: pues como he dicho, con qualquiera se consigue lo que cõ ellas se pretende. A lo qual responderia yo, que este fin se cõ seguiria mucho mejor sin comparacion alguna, con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de auer oydo la comedia artificiosa, y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas: enseñado con las veras: admirado de los sucessos: discreto con las razones: aduertido con los embustes: sagaz con los exemplos: ayrrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afetos ha de despertar la buena comedia en el animo del que la escuchare, por rustico, y torpe que sea. Y de toda imposibilidad es imposible dexar de alegrar, y entretener, satisfazer, y contentar la comedia que todas estas partes tuuiere, mucho mas que aquella que careciere dellas: como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan.

Quarta parte de don

tan. Y no tienen la culpa desto los Poetas que las componen, porque algunos ay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deuen hazer. Pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dicen, y dicen verdad, que los representantes no se las comprarian, sino fuesen de aquel jaez: y así el Poeta, procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra, le pide. Y que esto sea verdad, vease por muchas e infinitas comedias, que ha compuesto vn felicissimo ingenio destos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegante verso, con tan buenas razones, con tan graues sentencias, y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, q̄ tiene lleno el mundo de su fama. Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas al punto de la perfeccion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necesidad los recitantes de huirse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas vezes, por auer representado cosas en perjuizio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos estos inconuenientes cessarian, y aun otros muchos mas, que no digo, con que huuiesse en la Corte vna persona inteligente, y discreta, que examinasse todas las comedias, antes que se representassen: no solo aquellas que se hiziesen en la Corte, sino todas las que se quisiessen representar en España, sin la qual aprouacion, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuydado de embiar las comedias a la Corte, y con seguridad podrian representarlas: y aquellos que las componen, mitarian con mas cuydado, y estudio lo que haziã, temerosos de auer de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiede: y desta manera

nera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicisimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes, y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigarlos. Y si se diese cargo a otro, ò a este mismo que examinasse los libros de cavallerias, que de nuevo se compusiesse, sin duda podrian salir algunos con la perfeccion que vuestra merced ha dicho, enriqueziendo nuestra lengua del agradable, y precioso tesoro de la eloquencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciesse à la luz de los nuevos que falliesse, para honesto passatiempo, no solaméte los ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es posible q̄ esté continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreacion. A este pũnto de su coloquio, llegauan el Canonigo, y el Cura, quando adelantandose el barbero llegó a ellos y dixo al Cura: Aqui señor Licenciado es el lugar que yo dixé que era bueno, para que festeado no otros, tuuiesse los bueyes fresco, y abundoso pasto: Assi me lo parece a mi, respondió el Cura: y diziendole al Canonigo lo q̄ pensaua hazer, el tambien quiso quedar se con ellos, combidado del sitio de vn hermoso valle que á la vista se les ofrecia: y assi por gozar del, como de la conuersacion del Cura, de quiẽ ya se yua aficionando: y por saber mas por menudo las hazañas de don Quixote, mandò à algunos de sus criados que se fuessen à la venta, que no lejos de alli estaua, y truxessen della lo que huuiesse de comer, para todos: porque el determinaua de se estar en aquel lugar aquella tarde. A lo qual vno de sus criados respondió: Que el azemila del repuesto, que yá deuia de estar en la venta traía recado bastante, para no obligar à tomar de la venta mas que ceuada. Pues assi es, dixo el Canonigo, lleuente allá todas las caualgadas, y hazed

Quarta parte de don

boluer la azemila. Entanto que esto passaua, viendo Sancho que podia hablar á su amo, sin la continua afsistècia del Cura, y el barbero, que tenia por sospechosos, se llegó á la jaula, y le dixo: Señor para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passa cerca de su encantamiento, y es: Que aquestos dos que vienen aqui encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar, y el barbero, y imagino hã dado esta traça de llevarle desta manera, de pura embidia que tienen como vuestra merced se les adelanta en hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, siguese, que no va encantado, sino embaydo, y tonto. Para prueua de lo qual le quiero preguntar vna cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocará con la mano este engaño, y vera como no va encantado, sino trastornado el juyzio. Pregunta lo que quisieres hijo Sancho, respondió don Quixote, q̄ yo te satisfare, y respondere a toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que alli van, y vienen con nosotros, son el Cura, y el barbero nuestros compatriotos y conocidos, bien podrá ser que parezca que son ellos mismos: pero que lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer, y entender es, que si ellos se les parecen, como dizes, deue de ser que los que me han encantado auran tomado essa apariencia, y semejança, porque es facil á los encantadores tomar la figura que se les antoja, y auran tomado las defros nuestros amigos: para darte a ti ocasion de q̄ pienses lo que piensas, y ponerte en vn laberinto de imaginaciones que no aciertes a salir del, aunque tuuieses la sogade Teseo: y también lo auran hecho, para que yo bacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño. Porque si por vna parte tu me dizes, que me acompañan el barbero, y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y se de mi, que fuerças huma-

humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastante para enjaularme : que quieres que diga, o piense , fino que la manera de mi encantamento excede a quantas yo he leydo en todas las historias que tratan de caualleros andantes que han sido encantados . Afsi que bien puedes darte paz, y fofsiego en esto de creer que son los que dizes : porque afsi son ellos como yo soy Turco . Y en lo que toca à querer preguntarme algo, di, que yo te responderè , aunque me preguntes de aqui a mañana . Valame nuestra Señora, respondió Sancho , dando vna gran voz, y es possible que sea vuestra merced tan duro de cerebro, y tan falto de meollo , que no eche de ver que es pura verdad la que le digo : y que en esta su prision, y desgracia , tiene mas parte la malicia , que el encanto .? Pero pues afsi es, yo le quiero prouar euidentemente como no va encantado . Sino digame, afsi Dios le saque desta tormenta , y afsi se vea en los braços de mi señora Dulcinea , quando menos se piense . Acabá de conjurarme , dixo don Quixote , y pregunta lo que quisieres , que ya te he dicho que te respondere con toda puntualidad . Effen pido replicò Sancho : y lo que quiero saber es, que me diga , sin añadir ni quitar cosa ninguna , fino con toda verdad , como se espera que la han de dezir , y la dizen todos aquellos que professan las armas , como vuestra merced las professá debaxo de titulo de caualleros andantes ? Digo que no mentirè en cosa alguna , respondió don Quixote . Acabá ya de preguntar , que en verdad que me causas con tantas aluas , plegarias , y preuenciones , Sancho . Digo que yo estoy seguro de la bondad , y verdad de mi amo , y afsi , porque haze al caso a nuestro cuento , pregunto , hablando con acatamiento : Si a caso despues que vuestra merced va enjaulado , y à su parecer encantado en esta juala , le ha venido gana , y voluntad de hazer aguas ,

Quarta parte de don

mayores, ò menores, como suele dezirse: No entiendo esso de hazer aguas Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente. Es posible que no entienda vuestra merced de hazer aguas menores, o mayores? Pues en la escuela destetan a los muchachos con ello. Pues sepa, q̄ quiero dezir. Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa? Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tengo, sacame deste peligro, que no anda todo limpio.

Cap. XLIX. Donde se trata del discreto coloquio que Sancho Pança tuvo con su señor don Quixote.



A, dixo Sancho, cogido le tengo: esto es lo que yo desseava saber: como al alma, y como à la vida. Venga acà señor: podria negar lo que comunmente suele dezirse por ay, quando vna persona està de mala voluntad: No se que tiene fulano, que ni come, ni beue, ni duerme, ni responde à proposito à lo que le preguntan, que no parece sino que està encantado? De donde se viene à sacar, que los q̄ no comen, ni beuen, ni duermen, ni hazen las obras naturales que yo digo, estos tales estan encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beue quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan? Verdad dizes, Sancho, respondió don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamētos, y podria ser, que con el tiempo se huiesen mudado de vnos en otros: y que agora se vís, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. De manera, que contra el uso de los tiempos no ay que arguyr, ni de

de que hazer conſequencias . Yo ſe, y tengo para mi, q̄ voy encantado, y eſto me baſta para la ſeguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, ſi yo penſaſſe q̄ no eſtaua encantado, y me dexaſſe eſtar en eſta jaula, perezoſo, y couarde, defraudando el ſocorro que podria dar à muchos menesteroſos, y neceſſitados, que de mi ayuda y amparo deuen tener à la hora de à hora precisa y eſtrema neceſſidad . Pues con todo eſſo, replicò Sancho, digo, que para mayor abundancia y ſatisfacion, ſeria bien que vueſtra merced prouaſſe à ſalir deſta carcel, que yo me obligo con todo mi poder à facilitarlo, y aun facarle della, y prouaſſe de nueuo a ſubir ſobre ſu buen Rozinante, que tambien parece que va encantado, ſegũ va de malencolico, y triſte . Y hecho eſto, prouaſſemos otra vez la fuerte de buſcar mas aventuras : y ſino nos ſu cedieſſe bien, tiempo nos queda para boluernos à la jaula : en la qual prometo à ley de buen, y leal eſcudero de encerrarme juntamente con vueſtra merced, ſi a caſo fũere vueſtra merced tan deſdichado, ò yo tan ſimple, que no acierte à ſalir con lo que digo . Yo ſoy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò don Quixote : y quando tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo : pero tu, Sancho veras como te engañas en el conocimiento de mi deſgracia . En eſtas platicas ſe entretuuieron el cauallero andante, y el mal andante eſcudero, haſta que llegaron, donde ya apeados los aguardauan el Cura, el Canonigo, y el barbero . Deſfuncio luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar à ſus anchuras por aquel verde, y apazible ſitio, cuya freſcura combidaua à quererla gozar, no à las perſonas tan encantadas como don Quixote, ſino à los tan aduertidos, y diſcretos como ſu eſcudero : el qual rogò al Cura, que permitieſſe que ſu ſeñor ſalieſſe por vn rato de la jaula : porque ſino le

Quarta parte de don

dexauan salir, no yria tan limpia aquella prision, como requiria la decencia de vn tal cauallero como su amo. Entendiole el Cura, y dixo, que de muy buena gana haria lo que le pedia, sino temiera, que en viendose su señor en libertad, auia de hazer de las suyas, y yrse donde jamas gentes le viesse. Y o le fio de la fuga, respondió Sancho: Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas si el me dà la palabra como cauallero, de no apartarse de nosotros, hasta que sea nuestra voluntad. Si doy, respondió don Quixote, que todo lo estaua escuchando, quanto mas, que el que està encantado como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisiere: porque el que le encantò le puede hazer, que no se mueua de vn lugar en tres siglos: y si huuiere huydo, le harà boluer en bolandas: y que pues esto erà asì, bien podian soltarle, y mas siendo tan en provecho de todos: y del no soltarle les protestaua que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de alli no se desuiauan. Tomole la mano el Canonigo, aunque lastenia atadas, y debaxo de su buena fè, y palabra, le desenjaularon, de que el se alegrò infinito, y en grande manera deuserse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo, fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaua Rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bédita Madre, flor, y espejo de los cauallios, que presto nos hemos de ver los dos qual desseamos: tu con tu señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo esto don Quixote, se apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliuizado, y con mas desseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Miraualo el Canonigo, y admirauase de ver la estrañeza de su grande locura, y de que en quanto hablaua, y respondia, mostraua tener bonissimo entendimiento, solamente venia â perder los estribos, como

mo otras vezes se ha dicho, en tratandole de cauallerias: y assi mouido de compafsion, despues de auerse sentado todos en la verde yerua, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es posible señor hidalgo, que aya podido tanto con vuestra merced la amarga, y ociosa lectura de los libros de cauallerias, que le ayá buuelto el juyzio de modo, que venga a creer que va encantado, con otras cosas deste jaez, tan lejos de ser verdaderas, como lo està la misma mentira de la verdad? Y como es posible que aya entendimiento humano, que se dê a entender que ha auido en el mundo aquella infinidad de Amadis, y aquella turba multa de tanto famoso cauallero, tanto Emperador de Trapifonda, tanto Felixmarte de Yrcania, tanto palafren, tanta donzella andante, tantas fierpes, tantos endriagos, tantos Gigantes, tantas inauditas aventuras, tanto genero de encantamento, tantas batallas, tantos desaforados encuentros, tanta bizarría de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos Condes, tantos enanos graciosos, tanto villere, tanto requiebro, tantas mugeres valientes: y finalmente, tantos y tan disparatadas cosas como los libros de cauallerias contienen? De mi se dezir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira, y liuiandad, me dan algun contento: pero quando caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, si cerca, o presente le tuuiera, bien como a mercedores de tal pena, por ser falsos, y embufteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como a inuectores de nuevas sectas, y de nuevo modo de vida: y como a quien dà ocasion que el vulgo ignorante venga a creer, y tener por verdaderas, tantas necedades como contienen. Y aun tienen tanto atreuimiento, que se atreuen a turbar los ingenios de los dis-

Quarta parte de don

cretos, y bien nacidos hidalgos, como se echa bien de ver por lo que con vuestra merced han hecho, pues le han traydo a terminos, que sea forçoso encerrarle en vn ajaula, y traerle sobre vn carro de bueyes, como quié trae ò lleua algun leon, ò algun tygre, de lugar en lugar, para ganar con el, dexando que le vean. Ea señor don Quixote, duela se de si mismo, y reduzgase al gremio de la discrecion, y sepa vsar de la mucha que el cielo fue seruido de darle, empleando el felicissimo talento de su ingenio en otra letura, que redunde en aprouechamiento de su conciencia; y en aumento de su honra. Y si todavia, lleuado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas, y de cauallerias, lea en la sacra Escritura el de los Iuezes, que alli hallará verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos como valientes. Vn Viriato tuuo Lusitania, vn Cesar Roma, vn Anibal Cartago, vn Alexandro Grecia; vn Conde Fernan Gonçalez Castilla, vn Cid valencia; vn Gonçalo Fernandez Andaluzia, vn Diego Garcia de Paredes Estremadura, vn Garci Perez de Vargas Xerez, vn Garci Lasso Toledo, vn don Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos, puede entretener, enseñar, deleytar, y admirar à los mas altos ingenios que los leyeren. Esta si serà letura digna del buen entendimiento de vuestra merced, señor don Quixote mio, de la qual saldrà erudito en la historia, enamorado de la virtud, enseñado en la bondad, mejorado en las costumbres, valiente sin temeridad, ofado sin couardia: y todo esto para honra de Dios, prouecho suyo, y fama de la Mancha, do segun he sabido, trae vuestra merced su principio, y origen: Atentissimamente escuuo don Quixote escuchando las razones del Canonigo, y quando vio que ya auia puesto fin à ellas: despues de auerle estado vn buen espacio mirando, le dixo: Parece me señor hidalgo, que la platica de vuestra merced

ced se ha encaminado a querer darme a entender, que no ha auido caualleros andantes en el mundo, y que todos los libros de cauallerias son falsos, mentirosos, danadores, é inuiles para la republica; y que yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, auindome puesto a seguir la durissima profesion de la caualleria andante, que ellos enseñan, negandome, que no ha auido en el mundo Amadises, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caualleros de que las escrituras estan llenas? Todo es al pie de la letra, como vuestra merced lo va relatando, dixo a esta fazon el Canonigo. A lo qual respondio don Quixote: Añadio tambien vuestra merced, diciendo, que me auian hecho mucho daño tales libros, pues me auian buuelto el juyzio, y puestome en vna jaula, y que me seria mejor hazer la enmienda, y mudar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enseñan. Afsies, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò don Quixote, hallo por mi cuenta, que el fin juyzio, y el encantado, es vuestra merced, pues se ha puesto a dezir tantas blasfemias contra vna cosa tan recebida en el mundo, y tenuta por tan verdadera, que el que la negasse, como vuestra merced la niega, merecia la misma pena, que vuestra merced dize que dà a los libros, quando los lee, y le enfadan. Porque querer dar à entender à nadie, que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caualleros aventureros, de que estan colmadas las histotias, serà querer persuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra sustenta: porque que ingenio puede auer en el mundo, que pueda persuadir a otro, que no fue verdad lo de la Infanta Floripes, y Guy de Borgoña: y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, que sucedio en el tiempo de Carlo Magno, que voto a tal, que es tanta verdad, como es aora
de

Quarta parte de don

de dia? Y si es mentira tambien lo deve de ser, que no huuo Hektor, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Francia, ni el Rey Artus de Inglaterra, que anda hasta aora convertido en cueruo, y le esperan en su Reyno por momentos. Y tambien se atreueran a dezir, que es mentirosa la historia de Guarino Mèzquino, y la de la demanda del santo Grial, y que son apocrifos los amores de don Tristan, y la Reyna Yseñ, como los de Ginebrá, y Lançarote, auiendo personas que casi se acuerdan de auer visto a la dueña Quíntañona, que fue la mejor escanciadora de vino que tuuo la gran Bretaña: y es esto tan afsi, que me acuerdo yo que me dezia vna mi aguela, de partes de mi padre, quando veía alguna dueña con tocas reuerendas: Aquella, nièto, se parece á la dueña Quíntañona, de donde arguyó yo, que la deuio de conocer ella, ó por lo menos, deuio de alcançar á ver algun retrato suyo. Pues quien podrá negar, no ser verdadera la historia de Pierres, y la linda Magalona, pues aun hasta oy dia se veen en la armeria de los Reyes, la clauija con que boluia el cauallo de madera, sobre quien yua el valiente Pierres por los ayres, que es vn poco mayor que vn timón de carrera: y junto á la clauija, está la silla de Babièca. Y en Roncesualles está el cuerno de Roldan, tamaño como vna grande viga: de donde se infiere, que huuo doze Pares, que huuo Pierres, que huuo Cides, y otros caualleros semejantes, destos que dizen las gentes, que a sus aventuras vā. Sino dígame tambien, que no es verdad que fue cauallero andante el valiente Lusitano Iuan de Merlo, que fue á Borgoña, y se combatio en la Ciudad de Ras, con el famoso señor de Charni, llamado Mosen Pierres, y despues en la Ciudad de Basilea con Mosen Enrique de Remestan, saliendo de entrambas empresas vencedor, y lleno de honrosa fama. Y las aventuras, y desafios, que

que tambien acabaron en Borgoña los valientes Españoles, Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deciendo por linea recta de varon) venciendo á los hijos del Conde de san Polo. Nieguenme afsi mismo que no fue á buscar las aventuras â Alemania don Fernando de Gueuara, donde se combatio con Micer Iorge, cauallero de la casa del Duque de Austria. Digan que fueron burla las justas de Suero de Quiñones, del passo: las empresas de Mosen Luys de Falses, contra don Gonçalo de Guzman, cauallero Castellano, con otras muchas hazañas hechas por caualleros Christianos, destos, y de los Reynos estrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno â dezir, que el que las negasse, careceria de toda razon, y buen discurso. Admirado quedò el Canonigo, de oyr la mezcla que don Quixote hazia; de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas cosas, tocantes, y concernientes â los hechos de su andante caualleria, y afsi le respòdio: No puedo yo negar señor don Quixote, que no sea verdad algo de lo que vuestra merced ha dicho, especialmente en lo que toca â los caualleros andantes Españoles: y afsi mismo quiero conceder, que huuo doze Pares de Francia, pero no quiero creer, que hizieron todas aquellas cosas que el Arçobispo Turpin dellos escribe: porq̃ la verdad dello es, q̃ fueron caualleros escogidos por los Reyes de Francia, a quien llamaron Pares, por ser todos y guales en valor, en calidad, y en valentia, alome nos sino lo eran, era razon q̃ lo fuesen, y era como vna religion de las que aora se vsan, de Santiago, o de Calatraua, que se presupone que los que la professan, han de ser, ò deuen ser caualleros valerosos, valientes, y bien nacidos: y como aora dizen cauallero de san Iuan, ò de Alcántara, dezian en aquel tiempo: Cauallero de los doze Pares, porque no fuero doze y guales los que parâ es-

Quarta parte de don

ta religion militar se escogieron. En lo de que huue Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hizieron las hazañas que dizen, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clauija, que vuestra merced dize del Conde Pierres, y que esta junto à la filla de Babieca en la armeria de los Reyes, confieſſo mi pecado, que ſoy tan ignorante, ò tan corto de viſta, que aun que he viſto la filla, no he hechado de ver la clauija, y mas ſiendo tan grande como vuestra merced ha dicho. Pues alli eſtã ſin duda alguna, replicò don Quixote, y por mas ſeñas dizen que eſtã metida en vna funda de vaqueta, porque no ſe tome de moho. Todo puede ſer, reſpòndio el Canonigo, pero por las ordenes que recebi, que no me acuerdo auerla viſto: mas pueſto que conceda que eſtã alli, no por eſſo me obligo a creer las hiſtorias de tantos Amadifes, ni las de tanta turba multa de caualleros como por ay nos cuentan: ni es razon, que vn hombre como vuestra merced, tan honrado, y de tã buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, ſe dê a entender, que ſon verdaderas tantas, y tan eſtrañas locuras, como las que eſtan eſcritas en los diſparatados libros de cauallerias.

Cap. L. De las discretas altercaciones que dõ Quixote, y el Canonigo tuuieron, con otros ſuceſſos.

B Veno eſtã eſſo, reſpòndio don Quixote, los libros que eſtan impreſſos con licencia de los Reyes, y cõ aprouacion de aquellos a quien ſe remitierõ, y q̃ cõ guſto general ſon leydos, y celebrados d̃ los grãdes y d̃ los chicos: de los pobres, y
de los

de los ricos : de los letrados, é ignorantes : de los plebeyos, y caualleros: finalmente , de todo genero de personas, de qualquier estado y condicion, que sean , auian de ser. mentira, y mas lleuando tanta apariencia de verdad, pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar. y las hazañas, punto por punto, y dia por dia, que el tal cauallero hizo , ò caualleros hizieron. Calle vuestra merced , no diga tal blasfemia , y creame, que le aconsejo en esto lo que deue de hazer, como discreto, sino leal, y verá el gusto que recibe de su leyenda. Sino digame, ay mayor contento, que ver, como si dixessemos, aqui aora se muestra delante de nosotros vn gran lago de pez, hiruiendo a boruollones, y que andan nadando, y cruzando por el muchas serpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales feroces, y espantables, y que del medio del lago sale vna voz trífissima, que dize : Tu cauallero , quien quiera que seas, que el temeroso lago estas mirando, si quieres alcançar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrojate en mitad de su negro y encendido licor, porque si assi no lo hazes, no seras digno de ver las altas marauillas que en si encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yazen: y que a penas el cauallero no ha acabado de oyr la voz temerosa, quando sin entrar mas en cuentas con ligo, sin ponerse a considerar el peligro a que se põe, y aun sin despojar se de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomendandose a Dios, y a su señora, se arroja en mitad del bullente lago: y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre vnos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Allí le parece, que el cielo es mas transparente, y q̄ el Sol luze con claridad mas nueua. Ofrecele a los ojos vna apazible floresta de ran verdes, y frondo-

Quarta parte de don

frondosos arboles compuesta, que alegra à la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados paxarillos, que por los intrincados ramos van cruzando. Aquí descubre vn arroyuelo, cuyas frescas aguas, que liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, que oro cernido, y puras perlas semejan. Aculla vee vna artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso marmol compuesta. Acà vee otra à lo brutesco ordenada, adonde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas cascas, blancas, y amarillas del caracol, puestas con orden desordenada, mezclados entre ellas pedaços de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen vna variada labor, de manera, que el arte imitando à la naturaleza, parece que allí la vence. Aculla de improuiso, se le descubre vn fuerte castillo, o vistoso alcaçar, cuyas murallas son de mazizo oro, las almenas de diamantes, las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que està formado, no menos que de diamantes, de carbuncos, de rubies, de perlas, de oro, y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura? Y ay mas que ver despues de auer visto esto, que ver salir por la puerta del castillo vn buen numero de donzellas, cuyos galanos y vistosos trages, si yo me pusiesse aora à dezirlos, como las historias nos los cuentan, seria nunca acabar? y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano al atreuido cauallero, que se arrojò en el feruiente lago, y llevarle, sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar, ò castillo, y hazerle desnudar, como su madre le pario, y bañarle con templadas aguas, y luego vntarle todo con olorosos vnguentos, y vestirle vna camisa de cédal delgadissimo, toda olorosa, y perfumada: y acudir donzella, y echarle vn manton sobre los ombros, q̄ otra
por

por lo menos, menos, dicen que suele valer vna ciudad, y aun mas? Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto le lleuan a otra sala, donde halla puestas las mesas, con tanto concierto, que queda suspenso, y admirado? Que el verle echar agua a manos, toda de ambar, y de olorosas flores destilada? Que el hazerle sentar sobre vna silla de marfil? Que verle seruir todas las donzellas, guardando vn marauilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados, que no sabe el apetito a qual deua de alargar la mano? Qual será oyr la musica que en tanto que come suena, sin saberse quien la canta, ni adonde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedarse el cauallero recostado sobre la silla, y quizá mondándose los dientes, como es costumbre, entrar à deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa donzella, que ninguna de las primeras, y sentarse allado del cauallero, y començar à darle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella está encantada en el, con otras cosas, que suspenden al cauallero; y admiran à los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea, de qualquiera historia de cauallero andante, ha de causar gusto, y marauilla à qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destierran la melancolia que tuuiere, y le mejoran la condicion, si a caso la tiene mala. De mi se dezir, que despues que soy cauallero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortês, atreuido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de encantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en vna jaula como loco, pienso por el valor de mi

Quarta parte de don

mi brazo. fauoreciendome el cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, a donde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad que mi pecho encierra: que miase, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunq̄ en sumo grado la posea: y el agradecimiento, que solo consiste en el desseo, es cosa muerta, como es muerta la fê sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciessse presto alguna ocasion, donde me hiziesse Emperador, por mostrar mi pecho, haziedo bien a mis amigos, especialmente a este pobre de Sãcho Pãça, mi escudero, que es el mejor hombre del mũdo, y querria darle vn Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo, que no ha de tener abilidad para gouernar su estado. Casi estas vltimas palabras oyô Sancho a su amo, a quien dixo: Trabaje V. m. señor don Quixote, en darme esse Condado, tan prometido de V. m. como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte a mi abilidad para gouernarle: y quãdo me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan vn tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del gouierno, y el señor se està a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi hare yo, y no reparare en tanto mas quanto, sino que luego me desistirè de rodo, y me gozarè mi renta, como vn Duque, y allà se lo ayan. Eſto hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese en quanto al gozar la renta; empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado, y aqui entra la abilidad, y buen juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre yran errados los medios, y los fines: y assi suele Dios ayudar al buen desseo del simple, como desfauorecer al malo, del discreto.

No se effas filosofias, respondió Sancho Pança, mas solo se que tan presto tuuiesse yo el Condado, como sabria regirle, que tanta almayengo yo como otro, y tãto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado como cada vno del fuyo: y sièdolo, haria lo que quisiessse: y haziendo lo que quisiessse, haria mi gusto: y haziendo mi gusto, estaria contento: y en estando vno contento, no tiene mas que desfeear: y no reniendo mas que desfeear, acabose, y el estado véga, y a Dios, y veamonos, como dixox vn ciego a otro. A lo qual replicó don Quixote: No son malas filosofias effas, como tu dizes, Sancho, pero cõ todo effo ay mucho q̄ dezir sobre esta materia de Condados. Yo no se que aya que dezir, solo me guio por muchos, y diuersos exēplos que podria traer a este proposito de caualleros de mi profefsion, que correspondièdo a los leales, y señalados seruicios que de sus escuderos auian recebido, les hizieron notables inmercedes, haziendoles señores absolutos de ciudades, y insulas: y qual huuo que llegaron sus merecimientos a tanto grado, que tuuo humos de hazerse Rey. Pero para que gasto tiempo en esto ofreciendome vn tan insigne exemplo el grande, y nunca bien alabado Amadis de Gaula, que hizo a su escudero Conde de la Insula Frme, y assi puedo yo sin escrupulo de conciencia, hazer Conde a Sancho Pança que es vno de los mejores escuderos que cauallero andante ha tenido. Admirado quedò el Canonigo, de los concertados disparates (si disparates sufren concierto) que don Quixote auia dicho, y del modo con que auia pintado la auentura del cauallero del Lago de la impresion que en el auian hecho las pensadas mentiras de los libros que auia leydo: y finalmente le admiraua la necedad de Sancho, que con tanto ahinco desfeeara alcançar el Condado que su amo le

Quarta parte de don

auia prometido. Ya en esto boluian los criados del Canonigo, que a la venta auian ydo por la azemila del repuesto, y haziendo mesa de vna alhombra, y de la verde yerua del prado, a la sombra de vnos arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiessse la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, a deshora oyeron vn rezio estruendo, y vn son de esquila, que por entre vnâs çarças, y espessas matas que alli junto estauê, sonaua, y al mismo instante vieron salir de entre aquellas malezas, vna hermosa cabra, toda la piel manchada de negro, blâco, y pardo. Tras ella venia vn cabrero dandole voces, y diziendole palabras a su vso, para que se detuuiesse, ò al rebaño boluiesse. La fugitiua cabra temerosa, y despauorida, se vino a la gente, como a fauorecerse della, y alli se detuuo: Llegò el cabrero, y assiendola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso, y entendimiento, le dixo: Ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo? que lobos os espantan? Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puede ser, sino que soys hembra, y no podeys estar foflegada, que mal ayavuestra condicion, y la de todas aquellas a quien imitays. Bolued, bolued amiga, que sino tan contenta, alomenos estareys segura en vuestro aprisco, ò con vuestras compañeras: que si vos que las aueys de guardar, y encaminar, anday tan sin guia, y tan descaminada, en que podrán parar ellas? Contento dieron las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra hermano, que os foflegueys vn poco, y no os acucieys en boluer tan presto essa cabra a su rebaño, que pues ella es hembra, como vos dezis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongays a citoruarlo. Tomad este bocado,

cado, y beued vna vez, con que templareys la colera, y en tanto descansarà la cabra. Y el dezir esto, y el darle con la punta del cuchillo los lomos de vn conejo fiambre todo fue vno. Tomolò, y agradeciolo el cabrero: beuio, y soffegose, y luego dixo: No querria que por auer yo hablado con esta alimaña tan en seso, me tuuiesen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe. Rustico soy pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres, y con las bestias. Esto creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo se de experiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filosofos. Alomenos, señor, replicó el cabrero, acogen hombres escarmentados: y para que creays esta verdad, y la toqueys con la mano, aunque parezca que sin ser rogado me còbido, sino os enfadays dello, y que-reys, señores, vn breue espacio prestarme oydo atento, os contarè vna verdad, q̄ acredite lo que esse señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia? A esto respondió don Quixote: Por ver q̄ tiene este caso vn no se que de sombra de auëtura de caualleria, yo por mi parte os oyrè, hermano de muy buena gana, y asì lo haran todos estos señores, por lo mucho q̄ tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas nouedades, q̄ suspendan, alegrè, y entretengan los sentidos, como sin duda pienso q̄ le ha de hazer vuestro cuento. Començad pues, amigo, q̄ todos escucharemos. Saco la mia, dixo Sacho, que yo à aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oydo dezir a mi señor don Quixote que el escudero de cauallero andante ha de comer, quando se le ofreciere, hasta no poder mas, a causa q̄ se les fuele ofrecer entrar a caso por vna selua tan intrincada, q̄ no aciertan a salir della en seys dias, y si el hombre

Quarta parte de don

no va harto, ó bien proueydas las alforjas, allí se podrá quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne momia. Tu estás en lo cierto, Sancho, dixo don Quixote, vete a donde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy fatifecho, y solo me falta dar al alma su refaciõ, como se la darê escuchando el cuento deste buen hombre. Así la daremos todos a las nuestras, dixo el Canõigo: y luego rogò al cabrero, que diese principio a lo que prometido auia. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la cabra que por los cuernos tenia, diziendole: Recuestate junto a mi, manchada, que tiempo nos queda para bolver a nuestro apero. Parece que lo entendio la cabra, porque en sentandose su dueño, se entendio ella junto a el, con mucho sosiego, y mirandole al rostro daua à entender, que estaua atenta à lo que el cabrero yua diziendo: el qual començó su historia desta
manera,

• 2 •

Capit.

Capit. L7. Que trata de lo que conió el cabrero a todos los que lleuauan a don Quixote.

TRES Leguas deste valle está vna aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas que ay en todos estos contornos, en la qual auia vn labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser honrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançaua: mas lo que le hazia mas dichoso, segun el dezia, era tener vna hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraua, se admira de ver las estremadas partes con que el cielo, y la naturaleza la auian enriquezido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fue hermosísima. La fama de su belleza se comegó a estender por todas las circunuezinas, aldeas q̄ digo yo, por las circunuezinas no mas, si se estendio a las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gēte, que como a cosa rara, ò como a imagē de milagros, de todas partes a ver la venian. Guardauala su padre, y guardauase ella, que no ay candados, guardas, ni cerraduras, que mejor guarden a vna donzella, que las del recato propio: la riqueza del padre, y la belleza de la hija mouieron a muchos, asì del pueblo, como forasteros, a que por muger se la pidiessen, mas el como a quien tocaua disponer de tan rica joya, andaua confuso sin saber determinar se, a quien la entregaria de los infinitos que le importunauā, y entre los muchos que tan buen desseo tenian fuy yo vno, a quien dieron muchas, y grandes esperanças de buen suceso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en

Quarta parte de don

La edad floreciente, en la hazienda muy rico, y en el ingenio no menòs acabado: con todas estas mismas partes, le pidio tambien otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre a quien parecia, que con qualquiera de nosotros estaua su hija bien empleada: y por salir desta confusion determinò dezirselo a Leandra, que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto, advirtiendole, que pues los dos eramos yguales, era bien dexar a la voluntad de su querida hija el escoger a su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres que a sus hijos quieren poner en estado. No digo yo que los dexen escoger en cosas ruynes, y malas, sino que se las propongan buenas, y de las buenas que escojan a su gusto: no se yo el que tuuo Leandra, solo se que el padre nos entreruo a entrambos con la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligauan, ni nos desobligaua tampoco. Llamase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, por que veays con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contienen, cuyo fin aun està pendiente: pero bien se dexa entender que ha ser desaftrado. En esta sazón vino a nuestro pueblo vn Vicente de la Roca, hijo de vn pobre labrador del mismo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diuersas partes de ser soldado, lleuole de nuestro lugar siendo muchacho de hasta doze años, vn Capitan, que con su compañía por alli acertò a passar, y boluio el moço de alli a otros doze vestido a la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dizes de cristal, y sutiles cadenas de azero: oy se ponía vn gala, y mañana otra: pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo: la gente labradora, que de suyo es maliciosa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notò, y contò punto por punto sus galas, y preseas, y hallò que los vestidos eran

eran tres de diferentes colores, cō sus ligas, y medias, pero el hazia tantos guifados, è invenciones dellas, que si no se los contaran huiera quien jurara que auia hecho muestras de mas de diez pares de vestidos, y demas de veynte plumas. Y no pareza impertinencia, y demasia el to que de los vestidos voy contando, porque ellos hazē vna buena parte en esta historia. Sentauase en vn poyo que debaxo de vn gra alamo està en nuestra plaça, y alli nos tenia á todos la boca abierta, pendientes de las hazañas que nos yua contando: no auia tierra en todo el Orbe que no huuiesse visto, ni batalla donde no se huuiesse hallado: auia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas singulares desafios, segun el dezia, que Gante, y Luna. Diego Garcia de Patèdes, y otros mil que nombraua, y de todos auia salido con victoria, sin que le huuiesse derramado vna solagota de sangre: por otra parte mostraua señales de heridas, que aunque no se diuifauã, nos hazia entender q̄ eran arcabuzazos dados en diferētes reneuentros, y faciones: finalmente con vna no vista arrogancia llamaua de vos a sus yguales, y a los mismos que le conōcian, y dezia, que su padre era su braço, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mismo Rey no deuia nada. Añadiosele a estas arrogãcias ser vn poco musico, y tocar vna guitarra á lo rasgado, de manera que dezian algunos que la hazia hablar: pero no pararon aqui sus gracias, que tambien la tenia de Poeta, y asì de cada niñeria que passaua en el pueblo, cōponia vn romãce de legua, y media de escritura. Este soldado, pues q̄ aqui he pintado, este Vicēte de la Roca, este brauo, este galã, este musico, este Poeta, fue visto, y mirado muchas ves de Leãdra desde vna vètana de su casa q̄ tenia la vista á la plaça, enamorola el oropel de sus vistosos trages: encantaronla sus romances, que de cada vno que componia daua veynte traslados: llegaron a sus

Quarta parte de don

oydos las hazañas que el de si mismo auia referido: y finalmente que assi el diablo lo deuia de tener ordenado, ella se vino a enamorar del antes que en el naciesse prefucion de solicitarla: y como en los casos de amor no ay ninguno que con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el desseo de la dama, con facilidad se concertaron Leandra, y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesse en la cuenta de su desseo, ya ella tenia le cūplido, auiendo dexado la casa de su querido, y amado padre, (que madre no la tiene) y ausentadose de la aldea con el soldado que salio con mas triunfo desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicaua. Admirò el suceso a toda la aldea, y aũ a todos los que del noticia tuieron: yo quedè suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los quadrilleros listos, tomarõle los caminos, escudriñaronse los bosques, y quãto auia, y al cabo de tres dias hallaron a la antojadiza Leandra en vna cueua de vn monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosissimas joyas que de su casa auia sacado: boluieronla à la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confesò sin apremio que Vicente de la Roca la auia engañado, y debaxo de su palabra de ser su esposo la persuadiò que dexasse la casa de su padre, que el la llevaria à la mas rica, y mas viciosa ciudad que auia en todo el vniuerso mundo, que era Napoles, y q̃ ella mal aduertida, y peor engañada le auia creydo: y robando a su padre, se le entregò la misma noche que auia faltado, y que el la lleuò a vn aspero monte, y la encerrò en aquella cueua, donde la auian hallado: contò tambien como el soldado sin quitarle su honor le robò quanto tenia, y la dexò en aquella cueua, y se fue: suceso que de nuevo puso en admiracion a todos. Difícil se nos se hizo de creer la cõtinencia del moço, pero ella lo:

lo afirmó con tantas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas q̄ le lleuauan: pues le auian dexado a su hija con la joya, que si vna vez se pierde no dexa esperança de que jamas se cobre. El mismo dia que pareció Leandra, la desapareció su padre de nuestros ojos, y la lleuó a encerrar en vn monasterio de vna villa que está aquí cerca, esperando que el tiempo gastase alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra siruieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos que no les yua algun interes en que ella fuesse mala, ó buena: pero los que conocian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desemboltura, y a la natural inclinacion de las mugeres, que por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar que contento le diesse: los mios en tinieblas sin luz que a ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, rapoçauase nuestra paciencia, maldeziamos las galas del soldado, y abominauamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anselmo, y yo nos concertamos de dexar el aldea, y venirnos a este valle, donde el apacentando vna gran cantidad de ouejas suyas propias, y yo vn numeroso rebaño de cabras tambien mias, passamos la vida entre los arboles, dando vado a nuestras pasiones, ó cantando juntos alabanças, ó vituperios de la hermosa Leandra, ó suspirando solos, y a solas comunicando con el cielo nuestras querelas. A imitacion nuestra, otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos asperos montes, vsando el mismo exercicio nuestro y son tantos que parece que este sitio se ha couertido en la pastoral Arcadia, segú está colmado de pastores,

Quarta parte de don

y de apriscos, y no ay parte en el donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: este la maldize, y la llama antojadiza, varia, y deshonesta: aquel la cõdena por facil, y ligera: tal la absuelue, y perdona, y tal la justifica, y vitupera: vno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se estiende a tanto la locura, que ay quié se quexe de desden, sin auerla jamas hablado, y aun quien se laméte, y sienta la rabiosa enfermedad delos zelos, que ella jamas dio a nadie: porque como ya tengo dicho, antes se supo su pecado. que su desseo: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no esté ocupada de algun pastor que sus desventuras a los ayres cuente; el Eco repite el nombre de Leandro donde quiera que pueda formarse: Leandra resueñan los montes: Leandra murmuran los arroyos, y Leandra nos tiene a todos suspensos, y encantados, esperando sin esperança, y remiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que muestra que menos, y mas juyzio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual teniendo tantas otras cosas de que quexarse, solo se quexa de ausencia, y al son de vn rabel que admirablemente toca con versos, donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa: yo sigo otro camino mas facil, y a mi parecer el mas acertado, que es dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promessas muertas, de su fè rompida: y finalmente del poco discurso, que tienen en saber colocar sus pensamientos, è intenciones: y esta fue la ocasion señores de las palabras, y razones que dixé a esta cabra, quando aqui lleguè, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi apero. Esta es la historia que prometí contaros, si he sido en el contarla prolixo, no sere en seruios corto, cerca de
aquí

aquí tengo mi maxada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosísimo queso, con otras varias, y sazoadas frutas, no menos a la vista que al gusto agradables.

Capit. LII. De la pendencia que don Quixote tuvo con el cabrero, con la rara aventura de los deceplinantes, a quien dio felice fin a costa de su sudor.

GENERAL Gusto causò el cuento del cabrero a todos los que escuchado le auian, especialmente le recibio el Canonigo, que con estraña curiosidad notò la manera con que le auia contado, tan lexos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y así dixo que auia dicho muy bien el Cura en dezir, que los montes criauan letrados: todos se efrecieron a Eugenio, pero el que mas se mostró liberal en esto, fue don Quixote, que le dixo: Por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder començar alguna aventura, que luego, luego me pusiera en camino, porque vos la ruierades buena, que yo sacara del monesterio (donde sin duda alguna deue de estar contra su voluntad) a Leandra à pesar del Abadessa, y de quantos quisieran estoruarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hizierades della a toda vuestra voluntad, y talante, guardando pero las leyes de la caualleria, que mandan que a ninguna donzella se le sea fecho desaguifado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerza de vn encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi fauor, y ayuda, como me obliga
mj

Quarta parte de don

mi profesion, que no es otra, sino de fauorecer a los desualidos, y inenesterosos. Miróle el cabrero, y como vio a don Quixote de tan mal palage, y catadura, admiróle, y preguntò al barbero, que cerca de si tenia: Señor quié es este hombre que tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondió el barbero, sino el famoso dō Quixote de la Mancha, desfazedor de agravios, endereçador de tuertos, el amparo de las donzellas, el affombro de los gigantes, y el vencedor de las batallas. Esto me semeja, respondió el cabrero, a lo q̄ se lee en los libros de caballeros andâtes, que hazian todo esto que de este hombre vuestra merced dize: puesto que para mi tengo, ó que vuestra merced se burla, ò que este gentil hombre deue de tener vazios los aposentos de la cabeza. Soys vn grandíssimo vellaco, dixo a esta fazon don Quixote, y vos soys el vacio, y el menguado, que yo estroy mas lleno que jamas lo estuuo la muy hideputa, puta que os pario, y diziendo, y hablando arrebatò de vn pan que junto a si tenia, y dio con el al cabrero en todo el rostro, cō tanta furia que le remachó las narizes: mas el cabrero que no sabia de burlas, viendo con quantas veras le maltrataua, sin tener respeto ala albombra, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estauan, saltó sobre don Quixote, y assiendole del cuello con en rambas manos, no dudara de ahogarle, si Sancho Pança no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con el encima de la mesa, quebrando platos, rompiendo tazas, y derramando, y espasciendo quanto en ella estava. Don Quixote q̄ se vió libre, acudio a subirse sobre el cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido a cozes de Sancho, andaua buscando a garas algun cuchillo de la mesa para hazer alguna sanguinienta vengança: pero estoruaronse lo el Canonigo, y el Cura, mas el barbero hizo de suerte que el cabrero cogio debaxo de si a
don

don Quixote, sobre el qual llouió tanto numero de moxicones, que del rostro del pobre cauallero llouia tanta sangre, como del suyo. Rebantauan de risa el Canonigo, y el Cura, saltauan los quadrilleros de gozo, çuçauan los vnos, y los otros: como hazen a los perros quando en pendencia estan trauados, solo Sancho Pança se desesperraua, porque no se podia deffalsir de vn criado del Canonigo, que le estoruaua que a su amo no ayudasse. En resolucion estando todos en regozijo, y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de vna trompeta, tan triste, que los hizo boluer los rostros házia donde les parecio que sonaua: pero el que mas se alborotò de oyrlle fue don Quixote, el qual aunque estaua debaxo del cabrero, harto contra su voluntad, y mas que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerças para sugetar las mias, ruegote que hagamos treguas, no mas de por vna hora; porque el doloroso son de aquella trompeta que a nuestros oydos llega, me parece, que à alguna nueva auentura me llama. El cabrero que ya estaua cansado de moler, y ser molido, le dexò luego, y don Quixote se puso en pie, boluiendo assi mismo el rostro adonde el son se oía, y vio a deshora que por vn recuesto baxauan muchos hombres vestidos de blanco, a modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año auian las nubes negado su rozio a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian procesiones, rogatiuas, y diciplinas, pidiendo a Dios abriessse las manos de su misericordia, y les llouiesse: y para este efecto la gente de vna aldea que alli junto estaua venia en procesion a vna deuota ermita, que en vn recuesto de aquel valle auia. Don Quixote que vio los estraños trages de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas vezes que los auia de auer yisto, se imaginò que era

Quarta parte de don

era cosa de auentura, y que a el solo tocava, como a cauallo andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar, que vna imagen que traian cubierta de luto, fuesse alguna principal señora que llevauan por fuerza aquellos follones, y descomedidos Malandrines, y como esto le cayò en las mientes, con gran ligereza arremetio a Rozinante, que paciendo andaua, quitandole del arçon el freno, y el adarga, y en vn punto le enfrenò, y pidiendo a Sancho su espada subio sobre Rozinante, y embraçò su adarga, y dixo en alta voz a todos los que presentes estauan: Aora valerosa compañia veredes quanto importa que aya en el mundo caualleros que professen la orden de la andante caualleria: aora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que alli va cautiuca, si se han de estimar los caualleros andantes: y en diziendo esto, apretò los muslos a Rozinante, porque espuelas no las tenta, ya todo galope, porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diessse Rozinante, se fue a encontrar con los diciplinantes: bien que fueron el Cura, y el Canonigo, y barbero a detenerle, mas no les fue posible, ni menos le detuuieron las voces que Sancho le daua, diziendo: A donde va señor dō Quixote, q̄ demonios lleva en el pecho q̄ le incitan a yr contra nra Fe Catolica. aduierta tal aya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella Señora que llevan, sobre la peana, es la imagen benditissima de la Virgen sin tñacilla: mire señor lo que haze, que por esta vez se puede dezir que no es lo que sabe. Farigose en vano Sancho, porque su amo yua tan puesto en llegar a los ensauados, y en librar a la Señora enlutada, q̄ no oyò palabra, y aunque la oyera no boluiera, si el Rey se lo mãdara. Llegò pues a la procesion, y parò a Rozinante que ya lleuaua desseo de quistar se vn poco, y con turbada, y

ronca

ronca voz dixo: Vosotros, que quiza por no ser buenos os encubris los rostros, atended, y escuchad lo que dezir os quiero. Los primeros que se detuieron fueron los que la imagen lleuauan, y vno de los quatro clerigos, que cantauan las Ledanias viendo la estraña catadura de don Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circustancias de risa que notò, y descubrio en don Quixote, le respondió diziendo Señor hermano, si nos quiere dezir algo, digalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon q nos detengamos a oyr cosa alguna, si ya no es tan breue q en dos palabras se diga. En vna lo dirè, replicò don Quixote, y es esta, que luego al pũto dexey libre a essa hermosa señora, cuyas lagrimas, y triste semblante dan claras muestras q la lleuays contra su voluntad, y q algun notorio defaguisado le auedes fecho, y yo que naci en en el mundo para desfazer semejantes agrauios, no consentirè, q vn solo passò adelante passe, sin darle la desseada libertad q merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que dõ Quixote deuia de ser algun hombre loco, y tomaronse a reyr muy de gana, cuya risa fue poner poluora à la colera de don Quixote, porque sin dezir mas palabra sacãdo la espada arremetio a las andas: vno de aquellos que las lleuauan dexando la carga à sus compañeros salio al encuentro de don Quixote enarbolando vna horquilla, ò baston con que sustentaua las andas en tantò que descansaua y recibiendo en ella vna gran cuchillada que le tirò don Quixote, con que se la hizo dos partes, con el vltimo tercio que le quedò en la mano dio tal golpe a don Quixote encima de vn ombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra la villana fuerça, que el pobre don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Pança q jadeando le yua à los alcances, viendo se caydo, dio voces a su motedor,

que

Quarta parte de don

que no le dieffe otro palo, porque era vn pobre cauallero encantado, que no auia hecho mala nadie en todos los dias de su vida. mas lo que detuvo al villano, no fueron las yozes de Sancho, sino el ver que don Quixote no bullia pie, ni mano, y assi creyendo que le auia muerto, con priessa se alzó la tunica à la cinta, y dio a huyr por la campaña, como vn gamo: ya en esto llegaron todos los de la compania de don Quixote a donde el estaua, y mas los de la procesion que los vieron venir corriendo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temieron algun mal suceso, y hizieronse todos vn remolino al rededor de la imagen, y alçados los capiotes empuñando las disciplinas, y los clerigos los ciriales, esperauan el asalto, con determinacion de defenderse, y aun ofender si pudiessen a sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaua, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarle sobre el cuerpo de su señor, haziendo sobre el el mas doloroso, y risueño llanto del mundo creyendo que estaua muerto. El Cura fue conocido de otro Cura que en la procesion venia, cuyo conocimiento puso en sosfiesigo el concebido temor de los dos esquadrones: el primer Cura dio al segundo en dos razones cuenta de quien era don Quixote, y assi el como toda la turba de los diciplinantes fueron a ver si estaua muerto el pobre cauallero, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la caualleria, que con solo vn garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años. O honra de tu linage, honor, y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el qual faltando tu en el, quedará lleno de mal hechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias. O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de seruicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe, y rodea. O humilde con los soberuios, y arrogante
con

Con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, ayo de los malos, enemigo de los ruynes: en fin cauallero andante, que es todo lo q̄ dezirse puede. Con las voces, y gemidos de Sancho, reuiuio don Quixote, y la primer palabra que dixo fue: El que de vos viue ausente dulcissima Dulcinea, a mayores miserias que estas está sugeto, ayudame Sancho amigo a ponerme sobre el carro encatado, que no estoy para oprimir la silla de Rozinante, porque tengo todo este ombro hecho pedaços. Esto haré yo de muy buena gana, señor mio, respondió Sancho, y boluamos a mi aldea en copañia destos señores que su bien dessean, y alli daremos orden de hazer otra salida, q̄ nos sea de mas prouecho, y fama. Bien dizes Sancho, respondió don Quixote, y será gran prudencia dexar passar el mal influxo de las estrellas que aora corre. El Canonigo, y el Cura, y barbero, le dixerón que haria muy bie en hazer lo que dezia, y así auiedo recebido grande gusto de las simplicidades de Sancho Pança, pusieron a don Quixote en el carro, como antes venia. La procesiõ, boluio a ordenarse, y a profeguir su camino. El cabrero se despidió de todos: los quadrilleros no quisieron passar adelante, y el Cura les pagò lo que se les deuia: el Canonigo pidió al Cura le auisasse el suceso de don Quixote, si salua de su locura, ò si profegua en ella: y con esto tomó licencia para seguir su viage: en fin todos se diuidierõ, y apartarõ, quedando solos el Cura, y barbero, don Quixote, y Pança, y el bueno de Rozinante, q̄ a todo lo q̄ auia visto estaua cõ tanta paciència, como su amo. El boyero vnziò sus bueyes, y acomodo a don Quixote sobre vn haz de heno, y con su acostübrada flemma siguió el camino q̄ el Cura quiso, y a cabo de seys dias llegaron a la aldea de don Quixote, adonde entrarõ en la mitad del dia q̄ acertó a ser Domingo, y la gente estaua toda en la plaça, por mi

Quarta parte de don

ead de la qual atravesò el carro de dō Quixote. Acudie-
rō todos a ver lo q̄ en el carro venia, y quando conocie-
ron a su cōpatrioto, quedaron marauillados, y vn mucha-
cho acudio corriendo a dar las nueuas a su amā, y a su so-
brina, de que su tío, y su señor venia flaco, y amarillo, y
tédido sobre vn montō de heno, y sobre vn carro de bue-
yes. Cosa de lastima fue oyr los gritos q̄ las dos buenas
señoras alçaron, las bofetadas que se dierō, las maldicio-
nes q̄ de nuevo echaron a los maldixos libras de caualle-
rias, todo lo qual se renouò quando vieron entrar a don
Quixote por sus puertas. A las nueuas desta venida de
dō Quixote, acudio la muger de Sancho Pança, q̄ ya auia
sabido q̄ auia ydo con el, siruiendole de escudero, y assi
como vio a Sancho lo primero q̄ le preguntó fue que si
venia bueno el asno? Sancho respondio, q̄ venia mejor q̄
su amo. Gracias sean dadas a Dios, replicò ella, q̄ tanto
bien me ha hecho: pero contadme aora amigo que bien
aueys sacado de vuestras escudrias? que saboyana me
traeys a mi? q̄ que çapaticos à vuestros hijos? No traygo
nada desso, dixo Sancho, muger mia, aunq̄ traygo otras
cosas de mas momento, y consideraciō. Desso recibo yo
mucho gusto, respōdio la muger: mostradme essas cosas
de mas consideracion, y mas momento, amigo mio, q̄ las
quiero ver para que se me alegre este coraçon, q̄ tan trif-
te, y descontento ha estado en todos los siglos de vuestra
ausencia? En casa os las mostrarè muger, dixo Pança, y
por aora estad contenta, que siendo Dios seruido de que
otra vez salgamos en viage, a buscar aventuras, vos me
verey presto Conde, ó Governador de vna Insula, y no
de las de por ai, sino la mejor que pueda hallarse. Quie-
ralo assi el cielo, marido mio, que bien lo auemos menes-
ter. Mas dezidme, que es esso de Insulas, que no lo en-
tendo? No es la miel para la boca del asno, respondio
Sancho, a su tiempo lo veras muger, y aun te admiraràs
de oyr-

de oyrre llamar señoria de todos tus vassallos. Que es lo que dezis Sancho, de señorias, Insulas, y vassallos? respõdio Iuana Pança, q̃asi se llamaua la muger de Sancho, aunq̃ no eran parientes, sino porque se vfa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te acucies Iuana por saber todo esto tã apriessa, basta q̃ te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabre dezir asì de passo, q̃ no ay cosa mas gustõsa en el mundo q̃ ser vn hõbre honrado escudero de vn cauallero andãte, buscador de auenturas. Biẽ es verdad, que las mas q̃ se hallan, no salen tan a gusto como el hõbre querria, porq̃ de ciẽto que se encuentran, las nouenta, y nueue suelen salir auieñas, y torcidas. Selo yo de experiencia, porq̃ de algunas he salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esto es linda cosa esperar los sucessos, atrauessando mõtes, escudriñando seluas, pisando peñas, visitando castillos, aloxãdo en ventas, a toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el marauedi. Todas estas platicas passaron entre Sancho Pança, y Iuana Pança su muger, en tanto que el ama, y sobrina de don Quixote, le recibieron, y le desnudaron, y le tendieron en su antiguo lecho. Mirauas el con ojos atrauessados, y no acabaua de entender en q̃ parte estaua. El Cura encargõ a la sobrina, tuuiesse gran cuenta con regalar a su tio, y que estuuiesse alerta, de que otra vez no se les escapasse, contando lo que auia sido menester parãtraelle a su casa. Aqui alçaron los dos de nuevo los gritos al cielo, alli se renouaron las maldiciones de los libros de cauallerias, alli pidieron al cielo, que confundiesse en el centro del abismo a los autores de tantas mentiras, y disparates. Finalmente, ellas quedaron confusas, y temerosas de que se auian de ver sin su amo, y no, en el mismo pũto que tuuiesse alguna memoria: y si fue, como ellas se lo imaginaron. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia,

Quarta parte de don

ha buscado los hechos que don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellas, alomenos por escrituras autenticas, solo la fama ha guardado en las memorias de la Mancha, que don Quixote, la tercera vez q̄ salio de su casa, fue a Çaragoça, donde se hallò en vnas famosas justas, q̄ en aquella ciudad se hizierò, y alli le passaron cosas dignas de su valor, y buè entendimièto. Ni de su fin, y acabamiento pudo alcãçar cosa alguna, ni la alcãçara, ni supiera, si la buena fuerre no le deparara vn antiguo medico, q̄ tenia en su poder vna caja de plomo, que segun el dixo, se auia hallado en los cimientos derribados de vna antigua ermita, q̄ se renouaua. En la qual caja, se auian hallado vnos pergaminos escritos cõ letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y dauan noticia de la hermotura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rozinãte, de la fidelidad de Sancho Pança, y de la sepultura del mismo dõ Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de su vida, y costumbres. Y los que se pudierò leer, y sacar en limpio, fuerò los que aqui pone el fidedigno autor desta nucua, y jamas vista historia. El qual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmèso trabajo, q̄ le costò inquirir, y buscar todos los archivos Manchegos, por sacarla à luz: sino que le den el mismo credito que fuele dar los discretos a los libros de cauallerias, que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendrà por bien pagado, y satisfecho. Y se animarà a sacar, y buscar otras, si no sean verdaderas, alomenos de tanta inuencion, y passatiè po. Las palabras primeras que estauan escritas en el pergamino que se hallò en la caja de plomo, eran estas.

Los Academicos de la Argamasilla, lugar de la Mancha
en vida, y muerte del valeroso don Quixote de
la Mancha, hoc scripserunt.

(: ? :)

El

El Monicongo Academico, de la Argamali-
lla, à la sepultura de don Quixote.

EPI T A F I O.

EL caluatrueno, que adornò a la Mancha,
De mas desposos que la son de Creta,
El juyyo que tuvo la veleta,
Aguda donde fuera mejor ancha.
El braço que su fuerça tanto ensancha,
Que llego del Catay, hasta Gaeta,
La Musa mas horrenda y mas discreta,
Que grauo versos en broncinea plancha.
El que a cola dexò los Amadises,
Y en muy poquito a Galaores tuvo,
Estribando en su amor, y bizarría.
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rozinante errando anduvo,
Yaze debaxo desta losa fria.

Del paniaguado Academico, de la Argamasi-
lla, in laudem Dulcinea del Toboso,

S O N E T O.

ESta que veys de vostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,
Es Dulcinea Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.

Quarta parte de don

Viso por ella el vno, y otro lado

De la gran Sierra Negra, y el famoso

Campo de Moniel, hasta el Eruolo

Llano de Aranzuez, apie, y cansado.

(Culpa de Rozinante.) O dura estrella,

Que esta Manchega dama, y este inuico

Andante cavallero, en tiernos años.

Ella dexò muriendo de ser bella,

Y el aunque queda en marmoles escrito,

No pudo huyr de amor, tras, y engaños.

Del Caprichoso, discretissimo Academico,

de la Argamasilla en loor de Rozinante,

cauallo de don Quixote de

la Mancha.

SONETO.

EN el soberuio tronco diamantino.

Que con sangricntas plantas huella Marte,

(Fren tico) el Manchego su estandarte

Tremola con esfuerço peregrino.

Cuelga las armas, y el azero fino,

Con que destroça, a suela, raja, y parte,

(Nuevas proezas) pero inuenta el arte

Un nuevo estilo al nuevo Paladina.

*Y si de su Amadis se precia Caula,
Por cuyos brauos descendientes Grecia,
Triunfo mil vezes, y su fama ensancha.
Oy à Quixote le corona el .Aula.
De Belona preside, y del se precia,
Mas que Grecia, ni Caula la alta Mancha.
Nunca sus glorias el oluido mancha,
Pues hasta Rozinante en ser gallardo,
Excede a Brilladoro, y a Bayardo.*

Del Burlador Academico Argamasillesco, a
Sancho Panca:

S O N E T O.

*S*ancho Pança es a queste en cuerpo chico,
Pero grande en valor, milagro extraño,
Escudero el mas simple, y sin engaño,
Que ruuo el mundo, os juro, y certifico,
De ser Conde no estuuo en vn tanrico,
Sino se conjuraran en su daño,
Insolencias, y agravios del cacano
Siglo, que aun no perdonan a vn borrìco.
Sobre el anduuo, con perdon se miente,
Este manso escudero, tras el manso
Cauallo Rozinante, y tras su dueño.
O vanas esperanças de la gente,
Como pæssays con prometer descanso,
Y al fin parays en sombra, en humo, en sueño.

Quarta parte de don
Del Cachidiablo Academico, de la Argamasi-
lla, en la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

A Qui yaze el cavallero
Bien molido, y mal andante,
A quien lleuó Rozinante
Por vno, y otro sendero.
Sancho Pança el majadero,
Yaze tambien junto a el,
Escudero el mas fiel,
Que vio el trato de escudero.

Del Tiquitoc Academico, de la Argamasi-
lla, en la sepultura de Dulcinea del Toboso.

EPITAFIO.

R Eposa aqui Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La boluio en polvo, y ceniza,
La muerte espantable, y fea.
Fue de castiza ralea,
Y suuo assomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su aldea:

Estos

Estos fueron los versos que se pudieron leer, los de mas por estar carcomida la letra, se entregaron a vn Academico, para que por congeturas los declarasse. Tiene noticia que lo ha hecho, a costa de muchas vigili-
as, y mucho trabajo, y que tiene
intencion de sacarlos a luz, con espe-
rança de la tercera salida de
don Quixote.

(.?.?)

Forse altro canterà con miglior plectro.

FINIS.



T A B L A D E L O S

Capitulos que contiene esta famosa Historia del valeroso cauallero don Quixote de la Mancha.

Primera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.



C APITULO Primero, que trata de la condicion, y exercicio del famoso, y valiente hidalgo don Quixote de la Mancha.	1
Capitulo segundo. que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.	4
Capitulo tercero, donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quixote en armarse cauallero.	7
Capitulo quarto, de lo que le sucedio a nuestro cauallero quando salio de la venta.	13
Capitulo quinto, donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.	14
Capitulo sexto, del donoso escrutinio que el Cura, y el barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo:	16
Capitulo setimo, de la segunda salida de nuestro buen cauallero.	20

Capi-

T A B L A.

Capitulo octauo , del buen sucesso que el valeroso don Quixote tubo en la espantable, y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, &c. 23

Segunda parte , del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Capitulo nono, donde se concluye, y da fin a la estu- penda batalla que el gallardo Vizcayno, y el valien- te Manchego cumieron. 28

Capitulo dezimo, de lo que mas le auino a don Quixote con el vizcayno: y del peligro en que se vio, con vna caserna de Yangueses. 31

Capitulo vndezimo, de lo que le succdio a don Quixote con vnos cabreros. 33

Capitulo duodezimo, de lo que con:ò vn cabrero a los que estauan con don Quixote. 37

Capitulo treze, donde se da fin al cuento de la pastora Marcela: con otros successos. 41

Capitulo catorze, donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor: con otros successos. 47

Tercera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Capitulo quinze, donde se cuenta la desgraciada auentura que se topó don Quixote en copar con vnos desalmados Yangueses. 52.

Capi-

T A B L A.

Capitulo deciseys, de lo q lo sucedio al ingenioso Hidalgo en la venta que el se imaginaua ser castillo.	56
Capitulo decisiete, donde se prosiguen los innumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pança passaron. &c.	61
Capitulo deocho, donde se cuentan las razones q passó Sancho Pança con su señor don Quixote: con otras auenturas dignas de ser contadas.	65
Capitulo decinueue, de las discretas razones que Sancho passaua con su amo: y de la auentura que le sucedio con vn cuerpo muerto, &c.	71
Capitulo veynte, de la çamas vista, ni oyda auentura que con mas poco peligro fue acabada de famoso cauallero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quixote.	75
Capitulo veyntiuno, que trata de la asta auentura, y rica ganancia del yelmo de mambriño, &c.	83
Capitulo veyntidos, de la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados galeotes.	89
Capitulo veyntitres, de lo que le acontecio al famoso dñ Quixote en Sierramoreña, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuenta.	95
Capitulo veyntiquatro, donde se prosigue la auentura de la Sierramoreña. Dize la historia, que era grandissima la atencion con que don Quixote escuchaua al astoso cauallero de la Sierra, el qual prosiguiendo	do

T A B L A.

- de su plática dixo: *Qualquiera que seays, &c.* 102.
- Capitulo veynicinco que trata de las estrañas cosas que en Sierramorena sucedio al valiente cauallero de la Mancha, y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros. 107
- Capitulo veyniseys, donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo el nuestro don Quixote en Sierramorena. 116
- Capitulo veynisiete, de como salieron con su intento el Cura, y el barbero: con otras cosas dignas de que se cuenten. 121

Quarta parte de la historia del ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha.

- Capitulo veyntiocho, que trata de la nueva, y agradable auentura que al Cura, y barbero sucedio en la misma Sierra. 131
- Capitulo veyninueue, que trata de la discrecion de la hermosa Dorotea: con otras cosas de gusto, y passatiempo. 139
- Capitulo treyntea, que trata del gracioso artificio, y orden que se tubo en facer a nuestro enamorado cauallero de la asperissima penitencia en que se auia puesto. 146

Capi.

T A B L A.

Capitulo treynta y vno, de los sabrosos raronamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pãça su escudero: con otros successos.	152
Capitulo treynta y dos, que trata de lo que sucedio en la venta à toda la quadrilla de don Quixote.	157
Capitulo treynta y tres, donde se cuenta la novela del curioso impertinente.	160
Capitulo treynta y quatro, donde se prosigue la novela del curioso impertinente.	172
Capitulo treynta y cinco, donde se da fina la novela del curioso impertinente.	183
Capitulo treynta y seys, que trata de la braua y descomunal batalla que don Quixote tubo con vnos dueros devino tinto: con otros raros successos que en la venta sucedieron,	188
Capitulo treynta y siete, que prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona: con otras graciosas auenturas,	193
Capitulo treynta y ocho, que trata del discurso que hizo don Quixote de las armas, y las leiras.	199
Capitulo treynta y nueue, donde el cauuio cuenta su vida y successos.	202
Capitulo quarenta, donde se prosigue la historia del cauuio.	206
Capitulo quarenta y vno, donde toda via prosigue el cauuio su successo.	214
Capitulo quarenta y dos, que trata de lo que mas sucedio	214

T A B L A.

- dio en la venta: y de otras muchas cosas dignas de
 saberse.* 225
- Capitulo quarenta y tres, donde se cuenta la agradable
 historia del moço de mulas: con otros estranos arae.
 cimientos en la venta sucedidos. Comiença Mari-
 nero soyde amor.* 229
- Capitulo quarenta y quatro, donde se prosiguen los in-
 auditos successos de la venta.* 235
- Capitulo quarenta y cinco, donde se acaba de averiguar
 la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda: y
 otras auenturas sucedidas con toda verdad.* 240
- Capitulo quarenta y seys, de la notable auentura de los
 quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen
 cauallero.* 244
- Capitulo quarenta y siete, de este extraño modo con que fue
 encantado don Quixote: con otros famosos suce-
 sos.* 248
- Capitulo quarenta y ocho, donde prosigue el Canonigo la
 materia de los libros de cauallerias: con otras cosas
 dignas de su ingenio.* 254
- Capitulo quarenta y nueue, donde se trata del discreto
 coloquio que Sancho Pança tuvo con su señor don
 Quixote.* 258
- Capitulo cincuenta, de las discretas alteraciones que
 don Quixote, y el canonigo enuijeron: con otros su-
 cessos.* 262
- Capitulo cincuenta y vno, que trata de lo que conio el
 cabrero*

TABLA.

*cabrero a todos los que llevan al valiente don
Quixote.* 2671

*Capítulo cincuenta y dos, de la pendencia que don Qui
xote tuvo con el cabrero: con la rara aventura de
los disciplinantes, a quien dio felice fin a costa de sus
sudor.* 270

Fin de la Tabla.







LS
C419d
1608

459900

Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quixote
El ingenioso hidalgo Don Quixote de la
Mancha.

On binder's cover: Edición facsimile 1397.

NAME OF BORROWER.

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 28 08 05 004 7